

EL EXTRAÑO



COL BUCHANAN

Lectulandia

«—Creo que esta noche he matado a un hombre —dijo Nico con un hilo de voz.

Ash alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Y cómo te sientes? —suspiró el anciano.

—Como un criminal. Como si me hubiera llevado algo que no tenía ningún derecho a llevarme. Como si me hubiera convertido en otra persona, en alguien reprobable.

—Eso está bien, ojalá siempre sea así. Sólo has de preocuparte cuando mates a alguien y no se te acelere el corazón ni sientas nada en absoluto. Sin embargo, eso era precisamente lo que Nico ansiaba por encima de cualquier cosa: no sentir nada.»

Ash es un roshun, un asesino de élite que ofrece su protección bajo amenaza de vendetta. Obligado por su salud a tomar a su cargo a un aprendiz, elige a Nico, un muchacho que malvive en la ciudad asediada de Barkhos, punto clave en la lucha entre el Sacro Imperio de Mann y los Puertos Libres.

Cuando el hijo de la Santa Matriarca de Mann asesina a sangre fría a una mujer protegida por los roshun, Ash y su joven aprendiz deberán partir para cumplir con el compromiso de la orden y cobrarse la vida del asesino; su viaje los llevará al corazón del conflicto entre el Imperio y los Puertos Libres... y los sumergirá en un mundo de sangre y muerte.

Lectulandia

Col Buchanan

El Extraño

El corazón del mundo I

ePUB v1.0

jubosu 01.11.11

más libros en lectulandia.com

Título original: Farlander
Primera edición: febrero de 2011
ISBN: 978—84—450—7809—9
Editorial Planeta, S. A.,

A mi esposa, Joanna

Agradecimientos

Mi agradecimiento más sincero a mi agente, Louise Burns, y a mi editora, Julie Crisp.

A los lectores de las primeras pruebas del libro: Ben Foz, Ian Chapman y Art Quester.

A toda la gente de FD. Sobre todo a Michael Duffy por su apoyo constante.

Y a Deborah, por los viejos tiempos.

El hijo respira,
el padre vive

ONO, EL GRAN NECIO

Prólogo

Un par de botas grandes

Ash estaba medio muerto de frío cuando lo llevaron a rastras al salón de la fortaleza de hielo y lo arrojaron a los pies del rey. Aterrizó sobre las pieles extendidas en el suelo y profirió un gruñido de sorpresa; su cuerpo trémulo sólo ansiaba encogerse sobre sí mismo, en torno al calor exiguo que despedía su corazón. El vaho de sus jadeos cubría el aire con una neblina irregular.

Lo habían despojado de sus pieles, de modo que yacía tan sólo cubierto por unos harapos de lana que el frío había convertido en ateridos pliegues. Estaba solo y le habían arrebatado la espada. Aun así, aquellos hombres se comportaban como si tuvieran delante una bestia salvaje. Los gritos de los aldeanos atravesaban el aire brumoso y los guerreros farfullaban arengas y se movían en círculo a su alrededor, acercándose a él con cautela e hincándole las puntas de hueso de las lanzas en los costados. Escudriñaban al forastero, cuyo cuerpo emanaba vapor como si fuera humo, mientras que su aliento se expandía formando nubes sobre las pieles infectadas de piojos. Entre los celajes de vaho que escapaban de su boca se apreciaban gotas de humedad que se deslizaban por su cabeza helada, le surcaban las cejas convertidas en dos esquirlas de hielo y los ojos apretados y se precipitaban desde sus pómulos afilados, la punta de la nariz y la barba escarchada. Bajo la capa de hielo a medio derretir que le cubría las facciones, su tez era oscura como el agua en una noche sin luna.

Los gritos de alarma aumentaron hasta que pareció que los atemorizados nativos iban a acabar con él allí mismo.

—¡*Brushka!* —espetó el rey desde su trono de huesos. Su voz emergió de lo más hondo de su pecho como un trueno, retumbó en las columnas de hielo que se extendían a lo largo de la sala y volvió a él rebotada desde el alto techo abovedado.

En la entrada, los soldados de la tribu empujaron a los aldeanos atónitos para devolverlos al otro lado de las colgaduras de piel que cubrían el vano de la puerta en arco. Al principio, los aldeanos se resistieron y protestaron a viva voz, pues habían llegado allí atraídos por aquel anciano forastero que había aparecido tambaleándose en medio de la tormenta y querían saber qué sería de él.

Ash se mantenía ajeno a todo. Ni siquiera prestaba atención a los pinchazos esporádicos de las lanzas; sólo la sensación de la cercanía de una fuente de calor consiguió sacarlo de su ensimismamiento y lo animó a levantar la cabeza del suelo. Cerca de él había un brasero de cobre humeante en cuyo interior ardían huesos y

pastillas de grasa animal.

Se acercó a gatas hacia el cálido objeto hostigado por las lanzas que trataban de impedirselo, y se acurrucó arrimado al brasero bajo la lluvia incesante de golpes. Pese al estremecimiento que le recorría el cuerpo con cada acometida de las lanzas, en ningún momento accedió a abandonar su posición.

—¡Ak, ak! —bramó el rey, y su orden provocó la retirada de los guerreros.

Se hizo el silencio en el salón, sólo roto por el crepitar de las llamas y la respiración pesada, como si acabaran de regresar de una carrera prolongada, de los soldados. Entonces, un enérgico e inconfundible gemido de alivio surgió de la garganta del forastero.

«Aún estoy vivo», pensó Ash con cierta sorpresa en lo que parecía un momento de delirio, mientras el calor del brasero le quemaba. Cerró las manos entumecidas y apretó los puños para apresar mejor aquel precioso calor. Las manos le picaban.

Por fin levantó la mirada para hacerse una idea de su situación. Por todas partes vio el fulgor de las pieles ungidas con grasa, cuerpos desnutridos ataviados con mantas a modo de poncho y rostros demacrados, con el hambre escrita en la mirada.

Contó un total de nueve hombres armados. Detrás de ellos aguardaba el rey.

Ash hizo acopio de todas sus fuerzas para levantarse, pero dudó de su capacidad para mantenerse en pie y encaró de rodillas al hombre cuya búsqueda había motivado aquel arriesgado viaje.

El rey lo escrutaba con unos ojos que eran dos pedernales apenas distinguibles en su rostro rechoncho, como tratando de decidir por dónde empezar a devorarlo. Era descomunal, tan obeso que necesitaba una faja de cuero bajo la cintura para sostener las carnes caídas de su barriga. Por lo demás, iba prácticamente desnudo, con la piel resplandeciente recubierta con una gruesa capa de grasa. Tan sólo llevaba un colgante de cuero que le caía sobre el pecho y los pies embutidos en un par de botas grandes de piel moteada.

El monarca bebió un trago de un cráneo humano invertido y se relamió con parsimonia mientras estudiaba al forastero. Soltó un eructo que le hizo vibrar la papada y luego, satisfecho de sí mismo, dejó escapar una larga flatulencia que rápidamente contaminó la atmósfera neblinosa con su penetrante olor.

Ash permaneció en silencio, imperturbable. Daba la impresión de que a lo largo de su dilatada vida había tenido que vérselas en numerosas ocasiones con aquel tipo de hombres: jefecillos de tres al cuarto y reyezuelos mendicantes..., incluso una vez con un tipo que se autoproclamaba dios. Individuos que se revestían de la pompa de su posición o que incluso guardaban cierta apariencia de elegancia, pero que en el fondo no dejaban de ser unos monstruos. Del mismo modo que lo era aquel hombre que ahora tenía enfrente y todos los líderes hechos a sí mismos.

—Stobay, ¿chern ya nochi? —inquirió el rey, dirigiéndose a Ash, repasándolo de

arriba abajo con una mirada escrutadora.

Ash carraspeó para aclararse la garganta adormecida. Se le agrietaron los labios resecos al abrirlos, se lamió la sangre que brotó de ellos y se dio unos golpecitos en el cuello para ilustrar su demanda.

—Agua —consiguió decir por fin.

El rey asintió y un odre aterrizó a los pies de Ash, que bebió con avidez un buen rato y luego se secó los labios; en el dorso de su mano apareció una mancha roja.

—No hablo vuestro idioma —declaró Ash—. Si deseáis interrogarme, tendréis que hacerlo en la lengua franca.

—¡*Bhattat!*

Ash inclinó la cabeza en silencio.

El rey frunció el ceño y le vibraron los músculos del rostro al bramar una orden a sus hombres. Un guerrero, el más alto, se dirigió hacia un baúl situado junto a una de las paredes excavadas en el hielo de la espaciosa cámara. Era un vulgar arcón de madera, de los que usaban los mercaderes para transportar chee o especias. Todos los presentes posaron sus miradas silenciosas en el hombre mientras éste abría el pasador de cuero y levantaba la tapa del baúl.

El guerrero se inclinó, agarró algo con las dos manos y sin esfuerzo aparente lo sacó del arcón. Era el cuerpo, todavía con vida, de un hombre escuálido, semidesnudo, con la ropa hecha jirones y el cabello y la barba largos y desgredados. Miró a su alrededor. Tenía dos círculos rojos alrededor de los ojos y bizqueó incomodado por la luz.

Ash sintió un escalofrío. Nunca se le había pasado por la cabeza que todavía quedaran supervivientes de la expedición del año anterior. Reparó en que le rechinaban las muelas. «No. No te ablandes», se dijo.

El guerrero sostuvo en pie aquel cuerpo raquítico hasta que las piernas le dejaron de temblar y pudo mantenerse erguido. Luego ambos se aproximaron lentamente al trono. El prisionero era natural del norte, de algún lugar del desierto alhazhiita a juzgar por las facciones adustas que a duras penas se le adivinaban.

—¡*Ya groshka bhattat! Vasheda ty savonya nochi* —espetó el rey, dirigiéndose al alhazií.

El hombre del desierto parpadeó. Su piel, en otro tiempo del característico tono bronceado de su pueblo, tenía ahora el color amarillento de un pergamino viejo. El guerrero apostado a su lado le dio unos codazos hasta que el cautivo posó la mirada en Ash. Justo en ese momento, sus ojos se iluminaron y se vislumbró un rayo de vida en ellos. Sus labios se separaron produciendo un chasquido seco.

—El rey... quiere saber, rostro oscuro —dijo con voz ronca en la lengua franca—, cómo has llegado aquí.

Ash no veía ningún motivo para mentir, al menos de momento.

—En barco —respondió—. Vengo del Corazón del Mundo. La nave aguarda mi regreso en la costa.

El alhazií recitó al rey la respuesta de Ash en el rudo idioma de la tribu.

El soberano hizo un ademán con la mano.

—*Tul kuvesha. ¿Ya shizn al khat?*

—¿Y quién te ha ayudado a venir desde la costa?

—Nadie. Alquilé un trineo y un tiro de perros. Los perdí en una grieta junto con todo mi equipo. Después quedé atrapado en la tormenta.

—*¿Dan choto, pash ta ya neplocho dan?*

—Entonces, dime —tradujo el hombre—: ¿qué has venido a arrebatarme?

Ash entornó los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—*¿Pash tak dan? Ya tul krashyavi.*

—¿Que qué quiero decir? Has hecho un largo viaje para llegar hasta aquí.

—*Ya bulsvidanya, sach anay namosti. Ya vis preznat.*

—Procedes del norte, de más allá del Gran Silencio. Has venido aquí por algún motivo.

—*Ya vis neplocho dan.*

—Has venido aquí para arrebatarme algo.

El rey se golpeó el pecho fofo con un pulgar del tamaño de una salchicha.

—*¡Vir pashak!* —rugió.

—Eso es lo que quiero decir.

Por cómo reaccionó Ash al oír la pregunta del rey, podría haberse pensado que era una estatua tallada en piedra. Una ráfaga de aire gélido se coló desde el exterior y agitó las pesadas pieles que colgaban del arco de la puerta a su espalda; las sacudidas de las colgaduras hicieron vacilar las llamas del brasero: la tormenta le recordaba su existencia y le advertía que todavía no se había olvidado de él. Por un momento — sólo por un momento—, Ash se preguntó si habría llegado la hora de introducir unas cuantas mentiras bien escogidas. No era propio de él cavilar demasiado los asuntos trascendentales. Como devoto de Dao —al igual que todos los roshuns—, debía mantener la calma, actuar con naturalidad y dejarse guiar por su cha.

Siguió con su mente el flujo de aire que se introducía por sus fosas nasales, descendía con su frío lacerante hasta sus pulmones y regresaba cálido y en forma de vaho al exterior. Su cuerpo se relajó. Respiró hondo; esperó a que las palabras de su réplica brotaran espontáneamente y las escuchó con la misma curiosidad que los demás según salían de su boca.

—Llevas puesto algo que pertenece a otro —vociferó Ash, a la vez que dirigía un dedo hacia el collar que colgaba sobre los pechos flácidos del rey.

«Directo al grano —pensó Ash—, Debería haberlo imaginado.»

El objeto prendido del largo cordel era del tamaño y la forma de un huevo cortado por la mitad, de color castaño y arrugado como un avejentado trozo de cuero.

El rey se aferró a él como un niño.

—No te pertenece —insistió Ash—. Además desconoces su función.

El rey se incorporó y el trono de huesos crujió.

—*Khut* —dijo quedamente el monarca.

—Explícamela —tradujo el alhazií.

Ash contempló detenidamente al rey durante cinco segundos, reparando en las escamas de piel sueltas que le salpicaban las espesas cejas y las legañas secas en las comisuras de sus párpados. La tupida cabellera del rey, atiborrada de grasa, parecía una peluca que le caía como una cortina rígida sobre los hombros.

Al cabo, Ash asintió e inició su narración:

—Más allá del Gran Silencio, en el Midéres, en lo que llaman el Corazón del Mundo, hay un lugar al que los hombres y las mujeres pueden acudir en busca de amparo. Una vez allí, con monedas, con un buen número de monedas, compran un sello como ese que llevas puesto para colgárselo al cuello y pasearlo a la vista de todo el mundo. Ese sello, viejo rey, les proporciona protección, y cuando mueren, el sello muere con ellos.

El alhazií tradujo rápidamente la declaración de Ash. El rey escuchaba embelesado.

—Ese sello que llevas colgado pertenecía a Ornar Sar, un mercader, un aventurero. Y ese sello tiene un gemelo que nosotros vigilamos, como vigilamos todos los demás, a la espera de señales de defunción. Ornar Sar emprendió una expedición comercial que lo trajo aquí hace muchas lunas. Sin embargo, en vez de permitirle realizar sus negocios en los asentamientos de tu... reino, juzgaste más oportuno asesinarlo a él y a todos sus hombres y apoderarte de la mercancía que transportaba. Sin embargo, no reparaste en que el sello lo protegía. No sabías que si lo matabas, su sello también moriría, así como su gemelo. Es más... que el gemelo señalaría al asesino.

Ash enderezó las piernas y se levantó del suelo muy despacio y con un dolor atroz en las rodillas y la cadera. Ya de pie frente al rey, continuó:

—Me llamo Ash. Soy un roshun, que en mi lengua significa «helada otoñal», es decir, «lo que se adelanta». Eso significa que vengo de ese lugar que te decía que procura protección y que es hogar de los roshuns: el lugar desde donde se llevan a cabo las *vendettas*. —Hizo una pausa para que el significado de sus palabras calara en el rey antes de proseguir—: De modo que tienes razón, cerdo gordinflón, he venido para arrebatarte algo. He venido para arrebatarte la vida.

Cuando el sonsonete nervioso de la traducción del alhazií llegó a su fin, el rey soltó un rugido de indignación y de un empujón despidió del trono al improvisado

traductor, que cayó rodando por el suelo. Con los ojos echándole chispas, levantó el cráneo que sostenía en la mano y lo arrojó contra el forastero.

Ash se inclinó ligeramente hacia un lado y el cráneo pasó rozándole la cabeza.

—¡*Ulbaska!* —espetó el rey, cuyos voluminosos mofletes se sacudieron al compás de las sílabas.

Los guerreros de la tribu permanecieron inmóviles un instante, temerosos de acercarse a aquel anciano de tez azabache que osaba amenazar a su soberano.

—¡*Ulbaska neya!* —bramó de nuevo el rey, y los guerreros se encaminaron hacia Ash.

El monarca se dejó caer contra el respaldo del trono, respiraba agitadamente y se le hinchaba el ya de por sí abultado pecho, y mientras las puntas de las lanzas agujoneaban los costados de Ash iba soltando una retahíla de imprecaciones coléricas.

—¿Sabes cómo me convertí en rey? —Desde el suelo, donde yacía despatarrado boca arriba, el alhazií traducía entre jadeos la diatriba del rey, como un reloj que no puede detenerse—. Permanecí encerrado sin víveres en una gruta de hielo durante un *dakhusa* entero junto con otros cinco hombres. Pasada una luna, cuando el sol regresó y fundió el hielo de la entrada, salí. ¡Solo! —El rey se aporreó el pecho; los golpes sonaban pesados, carnosos, como gemidos animales—. Así que amenázame si así lo deseas, viejo loco del norte —el alhazií copiaba las pausas del monarca y ambos se llenaron de aire los pulmones—. Esta noche sufrirás, sufrirás un martirio, y mañana, cuando me levante, ¡daremos buena cuenta de ti!

Los súbditos del rey asieron con fuerza a Ash con sus manos temblorosas, le arrancaron la ropa interior y lo dejaron completamente desnudo y tiritando de frío.

—Por favor —suplicó el alhazií desde el suelo—. Apiádate de mí, tienes que ayudarme.

El rey hizo un gesto con la cabeza y sus hombres se llevaron al forastero.

Los guerreros atravesaron las colgaduras de la entrada, se detuvieron el tiempo imprescindible para cubrirse los cuerpos con gruesas pieles y luego continuaron por el corredor con Ash a rastras.

En el exterior, la ventisca seguía desgarrando la noche y por un momento Ash sintió que se le iba a parar el corazón por el brusco cambio de temperatura. El gélido vendaval no le daba tregua y sus empujones se sumaban a los de los soldados. El viento aullaba llevándose el calor de su cuerpo mientras la nieve le golpeaba como si lo flagelara con azotes llameantes. El dolor atenazaba hasta los huesos, hasta los órganos internos y el corazón, que le aporreaba el pecho latiendo incrédulo. En esas circunstancias, podía morir en cualquier momento.

Los soldados, con el semblante adusto, tiraron de él por la nieve en dirección al círculo de casuchas de hielo más cercano. El más alto se adelantó y se agachó para

entrar en una de las chozas mientras el resto se detenía y aguardaba de pie, con las lanzas caladas en dirección a Ash, listas para clavárselas si era necesario.

Ash pisoteaba la nieve con saltitos y se envolvía impotente el cuerpo con los brazos; giraba lentamente para alternar los lados de su cuerpo que recibían los envites del viento. Los hombres que lo rodeaban reían.

De la entrada de la choza de hielo emergió una pareja cargada con las pieles que utilizaban para dormir recogidas en unos fardos, y lanzaron una mirada furiosa y llena de resentimiento a los soldados, aunque no abrieron la boca y enfilaron a trompicones hacia una vivienda vecina. A continuación salió el soldado alto, arrastrando las pieles que habían estado extendidas en el suelo de la casucha y arrancó las colgaduras que protegían la entrada en forma de túnel.

—¡Huhn! —gruñó el líder de la cuadrilla, y los guerreros arrojaron a Ash dentro de la vivienda.

El interior estaba oscuro como un pozo, y silencioso, pero en comparación con el exterior la temperatura era agradable. Sin embargo, completamente desnudo, el frío no tardaría en causar estragos en su organismo.

Fuera, los soldados de la tribu sellaron la entrada con bloques de hielo. Ash oyó cómo salpicaban el hielo con agua y esperó inmóvil hasta que terminaron su labor. Estaba atrapado. Golpeó la pared de la choza con el borde exterior del pie, pero era como dar patadas a una piedra. Suspiró. Se balanceó un instante y a punto estuvo de desmayarse; en ese momento sintió el peso aplastante de la edad, de sus sesenta y dos años. Se dejó caer de rodillas sobre el suelo pétreo ignorando el frío que le abrasaba las pantorrillas al contacto con el hielo, y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no tenderse en el suelo, cerrar los ojos y simplemente echarse a dormir. En aquellas condiciones dormir significaba morir.

Hacía frío. Tanto frío que si seguía temblando de aquella manera, no tardaría en descoyuntarse. Se echó el aliento en el cuenco formado por las manos, las frotó enérgicamente hasta que le escocieron y se dio palmaditas por todo el cuerpo. Eso lo espabiló un poco, así que repitió el mismo gesto en la cara. Empezó a sentirse mejor.

Se dio cuenta de que tenía un corte en la cabeza y apretó una bola de nieve contra la herida hasta cortar la hemorragia. Transcurrido un tiempo, sus ojos se hicieron a la oscuridad. El brillo que fueron adquiriendo las paredes parecía el reflejo de una luz tenue y blanquecina.

Ash suspiró con resolución. Enlazó las manos, cerró la boca en un intento de detener el rechinar de sus dientes y recitó un mantra para sus adentros.

Enseguida brotó en su pecho un foco de calor que fue extendiéndose progresivamente por sus extremidades y los dedos de sus manos y pies. De su piel erizada empezó a emanar vapor y las convulsiones se mitigaron.

El viento le hacía llegar su lamento por un pequeño respiradero abierto en el

techo abovedado, arrastrando consigo algún que otro copo de nieve.

Imaginó que había montado su robusta tienda de lona y que ahora estaba acurrucado en su interior, cobijado del viento y calentándose con la pequeña estufa de cobre de aceite. El caldo humeante borbotaba con alegría a fuego lento. La atmósfera era húmeda y en el aire pesaba el hedor de la ropa empapada del hielo fundido mezclado con el agradable aroma del caldo. En el exterior, los perros gemían y se encogían para protegerse de la ventisca.

Osho estaba en la tienda con él.

—Tienes mal aspecto —le dijo su viejo maestro en honshu, su lengua materna. Tenía el rostro marchito, le miraba con preocupación, con las arrugas tan marcadas como las del propio Ash.

Ash asintió.

—Creo que estoy a punto de morir.

—¿Y te sorprende? ¿A tus años? ¿De verdad te sorprende todo esto?

—No —reconoció Ash, aunque la reprimenda de su maestro le hizo dudar por un momento de su edad real.

—¿Caldo? —le ofreció Ash, llenando una taza. Pero Osho lo rechazó, alzando un dedo solitario.

Ash bebió, sorbiendo ruidosamente. Sintió el cosquilleo del líquido caliente y vigorizador deslizándose hasta su estómago. Desde algún lugar indeterminado llegó un gemido de nostalgia.

—¿Cómo está tu cabeza? ¿Te duele?

—Un poco. Presiento que voy a sufrir otro ataque.

—Ya te advertí que sería así, ¿no es cierto?

—Todavía no estoy muerto.

Osho arrugó el ceño, se frotó las manos y se las calentó con el aliento.

—Ash, algún día comprenderás que había llegado el momento.

Las llamas de la estufa de aceite crepitaron en respuesta al suspiro de Ash, que paseó la vista en derredor, por las puertas de lona que crujían en la entrada y por las volutas de vapor que emanaban del caldo. Su espada descansaba apoyada de pie sobre la mochila de piel, como si estuviera señalando una tumba.

—Este trabajo... es todo lo que me queda. ¿También vas a quitármelo?

—Te lo quita tu salud, no yo. Ash, aunque sobrevivieras a esta noche, ¿cuánto tiempo crees que te quedaría?

—No me acostaré a esperar el final de brazos cruzados.

—No estoy pidiéndote eso. Pero deberías estar aquí, con la orden, con tus hermanos. Te mereces un descanso y toda la paz de la que puedas disfrutar mientras te sea posible.

—No —replicó Ash acaloradamente. Se volvió y clavó la mirada en las llamas—.

Mi padre siguió ese camino cuando su estado empeoró. Se abandonó al lamento cuando quedó ciego y permaneció en cama lloriqueando y aguardando la muerte. Eso lo convirtió en un fantasma. No. No desperdiciaré así el tiempo que me queda, por poco que sea. Moriré en pie, luchando.

Osho hizo un ademán desdeñoso con la mano.

—Aun así no estás en forma para este cometido. Sufres ataques cada vez más agudos y llevas días prácticamente ciego, por no hablar ya de tus dificultades para moverte. ¿Cómo esperas continuar en estas condiciones? ¿Cómo esperas cumplir la *vendetta*? No. No puedo permitirlo.

—¡Tienes que hacerlo! —espetó Ash.

Osho, prior de la orden de los roshuns, parpadeó desde el otro lado de los confines hundidos de la tienda, pero permaneció en silencio.

Ash inclinó la cabeza y respiró hondo, recomponiéndose.

—Osho, hace media vida que nos conocemos —repuso Ash con voz queda, como ofreciendo sus palabras en sacrificio ante un altar—. Somos más que amigos. Nuestro vínculo es más estrecho que el que pueda existir entre un padre y un hijo o entre dos hermanos. Escúchame. Necesito hacerlo.

Sus miradas se fundieron: Osho y él, rodeados por la lona de la tienda y el viento y un millar de laqs de páramo helado; allí, en aquella cálida celda imaginaria, tan pequeña que compartían el aire que respiraban.

—De acuerdo —masculló al cabo Osho.

Ash se revolvió sorprendido. Abrió la boca para darle las gracias, pero Osho alzó una mano para interrumpirlo.

—Con una condición, en todo punto innegociable.

—Continúa.

—Tomarás un aprendiz a tu cargo.

Una ráfaga de viento empujó la lona de la tienda contra la espalda de Ash, que se puso rígido.

—¿Estás pidiéndome que instruya a un aprendiz?

—Sí —respondió con sequedad Osho—, Del mismo modo que tú me has pedido que te permita continuar. Ash, eres nuestro mejor hombre, mejor de lo que nunca fui yo. Sin embargo, siempre te has negado a aleccionar a un aprendiz, a transmitirle tus habilidades, tu destreza.

—Sabes que siempre he tenido mis razones para que fuera así.

—¡Claro que lo sé! Te conozco mejor que nadie. Yo estaba allí, ¿lo has olvidado? Pero no fuiste el único que aquel día perdió a un hijo en el campo de batalla... o a un hermano, o a un padre.

Ash agachó la cabeza.

—No.

—Entonces lo harás, si es que quieres salir de ésta con vida.

Ash todavía no se sentía capaz de mirar a la cara a Osho, de modo que en sus ojos seguían reverberando las llamas dispersas de la estufa de aceite. Aquel anciano lo conocía muy bien; era como estar frente a un espejo, una superficie viva que reflejaba todo lo que él no quería ver de sí mismo.

—¿Prefieres morir aquí, solo, en este páramo perdido en los confines del mundo?
—El silencio de Ash fue suficiente respuesta—. Entonces acepta mi oferta. Te prometo que en ese caso saldrás de ésta y volverás a ver tu hogar... y una vez que regreses, te permitiré continuar con tu trabajo, al menos mientras instruyes a un aprendiz.

—¿Estás ofreciéndome un trato?

—Sí —respondió Osho con firmeza.

—Pero no eres real. Perdí esta tienda hace dos días... y ni siquiera viajabas conmigo cuando ocurrió. Eres una ilusión. Una evocación. Tu palabra carece de valor.

—Y sin embargo, todo lo que te he dicho es cierto. ¿O acaso lo dudas?

Ash contempló la taza vacía. El calor del cilindro metálico se había desvanecido llevándose consigo el calor de sus manos.

Hacía mucho tiempo que había aceptado su enfermedad y su inevitable desenlace, del mismo modo que aceptaba el final de las vidas que había arrebatado en el cumplimiento de su deber: con una especie de sentimiento fatalista. Quizá ese carácter melancólico se debía a su creencia de que la vida era en esencia agrídulce, sin un sentido distinto del que se le atribuyera en cada ocasión: violento o pacífico, benévolo o maléfico... en fin, según las decisiones que se fueran tomando. Pero nada más; sin duda nada fundamental en un universo sustancialmente neutro que sólo busca el equilibrio al tiempo que se expande de una manera infinita y eterna de acuerdo con los principios de Dao. Estaba muriéndose, eso era todo; no había que buscar a ese hecho un significado oculto.

Sin embargo, no deseaba acabar sus días en aquella llanura desolada. Quería volver a ver el sol con sus propios ojos y con la boca abierta para saborear el jugo de sus rayos cálidos; antes quería aspirar los aromas acres de la vida, sentir los brotes de hierba bajo las plantas de los pies y oír el murmullo del agua fluyendo entre las rocas. Y en ese anhelo, en ese sueño fantasioso, Osho no era más que otra creación del mismo deseo; por lo menos Ash no se atrevía a albergar la esperanza de que pudiera ser otra cosa.

—Claro que lo dudo —respondió, alzando la cabeza. Pero Osho ya había desaparecido.

Sintió un malestar pesado y prolongado que le produjo náuseas y un mareo que le

nubló la vista, el dolor se ensañaba cruelmente con sus sienes.

Su delirio remitió.

Entrecerró los ojos, envuelto por la penumbra de la choza de hielo. Su cuerpo desnudo de nuevo empezó a temblar y a sufrir convulsiones; de sus cejas colgaban carámbanos diminutos. Estaba a un paso de quedarse dormido.

Por el respiradero del techo no entraba ningún ruido. La tormenta había amainado por fin. Ash inclinó la cabeza a un lado para oír mejor. Sonó el ladrido de un perro, seguido inmediatamente por unos cuantos más.

Suspiró, dejando salir todo el aire de los pulmones.

«Un último esfuerzo», se dijo.

El anciano roshun se levantó haciendo un esfuerzo descomunal. Tenía los músculos doloridos y la cabeza a punto de estallarle, pero por el momento no podía hacer nada para aliviarlo, pues le habían quitado el morral donde guardaba las hojas de stevia junto con todo lo demás. No importaba, todavía no era nada serio. Nada que ver con los ataques que había sufrido durante su largo viaje a las tierras meridionales y que lo habían confinado en la cama desesperado de dolor durante días y días.

Pataleó en el suelo y se dio unos cachetes por el cuerpo hasta que recuperó la sensibilidad. Respiró repetidamente de manera breve y profunda, renovando las fuerzas cada vez que inspiraba y expulsando cansancio e incertidumbre en cada bocanada de aire que soltaba.

Se calentó las palmas de las manos con el aliento, dio dos palmadas y pegó un salto. Deslizó una mano por el hueco del respiradero y se colgó de él, con las piernas suspendidas en el aire. Con la otra mano empezó a golpear el hielo del borde del orificio, acompañando cada acometida con un «¡ahg!» más cercano a un jadeo que a una palabra inteligible. Cada puñetazo le enviaba por el brazo una insoportable punzada de dolor.

Minutos después, el hielo seguía intacto, y Ash volvió a tener la sensación de estar aporreando inútilmente una piedra.

No, así no llegaría a ningún lado. Entonces se imaginó que estaba golpeando la capa de hielo de la superficie de un estanque, lo suficientemente delgada como para resquebrajarse. Resollaba trabajosamente por la nariz y empezaba a marearse, lo que mermaba notablemente su capacidad de concentración.

Por fin se desprendió una esquirla de hielo y se dejó embargar por aquel momento triunfal sin cejar en su empeño. Fueron soltándose más fragmentos hasta que una lluvia de escarcha se precipitó sobre su rostro. Se frotó los ojos cerrados para limpiarse el sudor y descubrió en la mano algo más que sudor: el color oscuro de la sangre. Las gotitas carmesíes le rociaban la frente o caían al suelo, donde se congelaban antes de filtrarse en el hielo.

Jadeaba con dificultad cuando consiguió abrir un agujero que le permitió

contemplar un fragmento del firmamento nocturno. Se tomó un respiro y permaneció colgado sin más, recobrando el aliento. El momento se alargaba y tuvo que azuzar su fuerza de voluntad para recuperar el ánimo. Con un esforzado gruñido trepó a través del hueco, rasguñándose el cuerpo desnudo a su paso por el borde de hielo.

En el asentamiento reinaba la calma. El cielo era un campo azabache salpicado de estrellas diminutas y exangües como diamantes. Ash se deslizó hasta el suelo y se agachó con las rodillas hundidas en la nieve, sin volver la vista al reguero de sangre que surcaba el techo abovedado de la casucha de hielo a su espalda.

Sacudió la cabeza para despejarse y trató de orientarse. A su alrededor se extendía un mar de chozas de hielo semienterradas en las montañas de nieve acumulada tras las ventiscas.

Había movimiento en los pequeños montículos que los perros habían elegido para pasar la noche. A lo lejos se divisaba un grupo de hombres preparando un tiro de trineo para la cacería matutina, ajenos a la figura que los observaba amparado en la oscuridad.

Ash caminó agachado hacia la fortaleza de hielo; bajo las plantas de sus pies descalzos crujía la capa de nieve virgen. La edificación se recortaba cada vez más imponente contra el cielo estrellado según se aproximaba.

No aminoró el paso y continuó a la carrera por el túnel de la entrada, apartó de un manotazo las colgaduras y enfiló por el pasillo. Pilló por sorpresa a los dos centinelas que hacían guardia junto a un brasero encendido. El espacio era reducido, lo que dificultaba los movimientos. Ash arremetió con su frente contra el rostro de uno de los guerreros y éste cayó desplomado, inconsciente y con la nariz rota. El choque dejó a Ash dolorido, circunstancia que a punto estuvo de aprovechar el otro centinela para alcanzarle con su lanza, pero Ash se agachó a tiempo y notó en el hombro la caricia de la punta de hueso del arma. Gruñó entre dientes y sonó el chasquido del choque de los cuerpos cuando lanzó un rodillazo contra la entrepierna de su oponente y le estampó los nudillos en la garganta.

Pasó por encima de los cuerpos de los centinelas, que yacían boca abajo, y se aventuró en el interior de la fortaleza con los ojos entornados.

Se hallaba en un pasaje estrecho que desembocaba en el salón principal con la entrada tapada con pieles. Al otro lado de las colgaduras reinaba un silencio absoluto. Pero no, no era exactamente así, pues hasta sus oídos llegaban ronquidos.

«Mi hoja», pensó Ash.

Echó un vistazo fugaz a otra puerta en arco que conducía a una pequeña sala atiborrada de humo, iluminada únicamente por un pequeño brasero colocado en un rincón y en el que unos rescoldos grasientos emitían una luz roja que apenas alumbraba en un radio de un par de metros, dejando todo lo demás en una oscuridad

total.

Junto al brasero atisbo un camastro donde dormían con los cuerpos pegados un hombre y una mujer. La figura de Ash parecía una sombra avanzando sigilosamente hacia la pared opuesta, donde habían abandonado su equipo y donde todavía continuaba.

Hurgó entre sus pieles hasta que sus manos dieron con el morral que contenía las hojas de stevia. Extrajo una hoja marrón, aunque rápidamente cambió de idea y sacó dos más, y se las colocó en la pared interior de la boca, entre los dientes y la mejilla.

Se dejó caer contra la pared un instante, mientras masticaba y tragaba las hojas de sabor amargo. El dolor de cabeza se mitigó.

Ignoró sus viejas pieles y fue directo hacia su hoja, cuyo acero refulgió al extraerla de la funda. La pareja continuaba dormida en el camastro, ajena a lo que ocurría, mientras él volvía sobre sus pasos y enfilaba al salón principal.

La luz que se colaba por debajo de las colgaduras le bañaba los dedos de los pies. Llenó los pulmones de aire y cruzó la cortina de pieles espirando por la nariz, todavía con el cuerpo desnudo, como el acero que aferraba a la altura de la cintura.

El rey se había quedado dormido repantigado en el trono, en el otro extremo del salón. Sus hombres, algunos emparejados con mujeres, yacían hechos un amasijo sobre el suelo a los pies de su soberano. A un lado de la entrada había un centinela amodorrado apoyado sobre su lanza.

Los temblores de Ash se habían aplacado. Ahora se encontraba en su elemento y el frío se había convertido en algo así como una capa que le caía sobre los hombros. El temor había desaparecido: el miedo era un recuerdo antiguo, tan antiguo como su espada. Sus sentidos se aguzaron justo en ese instante previo a la acometida. Reparó en un carámbano que colgaba del techo altísimo encima del brasero; cada vez que se precipitaba una gotita de agua sobre las llamas de abajo sonaba un tenue siseo. Ash advirtió el penetrante hedor a pescado, a transpiración, a grasa quemada y a algo más, un olor casi agradable que hizo que le sonaran las tripas. Sintió cómo se le tensaban los músculos ante la expectativa creciente de que algo estaba a punto de suceder.

El movimiento no pasó desapercibido a los ojos del centinela, que se despabiló y tuvo tiempo de levantar la mirada para ver cómo Ash se abalanzaba sobre él con el rostro ensangrentado y mostrándole los dientes apretados. La hoja voló hacia el guerrero abriendo un surco circular en el humo que flotaba en el aire antes de toparse con la efímera resistencia del pecho del centinela, quien cayó desplomado mascullando un grito ahogado que, sin embargo, fue suficiente para despertar a los demás.

Los nativos tomaron las lanzas, se levantaron precipitadamente y, sin que mediara orden alguna, arremetieron contra el forastero desde todas las direcciones.

Ash los dispersó como si fueran una pandilla de críos. No precisaba más que un

golpe para acabar con cada uno de los guerreros que se cruzaba a su paso. Actuaba como un autómatas. Guardaba silencio en medio de la algarabía general y sus movimientos obedecían a un instinto que había sido entrenado para avanzar, avanzar y avanzar. Sus tajos, sus acometidas y sus fintas se sucedían con naturalidad coordinados con sus pasos.

Ash alcanzó el trono antes de que el último individuo de la tribu cayera. A su espalda flotaba la neblina formada por el humo que emanaba de la alfombra de cuerpos moribundos.

El rey continuaba sentado, temblando de ira y aferrando los brazos de su trono de huesos como si tratara de levantarse. Estaba borracho y su aliento apestaba a alcohol. Respiraba agitadamente, como si le faltara el aire, y un hilo de baba le resbalaba por los labios mientras contemplaba con los ojos entornados al roshun plantado frente a él.

«Parece un niño enrabiado», pensó Ash antes de desterrar esa idea de la cabeza. Sacudió la sangre de la hoja y sostuvo la barbilla del rey con la punta de su espada. La respiración del monarca se aceleró notablemente.

—¡*Hut!* —espetó Ash, mientras empujaba hacia arriba el acero hasta que rasgó la piel del rey, obligándolo a levantar la cabeza para que se enderezara la línea imaginaria que unía sus miradas.

El rey bajó la vista hacia la hoja apoyada en su garganta. Un reguero de su sangre se deslizó por la estría del acero sin hallar resistencia, como el agua que se escurre por una lona ungida con aceite. Levantó de nuevo la mirada hacia Ash y le tembló el párpado inferior izquierdo.

—¡*Akuzhka!* —espetó el rey.

La hoja le perforó abruptamente el cerebro y en un abrir y cerrar de ojos su mirada de odio se tornó en una mirada sin vida.

Ash se enderezó, resollando laboriosamente. De repente, el contenido de la vejiga del rey empezó a regar el suelo y alrededor del trono se levantó una nube de vapor.

El roshun recuperó el sello del cuello del monarca y se lo colgó. En el último momento cerró los ojos de su rival. A continuación se acercó al arcón de madera junto a la pared, lo abrió y tiró del cuerpo del alhazií enroscado en su interior.

—¿Ya ha acabado todo? —inquirió el cautivo con voz ronca, aferrándose al forastero como si ya nunca fuera a soltarlo.

—Sí —respondió escuetamente Ash.

Y abandonaron la fortaleza.

Capítulo 1

El escudo

Bahn había ascendido el Monte de la Verdad en incontables ocasiones a lo largo de su vida. Se trataba de una colina chata y verde, no demasiado elevada y de pendientes suaves. Sin embargo, aquella mañana, mientras recorría el sendero serpenteante que conducía a la cima llana del monte, le pareció más escarpada que nunca. Y no comprendía el motivo.

—Bahn. —Marlee le tiró del brazo para detenerlo.

Bahn se volvió. Su esposa le daba la espalda y miraba detenidamente el tramo de sendero que acababan de dejar atrás, protegiéndose los ojos del sol con la otra mano. Juno, su hijo de diez años, caminaba desmañadamente, algo más atrás. Era pequeño para su edad, y la cesta de picnic que llevaba, demasiado voluminosa para sus cortos brazos, pese a que había sido él quien había insistido en cargar con ella.

Bahn se limpió el sudor de la frente con la mano y la brisa fresca le besó la piel que acababa de secar. «Ojalá jamás tuviera que ver lo que va a ver hoy», pensó Bahn, y comprendió que la pendiente de la ladera no se había vuelto de repente más empinada aquella mañana, sino que era su propia resistencia a alcanzar su destino lo que hacía más cuesta arriba la subida.

Una manzana, roja y brillante como unos labios pintados, se precipitó de la cesta de Juno y rodó por las piedras del camino allanadas por el paso continuado de gente. El niño detuvo la carrera de la fruta con la suela de la bota y se agachó para recogerla, observado por sus padres.

—¿Te echo una mano? —gritó Bahn a su hijo, intentando no pensar demasiado en lo que había pagado por aquella manzana y por todas las exquisiteces que había comprado para el picnic.

Juno le respondió con una mirada iracunda. Devolvió la manzana a la cesta y sopesó la carga antes de reanudar el paso.

Estalló un trueno en la distancia, aunque no había ni una nube en el cielo. Bahn llevó la mirada más allá de su hijo e intentó espantar la zozobra que le encogía el estómago desde hacía varios días. Forzó una sonrisa, poniendo en práctica un viejo truco que había aprendido durante sus años de servicio en la Guardia Roja: si estiraba los labios una pizca, el peso de las preocupaciones se aligeraba un poco.

—Me gusta verte sonreír —confesó Marlee. Sus ojos castaños se achinaron. Envuelta en una banda de lona que llevaba a la espalda dormía con la boca completamente abierta la hija pequeña de ambos.

—Está bien pasar el día al aire libre, aunque hubiera preferido cualquier otro sitio.

—Si ya es lo suficientemente mayor como para preguntar, también lo es para verlo. No podemos protegerlo de la verdad toda la vida, Bahn.

—No, pero podríamos intentarlo.

Marlee frunció el ceño al oír la réplica de su esposo y apretó más fuerte la mano alrededor de su brazo.

El estrépito de la ciudad de Bar-Khos, que se extendía a sus pies, resonaba como un río lejano. Las gaviotas planeaban y descendían en picado sobre el puerto vecino en bandadas formadas por centenares de aves, como una ventisca que azotara las lejanas montañas. Bahn las contempló, con la mano en la frente, para protegerse los ojos del sol, mientras pasaban como centellas a ras de la superficie cristalina del agua y sus reflejos revoloteaban en los cascos de los barcos. Los arpones fulgurantes del sol rebotaban en el mar y lo teñían de oro con su resplandor. El resto de la ciudad permanecía envuelto en un hermoso velo canicular, moteado por las figuras diminutas e indistinguibles de los ciudadanos que recorrían las calles sepultadas en las sombras. Tañeron las campanas de las cúpulas del Templo Blanco y sonaron los cuernos del Estadio de Armas. En el aire enturbiado por el polvo brillaban los espejos de las cestas de los globos aerostáticos de los mercaderes amarrados a estrechas torrecillas. Más allá, al otro lado de las murallas septentrionales, un dirigible se elevaba desde los pilones del puerto aéreo y ponía rumbo este para emprender la peligrosa ruta a Zanzahar.

A Bahn le resultaba extraña, incluso entonces, la aparente normalidad con la que discurría la vida en la ciudad pese a la amenaza que se cernía sobre ella.

—¿A qué esperáis? —inquirió, jadeante Juno cuando alcanzó a sus padres.

Esta vez la sonrisa que se dibujó en los labios de Bahn era sincera.

—A nada —respondió.

En días como aquél, un abrasador día del Gran Necio en pleno verano, los habitantes de Bar-Khos tenían la costumbre de huir de las tórridas calles de la ciudad y peregrinar hasta la cima del Monte de la Verdad en busca de un clima más benigno. En los bancales que flanqueaban la llanura de la cumbre se extendía un parque que recibía una constante brisa fresca procedente del mar.

El sendero se nivelaba a su entrada en el parque y el pequeño Juno, que había ganado confianza como portador de la cesta, aprovechó la oportunidad para apretar el paso; adelantó primero a sus padres y luego esquivó a otras personas que caminaban con más parsimonia. Después toda la familia bordeó una angosta zona verde en la que un grupo de niños se enzarzaba en una pelea para dirimir a quién le correspondía hacer volar una cometa. Detrás de los niños, sentado en un banco cobijado bajo la sombra de un marchito jupe, un viejo monje mendigo aferrado a una botella de vino

hablaba sin descanso con su perro, que no parecía escucharle.

El estruendo de otro trueno se propagó por el aire, en esta ocasión más nítido, dada la cercanía de las murallas meridionales de la ciudad. Juno se volvió hacia sus padres.

—¡Rápido! —les apremió, incapaz de contener su entusiasmo.

—Deberíamos haber traído la cometa para después —observó Marlee.

A su espalda, los críos hacía rato que habían dejado de reñir y el cubo de papel y astiles de pluma ya surcaba el cielo impelido por el viento.

Bahn asintió, pero no dijo nada. Observaba detenidamente un edificio que se levantaba en la cima de la montaña y ocupaba toda la parte central del parque. Estaba cercado por setos y tenía los muros salpicados de centenares de ventanas con los marcos blancos; algunas reflejaban el cielo, otras eran un fondo negro. El propio Bahn acudía casi cada día a aquel edificio para entregar sus informes en calidad de asesor del general Creed. De una manera inconsciente su mirada se deslizó por la fachada del Ministerio de la Guerra hacia donde sabía que se encontraba el despacho del general. Buscó alguna señal del anciano oficial, pensando que quizá se hallaría en ese momento contemplando el exterior desde alguna de las ventanas.

—Bahn —le reprendió su esposa, tirándole otra vez del brazo.

Por fin llegaron al margen sur del parque. Juno se adelantó y se abrió paso entre la multitud arrellanada sobre la hierba alta, pero fue aminorando la marcha hasta detenerse totalmente a medida que se desplegaba ante sus ojos la escena que tenía lugar abajo. Al punto la cesta se le resbaló de las manos.

Bahn llegó hasta él y se puso a recoger del suelo el contenido desparramado de la cesta sin quitar los ojos de encima a su hijo, con la misma atención que cuando, siendo más pequeño, había empezado a dar sus primeros pasos, vacilantes y peligrosos. Juno siempre había tenido prohibido visitar la colina solo, y hacía un año que había empezado a pedir —y luego a suplicar— que lo llevaran allí, azuzado por las historias que contaban sus amigos. Quería conocer de primera mano por qué la colina recibía el nombre de Monte de la Verdad.

A partir de aquel momento, y ya para siempre, lo sabría.

Desde el punto más meridional de la colina más alta de la ciudad se divisaba el mar, que bañaba las costas por el este y el oeste, y justo enfrente se desplegaba la larga lengua de tierra, de medio laq de ancho, conocida como el istmo de Lans, que se extendía como una carretera hacia el continente que se intuía en el extremo más alejado y que aquel día no era más que una maraña de contornos difuminados y nubes apenas distinguible desde tan lejos. Justo en el centro de aquel extenso istmo, transversales a él, se levantaban las inmensas murallas meridionales de Bar-Khos, construidas con bloques de piedra gris y conocidas como el Escudo.

Aquellos muros, que habían protegido la ciudad y, por tanto, también la isla de

Khos —granero de las Islas Mercianas— de las invasiones por tierra durante siglos, se levantaban del suelo casi treinta metros, una altura superada por los torreones que se elevaban por encima de las almenas, y eran lo suficientemente antiguos como para haber dado nombre a la ciudad de Bar-Khos, «el Escudo de Khos». El conjunto defensivo estaba formado por seis tramos de murallas uno detrás de otro; al menos había sido así hasta la llegada de los mannianos, con sus banderas ondeando al viento y sus propósitos de conquista. Ya sólo quedaban cuatro para bloquear el paso por el istmo de Lans, de los cuales dos eran de reciente construcción. De las murallas más externas originales sólo quedaba una, sin puertas ni portillos, pues todas las entradas habían sido tapiadas y selladas con piedra y argamasa.

El Monte de la Verdad ofrecía las mejores vistas de la ciudad. Desde allí, y sólo desde allí, se permitía a los civiles contemplar la razón de ser de las murallas. Juno pestañeaba mientras su mirada se alejaba del Escudo y se dirigía hacia los mannianos que sitiaban las murallas, desplegados como una marea blanca por la superficie del istmo: el IV Ejército Imperial al completo.

Su rostro bisoño palideció y sus ojos se abrían como platos cada vez que descubría algún detalle nuevo.

El istmo de Lans estaba ocupado en su totalidad por una ciudad de tiendas de campaña resplandecientes, dispuestas con sumo orden en hileras y barrios divididos por calles con edificios de madera. La ciudad de tiendas se levantaba frente al Escudo, al otro lado de un número incontable de líneas de parapetos —murallas de tierra se levantaban a lo largo y ancho de una llanura de un apagado ocre— y zanjas sinuosas anegadas de agua negruzca. Detrás del tramo más cercano a aquellos parapetos, como unas bestias solazándose al sol, yacían las máquinas de asedio y los cañones que escupían humo y tronaban con un ritmo constante, pues disparaban sus proyectiles contra la ciudad con una regularidad pausada e inquebrantable que duraba ya, superando todas las expectativas, diez años.

—Naciste el mismo día que iniciaron el asalto a las murallas —dijo Marlee a su espalda, en un tono aparentemente calmado mientras desenvolvía un pedazo de keesh bañado en miel que llevaba en la cesta—. El parto se adelantó y cuando naciste no eras mayor que un cuarto de una hogaza de pan de soda. Supongo que la conmoción que me provocó la muerte de tu abuelo tuvo algo que ver, pues nos había dejado aquella misma mañana.

El cuadro que se desplegaba frente al muchacho se había apoderado de toda su atención y no daba muestras de estar escuchando a su madre, pese a que más de una vez le había pedido que le hablara sobre el día de su alumbramiento y siempre había recibido las respuestas más vagas y escuetas. Tanto Bahn como Marlee tenían sus propios motivos para no desear recordarlo.

«Dale tiempo», dijo Bahn para sus adentros, sentándose en la hierba para

examinar la escena con sus ojos expertos. Las palabras de su esposa le refrescaron la memoria y los recuerdos afloraron.

Bahn sólo tenía veintitrés años cuando estalló la guerra. Recordaba perfectamente dónde se encontraba cuando llegaron las primeras noticias de los refugiados que abandonaban en tropel el continente con destino a su ciudad: sentado en el bar del Monje Estrangulado, todavía sediento y ya borracho tras la cuarta cerveza negra. Aquella tarde había estado de un humor de perros. Había acabado hartito aquella jornada como empleado en el almacén de carga del puerto aéreo y del paticorto de su capataz, un dictador en miniatura de la peor calaña; y todo por un salario que a duras penas les alcanzaba a él y a Marlee para llegar a final de mes.

Se había enterado de las noticias por boca de un mercader rechoncho que acababa de llegar del sur, con la cara rolliza encendida como la grana, como si hubiera hecho a la carrera todo el camino de regreso sólo para contar lo que enseguida pasó a relatar. Anunció sin aliento que Pathia había caído. Pathia, la población que lindaba al sur con Khos, era el enemigo tradicional de la ciudad de Bahn y la razón primigenia de la construcción del Escudo. Las palabras del comerciante provocaron un silencio repentino en todo el bar, los clientes lo escuchaban y la conmoción y la incredulidad crecían en igual medida. El rey Ottomek V, el infame trigésimo primer monarca de la dinastía de los Sanse, había sido tan estúpido como para dejarse capturar vivo, y los mannianos lo habían paseado —gritando, retorciéndose y dando bandazos— por las calles de la conquistada Bairat, arrastrado por un corcel blanco, hasta que su cuerpo había quedado totalmente desollado y despojado de orejas, nariz y genitales. Moribundo, lo habían arrojado a un pozo, donde milagrosamente había aguantado con vida toda la noche mientras los mannianos se mofaban de sus súplicas de piedad. Al amanecer habían llenado el pozo de piedras.

Hasta los hombres más curtidos del bar mascullaron oraciones y sacudieron la cabeza cuando el relato llegó a su fin. El pánico de Bahn fue en aumento: aquellas noticias eran funestas para todos. Desde antes incluso de que naciera él los mannianos habían recorrido el Midéres —un mar interior— conquistando una nación tras otra. Sin embargo, nunca antes se habían acercado tanto a Khos. Alrededor de Bahn, el debate se acaloraba y se multiplicaban los gritos, las discusiones y los poco convincentes intentos de algunos de añadir una pincelada de humor. Bahn se abrió paso hasta la salida y se apresuró a regresar a casa y reunirse con la que era su esposa desde hacía apenas un año. Subió a saltos la escalera que conducía a su minúscula vivienda llena de humedades encima de los baños públicos y soltó de un tirón, con toda su desesperación y su borrachera, lo que acababa de oír. Marlee trató de calmarlo hablándole con dulzura y luego le preparó un poco de chee con el pulso milagrosamente firme. Después hicieron el amor con una pasión serena —Bahn necesitaba distraerse— y ella no apartó los ojos de los de su marido en ningún

momento mientras la cama crujía bajo sus cuerpos.

Aquella misma noche subieron a la azotea del edificio y escucharon con el resto de los habitantes de Bar-Khos los gritos de los refugiados apiñados por miles al otro lado de la muralla, implorando que les dejaran entrar. Desde algunos tejados, la gente gritaba que se abrieran las puertas, mientras que desde otros, con una cólera arrebatada, se exigía que se los dejara pudrirse fuera. Bahn recordó que Marlee rezaba entre dientes por aquellas pobres almas y masculaba sus plegarias a Eres, la poderosa Madre del Mundo, y también cómo se movían sus labios, ennegrecidos por la peculiar luz que arrojaban las lunas gemelas suspendidas del cielo en el sur. «Ten piedad, dulce Eres. Permíteles entrar. Permíteles ponerse a salvo.»

El general Creed en persona ordenó abrir las puertas de la ciudad a la mañana siguiente. Los refugiados entraron atropelladamente en la ciudad y contaron historias de masacres y de comunidades enteras quemadas vivas por enfrentarse a los invasores.

A pesar de aquellos espeluznantes relatos, buena parte de los habitantes de Bar-Khos no se sentía amenazada y confiaba en la protección del fabuloso Escudo. Además, consideraba que los mannianos se mantendrían ocupados con el recién conquistado territorio meridional.

Bahn y Marlee siguieron con sus vidas como buenamente pudieron. Ella quedó embarazada de nuevo, de modo que minimizaron los riesgos y tomaron todas las precauciones para evitar otro aborto. Marlee tomaba infusiones de hierbas que le proporcionaba la partera y se pasaba horas sentada contemplando el trajín de la ciudad, con una mano posada en la barriga en un gesto protector. A veces recibía la visita de su padre todavía embutido en su armadura maloliente; era un hombre enorme, con el rostro endurecido e inflexible, que la miraba entrecerrando unos ojos exhaustos por la edad. Su hija era su mayor tesoro, y Bahn y él la mimaban hasta tal punto que acababan sacándola de quicio, si bien eso no conseguía disuadirlos de su actitud por mucho tiempo.

Cuatro meses después llegaron noticias del avance del ejército imperial. Sin embargo, el ánimo general en la ciudad apenas varió; después de todo, los protegían seis murallas altas y sólidas. Aun así el ayuntamiento publicó otro edicto en el que solicitaba voluntarios para incorporarse a las filas de la Guardia Roja, cuyos efectivos habían menguado considerablemente durante las precedentes décadas de paz. Bahn no daba el tipo como soldado, pero poseía un alma romántica; además, con una esposa y un hijo en camino a los que proteger, en cierto modo se sentía incitado a pasar a la acción. Dejó su trabajo sin grandes aspavientos, simplemente un día no se presentó, y sintió un cosquilleo en el estómago al imaginarse la rabieta de su capataz cuando se percatara de su ausencia. Ese mismo día, Bahn se enroló en el ejército con el propósito de defender su ciudad. En los cuarteles centrales le entregaron una vieja

espada con la hoja mellada, una capa roja de lana que apestaba a humedad, un escudo redondo, una coraza, un par de grebas, un casco que le iba demasiado grande... y una solitaria moneda de plata. También le informaron de que debía presentarse todas las mañanas en el Estadio de Armas para la instrucción.

Ni siquiera se había aprendido los nombres de los reclutas de su compañía, todos tan legos en cuestiones de armas como él, cuando el heraldo de los mannianos se presentó a lomos de su montura y exigió la rendición de la ciudad. Los términos de su demanda eran bien sencillos: si abrían las puertas, se perdonaría la vida a buena parte de los habitantes de la ciudad; en caso contrario, serían muchos los ajusticiados y detenidos. Además, el heraldo declaró frente a las altísimas moles de las murallas que era imposible resistirse al designio manifestado por el divino Mann.

El disparo de un tirador con el gatillo fácil apostado en la fortificación derribó al heraldo de su montura. Un grito se elevó desde las almenas. Primer tanto.

La ciudad contuvo la respiración a la espera de acontecimientos.

Al principio, las dimensiones del contingente parecían inverosímiles. Cinco días tardó el IV Ejército Imperial en congregar sus efectivos por toda la superficie del istmo de Lans. Decenas de miles de soldados marcharon estrepitosamente y en ordenada procesión hasta sus posiciones y luego se desplegaron para montar la colonia de tiendas, parapetos y artillería en un número inaudito hasta entonces, además de torres de asedio titánicas... todo ello ante la mirada colectiva del pueblo sitiado.

Finalmente, la descarga se inició con un solitario silbido estridente. Los cañones machacaron la muralla. Una bala trazó un arco en el aire y aterrizó provocando una terrible explosión entre las tropas de reserva posicionadas tras los muros. Las tropas destacadas en las defensas agacharon la cabeza y esperaron.

La mañana del primer asalto por tierra, Bahn se encontraba con otro puñado de reclutas novatos tras la puerta principal de la primera muralla, con el pesado escudo colgado del brazo y la espada temblándole en la mano. No había pegado ojo en toda la noche, pues la lluvia de proyectiles mannianos había sido incesante y, desde las líneas imperiales, los cuernos habían estado gimiendo como almas en pena hasta crisparle los nervios. Ahora, en esas primeras horas del día, sólo podía pensar en una cosa: su esposa Marlee embarazada de su hijo en casa y preocupadísima, tanto por él como por su padre.

Los mannianos se lanzaron como una poderosa ola que engulle un acantilado. Provistos de escaleras y torres de asedio, asaltaron las murallas desplegados en una única línea de ataque. Desde abajo, Bahn contemplaba atónito a los guerreros de armadura blanca que se arrojaban por encima de las almenas sobre los hombres de la Guardia Roja, profiriendo unos gritos de guerra que no se parecían a nada de lo que hubiera oído antes: un clamor ensordecedor que parecía imposible que saliera de

gargantas humanas. Bahn había oído decir que los mannianos ingerían sustancias narcóticas antes de la batalla, sobre todo con el fin de disipar el miedo; y no cabía duda de que luchaban con una furia desatada, sin ninguna consideración por sus propias vidas. Su ferocidad dejó pasmadas a las tropas defensoras khosianas. Las líneas se combaron y a punto estuvieron de abrirse.

Era una masacre sin paliativos. Los hombres resbalaban y se precipitaban de cabeza desde las alturas. La sangre fluía por los canalones de la muralla como si lucharan en mitad de una lluvia carmesí, y los hombres posicionados debajo tenían que apartarse corriendo, con el escudo sobre la cabeza a modo de paraguas. El suegro de Bahn estaba en algún lugar allí arriba, entre los gruñidos y los alaridos de la refriega. Bahn no lo vio caer.

En realidad, aquel día Bahn no utilizó la espada en ningún momento. Ni siquiera se enfrentó cara a cara al enemigo. Permaneció todo el tiempo hacinado con el resto de los hombres de su compañía, la mayoría todavía unos desconocidos para él. Allí donde dirigía la mirada veía rostros pálidos y abatidos. El fragor de la batalla lo dejaba sin aliento y sintió náuseas, algo parecido a la sensación vertiginosa de una caída libre. Estaba con la espada apoyada en el suelo delante de sí como si fuera un bastón y, dada su destreza como espadachín, podría haberlo sido perfectamente.

Alguien a su alrededor había descargado el vientre, y el hedor subsiguiente difícilmente sirvió para infundir valor a los compañeros; sólo les provocó una necesidad imperiosa de echar a correr, de poner tierra de por medio. Los reclutas temblaban como una manada de potros ansiosos por escapar de una caballeriza en llamas.

Bahn no se enteró de cómo consiguieron abrir finalmente una brecha en las puertas. En un momento estaban frente a él, macizas e imponentes, inexpugnables en apariencia. Rail, el panadero, parloteaba a su lado, diciendo algo sobre que el yelmo y el escudo eran suyos, que los había comprado en el bazar... un batiburrillo de palabras que Bahn apenas oía. Y un instante después, Bahn yacía despatarrado boca arriba, jadeando y aturdido, con un pitido estridente en los oídos mientras intentaba recordar quién era, qué estaba haciendo allí y por qué estaba mirando fijamente el pálido cielo azul poblado de nubes de polvo.

Levantó la cabeza y se oyó el murmullo de la arenilla deslizándose desde su cuerpo al suelo a su alrededor. El viejo panadero Rail estaba gritándole en la cara, con los ojos y la boca desencajados, más abiertos de lo que era humanamente posible, y agarrándose el muñón a la altura de la muñeca, con la mano todavía colgándole de un finísimo tendón. La sangre salía disparada por el aire trazando una parábola que cortaba en perpendicular los haces oblicuos de los rayos del sol, componiendo una imagen casi hermosa. Bahn empezó a notar el dolor: un pinchazo abrasador en las mejillas desgarradas. De repente sintió la explosión de aire de los gritos que Rail daba

ante su rostro, aunque todavía no los oía. Llevó su mirada hacia las puertas, por entre las piernas de los hombres que se mantenían en pie, y posó los ojos en la alfombra de carne y cartílagos que rezumaba de una manera horripilante. Las puertas habían desaparecido y en su lugar se había desplegado una cortina de humo negro que se abría aquí y allá según la atravesaban unas figuras blancas que gritaban enloquecidas.

De alguna forma consiguió levantarse mientras los supervivientes de su compañía corrían hacia las puertas para taponar la brecha. A Bahn aquello le pareció una locura: granjeros y comerciantes de tenderetes enfundados en armaduras que no se ajustaban a sus cuerpos corriendo hacia unos asesinos decididos a matarlos. No obstante, brotó un brillo en su mirada mientras contemplaba el ímpetu y el valor de aquellos hombres, cuando a su alrededor el suelo estaba sembrado de los cuerpos de sus camaradas, que yacían desamparados o erraban a trompicones, tratando de abrirse paso en medio de la conmoción. Algo afloró en su interior. Pensó en la espada que aferraba, y en correr en auxilio de sus compañeros, a todas luces demasiado pocos para contener la marea enemiga.

Pero no. Ya no empuñaba su espada. Miró a su alrededor buscándola con desesperación y sus ojos se detuvieron de nuevo en el viejo Rail, que le gritaba arrodillado.

«¿Qué querrá de mí? —se preguntó Bahn frenéticamente—, ¿Esperará que le cure yo la mano?»

En las puertas, las tropas defensivas caían como trigo segado. Eran reclutas inexpertos, a diferencia de los soldados profesionales mannianos. Desde algún lugar indeterminado a su espalda, un sargento gritaba a los hombres que mantuvieran la posición; la saliva salía disparada de su boca mientras empujaba a los reclutas tratando de formar una línea. Nadie le hacía caso y los hombres que había en torno a Bahn intentaban zafarse del suboficial, maldecían y chillaban con el único deseo de huir.

Bahn comprendió entonces que era inútil. Además, no encontraba la espada. Había otras hojas abandonadas, pero ninguna con una empuñadura de su talla y, por algún motivo que en ese momento tenía mucho sentido, dar con la espada apropiada era capital. Quizá si la hubiera encontrado, habría muerto aquel mismo día. En cambio, en esos breves instantes que pasó buscando en vano se esfumó la necesidad acuciante de luchar que había brotado espontáneamente en su interior, y sólo deseo por encima de cualquier cosa volver a ver a Marlee. Ver a su hijo cuando naciera. Vivir.

Agarró al viejo Rail y se lo echó desmañadamente sobre los hombros. Le Saquearon las piernas, pero el miedo le insufló nuevas fuerzas. Se dejó arrastrar hacia las puertas de la segunda muralla por la marea de hombres que retrocedían llevados por el pánico, echando la vista atrás por encima de su hombro y por encima de Rail

sin decir una palabra, sin proferir un solo grito; de su boca sólo salía el estertor ronco de sus jadeos. Incluso Rail cambió los gritos por una ristra interminable de agradecimientos que manaba entrecortadamente de sus labios al ritmo de las zancadas de Bahn.

Aquello se había convertido en una carrera frenética. Centenares de hombres se deshacían de sus armas y escudos y cruzaban apresuradamente el campo de batalla en retirada. Aún quedaba un buen trecho hasta alcanzar la segunda torre y ponerse a salvo. A Bahn cada vez le pesaba más el viejo Rail y sus zancadas fueron acortándose inevitablemente hasta que quedó rezagado del grupo principal de fugitivos. Rail le gritaba que fuera más rápido y le advertía de la proximidad del enemigo. Pero Bahn no necesitaba que se lo recordaran; ya oía los alaridos enfervorizados de los mannianos que corrían en su persecución.

Fueron los últimos en entrar antes de que a su espalda las puertas se cerraran apresuradamente y quedaran selladas. Hombres menos afortunados que quedaron atrapados al otro lado aporreaban las puertas, suplicando que volvieran a abrirlas, gritando que tenían esposa e hijos esperándoles en casa; maldijeron e imploraron. Las puertas permanecieron cerradas.

Bahn cayó desplomado y escuchó los gritos procedentes del otro lado de la entrada, nunca se había sentido tan agradecido por nada en toda su vida como por no haberse quedado fuera.

Abrumado, con los ojos cerrados, había permanecido un buen rato tirado boca abajo en la tierra, sollozando.

Ahora una racha de viento tibio y húmedo peinó el Monte de la Verdad. Bahn suspiró, dejando salir una bocanada de aire cálido, y regresó al presente, a la colina, a la luz estival y a su hijo, que miraba fascinado las murallas.

—¿Quieres? —le preguntó Marlee, ofreciéndole una jarra de sidra con movimientos lentos y delicados para no despertar a la pequeña colgada a su espalda.

Bahn tenía la boca seca. Tomó un trago y mantuvo unos segundos el dulce licor en la boca antes de tragarlo. Luego siguió la mirada de su hijo.

Mientras Juno y él contemplaban en silencio la escena, algún proyectil esporádico impactaba o rebotaba en la muralla todavía en pie más próxima al ejército imperial. El gigantesco glacis de tierra —una de las ingeniosas innovaciones que les habían permitido resistir el asedio de los mannianos durante tanto tiempo— que precedía de punta a punta la fortificación exterior desviaba o absorbía los impactos. Aun así, se habían abierto algunos huecos en el glacis y la falta de almenas y bloques de piedra en los tramos de muralla situados justo detrás de ellos le confería un aspecto de boca desdentada. Acurrucados a lo largo de aquellas defensas irregulares se atisbaba una línea de soldados con capas rojas, entre los que había cuadrillas de artilleros que respondían al fuego enemigo hostigando constantemente las líneas mannianas con

balistas achaparradas y cañones.

A este lado de las murallas interiores, con guarniciones mucho más nutridas en comparación con las de la fortificación exterior, grúas y obreros se afanaban en la edificación de otra muralla. De momento los mannianos habían destruido cuatro defensas con sus incesantes descargas de artillería, a expensas, eso sí, de una inversión desmedida de pertrechos. Para contrarrestarlo, las fuerzas defensivas habían levantado dos murallas nuevas que reemplazaban las derruidas. Sin embargo, era una entelequia pensar que podían estar construyendo murallas indefinidamente. La fortificación más reciente se erigía cerca del canal que atravesaba en línea recta el istmo de Lans conectando ambas bahías. No muy lejos del canal, el istmo daba paso al Monte de la Verdad, y más allá se extendía la ciudad propiamente dicha. Era evidente que estaban quedándose sin espacio.

El hijo de Bahn miraba detenidamente la muralla atacada. A lo largo de la línea de almenas, entre las descargas con que respondían cañones y balistas y los disparos esporádicos de los rifles de cañón largo, los hombres seguían trabajando con las grúas, levantando enormes paladas de tierra y roca. Algunas cargas descendían enganchadas de las cuerdas hasta desaparecer de la vista detrás de la muralla, mientras que otras simplemente se vertían sobre el muro. Mientras Bahn y su hijo contemplaban los trabajos, una cuadrilla de obreros que tiraba de la cuerda de una grúa cayó sepultada por una lluvia de escombros.

Juno reprimió un grito ahogado.

—Mira allí —dijo Bahn, tratando de desviar la atención de su hijo de la macabra escena y señalando varias estructuras que jalonaban los campos de batalla en ciernes que se extendían entre las murallas. Parecían torres, aunque estaban abiertas por los cuatro costados y no eran demasiado altas—. Castilletes de pozos —explicó al muchacho—. El Cuerpo Especial lucha sin tregua bajo tierra para tratar de evitar que socaven las murallas.

Juno se volvió a su padre, sentado en la hierba.

—Lo imaginaba diferente. ¿Tú luchas allí todos los días?

—Todos no, algunos. Aunque ya casi no hay batallas. Sólo lo que ves.

Aquellas palabras parecieron impresionar al chico. Bahn tragó saliva y apartó los ojos de lo que interpretó como una mirada llena de orgullo de su hijo. Juno ya sabía que su abuelo había dado la vida defendiendo la ciudad. Precisamente llevaba su espada corta prendida a la cintura, y sin duda cuando volvieran a casa, insistiría a su padre para que retomaran las clases de esgrima. El chico solía repetir que cuando fuera mayor, seguiría sus pasos, pero Bahn no estaba dispuesto alentar esas ambiciones; prefería que se escapara de casa y se convirtiera en un monje trotamundos o que se enrolara en un buque mercante agujereado a que permaneciera allí luchando hasta el inevitable desenlace final.

Juno pareció adivinar el estado de ánimo de su padre.

—¿Cuánto tiempo podremos contenerlos? —preguntó en un hilo de voz.

Bahn pestañeó sorprendido. Ésa era la pregunta de un soldado, no de un niño.

—¿Papá?

Bahn hubiera preferido responderle con una mentira, pese a que sabía que era un insulto contra la creciente madurez del muchacho. Sin embargo, tenía a Marlee sentada justo a su espalda. Su esposa había sido educada para enfrentarse siempre a la realidad por muy desagradable que fuera, y Bahn había notado cómo aguzaba el oído durante el silencio que precedió a su respuesta.

—No lo sabemos —admitió Bahn, cerrando los ojos un instante para recibir la caricia de otra racha de viento. Saboreó el salitre en los labios como si fueran restos de sangre reseca.

Cuando volvió a abrir los ojos, Juno tenía la mirada clavada en la fortificación acosada por el fuego manniano. Parecía estar examinando los innumerables estandartes que campeaban abajo: a un lado, y a lo largo de las murallas, ondeaban el escudo de los khosianos y la espiral merciana sobre el fondo verde mar; al otro lado, la mano roja imperial de Mann con la punta del dedo meñique seccionada estampada en centenares de banderas blancas prendidas de astiles repartidos por toda la superficie del istmo. Juno tenía la tez tirante y fina debido a la intensidad con la que observaba.

—La esperanza nunca se pierde —dijo Marlee en un tono tranquilizador, dirigiéndose a su atribulado hijo.

Juno se volvió de nuevo a su padre.

—Así es —convino Bahn—, Siempre queda la esperanza.

Pero fue incapaz de mirarlo a los ojos mientras pronunciaba aquellas palabras.

Capítulo 2

Boon

Le patearon de nuevo, esta vez con más insistencia.

—Le pasa algo a tu perro —dijo la voz al otro lado de la tenue manta. Era femenina, y áspera—. Creo que está muerto.

Nico hizo un esfuerzo descomunal para abrir una pizca los ojos y la luz trémula de la mañana se enredó entre sus pestañas. «Demasiada luz», pensó, y volvió a acurrucarse entregado al calor de su cuerpo. Era demasiado temprano.

—Déjame en paz —farfulló.

Tiraron de la manta y Nico quedó expuesto a la luz del sol. Se tapó los ojos con la mano y, entrecerrando los párpados, miró a través de las rendijas que mediaban entre sus dedos. Había una muchacha con los brazos en jarras plantada delante de él. Nico recordó que se llamaba Lena.

—Le pasa algo a tu perro —repitió la joven— Creo que está muerto.

Pasaron unos segundos hasta que aquellas palabras cobraron sentido. Últimamente se había vuelto un dormilón. Las mañanas eran un asunto deprimente y no deseado que odiaba afrontar.

—¿Cómo? —inquirió, incorporándose y mirando a la joven con cara de pocos amigos; también con cara de pocos amigos arrojó una mirada al sol, que llevaba ya un buen rato suspendido en el cielo. Cuando se acostó la noche anterior, *Boon* se tumbó junto a él. Sin duda, el viejo perro seguía durmiendo, aunque las moscas correteaban por su hocico y por su pellejo rubio—, ¿Cómo? —repitió.

Espantó las moscas con la mano y acarició el lomo de *Boon*. El perro ni se inmutó.

—Ya estaba así cuando me levanté —la voz de Lena llegó lejana—. Te advierto que nosotros seremos los siguientes como no consigamos comida de verdad.

—¿*Boon*?

A la luz radiante del día se veía al perro terriblemente delgado, con las costillas marcadas en los costados y una protuberante cadena montañosa de hueso como espinazo. Nico esperaba que sacudiera una oreja o que quizá soltara un suspiro repentino provocado por algún tipo de sueño animal. Pero no sucedió nada.

Se tumbó de nuevo en la hierba, se cubrió la cabeza con la manta y posó un brazo sobre el cuerpo de su viejo amigo.

La sequía estival había endurecido la tierra, así que Nico se valió del cuchillo para desmenuzarla un poco antes de seguir cavando la tumba con las manos. Había elegido un lugar bajo un jupe en una pendiente al sur del parque, no muy lejos de donde habían pasado la noche. Su tarea atraía las miradas de rostros demacrados. Durante los últimos meses había tenido que enfrentarse en más de una ocasión con personas que pretendían matar al perro, gente tan desesperada como para desear con ansia la carne del animal. Nico los había espantado mediante gritos y arrojándoles palos, asistido por los gruñidos que profería *Boon* a su lado. Ahora les devolvía una mirada desafiante, con la cara embarrada surcada de lágrimas. «Mataré a quien lo toque», juró con abatimiento para sus adentros.

Boon no pesaba más que un saco de palos. Nico lo levantó y lo colocó en el fondo poco profundo de la tumba. Permaneció unos instantes arrodillado junto a él, acariciándole el pelaje rubio. Las moscas volvían a revolotear sobre el perro.

Boon apenas era un cachorro cuando el padre de Nico apareció en casa con él. El propio Nico sólo tenía entonces algunos meses de vida. «Será tu compañero y cuidará de ti», le dijo su padre pocos años después. Para entonces *Boon* ya se había convertido en un sabueso descomunal y él y el pequeño Nico se habían hecho inseparables. Era de una raza criada para la persecución de venados y osos, para la caza en llanuras abiertas y colinas arboladas, y aquel último año malviviendo en la ciudad, tan faltos de comida, no le había hecho ningún bien.

Se le hacía duro echar de nuevo la tierra al hoyo y cubrir con ella al perro.

—Adiós, *Boon* —farfulló, aplanando la tierra con las manos. Su voz brotó como un suspiro seco, aislado como el cielo.

Se puso en pie y se colocó el sombrero de paja en la cabeza. Le hubiera gustado tener algo más que decir, normalmente las palabras se agolpaban en su boca con facilidad.

Su sombra atravesaba la tumba: una figura firme, con las piernas separadas, los puños apretados y la cabeza abultada por el sombrero. Su presencia teñía de negro la tierra seca y removida.

—Siento haberte traído conmigo a la ciudad. Pero me alegro de que vinieras, *Boon*. De lo contrario no habría sobrevivido tanto tiempo. Fuiste un buen amigo.

Se alejó arrastrando los pies, cargado con la mochila y con el ánimo decaído en dirección al gran estanque. Encontró un hueco entre el grupo de residentes del parque congregado en la orilla. Sumergió las manos en el agua para quitarse la tierra, aunque no consiguió arrancarse el barro incrustado bajo las uñas. Se había rasguñado las yemas de los dedos cavando el hoyo y se quedó contemplando las nubes de sangre que se diluían en el agua oscura del estanque.

Agitó el agua para dispersar la suciedad acumulada en la superficie, sacó el cepillo de dientes de la mochila y se frotó los dientes. Notó el sabor repugnante del

agua en la boca —siempre le recordaba al maíz reseco— y puso cuidado en no tragarla. La luz lo cegaba. El reflejo del sol refulgía justo en el centro del estanque y lo contempló durante unos instantes, el tiempo suficiente para que le escocieran los ojos.

Los pensamientos, vagos e imprecisos, fueron retornando poco a poco a su cabeza y empezaron a discurrir con parsimonia. «Simplemente camina —le decían—. Levántate y camina.»

Nico se puso en pie y se echó al hombro la mochila con sus únicas pertenencias. Notó una aceleración del flujo sanguíneo y se tambaleó ligeramente; se sintió débil y con náuseas. En torno a él, el parque estaba abarrotado de refugiados. Hacía tiempo que las pisadas habían arrasado el césped amarillento de las zonas verdes y las habían convertido en terrenos áridos, y que de los árboles no quedaban más que los tocones lastimeros que asomaban aisladamente en el suelo. Dio un paso adelante y dejó que su cuerpo se acomodara al ritmo que imprimían sus pies. Sin prisa y tan siquiera sin rumbo, avanzó entre las cabañas de madera pareadas y las tiendas de campaña remendadas con telas viejas. Pasó junto a corrillos de niños mugrientos y escuálidos como espigas y hombres y mujeres con la mirada vacía, sin fuerzas más que para preocuparse por el presente. Algunos tenían aspecto de khosianos, pero eran muchos más los procedentes del continente meridional, tanto de Pathia como de Nathal, o del norte, de la isla de Lagos y de las Islas Verdes, de donde habían llegado los últimos refugiados. Resultaba extraño el silencio casi absoluto que envolvía aquella cantidad ingente de personas. Los perros ladraban, claro, y los bebés berreaban exigiendo la leche de sus madres. Pero, en conjunto, todos ahorran energías para algo más importante que hablar.

A Nico le rugieron las tripas al percibir el olor a comida. Llevaba dos semanas sin comer otra cosa que el caldo de los menesterosos, que consistía en chee caliente con trozos de keesh flotando en la superficie. Nadie podía esperar sobrevivir con una dieta así y su cinturón, que ya se había apretado hacía sólo unos días, ya no le sujetaba los bombachos. Según caminaba notaba el roce de sus huesos prominentes en la burda tela de la ropa. Lena tenía razón: si no comía como era debido pronto, un día se acostaría y ya no despertaría, igual que Boon.

«Simplemente camina», le decía tranquilizadamente una voz en su cabeza.

Nico se abrió paso por la entrada principal del parque Golondrina de Sol y se internó en el distrito de la ciudad que lindaba con el parque. La gente recorría sus calles sin prisa, charlando o enfrascada en sus pensamientos. Las calesas de dos ruedas, tiradas cada una por un hombre, traqueteaban estruendosamente sobre los adoquines, trasladando pasajeros solitarios de lo más variopinto. Nico reparó en los estallidos de los cañones procedentes del sur, a algo más de un laq de distancia.

Enfiló hacia el centro de la ciudad, en la dirección de los cañonazos, con las

suelas sueltas de sus zapatos repiqueteando en los adoquines y la vista al frente. Pasadas unas manzanas dobló una esquina y apareció en la avenida de las Mentiras. El bullicio era abrumador, era como salir de las profundidades de una caverna y toparse con un torrente de aguas rápidas. Las conversaciones a gritos eran más frecuentes que las sostenidas en un tono normal. Hordas de artistas callejeros tocaban la pandereta o la flauta por unas monedas, y las campanillas de viento colgadas a lo largo de las calles sonaban mecidas por la brisa. Era como si los habitantes de Bar-Khos se hubieran empeñado en hacer todo el ruido posible para desterrar de su vida cotidiana cualquier alusión al asedio que padecían.

Dos hileras de árboles flanqueaban buena parte de la avenida. En uno de ellos, sobre una rama pelada y retorcida que se combaba hacia el suelo, se había posado una pica blanquinegra que observaba el trasiego de gente a sus pies. Por pura costumbre, Nico sacudió la cabeza en dirección al ave.

Este sencillo gesto le recordó la mañana de un día lejano: el día que había abandonado su hogar para siempre.

También entonces había visto una pica, que se había reído de él desde el tejado de casa cuando Nico había salido a la luz tenue del amanecer, con la mochila a la espalda y la cabeza llena de ilusiones candorosas. Aborrecía aquel pájaro del mismo modo que aborrecía cualquier tipo de superstición irracional, aunque lo había saludado con un gesto con la cabeza —como siempre hacía su madre— antes de enfilarse por el sendero que lo conduciría hasta la carretera de la costa, desde donde había cuatros horas de marcha hasta la ciudad. No había querido tentar al destino variando sus costumbres.

Esa misma mañana se había dado cuenta de que marcharse de casa no era ni por asomo el momento jubiloso que siempre había soñado. Con cada paso que daba crecía en su interior un sentimiento de culpa que le oprimía el pecho. Sabía que su madre quedaría destrozada cuando descubriera que se había ido de aquel modo. Y *Boon... Boon* lo lloraría a su manera canina.

Antes de emprender el viaje había acariciado delicadamente al perro mientras dormía, ajeno a lo que ocurría, en su manta vieja y harapienta, extendida detrás de la cama de Nico. *Boon* era demasiado viejo, ya entonces, para madrugar. Había gimoteado en sueños, como un cachorro, y se había tirado un pedo silencioso. «No puedo llevarte conmigo —le susurró—. No te gustaría la ciudad.»

Luego había partido apresuradamente, sin dejarse tiempo para cambiar de opinión.

Los remordimientos no lo detuvieron y siguió avanzando por el sendero. Sin embargo, se le impuso con una fuerza la idea de que frente a él se desplegaba algo más que un camino serpenteante y un bosquecillo de cañas y hierbas rojizas peinadas por el viento. Delante de él se extendía el vasto reino de lo desconocido, un futuro

ilimitado y de proporciones sobrecogedoras. Ese pensamiento habría sido suficiente para frenarlo en seco y hacerle dar media vuelta... en el caso de que hubiera tenido un plan alternativo. Pero no era así, mejor huir que permanecer en la atmósfera opresiva de la granja con Los, el amante de turno de su madre —y un sinvergüenza, en opinión de Nico—; un hombre al que despreciaba profundamente.

Aquel día, Nico cumplía dieciséis años. Al torcer un recodo en el camino perdió de vista la granja y el hogar que habían sido el escenario de su infancia. Nunca antes había experimentado tanto miedo y tanta soledad. Ni se había sentido tan abatido.

Al oír las pisadas de *Boon* a su espalda había sonreído para sus adentros muy a su pesar.

Boon se detuvo a su lado, meneando la cola con entusiasmo. «Vuelve a casa», le susurró Nico sin demasiada convicción. *Boon* resollaba despreocupadamente, no tenía ninguna intención de ir donde Nico no estuviera. El chico trató de ahuyentar al perro, aunque sin poner todo su corazón en ello, y finalmente le frotó el pelaje del cuello y le dijo: «Pues entonces, vamos.»

Juntos habían continuado la larga caminata hacia la ciudad bajo un sol cada vez más radiante.

Ahora, Nico se sonreía rememorándolo. Le parecía mentira que sólo hiciera un año de aquello; tenía la sensación de que había pasado toda una vida. Empezaba a comprender que los cambios eran la verdadera medida del tiempo. Los cambios y las pérdidas.

Siguió hacia el sur, en la misma dirección que la mayor parte del tráfico que circulaba entre el bazar y el puerto. Todavía no se había decidido por qué rumbo seguir, ni siquiera se lo había planteado. A ambos lados se levantaban edificios de tres o cuatro plantas con las azoteas pobladas de una vegetación exuberante. La mirada de Nico se sintió atraída por ellas. Muy por encima de las chimeneas se divisaban suspendidos en el aire los globos de los mercaderes, amarrados con cuerdas. Y colgadas de los globos, las cestas de mimbre. En una de ellas, Nico descubrió el rostro enjuto de un muchacho que se protegía los ojos del sol deslumbrante y oteaba la costa, buscando en las lejanas plataformas señales de dirigibles mercantes aproximándose. Detrás del chico, la luz cegadora del sol blanqueaba el azul estriado del cielo salpicado de gaviotas, meros puntos negros a aquella altura.

Giró instintivamente a la derecha, se introdujo en la vía del Gato y salió en el bazar. Se sorprendió de aparecer allí y de la elección de su subconsciente. El bazar no tenía ningún atractivo para alguien hambriento y sin medios. Sin embargo, también era el lugar al que había acudido con su madre una vez al mes en su destartalado carro para vender poitín casero y sacar con ello un poco de dinero. Cuando era pequeño, para Nico aquellos viajes habían significado el momento más esperado del mes; los había vivido con entusiasmo y la seguridad tranquilizadora que le

proporcionaba la presencia permanente de su madre.

Un hombre que tiraba de una calesa de dos ruedas viró y pasó junto a Nico cuando éste se zambullía en el barullo del bazar. El mercado era un crisol con una vida frenética. La gran plaza era tan extensa que los límites opuestos quedaban velados por el humo y la bruma; tenía un lado abierto al mar y a los brazos de piedra gris del puerto —donde los mástiles de los barcos se balanceaban como un espeso bosque— y otros tres lados flanqueados por los pórticos penumbrosos que alojaban casas de chee, tabernas y templos consagrados al Gran Necio. En la plaza se desplegaba un laberinto de tenderetes en los que millares de personas se abrían paso a empellones, hacían trueques o examinaban los productos en venta. Nico sintió el impulso repentino de perderse entre el tumulto y se dejó arrastrar por el gentío.

En todos los rincones del atestado bazar refulgían los colores empapados de sol. Nico se espantaba las moscas del rostro y aspiraba el hedor húmedo a sudor, a especias repugnantes, a heces de animales, a perfumes y a fruta. Se le revolvió el estómago, que a cada paso se devoraba a sí mismo y al resto de su cuerpo escuálido. Se sentía mareado, como fuera del mundo. Sólo tenía ojos para la comida que se exhibía a su alrededor, en puestos que ya habían vendido buena parte de sus productos. Le acosó la idea de agarrar una manzana o un palito de cangrejo ahumado, pero luchó contra aquellos pensamientos, pues sabía que no tenía las fuerzas necesarias para salir corriendo en el caso de que lo pillaran y se viera abocado a huir.

Se detuvo por un momento al abrigo de un tenderete con la única intención de aplacar aquellas tentaciones apremiantes y escuchó a los vendedores callejeros cantando con entusiasmo por encima de las cabezas de los concurrentes. Sus melodías eran agradables para el oído pese a que la profundidad de sus letras no iba más allá de los productos que ofrecían y sus precios. En un arrebato, Nico preguntó a varios de ellos si le darían comida a cambio de trabajo, pero le respondían meneando la cabeza: no tenían tiempo para él. Y por la expresión de sus rostros parecían decirle que ellos mismos a duras penas sobrevivían con lo que ganaban. Una mujer mayor que vendía en un tenderete vistosas sábanas de encaje junto con cestas de patatas medio podridas reaccionó a su pregunta riendo entre dientes, como si le hubiera contado un chiste, aunque interrumpió la risa bruscamente cuando reparó en la mirada crispada y el aspecto demacrado de Nico.

—Regresa dentro de unos días —le dijo—. No te prometo nada, te lo advierto, aunque quizá necesite que alguien me eche una mano. Ven a verme, ¿de acuerdo?

Nico se lo agradeció, aunque de poco le servía aquello. Quizá dentro de unos días ya estuviera muerto. Derrotado por el desánimo, pensó que quizá ya había llegado el momento de regresar a casa. Después de todo, ¿qué lo ataba a la ciudad? La Guardia Roja no lo aceptaría; ya ni se acordaba de las veces que había intentado alistarse siguiendo los pasos de su padre, pero aparentaba la edad que tenía y no pasaba por

alguien mayor, y tampoco abundaban los trabajos eventuales en Bar-Khos. Con un poco de suerte en todo el último año había conseguido unas jornadas de trabajo aquí y allá, sobre todo en los muelles, en los que se había dejado la piel transportando cargas inhumanas por una miseria. Entre trabajo y trabajo sólo le había acompañado la desesperación diaria. La explicación era muy sencilla: había demasiada gente disponible para muy pocos puestos de trabajo. Esto, sumado a la creciente escasez de provisiones causada por el asedio, convertía la supervivencia en la ciudad en algo cada vez más difícil.

Sin duda, la ciertamente imprecisa confederación de islas conocida como Mercia todavía era un territorio libre, pero a efectos prácticos el bloqueo marítimo de los mannianos se equiparaba al asedio que padecía Bar-Khos a manos del IV Ejército Imperial. No había forma de entrar o salir de las islas. Todas las naciones del Midéres habían sucumbido salvo el territorio desértico del Califato, al este. La flota imperial patrullaba las aguas. Sólo permanecía abierta una ruta comercial de Mercia con el extranjero: la que conectaba con Zanzahar. Pero reunía todos los peligros imaginables para un convoy: las luchas cruentas eran diarias y los buques sufrían el acoso tenaz del enemigo.

El bloqueo estaba asfixiando lentamente a los Puertos Libres, lo que había provocado que la mayoría de sus habitantes sobreviviera únicamente a base del keesh que distribuían gratuitamente los ayuntamientos o de lo que cultivaban en las azoteas o en pequeños huertos, o bien gracias a lo que conseguían recurriendo al crimen y la prostitución o haciéndose pasar por monjes de Dao, los únicos que conservaban la licencia que les permitía mendigar en la calle. El resto se moría de hambre, exactamente igual que Nico.

Si regresaba a casa, por lo menos tendría un plato de comida y un techo. Además, conociéndola, su madre ya habría abierto los ojos y echado a Los de la granja; o, en todo caso, Los se habría largado, llevándose sin duda todos los objetos de valor de su madre. De todas formas, hubiera ocurrido lo uno o lo otro, habría un tipo nuevo ocupando el lugar de su padre.

Aun así le exasperada la idea de regresar a casa de su madre como un fracasado y teniendo que admitir que era incapaz de valerse por sí solo.

«Pero eres un fracasado. Ni siquiera pudiste cuidar de *Boon*. Lo dejaste morir.»

No estaba preparado para aceptar este reproche, así que se lo tragó y pestañeó con insistencia.

Ya casi era mediodía y el asago había empezado a hinchar los doseles de los tenderetes con su aliento tórrido. Siempre se presentaba en aquella época del año y sobre todo a esas horas. Muy pronto el calor sofocante empujaría a mucha gente hacia la atmósfera fresca de las casas de chee de los alrededores, donde podrían sentarse a echar una cabezadita con una paz y una comodidad relativas, hacer negocios o

dedicarse a los juegos de ylang mientras daban sorbos a unos minúsculos cuencos de espeso chee. Nico apenas notaba el calor, pues se había apartado del gentío cada vez más escaso y continuaba sin que nada se lo impidiera hacia el vértice suroeste de la vasta plaza, donde éste se abría, como si exhalara un suspiro de alivio, a la amplísima explanada del puerto.

Allí encontró a los artistas callejeros dispuestos para su jornada de trabajo, ya fuera de pie o sentados en cualquier recoveco que hallaban entre la marea constante de estibadores que enfilaban hacia el bazar. La mayoría de los operarios del muelle se replegaba para echarse una siesta, si bien los más resistentes —y quizá también los más necesitados— optaban por continuar trabajando a pesar del calor. Nico examinó a los juglares, los adivinos que leían las lenguas y los monjes mendigos sentados detrás de sus platillos —su madre siempre había considerado a aquellos monjes unos impostores—, hasta que su mirada se posó en un grupo de actores apenas visible a causa de la multitud que había congregada a su alrededor. Se acercó abriéndose paso entre la gente para verlos mejor. La compañía estaba formada por dos hombres y una mujer a quienes nunca había visto antes. Sin pensárselo dos veces, se deslizó entre el tumulto y se plantó en la primera fila.

La trama de la obra era bien sencilla: la historia de un criador de algas marinas que se enamora de una hermosa bruja de los mares. Formaba— parte de *Los relatos del pez*, y la narración corría a cargo del actor más joven —que no debía de ser mayor que Nico— en el estilo de prosa sencillo que estaba ganando popularidad en detrimento de las interminables sagas ancestrales.

Con voz trémula y chillona, el muchacho relataba la historia, mientras que la mujer y el actor mayor representaban los personajes con mímica. Era evidente dónde radicaba su poder de convocatoria. La mujer, alta y ágil y con un lustroso bronceado, daba vida a la bruja de los mares con el vestuario apropiado, es decir, estaba completamente desnuda salvo por la lacia melena dorada y las tiras de algas que le envolvían un puñado de partes bien seleccionadas de su anatomía. Los efímeros atisbos de sus muslos y pezones atrapaban la mirada de Nico que, sin embargo, pugnaba por concentrarse en el conjunto de la representación.

A Nico le gustaba detenerse a ver los montajes teatrales siempre que se topaba con alguno, y le pareció que aquella mujer tenía talento. Su interpretación llena de sutilezas contrastaba notablemente con las aptitudes más discretas de su pareja, que no eran muchas. El actor daba vida a su personaje de un modo excesivamente histriónico y ampuloso, y pocos miembros del público —más interesado en comerse con los ojos el cuerpo desnudo de la actriz, como él mismo— parecían prestarle atención.

Nico seguía mirando embelesado cuando una salva de aplausos celebró el trágico final de la historia: el criador de algas había muerto ahogado en el mar intentando

llegar a nado hasta su amada. El benjamín de la compañía paseó el gorro vacío entre la multitud congregada, recogiendo los donativos. Nico se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta y la cerró de golpe. Entretanto, la actriz se cubrió con una túnica vaporosa, se quitó las algas del cuerpo y las echó en una caja de madera; recorrió con la mirada al público mientras se atusaba la cabellera y se detuvo cuando sus ojos se cruzaron con los de Nico.

Un año atrás, Nico habría bajado la mirada ruborizado y clavado los ojos en sus pies. Sin embargo, durante el último año viviendo en la ciudad había ganado experiencia a la hora de afrontar aquel juego de miradas, pues no era la primera vez que se veía en una situación así. Ignoraba el motivo. No se consideraba especialmente guapo, y ni siquiera cuando comía como era debido, conseguía engordar. En cuanto a su rostro, cuando se había mirado en el espejo desazogado del tocador de su madre, le había parecido cuanto menos peculiar, con la nariz ligeramente respingona, los labios demasiado gruesos y carnosos y la tez salpicada de pecas como la de una niña; además, si se acercaba al reflejo y se miraba con detenimiento, en su entrecejo aparecían no una sino dos cicatrices de cuando había tenido la viruela.

Realmente no sabía por qué los ojos de largas pestañas de la actriz permanecían clavados en los suyos tanto rato. Por lo menos era capaz de sostenerle la mirada sosegada mientras lo examinaba durante un tiempo que podía medirse en segundos, hasta que finalmente ella la desvió y él, desanimado, se volvió hacia otro lado.

—Estás poniéndote rojo —le dijo una voz próxima.

Era Lena, mezclada con la multitud justo detrás de él y con los ojos entornados a causa de la excesiva luz. Ese gesto la favorecía, sin el habitual ceño fruncido que endurecía sus facciones pathianas.

—Hace calor —replicó Nico. Las comisuras de los finos labios de Lena se arquearon. Y añadió en un tono suspicaz—: No te había visto.

—Estaba siguiéndote —confesó Lena con total naturalidad—. Quería asegurarme de que... ya sabes... estabas bien.

Nico no la creyó. Hasta entonces Lena nunca había demostrado demasiada preocupación por el bienestar de los demás. Tenía curiosidad por averiguar qué se traía entre manos.

—Escucha —continuó la muchacha—. Siento lo de tu perro. De verdad. Pero tenemos que hacer algo, Nico. Tenemos que comer ya.

Nico se encogió de hombros.

—No repartirán más keesh hasta mañana. De todas formas he estado pensando que quizá ya ha llegado el momento de regresar a casa.

—Pero tú no quieres volver, ¿no?

—Para nada.

—Bien, porque entonces se me ha ocurrido una idea mucho mejor... en el caso de

que te interese. He pensado en una manera de conseguir un poco de dinero.

«¡Ah!—pensó Nico—, Conque era eso.»

Lena se había acercado tanto que le rozaba el pecho con su busto. Eso lo alteró, físicamente, sobre todo porque sospechaba que no ocurría por accidente. Nico la examinó con los ojos hundidos bajo el ala del sombrero y se preguntó —y no era la primera vez— qué sentiría él si la besaba.

—¿Por qué presiento que no va a gustarme tu idea? —inquirió con brusquedad.

Lena se apartó un mechón moreno del rostro.

—Porque no va a gustarte —le susurró con dulzura, en un tono de complicidad íntima—. Pero nos estamos quedando sin opciones, ¿no crees?

El asago, cargado con la fina arena que arrastraba desde el desierto de Alhazii —a seiscientos laqs al este—, barría los tejados de Bar— Khos. Nico entornó los ojos, le había entrado polvo y le escocían. Torció el gesto. No veía el momento de bajar de allí. No le gustaban las alturas.

Desde su posición elevada en el tejado divisaba el Escudo y el Monte de la Verdad coronado por el parque, en cuyo centro se erigía la alta mole moteada de multitud de ventanas del Ministerio de la Guerra. Durante unos breves instantes que le supieron a gloria, el viento cesó y dio la sensación de que se cerraba la puerta de un horno. Desde la distancia le llegaba el estruendo regular de los cañones; cada descarga seguida inmediatamente de un grito apenas audible.

—Esto es una locura. ¿Qué pasará si nos pillan?

—Mira —espetó Lena a su espalda—, o lo hacemos o me voy a los muelles y me levanto la falda para el que quiera pagarme. ¿Prefieres eso?

—Ni siquiera tienes una falda.

—Quizá después de unos cuantos trabajos manuales pueda permitirme una. Tú podrías ser mi chulo. Empiezo a pensar que eso te gustaría... así, observando desde la distancia, sin hacer nada.

Nico suspiró y reanudó la marcha. Se había quitado los zapatos y los llevaba en las manos, tal como Lena le había sugerido para caminar mejor por las tejas. Y funcionaba, cierto, pero las tejas le estaban abrasando las plantas de los pies. Prácticamente iba bailando sobre ellas.

—Me queman los pies —se quejó.

—¿Quieres caerte y romperte la crisma?

—Lo que quiero es bajarme de este tejado, Lena. Eso es lo que quiero.

La muchacha no le respondió.

Avanzaban por el tejado inclinado de una taberna de tres plantas. La taberna comprendía dos edificios, uno más alto que el otro. Frente a ellos se elevaba la pared de los dos pisos que sobresalían del primero y cuya fachada encalada a punto de

desmoronarse estaba salpicada por un puñado de ventanas; algunas estaban completamente cerradas, pero de las abiertas asomaban delicadas cortinas de encaje.

En torno a los pies de Nico, despatarradas sobre las tejas ardientes, las lagartijas los observaban con sus centelleantes miradas prehistóricas y torvas. Lena tomó la delantera, también su mirada saltaba de un lado a otro con nerviosismo. Se asomó a una de las ventanas abiertas y se agachó al oír voces dentro. Enfiló sigilosamente en cuclillas hacia otra ventana, examinó el interior y también la descartó; luego se dirigió a una tercera.

Nico daba saltitos alternando los pies. El dolor era insoportable. Volvió a calzarse y se preguntó, por el amor de Eres, qué hacía allí con aquella muchacha, y también si Lena no habría hecho aquello otras veces. Se arriesgaban a ser azotados públicamente si los atrapaban.

—Esta —susurró Lena. Nico se acercó a la ventana que había escogido—. Entra y hurga en la mochila a ver si encuentras el monedero.

—¿Yo? —replicó, articulando para que le leyera los labios.

—Sí, tú. Hasta ahora lo único que has hecho ha sido quejarte

—Lena, hablo en serio, larguémonos antes de que sea demasiado tarde.

A la muchacha se le frunció aún más el ceño.

—¿Quieres comer hoy o no?

—No, si eso implica seguir adelante con este asunto. Tú haz lo que quieras. Yo me voy.

Lena lo agarró cuando Nico daba media vuelta.

—No te miento —musitó la muchacha—. Si no lo hacemos, me voy directa a los muelles. Me da igual el precio que tenga que pagar. No voy a morirme de hambre como tu perro.

Las palabras y el agarrón de Lena parecieron tener en Nico el efecto repentino de un hechizo. Le rugieron las tripas, azuzándole a continuar. El joven asintió embobado.

Lena lo soltó y le ofreció un apoyo para el pie. Nico apenas era consciente de sus actos, apretó los dientes y se encaramó a la ventana.

Atravesó con torpeza las cortinas de encaje desplegadas, tratando de hacer el menor ruido posible. Le temblaba todo el cuerpo y notaba el calor abrasador del alféizar encalado en las palmas de las manos. Una vez en el interior estiró los pies hacia el suelo y sus plantas se posaron sigilosamente. Se enderezó y... entonces se quedó petrificado.

En la cama yacía un hombre envuelto en una túnica oscura.

La garganta de Nico hizo un intento plausible de no tragar. Tenía la impresión de que su corazón estaba armando tal jaleo que quienquiera que estuviera un poco cerca lo oiría. No obstante, la figura dormía, y su pecho se inflaba y se desinflaba con la

cadencia de una respiración superficial.

La piel del sujeto era negra como la noche. «Un extranjero de tierras remotas», concluyó Nico... un anciano extranjero de tierras remotas, pelón y con el rostro curtido y enjuto surcado de arrugas. Pero había algo más: en sus mejillas había algo que brillaba al ser alcanzado por un rayo de sol que se colaba por entre el encaje de la cortina ondulante. Nico se dio cuenta de que estaba llorando en sueños.

Lena lo observaba desde la ventana. No había forma de zafarse de su vigilancia. Nico tuvo que tragarse sus temores y un repentino sentimiento de culpa que iba en aumento. Apretó los puños sudorosos y cruzó a hurtadillas la habitación, en dirección a una silla tallada de madera retuerta recuperada de la deriva en el mar. Sobre el asiento había una mochila de piel. Nico la alcanzó sin hacer ruido mientras Lena le hacía señas con la mano para que se diera prisa, con la boca entreabierta en una mueca de angustia.

Las manos de Nico rebuscaban con torpeza en la mochila de piel y los ojos le escocían empapados en sudor. Por un momento oyó voces fuera de la habitación y el crujido de los listones de madera del suelo bajo las pisadas de alguien que pasaba junto a la puerta. Eso lo apresuró en su tarea hasta que por fin dio con un monedero, abultado y pesado por las monedas.

Lena volvió a sacudir las manos apremiándole. El viejo seguía dormido.

Nico ya se disponía a marcharse cuando reparó en otro objeto colgado de la misma silla. Era una especie de collar, aunque no una de esas bonitas joyas de plata o con incrustaciones de piedras preciosas. Este era feo de verdad; parecía una enorme nuez de cuero y estaba recubierto de algo que parecía sangre seca. «Un sello — adivinó Nico—. El viejo lleva un sello.»

Casi con voluntad propia su mano se estiró hacia el colgante. Detrás de Nico, el viejo soltó un gemido repentino desde la cama y el muchacho se detuvo a tiempo y encogió el brazo. ¿En qué estaría pensando?

Dio media vuelta para huir y estuvo a punto de dejar caer el monedero del susto. El viejo extranjero se había incorporado en la cama y lo miraba con los ojos entornados, de una manera extraña.

A Nico se le aflojaron las tripas. Se había quedado paralizado. Su mirada saltó de la puerta a la ventana. Se humedeció los labios resecos.

El anciano se volvió y recorrió de un extremo al otro la habitación con la mirada. Daba la impresión de que apenas veía.

—¿Quién anda ahí? —bramó.

Nico no aguantaba más. Cruzó la habitación con seis veloces zancadas y escapó trepando por la ventana.

—¡Se ha despertado! —musitó mientras se escabullían rápidamente por la pendiente del tejado, observados por las lagartijas.

—Y al parecer estaba medio ciego —replicó Lena sin detenerse.

Nico la seguía, aunque había aminorado el paso para concentrarse en las tejas que pisaba por miedo a resbalar.

Llegaron al borde del tejado del edificio, que se elevaba un par de metros por encima del de un edificio adyacente.

—Dámelo —dijo Lena, volviéndose a Nico—, ¡Dámelo! —repitió, con la mirada clavada en el monedero que Nico apresaba en la mano. Él lo levantó levemente y se lo pegó al pecho.

Nico no quería aquel dinero. Sin embargo, por alguna razón, tampoco quería que Lena se lo quedara.

La muchacha intentó arrebatárselo, pero Nico retrocedió. Entonces su pie izquierdo resbaló por las tejas y Nico cayó de costado. Aún tuvo tiempo para ver de refilón a Lena estirando los brazos desesperadamente para agarrarlo —al monedero, no a él, por supuesto—, antes de chocar contra las tejas soltando un alarido y espantando a las lagartijas. Rodó sin freno hasta el borde del tejado. Sus piernas se quedaron colgando sobre la calle adoquinada, un alarido ahogado emergió de su garganta y los dedos de sus manos buscaron a tientas un lugar donde asirse que nunca hallaron.

Se precipitó al vacío.

Gritó con todas las fuerzas que le quedaban. Su espalda rebotó en el cartel de la taberna y su cuerpo dio una vuelta de campana antes de estrellarse de bruces contra el toldo de lona. Nico siguió gritando mientras lo atravesaba y mientras veía la dura calle adoquinada más cerca de él. Se protegió la cara con los brazos y aterrizó haciendo añicos una de las mesas dispuesta en el exterior de la taberna.

Nico yacía sin aliento entre los restos del toldo y de la mesa mientras los cascajos de madera, pintura y tela caían flotando a su alrededor como copos de nieve. Al cabo de unos segundos, una señora vieja y gorda se acercó para ayudarlo; otras personas se habían quedado petrificadas en sus sillas, con las tazas de chee suspendidas en el aire a medio camino de sus bocas. Nico estaba aturdido y ni siquiera podía respirar. Su sombrero de paja descansaba frente a él. Le costaba creer que siguiera vivo.

El monedero lleno de dinero debía de habersele escapado de las manos mientras se deslizaba por el tejado y desde entonces habría realizado su propio viaje, más lento y accidentado que el suyo pero con el mismo final: caer por el borde del tejado. La mujer se agachaba para socorrerlo cuando el monedero se estrelló contra los adoquines justo delante de la cara de Nico, y las monedas de plata y oro se desparramaron por la calle en un festival de sonidos metálicos y centelleos dorados. La mujer se tapó la boca con la mano. Los transeúntes se volvieron para contemplar la escena. Las miradas se dirigieron al muchacho... la fortuna rodando por el suelo... la caída desde el tejado de la taberna... Fue cuestión de segundos que comenzaran a

gritar.

—¡Ladrón! —vocearon antes de que Nico fuera capaz de tomar aire para moverse siquiera.

—¡Ladrón! —bramaron a coro, mientras Nico se daba media vuelta y, tumbado boca arriba, miraba detenidamente el tejado del que acababa de caer. Lena había desaparecido y únicamente el sol permanecía allí arriba como testigo de su aciago destino.

En aquel estado de aturdimiento, Nico se aferró a la esperanza de que todo fuera un sueño, una pesadilla de la que muy pronto despertaría. Pero rápidamente un par de manos rudas lo sacudieron y lo arrancaron de esa ilusión. Y mientras tiraban de él para levantarlo el choque con la realidad fue aún más violento que el golpetazo contra el suelo. «Oh, dulce Eres... —gritó una voz en su interior—, es real... ¡Está sucediendo de verdad!»

Y entonces perdió el conocimiento.

Capítulo 3

Las visitas

Nico jamás había visto una cárcel, así que mucho menos había pasado la noche en una.

En el recinto se dejaba bastante libertad, y la mayoría de los internos podía campar a sus anchas por el espacio delimitado por los muros. Incluso había una especie de taberna para aquellos que tuvieran dinero para frecuentarla y un comedor donde se vendían alimentos de mejor calidad que las gachas que se servían en el patio como si fueran el contenido de un orinal. En general, los celadores —en su mayoría también reclusos— se mantenían al margen y dejaban a su aire a los internos.

Nico estaba sentado en un rincón de la celda, una de tantas en la laberíntica galería sepultada bajo el patio principal, sobre un montón aplastado de paja mohosa e infestada de piojos. La única iluminación procedía de una solitaria lámpara de aceite suspendida sobre la puerta. La paja apestaba a orín rancio y las cucarachas correteaban entre las briznas.

Como compañeros de celda tenía a otros ladrones y deudores de diversas edades, algunos aún más jóvenes que él, que apenas le prestaban atención. La mayoría iba y venía y rara era la vez que se demoraban allí un rato. Nico agradecía que fuera así. Encogido en su rincón, todavía se dolía de los moratones y los golpes. Los recuerdos rondaban su cabeza como una bandada de pájaros oscuros decididos a atormentarlo. Por mucho que lo intentaba, no podía evitar pensar en su casa y en su madre.

A su madre se le caería el alma a los pies si alguna vez se enteraba de en qué se había convertido: un vulgar ladrón pillado con las manos en la masa. No habría palabras para describir su enfado.

Pero su madre tampoco estaba exenta de culpa. Después de todo, si se remontaba un año atrás, o quizá más, ella debía asumir tanta responsabilidad como él en su actual apuro. Había sido ella quien había necesitado llenar su vacua existencia con un ramillete de amantes muy poco convenientes. Y también había sido ella quien había optado por ignorar las desavenencias entre Los y su hijo, y como consecuencia Nico había huido y ahora se encontraban en esa situación.

Los sólo era uno más en la larga lista de pésimas elecciones de su madre, quien había aparecido en casa con él después de conocerlo en la taberna del cruce. El hombre había llegado vestido con ropa elegante pero que le quedaba demasiado holgada —evidentemente robada— y había examinado los enseres de la granja, incluida su madre, como calculando su valor. Era obvio que se había propuesto

engatusarla aquella noche, y habían hecho tanto ruido en el dormitorio que Nico se había visto obligado a arrastrar sus mantas hasta el establo y dormir con el viejo caballo *Harry*.

Por eso le guardaba rencor, por su debilidad en lo concerniente a los hombres. Sabía que su madre tenía sus motivos para comportarse así, y también que no era en ella precisamente en quien debía volcar todo su resentimiento por los derroteros que habían seguido las vidas de ambos, pero así era y no podía evitarlo.

Nico estaba viviendo el peor día de su vida y pasó lo que quedaba de él sumido en el aturdimiento, se le hizo eterno y espantoso. Con la llegada de la noche —señalada no por la falta progresiva de luz, sino porque se apagaban las lámparas y se oían los golpetazos lejanos de pesadas puertas—, el hedor en la celda se hizo aún más intenso y en el aire quedó flotando una miasma compuesta por las emanaciones de aquellos hombres que llevaban enjaulados con sus propias miserias demasiado tiempo. La pestilencia se volvió insoportable y Nico se ató un pañuelo alrededor de la boca y la nariz, aunque de poco le servía, y de vez en cuando tenía que inclinarse a un lado y alzarlo para escupir de la boca el regusto repugnante que se le acumulaba en la lengua.

Al parecer, la especie de tregua que existía entre los internos durante el día carecía de validez en las largas horas de oscuridad. En otra celda se desencadenó una pelea: se oyeron gritos y silbidos y, a continuación, los alaridos estridentes de un hombre que agonizaba. Los gemidos fueron debilitándose hasta reducirse a algún sollozo ocasional que precedió el regreso del silencio. Durante un rato, Nico estuvo oyendo un ruido sordo en el muro que tenía a su espalda, como si hubiera alguien golpeándose la cabeza contra él al otro lado, e intercalado entre los gritos que soltaba tras cada impacto quienquiera que fuera se oía un murmullo, algo así como «dejadme salir, dejadme salir».

Nico no conseguía conciliar el sueño en aquel lugar pese a que estaba cansado, exhausto, por todo lo acontecido durante el día y por las vueltas que había dado en la cabeza a lo que aún estaba por venir. Por tanto pasó la noche en vela, escuchando los ronquidos de sus compañeros de celda, espantando alguna que otra cucaracha que trepaba por su cuerpo y maldiciéndose por haber ido a la ciudad, por llevar consigo a *Boon* y por haberse involucrado en las chifladuras de Lena.

Ya sabía que la chica no era una persona digna de confianza, pues ya antes le había dado muestras de su falta de escrúpulos. Se preguntó qué estaría haciendo en ese preciso instante. ¿Acaso estaría preocupada porque lo hubieran detenido y lo hubieran metido en el calabozo a la espera de su castigo? Lo dudaba.

Se quedó con la mirada perdida en la oscuridad. Era completamente consciente de lo que hacían en la ciudad con los ladrones y ponía todo su empeño en no pensar demasiado en el destino que le aguardaba. Durante el último Festival de la Cosecha

había presenciado cómo azotaban y marcaban a un ladrón, un muchacho no mucho mayor que él.

No sabía si soportaría un castigo igual.

Entrada la noche despertó sobresaltado de su aturdimiento y notó que una mano le apretaba la pierna y un rostro le echaba su aliento pestilente en la cara. Se incorporó de una sacudida, apartó de un empujón la figura indefinida del desconocido y gritó algo más cercano a un alarido de pavor que a una sucesión de palabras inteligibles. Se oyó una maldición mascullada y unos pasos que se alejaban arrastrando los pies por el suelo.

Nico se frotó la cara para espabilarse y dejó caer de nuevo la espalda contra el muro.

Tenía que salir de allí. Apenas si podía respirar en aquella atmósfera viciada y hedionda. La oscuridad lo envolvía como un pesado manto de terciopelo. Se sentía atrapado, consciente de que hasta que amaneciera no podría levantarse y escapar de su tormento, ni ver el cielo ni sentir el aire fresco en el rostro. Entonces le sobrevino un recuerdo que más bien era una colección de emociones intensas: la vez que se había topado con una trampa mientras caminaba por las colinas que dominaban la granja familiar; el trozo de alambre apretado alrededor de la extremidad amputada de un perro salvaje y las tiritas de carne que todavía colgaban del hueso roído.

De nuevo se oyó en la penumbra el sonido de unos pies arrastrándose y la desconocida figura regresó junto a Nico, que tensó el cuerpo y se preparó para atacar.

«Te arrancaré la carne a bocados como no me dejes en paz», dijo para sus adentros.

—Tranquilo —dijo una voz—. Soy tu amigo.

Un hombre se sentó a su lado y se oyó cómo hurgaba entre su ropa.

Una llama resquebrajó la oscuridad, en un principio tan brillante que resultaba imposible mirarla directamente. Nico pestañeó protegiéndose el rostro con la palma de la mano. La llama crepitó y fluctuó por un momento mientras la punta ennegrecida de un puro delgado se encendía y adquiría un resplandor rojo.

—¿Sabes? Llevo toda la noche despierto intentando recordar de qué me suena tu cara.

La punta roja del puro surcó el aire y cuando el hombre le dio una calada, crepitó con un fulgor renovado, alumbrando sus facciones y cubriendo de sombras los recovecos de su rostro.

—Tu padre —continuó, expulsando el humo por la boca—. Ye conocí a tu padre.

Nico parpadeó, los ojos todavía le hacían chiribitas de colores.

—Sí, claro —respondió sarcásticamente.

—No me llames mentiroso, jovencito. Eres su viva imagen. Tu padre estaba

casado con una pelirroja llamada Reese. Una mujer hermosa, si mal no recuerdo.

Nico dejó caer la mano de su rostro y de manera provisional atemperó su ira.

—Sí, mi madre —confirmó Nico—. ¿De verdad lo conoció?

—Como nunca he conocido a otro hombre. Luché a su lado dos años bajo las murallas.

—¿Pertenebió usted al Cuerpo Especial?

—Por supuesto. Aunque parece que haya pasado toda una vida desde entonces. Gracias al Gran Necio. Ahora me gana la vida, modestamente, es cierto, jugando al rash. El resto del tiempo, cuando no puedo pagar las deudas, me veo obligado a pasarlo aquí. —Se acarició el mentón poblado por una barba de cuatro días—, ¿Qué me dices de ti? ¿Qué te ha traído aquí?

Nico no albergaba ningún deseo de hablar sobre su lamentable episodio.

—Mi curandero me dijo que le sentaría bien a mis pulmones, así que vengo aquí de vez en cuando.

—Has heredado la agudeza de tu padre —repuso su interlocutor, sin el menor atisbo de complicidad—. Eso era lo que me gustaba de él.

Su voz tenía un tono hosco. Nico se percató de ello y esperó a que se explayara en el tema. Las volutas de humo del tabaco envolvieron brevemente el rostro del hombre. El aroma que despedía el cigarro resultaba agradable en aquel lugar hediondo, y a Nico le recordó las noches sentado en algún parque o edificio abandonado alrededor de una hoguera, con Lena y la gente que había conocido cuando no tenía hogar ni refugio. Pasaban el rato contando chistes, mirando las botellas de vino barato y pasándose cigarrillos de hojas de grindelia liados a mano entre risas francas, mientras el cálido círculo de luz mantenía alejada cualquier referencia al duro mañana que llegaría inexorablemente.

—A veces teníamos nuestras diferencias —prosiguió el hombre, en su tono amargo y arrastrando las palabras—. En una ocasión me descubrió haciendo trampas en el rash. Y claro, él no podía dejarlo pasar. Tuvo que delatarme delante de todo el pelotón. Eso me costó un buen dinero. Tu padre me costó un buen dinero... aunque me resarcí. —Se aclaró la garganta, aunque su carraspera podría haber pasado fácilmente por una risa seca—. Para serte sincero, no me sorprendió que desertara y se largara. La última vez que lo vi, con esa mirada horrorizada... supe lo que estaba tramando. Lo vi claro como el día.

Nico apretó los dientes y se le dilataron las alas de la nariz. Respiró hondo.

—Mi padre no era ningún cobarde —espetó con sequedad.

El hombre carraspeó de nuevo.

—Con eso no quería decir nada. A la hora de la verdad todos nos acobardamos, excepto los locos. Lo único que digo es que unos acusan más el miedo que otros.

El ruido que hacía Nico al respirar no permitía oír los ronquidos de sus

compañeros de celda.

—Cálmate. Sólo son palabras, y las palabras no valen un carajo. Ten, dale una calada.

Nico ignoró el extremo candente del cigarro suspendido delante de él. Seguía pensando en su padre. Lo recordaba como una figura de gran estatura y hombros rectos, con el pelo largo, la mirada afable y la voz dulce. Lo recordaba riendo a mandíbula batiente, con una pinta de cerveza en la mano y bailando con su madre agarrada por la cintura, o cogiendo la cítara para puntear un puñado de canciones rudimentarias. Recordó una caminata juntos por las colinas solitarias y un Día del Necio que le había llevado a la playa, donde había estado contemplando el mar mientras Nico jugaba en la orilla.

Nico tenía diez años cuando su padre se alistó en el Cuerpo Especial. Por entonces se comentaba que la ofensiva enemiga había alcanzado una intensidad hasta entonces inédita. Todos los días se descubría un túnel manniano nuevo o las tropas asediadoras irrumpían en las galerías subterráneas del ejército defensor. El Cuerpo Especial sufría cuantiosas bajas y necesitaba voluntarios.

Un mes después, su padre partía a la ciudad para luchar bajo los muros del Escudo, y el que volvía a casa era un hombre ligeramente distinto. Cada vez que regresaba del Escudo lo hacía con el ánimo más apagado y el aspecto desmejorado.

En una de aquellas ocasiones apareció sin una oreja, únicamente con el orificio del oído en un costado de la cabeza. Aun así, su madre lo recibió con un abrazo y le susurró con dulzura en el oído maltrecho —Nico alcanzó a oírlo— lo aliviada que sentía de que hubiera regresado vivo. En otra ocasión, su padre se presentó en la puerta de casa con la cabeza vendada. Cuando pasados unos días se quitó el vendaje, la oreja que había conservado sana parecía haber sido mordisqueada por un perro. Con paso del tiempo se le fueron despoblando las cejas hasta desaparecer y su larga cabellera se convirtió en un rastrojo de pelo. Tenía el cuero cabelludo, la cara y los labios surcados de cicatrices. Empezó a encorvarse como si siempre tuviera frío y de sus hombros rectos sólo quedó el recuerdo.

Su madre intentaba disimular su horror por las transformaciones que experimentaba el hombre que amaba, pero con frecuencia alguna expresión de su rostro en un momento de descuido la delataba.

Cuando su padre regresó del Escudo para el primer permiso prolongado, Nico apenas reconoció al hombre que miraba a su hijo como si estuviera frente a un desconocido y que se sentaba a su lado bajo la lluvia, que nunca sonreía, que apenas hablaba y que bebía demasiado. El ambiente en la granja se enrareció. Su padre estallaba a la mínima y Nico vivía en un permanente estado de tensión, temeroso de que cualquier menudencia pudiera degenerar en un conflicto.

Optó por salir más a menudo con *Boon* y juntos se perdían por el bosque y el

prado que se extendían alrededor de la granja. Cuando hacía mal tiempo, Nico se encerraba en su habitación y repasaba mentalmente los cuentos que sabía, o recordaba episodios de *Los relatos del pez* que había visto representados durante sus visitas a la ciudad, de modo que pasaba el tiempo instalado en un mundo de fantasía.

Una noche, su padre estuvo bebiendo hasta que, consumido por el alcohol, explotó y descargó toda su ira en su madre; la agarró del pelo y la arrastró por la habitación mientras Nico gritaba y le suplicaba que parara. Su padre lo estampó contra el suelo de un puñetazo. De repente se quedó paralizado, contemplando espantado la expresión aterrada de su hijo, y salió dando tumbos a la noche.

A la mañana siguiente regresó y, mientras Nico y su madre dormían juntos acurrucados en la estrecha cama del niño, recogió todas sus cosas y se fue para siempre. Nico sintió que el suelo se hundía bajo sus pies. Su madre pasó mucho tiempo llorando.

Ahora, Nico apretaba los puños en la oscuridad impenetrable de la celda. Suspiró.

—Tenía sus motivos para marcharse —dijo, dirigiéndose a la figura imprecisa del hombre.

El cigarro recibió un par de caladas y después las brasas se atenuaron.

—Sí, bueno, si huyó por miedo o por otra causa... supongo que tú lo sabrás mejor que nadie.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que la sangre de un hombre corre por las venas de su hijo. Lo que quiera que fuera que le pasara en realidad a tu padre también te pasará a ti.

Nico notó cómo se le encendían las mejillas. Ya no quería saber nada más del desconocido y le giró la cabeza.

Retumbaron unos gritos procedentes de otra celda; apenas se entendía lo que decían. Al parecer, un loco vociferaba que los mannianos cruzarían el mar para quemarlos vivos a todos.

Las brasas del cigarro desaparecieron rápidamente aplastadas contra la palma de la mano del desconocido, que se levantó con un gruñido y permaneció inmóvil unos instantes, mascullando algo para sus adentros. Se volvió a Nico. Su mano enorme buscó el hombro del muchacho y le dio una palmadita.

—Estarás bien, hijo —lo tranquilizó el hombre—. Ahora puedes dormir.

El desconocido se alejó, pero el aroma del tabaco seguía flotando donde había estado sentado.

Nadie más molestó a Nico durante el resto de la noche.

Su madre llegó por la mañana, vestida de negro riguroso, como si acudiera a un funeral. Los ojos hinchados de tanto llorar y la cabellera pelirroja aplastada contra la cabeza conferían a sus facciones un aspecto transido y severo. Era la primera vez en

un año que Nico la veía.

Los la acompañaba, vestido de punta en blanco, fingiendo estar horrorizado por lo que el jovencito Nico había hecho. El fue el primero en tomar la palabra cuando se encontraron cara a cara, separados con los barrotes que mediaban entre los internos y sus vistas en el sótano penumbroso y frío destinado a tal efecto

—Tienes un aspecto desastroso.

Nico no sabía qué decir. Su madre y Los eran las última personas que esperaba ver.

—¿Cómo os habéis enterado? —preguntó a su madre en hilo de voz.

Ella se acercó como con la intención de abrazarlo, pero los barrotes se lo impidieron y de repente se le encendió la mira:

—La vieja Jaimeena vio cómo el cuerpo de guardia te lleva a rastras por la calle y tuvo el buen corazón de acercarse a granja y contármelo.

—Ah —masculló Nico.

—¿Ah? ¿Eso es todo lo que tienes que decir a tu favor?

La ira de su madre era como una ráfaga de aire que avivaba la suya propia, como si ésta fuera un fuego que hubiera permanecido aletargado desde el día que había huido de la granja en busca de la libertad.

—¡Yo no te he pedido que vengas!—espetó—, ¡Ni tampoco a él!

La sorpresa se dibujó en el rostro de su madre. Los se acercó a ella con los ojos clavados en Nico.

Nico le sostuvo la mirada. ¡Que lo partiera un rayo si era el primero en apartarla!

Su madre hizo el ademán de hablar, pero su voz se quebró. Dejó caer los hombros, como si se deshiciera de una coraza, y alargó una mano entre los barrotes. Nico sintió una caricia que le recorría la nuca y unos dedos que lo agarraban y tiraban de él para darle una especie de abrazo con el frío metal de por medio.

—Hijo mío —le susurró al oído—, ¿Qué has hecho? Nunca te tuve por un ladrón.

Nico recibió con sorpresa el escozor de las lágrimas en sus ojos.

—Lo siento. Estaba desesperado. Hambriento.

Ella dejó escapar un murmullo tranquilizador y le acarició el rostro.

—Estaba tan preocupada por ti. Cada vez que veníamos a la ciudad te buscaba, pero lo único que veía era muertos de hambre, y siempre me preguntaba si estarías arreglándotelas para sobrevivir.

Nico tomó aire, a punto de romper a llorar.

—*Boon...* —pudo decir a duras penas—, *Boon* ha muerto.

Su madre apretó los dedos alrededor del cuello de Nico y se le saltaron las lágrimas. El muchacho la acompañó en su llanto, los miedos desaparecieron y sus sentimientos afloraron en la intimidad del dolor compartido.

La puerta del pasillo que conducía a la sala de visitas chirrió al abrirse y apareció

una figura. Nico levantó la mirada, se enjugó sus lágrimas y se quedó boquiabierto.

Era el extranjero de tierras remotas, el anciano al que había robado el dinero la tarde anterior.

El recién llegado se detuvo en el vano de la puerta, con la cabeza inclinada a un lado y una taza humeante de chee en una mano. Era más bajo de lo que había juzgado Nico al verlo acostado en la cama. Llevaba la cabeza rasurada y una túnica negra, parecía un monje, aunque un monje peculiar, ya que en la otra mano empuñaba una espada envainada. La madre de Nico se separó de su hijo para volverse hacia él.

El hombre avanzó con soltura por el suelo de piedra y se detuvo delante del reo y sus visitas. Sus movimientos eran similares al vaivén del chee contenido en la taza, que de repente cesa; e igual que el líquido, también él recuperó su inmovilidad.

De cerca se apreciaba el apagado color ceniciento de sus ojos, aunque escrutaban con determinación. Nico sintió el impulso de dar un paso atrás. En aquel hombre no había ni rastro del anciano confuso cuyo sueño había interrumpido y que había biqueado como un ciego.

—¿Es éste el ladrón? —interrogó a la madre de Nico.

La mujer se secó las lágrimas de los ojos y se enderezó.

—Es mi hijo —respondió—, Y más que un ladrón es un idiota.

El extranjero se tomó unos segundos para examinar a Nico con frialdad, como si fuera un perro que tuviera en mente comprar. Al cabo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—En ese caso usted y yo tendremos una charla.

Se acercó uno de los taburetes situados en el centro del sótano y se sentó con la espalda recta y la espada apoyada en el regazo. Depositó la taza en el suelo.

—Mi nombre es Ash —declaró—. Y, ya sea un idiota o no, su hijo me ha robado el dinero.

Oliéndose que el extranjero iba a hacer algún tipo de proposición, la madre de Nico recuperó su templanza habitual y tomó asiento en otro taburete enfrente del recién llegado.

—Reese Calvone —se presentó.

Los se acercó a ella y posó una mano sobre su hombro, aunque era evidente la desconfianza que le inspiraba aquella situación. Ella apartó la mano a Los y él fue hasta la pared opuesta tan cerca de la puerta como le fue posible, y desde allí continuó observándolos en silencio por el rabillo del ojo.

—Sin duda su hijo será azotado y marcado —prosiguió el anciano—, como es costumbre de su pueblo en estas latitudes, según me han informado, la pena habitual para robos a la luz día son cincuenta azotes.

Reese asintió como si el extranjero le hubiera formulado pregunta que necesitara una respuesta.

—Es un castigo muy duro.

La mujer entornó los ojos, se volvió fugazmente a Nico volvió a depositar su atención en el desconocido sentado frente a ella.

—Veo que está llevándolo bastante bien —observó el extranjero.

—¿Acaso ha venido para regodearse, señor?

—En absoluto. Para conocer a un hijo primero hay que conocer a la madre. Esto podría ayudar a mejorar la situación de su hijo.

Reese bajó la mirada y la clavó en sus manos. Nico siguió su mirada. Aquéllas eran las manos bastas de quien había trabajado duro toda su vida, marcadas por las cicatrices de tajos y escaldaduras de años de sacrificio; parecían las manos de una persona mucho mayor de lo que aparentaba su rostro, todavía hermoso a pesar de las lágrimas y los desvelos actuales. Antes de hablar, Reese respiró hondo.

—Es mi hijo y conozco lo que hay en el fondo de su corazón. Sé que podrá soportarlo.

La mirada de Nico saltó de su madre al anciano, cuyo rostro afilado se mantenía inexpresivo.

—¿Qué pensaría si le dijera que las cosas pueden ser de otra manera?

Reese parpadeó sorprendida.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué pensaría si le dijera que no tiene que someterse a los azotes ni a la marca en la mano?

Reese se volvió de nuevo a su hijo, pero Nico todavía tenía la mirada clavada en la figura con la túnica negra. Había algo en aquel anciano... algo que le decía que podía confiar en él. Quizá era la naturalidad con la que se imponía su autoridad; no era el tipo de autoridad concedida desde fuera y ejercida de acuerdo a los rasgos de una personalidad, sino algo infinitamente más profundo, fruto de un espíritu franco y justo.

—Lo que voy a decirles no debe salir de esta sala. Su... ¿marido? debe marcharse antes de que empiece a explicárselo.

Los soltó un resoplido. No tenía ninguna intención de irse.

—Por favor —le solicitó Reese, volviéndose a él. Los la miró ungiéndose herido en su orgullo—. Sal —insistió la madre de Nico.

Los seguía sin decidirse. Su mirada pasó del anciano a Nico y finalmente se posó en Reese.

—Esperaré fuera —aseveró.

—Gracias.

Los se deslizó fuera de la sala y lanzó una última mirada al anciano extranjero antes de cerrar la puerta tras de sí. El anciano retomó la palabra cuando el portazo todavía retumbaba en las paredes del sótano.

—Señora Calvone, apenas dispongo de tiempo, de modo que iré directo al grano. —Sin embargo, hizo una pausa y Nico reparó en que acariciaba la cubierta de piel de la funda de la espada con el dedo pulgar—. Me hago viejo —prosiguió—, como puede ver. —Pareció sonreír con la mirada—. En otro tiempo, un muchacho como su hijo nunca hubiera conseguido colarse por mi ventana sin despertarme. Le habría cortado la mano antes de que pudiera alcanzar mi monedero. Ahora, sin embargo, mi sueño es profundo y el bochorno de las primeras horas de la tarde me deja exhausto, como suele ocurrirles a los ancianos como yo. —Bajó la mirada al suelo—. Mi salud... ya no es lo que era. No sé el tiempo que podré seguir dedicado a mi trabajo... En pocas palabras, y siguiendo la tradición de mi orden, ha llegado el momento de que tome un aprendiz a mi cargo.

—Más bien parece que se siente solo y anda buscando a un jovencito guapo —repuso con acritud la madre de Nico.

El anciano hizo un simple gesto de negación con la cabeza.

No.

—Entonces, ¿a qué tipo de trabajo se dedica usted? Va vestido como un monje y, sin embargo, me he fijado en que empuña una espada.

—Señora Calvone —dijo, abriendo los brazos como dando a entender que lo que iba a decir era obvio—. Soy un roshun.

Nico rompió a reír, muy a su pesar. Su risa tenía un matiz de histeria y cuando le llegó rebotada del techo abovedado del sótano, la cortó con la misma brusquedad con la que se había originado

Los rostros de su madre y del anciano se volvieron hacia él.

—¿Quiere entrenarme para que me convierta en un roshun?—consiguió decir Nico—, ¿Está usted loco?

—Escúchame —le respondió el anciano—. Si das tu consentimiento, hoy mismo hablaré con el juez; le pediré que retire los cargos y le pagaré una suma de dinero como compensación por las molestias ocasionadas a él y a los carceleros. De ese modo evitarás la terrible experiencia del castigo.

—Pero lo que pide... —protestó la madre—. Puede que nunca vuelva a ver a mi hijo. Es un trabajo que pone en peligro su vida.

—Estamos en Bar-Khos. Si se queda aquí, antes o después le pedirán que arriesgue su vida en las murallas. Sí, mi trabajo es peligroso, pero lo prepararé bien, y cuando me acompañe en una misión, se limitará a observar. Una vez que su período de aprendizaje finalice se le ofrecerá la posibilidad de elegir entre comprometerse con la profesión o seguir el camino que desee en la vida. Cuando ese momento llegue, tendrá dinero en los bolsillos y habrá aprendido muchas cosas. Podrá incluso regresar a Bar-Khos, si es que la ciudad sigue en pie.

Hizo una pausa y observó a la madre de Nico, mientras ésta meditaba lo que

acababa de decirle.

—Ahora mismo hay una nave esperándome en el puerto aéreo. Dentro de un par de días estará reparada y viajaremos a la tierra de mi orden. Allí será iniciado en nuestros preceptos y le aseguro, señora Calvone, que siempre antepondré la vida de su hijo a la mía propia. Se lo juro solemnemente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mi hijo?

La pregunta pareció coger por sorpresa al viejo extranjero. Se pasó la mano por los pelos milimétricos de su cabeza afeitada, produciendo un sonido similar al de una piedra frotada con un fino papel de lija.

—Demostró ser hábil, y valiente, en su acción. Esas son las cualidades que busco.

—Pero seguro que hay algo más.

El anciano se quedó mirando a la madre de Nico durante un tiempo que empezó a ser prolongado.

—En efecto —admitió—. Hay algo más. —Se revolvió en el taburete y clavó de nuevo la mirada en el suelo, en el tramo que mediaba entre él y Reese—, Últimamente he tenido una serie de sueños, aunque eso no significará demasiado para usted. Aun así, los sueños, por decirlo de algún modo, me guiaban, y creo que en el camino correcto.

Reese bizqueó, todavía escéptica.

—Acepto —declaró de repente Nico desde el otro extremo del sótano.

Su madre y el extranjero se volvieron hacia él y el muchacho les sonrió, sintiéndose un poco estúpido. Su madre torció el gesto.

—Acepto —repitió, esta vez en un tono más firme.

—No —aseveró su madre.

Nico agachó con la cabeza, con el gesto ligeramente triste.

Sabía quiénes eran los roshuns, todo el mundo lo sabía. Mataban gente, asesinaban a sangre fría a cambio del dinero que recibían por llevar a cabo las *vendettas*. No se veía a sí mismo haciendo eso, ni por todo el oro del mundo. Sin embargo, podría renunciar a esa vida cuando terminara su período de aprendizaje, una buena cantidad de habilidades y experiencias. Quizá, a su manera, ésta era su oportunidad de ser algo en la vida. Quizá el Gran Necio había estado en lo cierto y en los peores momentos se hallaba el germen de tiempos mejores.

Aunque tal vez, por otro lado, en vez de eludir un castigo terrible estaba iniciando los trámites para una experiencia aún más atroz. No podía saberlo; y nunca lo averiguaría a menos que la viviera.

—Sí, madre —afirmó, esta vez en un tono tajante—. Acepto.

Capítulo 4

Banderas de conquista

Tengo hambre —refunfuñó el joven sacerdote Kirkus.

La mujer tendida en el diván frente a él le dedicó una sonrisa que casi escindía en dos sus facciones marchitas y que mostraba una dentadura perfecta que en realidad no era suya.

—De acuerdo —repuso en un arrullo la vieja sacerdotisa, trazándose espirales en su barriga reluciente con una uña pintada, siguiendo los surcos de las estrías y alrededor del anillo de oro prendido del ombligo—. El poder de la carne es fuerte, Kirkus, pero sólo adquiere su auténtica divinidad cuando actúa en concordancia con la voluntad. Rechaza tu hambre. La próxima vez que comas hazlo porque tu voluntad tiene tanto peso en la decisión como tu estómago. Así es como potenciamos al máximo nuestros apetitos para que exijan el poder. Así es como llegamos a Mann.

Kirkus gruñó irritado.

—Empiezas a aburrirme. Lo único que me das son sermones que ya he oído miles de veces.

La risa entre dientes de la sacerdotisa le recordó el rechinar de un papel de lija frotado a propósito contra el suelo. Eso sólo consiguió crisperle aún más. Sin dejar de reír, la sacerdotisa incorporó su cuerpo esquelético en el diván y se dio la vuelta para poner al sol la espalda surcada de arrugas. Sus carcajadas se precipitaron por la borda de la gabarra imperial y se zambulleron entre las salpicaduras y los movimientos parsimoniosos de los remos en las aguas marrones del Toin. En la lejana ribera embarrada, un cocodrilo se agitó y, en un abrir y cerrar de ojos, se sumergió en las mansas aguas de la corriente.

De repente, los dientes superiores de la sacerdotisa chocaron con los inferiores y ya no se separaron.

—Me parece que estás perdiendo el control, jovencito, ¿mmm? Todavía estás a medio hacer y ya te crees el nuevo Santo Patriarca. Muy bien, pero entretanto estamos inmersos en tu viaje por el Imperio, y soy yo quien te instruirá hasta que demuestres que eres digno de la fe. Son cosas que debes saber... más que saber, que necesitas interiorizar, sentir las en las tripas.

—Ya las siento en las tripas —espetó el muchacho—. Ese es el problema, vieja bruja.

La sacerdotisa lo contemplaba con una admiración comedida. Kirkus sabía que era su discípulo predilecto y, a veces, cuando lo miraba de esa manera, le parecía

estar frente a una escultura obsesiva que se ha pasado años encerrada en su ático y que observa embobada y con una devoción desmedida su más reciente y estimada creación. Kirkus apartó la mirada de aquellos ojos ávidos, en parte asqueado, y se volvió hacia la esclava apostada detrás de su diván, que lo ventilaba con un abanico de plumas de avestruz. Estaban en la zona reservada, aislada del resto de la cubierta. La esclava era una muchacha nathalesa, delgada, con una cabellera pelirroja que se precipitaba sobre sus pechos pequeños y firmes, con las cuencas oculares vacías escondidas tras un pañuelo de seda color melocotón y las manos enfundadas en unos guantes blancos: una medida de prevención por si de manera fortuita tocaba las pieles divinas de Mann. «Apetitos», pensó perezosamente Kirkus al reparar en la tersura de la piel de la esclava, que se alisaba al ritmo regular de sus movimientos. Por un momento, su imaginación echó a volar y se vio poseyéndola allí mismo, en la cubierta: esa muchacha ciega y sorda sin otros sentidos que el tacto, la experiencia del dolor fusionado con el placer. De pronto, se dio cuenta de la reacción física que la fantasía había provocado en su cuerpo.

—Paciencia —dijo jocosamente la sacerdotisa, posando con descaro la vista en la prueba que delataba el repentino entusiasmo del muchacho—. Desembarcaremos en la próxima ciudad al mediodía. Estoy segura de que has oído hablar de ella. Se llama Skara-Brae.

Kirkus asintió. Aparte de que había leído sobre la ciudad mientras estudiaba la obra titulada *Descripción del Imperio*, escrita por Valores, quería ahorrarse otra conferencia de la sacerdotisa.

—Podemos buscar más juguetitos para tu ceremonia de iniciación. Y después visitaremos al sumo sacerdote de la ciudad, y ya con él comeremos y beberemos hasta reventar.

—Ojalá sólo fuera comida lo que ansío —señaló en tono melancólico, lanzando otra mirada descarada a la esclava.

—Mi pobre pequeñín debilucho... Al final, todos los sacrificios habrán valido la pena. Ten fe en esta vieja que sólo te desea lo mejor.

La sacerdotisa posó unos instantes la mirada en el río y su gesto se relajó mientras rememoraba algún episodio lejano en el tiempo, quizá su propia iniciación como sacerdotisa. De pronto, sus facciones adquirieron un efímero aire juvenil, como tocadas por el encanto del recuerdo.

—Durante la noche de la Hecatombe Selectiva —dijo sin apartar la mirada del agua—, te sentirás tan colmado que, cuando des rienda suelta a tus apetitos, comprenderás por fin qué significa ser una figura divina. Te lo garantizo, querido mío.

«Otro sermón», se lamentó Kirkus para sus adentros. Sin embargo, se tragó su fastidio y asintió con un gruñido, aunque sólo fuera por que la anciana se callara, y la

dejó recrearse en su inútil sabiduría. A fin de cuentas, la anciana sacerdotisa ya lo había perdido todo, empezando por la belleza, y ni siquiera ejercía un poder real en la corte de la madre de Kirkus.

Kirkus intentó pensar en otras cosas. Escudriñó el agua y la lejana ribera, en busca de algo interesante con lo que entretener su mirada errante; pero sólo veía pájaros, insectos zumbando en el aire y algún que otro zel de franjas blanquinegras bebiendo agua en la orilla. Ya estaba hastiado de todo aquello. Llevaba doce días recorriendo aquel río hediondo y aletargado del interior del Imperio, a los que debían sumarse los diez largos meses previos de viajes y visitas a lugares de interés, y en todo ese tiempo nunca se le había concedido un momento de libertad para hacer lo que se le antojara.

Sin embargo, ¿qué podía hacer? Después de todo, la vieja bruja era su abuela.

El Toin era uno de los grandes ríos que desembocaban en el Midéres. Discurría desde las tierras altas de las imponentes montañas de los Aradéres, primero como una red de torrentes impetuosos y luego como afluentes del Lago de las Aves, desde donde ya partía como un único cauce que iba ensanchándose y que en algunos tramos superaba el laq de anchura. El río era un elemento capital en el comercio de Nathal, y a lo largo de su cauce natural se encontraban todas las grandes ciudades de la nación.

Los nathaleses eran un pueblo orgulloso de su patria. Nunca habían sido conquistados por las naciones vecinas —Serta al oeste, Tilana y Pathia al este—. El esplendor cultural de Nathal se había desarrollado ininterrumpidamente durante mil años, con la filosofía, la educación y las artes a la cabeza. Cuando el daoísmo penetró sus fronteras, lo absorbieron como hacían con todas las corrientes de pensamiento novedosas y lo incorporaron a la larguísima lista de religiones que se practicaban y se cultivaban en su territorio.

Sin embargo, ya no tenían motivos para el orgullo. Hacía quince años que su preciada independencia había sucumbido bajo las botas de suelas tachonadas del Sacro Imperio de Mann. Se enzarzaron en una breve guerra de guerrillas contra las fuerzas de ocupación, pero al final incluso esos grupúsculos de la resistencia habían sido aniquilados. Las violentas represalias que habían padecido ciudades enteras de Nathal como pago por su rebeldía habían convencido a sus orgullosos habitantes de que era mejor someterse. Ahora, Nathal era una provincia más del Sacro Imperio y, como el resto de las naciones subyugadas, su administración recaía en la jerarquía sacerdotal de Mann. Se habían ilegalizado sus religiones tradicionales, y todos los preceptos y creencias que chocaban con la fe en la carne divina se habían censurado.

Cuando la inmensa gabarra imperial arribó a los muelles de Skara-Brae, el margen del río era idéntico al del resto de los asentamientos del interior del Imperio. En las fachadas de los edificios, tanto viejos como nuevos, había colgados carteles de

dimensiones desproporcionadas donde se representaban mediante dibujos los productos y servicios ofrecidos para quienes desconocían la lengua franca. En el exterior de los almacenes se agolpaban corrillos de desempleados con la esperanza de conseguir un trabajo para aquel día, mientras patricios orondos rodeados por sus guardaespaldas supervisaban la carga y descarga de sus preciados cargamentos. Prostitutas y mendigos aguardaban en las bocacalles de los callejones, muchos de ellos con el aspecto enfermizo de quien no ha conseguido su dosis habitual de droga. Por todas partes se veían las tropas auxiliares desplegadas para el mantenimiento de la paz. La mayoría de los soldados, reclutados entre la población autóctona, iban uniformados con armaduras blancas de piel y lucían la expresión precavida de quienes se saben profundamente despreciados por su propio pueblo.

Por mucho que los nathaleses clamaran al cielo por su independencia, era innegable que la ocupación había tenido un efecto positivo en al menos un aspecto. Hacía quince años aquel puerto no era más que un emplazamiento donde se intercambiaban cuatro productos, aletargado como las aguas del río que lo bañaba. Ahora se había convertido en un hervidero de actividad comercial.

La gabarra se detuvo y se hizo el silencio en la orilla. De repente, sesenta remos se irguieron al unísono en el aire. Un destacamento del cuerpo de acólitos, armados con lanzas y espadas largas —y algún que otro rifle— enfilaron a la cabeza por el muelle. Iban ataviados con pesadas cotas de malla por debajo de las rodillas, una tortura con aquel calor, si bien los hombres y mujeres del cuerpo de sacerdotes guerreros no daban muestra alguna de incomodidad, con los rostros ocultos tras máscaras blancas sin otras facciones que los orificios imprescindibles para ver y respirar. Llevaban la cabeza oculta en la capucha de la túnica blanca propia de la orden, que vestían sobre las cotas. Estas túnicas estaban hechas de una tela vaporosa y tenían diagramas bordados en hilo de seda también blanco, por lo que desprendían sutiles reflejos a la luz del sol. De sus filas emergió raudo un emisario que se adentró en la ciudad con un mensaje para el sumo sacerdote y gobernador, quien aquella noche tendría invitados a cenar, le gustara o no la idea.

El destacamento de acólitos se desplegó entre la multitud con la confianza innata de los fanáticos nacidos y criados para un propósito, apartando a empujones a los ciudadanos para despejar una vasta superficie circular. Una vez logrado su objetivo, obligaron a las personas que tenían más próximas a ponerse de rodillas. Las tropas auxiliares locales siguieron el ejemplo de los acólitos y postraron a la fuerza a niños y ricos mercaderes sin distinción, hasta que sólo quedaron en pie los propios acólitos.

A continuación aparecieron dos sacerdotes recostados sobre un aparatoso palanquín portado por una docena de esclavos encadenados unos a otros con grilletes alrededor del cuello. El cuerpo de acólitos formó en filas. A su alrededor, centenares de rostros tenían la mirada diligentemente clavada en el suelo, o al menos lo

intentaban, ya que con el rabillo del ojo echaban un vistazo a aquellos seres que proclamaban su naturaleza divina, si bien no veían mucho: sólo dos figuras recostadas en el palanquín con los rostros ocultos tras unas máscaras de oro y con las cabezas afeitadas y relucientes.

Un bramido puso en marcha la procesión por las calles de la ciudad, más tranquilas que el puerto. El silencio quedó roto por el estrépito de las botas de suelas tachonadas contra el suelo adoquinado y el alarido esporádico del capitán del cuerpo de acólitos para dar una orden. A la cabeza de la comitiva marchaba un joven que portaba el estandarte imperial con la mano roja de Mann estampada. Los soldados saltaban continuamente de la formación, de uno en uno o en parejas, para obligar de mala manera a los concurrentes a postrarse.

—Capitán —dijo con suavidad la anciana, de nombre Kira, dirigiéndose al comandante de la escolta—, déjelos tranquilos de momento. Si están con la panza pegada al suelo, no los vemos.

El capitán asintió y transmitió la orden.

Los sacerdotes recostados en el palanquín iban ataviados con las mismas túnicas blancas que el cuerpo de acólitos, cómodamente arrellanados y picoteando a su antojo frutos secos que se introducían en la boca a través de la estrecha rendija de sus máscaras y que suponían el único alimento que Kirkus estaba autorizado a comer por el momento. Sus miradas irradiaban entusiasmo, pues hacía dos días de su última incursión en una población de Nathal y ambos necesitaban las distracciones que ofrecía la ciudad.

Kirkus fue quien vio primero algo que le llamó la atención: una muchacha descalza y con los pies sucios que vendía los palitos de keesh que llevaba en una cesta.

La vieja sacerdotisa observaba a su joven protegido, advertida de su interés. Mantuvo pacientemente la mirada en él hasta que Kirkus se aclaró la garganta.

—Esa —aseveró, señalando con el dedo a la joven.

El comandante dio una orden y un pelotón de acólitos se escindió de la formación de vanguardia y rodeó rápidamente a la muchacha. Le tiraron la cesta al suelo y la arrastraron a pesar de su violenta oposición hasta la cola de la comitiva. Los ciudadanos que aún estaban de pie gritaron alarmados y algunos incluso hicieron el ademán de socorrer a la joven, sin embargo, varios compatriotas los contuvieron, tanto por su propio bien como por el de todos.

Todo lo que podían hacer se reducía a observar cómo la engrilletaban y la conducían detrás, chillando y lanzando miradas a diestro y siniestro en busca de ayuda. Los ojos de la gente diseminada por la calle adquirieron una descarada expresión de desafío: era la única forma de protesta que les quedaba. Pero ni siquiera esto les duraría demasiado.

Llegó el turno de la abuela Kira, que con un chasquido de sus dedos ordenó al destacamento de acólitos que cargara contra la hostil población. Al punto, la gente se dispersó en todas direcciones, espantada por la repentina acción violenta de los sacerdotes guerreros, que empezaron a extraer a rastras cuerpos de la refriega.

—Fantástico —observó Kirkus con desdén—. Ya has ahuyentado nuestro divertimento.

—La ciudad es grande. Hay muchas calles.

Kira tenía razón, por supuesto. Las calles de los barrios por los que prosiguió la comitiva estaban más tranquilas que las que dejaban en su estela. Seguramente ya había corrido la voz, pues había menos gente de lo que cabía esperar. Aun así se veía personas enfrascadas en sus quehaceres cotidianos, quizá convencidas de que los rumores eran exagerados o simplemente porque no se les pasaba por la cabeza que pudieran ser las elegidas. Para entonces ya nadie miraba directamente a la comitiva.

—¿Ves algo más de tu interés, querido?

Kirkus meneó la cabeza tras la máscara de contornos afilados. Sin embargo, observaba y examinaba con fascinación a todo el mundo, esperando a que algo atrapara su atención.

—A veces me pregunto —reflexionó en voz alta Kira, estudiando de arriba abajo a la muchacha que marchaba engrilletada en la cola de la procesión— si no habremos perdido algo a cambio de ganar un imperio. Por lo menos, a veces tengo esa impresión. Por cada conquista hay una pérdida. Y por cada pérdida una conquista. Hubo un tiempo en el que teníamos que hacer esto con sigilo y valiéndonos de artimañas, centrarnos en borrachos que regresaban tambaleantes a casa desde las tabernas, niños que correteaban de noche por las calles, viajeros incautos en las carreteras... Aunque de eso ya hace mucho tiempo, en mi memoria esos recuerdos perviven en cierta manera como una época dorada.

Kirkus apenas le prestaba atención y seguía ojo avizor, esperando... esperando...

El palanquín se detuvo finalmente en la bulliciosa plaza de un mercado. Kirkus adivinó que se encontraban en el centro de la ciudad porque, ¿en qué otro lugar podía esperar uno toparse con una aguja de acero herrumbroso que se eleva verticalmente treinta metros del suelo pavimentado? Contempló el enorme monumento que dominaba el mercado.

Su abuela se percató de su asombro.

—Fue idea de Mokabi. Cuando la ciudad cayó... —empezó a explicar Kira.

—Ya lo sé —la interrumpió Kirkus.

La población local no parecía prestar demasiada atención al monumento, abstraída en sus propios asuntos. Kirkus se fijó en las coronas de flores amontonadas en la base veteada del monumento cercado por los soldados que vigilaban la muchedumbre.

La ciudad de Skara-Brae había sido el último baluarte de los nathaleses durante la Tercera Conquista. Hano, la joven reina y cerebro militar de Nathal, después de sufrir la derrota definitiva en el campo de batalla, había huido en estampida con sus últimos ejércitos hasta Skara-Brae. El archigeneral Mokabi, comandante en jefe del IV Ejército, salió en su persecución y sitió la ciudad. Advirtió a la reina que si no abría las puertas, toda la gente refugiada en su interior sería asesinada. Se cuenta que al oír aquella amenaza la joven reina quiso entregarse, pero sus soldados y sus súbditos se lo impidieron. Al cabo, todos pagaron el precio de su desafío.

Cuando la ciudad finalmente cayó —a costa de cuantiosas bajas en el IV Ejército—, el general Mokabi decidió brindar a las tropas que habían participado en la conquista una fiesta a la altura de quienes tanto habían sacrificado durante la campaña. En primer lugar convirtió la ciudad en un gigantesco burdel en el que los soldados —cuando no mataban directamente a quienes no les interesaban— terminaban su desfogue asesinando a sus víctimas. Luego, en un momento de inspiración, el general ordenó que se forjara una aguja gigantesca fundiendo las armaduras de todos los hombres de su ejército que habían caído durante el asedio. Fijaron la aguja, de una longitud de treinta metros, a una base de hormigón, y luego la colocaron horizontalmente en la plaza de la ciudad, a la vista de todo el mundo.

Durante la quinta noche tras la caída de la ciudad, en medio de una orgía de excesos y alcohol, los hombres del archigeneral ensartaron uno a uno a los oficiales derrotados y a los miembros del gobierno de la ciudad y los fueron deslizado a lo largo de toda la aguja hasta el fondo; la mayoría moría antes de haber recorrido todo el trayecto. Cuando no quedó un hueco en toda la extensión del descomunal pincho, hincaron en la punta a la mismísima Hano.

El archigeneral hizo una señal y con un grito de saludo a la reina derrotada —al menos así lo narra Valores— trescientos prisioneros nativos de la ciudad irguieron la aguja repleta de cadáveres, que quedó instalada en la plaza como un monumento permanente que conmemoraba la conquista.

Era una historia apasionante, y cuando años después Kirkus conoció por fin a Mokabi, durante las celebraciones del cumpleaños de la Santa Matriarca —madre de Kirkus—, se quedó mudo ante él, incapaz de responder a las preguntas referentes a sus estudios que afablemente le hacía el anciano comandante; la presencia en carne y hueso de aquella leyenda viva del Imperio lo había dejado sin palabras. Sin embargo, ocurrió algo más, otro suceso, algo más sutil le había hecho silenciar su lengua juvenil delante del archigeneral y le había provocado varias noches en vela en su cámara del Templo de los Susurros hasta que por fin llegó a comprenderlo. Cuando el joven Kirkus había estrechado la mano enorme del general, algo de ese contacto con su piel fría y un poco sudorosa lo había espantado. De repente, todas las historias sobre las hazañas del general se habían convertido en algo más que meras palabras en

las páginas de un libro. Aquel hombre, su mano poderosa, viva, que palpitaba aferrada a la suya, había liderado matanzas que habían acabado con miles de vidas, no sólo de soldados derrotados, sino también de mujeres y niños, de ancianos y bebés. En ese preciso momento, Kirkus se había sentido repelido por su tacto, como si un simple apretón de manos pudiera infectarlo de algo atroz, algo sucio. A partir de ese momento se le metió en la cabeza que su mano olía a sangre. Daba igual que se la frotara con el cepillo una y otra vez. Cuando por las noches se acostaba con la única compañía de sus pensamientos, todavía le parecía apreciar el tenue olor a sangre, su aroma metálico.

Esa sensación sólo se mitigó después de su decimocuarto cumpleaños, cuando por fin le permitieron compartir lecho con sus amigos del templo: a veces con Brice y Asam, pero pasado un tiempo sobre todo con Lara. Con las nuevas experiencias embriagadoras que ello conllevaba, la obsesión por ese olor a sangre quedó arrinconada en su mente. Por entonces también se intensificaron sus estudios sobre los rituales de Mann y experimentó su primera purga. Su madre le permitió ser testigo cada vez con mayor asiduidad de las intrigas y las responsabilidades que acarrea su recientemente fortalecida posición en el trono. Con el tiempo Kirkus fue perdiendo su sensibilidad interior. Aprendió a valorar la necesidad de las acciones despiadadas y a despreciar el egoísmo básico de la compasión. Y en las raras ocasiones en que se sentía superado por una sensación de corrupción, ya fuera al posar la mano en el picaporte grasiento de una puerta o en un vaso de vino compartido con los amigos, incluso al zambullirse en una piscina por la que habían pasado otros cuerpos, se aseguraba de hallarse en la intimidad de sus aposentos antes de sucumbir al impulso de frotarse la mano hasta dejársela en carne viva. Después de todo era un sacerdote iniciado de Mann, y el siguiente en la línea de sucesión al trono. No podía mostrarse débil en público.

—¿Vienes? —le preguntó su abuela, descendiendo del palanquín.

Kirkus apartó la mirada de la aguja gigante y más concretamente de las manchas de óxido que la recubrían y miró fijamente a su abuela unos segundos antes de comprender el significado de sus palabras. Hizo un gesto de negación con la cabeza y se quedó contemplando a la vieja sacerdotisa mientras deambulaba por el mercado acompañada únicamente por sus esclavos personales, probando a su antojo los dulces y los vinos locales. Rechazó la protección de una escolta y confió su vida al poder intimidatorio de su túnica blanca, que a su paso escindía en dos a la multitud.

Kirkus permaneció un rato sentado en el palanquín, saboreando las posibilidades que se le ofrecían y fantaseando con los nativos que le hacían tilín. Cuando por fin tuvo la certeza de a quién deseaba, se puso en pie.

Esta vez con más calma señaló a los individuos que le habían llamado la atención: dos bellas hermanas de melena rubia casi hasta el suelo, un carnicero gordo que

aferraba el cuchillo con soltura y que podía plantar cara a cualquiera en una pelea, un muchacho que le recordaba a Asam —su amigo de la infancia— y una vieja pescadera que conservaba un talle espigado, de carnes prietas y sugestivas.

Las tropas de acólitos irrumpieron entre la multitud y capturaron a las personas indicadas antes de que pudieran huir. Los gritos de los apresados se perdían en el fragor general del mercado. Kirkus contemplaba hipnotizado la conmoción desatada, el revuelo y el alboroto que se propagaba por toda la plaza; los amigos y los familiares angustiados de los elegidos se aferraban a ellos para que no se los llevaran de su lado, pedían ayuda a voz en grito a la multitud que los rodeaba. Uno a uno fueron apresados y los alaridos de consternación crecieron en intensidad hasta superar el barullo propio del ajetreo del mercado.

Kirkus pensó entonces que, por larga que fuera su vida, con días como aquél jamás se aburriría.

Kira regresó con una cesta llena de productos deliciosos. A su espalda dejaba un mercado con los tenderetes y las cestas volcadas allí donde hubieran caído mientras los comerciantes huían de la plaza con la intención de dar la alarma a las calles adyacentes. Desde detrás del palanquín emanaba como una fuerza palpable la turbación de los nuevos esclavos que eran encadenados por turnos.

Pasadas varias calles, un hombre con un gastado uniforme de mensajero llegó cabalgando y se detuvo en la cabeza de la columna; su zel rayado se revolvía nervioso a causa de la atmósfera inquietante que rodeaba a la comitiva. El jinete intercambió dos palabras con el capitán y luego le entregó un trozo de papel doblado. A continuación dio media vuelta y se alejó espoleando su montura hasta ponerla al galope.

Kira leyó la nota con un desconcierto cada vez más notorio en los ojos.

—Al parecer nuestra llegada a la ciudad ha provocado algo más que miedo. Escucha lo que dice la nota: «Esta noche, cuando se reúnan con el sumo sacerdote Belias, estudien con detenimiento la conveniencia de su atavío. Debajo sólo encontraréis a un charlatán.»

—¿Está firmado? —inquirió Kirkus, sólo medianamente interesado.

—«Un súbdito fiel de Mann.»

Kirkus se encogió de hombros.

—Siempre ocurre lo mismo allá donde vamos —comentó con desdén—. Es evidente que el sumo sacerdote tiene sus propios enemigos y ahora esperan aprovechar tu presencia para prosperar.

—Tienes un cerebro privilegiado cuando te decides a utilizarlo. Es probable que estés en lo cierto. Sin embargo, estudia con atención al sumo sacerdote. Es una habilidad que has de adquirir; debes aprender a diferenciar a los auténticos creyentes de los farsantes, y luego saber cómo manejarlos si se demuestra su impostura.

—Si eso ocurre, nos deshacemos de ellos, ¿qué más tengo que saber? —respondió, devolviendo la atención a la calle, todavía a la búsqueda de presas.

—A veces tu falta de imaginación me asusta —repuso su abuela con voz cantarina tras la máscara—. Tenemos que trabajar ese defecto. —Chasqueó los dedos para reclamar la presencia del capitán del cuerpo de acólitos—. Creo que iremos ahora a la mansión del sumo sacerdote —ordenó—. Deseo descansar un rato antes de cenar con el hombre que gobierna nuestra ciudad.

—Como deseéis —asintió el capitán, inclinando respetuosamente la cabeza. El cortejo reemprendió el paso con vigor.

—Me aburro como una ostra —se quejó Kirkus sin dirigirse a nadie en particular.

El joven sacerdote era un mero invitado a la cena, pero lo habían sentado a la cabecera de la mesa, donde había estado bebiendo el peleón vino seratiano a largos sorbos, como si fuera agua.

—No le hagáis caso —recomendó Kira a la familia anfitriona de la velada—. Sólo está bebido.

Belias, el sumo sacerdote de la ciudad, y, por tanto, su gobernador, expresó su comprensión con una sonrisa ligeramente nerviosa, secándose con un pañuelo el sudor que se le acumulaba en la calva. Esa noche se sentía, por extraño que pudiera parecer, fuera de lugar, pese a que la cena tenía lugar en el salón de banquetes de su propia mansión, en la que acogía a aquellos dos visitantes procedentes de la remota Q'os, sede del Sacro Imperio de Mann. Quizá se debía a la manera en la que la vieja sacerdotisa lo miraba continuamente; había algo oculto en su mirada.

Volvió a rezar por que acabaran de comer de una vez y se retiraran temprano a sus aposentos para descansar. Belias necesitaba hablar con su equipo de gobierno y averiguar si la población de la ciudad había hecho caso del toque de queda decretado apresuradamente. Llevaba dos horas con sus invitados sin moverse de la mesa, fingiendo interés en la cháchara de la vieja y asombrándose de la velocidad con la que ambos devoraban su comida y se bebían su vino. No perdía la esperanza de que una simple oración contribuyera a que acabaran de una vez. Era obvio que no tardarían en saciarse.

Sentada en silencio a su lado estaba su esposa, rellenita, ataviada con las sedas más delicadas importadas de tierras remotas y con unas ostentosas joyas que no desmerecerían en una reina, o por lo menos en una reina de segunda, provinciana. La mujer lanzó otra mirada recatada al guapo y joven sacerdote sentado como un rey a la cabecera de la mesa. Kirkus seguía ignorando sus atenciones. También Belias hacía como que no se daba cuenta. Ya no le sorprendían los flirteos de su esposa, que siempre se había sentido atraída por el poder; a fin de cuentas por eso se había casado con él.

El sumo sacerdote dirigió la mirada hacia su hija Rianna. Siempre se volvía hacia ella cuando necesitaba ayuda o buscaba apoyo. La joven estaba susurrando algo al oído de su prometido, un hombre diez años mayor que ella. Éste era un joven emprendedor perteneciente a una familia patricia, hacía rato que había terminado de comer y observaba a los tres sacerdotes sentados a la mesa con una desconfianza apenas disimulada.

No se podía negar que formaban un grupo divertido, cenando en silencio en el salón de banquetes barrido por las corrientes de aire, sin más ruidos que la lluvia aporreando las ventanas de vidrios tintados, las bocas masticando, la cubertería tintineando y algún que otro comentario cortés. Eso y los chillidos de los esclavos, postrados bajo el chaparrón en el camino de gravilla de la entrada.

Belias había sido informado por su canciller de los incidentes acaecidos en las calles de Skara-Brae durante el día. En parte ése era el motivo de su copiosa transpiración y de que fingiera interés por los restos fríos de comida en su plato. A decir de todos, los ciudadanos estaban muy alterados y exigían que se les devolviera a sus seres queridos; si no lo conseguían, querrían sangre. La demostración pública de la ira de sus conciudadanos lo inquietaba enormemente, pues conocía demasiado bien el alma de los nathaleses y lo sencillo que resultaría movilizarlos para desatar una revuelta. Después de todo él era nathalés.

—¿Os encontráis bien, sumo sacerdote? —preguntó Kira con afabilidad, aunque Belias sabía que cuando aquella mujer daba muestras de amabilidad era como cuando un gato jugueteaba con un ratón.

El sumo sacerdote intentó recuperar la compostura. No, no se encontraba bien. Esa vieja bruja era la madre de la Santa Matriarca, y ese patán apoltronado en su silla a la cabecera de su mesa era ni más ni menos que el único hijo de la matriarca, probablemente el siguiente en la línea sucesoria del trono. Eso bastaba para distraer a un sencillo sacerdote de provincias.

—Estoy bien —se oyó respondiendo a la vieja sacerdotisa—. Estaba preguntándome... Veréis... ¿Para qué necesitáis adquirir tantos esclavos hoy?

La anciana tomó con delicadeza un sorbo de la copa de vino, con la mirada por encima del borde de cristal clavada en el sacerdote y se relamió.

—El zoquete de mi nieto, que ahí veis, celebrará muy pronto su ceremonia de iniciación —explicó con una voz que recordaba al crujido de una vieja escalera de madera—. Estamos recorriendo el río recopilando los elementos necesarios para el ritual, deteniéndonos en las ciudades llevados por el capricho. Estoy segura de que como sumo sacerdote que sois ya habréis cumplido con el precepto de la peregrinación. —Sostuvo la copa de cristal en el aire y la examinó unos segundos, como buscando alguna imperfección. Belias advirtió que fijaba los ojos en él a través del vidrio.

El sumo sacerdote asintió, sonriendo como un idiota, sin ofrecer una respuesta precisa. No, nunca había realizado el gran viaje, aunque no tenía ninguna intención de compartir esa información con ella. Era un viaje largo y terriblemente caro si pretendía hacerse con cierta comodidad; además, implicaba la participación en todo tipo de orgías y rituales en los que se rompían una serie de tabúes que probablemente acabarían definitivamente con su débil corazón. En cierta manera, simplemente nunca había encontrado el momento idóneo para realizar el viaje.

—Entiendo —repuso Kira. La sonrisa se esfumó de los labios de Belias, que no sabía qué entendía la anciana, y su corazón empezó a latir un poco más rápido. Se metió con desgana una rodaja de raíz dulce en la boca: un simple acto de aparente normalidad. Aunque el intento se le echó a perder cuando quiso tragarla sin masticarla lo suficiente y se le atoró en la garganta.

Su hija, con la frente cada vez más arrugada por la preocupación, le dio una copa con agua. El sumo sacerdote la vació de un trago y sonrió agradecido a Rianna. Aquella noche su hija llevaba un vestido de algodón de color verde pálido que contrastaba con su cabellera pelirroja, con el escote lo suficientemente alto como para ocultar el sello que, obedeciendo la insistencia paterna, nunca se quitaba del cuello. Belias la había regañado aquel mismo día, unas horas antes y en privado, por no llevar el sello a la vista, pues siempre lo ocultaba cuando estaba en compañía, y le había intentado explicar que no servía de nada si lo escondía, que perdía todo su valor como objeto disuasorio si la gente no lo veía. Pero Rianna nunca había acabado de comprender los riesgos que podría acarrear ser la hija del sumo sacerdote de la ciudad. En cierta manera, Belias esperaba que nunca tuviera que hacerlo.

Ahora, viendo la sonrisa que le devolvía su hija, el sumo sacerdote se arrepentía de haberle hablado entonces con tanta dureza, pese a que sabía que ya lo había perdonado. Siempre lo perdonaba.

Al menos se alegraba de que esa noche sus invitados sacerdotes no hubieran encauzado la conversación hacia temas doctrinales y referentes a los rituales. Siempre había procurado mantener a Rianna protegida de los tenebrosos entresijos de aquella religión, de sus secretos y sus rituales íntimos. Se congratulaba de la inocencia de su hija: era el único rayo de luz que iluminaba su prosaica existencia.

—¡Pero miradlo! —La vieja sacerdotisa clavó un dedo en su nieto. Aunque medio en broma, a su anfitrión Belias también le dolió—. Saciado de vino y con la barriga a punto de reventar y encima se queja de que se aburre. ¿Me creeríais si os dijera que ha visto desfilar ante sus ojos todo un imperio durante las últimas doce lunas, espectáculo que sólo un puñado de privilegiados están predestinados a ver? No, se limita a lloriquear exigiendo más, como el niño malcriado que es.

Kirkus soltó un eructo atronador.

«No hay más señor que uno mismo», recitó Belias para sus adentros, como si de

pronto se hubiera convertido en un fiel devoto de Mann, mientras contemplaba disimuladamente el estado de ebriedad del joven sacerdote repantigado en la silla. ¿De verdad podía ser ése el próximo líder político y religioso de un imperio que se extendía por dos continentes con súbditos de por lo menos cuarenta razas?

A diferencia de muchos compatriotas que preferirían morir en la lucha por la independencia, Belias se tenía por un hombre realista. Era éste un rasgo que consideraba infinitamente superior a todos los demás que pudiera atesorar y del que, lamentablemente, carecían sus paisanos nathaleses, con la excepción, quizá, de la clase mercantil, que era capaz de reconocer al instante la oportunidad de negocio en cuanto les tiraban la puerta abajo de una patada.

Muchos años atrás, cuando el ejército imperial se desplegó hasta las fronteras de Nathal y, casi inmediatamente, las cruzó, Belias había valorado la futura ocupación imperial en su justa medida: como un hecho inevitable. Así pues, tras la última batalla de la reina Hano y su ejército, justo allí, en su infortunada ciudad, de la que había tenido la suerte de estar muy lejos entonces —pues se hallaba en la finca familiar con su mujer y su hija—, y dado que era un joven político ambicioso, Belias había cambiado de bando, según los vientos que soplaban. Se convirtió ni más ni menos que en sacerdote de Mann, consciente de que ése era el único camino para progresar en la vida política del nuevo orden establecido. Había sido muy sencillo. Únicamente había tenido que invertir tres años estudiando en el recién inaugurado complejo de templos en Serat —adonde todo tipo de pueblerinos acudía con el propósito común de tomar el hábito de la orden— y después superar la Hecatombe Selectiva, un misterioso ritual que ponía el punto final a su período de iniciación en el credo de Mann.

No le había ido mal al cambiar de bando... y le gustaba recordárselo en las noches aciagas en que sufría el acoso de su conciencia. A fin de cuentas, ahora era el gobernador de su ciudad.

No obstante, y pese a todo este pragmatismo —o quizá precisamente gracias a él—, Belias conocía perfectamente el alma menos sofisticada de sus compatriotas. Un episodio como el vivido ese mismo día, una violenta cacería de esclavos pública por toda la ciudad, podía suponer la mecha que hiciera explotar una revuelta, a pesar de que a nadie se le escapaban las brutales represalias que acarrearía. Si ese levantamiento se producía, el sumo sacerdote Belias sería irremediablemente hombre muerto. Sería el primero en caer ajusticiado por su pueblo, que lo veía como una mera figura decorativa renegada. Y aunque milagrosamente consiguiera escapar del linchamiento público, el mismo estamento sacerdotal se desharía de él por haber permitido que se desencadenara la revuelta. Lo acusarían de débil y de no ser un verdadero sacerdote de Mann y lo despojarían de su túnica mediante el método más popular para despojar de la túnica a un miembro de la orden: empalándolo sobre una

pira.

Y todo eso gracias a los fanáticos de Q'os sentados a su mesa, en su propia casa, en su ciudad, dándose un atracón a su costa, mientras sus apestosos esclavos permanecían hacinados en el camino de entrada a su mansión. Si los ciudadanos se sublevaban, la culpa sería de sus invitados, y puede que sus propios cuellos acompañaran al suyo en la horca. Pero eso no era ningún consuelo. Después de todo, la muerte es la muerte.

«Mann», concluyó el sumo sacerdote con amargura. La carne divina. Belias había puesto mucho interés en aprenderlo todo sobre la devastadora religión que había abrazado, y creía haber comprendido su verdadera esencia.

La santa orden de Mann no siempre había sido tan santa. En un tiempo muy remoto no había sido más que una oscura secta urbana, un rumor que se propagaba por las ciudades—estado de Lanstrada y que las madres utilizaban para asustar a sus hijos cuando las desobedecían. Eso había sido antes de que esa misma secta clandestina consiguiera la supremacía en la próspera ciudad—estado de Q'os —con una población subyugada por el miedo y la superstición tras años de epidemias y cosechas arruinadas—, donde el culto se hizo inesperadamente con el poder en una jornada conocida como «La noche más larga».

Espoleada por la victoria cosechada y por su ambición por consolidar el poder con la máxima celeridad, cuando tuvo la ciudad bajo su control, la secta invirtió las copiosas reservas de dinero de la ciudad en reformar el ejército y convertirlo en una maquinaria engrasada para las campañas de conquista. Su sueño: expandir el credo de Mann por todo el orbe. Las empresas militares iniciales se saldaron con fracasos; pero finalmente, dotadas con cañones de novedoso diseño —más certeros, menos propensos a explotar de manera inesperada y con un consumo menor de pólvora—, su suerte en el campo de batalla dio un giro de ciento ochenta grados. Este avance dio paso a una época de invasiones y conquistas que fue testigo de la forja atroz de un imperio en menos de medio siglo, tiempo en que cambió radicalmente la manera de hacer la guerra.

Durante esas cinco décadas de poder, la secta se había preocupado con toda la intención del mundo de dotarse de una esencia divina. En un relativamente breve período de tiempo había prosperado hasta asentarse como religión, y muchas de sus costumbres primigenias se habían afianzado como elementos tradicionales de la liturgia. La Hecatombe Selectiva era un ejemplo de esa transformación. Para los sacerdotes neófitos era un ritual de iniciación durante el cual perdían las puntas de los meñiques y debían sacrificar a un inocente con sus propias manos. Este acto de ruptura de los tabúes se realizaba con la intención de extraer de una manera definitiva la esencia primigenia del iniciado.

O ésa era la creencia, si bien al acabar el día de su iniciación Belias juzgó que no

era más que una pifia. Él sólo había sentido náuseas durante la larga noche de su ceremonia. Los sacerdotes más devotos la repetían en numerosas ocasiones a lo largo de sus vidas, supuestamente para alcanzar un grado mayor de divinidad de la carne. Sin embargo, Belias nunca había repetido la experiencia, e intentaba con todas sus fuerzas no pensar demasiado en su única participación en la ceremonia. Nunca en la vida había contado a su familia lo que había hecho para conseguir la túnica blanca que indicaba su posición.

Hasta entonces no le había parecido importante no creer las tonterías fundamentales de Mann. Era un ambicioso sacerdote renegado de una religión que no loaba el desinterés ni el sacrificio, sino el poder y la divinidad autoproclamada. Por tanto, Belias, un hombre de una egolatría suprema en sus años mozos, nunca se había sentido un impostor.

No obstante, era curioso que, sentado a su mesa con esos dos indiscutibles fanáticos llegados de Q'os —auténticos sacerdotes en toda la extensión de la palabra, con sus cabezas cuidadosamente afeitadas y la tez perforada por abundantes ornamentos—, se sintiera por primera vez el charlatán que en realidad era. Esa idea le rondaba la cabeza mientras observaba la escena que se desarrollaba delante de él, con un mal presentimiento cada vez más intenso. Se preguntó de qué serían capaces sus invitados si alguna vez llegaban a sospechar de él.

Kirkus estaba irritado. El vino era pasable y la comida por lo menos llenaba. Sin embargo, las conversaciones más nimias eran tan forzadas y discurrían con tanta formalidad que se sentía como si hubiera pasado las últimas horas cenando con un puñado de cadáveres. No era la primera vez en los últimos seis meses que ansiaba estar de regreso en el Templo de los Suspiros, en compañía de sus amigos.

Un grito estridente procedente del exterior le hizo perder el hilo de sus furibundos pensamientos. Probablemente estaban persuadiendo de que se callara a uno de sus nuevos esclavos a base de azotes.

—Ya era hora —comentó el joven sacerdote, rellenando torpemente su copa por enésima vez. La arrogancia que exhibía se debía en parte a sus ganas de diversión. Kirkus no era de ningún modo el patán malcriado que quería aparentar, simplemente se entretenía dando esa impresión en ocasiones como aquélla.

Nadie respondió a su observación, en la mesa sólo seguía oyéndose el tintineo de la cubertería y las bocas masticando.

Kirkus enderezó las piezas de cubertería delante de él y las colocó de nuevo con sumo cuidado en su disposición inicial. Le rechinaron los dientes. Si no hacía algo pronto para paliar su aburrimiento, iba a enloquecer.

Kira y el sumo sacerdote habían entablado una conversación en voz queda, algo sobre el río y la distancia que debía de haber hasta el Lago de las Aves. Belias había empezado a sudar abundantemente, más aún que antes.

—¡Me aburro! —espetó Kirkus de nuevo, esta vez más alto, aunque todavía no tanto como para desterrar por completo de la mesa la conversación que mantenían en tono cortés el sumo sacerdote y su abuela.

Sin embargo, sí atrajo la atención de la hija, que desvió la mirada del salmón fresco de su plato, se volvió hacia él y lo fulminó con una mirada enardecida y cargada de indignación. Era la primera vez que sus ojos se cruzaban desde que se habían sentado a la mesa a cenar. Kirkus a su vez la miró con lascivia, exagerando la expresión de su cara, y luego dirigió la misma mirada a su prometido, ese especulador charlatán que levantó brevemente la mirada hacia él. Al unísono, la pareja devolvió la vista a sus platos. Kirkus siguió observándolos mientras ellos intercambiaban miradas fugaces. Esos dos compartían algo, había una conexión íntima entre ellos.

«Probablemente se monte a horcajadas sobre él cuando los padres no están», pensó de manera perturbadora Kirkus. Y, sin venir a cuento, le asaltó un recuerdo: Lara y la última vez que se había montado a horcajadas encima de él. La viciosa avidez de sexo de la muchacha bajo los efectos de él hasta entonces.

El recuerdo cayó como una esfera de plomo en su estómago y sacó a la superficie otros episodios, como, por ejemplo, la noche que su abuela lo llevó a su cámara privada, una estancia fría y penumbrosa, y el rechinamiento constante de los dientes de la anciana mientras le hablaba de cosas que él ni siquiera se había planteado en una época en la que sólo pensaba en revolcarse con Lara. Lo único que le importaba era la fragancia de su piel, suave y fina, cuando la acariciaba o la mordía; el sonido de su risa, claro y melódico, provocada por algo que Kirkus sólo podía imaginar; su rostro de facciones perfectas, ardiente debajo de él o sobre él; su don para la espontaneidad y la alegría.

«La pequeña Lara nunca podrá ser tu glammari, Kirkus», le había dicho su abuela sin rodeos, tras una hora explicándole una y otra vez que sólo las mujeres de Mann transmitían el poder y la riqueza de sus familias, pues sólo ellas podían garantizar la antigüedad de su sangre.

«Debes tener presente este tipo de cosas y no únicamente lo que da placer a tu polla —le había reprendido—. Recuerda, la familia de Lara ya es nuestra aliada. Así que, querido mío, debes escoger una consorte conveniente a tu posición, de una familia poderosa cuyo apoyo nos convenga. Para ti, Lara no puede significar más que lo que ya es, y debes conformarte con eso, ambos debéis conformaros.»

Kirkus había imprecado a la anciana y le había dicho que se ocupara de sus asuntos. No contó nada de la conversación a Lara —tampoco hubiera sabido cómo

hacerlo—. Aun así, de alguna manera había llegado hasta sus oídos.

Lara se comportó de un modo antojadizo la noche que resultó ser la última que pasaban juntos, aunque entonces sólo ella sabía que no volverían a repetir sus encuentros. Después de horas de juegos amorios se habían enzarzado en una discusión sobre una menudencia, un ligero malentendido que ahora ni siquiera recordaba. Lara se había marchado furiosa, gritando que no quería volver a verlo, y él se había reído de su dramatismo, pues no pensó que fuera más que una de sus habituales riñas. No sabía que la había perdido.

Unos días después, durante el Baile da Pierce, Lara apareció con un nuevo amante, el imbécil de Da-Ran, quien se pavoneaba enfundado en su uniforme con galones y su última cicatriz en la mejilla, y que acababa de regresar esa misma semana de aplastar unas cuantas tribus del norte.

Aquella noche, Lara no le dirigió ni una mirada. Ni una.

La chica sentada a la mesa, Rianna, tenía una manera de mirar a su prometido que incomodaba a Kirkus; si hubiera tenido una mínima inclinación por el autoanálisis habría concluido que la causa era la envidia. Sin embargo, se limitó a seguir observando con sus lúgubres ojos, cada vez más sulfurado.

Se fijó en que Rianna comía con una mano oculta bajo la mesa. Kirkus observó con mayor detenimiento y reparó en que el brazo de esa mano se movía a un ritmo constante, si bien tan suave que prácticamente era imperceptible. Kirkus soltó un resoplido y, con la sutileza desproporcionada de un borracho, dejó caer al suelo su servilleta, que hasta entonces no había utilizado; se agachó y echó un vistazo por debajo de la mesa. Ahí estaba ella: acariciando la entrepierna de su prometido con las yemas de los dedos de su delicada mano pálida enfundada en un guante de encaje.

Kirkus recuperó la servilleta y se puso derecho en la silla. Se le había dibujado una sonrisita en los labios. Se volvió de nuevo a la muchacha y le pareció que de repente estaba mirando a otra persona. Su atención se entretuvo en su cuerpo estilizado embutido en el vestido verde, en sus turgentes pechos juveniles y en su largo cuello de cisne que se arqueaba para desembocar en un rostro de tez tersa y gesto orgulloso, blanqueado y coloreado por el maquillaje y enmarcado en una tumultuosa cabellera pelirroja.

—La quiero a ella —declaró Kirkus, y su petición formulada en voz queda y firme atrajo la atención de los comensales.

—¿Cómo dices, querido? —inquirió su abuela desde el otro extremo de la mesa, haciéndose la sorda.

Kirkus señaló a Rianna.

—La quiero a ella —repitió.

La madre rellenita de la muchacha por fin rompió su silencio y rió tontamente, ocultando la boca tras un puño, como si de pronto se diera cuenta de que estaba

rodeada de un puñado de enfermos mentales. El resto de los presentes, sin embargo, tenía una expresión opuesta a la jocosidad; todos continuaban hechizados por sus palabras, boquiabiertos, como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Hablas en serio? —preguntó su abuela, en un tono que invitaba a que reflexionara concienzudamente su respuesta antes de hablar.

Kirkus sabía el alcance de la petición que hacía a su abuela. En Q'os no habría tenido problema en negárselo: lo había hecho con Lara cuando le había pedido a la muchacha tras el baile, temerosa de alterar el delicado equilibrio de poderes que su madre había tejido, como siempre, para conservar su posición. ¿Pero aquí? ¿Con ese sumo sacerdote provinciano e idiota? La información que habían recibido aquel día era correcta; era evidente que Belias estaba representando el papel de siervo de Mann, no viviéndolo.

—Sabes tan bien como yo qué es esta gente en realidad. Sí, abuela. La quiero... para mi Hecatombe Selectiva.

La joven pelirroja se llevó una mano a la garganta y se volvió hacia su padre en busca de un gesto tranquilizador. El prometido posó una mano en el brazo de su amada y se puso en pie como expresión de protesta, si bien no dijo nada. La esposa del sumo sacerdote seguía riendo estúpidamente.

La vieja Kira suspiró. Ninguno de los comensales, ni siquiera Kirkus, podía adivinar lo que pasaba por su mente mientras miraba con dureza a su nieto —quien le sostenía la mirada desde la otra punta de la mesa—, hasta que el silencio se transmutó en un ente con vida propia suspendido en el aire.

Kira se volvió a Belias y lo escudriñó detenidamente. El rostro del sumo sacerdote de repente se puso rígido y palideció del espanto; parecía instigarla a que tomara una decisión. La sonrisa de la sacerdotisa, cuando por fin se dibujó en sus labios, parecía un mero gesto de cortesía.

—Sumo sacerdote Belias —dijo pausadamente, depositando los cubiertos en la mesa, a ambos lados del plato—. Voy a haceros una pregunta.

Belias se aclaró la garganta:

—¿Señora?

—¿Cuál diríais que es la mayor amenaza para nuestra orden?

El sumo sacerdote abrió y cerró la boca varias veces antes de que su voz pronunciara las palabras:

—Yo... no sé. Somos los amos de parte del mundo conocido. Nuestro poder llega a todas partes. Yo... no veo ninguna amenaza para nuestra orden.

Kira mantuvo los ojos cerrados unos segundos, como si le pesaran los párpados.

—La mayor amenaza —repuso— siempre procederá de dentro. Debemos mantener vigiladas nuestras propias debilidades, no podemos volvernos blandos ni permitir que nuestra orden dé cobijo a aquellos que no son auténticos fieles. Ésa es la

causa de que las religiones acaben siendo instituciones vacuas y carentes de sentido. Estoy segura de que convendréis en esto conmigo.

—Señora, yo...

Kira abrió los ojos y el sumo sacerdote enmudeció, le temblaban las manos apoyadas en el mantel.

—Os agradezco la hospitalidad que nos habéis dispensado esta noche —añadió la sacerdotisa, limpiándose delicadamente la boca con la servilleta antes de dejarla sobre la mesa.

Levantó la mano esquelética en el aire, chasqueó los dedos una vez, produciendo un ruido similar al de un hueso que se parte, y los cuatro miembros del cuerpo de acólitos posicionados en los flancos de la sala se pusieron en movimiento al unísono.

La muchacha chilló cuando los soldados se abalanzaron sobre ella.

Su prometido levantó un puño y su desesperación y su nerviosismo le bastaron para atreverse a descargarlo en la mandíbula de un acólito.

Un instante después, otro acólito desenfundó la espada y la alzó para arremeter contra el prometido, quien instintivamente levantó el brazo para repeler el golpe. El acólito, con la naturalidad mecánica de un carnicero, le seccionó la mano de un tajo, levantó de nuevo la espada y le atravesó la clavícula. La mano del prometido ya se hallaba en el suelo cuando el brazo aterrizó pesado y sin elegancia alguna junto a ella, rodó unos centímetros y se detuvo encajado en la palma abierta de la mano. El prometido cayó desplomado y gritando mientras la sangre le salía a borbotones.

La madre de la joven se levantó y vomitó sobre el mantel bordado las gambas que aún no había tenido tiempo de digerir.

El sumo sacerdote pronunciaba entre dientes palabras incoherentes mientras rodeaba la mesa en dirección a su hija, alzando cada vez más la voz. Pero resbaló en el charco de sangre que se expandía por el suelo y, mientras trataba de levantarse, se agarró el pecho y se le desencajó el rostro.

Las puertas del lado opuesto de la sala se abrieron violentamente y los miembros de la guardia de la mansión entraron en tropel empuñando las hojas que habían desenfundado previamente, presintiendo que algo marchaba mal. Estudiaron la escena: su señor tambaleándose como si estuviera borracho al otro lado de la sala, un hombre embadurnado con sangre y gritando tirado en el suelo, la hija forcejeando apresada en los brazos de los acólitos y, sentados tranquilamente a las cabeceras de la mesa, dando pequeños sorbos a sus copas de vino, los dos invitados de túnicas blancas llegados de Q'os.

Los guardias retrocedieron lentamente, abandonaron la sala y cerraron con suavidad las puertas tras ellos.

El sumo sacerdote soltó un gruñido y se derrumbó sobre las rodillas. La figura erguida de Kira se cernió sobre él.

—Por favor —masculló con dificultad, agarrándose el pecho. Una pequeña hoja de acero apareció en la mano de la sacerdotisa y con un levísimo movimiento rebanó la garganta de Belias.

—Coged también a la madre —ordenó Kira, de pie junto al cuerpo agonizante del sumo sacerdote.

Los acólitos apresaron a la mujer rellenita y la sacaron a rastras de la sala junto a su hija. Kira contempló largamente a Belias, con la mirada fija en los ojos en blanco de su víctima.

—No nos guardéis rencor —le dijo, aunque era poco probable que la oyera—. Nos hicisteis un buen servicio... mientras duró.

Kira pasó por encima del sumo sacerdote en vez de rodearlo y se alejó dejando un rastro de tenues huellas de sangre.

Kirkus apuró de un trago su copa de vino y se puso en pie.

En el gran salón de la vivienda aguardaban los guardias de la mansión con una expresión mal disimulada de pavor en los rostros. A la cabeza, Egan, el canciller del sumo sacerdote, con las manos ocultas en las bocamangas de su túnica blanca. Su cabellera cana contrastaba marcadamente con su tez roja como la grana. Kirkus supuso que estaba colérico, hasta que reparó en el brillo interesado de sus ojos, cuya mirada seguía a la esposa y a la hija del sumo sacerdote mientras las sacaban a la fuerza a la noche lluviosa, y se preguntó si no habría sido él quien había enviado la misteriosa nota.

—Necesitamos un nuevo sumo sacerdote, canciller Egan —declaró Kira.

—Por supuesto —repuso en un arrullo el canciller.

—Espero que demostréis una dedicación más sincera a la fe que vuestro predecesor.

Egan inclinó respetuosamente la cabeza.

—Él era débil, señora. Yo no lo soy.

Kira se demoró en el escrutinio de su interlocutor. Profirió un sonido de afirmación con los labios pegados, dio media vuelta y cruzó la puerta principal.

Kirkus siguió diligentemente a su abuela al exterior.

Capítulo 5

El vuelo

El camarote apestaba a mohó, humedad y vómito. En la estancia todo permanecía inmóvil; sin embargo, podía advertirse el leve vaivén del dirigible en el crujido esporádico de la madera, en el tintineo de la lámpara colgada del techo o en la fugaz sensación de que el estómago subía y bajaba. Nico estaba tumbado en su litera, destrozado y lívido.

Casi desde el mismo momento que la nave despegaba de Bar-Khos y se elevaba por el cielo nublado, Nico había contemplado con los ojos desorbitados la tierra que iba menguando de un modo totalmente antinatural debajo de él y se había agarrado a la barandilla, ligeramente mareado y con las tripas revueltas. Llevaba tres días confinado en su litera, vencido por el pánico y las náuseas, y sólo se incorporaba de vez en cuando para hacer arcadas sobre un balde de madera que mantenía a mano en el suelo. Hablar le producía un dolor horrendo, pues tenía la garganta irritada por la bilis. Comía poco, y sólo ingería agua y sopa, que era lo único que era capaz de mantener en el estómago el tiempo suficiente para digerirlo. En ningún momento, ya estuviera despierto o sumido en un duermevela agitado, podía sacarse de la cabeza los cientos de metros de vacío que se extendían bajo él ni la tensión permanente de las cuerdas y las riostras que sujetaban el casco oscilante a la frágil envoltura llena de gas sobre su cabeza. Cualquier bramido repentino de los miembros de la tripulación en la cubierta, cualquier estrépito de pisadas o cambio brusco de dirección de la nave eran interpretados por Nico como el anuncio de un desastre inminente. Nunca había experimentado una angustia igual.

La mayor parte del tiempo lo pasaba solo. Compartía el minúsculo camarote con Ash, pero al viejo extranjero no debían de parecerle agradables sus arcadas y al final se había hartado, había abandonado el libro de poesía que estaba leyendo y se había marchado a la cubierta hecho una furia y farfullando entre dientes. Era Berl, el grumete de la nave, quien cuidaba de Nico y quien le llevaba comida y agua.

—Tienes que comer —le insistió el muchacho, con un cuenco con caldo en la mano—. Eres todo huesos y pellejo.

Nico torció el gesto y apartó el cuenco.

Berl chasqueó la lengua reprochándole su terquedad.

—Agua, entonces. Tienes que beber un poco de agua, da igual si la vomitas de inmediato.

Nico meneó la cabeza.

—Si no bebes, me veré obligado a ir a buscar a tu maestro. Nico accedió por fin a tomar un poco de agua, aunque sólo fuera por contentar al chico. Le preguntó la hora.

—Ya casi es de noche. Aunque con los postigos siempre cerrados aquí dentro no notarás la diferencia. Necesitas tomar un poco de aire fresco, este lugar apesta. No me sorprende que tu maestro pase tanto tiempo arriba en la cubierta.

—No me gustan las vistas —repuso Nico, y recordó de nuevo la primera mañana a bordo del dirigible, cuando había abierto los postigos y la cabeza le había empezado a dar vueltas ante el panorama que lo recibía. Gruñó y se agarró la barriga maltrecha —, Creo que tengo algo serio.

Berl sonrió.

—La primera vez que me embarqué estuve enfermo toda una semana. Es normal. Unos se ganan las alas antes que otros.

—¿Las alas?

—Sí. No te preocupes, dentro de un par de días ya te habrás recuperado.

—Me siento como si estuviera muñéndome. El chico acercó de nuevo el odre con agua a los labios de Nico. Berl no debía de tener más de catorce años, si bien rezumaba una confianza en sí mismo propia de una persona mucho mayor. Nico escudriñó al muchacho mientras se secaba los restos de agua de la boca. En su rostro enjuto se apreciaban pequeñas cicatrices, concentradas sobre todo alrededor de las cejas y especialmente sobre los ojos, que parecían antiquísimas heridas cicatrizadas.

—Antes trabajaba debajo del Escudo —explicó Berl al percatarse del interés de Nico.

«Ah», exclamó Nico para sus adentros. Su padre le había contado una vez que se utilizaba a niños en los túneles bajo las murallas de Bar-Khos cuando los espacios eran demasiado estrechos para los hombres. Nico le contó esto a Berl, añadiendo que su padre había pertenecido al Cuerpo Especial, tratando de estrechar quizá los vínculos con el muchacho, pero éste se limitó a asentir con la cabeza y depositó el odre con agua en el suelo junto al cubo.

—Por ahora es suficiente —dijo Berl—. Pero necesitas beber de vez en cuando, ¿me has oído?

—Lo haré —respondió Nico—, Dime, ¿dónde estamos?

—Sobrevolando Salina. Entramos esta mañana por la costa oriental.

—Creía que ya habríamos puesto rumbo a Cheem.

—En cuanto encontremos viento favorable. Al capitán le gusta ahorrar pólvora blanca siempre que sea posible. Cuando el viento sople a favor, nos dirigiremos al norte y atravesaremos la línea de bloqueo. No te preocupes, los mannianos disponen de tan pocos dirigibles como nosotros, y el *Halcón* es veloz. La cruzaremos en un santiamén. —Se puso de pie, añadiendo—: Ven luego a la cubierta, si te apetece. El aire fresco te hará bien.

Y se alejó caminando con paso firme por el suelo visiblemente inclinado del dirigible, que remontaba el vuelo en ese momento. Nico oyó cómo se ponían en marcha los sistemas de propulsión del casco quemando su preciado combustible. Antes de salir, Berl se detuvo y se volvió a Nico agarrándose al marco de la puerta.

—¿De verdad te estás entrenando para ser un roshun? —preguntó.

—Se supone que eso es un secreto —respondió Nico.

El chico asintió y escondió el labio superior bajo el inferior mientras reflexionaba por unos instantes. Luego cerró la enclenque puerta a su espalda.

Nico volvió a tumbarse y cerró los ojos. No ver las paredes inclinadas del camarote le ayudaba a aplacar la sensación de mareo. Ya tenía la impresión de que entre él y su anterior vida en Bar-Khos mediaba un terrible e interminable viaje.

A la mañana siguiente se encontraba mejor. Era como si su cuerpo ya se hubiera hartado de sus propios traumas y hubiera decidido relajarse a pesar de sus múltiples aprensiones. Nico suspiró aliviado y se levantó de la litera empapada en sudor.

Su camarote se encontraba en la cola de la nave. Al fondo del habitáculo, bajo la ventana cerrada, había una repisa con un lavabo, y junto a ella, en el rincón, el retrete oculto bajo una tapa. Nico respiró hondo y forcejeó con los postigos hasta que consiguió abrirlos. Bizqueó deslumbrado por el cielo radiante, surcado a la altura de sus ojos por un puñado de nubes. Una suave brisa le acarició el rostro y lo despabiló. Muy a su pesar, se sintió impelido a asomarse por el alféizar. Debajo se extendía un paisaje de tonos verdes y marrones —una isla a decir del contorno curvilíneo de la costa—, con carreteras que conectaban unas cuantas poblaciones envueltas por la bruma antes de converger en una ciudad portuaria amurallada que se había expandido extramuros sin orden ni concierto. Nico se sintió mareado por el cabrilleo fulgurante de los rayos de sol en los ríos; éstos descendían desde las colinas arboladas y confluían en toda clase de lagos antes de continuar hasta su desembocadura en el mar. El muchacho se agarró al marco de la ventana y se obligó a mantener la calma.

Vació el contenido del balde en el retrete para acabar con el hedor que se había instalado en el camarote y se despojó de su ropa mugrienta. Ash le había comprado una mochila con enseres para el viaje antes de partir; sacó de su interior una pastilla de jabón y se frotó con ella el cuerpo de la cabeza a los pies, empapando de agua el suelo de madera. Luego extrajo un cepillo de dientes, le quitó el envoltorio de papel parafinado y se limpió los dientes a conciencia.

Mientras se ponía la ropa limpia —una camiseta interior de algodón, una túnica y unos pantalones de lona resistentes, botas de piel y un cinturón con la hebilla de madera noble—, se dio cuenta de lo famélico que estaba.

Salió del camarote con pasos cortos y medidos y enfiló por el pasillo, siguiendo el aroma a chee, que lo condujo hasta una sala común, amplia y de techo bajo. Había miembros de la tripulación repartidos por las mesas, charlando plácidamente mientras

desayunaban. La atmósfera penumbrosa de la primera hora de la mañana ya estaba cargada con el humo de las pipas. Unos cuantos se quedaron mirando con suspicacia a Nico mientras éste se dirigía hacia el otro extremo del salón, donde la ventana que comunicaba con la cocina permanecía abierta. Al otro lado del hueco, el cocinero, un hombre escuálido y calvo, con los bigotes arremolinados tatuados en la cara, servía tazones de chee y fuentes con queso y galletas. También Berl estaba trabajando en la cocina, y andaba atareado echando leña al fuego que ardía en un horno de ladrillo. El chico le saludó con un gesto de la cabeza sin interrumpir su tarea. Nico se llenó una fuente con comida y el cocinero le dejó una taza con chee antes de retomar su faena en la cocina, que parecía consistir en golpear ollas, arrojar trapos húmedos por doquier, sudar y despotricar contra sí mismo. Nico se sentó a una mesa vacía y se puso a comer con cautela, poniendo a prueba el estado de su estómago. Echó un vistazo a los cañones situados junto a las portas repartidas a lo largo de la acogedora sala común, e intentó no hacer caso de las miradas que se cruzaba dirigidas a él con disimulo. Se preguntó si el resto de la tripulación sería siempre tan simpática.

Cuando acabó de comer dio las gracias al cocinero y se dirigió a la escalera que conducía a la cubierta superior. Subió los escalones de uno en uno y muy despacio, agarrado a la barandilla. Justo antes de alcanzar la parte superior de la escalera se detuvo un momento para serenarse.

Emergió en la cubierta superior del dirigible e intentó convencerse de que se encontraban en un vulgar navío, navegando por aguas profundas en vez de flotando en el aire. A fin de cuentas, la cubierta del *Halcón* no difería demasiado de las de los barcos que había visto en el puerto: en la parte posterior se levantaba un alcázar y en la parte delantera una cubierta de proa. Cerca de él, un puñado de tripulantes conversaban sentados mientras trenzaban tramos de cuerda. Otro grupo en el extremo opuesto de la cubierta se entretenía con un juego de huesos; estaban discutiendo y uno de ellos sujetaba a otro, que parecía dispuesto a empezar una pelea. En general, a Nico le pareció que los miembros de la tripulación eran muy jóvenes y pocos debían llegar a los treinta años. Llamaban la atención la delgadez y la barba y el pelo alborotados que exhibían todos.

Reinaba un silencio extraño sólo roto por las sacudidas de la tela. Nico levantó los ojos y vio la gigantesca bolsa de gas de seda blanca que fluctuaba con el viento, envuelta por una ligera red de cuerdas y riostras de madera. La sombra del voluminoso globo sumía en la penumbra toda la cubierta. Del morro de la envoltura partía una serie de velas desplegadas y tensas entre palos de madera de tiq, dos palas extensísimas del mismo material se desplegaban como alas en sus flancos. Los hombres se movían por allí arriba, trepando por el entramado de las jarcias que determinaban la curvatura de seda. Iban descalzos, y las plantas mugrientas y sonrosadas de sus pies se deslizaban por unas cuerdas que parecían demasiado

gastadas como para merecer la confianza que demostraban los tripulantes con sus movimientos. «Están locos —pensó Nico—, Como una maldita cabra.»

A aquella altitud el aire era frío. La ropa que llevaba no lo protegía de la brisa cortante y notó que se le ponía la carne de gallina. Se le pasó por la cabeza regresar al camarote y coger la capa de viaje, pero entonces divisó a Ash sentado con las piernas cruzadas en la cubierta elevada de proa. Iba ataviado con su habitual túnica negra y parecía enfrascado en una profunda meditación.

Nico se convenció de que podría aguantar en la cubierta siempre y cuando no se asomara por la borda y dejara de pensar que estaba a bordo de un barco. Sin apartar los ojos de los aparejos repartidos por la cubierta, llegó hasta la escalera de la cubierta de proa y subió para reunirse con el anciano extranjero.

Los ojos de Ash parecían cerrados, aunque se advertía un atisbo de sus pupilas entre las pestañas. Tenía la mirada entornada clavada en un punto que tanto podría haber estado cerca como lejos, y permanecía inmóvil como una piedra, ni siquiera su pecho se hinchaba y deshinchaba con su respiración.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ash sin mover un músculo.

Nico se abrazó el cuerpo tratando de darse un poco de calor.

—Mejor —respondió—, Gracias por su interés, viejo.

Ash soltó una carcajada seca.

—No estoy aquí para cuidarte, muchacho. —Abrió por fin los ojos por completo, levantó la mirada hacia Nico y alargó una mano.

Nico la contempló unos segundos; sus uñas resplandecían en contraste con la oscura piel rosada que las rodeaba. Luego la agarró con firmeza, áspera como la corteza de un árbol, y ayudó al anciano a ponerse en pie.

—Si andas paseándote, significa que estás bien —declaró Ash—, De modo que ha llegado el momento de empezar con tu entrenamiento. Primera lección: eres mi aprendiz. Por lo tanto me llamarás maestro, o maestro Ash, nunca viejo.

Nico notó cómo le subía la sangre a la cabeza. No le gustaba el tono que estaba utilizando.

—Lo que usted mande.

—No me pongas a prueba, muchacho. Te daré una buena zurra como seas insolente.

Hablaba como le había hablado en alguna ocasión su padre después de ingresar en el Cuerpo Especial, o como alguno de los imbéciles que su madre había llevado a casa.

—Entonces deme una zurra —replicó Nico—, Esa lección ya la tengo más que aprendida.

La expresión de Ash se mantenía inalterable, pero Nico vio por el rabillo del ojo que el anciano apretaba el puño derecho y se puso tenso.

Sin embargo, en vez de golpearle, Ash respiró hondo y le dijo:

—Vamos, sentémonos juntos.

Se arrodilló de nuevo sobre la cubierta, esta vez de cara a Nico. Tras unos momentos de vacilación, Nico siguió su ejemplo.

—Respira hondo —le indicó Ash—, Bien. Otra vez.

Nico hizo lo que le pidió y notó cómo se aplacaba su ira.

—Veamos —dijo Ash—. Eres merciano. Tu pueblo sigue los preceptos de Dao o lo que a veces denominan destino. Por lo tanto, debes conocer la liturgia del Gran Necio, ¿verdad?

A Nico la pregunta lo pilló por sorpresa.

—Por supuesto —respondió el joven con cierta cautela. El anciano simplemente hizo un gesto afirmativo con la cabeza: era evidente que sólo era un apunte invitándole a continuar—. He estado en templos varias veces y he escuchado cómo recitaban sus palabras, y todos los días del Gran Necio mi madre solía llevarme con ella cuando iba a realizar sus ruegos.

Ash alzó las cejas, como dando a entender que aquello no le impresionaba.

—Y dime, ¿sabes dónde nació el Gran Necio?

—Me contaron que nació en una de las lunas y que cayó a Eres montado sobre una roca de fuego.

El anciano meneó la cabeza.

—Nació en mi tierra, Honshu, hace seiscientos cuarenta y nueve años. Honshu es la cuna del daoísmo. El Gran Necio nunca puso un pie fuera de las fronteras de Honshu, en contra de lo que se cuenta en vuestras leyendas. Fue su Gran Discípula quien llevó el daoísmo al Midéres, y gracias a ella y a sus propios discípulos se extendió en sus diversas formas por las tierras meridionales, incluida tu patria. Y dime, ¿sueles meditar?

—¿Cómo los monjes?

—Sí, como los monjes.

Nico meneó la cabeza.

—¡Guau! Entonces no sabes nada sobre la religión. No esperaba menos. En mi orden también somos daoístas, pero seguimos las enseñanzas del Gran Necio despojadas de todas las patrañas que han proliferado alrededor de su palabra. Si vas a seguir su camino, como tendrás que hacer si te conviertes en un verdadero roshun, debes olvidar todas esas tonterías y concentrarte en una única cosa. Debes aprender a alcanzar la quietud.

Nico asintió lentamente.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, pero empezarás a hacerlo. Ahora haz lo que te diga. Pon la mano izquierda sobre la derecha. Sí, así. La espalda recta. Un poco más, todavía estás

encorvado. Muy bien. Mantén los ojos ligeramente abiertos, elige un punto frente a ti y concéntrate en él. Ahora respira. Relájate.

Nico respiró, perplejo. No veía qué tenía que ver todo aquello con el trabajo de un roshun.

—Presta atención al aire que entra por tus fosas nasales, fluye por tu interior y finalmente sale. Respira hondo, que el aire llegue al vientre. Eso es, muy bien.

—¿Ahora, qué? —Empezaban a dolerle las rodillas.

—Simplemente permanece arrodillado. Deja que el discurrir de tus pensamientos cese, que tu mente se vacíe.

—¿Cuál es el objetivo de todo esto?

Un breve bufido salió expelido de la nariz de Ash, pero su mirada se mantuvo firme.

—Una mente en continuo funcionamiento es una mente enferma. Una mente en quietud fluye con el Dao. Cuando fluyes con el Dao actúas en armonía con todas las cosas. Esto es lo que el Gran Necio nos enseña.

Nico intentó seguir las instrucciones del anciano, pero era como intentar hacer malabares con tres objetos a la vez: prestar atención al recorrido de su respiración, mantener la espalda erguida y concentrarse en una astilla de madera de la barandilla que se extendía delante de él. Al final siempre se le escapa alguna de las tres y la frustración empezaba a apoderarse de él. El tiempo se estiró de tal forma que perdió la noción de él, y no podía decir si llevaba sentado unos segundos u horas.

Tenía la impresión de que cuanto más empeño ponía en calmar su mente, más ansiaba ésta entablar una conversación consigo misma. Le picaba la cara y le dolía la columna erguida, y sentía un dolor punzante en las rodillas. Aquello podría haber pasado perfectamente por ser una técnica de tortura. Después de un rato, dejó de preocuparse por sus pensamientos y le dio vueltas al destino del dirigible y a lo que servirían de cena por la noche... cualquier cosa valía con tal de no pensar en los dolores y la incomodidad.

Parecía que había pasado una eternidad cuando sonó la campana anunciando una nueva hora.

Ash se levantó y el roce de los pliegues de su túnica produjo un leve susurro. Esta vez fue el anciano quien ayudó a Nico a ponerse en pie.

—¿Cómo te sientes?

Nico prefirió no decir lo primero que se le ocurrió.

—Relajado —mintió, asintiendo con la cabeza—. Muy relajado.

Los ojos del viejo extranjero llegado de tierras remotas brillaron con regocijo.

Ese mismo día un poco más tarde, el dirigible descendió varias decenas de metros con la esperanza de encontrar un viento más favorable, y la verdad es que se topó con

unas fuertes rachas que soplaban hacia el noroeste. Sobre el alcázar de la cubierta de popa, el capitán, con su grasienta cabellera azabache azotándole un lado del rostro, bramaba órdenes para que se orientaran las alas de cola y se desplegaran las vastas alas principales de la envoltura, y su voz profunda conseguía que los hombres se lanzaran corriendo hacia las jarcias antes incluso de que acabara de pronunciar las instrucciones. El capitán Trench era un hombre de gran estatura, de unos treinta años, con la tez afeitada y delgado en extremo. Sus huesudas manos blancas permanecían escondidas en los bolsillos de un abrigo gris azulado de la Armada sin galones de rango, lo cual podía responder a una especie de afectación o quizá hacer referencia a una carrera anterior en la Armada, pues ahora estaba al mando de una nave mercante, aunque había que admitir que el *Halcón* no era una de tantas. Con su ojo bueno escudriñó la envoltura de gas que los mantenía en el aire, que fluctuaba por barlovento de una manera incesante; entretanto, posado sobre su hombro, su kemir domesticado le susurraba al oído como si conversara con él y levantaba una pata para mantener el equilibrio igual que el capitán levantaba su pierna. Como pez en el agua, el Halcón viró y se escurrió hacia la corriente, con el casco cabeceando, dando bandazos y todavía perdiendo altura.

Nico se aferró al barandal con los dedos lívidos. Escuchaba con inquietud el crujido de las riostras de madera que conectaban la envoltura con el casco. Las vastas alas principales curvilíneas a ambos lados de la envoltura recibían el viento de lleno; junto al timón, un miembro de la tripulación que examinaba un instrumento giratorio informaba a pleno pulmón de la velocidad mientras la nave avanzaba imparable.

Por fin dejaban atrás los Puertos Libres.

Esa noche cenaron con el capitán en su majestuoso camarote, situado bajo el alcázar de popa, una estancia con el techo bajo y la amplitud de la planta de la nave. Las paredes tenían ventanas en toda su longitud, con gruesos vidrios translúcidos divididos en rombos por cruces de plomo. Algunos cristales estaban tintados de verde o amarillo. Al otro lado de las ventanas se divisaba la línea difuminada del horizonte, recorrida por nubes incendiadas por el sol poniente.

La cena consistía en un saludable menú compuesto por sopa de arroz, patatas asadas, verdura, carne de caza ahumada y vino. La comida se servía en una vajilla de fina cerámica de color marfil que tenía aspecto de ser cara. Cada pieza estaba decorada con un halcón en vuelo. Nico supuso que había sido un regalo que alguien habría hecho al capitán.

La conversación decayó cuando los comensales se lanzaron sobre sus platos humeantes. Ash y el capitán comían con la concentración de quien quiere disfrutar al máximo cada momento mientras la placidez de la travesía se lo permita. Dalas, el segundo de a bordo del capitán, era un coriciano grandote y con rastas en el pelo. Vestía una chaqueta sin mangas de piel, que llevaba desabrochada, y un cuerno de

caza enroscado colgaba de su cuello. Al parecer, era mudo de nacimiento. Incluso el kemir amaestrado del capitán, inquieto al principio con la aparición de los dos invitados, permanecía ahora tranquilamente en la mesa, enfrente del plato de su amo, haciendo suaves ruiditos con el pico y babeando mientras observaba con atención cómo comía el capitán. El animal despertó en Nico el recuerdo de *Boon*, cuando en la granja familiar se sentaba a comer lo que fuera que de mala gana su madre hubiera cocinado y le pasaba comida por debajo de la mesa. Nunca antes había visto un kemir, aunque había oído hablar de ellos en las representaciones callejeras de *Los relatos del pez*, que recogía historias de mercaderes que se habían aventurado por los bosques oasis de la llanura desértica y habían encontrado la locura y la muerte. *Los relatos* siempre describían el kemir como una criatura despiadada pese a su reducido tamaño. Ahora que estaba sentado delante de uno —con su dura piel multicolor que evocaba la imagen de una vegetación exuberante envuelta en sombras, sus movimientos furtivos y sus saltos repentinos de depredador—, Nico se hacía una idea del porqué. Nunca habría imaginado que fuera posible domesticarlos.

El vino tinto procedía de una bodega cerrada con llave a la que se accedía por un escotillón en el suelo, y Ash, Dalas y el capitán ya iban por la segunda botella, mientras que Nico todavía daba sorbitos a su primera copa. Sospechaba que sus compañeros de mesa ya estaban un poco achispados.

—Me alegro de verte en pie por fin —comentó el capitán con voz queda, limpiándose los labios pálidos con una servilleta y regalando a Nico una mirada con la esfera blanca de su ojo tuerto, como si a través de él viera mejor. Incluso bañada por los tonos crepusculares que inundaban el camarote, su piel no perdía su tono lívido, como el gris centelleante de la lluvia.

Ash replicó con un gruñido a la observación del capitán y Nico se volvió al anciano, si bien éste no se molestó en devolverle la mirada.

—Tiene su complicación acostumbrarse a los cielos —continuó Trench, con su acento dulce y pausado, que sugería una educación exquisita—. Es peor que el mar, en opinión de muchos. Así que no te avergüences por tu reacción. Créeme, yo mismo lo paso peor cuando piso tierra firme. Tengo que pasar en la cama... ¿Cuánto...? ¡Todo un día con una furcia hasta que mi organismo se recompone! —Dirigió una sonrisa bondadosa a Nico, con una ceja enarcada, aunque rápidamente desvió de nuevo la mirada, como avergonzado por haber hablado demasiado.

Nico forzó una sonrisa, pues era imposible no sentir simpatía por aquel hombre. Esa noche se afianzaba su creencia de que el capitán necesitaba sentirse apreciado por las personas que lo rodeaban, lo cual le resultaba sorprendente teniendo en cuenta lo que había presenciado horas antes, cuando lo había visto abroncando a un miembro de la tripulación por enredar las jarcias. En esos momentos, gritos incoherentes salían de manera torrencial de su boca, acompañados de saliva, y Nico había llegado a

dudar de la salud mental del capitán. Al final había tenido que intervenir Dalas, que se había llevado a rastras a Trench hasta su camarote, fuera de la vista de la tripulación; aunque se le había seguido oyendo.

Ahora, durante la cena, el capitán parecía tranquilo. Sonreía con facilidad y su ojo sano, enrojecido, parecía traslucir una especie de disculpa: era evidente que cualesquiera que fueran los demonios que lo acosaban habitualmente, ahora mismo se hallaban apaciguados por su temperamento tranquilo y que ése parecía ser su estado natural, así que Nico se sentía cómodo en su presencia, pese al arrebato en cubierta.

Desde el otro lado de la mesa, Dalas observaba descaradamente a Nico mientras engullía la comida que se llevaba a la boca con el tenedor. El enorme coriciano levantó la mano que tenía libre e hizo un gesto en el lenguaje de signos, tan rápido que costaba seguirlo: un puño inclinado que fue de un lado a otro, un movimiento oscilante, un golpe plano y la palma de la mano que se elevaba en el aire.

—No le hagas caso —le aconsejó Trench, sacudiendo la mano con desdén hacia su segundo.

Pero Nico siguió con la mirada fija en la mano del coriciano, que ahora reposaba sobre el mantel, frotándose sin parar el dedo pulgar con el índice.

—¿Por qué?—preguntó Nico—, ¿Qué ha dicho?

Trench se llevó un pañuelo fruncido a los labios y masculló con la boca camuflada tras él:

—Dice, mi joven amigo, que duda de que alguna vez hayas navegado por el mar, así que ya ni hablar de volar.

El coriciano había dejado de masticar y esperaba la respuesta de Nico con las mejillas hinchadas por la comida que le atiborraba la boca.

—Pues tiene razón —admitió Nico.

—Quizá, pero no te has percatado de la manera como lo ha dicho. Ese gesto que hace ahora, dejando la muñeca muerta, quiere decir que pretendía insultarte. —Trench sacudió la cabeza en dirección a Dalas en señal de reproche y éste le respondió frunciendo el ceño—. Dalas nació en un barco y lleva toda la vida subido a uno u otro tipo de cubierta. Suele ser displicente con la gente que nunca se ha echado al mar. En cierta manera, considera que tienen unas prioridades completamente erróneas.

Nico dirigió a ambos una sonrisa incómoda.

—Una vez, nadando en el mar cuando tenía diez años, encontré un tronco y lo utilicé de barco.

Trench apartó ligeramente el pañuelo de la boca.

—¿Has dicho un tronco?

—Un tronco enorme.

Trench reprimió una carcajada que acabó convertida en una carraspera que sofocó

con el pañuelo. Incluso el rostro de Dalas se relajó y el corciano tragó la comida que almacenaba en la boca.

—No estás bebiendo apenas —observó el capitán, recuperando la compostura—. Berl, llénale la copa, por favor.

Berl se levantó obediente, rodeó la mesa y vertió diligentemente vino en la copa de Nico, aunque ésta ya estaba casi a rebosar.

Nico contempló la copa frente a él.

—Veo que todavía no le has tomado el gusto al vino —señaló Trench, dirigiéndole una mirada por encima de su propia copa—. Ya llegará, créeme. Para los que llevan vidas como las nuestras ese momento llega enseguida. Fíjate en tu maestro. La última vez que estuvo a bordo de esta nave tuve que guardar bajo llave todas las reservas de vino, su sed era insaciable.

—Tonterías —replicó Ash, apurando el vino que le quedaba en la copa y sosteniéndola en el aire para que se la rellenaran.

Nico se hundió en la silla con la esperanza de que la conversación continuara por otros derroteros y se olvidaran de él. Agarró la copa sólo por mantener las manos ocupadas. A su alrededor la madera crujía con un ritmo desacompañado. Ese ruido le recordaba las arboladas colinas de su hogar, cuando se adentraba solo en los bosques y los pinos se balanceaban y susurraban mecidos por la brisa del mediodía. Probó a tomar otro sorbo de vino. Dejaba un regusto dulce, muy distinto del resabio amargo del vino barato que bebía su madre a veces. Pensó que no le costaría acostumbrarse a él en el caso de que algún día su bolsillo pudiera costárselo.

Entonces le asaltó una imagen de su padre: colérico debido al alcohol, bufando por la nariz, con la lengua trabada con el labio inferior. Inconscientemente, Nico volvió a dejar la copa en la mesa.

Trench dejó caer la espalda contra el respaldo e inclinó la silla apoyada sobre las patas traseras. Su suspiro sólo acentuó la impresión de fatiga que reflejaba su rostro.

—Te he interrumpido tu permiso en tierra —dijo Ash como disculpándose.

—Y el del resto de la tripulación también —musitó Trench, enderezando la silla y dibujando una sonrisa con sus delgados labios mientras recorría la mesa con los ojos entornados sin fijarse en nada concreto—. Ahora están un tanto disgustados con su capitán, y no les culpo. La última vez que cubrimos la ruta regresamos vivos por los pelos. Ya viste las condiciones paupérrimas en las que estábamos, y eso que dedicamos una semana entera a las reparaciones. Y ahora tienen que volver a atravesar el bloqueo después de poco más de una semana en tierra firme para distraerse. Para ellos es duro... para todos nosotros es duro. —De nuevo se dio unos golpecitos en el rostro con el pañuelo.

Ash se limpió los restos de vino de los labios.

—Por lo menos esta vez el viaje será corto.

—Sí —convino el capitán—. Aunque también de poco provecho. Únicamente el grano que podamos conseguir a cambio de la tela; al menos mantendrá contentos a mis inversores. Y por supuesto está lo de mi deuda contigo. Doy por sentado que estamos en paz.

—Para empezar no me debías nada.

—¿Has oído?—espetó de repente Trench, dirigiéndose a su kemir, que abortó la maniobra de aproximación de su garra escamosa a los restos de comida del plato del capitán—. ¡Y sigue burlándose de mí!

El capitán cogió distraídamente un pedazo de raíz dulce mordisqueado y la mascota abrió el pico para recibir el bocado que le ofreció su amo.

—Prométeme una cosa —ahora se dirigía a Ash, e hizo una pausa cuando Nico se apartó de la mesa alarmado. Trench bajó la mirada hacia la criatura posada entre ambos, que blandía su lengua en dirección al muchacho: una cosa larga, tiesa y hueca que hacía un ruido parecido al de un sonajero y que obviamente pretendía ser amenazador. Trench le arrojó un trozo de comida en la boca para que se callara y continuó—: La próxima vez que un lobo de mar se abalance sobre mí por la espalda en una taberna, hazme el favor de dejarle acabar conmigo. La amistad es una cosa, pero prefiero tener el hígado perforado a volver a estar en deuda contigo.

Ash asintió con la cabeza.

Nico observaba cómo comía la criatura, sujetando el pedazo de raíz entre las garras mientras arrancaba tiritas con rápidos picotazos. De una manera totalmente inconsciente, Nico sostenía delante de sí los cubiertos en posición de defensa.

Un fulgor cegador impregnó el camarote. El sol ya se ponía y arrojaba sus postreros rayos de luz a través de las ventanas tintadas del fondo de la estancia, proyectando diamantes cromados en las vigas de madera no muy por encima de sus cabezas, en los tablones de las paredes y en la larga mesa poblada de cartas de navegación que se mantenían extendidas pisadas por cantos. Nico paseó la vista por los mapas. Estaba lo suficientemente cerca como para distinguir algunos detalles de refilón: masas continentales sepultadas bajo símbolos, anotaciones y haces de flechas onduladas. Parecían más mapas eólicos que de la superficie terrestre.

Esta impresión le llevó a dirigir la mirada más allá del escritorio. A través de la parte inferior de las ventanas traseras se divisaba un mar uniforme y monótono a causa de la altitud.

—Si me permiten la pregunta —se atrevió a inquirir, desviando la mirada del abismo marino—, ¿cuánto tiempo tardaremos en atravesar el bloqueo?

El rostro del capitán se ensombreció fugazmente. Trench se inclinó hacia delante e hizo un gesto a Nico con la copa en la mano. Se derramó vino sobre el mantel y Berl frunció la frente mientras las manchas carmesíes se esparcían por el lino immaculado.

—Depende —respondió el capitán, en un tono más sobrio que el empleado anteriormente—. Esta noche nos acercaremos a la zona del bloqueo marítimo imperial. Puede que el viento no cambie de dirección. Puede que no tengan nada en el aire.

—¿En el aire?—soltó Nico—. ¿Se refiere a dirigibles mannianos?

—Por estas latitudes siempre existe esa posibilidad.

Nico se volvió de nuevo a Ash, pero el anciano fingía estar muy interesado en el fondo de su copa.

Trench se percató de su desasosiego.

—Aunque es improbable. La mayor parte del tiempo sus pájaros de guerra están en el este, acechando la ruta de Zanzahar. Allí es donde tiene lugar toda la acción, no aquí. Créeme, lo sé. La de Zanzahar es la única ruta que nos queda para el comercio de largas distancias, así que la mayoría de los mercaderes que se dedican a ello se ven obligados a utilizarla, incluido el *Halcón*. Cuando las flotas marítimas no consiguen cubrirla o sufren pérdidas severas, los mercaderes aprovechan la oportunidad. Llevamos recorriendo la ruta de Zanzahar casi cuatro años. —Hizo una pausa para inclinar su copa, y apuró hasta la última gota de vino—. Seguro que has oído historias.

Por supuesto que Nico había oído historias. Se contaba que los dirigibles mannianos aguardaban a lo largo de la ruta como manadas de lobos, listos para abalanzarse sobre la primera nave mercante que se cruzara con ellos. El número de mercaderes de largas distancias no dejaba de disminuir año tras año. La explicación de Trench resultaba completamente innecesaria, pues el tono fúnebre de su voz ya lo decía todo; un tono que incluso había provocado que el kemir dejara de roer por un momento y levantara la mirada hacia su amo.

Nico también lo miraba. Trench parecía haberse evaporado de la silla y haberse trasladado a las manchas de vino que moteaban el mantel. En un momento dado, cuando los últimos rayos de sol se posaron en él, levantó la vista sobresaltado, como regresando de un lugar remoto, e inclinó lentamente la cabeza hacia la luz agonizante. De perfil resaltaba su nariz aguileña —quizá el residuo genético de algún ancestro alhazií—, aunque allí, en su camarote, Trench no era más que un espectro del desierto de Alhazií; más bien parecía un khosiano de aspecto enfermizo que ejercía el mando con una mano izquierda en ocasiones vacilante y una mano derecha algo férrea, y en la que siempre asía un pañuelo blanco de algodón con encajes manchado de sudor.

Nico pinchó una patata de su plato y se la metió en la boca. Estaba fría y volvía a tener el estómago revuelto, aun así comió. No le gustaba el tema de la conversación. Al menos en Bar-Khos las murallas se mantenían en pie como símbolo de protección y la vida seguía su curso. Allí arriba lo único que había era cielo y, según parecía, una dependencia absoluta de los vientos y la buena fortuna. No sonaba demasiado

prometedor.

Y después, ¿qué? Cheem, la isla de pésima fama de bandidos y reyes mendicantes, en cuyo interior montañoso, según Ash, se adentrarían en busca de la recóndita orden Roshun, donde entrenaría para convertirse en un asesino. Cuanto más pensaba en todo lo que le esperaba, más se alteraba. Las cosas parecían muy sencillas cuando vivía en Bar-Khos y sólo tenía que preocuparse de la lucha diaria por la supervivencia. Al menos entonces tenía a Boon a su lado.

Llegó un grito del exterior.

Trench y Dalas se miraron. Otro grito. El kemir apresó con el pico los restos de la raíz dulce y trepó al hombro del capitán. Dalas se levantó —incluso encorvado rozaba con la cabeza las vigas del techo— y salió disparado.

—Se ha adelantado ligeramente a mis previsiones —masculló Trench, limpiándose los labios por última vez. Se puso en pie y su silla salió arrastrada hacia atrás—. Disculpadme, por favor.

El capitán se marchó con la copa en la mano, seguido por Berl con la botella de vino.

Nico y Ash se quedaron solos, inmersos en el repentino silencio.

—Una nave —le explicó Ash a su lado.

—¿Mannianos? —preguntó Nico con un hilo de voz.

—Vayamos a averiguarlo.

Al principio, Nico no distinguió nada en el frío firmamento crepuscular. Se había situado junto a Ash y escudriñaba en la misma dirección que los demás, incluido el kemir, pero no veía nada aparte de la superficie mate del agua bajo un cielo incierto.

Entonces lo divisó. Al este, sobre el mar: una vela blanca.

—¿Se distingue la bandera? —preguntó a Dalas el capitán.

Las rastas largas hasta la cintura del coriciano se contorsionaron cuando éste meneó la cabeza.

—Estamos demasiado lejos como para que no sea una nave imperial. Si no es un mercante, será un piquete. —En un principio dio la impresión de que Trench hablaba consigo mismo, pero entonces se rascó su tez pálida y se volvió brevemente a Dalas.

El grandullón cruzó sus brazos tatuados y se encogió de hombros.

Se habían congregado sobre el alcázar de popa, junto al timón, la parte más elevada del casco del dirigible. Nico tiritaba, con los ojos llorosos por culpa del viento constante. El capitán Trench dio un sorbo a su copa y se relamió. Con la otra mano, en la que todavía sostenía el pañuelo, acarició la madera pulida del barandal, como si estuviera limpiándole el polvo. Ash había comentado en otro momento que el capitán había construido aquella nave con los restos de un naufragio que le habían entregado como derecho de salvamento. Había invertido toda la fortuna de su familia

y más aún en restaurarla.

Trench avanzó cuatro zancadas hacia la barandilla de popa y luego volvió sobre sus pasos, dejando las huellas de sus botas en la cubierta.

—¿La bandera?—bramó, haciendo bocina con las manos hacia el vigía apostado junto a la barandilla de proa—. ¿Puedes ver la bandera ya?

—¡Todavía estamos demasiado lejos, capitán! —respondió el vigía.

Trench se daba toquecitos en la barbilla. Levantó la mirada hacia la envoltura, que resplandecía con intensidad bañada por la luz mortecina. A esas últimas horas del día alguien con buena vista que estuviera mirando en su dirección lo divisaría desde varios laqs de distancia.

—La cuestión que deberíamos plantearnos es si ellos nos han visto a nosotros —musitó Trench con los ojos clavados en la misteriosa vela.

Por un momento fue como si el sol saliera de nuevo por el lejano barco. Un cegador fulgor amarillo se elevó en la creciente penumbra del cielo y se mantuvo suspendido unos segundos; debajo, la luz de ese renacido sol reverberaba en el agua como si fuera un disco encendido. La sombra oscura y alargada del buque manniano se extendió por el agua.

Trench se vació en la boca el vino que le quedaba en la copa y la lanzó hacia Berl.

—Bueno, esto lo aclara todo —aseveró.

El resplandor descendió lentamente y según caía el círculo de mar rodeado de penumbra fue menguando. Finalmente aterrizó en el agua y siguió brillando mientras se sumergía en un inquietante y fantasmagórico descenso hacia las profundidades. Nico se frotó los ojos para disipar las imágenes que se habían instalado en sus retinas y los abrió justo a tiempo para ver cómo se elevaba por el cielo otro resplandor desde el horizonte oriental. Eso significaba que había otro buque, todavía demasiado lejos como para verlo.

—Debe de haber una formación cerca —señaló Trench—, Si disponen de pájaros en la zona, los cabrones caerán sobre nosotros antes del amanecer.

Nico se revolvió con ansiedad.

—Tranquilo —le advirtió Ash a su lado.

El viejo roshun permanecía inmóvil, observando con las manos sepultadas en las bocamangas el resplandor que empezaba a debilitarse.

—¿Cuáles son las órdenes, capitán? —inquirió el hombre que manejaba el timón, un viejo marinero con la oreja destrozada.

—A toda máquina, Stones, vira hacia el oeste y recupera nuestro rumbo cuando sea noche cerrada.

—Entendido, capitán.

Trench inclinó la cabeza hacia atrás para observar el puñado de estrellas que ya aparecían en el cielo crepuscular.

—Dalas, asegúrate de que esta noche se respete la ordenanza de apagar las luces. Organiza inspecciones cada cuarto. Quien contravenga la orden será arrojado al pantoque.

Trench dio la espalda al cielo. Sus dientes brillaron en la penumbra.

—Este trabajo me deja sediento —comentó, dirigiéndose a Ash—, ¿Nos acabamos esa botella?

Nico no tenía ningún deseo de regresar junto a los restos fríos de su cena, así que enfiló hacia su camarote, solo e inquieto. Pasó mucho tiempo intentando conciliar el sueño. Esa noche la litera le parecía más dura. De la cubierta que se extendía justo encima de su cabeza llegaba el murmullo de voces: Trench y Ash seguían charlando y bebiendo. Por mucho que lo intentara no conseguía aplacar la agitación que lo embargaba. Se puso a pensar en el futuro: en mañana, pasado mañana, dentro de varias semanas, de algunos meses, de años... El sueño era un refugio que se le negaba.

Varias horas después, Ash irrumpió apestando a vino en la penumbra de la estancia y se desplomó sobre su litera, gruñendo entre dientes. Nico se quedó mirando el contorno indefinido de la sombra de su maestro, que se dio media vuelta en el catre y se tendió boca arriba.

A través de la oscuridad, Nico advirtió que el anciano se llevaba una mano a la frente. Respiraba profundamente, como si de alguna manera eso le ayudara; se hurgó los bolsillos interiores de la túnica hasta que dio con la bolsa que al parecer siempre llevaba consigo y se llevó a la boca una hoja de stevia que extrajo de su interior.

El anciano masticó, respirando trabajosamente por la nariz.

—Maestro Ash —susurró Nico en dirección al bulto penumbroso.

Por un momento pensó que el anciano no le había oído, pero entonces Ash chasqueó la lengua y preguntó:

—¿Qué?

Una docena de preguntas se agolparon entonces en la cabeza de Nico. Sólo habían hablado brevemente de la orden Roshun, de lo que haría cuando llegara allí y de los sellos y su funcionamiento. Deseaba saber muchas más cosas. Sin embargo, sólo dijo:

—Me preguntaba si se encontraría bien, nada más.

No hubo respuesta.

—Es que... me he dado cuenta de que toma muchas hojas de stevia.

—Dolores de cabeza. Eso es todo —respondió por fin el roshun, con voz firme y sobria.

Nico asintió, como si su gesto fuera visible en la oscuridad.

—Tenía un abuelo al que le pasaba lo mismo. En realidad no era mi abuelo, pero

yo lo llamaba así. Murió defendiendo el Escudo. Recuerdo que también tomaba las hojas. Cuando le preguntaba sobre ellas, me respondía que eran para los ojos, porque empezaba a fallarle la vista y forzarla le provocaba dolor de cabeza.

La litera crujió, lo que indicaba que el anciano se había dado la vuelta para darle la espalda.

—Tengo la vista perfectamente —masculló su maestro roshun—. Ahora duérmete, muchacho.

Nico suspiró, se tumbó boca arriba y escudriñó la oscuridad. Sabía que el sueño todavía tardaría en llegar.

Encima de él, en el camarote del capitán, un par de botas deambularon arriba y abajo toda la noche.

Capítulo 6

Pájaros de guerra

Al amanecer había desaparecido todo rastro de las velas. En algún momento durante la noche, mientras Nico daba vueltas en el catre o dormía durante breves intervalos poblados de desagradables pesadillas, habían rebasado las formaciones de la marina imperial. Ash ya se había levantado cuando Nico se despabiló y encontró el camarote vacío; la primera luz del alba entraba por la ventana abierta y el horizonte asomaba por el marco. El dirigible remontaba el vuelo.

Nico escuchaba las voces de los hombres que conversaban en la penumbra abarrotada de la sala común mientras se llenaba una fuente con keesh untado con mantequilla y con pasteles de semillas, apoyado en la repisa de la ventana de la cocina, con la cara somnolienta. La tripulación estaba de mejor humor después de haber atravesado el bloqueo manniano la noche anterior y por lo menos ya no lo miraban con cara de pocos amigos. No obstante, se respiraba en el ambiente que el peligro todavía no había pasado.

Nico devoró el contenido de su fuente; su cuerpo todavía le exigía todo el alimento del que le habían privado durante el último año. Sentado sin prisas frente a una taza revestida de cuero llena de chee, recordó el caldo de los menesterosos y se preguntó qué estarían haciendo en ese momento Lena y la gente que había conocido en la ciudad. Incluso pensó en su madre. Poco a poco fue sacudiéndose los residuos de sueño.

Apenas había tocado la taza de chee cuando lo sobresaltó un ruido absolutamente inesperado: las estridencias de un cuerno de caza procedentes de la cubierta superior. Los hombres se quedaron petrificados y se instaló el silencio en la sala.

El cuerno sonó de nuevo: tres notas largas. Y las pisadas estrepitosas hicieron vibrar los tablones del techo.

Los hombres se pusieron en acción de inmediato, con fugaces imprecaciones y abriéndose paso a empujones hacia la escalera que subía a la cubierta o hacia los cañones alineados a ambos lados de la amplia sala.

La luz del sol fue inundando la estancia de techo bajo a medida que se abrían los mandiletes. Nico se puso en pie con el pecho oprimido por el pánico. En medio del caos, los hombres apostados fuera gritaban y tiraban de los cabos para introducir las bocas de los pequeños cañones por los huecos. Un hombre apartó de su camino a Nico de un empujón sin detenerse para disculparse, otros corrían disparados en busca de cartuchos, pólvora y balas para el cañón, o trajinaban con cubos llenos de clavos

oxidados, guijarros o cadenas, siempre maldiciendo a la gente para que se apartara a su paso. Por las portas entró una brisa que disipó la nube de humo que solía flotar en la atmósfera de la sala común, y que trajo consigo el ruido de la lona sacudida por el viento y el de los sistemas de propulsión del casco quemando combustible. La curiosidad animó a Nico a asomarse a una porta; con la nave todavía ascendiendo por el cielo, enfiló tambaleante hacia la luz y se detuvo con una mano apoyada en una viga del techo.

Uno de los tripulantes encargado de los cañones sacó la cabeza por el hueco y Nico se inclinó a un lado hasta que pudo ver al hombre y el cañón.

Un punto blanco se dirigía directo hacia ellos.

—Un pájaro de guerra —le informó el tripulante, metiendo de nuevo la cabeza y limpiándose el rostro adusto.

Nico sintió el impulso repentino de buscar a Ash y no despegarse de él. Dio media vuelta y salió escopeteado hacia la escalera, donde se topó con Berl, que iba con los brazos cargados de armas.

—Coge una —le dijo al chico mientras subían juntos la escalera.

Nico agarró lo primero que tocaron sus dedos: una hoja pequeña y gruesa envainada en una funda de quince centímetros de ancho.

En la cubierta superior todo era ruido y agitación. Los miembros de la tripulación que ya aferraban espadas y hachas se ayudaban unos a otros a ponerse los coseletes de piel. Sobre el alcázar de popa una cuadrilla había instalado rifles de cañón largo sobre trípodes junto a la barandilla de estribor, al lado del pequeño cañón con el soporte giratorio. Otros hombres, armados con arcos, se arrodillaban para encordar sus armas. No veía a Ash por ningún lado.

Nico bajó los ojos hacia el arma que aferraba en la mano. Tenía una sencilla empuñadura de madera, pulida por el uso. La desenfundó y descubrió que era un vulgar cuchillo de carnicero. En su mano resultaba inquietante. Era un arma diseñada para descargar un único tajo brutal, y por un momento, cuando se imaginó usándolo contra otro ser humano, un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Aun así no se deshizo de él y cruzó la cubierta. La nave se inclinó sobre su eje y dio una sacudida, y Nico recorrió los últimos metros patinando hasta que la barandilla de estribor lo detuvo. Una fuerte racha de viento hizo que el pelo le cubriera los ojos. A su derecha, encaramado al alcázar, el capitán Trench, con un monóculo en el ojo, charlaba con Dalas. Por su porte relajado y su manera resuelta de hablar parecía que toda su fatiga de la noche anterior se había esfumado, si bien la palidez de su piel y la irritación de sus ojos no lo habían abandonado. El sol se elevaba por el cielo detrás del pájaro de guerra.

La nave se acercaba por estribor, pero el *Halcón* la esquivaría impulsado por el viento del noroeste. Nico se protegió los ojos. Delante de ellos, y aún lejana por el

este, se aproximaba otra nave cuyo rumbo se cruzaba con el del *Halcón*.

«Como garras cerrándose alrededor de su presa», pensó Nico.

—¡Muchacho!

Nico se volvió. Por un hueco entre el tumulto de hombres divisó a Ash, de rodillas y solo en la cubierta de proa. El viejo roshun le hizo un gesto con la cabeza para que se reuniera con él.

Nico recorrió la nave de popa a proa sin soltar ni un momento la barandilla. El *Halcón* empezó a nivelarse, lo que le facilitó la operación. Subió la escalera y se acercó al anciano.

Ash le saludó con un movimiento de la cabeza.

—Llegas tarde.

—¿Tarde? ¿Para qué?

—Para tu sesión matinal. ¿Lo habías olvidado?

—Ash, por si no se había dado cuenta, estamos en un pequeño aprieto.

—Ya te dije que me llamaras maestro, o maestro Ash. Ahora siéntate.

—¡Pero no hay tiempo para esto!

El anciano suspiró.

—Nico, no hay momento más idóneo para que aprendas algo que cuando estoy inmerso en una misión y a punto de ponerme a trabajar. Éste —y paseó en torno a él una mano que una ráfaga de viento trató de arrancarle— es mi trabajo.

Nico no tenía una réplica para eso. Frunció el ceño y adoptó la misma postura de rodillas en el suelo que el anciano. Dejó a un lado el cuchillo de carnicero.

—Ahora, recuerda, concéntrate en la respiración. Sigue su curso por el interior de tu cuerpo.

«Esto es absurdo», pensó Nico. En un principio trató de concentrarse siguiendo las instrucciones de su maestro, pero a través de las riostras que sujetaban la barandilla divisó la segunda nave enemiga que se acercaba inexorablemente. Había dejado de ser un puntito para convertirse en una gota blanca.

—Relájate —le dijo el anciano.

Era extraño, pero a medida que inspiraba y el ritmo vertiginoso de su corazón se calmaba, el ajeteo en las cubiertas también disminuía.

El silencio se extendió por el dirigible. La madera crujía. Los hombres escuchaban el sonido de los propulsores que los llevaban hacia delante. Ya no había nada que hacer, únicamente esperar.

Nico cerró los ojos y descubrió que le era de gran ayuda. En cuestión de segundos se apoderó de él una vaga sensación de desprendimiento que le permitía soportar el dolor creciente en las piernas y la espalda. Se veía inspirando y espirando el aire fresco. Un momento de vacío; entonces el dolor volvió y con él el discurrir de los pensamientos. Miró a través de las pestañas el pájaro de guerra. Ahora estaba más

cerca. La campana de la nave indicó la hora; sonó como si fuera un día cualquiera a bordo. Sin embargo, faltaban las bastas carcajadas y las tertulias acostumbradas.

Ash soltó una larga bocanada de aire.

—Ahora debemos prepararnos —anunció, levantándose del suelo de la cubierta.

Nico siguió su ejemplo, haciendo un gesto de dolor al estirar las piernas entumecidas, y se reunió con Ash en la barandilla.

Los pájaros de guerra ya estaban lo suficientemente cerca como para que Nico distinguiera sus cascos suspendidos bajo las envolturas. Cada una de las naves era el doble de grande que el *Halcón*, con cada flanco recorrido por dos filas de portas. El primero seguía la estela del *Halcón* justo detrás de él. El otro todavía estaba delante, virando para interceptarle el paso, y podía apreciarse una gigantesca palma de mano roja estampada en un lado de su envoltura.

—¿Por qué no giramos? —exclamó Nico. Atisbaba a las tropas de la marina imperial desplegadas a lo largo de la cubierta de la segunda nave—. Deberíamos girar hacia el oeste con el viento y huir.

—El capitán es un hombre inteligente. Lo más probable es que haya otro pájaro de guerra en el oeste. Normalmente actúan en grupos de tres. Estos dos intentan empujarnos hacia el tercero.

—Entonces, ¿simplemente dejaremos que nos arrollen?

—Cada vez que giramos perdemos velocidad. La nave que tenemos detrás podría ganar ángulo de tiro. Es mejor adelantar a aquélla y cuando la rebasemos, alejarnos de ella mientras realiza las maniobras de giro.

—Eso para nada suena a un plan.

—Es la mejor opción que tenemos. Es lo que yo haría dadas las circunstancias. El capitán tiene la velocidad a su favor, pues el *Halcón* es una nave rápida. Intentará superar el escollo sin variar el rumbo.

En ese preciso instante, Trench rompió el silencio que se había instalado en las cubiertas.

—¡Preparados! —bramó cuando el pájaro de guerra que tenían delante se cruzaba en el rumbo del *Halcón*.

Los hombres se agacharon para ponerse a cubierto.

Los cañones imperiales abrieron fuego y resquebrajaron el cielo radiante con las columnas ondulantes de humo que salían escupidas a lo largo de su nave.

—¡Agáchate! —rugió Ash, tirando de Nico hacia el suelo de la cubierta justo cuando un tramo cercano de la barandilla saltaba por los aires hecho trizas.

Algo oscuro pasó dando vueltas a toda velocidad por encima de sus cabezas. Nico jadeaba. El ruido de los cañones le había taponado los oídos y se le había encogido el estómago. Se cubrió la cabeza con los brazos. Los gritos que destacaban del barullo general carecían por completo de sentido. Algo explotó sobre su cabeza, y a la

explosión siguió un crujido de madera y finalmente un golpetazo sordo, y Nico se encontró sepultado bajo un gran peso.

—¡Muchacho!

Unas manos tiraban de su ropa. Levantó la mirada y vio a Ash sacándolo a rastras de debajo de las jarcias derrumbadas. Nico pataleó hasta que liberó los pies de los cascotes.

El anciano gritó algo.

—¡Mi espada! Tráeme la espada del camarote. ¡Rápido!

Ash lo ayudó a levantarse y lo empujó precipitadamente hacia la escalera. Nico resbaló y se deslizó por ella con la espalda. Cuando aterrizó abajo, descubrió que el duro suelo de la cubierta estaba embadurnado de sangre. Justo junto a su mano derecha yacía el cuerpo sin vida de un tripulante con la cabeza aplastada. Nico se alejó tambaleándose, pero seguía mirando fijamente la horrenda escena: entre jirones de piel había mechones de pelo apelmazado y fragmentos de huesos teñidos de carmesí. Aquello otro debía de ser materia gris... «Por la dulce Eres, debe de ser el cerebro.» Las piernas de Nico decidieron por él y echó a correr por la cubierta, saltando por encima de hombres que se habían tendido boca abajo para protegerse y esquivando a otros que se dirigían a toda velocidad hacia las jarcias caídas. Echó un vistazo por encima del hombro. El pájaro de guerra estaba girando para ponerse en paralelo a su flanco de babor.

—¡Cabrones asquerosos! —gritó Trench desde el alcázar, con las manos aferradas al barandal y con la mirada clavada en la nave que los flanqueaba.

El *Halcón* dio una sacudida bajo los pies de Nico y el humo ascendió denso de los cañones de la nave, que ahora se quedaban cortos y respondían al fuego manniano arrojando cadenas y chatarra hacia la envoltura y las jarcias del dirigible enemigo. Nico tosió y se frotó los ojos. Las descargas de la artillería crepitaban en medio de la barahúnda. Un hombre de la tripulación iba dando bandazos delante de él con una expresión de asombro en el rostro lívido; cayó por encima de la barandilla y se precipitó al vacío. Otro tripulante, un muchacho escuálido, sollozaba desconsoladamente.

El inicio de la escalera apareció ante sus ojos. Un objeto ardiente paso rozándole la cabeza y otro montón de astillas saltó de la barandilla. Se lanzó hacia la escalera, rodó por el suelo, cayó dando una voltereta por encima de los peldaños y dio con sus huesos en la sala común.

Sintió un dolor repentino en el costado y reprimió un grito. El comprimido espacio de la sala estaba tomado por las nubes de gases de la pólvora y a Nico le faltaba el aire. En esa misma sala había estado sentado, desayunando, en una tranquila atmósfera cargada con el humo de las pipas, pero ahora los hombres movían a pulso cañones y corrían sin descanso sorteando a sus cantaradas caídos e ignorando

sus gritos de auxilio. Nico se quedó paralizado: durante unos instantes no pensó en nada, en su interior sólo había vacío. Le resultaba fácil alcanzar ese estado cuando no ponía su intención en ello. Miró como si lo hiciera a través de un angosto túnel; su propio yo había desaparecido de la escena que veía. Atisbo el pájaro de guerra surcando el cielo a la altura de las portas del *Halcón*. La nave manniana disparó otra descarga y el espacio que mediaba entre ambos dirigibles se volvió negro. La sala se oscureció. Estelas con fragmentos de munición cortaron el aire emponzoñado: los proyectiles perforaron el casco y por la sala empezaron a volar refulgentes astillas de madera que chocaban contra las vigas y los cañones antes de clavarse en la carne de los hombres.

Estar allí abajo no era más seguro que arriba. Nico se dejó caer, jadeando, y enfiló a gatas hacia su camarote, mascullando disparates.

Se cruzó con Berl. El chico ayudaba a un herido renqueante; bajó la mirada hacia Nico, pero no se detuvo.

Ya en el camarote, cerró la puerta tras de sí y permaneció unos instantes con la espalda apoyada contra ella, intentando serenarse. Temblaba como una hoja.

«Por la dulce Eres», musitó para sus adentros, agarrándose el estómago: un acceso de retortijones.

Fue dando tumbos hasta el retrete en el fondo del camarote y tiró de la tapa hacia arriba, dejando al descubierto un conducto sin fondo, con las paredes ennegrecidas de usos previos y por donde se divisaba el mar al final. Se desabrochó el cinturón, se bajó los pantalones y se agachó sobre el agujero, gimiendo aliviado.

No se había imaginado que iba a ser así. El estrépito de los cañonazos contra el casco le daba ganas de arrastrarse debajo de la litera y esconderse, como si volviera a ser un niño. Su padre le había advertido una vez que la batalla podía fundir a un hombre o paralizarlo y anular su capacidad de reacción. Entonces, por algún motivo, Nico había pensado que su padre se refería únicamente a los pusilánimes, a los hombres que no habían nacido para ser soldados.

«Quizá él lo era —pensó Nico ahora, y no le gustó el sabor de boca que le dejó reconocerlo; un amargor real, pegado a la lengua—, Quizá él fue un cobarde y yo también lo sea. Quizá los dos seamos unos cobardes, padre e hijo.»

Soltó un escupitajo y se pasó el dorso de la mano trémula por los labios. Se limpió apresuradamente con una hoja de graf y se subió los pantalones.

La espada de Ash estaba colgada sobre la litera del anciano. Nico habría olvidado qué hacía en el camarote si no la hubiera visto. La cogió, salió al fragor de la sala común y subió la escalera.

El segundo pájaro de guerra los había rebasado y ahora tenía el morro pegado a la cola del *Halcón*. El primero aún los seguía. Nico se reunió con Ash en el alcázar de popa, donde permanecía agachado, como si las endebles riostras que sujetaban la

barandilla fueran a protegerlo de los próximos cañonazos.

—Su espada.

Ash bajó la mirada hacia la hoja que Nico le ofrecía, como si él también se hubiera olvidado de ella, hasta que finalmente cogió el arma.

—Aquí arriba no estamos seguros —señaló Ash.

—¡No hay un lugar seguro en toda la nave!

Una ráfaga de flechas pasó volando sobre sus cabezas. Nico se encogió aún más. El kemir estaba hecho un ovillo junto al timón. La criatura vio que Nico se plegaba exactamente igual que él, fue dando saltitos a tientas hacia el muchacho y se subió a sus brazos. Su aliento cálido apestaba a comida podrida.

En la parte trasera del alcázar, Dalas orientaba el cañón giratorio hacia el dirigible enemigo que los rebasaba por la popa. Apuntó cuidadosamente, aprovechando que la nave estaba de costado y giró el cañón siguiendo su envoltura. El capitán Trench estaba a su lado, tomando la demora por el tubo del cañón. De pronto dio una palmada a Dalas en la espalda.

Nico se tapó los oídos justo cuando el grandullón coriciano disparó. El kemir se estremeció entre sus brazos.

La envoltura de la nave manniana sufrió un desgarrón muy cerca del morro, pero de momento no ocurría nada y el trozo de seda ondeaba como otros desgarrones más pequeños que jalonaban el globo. Sin embargo, de repente la proa del dirigible se inclinó hacia abajo y la nave inició un descenso en picado.

—Buen tiro —comentó Ash.

Como llevada por un ataque de ira, en su caída la nave enemiga disparó toda su artillería. Fue como sufrir el azote de una ola cuya fuerza derribó a Nico de espaldas, tosiendo, intentando respirar; estaba sin aliento y había tragado mucho polvo. Tenía astillas clavadas en las piernas y las patas del kemir clavadas en el cuello. Aturdido, vio a Dalas boca abajo, despatarrado, rodeado por los cuerpos diseminados de otros tripulantes. La mitad del timón había desaparecido y no se veía a Stones por ningún lado. En medio del barullo, Trench caminaba dando tumbos de borracho.

Ash seguía en pie, junto a los restos de la barandilla, ligeramente encorvado, como resistiendo el empuje de un viento huracanado. Estaba mirando algo, y Nico siguió su mirada. Un objeto enorme había emergido de una nube de humo en la cubierta de proa del primer pájaro de guerra perseguidor, e iba arrastrando algo en su estela en la parábola abierta que trazaba en dirección al *Halcón*.

Un garfio pasó estrepitosamente por encima de Nico y aterrizó en la cubierta principal del *Halcón*. Tenía enganchada una cadena con pesados eslabones que se estrellaron contra la barandilla de popa, con el otro extremo firmemente anclado en la nave manniana.

—¡Rápido! ¡Hay que arrojarlo por la borda! —Era la voz profunda del capitán.

Trench se enderezó.

Un puñado de hombres se abalanzó sobre el garfio, pero llegaron demasiado tarde. La cadena se tensó y Nico contempló horrorizado que el garfio se arrastraba por la cubierta, se aferraba al borde del alcázar y se hundía en los tablones de madera.

El *Halcón* dio bandazos y perdió velocidad. Estaban atrapados como un pez en el anzuelo.

—¡Estamos perdidos! —chilló Nico aterrorizado. Le daba igual sonar como un actor viejo declarando su congoja al público. Aquello era una locura.

Ash se volvió a su aprendiz. La nave perseguidora se estaba acercando. La tripulación descargaba las hachas en los tablones alrededor del garfio con la intención de desprenderlo. Ash no decía nada, simplemente observaba a Nico mientras éste recuperaba la calma. Entonces rompió a reír y el viento arrastró el sonido de sus risas. Estaba mofándose de él, aunque sus carcajadas encerraban cierta simpatía.

—Vaya juventud —declaró—. Enseguida os desesperáis.

Nico apretó el cuerpo del kemir contra el suyo. Ambos temblaban.

—Capitán —espetó Ash, requiriendo la atención de Trench—, da media vuelta.

—¿Que dé media vuelta? ¿Estás loco?

«Sí —concluyó Nico para sus adentros—, ha perdido el juicio. Dulce Eres, no escuches nada de lo que diga este viejo.»

—Da media vuelta —repitió Ash.

Trench tomó el timón y giró lo que quedaba de él obedeciendo el consejo de Ash.

El *Halcón* rotó, perdiendo buena parte de las barandillas de babor arrancadas por la cadena que se deslizaba por la borda. El dirigible perseguidor giró con el *Halcón*, aunque no con tanta vehemencia y la tensión de la cadena se aflojó.

—¡Tirad, chicos! —gritó el capitán a sus hombres.

Para entonces, Dalas ya había vuelto en sí y tiró con todas sus fuerzas para arrancar el garfio. El y otros seis hombres salieron disparados hacia un lado. Tenían el hierro en las manos y lo arrojaron al aire.

Trench giró el timón en sentido contrario y recuperaron el rumbo anterior. Habían perdido altura durante el tiempo que habían permanecido apresados, pero el viento soplaba a su favor. Las alas crujieron al tensarse con el aire y el *Halcón* surcó raudo el cielo.

—¡Atended a los heridos!—gritó Trench—. ¡Y que los bordadores suban a la envoltura! ¡Estamos perdiendo el gas de las celdas!

La tripulación comprendió en ese momento que ya estaban a salvo. No hubo vítores, como sucedía con los héroes en las sagas; en cambio se instaló un silencio sepulcral en las cubiertas mientras las figuras de las naves imperiales se desvanecían a su espalda.

—Espero que no consideres esto otra deuda que deba pagarte —musitó Trench

por encima del hombro en dirección a Ash.

El anciano roshun no respondió.

Nico lo miraba detenidamente. Todavía oía los alaridos de los heridos que no verían la noche.

«Soy demasiado joven para esto», pensó, con una repentina y aleccionadora clarividencia.

Capítulo 7

El gabinete de Ministros

Necesitamos esas naves, Phrades —declaró el primer ministro Chonas, incorporándose en su silla, como para añadir un énfasis necesario a sus palabras. Sostuvo un puño en el aire dirigido a la docena de ministros reunidos para el gabinete de guerra que lo rodeaba, y lo apretó hasta que los nudillos se le pusieron blancos—, ¡Nuestro pueblo necesita alimentos!

Phrades, ministro de Industria Naval, miró de soslayo a su hijo. Ambos estaban sentados juntos a la amplia mesa oval de la sala de juntas, mezclados con los demás ministros. La mayoría de los rostros que flanqueaban la mesa tenían la tez empolvada de blanco, un signo de distinción entre los miembros de la clase Michiné, si bien con notables excepciones. Phrades no podía hablar en voz alta debido, según se decía, a un cáncer de garganta, de modo que susurró su réplica con sequedad a su hijo, cuyo rostro juvenil, siguiendo la moda que se había extendido entre las nuevas generaciones de los Michiné y en marcado contraste con el de su padre, exhibía un bronceado limpio de maquillaje. El muchacho escuchó atentamente a su progenitor, asintiendo con la cabeza, y luego se aclaró la garganta y se levantó.

—Lo entendemos, primer ministro, y debe creernos cuando le decimos que volcamos todo nuestros esfuerzos en esa tarea y no en otra. Todos los recursos que hemos podido desviar de otros proyectos se han empleado para adelantar los plazos en la construcción de las naves. Nosotros mismos, incluso, hemos contribuido con una parte de la fortuna familiar a la organización de la importación de materia prima. Me duele, nos duele, terriblemente admitir que no podemos hacer más de lo que ya hacemos. Nos llevará otro mes terminar el resto de los buques mercantes actualmente en construcción en los astilleros de Al-Khos. Entretanto debemos confiar en que los mercaderes de larga distancia sigan aprovechando sus oportunidades. Me temo que nuestro pueblo tendrá que apretarse un poco más el cinturón.

Justo en ese momento restalló un retumbante rugido de tripas que atrajo un puñado de miradas en la sala.

Sin embargo, el primer ministro Chonas no era del tipo de hombres que sucumben a esa clase de distracciones, ni tampoco de los que aceptan un no de buenas a primeras.

—¿Y qué tenía que decir el Pincho respecto a nuestras demandas? —inquirió, refiriéndose a la asamblea principal de Minos, sede de la democracia merciana.

—Ellos también se apuran al máximo, pero siguen atareados en la reparación de

las flotas dañadas por las tormentas primaverales. Las naves nuevas no estarán listas hasta principios de otoño.

—Por lo menos —apostilló el ministro Memés, con su rostro también atezado reclinado sobre sus manos entrelazadas—, nuestras provisiones de víveres recuperarán unos niveles satisfactorios a tiempo para el invierno.

La voz del emperifollado exportador sonó contenida en la vasta amplitud de la cámara; sin duda era consciente de lo que representaba para los hombres que lo rodeaban. A pesar de sus orígenes humildes, se había labrado una enorme fortuna y una posición prominente entre la clase política: otro reflejo de que los tiempos estaban cambiando.

—Eso es muy fácil decirlo —replicó el primer ministro Chonas—. No parece que ninguno de los presentes vaya a pasar hambre en el futuro. —No obstante, la complexión enjuta del propio Chonas sugería que tal vez él mismo pasaba hambre de vez en cuando. El primer ministro levantó la mano abierta para acallar las protestas que ocasionó su afirmación antes de continuar en un tono monótono y resignado, mientras recorría la sala con una mirada desafiante bajo sus cejas gruesas y pobladas —: No. Hacen lo correcto anteponiendo la reparación de las flotas. Es preferible que nuestro pueblo se apriete un poco más el cinturón a perder la supremacía naval y quedarnos de ese modo con las manos vacías.

—General Creed, creo que quería hacernos una petición.

En ese momento, el estómago vacío de Bahn volvió a rugir.

Apartó la mirada de la mesa con el banquete ubicada cerca de la puerta principal de la sala y se enderezó en su silla junto al general. Estaban sentados en un extremo de la mesa, frente a otros miembros del gobierno, a cuyas espaldas se encontraban los ventanales henchidos de luz de la galería sur. Su superior se mantuvo en silencio y Bahn tampoco advirtió ningún movimiento en su postura.

Lanzó una mirada con el rabillo del ojo al veterano guerrero. El general Creed, Señor Protector de Khos, miraba detenidamente a través de las ventanas el mar de un azul intenso que bañaba la Bahía de las Borrascas. Desde allí no se veía el acantilado sobre el que se asentaba el edificio del Congreso, y mucho menos el barrio de chabolas conocido como el Bajío que se extendía a los pies del acantilado, sumergido en parte cuando la marea subía con las tormentas. Por el contrario, la vista era hermosa: ese día el aire estaba especialmente limpio y el contorno nítido de los lugares más reconocibles los hacía parecer más cercanos de lo que en realidad estaban. Una escuadra de buques de guerra de tres palos con la bandera khosiana surcaba las aguas, fuera del alcance de la artillería pesada manniana posicionada en la otra orilla, que desde la posición del general aparecía como una costa de colinas rojizas blanqueadas por la luz del sol y moteada de fortificaciones grisáceas. Desde allí, el conjunto de fuertes se veía apretujado alrededor de la oscura mancha de la

ciudad pathiana de Nomarl, en las aguas de cuyo puerto amurallado, según los informes, permanecían abandonados los cascos de la flota manniana, carbonizados y corroídos por el agua salada del mar tras la incursión khosiana que se había ejecutado hacía tres años con las naves enemigas ancladas; la última acción ofensiva khosiana saldada con cierto éxito.

El general Creed parecía contemplar la imagen apenas distinguible de la ciudad fortificada con la expresión de un hombre que desea regresar allí.

«Otra vez soñando despierto», pensó Bahn, y dio una patadita sutil al pie del general.

—Sí, primer ministro —repuso Creed suavemente, como si hubiera estado escuchando atentamente todo ese tiempo.

Se levantó para dirigirse a la audiencia y su silla chirrió arrastrada por el suelo a su espalda. La luz del sol se reflejaba en su armadura bruñida. Apoyó las manos en la superficie brillante de la mesa de madera de tiq y miró uno a uno a los ministros congregados. No parecía impresionado por lo que veía.

—Mi petición es que retomemos el tema de los fuertes costeros. Ya pueden refunfuñar todo lo que quieran, caballeros, pero hoy no me iré de aquí hasta que se tome una resolución definitiva sobre el asunto.

—General Creed, hemos abordado ese tema en numerosas ocasiones. Somos conscientes de que el número de guarniciones en nuestras fortalezas orientales es inferior a sus necesidades. ¿Qué solución cree que podemos aportar nosotros?

—Primer ministro, no es que el número de guarniciones sea inferior a sus necesidades precisamente, como le gusta pensar a este Consejo. El problema es que prácticamente están desiertas. Lo que quiero decirles es que las cuadrillas destinadas allí únicamente pueden emplearse en el mantenimiento y reparación de las construcciones, en ningún caso podrán oponer una resistencia firme. Apenas disponen de pólvora y un puñado de cañones, todos sus pertrechos se han trasladado a las murallas de Bar-Khos y a las defensas de la costa meridional. Por lo tanto, carecemos de los medios para responder a un ataque sorpresa en nuestras costas orientales.

—Está dando por hecho que ese ataque sorpresa es posible, general. Hasta ahora la tercera flota nos ha mantenido protegidos. Y recemos por que siga así.

Creed sacudió la mano con desdén.

—Primer ministro, el mar es demasiado vasto para que las patrullas de la tercera flota puedan abarcarlo. Por ahora hemos tenido suerte, eso es todo. Ahora que la insurrección de Lagos finalmente ha sido aplastada y los mannianos se han asegurado su formidable puerto, disponen de un fondeadero ideal desde donde acometer una ofensiva. No podemos seguir confiando nuestra seguridad a la Armada. Primer ministro, tenemos que guarnecer esos fuertes.

El primer ministro Chonas, que tenía tanto de filósofo como de político, acogió la demanda del general con su cortesía habitual e hizo un gesto de comprensión con la cabeza a su viejo amigo y oponente.

—De verdad que lo entiendo, Marsalas. Pero nuestros recursos no dan más de sí. Sabes tan bien como yo que carecemos de los medios para equipar y mantener más soldados. ¿De dónde vamos a sacar más tropas? ¿Acaso de repente tienes tú una solución?

—Podemos dividir nuestras fuerzas de reserva en dos regimientos y enviar uno a guarnecer los fuertes.

En la mesa se recibió la sugerencia con protestas generalizadas.

—Eso no es una solución, general —replicó una voz. Se trataba de Sinese, ministro de Defensa y el tercer hombre más poderoso de Khos, sentado con la espalda pegada al respaldo de su butaca y las piernas cruzadas, con las manos enfundadas en guantes blancos apoyadas sobre la empuñadura de marfil de su bastón—. Este gabinete no permitirá que las fuerzas de reserva se debiliten más de lo que ya lo están. Aunque guarneciéramos los fuertes adecuadamente, es discutible que fueran capaces de contener una invasión con todas las de la ley. Su propuesta no aporta nada nuevo. —Hizo una pausa para revolverse en la silla y encarar al hombre que tenía al lado—. Ministro Eliph, tengo entendido que usted trae noticias más acuciantes del cuerpo diplomático, ¿no es así?

—En efecto —afirmó Eliph, evitando la súbita mirada fulminante del general mientras trataba de poner en orden sus pensamientos—, Nuestro embajador en Zanzahar ha conseguido avances en las negociaciones con el Califato en lo referente a su reciente propuesta. Cree en la franqueza de su ofrecimiento de prolongar el perímetro de seguridad de sus aguas para acercarlo a nuestras costas. Al parecer, hay esperanzas fundadas de que acabe siendo así.

Las palabras del ministro causaron malestar en la mitad de los presentes, un desagrado que se manifestó en los resoplidos apagados y los movimientos desdeñosos de cabeza. Era generalizado el convencimiento de que la reciente propuesta del Califato sólo eran palabras huecas, simplemente una maniobra más del último episodio de la disputa comercial que el Califato mantenía con Mann.

—La única intención del Califato es alargar esta guerra todo lo posible —repuso Chonas, como si estuviera hablando con un niño—. Sacan unos buenos beneficios con la venta de pólvora a ambos bandos.

Sonó un golpeteo de nudillos en la mesa que expresaba la conformidad con la teoría del primer ministro. También hubo quien protestó en voz alta y pidió la palabra.

A partir de ese momento, la asamblea derivó en una serie de discusiones que podía dilatarse durante una hora o más. Bahn lo sabía perfectamente.

El calor era sofocante en la amplia cámara, con el sol penetrando directamente a través de los ventanales. A pesar de los abanicos manuales repartidos por el techo y de la fresca brisa marina que entraba por las ventanas que se habían dejado abiertas, la atmósfera de la cámara estaba impregnada de un hedor a sudor que los empalagosos aromas dulzones de los perfumes no conseguían disfrazar. Enseguida, el interés de Bahn se redujo a la mera observación, hasta que finalmente derivó hacia asuntos completamente ajenos a los tratados en el Consejo.

Había acudido con la esperanza de oír alguna resolución sobre la actual crisis de víveres, y al parecer no se podía hacer nada al respecto. El suministro de alimentos en Khos se había reducido aún más tras la pérdida de la flota que regresaba de Zanzahar cargada de grano. En teoría, Khos podía mantenerse sin esas importaciones, pues a fin de cuentas era el granero de Mercia. Sin embargo, en la práctica, eso había dejado de ser así debido al flujo continuo de refugiados que entraban en los Puertos Libres desde hacía diez años. A pesar de ello, los mercianos habían acabado por recibir de buen grado a estas gentes, pues tras las cuantiosas bajas sufridas en los primeros años de la guerra las necesitaban desesperadamente. Con la cosecha estival de trigo todavía en los campos y sin poder disponer de buena parte de sus importaciones, los víveres escaseaban más que nunca.

Desde que había advertido que a su hijo se le marcaban los huesos —e incluso a su mujer—, Bahn había optado por no consumir nada de las raciones semanales de su familia, con la idea de que ya comería cuando estuviera de servicio en las murallas o en el ministerio. Pero también los soldados eran víctimas de la hambruna que asolaba al resto de los ciudadanos, y a duras penas recibían lo imprescindible para sobrevivir.

Un puño se estrelló contra la superficie de la mesa justo al lado de su brazo y lo despertó de su ensimismamiento. Bahn se quedó mirándolo como si hubiera caído del cielo.

—¡Basta! —espetó el general a los ministros congregados, que interrumpieron de sopetón las distintas discusiones en que se habían enfrascado. Se irguió y, mirando a los miembros del Consejo en vez de al primer ministro, aseveró con voz firme—: Estábamos discutiendo sobre los fuertes. Y todavía tengo que añadir algo sobre el tema. Si toman la decisión de no defender los fuertes, tendremos que defendernos por otros medios. Esto de permanecer de brazos cruzados detrás de nuestras poderosas murallas tiene que acabar. Hay que atacar y enfrentarse al enemigo.

¿Atacar? De repente, Bahn puso los cinco sentidos en el general.

Phrades se levantó farfullando palabras apenas audibles y su silla se estrelló contra el suelo. Otros ministros también se pusieron en pie y sumaron sus voces más vibrantes a las protestas. Bahn se encogió en la silla, buscando el anonimato ante la cólera repentina que se había apoderado de los miembros de la clase Michiné y contempló amedrentado los rostros blancos empolvados que rodeaban la gran mesa.

Aquellos hombres habían sido educados desde su infancia para exteriorizar sus emociones únicamente cuando no quedaba más remedio. Se decía que se maquillaban de blanco para ocultar el menor rastro de sonrojo. Ahora, con el rostro desencajado por la ira, Bahn por fin vio que la sangre de sus ancestros emergía a la superficie y les coloreaba las facciones empolvadas. Era la misma sangre que había corrido por las venas de sus tatarabuelos, esos ricos patricios que habían derrocado al primer y único Rey Supremo de todo Mercia. Lo habían conseguido gracias al respaldo de un tumultuoso ejército azuzado para pasar a la acción por los planes de conquistas externas del monarca, pues tales ambiciones imperialistas no habían sentado bien entre la población de los Puertos Libres.

—¿Atacar con qué? —le interpeló el ministro Sines, agitando su bastón en el aire.

—¡Con las tropas de reserva, maldita sea! Sí, otra vez. Disponemos de los hombres suficientes para lanzar una ofensiva contra Nomarl... Allí, lo puedes ver con tus propios ojos, hombre. Está tan cerca que casi puedes tocarlo con el bastón. — Creed agitaba una mano mientras hablaba, apuntando hacia los ventanales primero y luego un poco más al este, un lugar que quedaba oculto tras la pared de la sala, como si pudiera ver a través de ella toda la costa del continente—. Primero tomamos Nomarl. Después, con las reservas de Minos y del resto de las islas podemos ir conquistando puertos a lo largo de la costa pathiana. Estableceremos cabezas de playa y bases de apoyo en el continente; de ese modo abrimos un nuevo frente y ganamos opciones. ¿De qué sirven las reservas si lo único que hacemos es resguardarnos a este lado de las murallas y contemplar cómo se desvanecen nuestras esperanzas? Mientras esos hombres continúen inactivos sólo serán más bocas que alimentar que no nos aportan nada más que paz mental. Pues bien, caballeros, lo diré ahora. —Su mirada severa deambuló por la sala, tomando la medida de sus colegas una vez más—. Ya hace tiempo que dejamos atrás la paz mental. Ha llegado el momento de que nos pongamos en acción.

Pese a que Bahn era su asesor de confianza, el general no le había comentado ni una palabra antes de la reunión acerca de esa propuesta. Sabía, sin embargo, que el veterano guerrero podía ser tan calculador como espontáneo cuando se lo proponía. Quizá había vuelto a mencionar el tema de los fuertes plenamente consciente de que no le harían caso con la simple intención de poner luego sobre la mesa su verdadero plan: una nueva ofensiva contra el Imperio. O tal vez, simplemente el hecho de estar sentado en la cámara, contemplando por la ventana la ciudad que se extendía al otro lado del estrecho canal de agua, había despertado en su interior algún tipo de pasión o instinto de acción y ahora estaba dejándose llevar por él.

Sinese, ministro de Defensa, alzó una mano para aplacar los ánimos de la sala, retorciendo la punta de su bastón contra el suelo.

—General Creed, ya he dejado clara nuestra posición respecto a las tropas de

reserva, tanto hoy como en las sesiones previas de este gabinete. No nos exponemos a la posibilidad de quedarnos sin refuerzos para repeler una ofensiva a gran escala de los mannianos contra el Escudo. Además, si como tanto le gusta recordarnos, nuestra costa oriental es tan vulnerable, razón de más para que nuestras fuerzas de reserva se mantengan intactas. De ese modo, por lo menos tendremos algo con lo que responder en el caso de que el Imperio decida acometer la maniobra que señaló anteriormente. General, estamos en una situación que no nos permite emprender acciones ofensivas contra los mannianos. A lo largo y ancho de los Puertos Libres estamos manufacturando artillería moderna, rifles y barcos a marchas forzadas y en mayor cantidad que nunca. La hambruna que arrasa a nuestro pueblo se debe a que tenemos que pagar tanto a Zanzahar por su pólvora como por su grano. Y sin embargo, seguimos aguantando.

—¿Seguimos aguantando, dice? Llevamos diez años retrocediendo sin prisa pero sin pausa. Mientras hablo la muralla de Kharnot podría haberse derrumbado. ¡No estamos en un punto muerto y deben abandonar esa creencia en el caso de que la alberguen! No, somos víctimas de una ejecución lenta pero segura. Y si no cambiamos el curso de los acontecimientos, significará que ya estamos todos muertos.

El primer ministro se aclaró la garganta y posó en los ojos de Creed su inteligente mirada, que salía proyectada de debajo de sus cejas tupidas.

—Tan revolucionario como siempre, general. Lo único que le importa es la victoria. Cambiaría el mundo si eso significara nuestra salvación. Pretende despojarnos de nuestras únicas reservas de tropas para emprender una demencial carrera hacia la gloria. Sin embargo, por mucho que consigamos a cambio, piense por un momento en todo lo que podríamos perder.

Bahn se dio cuenta de que compartía ese sentimiento, aunque nunca lo admitiría en presencia de su superior. «Sí, ya hemos perdido demasiado», pensó.

—Sus propias precauciones les engañan, caballeros —aseveró Creed en un tono sorprendentemente tranquilo, sin dirigirse al primer ministro sino al resto de los presentes de nuevo—. Les pregunto a cada uno de ustedes: ¿Qué esconden? ¿A qué se debe este apocamiento? Lo comprendo en la juventud, pero no en personas maduras. Tenemos que librarnos de él.

—Ya ha hablado, general, y le hemos escuchado. ¿Quiere que sometamos a votación su propuesta?

Creed bufó con las aletas de la nariz dilatadas y sus botas arañaron el suelo cuando dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas de la mesa. Bahn se quedó mirando a su superior menos de lo que dura un suspiro. «Pero ¿qué le ocurre?», se preguntó. Entonces volvió en sí y salió en pos de él.

—¡Condenados idiotas! —exclamó Creed, lo suficientemente alto como para que

todos lo oyeran.

Se detuvo cuando llegó a la puerta y se volvió a la mesa con la comida y el vino aguado preparada para aquella sesión de ministros. La comida era sencilla y no demasiado abundante, pero a ojos de Bahn estaba revestida del glamour de un banquete.

—Toma —espetó el general, y Bahn no pudo más que pestañear atónito cuando Creed le plantó entre los brazos un frutero de madera lleno de fruta y añadió encima un rollito de carne dulce—. Pareces hambriento, ¡maldita sea, hombre! —Y tras decir esto salió por la puerta.

Bahn vaciló unos instantes. Se volvió hacia la mesa con los ministros reunidos, todos lo observaban atentamente. Sin embargo, lo que atraía su atención era la comida. En particular un pedazo de queso blanco con vetas azules cuya fragancia podía distinguirse a varios pasos de distancia y que, tal como pensó Bahn mientras lo colocaba bien en el recipiente apoyado en sus brazos, podría conservarse perfectamente hasta el bautizo de su hija.

Antes de marcharse hizo una reverencia tan cortés como le fue posible y contó hasta tres antes de erguirse de nuevo.

Los rostros blanqueados apartaron simultáneamente la mirada de él.

Capítulo 8

Cheem

El Corazón del Mundo estaba tranquilo aquella mañana, y tan azul y desierto como el cielo que se combaba sobre él como una gigantesca bóveda de zafiro. La mirada podía perderse en el horizonte por todos lados salvo en el oeste, donde se distinguía la recortada silueta de las montañas. El sol bañaba de luz la superficie quieta del mar, y sus rayos regresaban a él en reverberaciones cálidas. Los pájaros revoloteaban como espectros refulgentes y una suave brisa procedente del sur barría la superficie del agua y rizaba alguna que otra cresta blanca del lánguido oleaje.

La tripulación del *Halcón* lo llamaba *chohpra*: un día perfecto.

El *Halcón* sobrevolaba a baja altura las pacíficas aguas del Midéres, como un ave marina a ras de las olas, aunque quizá también como un ave que ha pasado mucho tiempo a merced de los elementos y se alegra de alcanzar el final de su viaje. A pesar del deterioro que revelaba su apariencia, el dirigible había realizado la travesía a buena velocidad; si bien ahora reducía la marcha a medida que se aproximaba a su isla de destino y a Puerto Cheem.

Las gaviotas los seguían y cazaban al vuelo los trozos de keesh que el hombre de piel oscura arrojaba al aire desde la proa de la nave. Ash había atraído la atención de un puñado de tripulantes con los cuerpos vendados que reposaban en la cubierta superior y que sacudían la cabeza y se mofaban de él en susurros. Ellos consideraban que las gaviotas eran las ratas del mar, así que no entendían por qué las alimentaba aquel viejo loco.

Aquel viejo loco parecía no percatarse de sus burlas. Tampoco Nico, que le hacía compañía y que tenía un ojo puesto en la expresión reconcentrada de Ash, entretenido con los pájaros que se abatían en picado, y el otro en el cercano puerto y los numerosos barcos fondeados en sus aguas. Más allá se desplegaba la ciudad sobre las estribaciones de las montañas, que resultaban ridículas comparadas con las montañas de cumbres nevadas que se extendían hasta donde llegaba la vista.

Puerto Cheem era la única ciudad y el único fondeadero con aguas profundas de toda la isla montañosa de Cheem. El puerto era grande, aunque no alcanzaba las dimensiones del de Bar-Khos. También era un lugar de infamia, y por una vez esa reputación era fundada.

Como todos los niños mercianos, Nico había crecido escuchando historias sobre los bandidos de Cheem. Entre los padres de los Puertos Libres era una práctica extendida amenazar a los niños que se portaban mal con que los bandidos los

raptarían y los convertirían en sus esclavos. Los padres los pintaban como monstruos y tejían intrincadas historias en las que los bandidos dejaban un barquito de madera junto a la cama del niño malo que tenían planeado raptar. Si esa advertencia no bastaba para enderezar el comportamiento del niño, esa noche aparecía un barquito de juguete junto a su cama para atemorizarlo cuando despertara. Sólo los niños más traviosos no escarmentaban al descubrir el funesto augurio.

Esos miedos empeoraban cuando el niño alcanzaba la edad adulta y descubría que los bandidos no se limitaban a capturar niños para convertirlos en esclavos, sino también hombres y mujeres.

Por este motivo, el alivio de Nico al superar sano y salvo el bloqueo se diluyó y cedió su lugar a un nuevo temor. De hecho, hubiera preferido aterrizar en cualquier otro lugar.

Esa mañana la brisa era cálida, cargada con todas las fragancias penetrantes del mar, y cuando amainaba un poco, se instalaba el aroma acre a alquitrán fundido que emanaba de las cubiertas de la nave. A pesar de que el viento soplaba a favor, los sistemas de propulsión seguían quemando combustible según se acercaban al puerto. Sobrevolaron la muralla exterior del puerto y vieron el estrecho canal de entrada: una lengua de mar flanqueada por muros de piedra viscosos que sostenían fuertes achaparrados y redondeados levantados de acuerdo con las nuevas tendencias de la ingeniería. Nico se fijó en los cañones que sobresalían de los fuertes, en cuyas azoteas había posicionada una balista de formas antiguas rodeada de soldados de capas pálidas que observaban, apoyados en sus lanzas, el dirigible que sobrevolaba sus cabezas con las banderas verdes que indicaban su neutralidad desplegadas en la cola.

Ahora que Ash se había quedado sin keesh las gaviotas chillaban en señal de protesta. La nave viró y la tripulación se apresuró a reajustar las alas. El dirigible enfiló hacia una playa que se extendía al sur del puerto, donde ondeaba una manga de viento prendida a una alta torre asentada en las rocas. A lo largo de la orilla se levantaban postes de amarre. En la arena se pudría un dirigible desprovisto de su envoltura.

—No te apartes de mi lado —le advirtió Ash—. Sólo nos detendremos en la ciudad un par de horas, pero las historias que hayas podido oír sobre este lugar no carecen de verdad. Puerto Cheem es una perrera. De día estaremos seguros. Aun así, no te separes de mí.

—Y después, ¿cuánto tiempo nos llevará el viaje por las montañas?

—Mucho, pero es un buen lugar si se conoce el camino. Y también pacífico. Apenas vive gente en el interior, sólo las órdenes religiosas en sus ermitas.

—Y las escuelas de asesinos, ¿no?

Ash se puso tenso.

—No sólo somos asesinos, muchacho.

Unas bocanadas de humo gris salieron despedidas del costado derecho de la nave. Se dejaron caer las anclas, que se arrastraron por el fondo marino y emergieron en la playa, cubiertas con montones de algas. Llegó el turno de las amarras y los hombres apostados en la playa las agarraron con fuerza y las anudaron a los postes. Mecido por la brisa antojadiza, el *Halcón* descendió lentamente.

Trench se acercó con el kemir agarrado a su cuello a los hombres de su tripulación, que habían saltado por la borda para asegurar las cuerdas. El capitán todavía caminaba con la cojera ganada en la batalla.

—Te he traído a casa —dijo, dirigiéndose a Ash.

—Sí. Te lo agradezco.

Se dieron la mano y luego Trench estrechó la de Nico. El kemir parloteó sobre su hombro su particular saludo de despedida. No pudo despedirse de Berl, ya que por desgracia seguía confinado en su litera, con fiebre. Había perdido un pie en la contienda.

Nico dio una sacudida cuando el casco de fondo plano del dirigible se posó en la arena y se echó la mochila al hombro. Era una sensación extraña: ahora que el *Halcón* descansaba en tierra firme casi le daba pena abandonarlo.

—Vamos —le espetó Ash, enfilando por la pasarela oscilante.

Al final, y después de todas las advertencias recibidas, Puerto Cheem le resultó algo decepcionante.

Ash caminaba con tanto brío y resolución que Nico apenas tenía tiempo para fijarse en la ciudad. Sólo permanecieron el tiempo necesario para abastecerse de provisiones ligeras y dos mulas que los transportaran en su viaje al sur de la isla.

Lo primero que le horrorizó fue el hedor que impregnaba el lugar. La ciudad estaba cubierta de barro tras las recientes lluvias y el agua corría sin obstáculos por las zanjas pestilentes que se habían formado en los costados o en el centro de las calles; el olor se hacía más insoportable aún por los cadáveres de perros y gatos, e incluso, por el de una joven desnuda, cuyo cuerpo yacía ignorado por los transeúntes.

En el exterior de una tienda, Nico estuvo ayudando a asegurar las provisiones recién adquiridas a ambos lados de las mulas. Justo cuando finalizaba la tarea tuvo que saltar a un lado para apartarse del camino de un grupo de guardias de la ciudad, una brigada de mercenarios alhaziís de tez morena y con armaduras arlequinadas que se deslizaban raudos por la calle, entonando una canción desconocida y aterradora. Poco después, Nico y Ash se cruzaron con los mismos guardias, cuando éstos intentaban disolver una pelea de taberna: fuera los hombres gritaban tendidos en el barro, mientras que de dentro llegaba el sonido del choque de los aceros entre el barullo de una multitud voces.

Ash y Nico se alejaron rápidamente del lugar y continuaron atravesando la ciudad hacia el sur. Ash gritó en lengua franca a la chusma callejera, que se dispersó y les dejó vía libre con la ayuda de un puñado de monedas que Ash les arrojó. Los niños tiraban de las mangas a Nico y le pedían comida, monedas, hojas de grindelia o escoria. Había prostitutas por todas partes, desnudas y pintadas de dorado de pies a cabeza, que bamboleaban provocativamente sus pechos al paso de Nico, quien forzaba la vista para acertar con sus brillantes pezones, las únicas zonas de sus cuerpos limpias de pintura.

Los mercados de esclavos eran de una atrocidad insoportable. Al otro lado de las cancelas de madera, Nico entreveía a hombres, mujeres y niños harapientos y hacinados que eran subastados como ganado.

—¡Abrazad la carne! —gritaba un predicador callejero, cerca de una de esas subastas—, ¡Abrazad la carne o seréis esclavizados como los débiles!

—¿Qué predica? —preguntó Nico.

Ash escupió a los pies del orador cuando pasaron junto a él a lomos de sus mulas.

—La fe de Mann —respondió al cabo.

A diferencia de Bar-Khos, Puerto Cheem no alardeaba de sus murallas, y Nico se sorprendió al comprobar que las viviendas a ambos lados de la calle empezaban a ser simples chozas de la periferia hasta que llegó un momento en el que ya no hubo nada y se hallaron fuera de la ciudad. Nico se mecía cadenciosamente sobre la mula y notaba que su tensión se mitigaba.

La carretera se extendía tortuosamente por las estribaciones de las montañas que flanqueaban la costa, siempre con el mar y las naves que daban bordadas sobre su superficie a la vista. Cheem era una isla básicamente montañosa y la mayor parte de sus tierras de cultivo se encontraba en la costa o en los numerosos y angostos valles que ascendían hacia las exuberantes cumbres.

Siguieron por la misma carretera casi todo el día, dejando atrás un puñado de aldeas y granjas aisladas, cuyos moradores se quedaban mirándolos con suspicacia y no les brindaban saludo alguno. A última hora de la tarde torcieron hacia el oeste y se adentraron en uno de los característicos valles de la isla; ascendieron por unas tierras de labranza apenas cultivadas hasta unas praderas de hierba y brezo sólo adecuadas para el pastoreo de ovejas de montaña. En las laderas a ambos lados del camino, los árboles empezaban a agruparse en bosques silenciosos de pinos negros.

Ash experimentó un cambio mientras se internaban a lomos de sus mulas en las tierras altas, su carácter se suavizó hasta unas cotas que iban más allá de la habitual serenidad que reflejaba su semblante. Su mirada se relajó y sus labios se fruncieron en un gesto de satisfacción mientras respiraba el aire fresco y quieto.

—Parece que el regreso le hace feliz —observó Nico.

Un gruñido fue lo único que el muchacho consiguió en pago por su interés, y el anciano continuó cabalgando en silencio. Nico pensó que su comentario ya había caído en el olvido cuando diez o quince minutos después —con el sol poniente de cara dando intensidad a los colores postreros del día y el aroma a resina flotando por todas partes— su maestro habló:

—Estas montañas... son ahora mi hogar.

Acamparon en un claro rodeado de jupes ancestrales cuyas hojas plateadas titilaban rojas y doradas bajo el sol crepuscular. Nico tenía la espalda entumecida y el culo amoratado tras la cabalgada. Observó a Ash, que cogía una de las hojas verdes que siempre llevaba consigo guardadas en una bolsa y se la llevaba a la boca: de nuevo su dolor de cabeza. El anciano se puso manos a la obra y extendió unas mantas y sacó algo de comida para pasar la noche. Luego frotó el pelaje de las mulas con manojos de hierba mientras ellas comían bayas de un arbusto. Nico arrancó la corteza resinosa de un cicado para encender el fuego y recogió leña para alimentar la hoguera.

Por fin, Ash se sentó con una expresión evidente de alivio y estuvo contemplando el cielo vespertino y dando sorbos a una vasija de calabaza mientras Nico encendía el fuego. El muchacho se valió de su pedernal y de un trozo de acero para producir chispas en la corteza que ya había molido y a continuación sopló suavemente hasta que las llamas prendieron. Por el aire se elevaron las columnas de humo blanco de la madera húmeda, que contrastaban marcadamente con los picos oscurecidos de las montañas que los rodeaban.

—Empieza a hacer frío —comentó Nico, frotándose las manos y alargándolas hacia las llamas que acababa de encender. Aunque había ganado algo de peso desde su partida de Bar-Khos, su cuerpo escuálido le hacía padecer con intensidad el frío.

El anciano soltó una risotada.

—Algún día te contaré yo algo sobre lo que es el frío.

—¿Se refiere a la *vendetta* que le llevó a los hielos meridionales?

Ash hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pero no dijo más.

Había asentido de una forma idéntica la última vez que el tema había salido a colación, antes de abandonar Bar-Khos, cuando Nico lo había acribillado a preguntas sobre su última *vendetta* y únicamente había recibido respuestas escuetas. Entonces, Nico había apretado los dientes con frustración, y lo mismo hizo ahora, ansioso por saber más sobre esas legendarias tierras remotas de las que sólo había oído hablar en cuentos y canciones.

—¿Es verdad que se comen unos a otros? —inquirió Nico, intentándolo de nuevo.

—No, sólo se comen a sus enemigos. Dejan que se congelen durante la noche y luego arrancan la carne de los cadáveres.

Por extraño que pudiera parecer, esta imagen espantosa provocó el rugido de sus

tripas. Se moría de hambre tras la larga jornada de viaje. Arrojó otro palo a la hoguera, y otro más.

—Nunca me ha contado cómo consiguió regresar a la costa. Dijo que para entonces ya había perdido a sus perros.

El aire salió silbando entre los dientes apretados de Ash.

—En otro momento, muchacho. Ahora quedémonos aquí sentados y disfrutemos un rato del silencio.

Nico suspiró y giró sin perder su postura en cuclillas. No miraba al anciano.

—Ten —dijo Ash, ofreciéndole la vasija de calabaza.

Nico ignoró la invitación y siguió con la mirada fija en las llamas, que se agitaron azuzadas por una ráfaga de aire.

—La bebida no es para mí —repuso al cabo.

Ash meditó unos segundos.

—Tu padre... ¿era un borracho?

Ahora fue Nico quien decidió evitar las preguntas. Volvió a frotarse las manos y les echó el aliento. Con el rabillo del ojo veía que Ash seguía observándolo.

—Y lo que temías de tu padre es lo que ahora más temes de ti.

—La bebida lo convertía en una bestia —admitió Nico—. No quiero seguir su camino.

—Lo entiendo. Pero tú no eres tu padre, muchacho. Del mismo modo que él no era tú. Toma. Pruébalo. Hay que tomar de todo con moderación, incluida la propia moderación. Además, te hará entrar en calor.

Nico suspiró de nuevo y cogió la vasija que le tendía el anciano, se sentó y la contempló unos segundos.

—Con cuidado. Es un brebaje potente.

Nico se llevó el recipiente a los labios y dio un sorbo; reprimió la arcada que le produjo la quemazón salobre en la garganta y tosió.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó con la voz rasposa, devolviéndole la vasija.

—Básicamente agua... aderezada con unas gotas de sudor del salvaje Ibos. Lo llaman fuego de Cheem.

A Nico no le gustó cómo sonaba aquello. Sintió el flujo de calor recorriéndole el estómago; sin embargo, no era tan tonto como para dejarse engañar por la sensación de un calor que sabía irreal. Su padre le había explicado en una ocasión que quedarse dormido borracho a bajas temperaturas podía ser letal.

—¿Le parece conveniente emborracharse esta noche?

El anciano le soltó una palmada como si Nico fuera una mosca.

—Hay que soltarse la melena, muchacho. Además, una resaca nos será útil para lo que tenemos que hacer mañana.

Aquellas palabras, por supuesto, no tenían de momento ningún sentido para Nico, si bien guardó silencio.

Cenaron jamón curado y un pedazo de keesh que compartieron, acompañados de dos tazas de chee preparado con agua de un arroyo cercano. Siguieron bebiendo fuego de Cheem y se fueron achispando a medida que la luz se atenuaba y las estrellas se concentraban en el cielo. El fuego crepitaba y refulgía en la oscuridad, aún más impenetrable por la acción de la luz de las llamas. Se quitaron las botas y se calentaron los pies en la hoguera.

—¿Está muy lejos? —balbuceó Nico, tras un rato absorto en sus pensamientos, contemplando las llamas que chisporroteaban y danzaban con alegría.

—¿El qué?

—El monasterio. ¿Está muy lejos?

El anciano se encogió de hombros. Había cogido una piedra y la lanzaba al aire y la recogía distraídamente con una mano una y otra vez.

—¿Por qué se encoge de hombros?

—Porque no lo sé.

«Debe de estar borracho», pensó Nico.

—Pero si usted vive allí —insistió—. ¿Cómo es posible que no sepa cuánto nos queda para llegar?

—Nico, confía en mí, ¿de acuerdo? Por la mañana todo tendrá sentido. Hasta entonces, bebe y disfruta. Después de esta noche, cuando por fin llegemos a Sato, tendrás mucho trabajo que hacer y un duro entrenamiento por delante.

Nico aceptó de nuevo la vasija a regañadientes. Tomó otro trago largo y se la devolvió. Luego se tumbó boca arriba y contempló las estrellas, con un brazo flexionado bajo la nuca. Cada vez hacía más frío.

Con el rabillo del ojo vio a Ash con la piedra aferrada en la mano y examinando el sello que llevaba colgado del cuello. Nico se volvió para observar al anciano, que tenía una sombría expresión de concentración en el rostro.

«Debía habérmelo imaginado —pensó Nico—. No es más que un borracho sensiblero; igualito que mi padre.»

Ash levantó la mirada del sello y vio que Nico tenía los ojos clavados en él. Soltó un gruñido y sepultó el sello bajo la túnica.

—¿Qué?

—Nada, Ash... maestro Ash. Tengo una pregunta.

El anciano dejó escapar un suspiro.

—Entonces hazla.

—Usted me dijo que ese sello que lleva ahora está muerto, pero que una vez perteneció a un patrocinado.

—Así es.

—Si los sellos se emplean como elemento disuasorio, ¿por qué los roshuns no llevan sus propios sellos? ¿Por qué no se protegen ellos mismos con la amenaza de una *vendetta*?

La dentadura de Ash refulgió a la luz de la hoguera.

—Por fin una cuestión que vale la pena discutir. —Y volvió a lanzar la piedra, que giró en el aire antes de que la atrapara de nuevo.

El anciano se inclinó hacia Nico como si fuera a hacerle una confidencia.

—Voy a decirte algo, Nico, y no debes olvidarlo jamás. —Su aliento abrasaba—. La venganza, muchacho... la venganza es un ciclo que nunca acaba. Nace de la violencia y no engendra más que violencia. En medio sólo hay dolor. Por eso los roshuns nunca llevamos sellos para protegernos. Nos gustaría que nuestro cometido no fuera más allá de entregar un elemento disuasorio a la gente, pues sabemos mejor que nadie que la venganza no aporta nada valioso a este mundo. Simplemente es la profesión a la que nos han conducido los caminos que hemos seguido en la vida.

—Por cómo lo dice da la impresión de que lo que hacen está mal.

—Nosotros no lo consideramos en términos de bien y mal. Nuestro trabajo es moralmente neutro, esto es algo que debes entender, pues es uno de los principios fundamentales del credo roshun. Para que lo comprendas: es como si fuésemos rocas repartidas por la ladera de una montaña que se mueven impelidas por otras rocas en movimiento. Simplemente seguimos el curso natural de los acontecimientos. —Hizo una pausa para reflexionar un instante—. Pero nunca debemos convertir nuestro trabajo en un asunto personal. De lo contrario, nos convertimos en algo más que una simple fuerza en movimiento: nos convertimos en parte del ciclo. Si yo muriera en una *vendetta*, otro roshun ocuparía mi lugar, y si ése muriera, otro, y otro, hasta que se cumpliera el compromiso de *vendetta* contraído con nuestro patrocinado. Y ahí acabaría todo. No llevamos sellos ni queremos que se vengue nuestra muerte. De ese modo rompemos el ciclo.

El anciano puso fin a su declaración con un largo trago a la vasija. Se limpió los labios.

—¿Lo has entendido? —interrogó a Nico, dándole un codazo.

A Nico le daba vueltas la cabeza, y no sólo por el alcohol. Estaba hecho un lío. Los khosianos entendían lo de la *vendetta*; era algo que presentían, y sabían de su poder como un pez sabe nadar. Sus sagas estaban llenas de venganzas y asesinatos sangrientos, y los personajes que reclamaban un desagravio siempre eran los héroes de las historias.

Asintió, aunque todavía tenía muchas dudas.

—Muy bien. Entonces ya has aprendido la lección más importante de todas.

Una brasa candente escapó del fuego y el ruido sobresaltó a Nico, que se levantó dando un respingo. Se quedó mirando el ascua brillante en la hierba, entre sus pies

descalzos, que fue apagándose lentamente hasta adquirir un color grisáceo. Aceptó otro trago de la vasija. Real o no, era agradable sentir el calor interior que proporcionaba. Sospechaba que ya estaba un poco borracho y llegó a la conclusión de que, después de todo, tampoco era algo tan terrible. Se tumbó de nuevo para contemplar el cielo.

El resplandor de las estrellas era intenso allí arriba, en las montañas; las más brillantes parecían palpar. Si Nico movía la cabeza de izquierda a derecha todo lo que le permitía el cuello, podía seguir la estela blanquecina de la Gran Rueda girando por los cielos. Si bajaba un poco la mirada desde la Gran Rueda, a la derecha de la hoguera, veía sus constelaciones favoritas tachonando la negrura del firmamento: la Dama, con las estrellas componiendo su mano, que sujetaba los astros que daban forma a su espejo roto; y junto a ella, encima, el Gran Necio —el Sabio del Mundo— posaba con su fiel suricata a sus pies —cuatro pequeños destellos formando una línea curva—, su único compañero cuando le llegó el final, cuando abandonó su trono celestial para errar por el mundo propagando las enseñanzas de Dao.

Un meteorito surcó el cielo seguido casi de inmediato por otro. Al este, un cometa y el dedo de luz de su estela estriaban la bóveda celeste. Nico respiró hondo, se sentía en paz.

Sin embargo, fue una paz que se vio interrumpida por las suaves risas entre dientes de Ash a la luz de la hoguera. Nico lo ignoró, convencido de que el alcohol le había nublado el juicio, pero el anciano continuaba riéndose solo.

—¿Qué es tan divertido? —inquirió finalmente Nico, arrastrando las palabras.

Ash se balanceaba adelante y atrás, intentando contenerse, pero un vistazo a Nico y la expresión de su rostro sólo lo empeoró. Señaló hacia su aprendiz con la vasija en la mano e intentó decir algo en medio de su alborozo, pero le resultó imposible y tuvo que intentarlo una segunda vez.

—¡Estamos perdidos! —espetó, imitando en tono jocosos la voz púber de Nico.

Nico arrugó el rostro y se le encendieron las mejillas. Lo último que deseaba era que le recordaran la batalla a bordo del dirigible y el momento en el que había estado a punto de tener un ataque de nervios. Ese episodio bochornoso era algo que necesitaba mantener enterrado.

Abrió la boca para mandar callar al anciano con unas cuantas palabras de su propia cosecha, pero en ese momento el anciano le apuntó con el dedo, como si supiera lo que iba a decir y eso le hiciera reír todavía más.

Quizá fuera por culpa del fuego de Cheem, o quizá por el brillo en los ojos del anciano, sin rastro de malicia ni condescendencia, pero Nico se encontró de pronto contagiado por el buen humor de su maestro y fue capaz de ver el lado divertido y no vergonzoso del suceso, y antes de darse cuenta siquiera ya reía y se balanceaba adelante y atrás como el viejo extranjero procedente de tierras remotas; ambos riendo

a mandíbula batiente, como unos chiflados, con las lágrimas saltándoseles de los ojos.

—¡Estamos perdidos! —vociferó Ash de nuevo.

Los dos reían estruendosamente, fuera de sí y sujetándose la barriga, mientras las llamas iluminaban u oscurecían sus rostros desencajados y las estrellas titilaban sobre sus cabezas, al alcance de sus manos.

—¡Estamos perdidos! —gritaron a coro hacia el cielo nocturno.

Capítulo 9

Una mente desatada

—¿Qué ocurre?

—El arbusto.

—Eso ya lo veo. Pero ¿qué tiene de especial?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿por qué estamos aquí de pie, parados, mirándolo?

Y así estaban: de pie, parados, mirando el pequeño arbusto verde que crecía junto a un turbulento arroyo montañoso. Eran las primeras horas de la mañana y el sol refulgía reflejado en sus ojos. Nico tenía la cabeza a punto de estallar por la resaca de la noche anterior.

—¿Habías visto alguna vez un arbusto como éste, Nico?

—No estoy seguro.

—Entonces fíjate en él. Mira sus bayas.

Nico las miró detenidamente. Eran pequeñas y de un color negro oleoso. Estaban salpicadas por unas curiosas manchitas blancas que recordaban ligeramente a calaveras.

—No, creo que no lo había visto nunca.

—En efecto, nunca lo habías visto. Hay muy pocos arbustos como éste en toda la isla de Cheem. Fueron traídos aquí desde Zanzahar, y allí llegaron desde las Islas del Cielo.

Nico le escuchaba con cierta impaciencia. Tenía el estómago peligrosamente revuelto esa mañana y lo único que quería era tumbarse y pasar hecho un ovillo lo que quedaba de día. Si éstos eran los efectos que tenía beber fuego de Cheem a la mañana siguiente, juraba que nunca más tomaría el repugnante brebaje.

—Son mi memoria, Nico —dijo Ash, arrodillándose delante de la mata. Arrancó dos bayas de una misma rama y las dejó caer en su taza de hojalata. Nico lo miró expectante, el anciano suspiró e interrumpió su labor por un instante.

—Cuando vinimos a Cheem por primera vez para fundar nuestra orden —le explicó Ash—, lo hicimos porque ya había muchas sectas más antiguas instaladas en estas montañas. Órdenes religiosas en lugares remotos adonde acudían las personas interesadas en sus enseñanzas para retirarse del mundo de los hombres. Apenas si la habitaba otro tipo de gente. Al fin y al cabo, esto no deja de ser una jungla y es fácil perderse. Pero eso no bastaba para mantener oculta nuestra orden. Temíamos que si alguna vez un roshun era capturado, revelara la ubicación del monasterio y nos

pusiera a todos en peligro. De modo que el recuerdo que teníamos de su localización fue... alterado. Sepultado. El Vidente de Sato conoce las técnicas para lograrlo.

Ash empezó a machacar las bayas con una ramita rota, muy lentamente y con extrema delicadeza, poniendo toda su atención en la tarea.

—Con el jugo de estas bayas desbloquearé los recuerdos que se me han mantenido ocultos y se me mostrará el camino.

Lanzó un escupitajo al interior de la taza de hojalata y alargó el brazo que la sujetaba para que Nico hiciera lo mismo. El muchacho frunció el ceño, se inclinó hacia delante y escupió. Ash siguió removiendo la pasta.

—Si no lo preparo como es debido —confesó sonriente—, podría ser letal.

Hizo un gesto a Nico para que se arrodillara a su lado. Nico vaciló un momento, preguntándose qué nueva sorpresa estaría preparándole el anciano. La punta de la ramita emergió de la taza y Ash la levantó hacia la frente de Nico, que dio un respingo hacia atrás.

—No te muevas, muchacho.

—¿Por qué tengo que ponérmelo yo?

—Porque así no recordarás el camino.

Ash dio unos golpecitos en la frente de Nico con la ramita embadurnada del mejunje mientras musitaba algo entre dientes. Luego se aplicó el mismo ungüento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nico.

El anciano limpiaba la taza. La mancha azul de su frente se había secado y había adquirido un tono rojizo.

—Relájate. Tranquilo. Es un proceso lento.

Así que Nico se relajó. De hecho, se tumbó en el suelo hecho un ovillo y rápidamente cayó dormido.

Los sueños llegaron hasta Nico como un flujo de alquitrán que manara del suelo; lo envolvieron lenta pero irremediamente, se filtraron por sus poros y se deslizaron hacia su cabeza, hasta que también de su cerebro empezó a manar alquitrán.

En estos sueños a veces tenía la sensación estar completamente despierto. Atardecía y su maestro marchaba ante él. Avanzaban muy despacio y con pesadez a lomos de las mulas por las selvas plateadas, donde ni siquiera la brisa era capaz de provocar un sonido o un movimiento. El cielo tenía un tono grisáceo y apagado sobre sus cabezas; parecía más bajo de lo normal y daba la impresión de que iba a aplastarlos de un momento a otro. Las nubes se deslizaban raudas, matizadas de azul por las lunas hermanas que oscilaban en el cielo, mucho más altas y con movimientos más rápidos de lo acostumbrado. Nico las contempló por un momento, escondidas tras las nubes, una blanca y la otra azul, mientras en su interior latía algo así como una noción del tiempo, infinito, eterno y circular. Y antes de que se diera cuenta, las

nubes y las lunas habían desaparecido y volvía a ser de día, aunque un día con una luz tenue y velada en el que todavía rondaba la noche. Conducían las mulas por un valle escarpado y rocoso. Ash cantaba a pleno pulmón y en una lengua extraña una canción sencilla; el eco volvía a ellos rebotado en las paredes de esquisto del valle, produciendo una armonía distinta a todas las que Nico hubiera oído antes.

Por algún motivo, Nico estaba llorando. Estaban acurrucados alrededor de una minúscula hoguera que ardía con ramitas raquílicas, en el interior de una cueva que olía a excrementos de murciélago y algas. Ash también estaba llorando, y hablaba entre sollozos sobre la familia que había perdido muchos años atrás, sobre su amada esposa y su hijito; y al tomar conciencia de la escena, Nico no pudo contenerse y sus sollozos se convirtieron de repente en carcajadas, y Ash estaba cada vez más furioso con él y le gritaba otra vez en esa lengua extraña lo que parecían más gruñidos que palabras. Sin embargo, la reacción de su maestro tuvo el efecto contrario en Nico, que señalaba al anciano extranjero encolerizado y le gritaba: «¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!» Ash lo agarró, pero el anciano se precipitó hacia delante y cayó rodando en el fuego, de modo que las llamas se ahogaron definitivamente.

Pero no, no era así, pues estaba lloviendo e iban a pie tirando de las mulas por las riendas. Resbalaban en el barro mientras ascendían por una ladera surcada de arroyos de aguas heladas, y las nubes estaban tan bajas y eran tan negras que resultaba imposible adivinar qué momento del día era. Delante de ellos tronaba una formidable cascada envuelta en bruma, y ellos estaban calados hasta los huesos por las diminutas gotas de agua pulverizada que les alcanzaban. El terrible sendero que discurría por el borde del barranco de trescientos metros de altura los acercaba a la estrepitosa cascada. Atravesaron directamente la cortina de agua y aparecieron en un túnel con una extraña e inquietante luz verde y con las paredes forradas de líquen. El anciano le gritó algo para tranquilizarlo; su voz se elevó por encima del fragor del agua y Nico lo oyó. El estruendo constante de la cascada le revolvía el estómago, y también la cabeza.

Y entonces no hubo ninguna duda de que estaba soñando, pues ya no se encontraba en las montañas de Cheem, sino en unas llanuras verdes que parecían no tener fin, bajo un sol pálido que trazaba una parábola abierta sobre su cabeza. Un pájaro solitario dibujaba círculos en el cielo y nubes de moscas revoloteaban encima de la hierba; sin embargo, en el suelo no se veía animales ni llegaba ruido alguno de vida. En un abrir y cerrar de ojos cayó la noche. Las lunas gemelas refulgían de nuevo en lo alto. Nico estaba mirando a un hombre encogido bajo un árbol achaparrado y envuelto en pieles de animales; parecía dormido. El hombre no estaba solo. Unas figuras avanzaban silenciosamente hacia él. Por lo poco que Nico vislumbraba eran unos seres monstruosos, pues parecían insectos, arañas u hormigas quizá, aunque de un tamaño descomunal. Cada una era tan grande como una mula y

galopaba más que corría.

Nico sabía que era un sueño, aunque muy distinto de cualquiera que hubiera tenido antes. Sin embargo, él no parecía estar dentro de ese sueño, más bien asistía a él transmutado en una forma incorpórea, como si presenciara la pesadilla de otra persona. Pero eso no era lo único extraño de la experiencia, pues tenía la impresión de que conocía a aquel hombre, a pesar de que en la penumbra apenas si distinguía las facciones de su rostro.

De repente, Nico se encontraba gritando a aquel extraño hombre que despertara, que cogiera sus armas y se defendiera; pero era inútil, ya que no salía ningún sonido de su boca. Gritó más alto aún, desgañitándose, mientras las sombras convergían en la figura dormida. Pero lo único que consiguió con el aire que brotaba de su boca fue que una suave brisa sacudiera un puñado de hojas del árbol bajo el que dormía el hombre. Una vaina de semillas se desprendió de una rama pelada. Posiblemente eran las últimas semillas del árbol. Impulsada por el aire, la vaina cayó girando lentamente y aterrizó en la mejilla del hombre dormido.

En el acto el hombre estaba en pie, luchando por su vida.

—¡Muchacho!

Nico despertó sobresaltado, jadeando.

Ash estaba sacudiéndolo suavemente, con una taza humeante de chee en la mano. Lo miró con los párpados entornados, en silencio. Tardó aún algunos segundos en poder moverse; luego, con un esfuerzo descomunal, se incorporó.

Ya sentado, paseó la mirada en derredor, tratando de averiguar dónde se encontraban, y al parecer estaban en otro valle montañoso.

—Tranquilo, muchacho —dijo el anciano, apretando la mano de Nico alrededor de la taza. Su mirada tenía algo de salvaje aquella mañana.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Nico.

—Casi. ¿Cómo te sientes?

Nico le respondió con un gruñido. Se sentía especialmente débil y tenía un dolor leve pero persistente en los ojos. Su ropa también estaba hecha un guiñapo, raída y llena de tierra y hojas. Ash no tenía mejor aspecto, con la túnica hecha jirones y la cara sucia y cubierta por el rastrojo incipiente de su barba gris.

—¿Cuánto tiempo...? —empezó a decir Nico, no muy seguro de cómo terminar la pregunta.

—Cinco días, creo... quizá más. Lo has hecho muy bien. Has aguantado firme.

Nico dio un sorbo al chee caliente y apenas apreció su sabor. Necesitaba urgentemente lavarse los dientes. Ya con una mirada completamente liberada de la rémora del sueño, examinó con mayor detenimiento el paisaje que se desplegaba en torno a él. Las aguas tranquilas de un arroyo ancho y tortuoso discurrían por el fondo

del valle, partiéndolo en dos, detrás de las mulas que pastaban a unos metros del lugar donde habían acampado. Nico siguió con la mirada el cauce del arroyo y la llevó más allá de los juncas que poblaban las riberas de sus meandros, hacia la pradera amarillenta que se extendía por todo el fondo del valle, con la hierba mecida por la brisa matinal que arrastraba el olor a chee caliente y ajo frito y el rumor esporádico de risas lejanas. En el borde mismo del valle se asentaba un enorme edificio de ladrillo rojo con una torre que partía de una de sus esquinas, rodeado por un bosquecillo de árboles bajos y dorados.

Se tomaron aquella mañana con calma y no se apresuraron a levantar el campamento. Nico permanecía sentado tranquilamente y dejaba que el chee le aliviara el estómago vacío mientras contemplaba despreocupadamente el paisaje; su diminuta hoguera mantenía alejadas las moscas. Ash se afeitaba y se lavaba desnudo en el arroyo, sumergido hasta la cintura, y de vez en cuando se le escapaba un alarido provocado por el contacto de su cuerpo con el agua gélida. Nico intentaba unir las piezas de lo poco que recordaba de los últimos cinco días: meros fragmentos de recuerdos, escenas vividas enmarcadas en la nada y, aún más enigmático, el extraño sueño de un hombre que de algún modo había reconocido... Nada tenía sentido.

Al final decidió que él también necesitaba un baño y lavarse los dientes, así que dejó a un lado su vano intento de recordar junto con su ropa, sacó una pastilla de jabón y un pequeño cepillo de dientes de la mochila y se reunió con Ash en las pacíficas y heladas aguas del arroyo montañoso. En algunos tramos tenía la profundidad suficiente para nadar y así pasó Nico buena parte de la mañana, nadando y flotando boca arriba; los rayos del sol rebotaban en su cuerpo y alguna que otra tímida trucha arco iris se deslizaba entre sus pies. Sus músculos entumecidos y agarrotados fueron relajándose poco a poco, y sus numerosos cortes y arañazos daban la bienvenida con un escozor renovado al agua fresca y vigorizante.

Mientras se secaba con su túnica, tiritando por la brisa fresca, fijó la mirada distraída en un pequeño arbusto que crecía junto al arroyo. Era de la misma especie que el que los había embarcado en el extraño viaje por las montañas durante los últimos cuatro o cinco días, con sus bayas negras y oleosas con puntos blancos. Nico llamó la atención de Ash sobre su descubrimiento.

—En efecto, volvemos a utilizar las bayas cuando partimos —explicó el anciano—. No te preocupes —añadió, percatándose de la evidente zozobra que se apoderaba de Nico—, pasarán muchas lunas antes de que nos vayamos de aquí.

Nico presentía que los observaban mientras ascendían a lomos de sus mulas desde el fondo del valle. Ash se dio cuenta de la mirada nerviosa con la que su pupilo examinaba los afloramientos rocosos de los alrededores.

—Pierdes el tiempo —fue todo lo que Ash tenía que decir, y espoleó su mula.

El ascenso hasta el monasterio les llevó más tiempo del que Nico había previsto. El humo se elevaba perezosamente desde las numerosas chimeneas del edificio y los postigos de las ventanas sin cristales permanecían abiertos al día. A medida que se acercaban al bosquecillo que rodeaba el monasterio, fueron pasando por jardines cercados que labraban unas figuras con túnicas negras: hombres de diversas razas que sudaban al sol cálido de las cumbres. Algunos trabajaban entre risas; otros, solos, lo hacían concentrados únicamente en sus tareas.

Muchos saludaron a Ash levantando un puño a su paso; otros le dedicaban una reverencia con las palmas de las manos pegadas, un gesto tradicional de la orden, el *sami*, con una tenue sonrisa dibujada en los labios.

—¡Ash! —bramó, mostrando su sonrisa desdentada un anciano, oriundo de las mismas tierras remotas de su maestro, que iba brincando hacia ellos descalzo y agarrándose el dobladillo roñoso de su túnica. De una edad similar a la de Ash, también compartía sus peculiares facciones, si bien era más bajito y fornido y llevaba la entrecana cabellera negra recogida en un moño—. ¡Por Dao, ya te creía muerto y sepultado en el hielo! —exclamó entre jadeos.

—¿Cómo estás, viejo amigo? —le preguntó Ash.

—Mejor ahora que has regresado sano y salvo con nosotros. Y por lo que veo, no lo haces solo.

—Mi aprendiz —repuso Ash, señalando a Nico con el pulgar por encima del hombro—. Nico, saluda a este viejo loco que se hace llamar Kosh.

Los ojos del hombre se abrieron aún más cuando Nico le ofreció una tímida sonrisa.

—Un muchacho tranquilo —observó Kosh con regocijo.

—Para nada. Lo que pasa es que sólo habla en los momentos más inoportunos.

—Bueno —dijo Kosh—, dejaré que os instaléis. Pero esta noche tomaremos algo juntos y me contarás tu viaje.

Kosh palmeó en la grupa a la mula de Ash para que reemprendiera la marcha. Nico siguió a su maestro, girado sobre la silla, observando al roshun que se erguía y hacía una reverencia respetuosa ya a la espalda de Ash.

—Estos árboles... —empezó a decir Nico acompañado por el crujido de las pezuñas de las mulas en la grava de un sendero que atravesaba el bosquecillo.

Los árboles eran bajos, recubiertos por una corteza de un marrón dorado, con el follaje de color cobre y flores rojizas con forma de estrella. Nunca había visto nada parecido.

—Son malis. También proceden de las islas. Con ellos fabricamos los sellos.

—¿Con sus semillas?

—Sí.

—¿Las semillas dan sellos?

Ash suspiró.

—Las semillas ya son los sellos, Nico. Aunque precisamente todos estos árboles que ves a tu alrededor son... estériles, y no dan frutos. —Se dio unos golpecitos en el sello que todavía llevaba colgado del cuello—. Buscaré un lugar apropiado en los límites del bosque y lo enterraré. Transcurrido un tiempo, mucho menos del que creerías, crecerá como cualquiera de estos árboles, pero, también como ellos, no producirá otros nuevos, pues proviene de un sello que ya no respira.

—Entonces este bosque... todos estos árboles... —Nico contemplaba boquiabierto el bosque que lo envolvía y que se sumió en el silencio por un arrullo momentáneo del viento—, ¿Todos estos árboles han crecido de los sellos de la gente que ha muerto?

—Sí... Absolutamente todos.

Delante del monasterio había un grupo de hombres practicando con el arco, en una vasta alfombra de hierba que un puñado de cabras de las colinas que deambulaban por allí —y que parecían imperturbables a las flechas que cortaban el aire justo por encima de sus cabezas— se encargaban de no dejar crecer en exceso.

En ese momento llegaba el turno del mayor de los arqueros, el único oriundo de las lejanas tierras de Ash entre ellos, y Nico lo observó. El roshun podría haber estado sonriendo, pero era difícil afirmarlo sin riesgo a equivocarse, pues su tez estaba tan arrugada y tenía la espalda tan encorvada que su cabeza parecía colgar de su cuello como si estuviera a punto de precipitarse al suelo. Los hombres que lo acompañaban guardaron silencio mientras asestaba su arco. Sin levantar la mirada, inspiró hondo y mantuvo el aire en los pulmones, y mientras espiraba enderezó la espalda; tensó la cuerda y disparó el proyectil en un único movimiento fluido, y ya no varió su postura hasta que la flecha descendió del cielo y se hundió en el centro de la lejana diana.

—¡Ajá! —exclamó Ash en un tono elogioso.

Las mulas no se habían detenido y enfilaron con pesadez por una estrecha entrada lateral que los condujo hasta una plaza con un polvoriento suelo de tierra y flanqueada por los cuatro costados por el edificio del monasterio. En el centro del patio interior había otro grupo de malis —siete árboles en total— cercado por una valla pintada de blanco. En el reducido espacio del patio reinaba un extraño silencio que giraba en torno a la docena de figuras con túnicas sentadas en el suelo, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra los árboles. Permanecían enfrascados en profundas meditaciones y no prestaron ninguna atención a los recién llegados salvo uno, un hombretón alhazií con barba y ataviado con una túnica sin mangas que bostezó en cuanto reparó en los recién llegados; se levantó y se dirigió hacia ellos con paso enérgico, bañado por la luz matinal.

—Has vuelto —dijo el grandullón.

Ash y Nico desmontaban de las mulas.

—Baracha —repuso Ash a modo de saludo, y el alhazií inclinó ligeramente la cabeza.

—Tienes buen aspecto para ser un hombre que se suponía muerto.

La mula tiraba con impaciencia de las riendas que sujetaba Ash.

—He estado cerca de la muerte —admitió, tranquilizando a su inquieta montura—. ¿Alguna novedad por aquí desde mi partida?

—Nada interesante. —Baracha encogió sus descomunales hombros—. Todos hemos rezado por tu regreso, por supuesto. —Posó una mano en el hocico de la mula de Ash mientras hablaba y la miró fijamente a los ojos hasta que el animal se calmó y se quedó quieto—, ¿Y quién es él? —preguntó, atrayendo la atención de Nico, que se había quedado mirando a los roshuns sumidos en sus meditaciones en el centro del patio.

La distancia que los separaba permitía a Nico distinguir con nitidez el sinfín de tatuajes garabateados en la piel oscura de Baracha. Los diminutos y fluidos caracteres alhaziís le cubrían casi todo el cuerpo, incluida la cara barbada. Versículos, sin duda, tal como había oído contar sobre los gustos de aquellos hombres del desierto. Los oscuros ojos del alhazií se deslizaron lentamente por Nico antes de regresar a Ash.

—Mi aprendiz —respondió Ash.

Nico se percató del sutil cambio que experimentó la expresión de Baracha, cuyos músculos faciales se tensaron fugazmente por la sorpresa. Baracha sonrió y de nuevo posó la mirada en Nico.

—Entonces tiene el listón muy alto.

A Nico le pareció que esa sonrisa no era franca, y llegó a la conclusión de que estaba burlándose de él. Sintió crecer la cólera en ebullición en su interior y deseó demostrar su valía de algún modo. Nico apuntó al conjunto de malis en el centro del patio.

—¿Por qué están esos árboles separados de los demás?

—¿Separados? —inquirió Baracha, volviéndose.

—El maestro Ash me ha explicado que se plantan los sellos muertos en el bosque que hay fuera. Me preguntaba por qué están aquí estos siete árboles.

—¿No te lo imaginas? —le retó el alhazií.

Pero Nico ya se había aventurado a conjeturar una respuesta; de ahí que se hubiera animado a preguntar.

—Imagino que estos árboles han crecido de sellos que todavía... respiran. Eso significaría que todavía producen semillas.

Baracha ladeó la cabeza.

—No soy capaz de identificar tu acento, muchacho. ¿De dónde eres?

—De Bar-Khos —respondió Nico, sorprendido por el tono de orgullo que advirtió

en su voz.

—Merciano, ¿eh? Debí haberlo supuesto al verte tan canijo y desnutrido. —El alhazií volvió a sonreír como mofándose de él.

—Los mercianos nos las hemos arreglado para mantener a los mannianos a raya durante diez años —replicó Nico.

—Cierto —reconoció Baracha, posando la mano en el cuello de la mula de Nico. El animal se estremeció—, Pero deberías evitar hablar de esa manera durante tu estancia aquí. Quizá tu maestro ha olvidado explicártelo, pero acogemos gente procedente de todos los rincones del Midéres. Aquí no se habla de política.

—Entonces te sugiero que no provoques tú esas conversaciones —repuso Ash con suavidad.

El alhazií clavó los ojos en el viejo maestro. Ash le aguantó la mirada.

Baracha soltó un resoplido, dio media vuelta y, sin añadir nada más, se alejó a trancos.

—Un hombre duro —musitó Nico, observando a Baracha mientras éste se alejaba.

—El desierto curte a los hombres —replicó Ash—. Y su inmenso vacío los dota de una gran imaginación. Te recomiendo que evites provocar a nadie durante tu estancia aquí, Nico, sobre todo a él. Ahora vamos. Tenemos mucho que hacer antes de comer.

Comieron keesh y estofado que había sobrado del mediodía, ya que se les había pasado la hora de la comida almohazando las mulas y procurándose ropa limpia. Después de comer Ash mostró a Nico la puerta del cuarto que compartiría con el resto de los aprendices y dejó que se instalara.

El anciano se marchó rápidamente y Nico experimentó un repentino sentimiento de soledad cuando se vio solo en el pasillo, frente a la puerta. La nueva túnica negra todavía rígida y pesada sobre sus hombros desprendía un leve aroma a pino. Antes de abrir la puerta se tomó un momento para centrarse, tal como le había enseñado su maestro.

La sala era amplia, con el suelo enlosado y vigas de madera barnizada en el techo. A un lado se extendía una hilera de ventanas que daban al patio, y en el opuesto, las camas. En ese momento en toda la estancia únicamente había otros dos aprendices en sus catres. Uno andaba atareado remendando un roto en su túnica, con el gesto reconcentrado; no parecía tener más de quince años, y la prenda interior blanca le caía con holgura sobre el cuerpo enclenque. El otro aprendiz, de una edad similar a la de Nico, estaba tumbado leyendo un libro, y su larga cabellera refulgía como la paja bañada por la luz que se desparramaba desde las ventanas. Ambos levantaron la mirada cuando Nico se adentró sigilosamente en la habitación.

Nico inclinó la cabeza hacia ellos a modo de saludo, buscó con la mirada una

cama disponible y se detuvo frente a un catre a cuyo pie había un baúl vacío.

—Hola —le saludó el muchacho con el cabello pajizo, que dejó el libro, se levantó y cruzó con toda tranquilidad la estancia.

Cuando le ofreció la mano, Nico se quedó mirándola unos segundos antes de estrecharla.

—Tú debes de ser el aprendiz del maestro Ash —dijo, arrastrando las palabras, y añadió cuando se percató del gesto de desconcierto de Nico—: Aquí las noticias vuelan. Tu llegada fue el tema de conversación durante la comida.

—Entiendo —dijo Nico.

—Me llamo Aléas, y ése de ahí es Florés. No es que sea un maleducado, es que no tiene lengua.

El joven Florés abrió completamente la boca para mostrarles la cavidad vacía. Nico esbozó una sonrisa incómoda y apartó la mirada quizá demasiado pronto.

—Yo soy Nico —dijo a ambos mientras pasaba sus escasas pertenencias de la mochila al baúl.

—Lo sabemos —repuso Aléas—, Mi maestro ya me ha advertido que me mantenga alejado de ti.

—¿Tu maestro? —Nico levantó bruscamente la mirada.

—Sí, Baracha. Supongo que ya lo has conocido.

—Al parecer tu maestro enseguida se forma un juicio de la gente.

—Cree que acabaríamos peleándonos, ya que tu eres merciano y yo del Imperio —repuso Aléas, observándolo con ojos perezosos e inteligentes y pensando: «¿Del Imperio? Es extraño. Estoy cara a cara con el enemigo y no parece un tipo tan terrible»—. ¿Y bien? ¿Qué se siente?

—¿Perdona?

—¿Cómo te sientes charlando con un vil manniano?

Nico meditó su respuesta.

—Me siento bien —contestó finalmente—. Aunque la verdad es que ahora mismo tengo un poco de resaca, así que si me sintiera incómodo, tampoco creo que fuera capaz de apreciarlo.

Aléas sonrió con franqueza.

—Entonces, ¡dichosos los ojos!

Capítulo 10

Una sensación de abandono

Nico intentó acostumbrarse a su nuevo entorno, aunque al principio no le resultó sencillo.

En el monasterio residían otros nueve aprendices, todos ellos chicos. No era que las mujeres estuvieran vetadas en la orden; según decían los demás aprendices, la cuestión se debía simplemente a que nunca se reclutaban mujeres ni ellas tampoco se ofrecían para ser reclutadas.

Como era de esperar, todos estos jóvenes hablaban en lengua franca, si bien condimentaban sus frases con palabras y expresiones en la lengua —más antigua y en algunos casos todavía materna— de su lugar de procedencia. Nico se complacía de que prácticamente lo primero que había aprendido en el monasterio fueran palabrotas que nunca antes había oído.

Todas las mañanas, los jóvenes se levantaban antes de que despuntara el alba y se aseaban en el baño común junto con el resto de los silenciosos miembros de la orden Roshun. Luego, cuando el sol todavía no se había asomado por las cumbres de las montañas orientales, se sentaban en el comedor alumbrado con velas y desayunaban unas sencillas gachas con frutos secos, acompañadas —esto ya a elección de cada uno— de chee o agua. Los aprendices tenían que aprovechar el desayuno, pues ya no comían nada en todo el día hasta la cena. A veces, las exigencias a las que se veían sometidos agotaban sus energías y se quedaban dormidos de pura hambre. Era como si los roshuns pretendieran promover entre ellos el hurto de comida; una actividad, por cierto, que no estaba condenada por la orden y por la que sólo se amonestaba al aprendiz cuando era tan torpe como para dejarse atrapar con las manos en la masa.

Justo después del desayuno daba comienzo la clase que estuviera programada en primer lugar según el día. La tez de los muchachos se encendía con la luz del amanecer. Para Nico el resto del día transcurría en un embrollo de instrucciones que rápidamente olvidaba y clases cuya utilidad práctica se le escapaba.

La hora de la cena —cuando por fin llegaba— suponía un momento de alivio absoluto. Nico se sentaba atontado por el agotamiento y comía con una sola idea en la cabeza: su cama.

Los aprendices procedían de diversos rincones del Imperio, y era chocante la falta de tensión entre ellos, pese a las numerosas diferencias culturales. Aun así, Nico se preparó para lo peor, pues ya desde pequeño había adolecido de un carácter huraño. De niño había asistido al colegio local, y ya había experimentado el desprecio que

producían entre sus compañeros su naturaleza solitaria y el ingenio de sus respuestas cuando le provocaban.

Pero al parecer no podía decir lo mismo de aquel lugar. El par de muchachos que tenían todos los números para convertirse en su pesadilla —el grandullón Sanse, con la fuerza física de su parte, y el pequeño y violento Arados, quien más tenía que demostrar a los demás— no se acercaban a él. En un principio, Nico había creído que se debía a la estricta disciplina del monasterio, pero después de una semana más o menos se dio cuenta de que había otro motivo para ello: se sentían intimidados por Ash. Y Nico —el primer aprendiz que Ash tomaba a su cargo en toda su vida— se contagiaba de parte de ese respeto que profesaban por su maestro.

Las primeras semanas de entrenamiento resultaron ser las más difíciles. En cierta manera, el carisma que parecía envolver a Ash y, por consiguiente, aunque en menor medida, a Nico, se volvió contra él, pues se sentía como si tuviera que conservar una reputación que no se había labrado él y que sólo obedecía a que el resto de los aprendices consideraban que si Ash lo había elegido a él, tenía que ser por fuerza alguien especial. Sin embargo, Nico no se consideraba una persona especial. Ni tampoco sabía siquiera por qué Ash lo había escogido, aunque sospechaba que sus habilidades habían tenido algo que ver.

Nico les hubiera contado de buen grado a sus compañeros esto, toda la verdad, pero siempre que lo intentaba se topaba con una resistencia interior más fuerte que su voluntad que se lo impedía, pues había empezado a disfrutar de su modesta celebridad. Los demás lo trataban con un respeto al que no estaba habituado después de haber malvivido en las calles de Bar-Khos y antes de eso en la granja familiar, con su madre y sus sucesivos amantes. Se había percatado de que andaba con la cabeza bien alta en presencia de los otros, cosa nueva en él, y ahora era capaz de mirarlos a los ojos en vez de desviar rápidamente la mirada cuando se cruzaba con ellos.

De esa manera, durante sus primeros días en el monasterio, se esforzó por causar una buena impresión, y por culpa de ese mismo empeño todos sus intentos sólo ponían de manifiesto su ineptitud.

Se mostraba torpe en sus clases de cali, el estilo de lucha con la espada practicado por los roshuns y diseñado para enfrentarse a varios oponentes sin dejar de avanzar y no retrocediendo jamás. En mitad del feroz ejercicio, Nico se detenía en seco, respirando con dificultad, y vomitaba de puro agotamiento. En una ocasión se rompió dos dedos durante un combate sin armas y comenzó a gritar cuando los vio dislocados y colgándole de la mano. También perdía los nervios, frustrado, durante el *oni—oni*, una prueba de reflejos en la cual el contrincante intentaba asestar un bofetón al adversario cada vez que se tañía el gong. Incluso se cayó montando un zel, y no una vez sino dos, y a punto estuvo de partirse el cuello.

No obstante, Nico destacaba en otras actividades, por lo menos lo suficiente para

conservar su reputación entre sus compañeros. Demostraba un talento innato durante las clases de acrobacia, cuando tenía que dar volteretas, saltar y trepar; además, se le daban especialmente bien las clases de arte dramático, que exigían el uso del subterfugio y el disimulo; aprendió rápidamente los fundamentos de la infiltración — en otras palabras, de colarse en lugares vedados—; y era capaz de mantenerse escondido durante horas en las pruebas que medían las aptitudes para la ocultación y el camuflaje. Sobresalía al tiro con arco, una actividad en la que de hecho era todo un maestro, pues, además de su agudeza visual innata, había acumulado mucha experiencia cazando aves para su madre cuando vivía en la granja. Pero sobre todo se mostraba muy ducho en el *ali*, las artes multidisciplinares de la evasión —en otro tiempo conocido como la huida—, para el que Nico demostró una aptitud especial.

En otras circunstancias, a Nico no le hubiera extrañado sentir nostalgia y añorar las calles familiares de Bar-Khos o incluso la granja de su madre. Pero a un aprendiz de roshun, con tanto que asimilar y practicar, no le quedaba tiempo para distraerse en esas cosas. Sólo por las noches un sentimiento de soledad podía ensombrecer el ánimo de los aprendices, pero ni siquiera entonces ese abatimiento les duraba demasiado, ya que normalmente llegaban tan exhaustos a la cama que se dormían en pocos minutos.

Apenas vio a Ash durante esa etapa inicial; al parecer no participaba en el entrenamiento de los discípulos. Tampoco ofrecía ningún consejo personal a su aprendiz. Quizá tenía la intención de entrenar a Nico sólo en el transcurso de las misiones reales, donde se decía que terminaba el aprendizaje y se empezaban a adquirir los conocimientos.

En general, Ash se mantenía al margen y rara era la vez que buscaba a su protegido. Incluso parecía que se había desentendido de Nico a la primera oportunidad que se le había presentado, y Nico estaba más dolido de lo que habría reconocido jamás por el aparente abandono de su anciano maestro.

—¡Afilad los cuchillos! —bramó Holt por encima de la cabeza de la decena de aprendices congregados en el patio un soleado día barrido por el viento. Los aprendices inmediatamente inclinaron la cabeza y acometieron la tarea.

Nico ni se inmutó y se quedó observando a sus compañeros, prestando especial atención a Aléas, pues se había dado cuenta de que el muchacho cazaba las cosas a la primera. Al cabo de un rato, con un cuchillo de madera para las prácticas en una mano y un cuchillo trinchante de acero en la otra, empezó a cepillar el filo del trozo curvado de madera desafilado de la última vez que se había utilizado. Llamaban a este cuchillo para las prácticas *guppy*, quizá porque se parecía al pez del mismo nombre; no tenía punta y estaba hecho de un trozo de madera de parra de invierno, un peculiar árbol de madera noble que normalmente crecía en las paredes de los

acantilados más expuestos al viento y que, por alguna razón, sólo florecía en lo más crudo del invierno.

De pronto, Ash apareció al lado de Nico con una taza recubierta de piel con chee y estuvo contemplando a su aprendiz mientras éste trabajaba, ojeroso y con los párpados entornados a causa de la fuerte brisa, que le ceñía la tela de la túnica a los tobillos.

Era el día de los simulacros, es decir, se preparaban situaciones que intentaban reproducir las posibles circunstancias de una misión real. La presencia de los maestros era obligatoria en estas sesiones quincenales, de modo que los aprendices se sentían más tensos que de costumbre.

Nico llevaba seis días sin hablar con Ash. Para él el anciano se había convertido en poco menos que un espectro al que sólo vislumbraba a través de alguna ventana o de vez en cuando durmiendo. Incluso el resto de los aprendices se habían percatado de esa falta de interés que mostraba Ash hacia su discípulo y habían empezado a murmurar sobre el tema, fascinados por el comportamiento del roshun más célebre, de modo que cada vez eran más frecuentes las miradas extrañas que dedicaban a Nico cuando se cruzaban con él.

—¡Vamos, rápido! ¡No tenemos toda la semana! —Holt los miraba con intensidad, con el mentón alzado.

Nico probó el filo de su hoja de madera en el dedo pulgar y le brotó la sangre. Mientras esperaba, se chupaba el dedo sin mirar en ningún momento a Ash.

Holt se paseó a trancos entre los aprendices, comprobando las hojas y recogiendo los cuchillos de acero.

—Muy bien, mis jóvenes escuderos —anunció el rubio pathiano—. Hoy realizaremos el simulacro del gato y el ratón. Sí, Pantush, ya sé que te encanta. Ahora elegid un compañero para que podamos empezar de una vez.

«¿Un compañero?», musitó Nico, y miró a su alrededor desesperanzado mientras los demás se emparejaban rápidamente con sus amigos. En cuestión de segundos el tumulto fue dividiéndose en parejas y frente a Nico, a unos metros sobre el suelo polvoriento, apareció Aléas solo, pues su enorme destreza lo convertía en un rival nada deseable en jornadas como aquélla.

A Nico se le cayó el alma a los pies al ver la sonrisita de Aléas. Detrás de éste sobresalía la figura descomunal de Baracha, que arrojó una mirada inquisitiva a Ash.

—Gato, ratón, ala oeste, primer piso... —dijo Holt, dando un cachete en la cabeza a uno de los chicos y luego otro a su pareja—. Gato, ratón, ala oeste, segundo piso...

Llegó hasta Nico y Aléas y sonrió. Todo el mundo sonreía excepto los dos muchachos plantados cara a cara.

—Gato —dijo con énfasis, posando la palma de la mano en la cabeza de Nico—. Ratón —indicó a Aléas. Y dirigiéndose a los maestros de ambos añadió—: Ala oeste,

desván. Pero vayan con cuidado y no rompan nada, caballeros.

Holt dio una palmada y se alejó.

—Tienen hasta el próximo toque de campana —gritó de nuevo—, Uno se esconde y el otro debe encontrarlo. El primero que hiriera al otro gana. El que se mantenga oculto hasta el toque de campana también gana. Eso es todo. ¡Los ratones pueden salir!

Aléas partió al trote en dirección a la puerta del ala oeste. Corría como un velocista sobre una pista de atletismo, con una confianza absoluta en su físico.

«El primero que hiriera al otro», repitió Nico para sus adentros, todavía con las manos sudorosas alrededor de la empuñadura del cuchillo de madera. Tenía la boca seca. ¿Qué tipo de herida podría infligir aquella arma? ¿Cuál era el límite permitido en el uso de la hoja? Era típico de los roshuns dar unas instrucciones mínimas y arrojar a los aprendices de cabeza a los ejercicios.

Baracha continuaba allí, con los brazos cruzados y la mirada desdeñosa, confiado en una victoria sencilla.

—Es una pena que tu chico no sea el ratón, ¿eh? He oído que se le da bien eso de esconderse.

Ash se enderezó al oír las palabras de Baracha, como si ya estuviera harto de morderse la lengua para no decir lo que dijo por fin:

—Quizá si tú fueras un poco hábil a la hora de esconderte, nos habríamos ahorrado muchos problemas en el pasado.

Un grito ahogado restalló entre los roshuns que se encontraban lo suficientemente cerca como para oír el comentario de Ash. Baracha carraspeó estridentemente y escupió al suelo polvoriento.

En cierta manera, Nico se sintió alentado al ver que el anciano salía en su defensa. Pero entonces comprendió que había algo más; existía una rivalidad entre ambos... o al menos de Baracha parecía emanar un sentimiento de rivalidad.

—No olvides que Aléas no se esconderá como un ratón —susurró Ash suavemente al oído de su aprendiz con una voz apenas distinguible de la brisa—. Buscará una posición para emboscarte, como haría un depredador. Ándate con ojo, muchacho.

—¡Los gatos pueden salir!

Los aprendices que quedaban salieron disparados hacia las diferentes puertas del monasterio. Nico vaciló y su mirada se encontró con la de su anciano maestro. Lo que vio lo dejó estupefacto.

«¡Está convencido de que voy a perder!»

Con un gesto apenas perceptible de la cabeza su maestro le indicó que se pusiera en marcha.

Nico enfiló hacia la última puerta del ala norte. De repente estaba absolutamente

concentrado en su objetivo, azuzado por unas ganas casi incontrolables de demostrar a todos que se equivocaban.

Al menos era agradable haberse librado del viento.

El silencio en el interior del monasterio era mayor de lo habitual, pues aquella tarde sus moradores habían evacuado buena parte del edificio para los simulacros. El ala oeste albergaba la biblioteca y las salas de estudio, además de la vasta sala de *chachen* para la meditación en el interior del recinto. Estas salas estaban profusamente iluminadas por la luz que entraba de los ventanales y olían a madera pulida y polvo acumulado.

Una ráfaga de aire se coló en el monasterio cuando Baracha entró en el vestíbulo seguido de Ash, quien todavía llevaba en la mano la taza de chee. Ambos portaban brazaletes blancos y debían seguir a una distancia mínima a Nico únicamente en calidad de supervisores, pues no les estaba permitido dar instrucciones a sus discípulos durante la prueba. El objetivo de estos ejercicios era aprender actuando, y, por lo tanto, alimentar la fe en los instintos propios de cada uno.

Holt había dicho el desván, así que Nico buscó la escalera y subió al trote por ella hasta el primer piso. Un joven roshun pasó como una exhalación junto a él, como si Nico no existiera.

La escalera de madera que llevaba al desván se hallaba al final de un pasillo en el que se encontraban las puertas de las cámaras individuales. Desde una ventana del otro lado se veía el valle escarpado y un oscuro afloramiento rocoso. Una masa nubosa que se deslizaba por el cielo se deshilachó al impactar con una lejana cumbre. Nico se detuvo y examinó la trampilla abierta al final de la escalera. Arriba estaba oscuro. Quizá debía buscar primero una linterna.

Sin embargo, decidió que no, que ésa era una idea estúpida y que con la linterna sólo conseguiría convertirse en un blanco aún más fácil.

Ash y Baracha esperaban detrás de él, en el otro extremo del pasillo, desde donde observaron cómo se despojaba de las sandalias y las depositaba cuidadosamente a un lado.

Nico respiró hondo y subió tan despacio como pudo, manteniéndose a un lado de los peldaños, donde la madera haría menos ruido bajo su peso. Cuando llegó al hueco, se agachó. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para que Aléas le tendiera una emboscada: justo cuando Nico asomara la cabeza, cegado momentáneamente por la oscuridad.

Tras unos segundos cavilando no se le ocurrió ninguna idea, así que sólo quedaba una opción.

Se irguió, se lanzó de un salto por el hueco y aterrizó dando una voltereta en el suelo del desván, que crujió bajo su cuerpo. Permaneció tendido boca arriba con el

cuchillo apuntando hacia el techo, a la espera del ataque.

No obstante, no ocurrió nada. Aun así, Nico no se movió y trató de dominar su respiración. Ya había armado suficiente jaleo con su irrupción. Aguantó en la misma postura hasta que sus ojos se acostumbraron a la falta de luz y poco a poco fue distinguiendo a su alrededor las sombras de los objetos.

Se levantó sin hacer ruido y se alejó lentamente de la débil luz que entraba proyectada desde el hueco de la escalera. Hacía calor en el desván y era más amplio de lo que esperaba; se extendía tres metros o más en todas direcciones antes de quedar sumido en la penumbra, pero podía hacerse una idea de las dimensiones del lugar por las leves corrientes de aire. Había objetos almacenados por todas partes: cajones y cajas, montones de ropa, muebles viejos, incluso equipos completos de armamento. Para hallar un buen escondrijo allí arriba bastaba con elegir el lugar — cualquiera valía— y estarse quieto.

Nico dio un paso para comprobar los crujidos de sus pisadas en los listones de madera; dio otro paso... El viento que soplaba fuera golpeaba las tejas de madera del tejado, que se extendía justo sobre su cabeza. Algunas se habían soltado lo suficiente para repiquetear, y ahora proporcionaban un inquietante coro de acompañamiento a los lamentos del viento.

Se detuvo en el borde de la zona iluminada por la luz que entraba desde la trampilla. Ése también era un buen lugar para una emboscada; Nico todavía era una figura visible, mientras que el asaltante permanecía resguardado en la penumbra.

Aléas estaba cerca, lo presentía.

Entrecerró los ojos y escudriñó la oscuridad que se desplegaba ante él. A su derecha, colgada del techo abuhardillado, había una telaraña de un fantasmagórico brillo blanco. Debajo de ella se amontonaba una serie de figuras que apenas distinguió. A su izquierda la oscuridad era aún más densa; un objeto grande impedía pasar la luz. Nico retrocedió un paso. Se inclinó escasos centímetros a un lado flexionando una rodilla sin dejar de mirar a derecha e izquierda, abrió la boca para oír mejor y esperó casi sin respirar.

De repente se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Estaban jugando como niños al escondite con cuchillos de madera. Pero entonces pensó en el cuchillo que debía aferrar Aléas, seguramente muy cerca de él, tan afilado como el suyo e igual de efectivo a la hora de causar una herida en su oponente. Empezó a notar cómo le latía el pulso en los oídos.

La luz se atenuó fugazmente a su espalda y todo el desván quedó sumido en una oscuridad impenetrable. Se volvió y distinguió las siluetas de Ash y Baracha emergiendo del hueco de la trampilla. Ellos tampoco hicieron ningún ruido.

Nico les hizo una señal para que se apartaran. Los maestros se agacharon cada uno a un lado del hueco y la exigua luz retornó al desván.

«Venga —se apremió—, ¡Piensa!»

La telaraña se agitó y Nico sólo tuvo tiempo para arquear la espalda bruscamente cuando una figura difusa se dejó caer a su derecha. Notó la caricia del aire en la cara; detectó un movimiento impreciso y arremetió con el cuchillo por delante. Pero sólo rajó un espacio vacío. Entonces sintió una punzada de dolor en la mejilla izquierda, y otra en la derecha.

Estaba lo suficientemente aturdido como para dejarse caer de culo. Encogido, se llevó la mano al rostro y la sangre se deslizó entre sus dedos.

—¡Aaay! —gimió.

Aléas apareció frente a él, iluminado por la débil luz. El muchacho se había cubierto de mugre la cara, de modo que sólo seguía blanca la franja de piel inmediatamente debajo de donde le nacía el cabello. Alguien chasqueó la lengua en otra parte del desván; Baracha había dado media vuelta y salía estrepitosamente escaleras abajo, como si llevara zuecos en los pies.

Ash esperó a que Nico se levantara. El muchacho lo encaró y no consiguió descifrar la expresión del rostro de su maestro.

El anciano tomó un sorbo de chee y se relamió.

—Sigue trabajando —masculló—. Cuando me acompañes en una misión, debes estar preparado.

Su túnica se arremolinó a su espalda cuando se dio la vuelta y desapareció por el hueco de la escalera del desván.

Aléas sacudió la cabeza en dirección a las heridas en la cara de Nico.

—Cúbrelas con cera de abeja —le aconsejó—. Así reducirás el tamaño de las cicatrices. Vamos, te ayudaré.

Por un momento, Nico sintió lo que era la soledad en la oscuridad bochornosa del desván. La sangre goteaba lentamente de sus dedos. Su mano derecha, temblorosa, buscó el apoyo firme y fresco de los listones de madera. Se arrastró por el suelo y sus piernas quedaron colgando del borde del hueco de la trampilla. Soltó una larga bocanada de aire y esperó a que el corazón dejara de aporrearle el pecho.

Capítulo 11

La hecatombe selectiva

La noche incubaba su propio bochorno. En el centro del Lago de las Aves la gabarra imperial se mecía suavemente, alejada de las luces de las ciudades que destellaban a lo largo de la costa. Hasta la embarcación llegaba el murmullo de la música que cruzaba las aguas tranquilas desde esas mismas ciudades, y los gritos y las risas y el ladrido de los perros.

Por su parte, el único ruido que tenía su origen en el propio barco eran los susurros de los esclavos y el sonido de un tambor que tenía el ritmo monótono de los latidos del corazón. A bordo se respiraba una atmósfera irreal y lóbrega. Los esclavos nathaleses lo notaban y se acurrucaban unos contra otros, aterrorizados, en el interior de sus jaulas junto a la borda. Por fin habían averiguado por qué los habían raptado y los habían arrancado de sus vidas cotidianas junto al Toin. Esa noche iba a ser la última que pasaban en cautividad.

A pesar del hedor que emanaba de los esclavos, el aire estaba impregnado del aroma acre del incienso de almizcle que llegaba desde la proa de la nave, donde se hallaban los dos sacerdotes, con los cuerpos desnudos y atendidos por sus asistentes personales. Su piel resplandecía a la luz de varios braseros y refulgía con la generosa capa de aceite que les habían aplicado los asistentes. Dos de los esclavos nathaleses ya yacían boca abajo en la popa de la embarcación. Un tercero por fin había dejado de gritar y estaba tendido sobre la cubierta, hecho un ovillo; si todavía vivo o ya muerto era algo que los sacerdotes no podían discernir.

Un miembro del cuerpo de acólitos hizo rápidamente una señal para que llevaran otro esclavo. La mayoría de los nathaleses cautivos protestaron y se encogieron en el fondo de la jaula mientras los guardias se abrían paso a puntapiés para agarrar con sus rudas manos a uno de ellos. Esta vez cogieron a una mujer de mediana edad, cuyo delicado vestido de seda estaba sucio y harapiento tras el largo cautiverio. La prisionera no opuso resistencia; ni siquiera pareció percatarse de lo que ocurría. A su lado, una muchacha pelirroja chillaba y aferraba el brazo de su compañera.

Un acólito apartó de una patada a la joven, que retrocedió espantada y gimoteando. Antes de sacar a la mayor de la jaula le arrancaron las joyas ostentosas del cuello y las arrojaron a sus pies, donde refulgieron junto a la cadena que le apesaba los tobillos. El resto de los cautivos observaba la acción con distintos grados de empatía, aunque entre ellos predominaba el alivio de no haber sido los escogidos; un sentimiento de vergüenza flotaba en el interior de la jaula y no se atrevían a

mirarse a los ojos.

Sin embargo, la mujer no estaba tan desvalida como había parecido a primera vista y mientras los acólitos tiraban de ella por la cubierta se trastabilló, se liberó de sus garras y emprendió una repentina carrera arrastrando los pies hacia el borde más cercano del barco. Uno de los acólitos reaccionó y trató de retenerla, pero ya era demasiado tarde y la mujer saltó por la borda, se zambulló estrepitosamente en el agua y desapareció al instante, hundiéndose hacia una muerte inexorable por el peso de los grilletes en los tobillos.

La muchacha pelirroja gimíó cuando vio que su madre desaparecía por la borda. El ruido que surgía de la garganta de Rianna era lastimoso e inhumano, pero ésas eran las únicas emociones que conservaba.

Ni siquiera se dio cuenta de que sus manos temblorosas asían mechones de su cabellera y tiraban de ellos como queriendo arrancarlos de su ensangrentado cuero cabelludo. Su mente se había escindido del mundo físico, aunque todavía era capaz de pensar, a su manera. Pensaba: «Ahora mi madre está muerta y mi padre está muerto y mi queridísimo Marth está muerto y yo estoy muerta y todo, todo, todo está muerto.»

«¡Oh, por Eres!», imploró mentalmente, vencida por la repentina imagen de su madre intentando respirar infructuosamente en las profundidades tenebrosas y gélidas. «¡Oh, madre! ¡Oh, mi querida madre...!»

Para borrar de la mente esa espantosa escena empezó a darse cabezazos contra los barrotes de la jaula. A su lado, una mujer trató de consolarla pasándole un brazo por los hombros. De su boca salían murmullos tranquilizadores mientras iba aumentando la fuerza de su abrazo, como queriendo detener el traqueteo que el miedo provocaba en ambas.

«Haz tú lo mismo —le decía una voz a Rianna en alguna parte de su cerebro—. Lánzate al agua en cuanto te saquen de la jaula.»

«No —replicó otra voz—, no mereces una muerte digna. Todos han muerto por tu culpa... porque miraste desafiante a ese joven sacerdote y le provocaste para que te deseara.»

—¡Madre! —gritó a pleno pulmón, y todo en su interior se resquebrajó. Tenía que salir de aquella pesadilla. Tenía que despertar y huir de regreso al mundo que reconocía como propio.

De algún modo le fue concedido su deseo, pues perdió el conocimiento y se sumió en una plácida tiniebla.

Cuando volvió en sí seguía acurrucada contra los barrotes, rodeada del resto de los prisioneros, y el choque con la espantosa realidad le cortó la respiración. Trató de coger aire y recuperar el aliento.

Podría haberse derrumbado entonces y haber perdido la cabeza definitivamente

de no ser porque se percató de que estaba agarrando algo que llevaba colgado del cuello.

Inconscientemente utilizó la otra mano para abrirse el puño blanquecino, bajó la mirada hacia el objeto que aferraba y vio el sello. Lo contempló perpleja; nunca se había fijado en él hasta entonces. Era el sello que su padre, siempre tan preocupado por la seguridad de su familia, le había regalado por su decimosexto cumpleaños.

Rianna se había horrorizado cuando su padre la había obligado a llevarlo puesto, pues era un objeto tan desagradable para la vista como para el tacto. Pero más aún la había espantado despertarse en mitad de la noche que lo recibió y descubrir que estaba vivo y respiraba pegado a su pecho.

Sin embargo, su padre fue categórico. «Soy el sumo sacerdote de esta ciudad, hija —le recordó—, A mucha gente le gustaría verme muerto, y si no consiguen llegar hasta mí, podrían intentarlo con mi familia. Siempre debes llevarlo encima, aunque sólo sea por tu propia seguridad.»

Rianna había discutido con él y se había quejado de lo feo que era, y, chillando, le había espetado que no era justo, porque si él no tenía que llevar uno... ni su madre, ¿por qué ella sí? Pero ni aun así le había hecho cambiar de opinión. «La orden de Mann no me permite llevar un objeto de estas características. Sería interpretado como un síntoma de debilidad», y había esperado junto a la cama de Rianna hasta que las lágrimas de ella se secaron.

«Cuida de él —le advirtió su padre—. Ahora está ligado a ti... y si muere, también tú morirás.»

La idea de que una cosa tan horripilante estuviera eternamente vinculada a ella la había dejado petrificada. Finalmente, a regañadientes, había accedido a no quitárselo jamás, aunque siempre intentaba esconderlo debajo de la ropa. Eso enfurecía a su padre, que le gruñía que si lo llevaba oculto, anulaba totalmente su poder de disuasión.

«Pero ¿este talismán detendría a los sacerdotes de Q'os?», se preguntó ahora Rianna, con el sello palpitando en su mano como un ser vivo. Un sello era un sello, ¿no? Sin duda, incluso esos sacerdotes de Mann tendrían que pagar por su muerte como una persona cualquiera.

Se dio cuenta de que disponía de una oportunidad de supervivencia y se sintió terriblemente culpable de pensar algo así.

Pero ¿y si se lo arrancaba y lo dejaba caer en la cubierta disimuladamente? No había por qué llevar colgado el sello para que advirtiera la muerte de su poseedor; estaba conectado a ella, así que no importaba la distancia que los separase. ¿Y si lo escondía y dejaba que acabaran con ella? ¿Y si ella tuviera el aplomo suficiente para hacer algo así? Si le arrebataban la vida se desencadenaría una *vendetta* y aquellos seres abominables tendrían que pagar por la muerte de sus seres queridos.

Rianna gimoteó con estridencia; dudaba poseer el valor que exigía un sacrificio así.

De repente, el abanico de posibilidades que se desplegaba ante ella casi era peor que la desesperanza que la había atenazado hasta entonces. La indecisión la paralizó al borde de la locura.

Pero entonces fueron a buscarla.

—¡Silencio! —espetó el acólito enmascarado que arrastraba a Rianna por el suelo hacia el extremo de la cubierta.

—¡Espera!—gritó Rianna—, Estoy protegida, ¿lo ves?

Pero el acólito no vio nada, pues a la oscuridad intensa se sumaba el ánimo exaltado del soldado, embriagado del fervor que flotaba en el aire. El acólito la arrojó contra los tablones junto a uno de los enormes braseros y Rianna vio el destello de un cuchillo que se dirigía hacia ella.

El hombre deslizó la hoja por la espalda de la joven y le rajó el vestido desde el cuello hasta la cintura. Luego contuvo el forcejeo de Rianna apretándole una rodilla entre los omoplatos, lo que le provocó un dolor atroz, mientras otro acólito se acercaba con un tarro de vidrio transparente con algo en su interior. El recién llegado se agachó junto a la cara de Rianna y le mostró el contenido del bote: era una especie de gusano, gordo y de un asqueroso color blanco, que se retorció intentando escabullirse de su celda de cristal.

—¡Espera! —insistió cuando el acólito abrió el tarro y lo acercó por el lado abierto a su espalda desnuda.

Entonces, Rianna maldijo a su padre, lo maldijo con toda la rabia que aún le restaba por haber mezclado a su familia con aquella gente y su obscena religión. ¿En qué estaría pensando cuando lo hizo? ¿Qué atrocidades como aquella habría cometido él mismo en el nombre de Mann?

Rianna chillaba; el dolor superaba los límites de lo soportable. Pero peor, mucho peor, era la sensación del gusano perforándole el cuerpo y abriéndose paso por su interior.

Los acólitos aflojaron la presión que ejercían sobre ella y Rianna se incorporó violentamente y se hurgó la herida de la espalda, buscando al intruso.

Entonces ocurrió algo inesperado: le abandonaron las fuerzas de las extremidades. Se derrumbó de nuevo sobre la cubierta, junto a los tres esclavos que ya yacían allí, jadeando inútilmente y con los ojos en blanco. No podía moverse ni hablar, y sólo pudo asistir como mera espectadora a lo que ocurrió a continuación.

Trajeron otro grupo de esclavos y les aplicaron un gusano a cada uno por turnos. Enseguida hubo sobre la cubierta una docena de cautivos despatarrados y paralizados. La sensación de pánico que impregnaba la atmósfera del barco crecía a medida que se

aceleraba poco a poco el tempo del tambor. Los dos sacerdotes observaban los cuerpos amontonados de sus víctimas con los ojos rebosantes de una excitación lasciva. Conversaban apaciblemente mientras se acariciaban sus propios cuerpos, y de vez en cuando aspiraban profundamente los vapores que emanaban de un cuenco con algún tipo de líquido narcótico, sobre cuya superficie reverbera el reflejo de las exquisitas cadenas de oro que les adornaban los rostros.

Todo empezó con el asesinato de un esclavo, un anciano con cataratas en los ojos; los pechos secos y caídos de la sacerdotisa desnuda se menearon cuando se inclinó sobre él y le hundió el cuchillo.

La intensidad de la atmósfera aumentó abruptamente. Era como si la sacerdotisa hubiera perforado con su cuchillo algo más que una barrera física, como si también hubiera abierto una brecha en un muro supraterráneo: una especie de membrana que se extendía sobre todos los seres vivos y que impedía que el común de los mortales viera una realidad exterior e ilimitada vetada a la humanidad. Los gritos del viejo moribundo desgarraron el aire nocturno. Los esclavos paralizados contemplaron el destino que les aguardaba, tumbados sobre la cubierta, temblorosos, mientras en los labios se les acumulaba espuma ensangrentada. Sin embargo, la muerte sólo era el primer acto.

La anciana se volvió e intercambió unas palabras con el sacerdote joven, Kirkus, que permanecía de pie, temblando y con el cuchillo entre las manos ensangrentadas. La sacerdotisa desvió violentamente su mirada hacia una muchacha que yacía a la izquierda de Rianna y la fulminó con los ojos.

—Arriba —dijo la vieja sacerdotisa, acompañando la orden con un gesto con la cabeza.

De repente la joven recuperó la movilidad. Se puso en pie... y entonces, inopinadamente, salió disparada hacia la borda.

—¡Alto! —espetó la vieja bruja.

La muchacha se derrumbó sobre las rodillas, con las piernas súbitamente dobladas como dos pesos muertos.

—Venga, ahora inténtalo tú —dijo la sacerdotisa a su nieto.

Kirkus fijó la atención en un hombre gordo que todavía llevaba puesto su delantal ensangrentado de carnicero.

—¡Acércate! —le ordenó.

El carnicero se incorporó rezongando. Echó un vistazo a la borda más lejana y luego se volvió a Kirkus antes de levantarse desmañadamente; soltó un gruñido que le brotó de las profundidades de la garganta y se abalanzó sobre el sacerdote con una velocidad asombrosa para su volumen.

—¡Alto! —ordenó Kirkus, pero el hombre ya lo tenía agarrado por el cuello cuando se le doblaron las rodillas y arrastró a Kirkus en su caída.

—Concéntrate, idiota —le reprendió la anciana a su lado.

Kirkus jadeaba y se afanaba para liberarse del carnicero.

—¡Quieto! —espetó la sacerdotisa.

El obeso carnicero soltó a su nieto y se arrodilló con las palmas de las manos pegadas a la cubierta, rugiendo desafiante, con la nariz pegada a los listones de madera del suelo.

—Sospecho que éste fue soldado en otro tiempo —comentó la anciana.

—Ya sé —respondió Kirkus irritado, masajeándose el cuello dolorido—. Tiene un tatuaje ahí, en la parte superior del brazo.

—¡Ajá!—exclamó su abuela—. De la marina nathalesa.

La anciana se deslizó hasta la espalda del viejo veterano de guerra. Le hundió las garras a ambos lados de la cabeza y tiró de ella hacia atrás para enderezarle el cuerpo.

—Sácate los ojos —le susurró al oído.

El carnicero escupió palabras iracundas. Aun así sus manos se levantaron automáticamente hacia su rostro, temblando, enzarzadas en una lucha interna contra su voluntad, pero ésta no pudo detenerlas y los dedos se hundieron en sus órbitas y se arrancó los ojos.

Soltó un balbuceo bronco, pero, por increíble que parezca, no gritó cuando sus globos oculares se desprendieron como dos diminutos huevos duros de sus órbitas y le quedaron colgando sobre las mejillas.

—Parece más un cerdo cebado para una matanza que otra cosa —observó la sacerdotisa, permitiendo que se derrumbara de nuevo sobre la cubierta.

Kirkus se regaló otra sonora inhalación del cuenco con narcóticos. La anciana se acercó a él y le acarició la barriga.

Rianna observaba con los ojos como platos, gritando mentalmente.

—Haz lo que te apetezca —le dijo la bruja con voz ronca—. Esta noche tienes que deshacerte de todos esos escrúpulos que todavía te rondan.

El joven sacerdote vaciló. Examinó por un momento a los esclavos dispuestos sobre la cubierta y se volvió para aspirar otra ráfaga de vapor del cuenco humeante.

—Tómate todo el tiempo que quieras —le sugirió la vieja bruja—. Tenemos toda la noche. Como ya te he dicho, haz lo que te apetezca.

Sus ojos se posaron en Rianna, y ella intentó desviar la mirada en otra dirección, pero su cuerpo ya no le pertenecía: no podía mantener los ojos cerrados más tiempo de lo que duraba un parpadeo.

Kirkus entregó el cuenco a la sacerdotisa y se dirigió hacia Rianna. La joven no podía emitir ningún sonido.

Unas manos ansiosas la despojaron de los restos harapientos de su vestido. Kirkus contempló con el gesto contraído el contorno curvo de los senos pálidos de Rianna y sus pezones endurecidos por el miedo. Entre sus pechos seguía palpitando el sello.

Kirkus fijó la vista en él, primero desconcertado, pero rápidamente le llegó la comprensión serena.

Abrió la boca descubriendo los dientes y dirigió su dentadura hacia la joven. Al principio, Rianna pensó que Kirkus intentaba morderla; sin embargo, lo que hizo el sacerdote fue arrancarle el sello de un bocado colérico y escupirlo a las llamas del brasero.

—¡La carne es fuerte! —le musitó en el rostro de una manera obscena el joven sacerdote.

Pero para entonces Rianna ya estaba agonizando.

Capítulo 12

Vendetta

¿A dónde vamos? —inquirió Nico, siguiendo apresuradamente a Ash hasta el interior del ala oeste del monasterio, luego por el corredor principal con revestimientos de madera de tiq y finalmente por la escalera que descendía hasta un sótano poco iluminado donde había almacenados toneles, cajas y toda clase de trastos.

Ash se deslizó silenciosamente hasta el centro del suelo entarimado; una sombra alargada salía proyectada de su figura a la luz de la lámpara solitaria que pendía del techo. Nico se detuvo junto a él y bajó la vista a sus pies, siguiendo la mirada de su maestro.

El anciano sacó del interior de su túnica una llave tan delgada como un clavo y con diminutos dientes en un extremo, y se agachó para introducirla en un agujero en el suelo que Nico fue incapaz de atisbar. Se oyó el ruido de la llave girando en la cerradura, luego un clic e inmediatamente Ash levantaba la portezuela de una trampilla que ocultaba una escalera de piedra y de la que emanó una ráfaga de aire rancio. Bajaron en silencio.

Doce escalones después aparecieron en un túnel húmedo y de techo bajo y enfilaron hacia una fuente de luz situada en el otro extremo del pasillo.

—Llamamos a este lugar la cámara de vigilancia —le explicó Ash con voz queda mientras saludaba con un movimiento de la cabeza a los dos roshuns de largas melenas arrodillados espalda contra espalda en el centro de la estancia profusamente iluminada en la que desembocaba el túnel.

Encima de ellos se extendía un techo abovedado de yeso blanco, atravesado por alguna que otra raíz que oscilaba en el aire como extraviada en una atmósfera cargada de humo. El techo se asentaba sobre las paredes también enyesadas de una cámara circular, del mismo color blanco deslucido por la humedad.

Multitud de lámparas iluminaban las paredes, salpicadas por hileras de centenares y centenares de hornacinas diminutas e idénticas. En el interior de muchas de ellas Nico distinguió las familiares figuras oscuras de los sellos, cada uno colgado de un gancho. Se contaban por miles.

En cualquier otro momento, aquello podría haber supuesto un episodio cargado de solemnidad, sepultado en las profundidades de la tierra y rodeado por la multitud incontable de sellos. Pero, por el contrario, resultaba una experiencia espeluznante y surrealista debido al hecho de que los sellos se movían. Nico los miró con

detenimiento y, aunque al principio le costó un poco —como si su mente se negara a verlos como lo que realmente eran—, de repente el cuadro apareció con toda nitidez ante sus ojos y el joven aprendiz de roshun reparó en su respiración constante: se hinchaban y se deshinchaban unas cinco veces por minuto, como si fueran diminutos pulmones de cuero.

Todos menos uno.

Avanzaron hacia él. Nico oía el ruido bronco de su propia respiración mientras el zumbido que de la voz de Ash iba explicándole que el sello había muerto durante la noche y que él esperaba que se tratara de una muerte accidental o natural y no de un asesinato que requiriera una *vendetta*. Ash arrancó el sello de su gancho y abandonó la cámara de vigilancia con Nico corriendo tras él.

Salieron del monasterio a un raudo trote.

—¿Adónde vamos? —preguntó Nico, cuando giraron para tomar un sendero que ascendía por el fondo del valle.

—A ver a un hombre —le respondió Ash por encima del hombro—. Un hombre a quien debía haberte llevado a visitar hace mucho tiempo.

—¿Y por qué no lo hizo?

El anciano saltó por encima de un pequeño montículo de piedras y siguió caminando sin responderle. Nico trepó por las piedras y apretó el paso para alcanzarlo por la hierba seca que se le enredaba en las piernas.

—¿Quién es ese hombre? —gritó.

—El Vidente, Él nos leerá el sello y nos dirá lo que ocurrió durante la noche.

—Entonces es cierto, ¿no? —dijo Nico, resollando—. Eso que comentan los otros aprendices de que es un taumaturgo, ¿verdad?

—No. El Vidente únicamente posee una sabiduría que le permite adquirir conocimientos más sutiles que el resto de nosotros. Mediante la técnica y su fabulosa capacidad para la quietud puede hacer cosas que los demás sólo consiguen, si es que alguna vez lo hacen, por casualidad.

—No lo entiendo. —Ya lo sé.

Siguieron el cauce del arroyo un rato y luego torcieron para alejarse de él y adentrarse en un terreno pantanoso en el que se les hundían los pies calzados con sandalias. Ash caminaba sin esfuerzo aparente, como si simplemente estuviera dando un paseo vespertino. Nico, por su parte, ya estaba sudando.

—El Vidente es el miembro más valioso de nuestra orden, muchacho. No olvides esto cuando lo conozcas. Nuestras tradiciones, nuestra historia, todo se ha transmitido a través del linaje de los videntes; sin un Vidente estaríamos ciegos, desorientados. Sólo él puede leer el corazón de los sellos y comunicarnos su mensaje. También puede leer el corazón de un novicio y juzgar si es digno. En cierta manera, eso es lo que hará contigo.

—¿Va a juzgarme?

—Tú no te enterarás. Se concentrará sobre todo en el sello.

—Sigo pensando que todo esto me suena a lo que hace un taumaturgo.

—Muchacho, los milagros no existen. Lo que hace el Vidente es totalmente natural.

—Una vez vi a un hombre en el bazar de Bar-Khos que se mantenía erguido boca abajo haciendo equilibrio con los labios. Podía hacer una especie de flexiones simplemente frunciendo los labios en el suelo. Si eso no es un milagro, ya me dirá usted qué lo es.

Ash sacudió la cabeza con desdén.

—El Vidente es lo que vosotros los mercianos llamáis un... prodigio. No siempre fueron así, me refiero a nuestros videntes, pero éste en particular... es un hombre que atesora tanta sabiduría como intuición. Cuando llegamos aquí, al Midéres, oyó hablar de Zanzahar y de los numerosos productos que importaban de las Islas del Cielo. Viajó a la ciudad para examinar todos esos productos, si bien no siempre quedaba claro cuál era el propósito de muchos de ellos. Por ejemplo, las semillas de mali; las venden en la ciudad como exóticos amuletos capaces de crear vínculos con sus portadores. En cierto modo almacenan las vivencias de las personas, de modo que si sus portadores ponen en práctica determinadas técnicas, pueden revivir a su antojo esas experiencias en sueños. El Vidente fue quien descubrió cómo bisecar esas semillas para obtener dos gemelos que pudiéramos utilizar para nuestro fin. En ese sentido fue él quien inventó los sellos.

—Entonces, ¿antes cómo se llevaban a cabo las *vendettas*?

—Era una tarea ardua. —Ash echó un vistazo atrás en dirección a su aprendiz. Sus facciones oscuras irradiaban un brillo, una vitalidad renovada—. Tus heridas han cicatrizado bien —observó.

—Sí —convino Nico.

Era cierto. Al final, las heridas infligidas por Aléas no habían sido más que unos cortecitos. Ni siquiera había necesitado puntos. Nico sólo les había administrado un poco de cera de abeja, como le había sugerido el propio Aléas, con lo cual las heridas no se le habían amoratado sino que se habían mantenido sonrosadas y limpias unos días hasta que finalmente las había cubierto una costra con la consiguiente molestia de la constate picazón, pero poco más. Y cuando había visto su reflejo a contraluz en el cristal de una ventana de la cocina, incluso le había complacido en cierta manera su aspecto, pues las pequeñas cicatrices le hacían parecer mayor.

El Vidente vivía solo en una pequeña ermita en las profundidades del valle; la construcción se levantaba sobre una loma cubierta de hierba en el recodo de un arroyo espumoso que discurría entre rocas matizadas de verde por las algas. El costado de la ermita azotado por el viento estaba protegido por un puñado de jupes

nudosos en flor, a los que se sumaba un enorme sauce llorón cuyas hojas se hundían en el agua y bregaban con la corriente. La ermita en sí era poco más que una choza, con un vano rectangular en la pared frente al arroyo que hacía las veces de ventana y puerta.

—No olvides lo que te he dicho —le recordó Ash cuando se aproximaban a la ermita.

Nico siguió a su maestro al interior. Por un momento, a la luz vaporosa del sol que se filtraba por la puerta a su espalda, Nico se preguntó si no se habrían equivocado de lugar.

El Vidente estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro de la minúscula choza, sobre una estera de juncos, de cara a la puerta y con los ojos entrecerrados. Era un hombre entrado en años y esquelético, con sus ojos de párpados caídos cubiertos por una película blancuzca y con la piel del color de una pieza de fruta expuesta demasiado tiempo al sol. Era evidente que también procedía de la remota patria de Ash, y su piel oscura contrastaba marcadamente con los abundantes pelos blancos que asomaban por los orificios de su nariz y oídos. Tenía la cabeza rasurada. Los lóbulos de sus orejas, mutilados según el rito, le colgaban hasta los hombros de una manera nunca antes vista por Nico.

El joven aprendiz se volvió boquiabierto a Ash y le sorprendió encontrarlo arrodillado en el suelo. El maestro le hizo un gesto con la cabeza para que se sentara a su lado.

El ermitaño miró fijamente a Nico en silencio, como si contemplara algo que en realidad no estaba, de una manera que le recordó a uno de los gatos de su madre. Luego parpadeó muy despacio y tensó los labios para esbozar una sonrisa que dejó al descubierto sus encías desdentadas. Inclino una vez la cabeza a modo de saludo, al parecer complacido de ver al muchacho, o por lo menos divertido de tenerlo enfrente.

Su rostro adquirió un gesto serio cuando se volvió a Ash, quien, sin que mediara palabra alguna, depositó el sello muerto en las manos temblorosas del Vidente.

Ash y Nico aguardaron expectantes. El Vidente recitó algo en su lengua con voz quejumbrosa y su canto se propagó por el aire de la ermita. Se rascó la túnica infestada de piojos. Al cabo guardó silencio, sentado totalmente inmóvil y con los ojos cerrados. De vez en cuando una mosca se posaba en su cabeza salpicada de las habituales manchas de la senectud. La escena parecía una de las primeras clases prácticas que Nico había recibido a bordo del *Halcón* y que le habían resultado imposibles de seguir, ya que los dolores que le sobrevenían se convertían en una agonía. De hecho, ahora trató de sumergirse en la meditación, pero fue inútil, pues le pudo la impaciencia por saber qué iba a ocurrir a continuación. Con aire ausente, se mordisqueaba el labio y paseaba la vista por la madera con humedades de la pared de enfrente.

Realmente recibió con alivio que el Vidente interrumpiera su meditación silenciosa. El anciano chasqueó los labios y se inclinó alejando el cuerpo del sello muerto que sostenía en las manos entrelazadas. —*Shinsho ta-kana...* —dijo con voz chillona—, ¡*Yoshi, linaga!*—Y entonces inclinó la cabeza y frunció el ceño en un gesto tristísimo.

—Asesinato —tradujo Ash con sequedad.

Aquella noche, mientras los roshun terminaban de cenar en las mesas repartidas por el comedor que ocupaba buena parte del ala norte del edificio del monasterio, con las velas refulgiendo para compensar la luz mortecina procedente de las numerosas ventanas, el repentino tintineo de un cubierto que golpeaba una copa de cristal acalló las apacibles conversaciones de los comensales.

Nico levantó la vista de la mesa que ocupaba junto a los demás aprendices, todavía masticando el último bocado de su pastel de arroz. Aléas interrumpió lo que estaba diciéndole y también levantó la mirada. En el fondo de la sala, un roshun con la piel negra arrugada se levantó lentamente de su silla de madera. Era mayor aún que Ash, aunque no tanto ni estaba tan ajado como el Vidente. Nico sabía que se llamaba Osho y que era el prior de la orden, el hombre que había fundado el monasterio en las montañas de Cheem. Varias veces lo había visto paseando con su cojera por allí, pero nunca lo había oído hablar.

La voz del roshun resonó con claridad en toda la sala en silencio.

—Amigos míos —declaró, dirigiéndose a la miríada de rostros que se habían vuelto hacia él—, esta noche se nos presenta una tarea de una naturaleza excepcional. Uno de nuestros patrocinados ha emprendido el Camino Elevado. El Vidente nos ha informado de que ha sido un asesinato. También nos ha revelado con su sabiduría quién es el responsable de su muerte. —Osho hizo una pausa y examinó una por una las caras de los presentes, midiendo su nivel de atención, o quién sabe si alguna otra particularidad que sólo él percibía—. Esta noche tenemos que declarar la *vendetta* contra un sacerdote de Mann. Y no se trata de un sacerdote cualquiera, no. Como siempre, la vida nos niega la sencillez. Esta noche declaramos la *vendetta* contra Kirkus dul Dubois, es decir, el hijo de Sasheen dul Dubois, la Santa Matriarca de Mann.

Una oleada de murmullos recorrió la sala. Nico lanzó una mirada hacia su maestro, sentado en la misma mesa elevada que el anciano líder de la orden. Ash simplemente bebía agua de su copa con una expresión neutra en el rostro.

—Hemos llevado a cabo *vendettas* en numerosas ocasiones contra ciudadanos del Imperio, pero nunca contra nadie de una posición tan prominente. Por lo tanto, esta noche se emprende una operación arriesgada para nuestra orden. Kirkus sabía que su víctima llevaba el sello y, por consiguiente, que estaba bajo nuestra protección. Así

pues, el Imperio ya debe de saber que buscaremos la venganza contra su sacerdote. Sin duda, ellos harán todo lo que esté en sus manos para detenernos, incluida, sospecho, la elaboración de un plan para nuestra aniquilación total. Después de todo, Kirkus dul Dubois es el único hijo de la matriarca. Imagino que sus primeros objetivos serán los agentes que tenemos diseminados por los puertos del Midéres, movidos por la creencia errónea de que conocen la ubicación exacta de nuestro monasterio en Cheem. Puesto que el único contacto que mantenemos con nuestros patrocinados se realiza a través de nuestros agentes, eso es todo lo que los mannianos pueden hacer por el momento. Esta noche ya he dado instrucciones para que se envíen aves mensajeras a todos ellos con la advertencia de que deben permanecer alerta. Como es un asunto que acarrea consecuencias para todos nosotros he decidido hablar aquí y ahora, un lugar y un momento en los que nos reunimos para compartir un sencillo plato de comida. Todos y cada uno de nosotros ha de ser consciente del compromiso que asumimos esta noche. Y guiándome por ese mismo espíritu he decidido no designar a nadie para esta *vendetta*. En cambio solicito tres voluntarios.

Hubo unos momentos de silencio.

En el centro del comedor, una silla chirrió arrastrada por el suelo. Un hombre se puso en pie y dio una palmada delante de sí. Casi inmediatamente se levantó de sus asientos otra docena de roshuns.

—Gracias a todos —dijo Osho, sonriendo—. Ahora, dejadme que vea, ¿a quién tenemos? Ah, Antón, tú serás uno. Y Kylos el de las pequeñas islas. Y tú... sí, Baso, te veo... Tú también irás. Perfecto, tres de nuestros mejores hombres. —El resto tomó asiento de nuevo. Los tres elegidos sobresalían del mar de cabezas—. Temo que tendréis que partir esta misma noche. Puede que ya sea demasiado tarde para interceptar a Kirkus dul Dubois antes de que regrese a Q'os; aun así debemos apresurarnos y no conceder tiempo al Imperio para urdir sus represalias. Represalias son lo que tenemos que llevar a cabo nosotros, pese a la evidente amenaza que eso supone para nuestra orden. Recordad que ha muerto una mujer. Y que ese joven sacerdote es quien le ha arrebatado la vida. Por una vez, y es la excepción que confirma la regla, la justicia de nuestra tarea no deja lugar a dudas. En esta ocasión no se trata de la mera persecución del asesino de un matón ricachón, de un patricio que ha pillado a su hermano en la cama con su esposa, ni de una mujer desesperada abocada a cometer actos para los que no tenía ninguna alternativa razonable. Aquí no se dan las habituales ambigüedades de otros casos que nos empujan a buscar el perdón en nuestras horas de quietud.

Las cabezas asintieron, conformes con las palabras de Osho. Sin embargo, hubo una notable excepción de la que Nico se apercibió. Baracha, sentado junto a Ash, parecía inquieto y era evidente que quería hablar.

—Nuestra presa es un auténtico monstruo. Tenemos un compromiso que cumplir

y lo acometeremos sin reparar en los costes. Si los roshuns realmente somos de alguna utilidad para el mundo, ha llegado la hora de demostrarlo. Eso es todo. —Inclinó la cabeza a modo de reverencia—. He acabado.

—Es un asunto feo —observó el jefe de la orden Roshun a la mañana siguiente, sentado en la butaca acolchada de su despacho en el último piso de la torre del monasterio. Hablaba en su lengua materna de Honshu, con sus sílabas ásperas y breves, como era su costumbre cuando se encontraban a solas.

Ash, sentado en el sofá junto a la ventana, en el lado opuesto de la estancia, no respondió.

—Esta *vendetta* nos enfrenta a todo un Imperio —continuó Osho—. Rezo por que no signifique nuestra ruina.

—Ya hemos resistido contra enemigos poderosos en otras ocasiones, maestro —le recordó Ash suavemente.

—Sí, pero también lo perdimos todo.

La observación provocó el temblor de un músculo de la mandíbula de Ash.

—Quizá entonces no teníamos más elección —repuso—. Lo mismo ocurre ahora. ¿Qué podemos hacer sino mantener nuestra promesa y actuar de acuerdo con nuestro *Cha*?

Cha. Una palabra interesante. En lengua franca se necesitaban muchas palabras para dar una definición ajustada de su significado; palabras como «centro», «quietud», «corazón límpido».

—¿El *Cha*...? —musitó Osho. Era evidente la ironía contenida en su sonrisa—. Mi *Cha* siempre se me aparece nítidamente, amigo mío, cuando corto queso, bebo chee o me tiro un pedo en mi vieja cama de madera de pino. Pero cuando me siento a reflexionar sobre asuntos como éste, que afectan al monasterio, y sobre los muchos riesgos que debemos tomar en consideración en aras del futuro de todos y cada uno de nosotros, mi *Cha* se tiñe de incertidumbre. Y entonces me preguntó si no habré perdido el norte.

—Tonterías —espetó Ash—, Anoche te levantaste delante de todos y dejaste bien claro que hemos de cumplir esta *vendetta* sin temor a las consecuencias. Tus acciones tomaron una decisión sobre el asunto, ¿qué otra evidencia esperabas?

Osho suspiró.

—Y mientras os hablaba no dejaba de preguntarme si mis palabras no estarían conduciéndonos hacia otra masacre o, en el mejor de los casos, hacia otro exilio lejos de nuestra tierra —repuso con voz queda, como hablando consigo mismo.

Ash desvió de nuevo la vista hacia la ventana. Se sentía fatigado, como todos los días desde su regreso al monasterio. Sus dolores de cabeza eran cada vez frecuentes y le costaba dormir. Ya había esperado que fuera así. Le solía ocurrir que cuando estaba

inmerso en una *vendetta*. Su cuerpo esperaba a que regresara a un lugar seguro para permitir que el dolor y la enfermedad siguieran su proceso natural.

Siempre había sido propenso a aislarse durante sus estancias en el monasterio. Sin embargo, desde que había vuelto esta última vez su voluntad de retraining se había agudizado. Cuando se sentía con fuerzas suficientes, entrenaba fuera de los muros del monasterio o emprendía largas caminatas por las montañas, evitando a los camaradas que habían emprendido sus propios paseos cuando los divisaba, entre ellos a su propio aprendiz. No obstante, pasaba la mayor parte del tiempo recluido en su celda, durmiendo cuando conseguía conciliar el sueño, leyendo poesía de su vieja patria o simplemente meditando. No quería que los demás miembros de la orden se enteraran de que estaba enfermo.

—Ése no es el tipo de evidencia que pido —insistió Osho—, En mi vida he sido algo más que un mero roshun. He liderado ejércitos en el campo de batalla, ¿o acaso lo has olvidado? He comandado una flota por el inmenso océano en medio de una tempestad. Mi querido Ash, una vez maté a un tirano en un encontronazo casual en menos de tres segundos. No, no es la evidencia de la rectitud de mis actos lo que ahora echo de menos, pues, siempre la he echado de menos. Pienso que quizá lo que he perdido es el *Chan*, y me temo que eso debilita mi resolución.

Chan. Otra palabra interesante. Como *Cha*, en la lengua franca podía significar muchas cosas: «pasión», «fe», «amor», «esperanza», «arte», «coraje». A veces también podía designar los misteriosos y sabios caminos mostrados por el Necio. En el fondo eran las manifestaciones externas del *Cha* llevadas a la acción.

—Cada vez estoy más harto de este trabajo, eso es todo. Llevo demasiado tiempo siendo un roshun; primero soldado, luego general, ahí acaba todo. Mi vida se ha convertido en algo por lo que no sé si vale la pena seguir luchando. Cuando llegue el momento oportuno, le entregaré las riendas a Baracha. Aunque tenga un *Cha* algo turbio, está mucho mejor dotado que yo para las intrigas políticas.

—¡Puf! Si él estuviera al mando, ya estaríamos negociando con los mannianos una compensación por la vida del joven sacerdote.

—En ese caso puede que Baracha sea más sabio de lo que cabría esperar de alguien de su edad. ¿Quién se atrevería a decir que no era lo correcto si fuera beneficioso para de nuestra supervivencia?

Ash sentía cómo le hervía la sangre, pero guardó silencio.

—En nuestra patria no eras roshun, Ash. Yo sí —prosiguió Osho— No sabes lo que era aquello... en realidad. Nuestros patrocinados llevaban a la vista un simple medallón, y si morían asesinados, teníamos que recabar toda la información posible para encontrar al culpable. Era un trabajo de lo más desagradable, te lo aseguro. A veces matábamos a la persona equivocada, y a menudo nunca llegábamos a dar con el verdadero asesino. Incluso hoy en día, aquí, en el Midéres, con todos nuestros sellos

y nuestros malis importados directamente desde las Islas del Cielo, alguna vez hemos fracasado en el cumplimiento de una *vendetta*.

—Sí, pero nunca hemos dejado de intentarlo. Ése es nuestro compromiso.

—Nuestro compromiso, sí —admitió Osho—. Pero en nuestra vieja patria nuestro compromiso siempre era una cuestión práctica. Dudo que nunca hubiéramos arriesgado la pervivencia de la orden como vamos a hacer ahora.

Ash meneó la cabeza.

—Quizá. Pero lo que somos ahora, en estas tierras, no tiene nada que ver con los asesinos que fuimos antaño. Nos mantenemos al margen de los tejemanajes políticos del mundo, y ni siquiera nos guiamos por la búsqueda del beneficio propio. Simplemente ofrecemos la posibilidad de justicia a aquellos que la necesitan. Si decidimos no asumir el riesgo que se nos presenta ahora, nuestras promesas a toda esa gente carecerán de valor, nosotros mismos careceremos de valor, y todo aquello a lo que hemos dedicado nuestras vidas se habrá convertido en una farsa.

Osho meditó las palabras de Ash. Al parecer no podía poner un pero a nada de lo que había dicho.

—¿Qué era lo que siempre me decías cuando me veías inquieto porque no era capaz de tomar una decisión?

—Te decía muchas cosas, la mayoría tonterías.

—Sí, pero había algo que me repetías una y otra vez.

—¡Ah!—exclamó el viejo general—. «Sonríe y tira los dados.»

—Siempre la tuve por una máxima muy valiosa.

Osho soltó un largo suspiro, pero no fue una expresión de exasperación, sino más bien de alivio. Y se hundió aún más en su envolvente butaca, relajado, con la mirada fija en algo que le llamaba la atención de la mesa de chee situada en el centro de la cámara, quizá la luz del sol desparramada sobre su superficie. La mesa estaba hecha de madera de liq silvestre, obtenida de un tablón de las naves que los habían traído a ambos desde Honshu treinta años atrás.

Ash contempló a aquel hombre que conocía de toda la vida. Su maestro parecía no reparar en su propia mano rascándose distraídamente la pierna izquierda. Sin embargo, Ash sí se fijó en ella, y se sonrió sin hacer ningún comentario.

Al parecer, la discusión había terminado de momento, y se sumieron en uno de sus cómodos silencios, que podían extenderse durante horas sin que ninguno de los dos sintiera la necesidad de hablar. Se oyó un estruendo seco procedente de algún lugar de los pisos inferiores, lo suficientemente lejano como para pasar desapercibido, probablemente a alguien se le debía de haber caído el montón de armas que acarrea entre los brazos o quizá se había derrumbado una pila de platos en la cercana cocina. Ash pensó que ya se acercaba la hora de la comida, así que lo más probable era que se tratara de los platos. Por la ventana abierta se colaban los

agradables aromas a keesh horneándose y a estofado muy condimentado.

Osho se revolvió en la butaca y bajó la mirada hacia la mano que le rascaba la pierna. La retiró, con una mueca jocosa.

—Veinte años llevo con esta pata de palo y sigo rascándome unos picores imaginarios como si fueran reales.

Sin embargo, Ash apenas pudo oírlo. El leve dolor de cabeza estaba empeorando y se llevó la mano a la frente.

—¿Te encuentras bien, viejo amigo?

Osho se levantó en vistas de que no recibía respuesta, se ajustó la pierna de madera y cruzó renqueante la habitación hasta el hondo sofá arrimado a la ventana y alcanzado por el sol, en cuyo borde estaba sentado Ash.

—Sí —contestó Ash, aunque le temblaba la voz. Se apretó las sienes como intentando exprimir el dolor de su cabeza.

—¿Otra vez los dolores de cabeza? —inquirió Osho, posando una mano en el hombro de su amigo. —Sí.

—Cada vez más fuertes, ¿no?

Ash se hurgó en el interior de la túnica y sacó su bolsa. La abrió con manos trémulas y extrajo una hoja de stevia, se la metió en la boca, entre la lengua y la pared interior de la mejilla.

—Últimamente son tan fuertes que a veces pierdo por completo la vista.

Osho apretó la mano alrededor del hombro de Ash. No era muy hábil a la hora de ofrecer un gesto reconfortante.

Ash sacó otra hoja y se la llevó a la boca, esta vez la colocó en la otra mejilla.

—¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que vaya a buscar a Ch'eng?

—No, maestro. Él no puede ayudarme.

—Por favor, deja de llamarme maestro. Dejaste de ser mi aprendiz hace mucho, mucho tiempo.

El dolor fue mitigándose poco a poco, por lo menos lo suficiente para que Ash esbozara una sonrisa a su maestro, si bien evitó mirarle a los ojos, que de repente se le habían humedecido y ensombrecido.

—Envejecemos más rápido de lo que pensamos —dijo en un intento de rebajar la gravedad del momento.

—No —replicó Osho, regresando a su butaca arrastrando los pies—. Eres tú quien envejece más rápido de lo que piensas. Yo soy consciente de mi decrepitud, y planeo jubilarme lo antes posible y con la poca dignidad que me quede. —Yo también he estado planteándomelo —reconoció Ash.

El viejo general se dejó caer en la butaca y le clavó una mirada que ya le resultaba familiar después de tantos años: con la barbilla alzada, sus afiladas facciones fruncidas en un gesto de concentración y sus ojos de párpados caídos sondeando a

quienquiera que tuviera delante.

—Siempre había tenido la esperanza... Es decir, cuando te vi con un aprendiz después de tantos años... ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—No he cambiado de opinión. Pero tuvimos una conversación, tú y yo, hace algunos meses. Dentro de mi cabeza.

—¿Cuando estabas en el hielo?

Ash asintió.

—En ese caso quizá fue algo más que una conversación. Hace unos meses tuve un sueño. Hacía mucho frío. Tú creías que no lo conseguirías.

—Eso creía. Pero me ofreciste un trato, y a cambio me prometiste que regresaría vivo a casa. De modo que lo acepté.

—Entiendo. ¿Y cuál era el trato?

—Que no me apartarías de mi trabajo mientras aleccionara a un discípulo.

Osho rió entre dientes.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Sí, un trato justísimo... Y lo mantengo.

—Muy bien.

—Entonces, dime. ¿Cómo elegiste a tu aprendiz?

Ash no sabía muy bien cómo responderle. Se retrotrajo fugazmente a Bar-Khos, al momento en el que se hallaba sumido en sus sueños durante la siesta que echó en las horas de calor, cuando un muchacho se coló en su habitación para robarle el monedero. En esos sueños se había trasladado a su hogar: la pequeña aldea de Asa, agazapada en un recoveco del elevado valle, desde donde se dominaban los arrozales en los bancales que descendían abruptamente por la ladera y, más allá, un mar azul que se extendía hasta el horizonte.

Butai, su joven esposa, también estaba allí, de pie en el umbral de la puerta de la casita, con una cesta llena de flores silvestres en los brazos. Tenía un don para convertirlas en delicados perfumes y siempre lo sorprendía con nuevas fragancias. Butai contempló un instante a su hijo, que cortaba leña con la soltura de quien tiene práctica; un muchacho de unos catorce años. Ash les había saludado con la mano, pero ellos no lo veían y se reían de algo que había dicho el muchacho. Su esposa estaba hermosa cuando reía, y conservaba su aspecto juvenil, que nunca la había abandonado.

Y entonces, Ash se había despertado en una habitación extraña, en una ciudad extraña, en una tierra extraña, en una vida extraña que no tenía nada que ver con la suya... Una profunda tristeza le había humedecido los ojos y la sensación de pérdida palpitaba fresca en su interior, como si todo lo que acontecía en el sueño hubiera ocurrido el día anterior. La punzada de dolor que le atravesó la cabeza fue tan intensa que lo dejó ciego. Había llamado a alguien que andaba por ahí creyendo por un momento que era su hijo... Sin embargo, ya antes de acabar de decir su nombre sabía

que era imposible que fuera su hijo. En ese preciso instante había sentido una soledad tan devastadora que no había podido moverse. «Moriré solo —había pensado—. Así, ciego, sin nadie a mi lado.»

—Es como si él me hubiera elegido a mí —se oyó decir a Osho.

Osho aceptó su respuesta, al menos parcialmente.

—¿Con qué fin? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—No lo sé, pero en cierta manera podría decirse que ambos nos necesitamos. Aunque no sabría aclararte en qué sentido.

Osho asintió y esbozó una sonrisa de complicidad. Sin embargo, lo que quiera que fuera que barruntaba prefirió no compartirlo.

—De modo que no has cambiado de opinión en lo referente a sucederme, ¿verdad? No sé por qué pensé que quizá te lo replantearías si te provocaba mencionándote a Baracha.

Ash tuvo que desviar la mirada de los ojos de su maestro.

—¿Qué sentido tendría? Mi enfermedad está empeorando y no creo que me quede demasiado tiempo. Ya sabes qué le ocurrió a mi padre, y antes a su padre. Una vez vencidos por la ceguera rápidamente les llegó el final.

Un gesto de gravedad borró la sonrisa de los labios de Osho, que respiró hondo.

—Albergaba ese temor —reconoció el prior—, pero esperaba que no fuera así. Lo siento mucho, Ash. Eres uno de los pocos verdaderos amigos que me quedan.

Del patio interior llegaba el canto de un carraco. Ash puso su atención en él, desviándola de la atípica demostración de afecto de su amigo.

El Osho joven nunca habría sido tan abierto a la hora de mostrar sus sentimientos... al menos no el Osho que en su vieja patria se había formado como roshun a la antigua usanza, una experiencia terrible a la que muy pocos sobrevivían; el mismo Osho que había abandonado la orden original de los roshun cuando ésta apoyó a los tiranos; que se había hecho soldado y había luchado tanto en Hakk como en Aga-sa, de donde había salido milagrosamente vivo; que había ganado honores tras honores en la larga guerra contra los tiranos; que se había labrado un nombre y había ido ascendiendo hasta convertirse en uno de los comandantes del, en última instancia aniquilado, Ejército Popular. Tiempo atrás hubiera sido inimaginable oír al general lamentándose tan abiertamente del destino de un camarada. Osho fue el estratega que luego los lideró en su huida hacia el exilio; el único general que consiguió abrirse paso y escapar con el grueso de sus hombres intacto tras sobrevivir a la fatídica trampa final que acabó para siempre con la Revolución Popular.

En esa época, Osho era un hombre seco, fuerte, duro, un auténtico cabrón inflexible. La firmeza de su mando los había mantenido unidos en su larga travesía hasta el Midéres, cuando la mayoría de los hombres, incluido un Ash profundamente acongojado, sólo anhelaba la muerte tras la derrota; después de haber perdido a sus

seres queridos en la batalla o de sentir que los abandonaba en la tierra que dejaban atrás. Cuando por fin llegaron al Midéres y otros componentes de la flota fugitiva tomaron el camino de las armas para servir como mercenarios para el Imperio de Mann o contra él, Osho optó por una senda distinta y mucho más incierta. La senda del roshun.

Ahora, sin embargo, era un hombre ajado sentado en una butaca ajada. A ambos —a la silla y a él— les asomaban mechones de pelo por todos sus orificios y los dos crujían cada vez que sus viejos cuerpos se movían. Ahora Osho permitía que sus penas fluyeran libremente de su corazón mientras contemplaba el cercano final de sus días.

Ash se volvió a la ventana de la alta torre y fijó la vista en el grupo de malis apiñados en el centro del patio interior, donde el plumaje azul celeste del carraco cantarín resaltaba entre las hojas de color bronce.

—La tristeza en la muerte implica una vida triste —bromeó Ash.

—Lo sé —dijo el viejo general, meneando la cabeza.

Los dos veteranos continuaron sentados en silencio bajo la luz brumosa del sol, escuchando el canto breve y lozano del pájaro migratorio de finales de verano. «Reclamando a su pareja», pensó Ash. Su pareja extraviada.

—Ojalá... —empezó Osho, pero balbuceó y dejó que el resto de su frase quedara suspendido en el aire sin pronunciarlo.

—Pueda ver otra vez la Montaña del Diamante —completó Ash, recitando el viejo poema—, Y posar mis labios en los labios que amo.

—Sí —masculló Osho.

—Lo sé, viejo amigo.

Capítulo 13

Serése

Tras el anuncio de la *vendetta* por boca de Osho, el monasterio se sumergió en un extraño silencio preñado de una resolución inédita hasta entonces, inspirada por la partida de los tres roshuns. Incluso los más ancianos del lugar, que habían dedicado más tiempo al cultivo de los jardines que a las prácticas, retomaron la puesta a punto de sus habilidades. Los roshuns formaban corrillos y conversaban con circunspección; las risas se hicieron cada vez menos frecuentes.

Los aprendices se mantenían en su mayor parte ajenos a la seriedad que flotaba en el ambiente. Todavía eran demasiado inconscientes para valorar la gravedad de la situación, y el extenuante régimen de los entrenamientos ya era suficiente para mantener sus bisoñas cabezas ocupadas en sus propios contratiempos cotidianos.

Nico nunca había tenido facilidad para hacer nuevos amigos, y tuvo la oportunidad de comprobar que eso no había cambiado durante su estancia en aquel monasterio aislado en las montañas. La compañía continuada de gente solía agotarlo hasta el punto de que se retraía para eludirla. A veces, y Nico lo sabía, eso le hacía parecer una persona distante.

En el pasado esa reserva le había acarreado un buen puñado de problemas, sin embargo, aquí le ocurría justo lo contrario. El resto de los aprendices parecían apreciar a Nico y no tenían inconveniente en bromear y conversar con él. Aun así, también notaban su actitud distante, y cuando lo conocieron un poco mejor, comprendieron que no era un síntoma de arrogancia sino simplemente un deseo franco de soledad. Y ellos respetaban ese deseo, lo que a menudo comportaba que lo excluyeran de los momentos de auténtica camaradería que compartían entre sí, de modo que cuando Nico buscaba de corazón su compañía tenía dificultades para romper el muro que se había levantado entre él y los otros.

Por lo tanto, le resultó irónico descubrir que había otro aprendiz aquejado del mismo mal y que no era otro que Aléas.

También Aléas gozaba de la estima de sus compañeros, pero era el aprendiz de Baracha, por quien todos los aprendices profesaban un desprecio rotundo. Sin embargo, eso no pesaba tanto en su relación con él como el comportamiento del propio Aléas. El muchacho era humilde, por naturaleza, a pesar de que a nadie se le escapaba su brillantez. Eso desconcertaba a sus compañeros. La combinación de tanto talento y modestia había instalado en lo más recóndito de sus cabezas la idea de que Aléas era en cierta manera superior a ellos y eso, por tanto, les obligaba a asumir su

inferioridad respecto a él. Estos complejos íntimos no ofrecían una base sólida sobre la que edificar una amistad.

El hecho de que Nico y Aléas compartieran la condición de inadaptados hizo que acabasen por aproximarse. Los chicos parecían poseer una personalidad similar. A veces, ambos rompían a reír por algo que sólo ellos consideraban gracioso, o uno de ellos apoyaba con sus palabras la posición del otro en algún debate acalorado con los demás aprendices. A menudo se encontraban emparejados juntos por falta de alternativas. Aun así, la distancia que los separaba de los demás también existía entre ellos: en cierto modo a Nico le intimidaba la confianza que rezumaba Aléas, mientras que éste se sentía coartado por el deseo de su maestro de que se mantuviera alejado de Nico.

Para Nico, solitario por naturaleza, la vida en el monasterio no se asemejaba en nada a lo que había imaginado, aunque en ningún momento había tenido una noción muy clara de lo que se encontraría a su llegada. No obstante, por muy vagas que fueran las expectativas que había albergado sobre ese extraño lugar en el que se formaban asesinos, no tenían nada que ver con lo que resultó ser.

Todos los días se pasaba horas lanzando tajos al aire en la plaza de armas, apuñalaba y agarrotaba muñecos rellenos de paja, se ocultaba de enemigos imaginarios, disparaba flechas contra lejanas dianas con figuras antropomórficas pintadas. Aun así, estaba tan absorto en intentar hacerlo bien, en mantener su reputación, en superar los desafíos que se le presentaban cada día, que rara era la vez que se detenía a pensar en el vínculo que unía aquellas actividades con la realidad que representaban o en el camino que había emprendido, pues lo entrenaban a conciencia para que fuera capaz de cruzar un umbral sin pensar ni vacilar: se esperaba de él que algún día cometiera un asesinato a sangre fría.

De todos modos, ese día todavía quedaba lejos y entretanto el entrenamiento acabaría por anular cualquier emoción ante esa perspectiva, y el duro esfuerzo difuminaría el fin último al que estaba encauzado todo. Transcurrido un tiempo, Nico dejaría de darle vueltas en la cabeza.

Le sorprendió agradablemente percatarse de la ilusión con la que esperaba las dos sesiones de una hora de meditación diarias. Algunos aprendices asistían rezongando a ellas, la mayoría todavía abrazaban credos distintos del daoísmo, lo cual resultaba chocante para Nico, pues todo lo que se exigía a los aprendices era su compromiso con las prácticas daoístas de la quietud.

Nico tampoco es que fuera un creyente ferviente; rara vez había conectado con las ceremonias —celebradas por monjes de voces monótonas en templos abarrotados de humo— que su madre le había obligado a soportar cuando había tenido la mala suerte de ser arrastrado hasta ellas. Sin embargo, ahora empezaba a esperar con ilusión esas sesiones de una hora que tenían lugar en los tranquilos confines del suave entarimado

de la sala de chachen, o en el patio cuando la meteorología lo permitía. A Nico le parecía que apenas había en ellas un ingrediente religioso; los roshuns no prestaban demasiada atención a las doctrinas y lo único que hacían era sentarse de rodillas con las manos en el regazo y concentrarse en su respiración hasta que una campanada anunciaba el final de la sesión.

Con el tiempo, Nico aprendió a relajarse manteniendo su concentración, lo que hacía más sencillo alcanzar la quietud. Después del ejercicio se sentía fresco y sereno, y también más cómodo con su cuerpo.

Pasaron semanas hasta que recordó que tenía que escribir a casa, y hasta cierto punto se sintió culpable por haber olvidado tan rápido a su madre. Con su letra terrible le informó de que se encontraba bien, y llenó el resto de la página con una descripción de los aspectos rutinarios de su nueva vida, con mucho cuidado de no añadir nada que pudiera sugerir la desesperación que le habían causado algunas situaciones.

Kosh, el viejo amigo de Ash, se ofreció solícitamente a encargarse del envío de la carta y la llevó a Puerto Cheem en compañía de un grupo de roshuns que se dirigían a la ciudad para comprar provisiones. Una vez allí, la misiva pasó a manos de un contrabandista que se ganaba la vida pasando a un lado y otro del bloqueo manniano de los Puertos Libres. Nico tenía la esperanza de que finalmente llegara hasta su madre. Sin embargo, después de entregar la carta apenas volvió a pensar en ella.

Los aprendices tenían libre el día del Necio y podían pasarlo como se les antojara. Mientras sus compañeros aprendices se juntaban en pandillas de dos o tres chicos y se distraían con sus bromas y sus pequeñas complicidades, Nico emprendía una excursión por las montañas que se elevaban en torno al valle y pasaba agradablemente las horas solo, disfrutando del esplendor límpido de las cumbres. Nico necesitaba como el comer esos momentos de recogimiento y reflexión, y esos días libres en particular, tras una caminata larguísima, suponían el equivalente a sus incursiones vespertinas de niño acompañado de Boon por las estribaciones cercanas a la granja familiar; momentos de paz y sosiego.

A fuerza de repetir las, esas excursiones habían adquirido sus propias particularidades, y durante unas horas Nico no miraba al pasado ni al futuro.

Una mañana, antes del desayuno, Nico vio a una muchacha que atravesaba el patio interior, y su sorpresa fue tal que dejó caer al suelo el balde con agua. El motivo de su sobresalto y de que el corazón se le pusiera a cien no fue únicamente el hecho de que se tratara de una chica. Tampoco su apariencia: vestida con una sencilla túnica negra a conjunto con la larga melena que se precipitaba por su espalda y que enmarcaba un rostro bañado por el sol, de facciones afiladas y grandes ojos. Lo que lo cautivó, después de haber pasado demasiado tiempo ávido de un espectáculo como

aquél, fueron sus andares, sus largas piernas y la confianza que rezumaba, el grácil contoneo de sus caderas, inconfundible bajo su túnica. Nico se olvidó de su cubo y la siguió con la mirada hasta que la vio entrar por la puerta que conducía al ala norte. Rápidamente ideó una excusa para seguirla y averiguar quién era. Cruzó precipitadamente la misma puerta y miró a izquierda y derecha, pero la muchacha había desaparecido. Por un momento se planteó si no habría sido fruto de su imaginación.

Durante los días siguientes volvió a verla varias veces, aunque siempre de refilón y cuando estaba ocupado en el entrenamiento o de camino a las clases y no podía entretenerse. Resultaba frustrante, y no tardó en percatarse de que había adquirido la costumbre de mover constantemente los ojos de un lado a otro buscándola.

—¿Quién es la chica? —le preguntó a Aléas una noche, durante la cena.

—¿Qué chica? —inquirió Aléas, delatándose con el tono fingido de inocencia de su voz.

—¡Ya sabes a quién me refiero! La chica que veo constantemente por el monasterio.

Aléas le dirigió una sonrisa lasciva.

—No es una simple chica, Nico. Es la hija de mi maestro, y será mejor que mantengas tus ojos lejos de ella. De tus manos ya ni te hablo. Mi maestro es extremadamente protector con ella.

—¿La hija de Baracha? —Nico se quedó anonadado.

—Nico, que te guste o te disguste una persona no afecta demasiado a su capacidad para procrear.

—Vale, pero ¿cómo se llama?

—Serése.

Serése era un nombre merciano, y así se lo hizo saber a Aléas.

—Ya. Su madre era merciana. ¿A qué vienen todas estas preguntas?

—¿Qué preguntas? —disimuló Nico, desviando la mirada. Pero volvió a la carga —: ¿Cuánto tiempo se quedará?

Aléas suspiró.

—Mira que eres pillo. Permíteme que te repita, aun a riesgo de aburrirte, que es la hija de Baracha. Ha venido a pasar unas semanas con su padre. Después volverá a Q'os, pues trabaja allí para nosotros. Si durante su estancia aquí alguien la importuna o la acosa, y por importunar me refiero a que se le dirija la palabra o se la mire, aunque sea mientras jugueteas con tu cuerpo bajo las sábanas... Si algo de eso ocurre entre tú y ella, entonces puedes tener la seguridad de que mi maestro cogerá un cuchillo y te cortará los huevos. Míralo. Ahora mismo está vigilándonos. Después tendrá una charla conmigo por haber hablado contigo.

Nico apoyó cautamente la espalda contra el respaldo de su silla. No dudaba un ápice de la veracidad de la advertencia de Aléas.

Aun así, cuando Aléas devolvió la atención a su plato de caldo, Nico recorrió con la vista el comedor para verla otra vez, y cayó presa de la decepción cuando no la atisbo por ningún lado.

A la mañana siguiente, sus caminos por fin se cruzaron y Nico supo de inmediato que estaban predestinados a conocerse. Él creía en esas cosas.

Era un día del Necio, por lo tanto día libre, y se había dirigido a la lavandería para lavar algunas prendas antes de emprender su acostumbrada excursión por el valle.

Allí estaba ella, envuelta en la atmósfera brumosa de la amplia y penumbrosa sala, escurriendo las últimas prendas de su colada. Nico se detuvo en el vano de la puerta, dudando si entrar o marcharse.

—Hola —dijo distraídamente la muchacha después de echar un vistazo por encima del hombro.

El tono de su saludo lo convenció para entrar. Cerró la puerta a su espalda y se adentró en la sala, descargó su ropa sucia junto a la tina metálica con agua hirviendo colocada sobre el fuego, hizo un gesto con la cabeza hacia la muchacha a modo de saludo y sonrió.

Ella terminó de doblar una túnica húmeda y la puso sobre el montón de ropa que ya había en la cesta. Iba arremangada y con el pelo recogido a la espalda, y tenía la tez sonrosada por el calor y el esfuerzo. Nico calculó que debían de tener la misma edad.

—¿Qué? —inquirió la muchacha, regalándole una sonrisa fugaz, advertida de la mirada escrutadora de Nico.

Nico sacudió la cabeza.

—Nada. Soy Nico, soy el aprendiz del maestro Ash.

Nico se dio cuenta inmediatamente del repentino cambio que produjo en la muchacha esa información y la reevaluación que acometió de su interlocutor. Los ojos oscuros de ella estudiaron sus facciones durante lo que empezaba a parecerle una eternidad. Era la clase de mirada que siempre le obligaba a bajar los ojos ruborizado y que por dentro lo transformaba en un idiota tembloroso.

Nico no abrió la boca por miedo a que lo que saliera de ella fuera un tartamudeo o una estupidez o, peor aún, ambas cosas a la vez.

—Yo soy Serése —dijo la muchacha, con una voz cavernosa y ronca. A Nico le entró un tembleque en las piernas.

—Lo sé —respondió, y al punto se arrepintió.

A ella pareció divertirla... que fuera el hecho de que supiera su nombre o su repentino ataque de vergüenza era algo que Nico no sabía.

—Entonces debes de ser merciana —dijo, intentando recuperar la compostura—.

Por lo de Serése. Significa «afilada» en la lengua antigua.

—Ah, sí. Ya me había parecido distinguir tu acento.

—Sí. Soy de Bar-Khos.

—Ah. —De nuevo parecía impresionada.

Fuera sonó la campana anunciando el cambio de hora.

—Bueno, toda tuya —dijo, haciendo un gesto hacia el agua burbujeante mientras ella doblaba su última prenda.

—Espera —le espetó, pese a que tenía muy presente la severa advertencia de Aléas. Sin embargo, se le había acelerado el pulso con la idea repentina de pedirle que pasara el día libre con él. Se imaginó que paseaban juntos por el valle, charlando y riendo, conociéndose—. Tengo el día libre —explicó—. Voy a salir de excursión cuando acabe esto. ¿Por qué no te vienes?

Ella pareció considerar su propuesta, al menos durante unos segundos. Pero meneó la cabeza.

—Me temo que mi padre está esperándome.

—Oh —balbuceó Nico, derrotado, aunque hubo una parte de él que respiró aliviado.

—Quizá en otra ocasión —repuso animada.

Cuando se inclinó para coger la cesta, Nico no pudo evitar admirar su figura de espaldas.

—Espera —espetó de repente—. Déjame ayudarte.

—No hace falta. Ya puedo yo.

Nico hizo como que no la oía y levantó la cesta. Pesaba más de lo que había esperado y a duras penas consiguió reprimir un gruñido.

Serése lo siguió fuera. Sus rostros salpicados de sudor brillaron a la luz más intensa del corredor, a ambos les caía el cabello en finas coletas apelmazadas por el vapor.

Se detuvieron y se miraron. A Nico el corazón todavía le aporreaba el pecho. Deseaba tocarla.

—¿Serése? —Baracha estaba en la puerta que daba paso al patio interior.

La muchacha puso los ojos en blanco.

—Adiós —musitó, esbozando una sonrisa a modo de disculpa, y salió en dirección a su padre. Volvió la vista atrás una vez.

Baracha fulminó a Nico con la mirada, con el gesto ceñudo.

El tiempo parecía no pasar la tarde del día siguiente, y Nico y los demás aprendices realizaban sus habituales ejercicios de *cali* empapados en sudor. La plaza de armas estaba atestada de roshuns que se ejercitaban y el campo de entrenamiento apenas tenía las dimensiones justas para acogerlos a todos. Mientras tanto, Osho los

observaba desde la ventana de la torre, desde donde se dominaba todo el patio.

Los aprendices trabajaban confinados en un rincón. Respiraban trabajosamente, agotados tras la práctica de las técnicas más complejas con la espada, y ahora simplemente ejercitaban combinaciones de golpes hacia dentro y hacia fuera siguiendo las instrucciones que les bramaba Baracha.

El maestro alhazií exhibía el mal genio de siempre, ni mejor ni peor que otros días, y no eran pocos los que habían recibido un manotazo por moverse con demasiada lentitud para su gusto. En un momento dado empezó a abroncar a Aléas por no prestar atención a lo que hacía. En definitiva, nada que se saliera de lo habitual, pues siempre apretaba a su aprendiz un poco más que al resto, cosa que molestaba a Nico y al resto de sus compañeros, ya que todos sabían que Aléas era el mejor y que no merecía ese trato.

Baracha estaba soltando su diatriba cuando se hizo un repentino silencio en la plaza de armas. El maestro interrumpió su invectiva y buscó con los ojos chispeantes de ira el origen de esa nueva distracción.

Ash se había adentrado a grandes zancadas en el patio polvoriento, empuñando una espada envainada. Por una vez había decidido abandonar su entrenamiento en solitario y ejercitarse junto con los demás.

Los roshuns veteranos rápidamente retomaron sus quehaceres. Los aprendices, sin embargo, vieron mermada su concentración, y muchos observaban de soslayo al anciano maestro enfundado en su túnica negra y practicando confundido con el resto. Su hoja brillaba y despedía destellos alcanzada por los rayos del sol en una sucesión de movimientos tan rápidos que a la mayoría les costaba seguirlos con los ojos. La distracción sólo consiguió empeorar el humor de Baracha, que tuvo que repartir unos cuantos cachetes para llamarlos al orden hasta que por fin recuperaron la seriedad exigida para la ejecución de los ejercicios.

Minutos después les concedió un descanso para que bebieran agua y recuperaran el aliento.

—Así que hoy el abuelo ha decidido jugar con nosotros —gritó, dirigiéndose a Ash, lo suficientemente alto como para que pudieran oírlo las personas que andaban por allí.

Ash lo miró fugazmente a los ojos y continuó con sus ejercicios. En lo sucesivo ignoró al grandullón alhazií, y Nico se percató de que ese desaire hería profundamente el orgullo del hombretón.

Durante el descanso, varios aprendices rodearon a Nico y le preguntaron acerca del comportamiento de su maestro en las situaciones de acción. Nico esperó a que el tono ansioso del interrogatorio derivara en un silencio de expectación y entonces respondió en un hilo de voz:

—Es como el centro inmóvil de una tormenta.

Los muchachos asintieron, fantaseando con esa imagen de Ash. Aléas reía entre dientes.

A la mañana siguiente, Nico se cruzó de nuevo con Baracha de camino a las clases de tiro con arco. El alhazií salía de la armería y se frenó en seco cuando vio a Nico caminando hacia él.

—¡Tú! —bramó.

—¿Yo?

—Sí, tú. Sígueme.

—Tengo que ir a clase. Llegaré tarde.

—¡Te he dicho que me sigas! —espetó Baracha con impaciencia.

El alhazií se alejó a trancos por el corredor y Nico tragó saliva. Por un momento se le pasó por la cabeza huir de allí a toda mecha, pero le pareció que eso era estúpido e infantil, de modo que salió disparado a su zaga.

Atravesaron la zona de la cocina, envuelta en una nube de vaho sofocante. Los dos cocineros apenas les prestaron atención, enfrascados en un tira y afloja sobre el uso de una olla vacía. Cerca del fondo de la cocina, Baracha se agachó y abrió una trampilla en el suelo.

Nico observó los escalones de piedra y la enorme figura de Baracha engullida por la penumbra. Se preguntó de qué iría todo aquello. Pero entonces cayó en la cuenta: «Un padre sobreprotector furioso.»

—¡Baja! —El eco de la voz de Baracha tiró de él para que pusiera el pie en el primer escalón. Siguió descendiendo por los demás como en un sueño.

Era una despensa, con el revestimiento de piedra y fría. La única luz provenía de la escalera a su espalda. Nico distinguió en la oscuridad unas figuras colgadas de unos ganchos de hierro incrustados en el techo de madera: piezas de carne de caza, ahumadas y en salazón. También había sacos de harina, especias y verdura deshidratada. Justo a la derecha de Nico algo oscilaba colgado de un gancho: un ave desplumada y destripada.

El aprendiz se movió hacia allí, detuvo el balanceo del ave cuando pasó junto a ella y sintió su tacto frío y carnoso en los dedos.

Delante de él se movió una figura confundida con la oscuridad. Nico advirtió un repentino destello blanco: los dientes de Baracha.

«No he hecho nada malo —se dijo Nico para sus adentros—. Sólo charlamos un momento.»

Pero eso no lo tranquilizaba, y las cuentas de sudor empezaron a brotar en su frente.

—Acércate, muchacho.

Nico tragó saliva, nervioso. En un absurdo delirio fantasioso se lamentó por no

llevar un arma encima.

En la despensa reinaba un silencio sepulcral. Baracha aguardaba con los brazos cruzados y la espalda apoyada contra algún sitio. Cuando Nico se aproximó, vio que era el brocal de piedra de un pozo de algo menos de dos metros de diámetro y con la boca cubierta por una rejilla herrumbrosa. Se oía el eco del agua que fluía turbulentamente en sus profundidades.

Sin abrir la boca, Baracha dio media vuelta, puso las manos sobre la rejilla y la levantó acompañado por el ruido de bisagras y un gruñido de esfuerzo.

Nico escudriñó el fondo oscuro. El agua corría estruendosamente, de una manera aterradora a pesar de que no se veía. Una ráfaga de aire impregnada de su frescor le acarició el rostro. Era un canal subterráneo que se extendía por debajo del monasterio.

Instintivamente, Nico dio un paso atrás.

—¿Qué quiere de mí? —inquirió.

Baracha se agachó para coger algo del suelo. Era un balde, verde de las algas adheridas y atado a una cuerda podrida. El otro extremo de la cuerda estaba anudado a la rejilla.

El alhazií bajó el balde al abismo tenebroso del pozo.

—Es posible que a mi hija se le cayera algo ayer —explicó—. Quiero que bajes a buscarlo.

Nico retrocedió otro paso alejándose del pozo.

—Creo que mejor no lo haré.

A punto estuvo la cuerda de escaparse de la mano de Baracha, impelida repentinamente por la corriente. El maestro la asió con más fuerza. Nico oía el balde dando sacudidas contra la piedra y el rumor del agua, que corría con más fuerza cuando superaba el obstáculo del cubo.

—Lo harás —dijo Baracha—. Por las buenas o por las malas, bajarás.

Nico se quedó mirando atónito el semblante adusto del alhazií. No lograba discernir si estaba hablando en serio.

«Si lo que pretende es asustarme, ¡vaya si lo está consiguiendo!»

Nico quería echar a correr, pero era como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo enlosado. Baracha dio un paso hacia él, arrastrando la cuerda consigo. Ni aun así Nico fue capaz de moverse.

El joven aprendiz abrió la boca —para pedir ayuda, para proclamar su inocencia—, cuando de pronto una mano descomunal aterrizó en su hombro. Baracha cerró el puño alrededor de la túnica de Nico y la tela le oprimió la garganta. Sin un esfuerzo aparente, el grandullón alhazií tiró de él y lo arrimó al pozo.

—¡Suélteme! —gritó Nico, arrastrando los pies por el suelo. Forcejeó tratando de liberarse de las garras del alhazií—, ¡No! —chilló enfurecido cuando la boca del

pozo apareció frente a él.

Intentó levantar una mano hacia el rostro del maestro y sus dedos buscaron a tientas los ojos de Baracha, que inclinó la cabeza fuera del alcance de Nico. El alhazií exhibió una fuerza asombrosa volcando la cabeza de Nico en el pozo y luego intentando meterle el resto del cuerpo. Nico sacudía las manos buscando un lugar donde aferrarse en las paredes viscosas mientras las aguas gélidas fluían con estrépito en las tinieblas debajo de él.

Pero entonces, gracias a Dios, Baracha aflojó la mano y en una de sus sacudidas Nico quedó libre. El muchacho se alejó renqueante de su torturador reparando en su semblante jocoso.

—¡Cabrón! —espetó Nico, retirándose rápidamente, apartando a manotazos los obstáculos colgados del techo que se cruzaban a su paso mientras las carcajadas preñadas de mofa de Baracha retumbaban a su espalda.

Nico no se detuvo hasta que salió del edificio y pudo respirar una bocanada de aire fresco, con los ojos entornados, deslumbrado por el sol y maldiciéndose por su estupidez.

Serése, Nico se enteró después, había recibido la orden de partir ese mismo día.

Capítulo 14

Garantías divinas

En la antecámara sin ventanas del circo Shay Madi, Kirkus observaba a su madre mientras ésta recibía a la corte rodeada de una miríada de sacerdotes.

Sus dos años como Santa Matriarca del Imperio habían empezado a hacer mella en su físico, a pesar de que pagaba generosamente para poder tomar todas las mañanas Leche Real. Las líneas que le surcaban visiblemente la frente sólo podían tener su origen en los gestos de preocupación, aunque hoy, en público, su madre prefería sonreír, y lo hacía continuamente.

El evidente envejecimiento de su madre fue lo primero que le llamó la atención a su regreso del viaje por el Imperio con su abuela, cuando de nuevo posó la vista en ella tras muchos meses. También a él había dedicado su primer comentario, que había arrancado una sonrisa de los labios de su madre y un tierno beso en la frente.

De no ser por las delicadas cadenas de oro sacerdotales que colgaban desde los lóbulos de sus orejas hasta las aletas de su nariz y su reluciente cabeza rasurada, su madre podría haber pasado por la madame de un burdel cualquiera de ciudad en el momento álgido de una noche concurrida aunque llevadera. Sasheen tenía las mejillas de su rostro poco agraciado arreboladas a causa del sofoco. El calor se debía a la aglomeración de tanta gente y al gran número de lámparas de gas que arrojaban su luz desde las hornacinas tiznadas que recorrían de lado a lado las paredes, sin que ninguna brisa penetrara por el vano inundado de sol de la puerta que conducía al palco imperial. La matriarca permanecía de pie, con una cadera inclinada y con la muñeca doblada apoyada sobre la pelvis. Bajo su barbilla alzada, la tela blanca de su túnica se ceñía a sus senos turgentes.

«Seductora pero peligrosa», era lo primero que pensaba la mayoría de los hombres. Ella era, tal vez, lo único que Kirkus sabía de su padre: sus gustos en lo referente a sus compañeras de cama.

Los sacerdotes y sacerdotisas que abarrotaban la estancia conversaban entre sí, excepto los más próximos a la Santa Matriarca. Estos escuchaban respetuosamente a Sasheen, aunque cuando tomaban la palabra, hablaban con la informalidad acostumbrada entre los sumos sacerdotes de Q'os y que tanto había sorprendido a Kirkus la primera vez que había asistido a la corte del anterior líder, el Santo Patriarca Nihilis, pues esperaba una pomposidad y una solemnidad mayores, como las que se exhibían durante las ceremonias de Estado oficiales. Por el contrario, los sacerdotes de Q'os se comportaban como los correligionarios inquietos de una

conspiración extremadamente ambiciosa y de dimensiones desproporcionadas: el dominio del orbe conocido, nada menos. La deferencia que mostraban hacia su Santa Matriarca no surgía simplemente del respeto que le profesaban por la posición que ocupaba —había alcanzado el liderazgo de Mann prácticamente desde la nada—, sino por su disposición para sofocar el menor atisbo de deslealtad, de la que daba buena muestra la muerte de tantos de sus antiguos colegas.

Una amenaza que tenían presente incluso ahora en la figura de los dos fornidos guardaespaldas, con los ojos ocultos tras unas gafas de vidrios ahumados que impedían a cualquiera saber el objetivo de sus miradas y con las manos enfundadas en unas intimidantes manoplas.

Kirkus escuchaba sólo por encima la conversación entre su madre y los sacerdotes. Aquélla no era una sesión oficial de la corte, únicamente una tarde ociosa en el Shay Madi que los miembros de las castas más altas aprovechaban para hacer vida social mientras se entretenían con los espectáculos que se ofrecían en el circo. Aun así, eran hombres y mujeres de la clase alta y no podían evitar seguir intrigando en beneficio propio.

Kirkus dejó que esas inquietudes mezquinas le resbalaran de la mente mientras masticaba la pulpa tierna de un parmadio, estremeciéndose bajo sus agradables efectos narcóticos cada vez que ronchaba alguna de las pepitas amargas de la fruta. De vez en cuando recorría la sala con la mirada y estudiaba a sus ocupantes mientras éstos inhalaban los vapores de cuencos humeantes o bebían licores refrescantes. En todas las ocasiones, sus ojos acababan fijos en la puerta de doble hoja del otro extremo de la sala.

Sospechaba que Lara no aparecería. De hecho, su amante de turno, el general Romano, ya estaba allí, y andaba enfrascado en una discusión con el general Alero. Kirkus examinó al joven general, que giró la cabeza y sus miradas se fundieron, separados por toda la extensión de la antecámara.

Algo cercano al odio viajó por sus miradas.

Romano era sobrino del anterior patriarca y estaba considerado como el mayor prodigio de una de las familias más antiguas y poderosas de la orden. El joven Romano era el opositor más destacado a Sasheen, aunque se daba por sentado que esperaría a que finalizara su reinado para acometer el asalto al poder. También se esperaba que llegado ese momento Kirkus sucediera a su madre en el cargo; a su manera, Lara no podría haber elegido a un nuevo amante con una posición contraria a Kirkus más firme que el general.

Desde el otro lado de la estancia, Romano inclinó respetuosamente la cabeza en dirección a Kirkus, que le correspondió con los ojos cautelosos.

En el caso de que Lara hubiera tenido previsto acudir a la palestra lo habría hecho acompañando a Romano. Era evidente que seguía evitando a Kirkus. Su último

encuentro en público, en los baños superiores del Templo de los Suspiros el día siguiente al regreso de él, había sido un episodio bochornoso para ambos.

Kirkus había vuelto con la esperanza de que cuando se reencontrara con Lara sería capaz de afrontar con calma y lucidez su situación. Sentía que había madurado, al menos en ese aspecto, durante su viaje por el extranjero. Sin embargo, en cuanto sus ojos se toparon con la muchacha, la impresión fue tan grande que le provocó una reacción incontrolable. De modo que cuando se cruzó con Lara y ella no le dirigió la más distraída de las miradas, Kirkus, plantado en su torre, atónito, se había desgañitado llamando a la muchacha. Sin embargo, cuanto más alterada sonaba su voz por la rabia, más veía alejarse la espalda de Lara.

—Os pediré vuestro consentimiento pronto, matriarca —susurró la sacerdotisa Sool a Sasheen—, Queda menos de un mes para el aniversario del Augere el Mann.

A Kirkus se le hizo un nudo en la garganta. Desvió la mirada de las puertas cerradas del otro extremo de la antecámara y devolvió la atención a las conversaciones que discurrían en torno a él.

La sacerdotisa Sool estaba con la cabeza gacha, representando su papel de súbdita leal y servil, como siempre, aunque Kirkus a veces sospechaba de ella.

—Tendré que informarme de si nuestros planes para la conmemoración son los adecuados —prosiguió la sacerdotisa Sool—. Después de todo, este año precisamente se celebra el quincuagésimo aniversario del dominio de Mann. Quizá queráis aportar vuestras propias ideas.

—¡Oh, ni hablar! —replicó su madre, haciendo un ademán con una mano y sujetándose con la otra la túnica por encima de su largo muslo para airearlo—. Delego todas esas decisiones en ti y en tu gente, ya lo sabes. Créeme, ahora mismo tengo otras preocupaciones de las que encargarme.

—De acuerdo —respondió sumisamente Sool, inclinando un poco más la cabeza—. Me temo que he oído algo al respecto. Sobre la nueva petición de Mokabi, el nuevo plan de invasión de los Puertos Libres. Sin duda, el viejo guerrero se retuerce de impaciencia en su retiro.

—Como siempre tus oídos no oyen más que los chismes a los que da alas el aburrimiento. —El tono empleado por su madre denotaba impaciencia, y una fatiga que Kirkus advertía cada vez más a menudo últimamente.

—Sin embargo, aun así... —continuó Sool antes de detenerse abruptamente. Kirkus estaba riéndose de ella.

—Menos mal que tú y mi madre sois amigas íntimas —dijo bromeando el joven sacerdote—. No sé quién más soportaría escuchar vuestras lamentaciones.

Sool sonrió, aunque su gesto bien podía pasar por una mueca de asco.

—Tu madre te ha dado la vida —repuso Sool—. Deberías mostrar un poco más de respeto.

Por toda respuesta, Kirkus hizo crujir otra pepita aplastándola entre los dientes.

Kirkus había seguido con interés aquella conversación. A su manera sutil, Sool había sido para él como una tía que lo había tratado con un afecto maternal desde que era un niño, al menos con el grado de afecto maternal que cabía esperar de una mujer miembro de la orden, donde ese tipo de vínculos se nutrían de lealtades y necesidades, en ningún caso de amor y difícilmente de amabilidad. De niño, Kirkus había vivido en el Templo de los Suspiros, en los amplios apartamentos de su madre y de su abuela. La una era por entonces la última *glammari* —consorte electa— del patriarca Ansian; la otra, una consejera de lealtad incuestionable sobre asuntos de fe. Sool había visitado a ambas a menudo en los apartamentos, a veces acompañada de su hija Lara. En las noches de verano, Sool les contaba historias del pasado que Lara y él escuchaban arrellanados juntos en la terraza de la cámara privada del niño, rodeados por los numerosos animales que él había recogido a lo largo de los años y que graznaban y correteaban en sus jaulas, con la luz nocturna desplegada como una mortaja sobre la ciudad de Q'os que se extendía a sus pies.

Desde ese mirador privilegiado que pendía de la fachada del Templo de los Suspiros se tenía al alcance de la vista toda la extensión de la ciudad isla. En la costa oriental, un montículo de tierra natural se zambullía en diagonal en el mar; en el norte aparecían cuatro lenguas de tierra ganadas al mar por el hombre, tan próximas entre sí que semejaban los dedos de una mano: las Cinco Ciudades, como se las conocía, todas preñadas de edificios hasta el borde del mar. De niño, Kirkus había recorrido con la vista el paisaje de este a oeste: era posible ver el contorno de la isla como una mano, con la palma mirando al cielo y el extremo de su último dedo de tierra truncado para representar el dedo meñique seccionado de los seguidores de Mann.

En esas remotas noches cálidas de verano, Sool narraba sus historias en un áspero susurro, como si sus palabras fueran valiosos tesoros que debían mantenerse en secreto. Les había contado que, cuando eran jóvenes, durante la época de hambruna y epidemias conocida como el Gran Juicio, la madre de Sool y la abuela de Kirkus habían trabajado en secreto para la secta. Ambas eran almas gemelas y un poco alocadas, y habían sido reclutadas por la orden a través de un amante que compartían gustosamente.

Las dos habían participado en la Noche más Larga, la noche siguiente a que las llamas hubieran arrasado la ciudad. Formando pareja, habían asesinado a uno de los oficiales más preeminentes de Q'os, que vivía en su palacio rodeado de esplendor y opulencia mientras la ciudad yacía en ruinas y los habitantes morían de hambre. Ambas habían presenciado también la frenética ejecución de la jovencísima reina; de hecho habían desempeñado un pequeño papel en ella. Ambas también se habían postrado jadeantes a los pies del mismísimo sumo sacerdote Nihilis cuando fue ungido Primer Santo Patriarca de Mann.

Sool les había contado a él y a Lara estas cosas y muchas otras, orgullosa, al parecer, de los estrechos vínculos que unían ambas familias y del camino que habían recorrido juntas hasta encaramarse al poder. Sólo cuando pasaron unos cuantos años, Kirkus se enteró del reverso de esas historias a través de su abuela, quien, en una ocasión, debilitada tras una purga, confinada en su lecho y delirando, lo había agarrado del brazo para tirar hacia sí de él y confesarle el asesinato de su mejor amiga, la madre de Sool, por haberse apartado de los preceptos de Mann.

Había pasado un año desde la última vez que había visto a Sool. Ahora que la tenía tan cerca, en la antecámara abarrotada de gente, sintió que la miraba como a través de los ojos del Kirkus niño, y se preguntó cuándo habrían perdido esa conexión especial que en su infancia había venerado en secreto. Se respondió que, quizá, cuando Lara y él habían separado sus caminos; pero, pensándolo un poco mejor, sabía que se remontaba a mucho más atrás, cuando dejó de ser un niño y de necesitar en su vida gente como la afectuosa matrona.

«La dejé de lado —pensó Kirkus, con los ojos fijos en los ojos azules de Sool, a su vez clavados en los suyos—, a ella y a todo el cariño que siempre me demostró.»

Kirkus se llevó las manos al pecho y luego las estiró como reconociendo su error. Sool pestañeó sorprendida.

Alguien carraspeó al lado del joven sacerdote. Era Cinimon, sumo sacerdote de la secta Monbarri, una secta dentro de la secta que se autoproclamaba inquisidora y defensora de la fe con un fervor tan radicalizado que tenía aterrorizados al resto de los miembros de la orden de Mann. El hombre hablaba con una voz que recordaba a un montón de piedrecillas entrechocando arrastradas por la corriente de una riada. La expresión de su rostro era indescifrable bajo la ingente cantidad de adornos que lo perforaban.

—Entonces, ¿es cierto?—inquirió a Sasheen—, ¿Mokabi piensa que puede por fin desbaratar esos Puertos Libres?

Sasheen ladeó la cabeza mientras meditaba su respuesta.

—Eso cree, aunque todavía no hemos encontrado el tiempo para estudiar sus propuestas. —Lanzó una ojeada a Sool—. Pronto me reuniré con los generales para discutir el tema. Por supuesto tú serás el primero en conocer la decisión que tomemos.

—También hay que tomar una resolución sobre el asunto de Zanzahar —masculló Bushrali, con la boca oculta tras su copa. Era el sumo sacerdote de los reguladores, y ya estaba claramente borracho—. No sacaremos nada de provecho con esas nimiedades del precio del grano y de la sal. Si no bajamos nuestros precios y el Califato cumple sus amenazas y extiende doscientos laqs en dirección a los Puertos Libres la zona de seguridad de sus aguas, esta guerra de desgaste podría hacerse interminable.

Cinimon meneó la cabeza y sus pesados ornamentos faciales entrechocaron y tintinearón. Sus ojos negros se iluminaron sepultados en su rostro. La sotana blanca lisa no le cubría los brazos ni las piernas y sus músculos se tensaron. Bajo la piel tenía incrustadas esquiras de metales preciosos; unos fragmentos que, como si su cuerpo fuera un huésped de serpientes parásitas, le recorrían hasta los tobillos y continuaban por sus pies calzados de sandalias, como si en cualquier momento fueran a cobrar vida, atravesarle la epidermis y deslizarse culebreando por el suelo.

—Deberíamos presentar nuestras propias demandas al Califato —refunfuñó el sacerdote—. Deberíamos insistirles para que dejen de vender a los Puertos Libres el grano que nosotros les vendemos a ellos. Eso que hacen es absolutamente obsceno. Ya ni siquiera se molestan en mantenerlo en secreto.

—Si les presentamos esa demanda nos arriesgamos a un embargo —repuso quejumbrosamente Bushrali, haciendo una pausa para llevarse la mano a los labios manchados de vino y disimular un eructo—. ¿En qué situación nos dejaría eso, sin un suministro continuado de pólvora?

—Pues que sea así —intervino Kirkus, por fin lo suficientemente sugestionado como para participar en la discusión—. Quizá ya ha llegado el momento de que pongamos a prueba el monopolio de Zanzahar y comprobemos el tiempo que aguantan sin nuestro grano. He estudiado los números como el que más, y no estoy tan seguro de que sólo haya un desenlace posible.

—Bien dicho —convino Cinimon.

También su madre lo miró con interés, aunque no dijo nada.

Bushrali dio a conocer su irritación paseando su copa por el aire. Un chorro de vino tinto dibujó en el suelo de mármol un arco con lo que parecían gotitas de sangre.

—Los números no mienten, jovencito sabelotodo. Nuestras reservas de pólvora se agotarán mucho antes de que Zanzahar se vea obligado a buscar grano, sal y arroz en otro sitio. ¿O acaso crees que permitirán que suceda de otro modo? ¿Piensas que nos racionan el suministro de pólvora simplemente porque no les gusta comerciar con ella? Tienen controlado hasta el último gran de las reservas que tenemos repartidas por todo el Imperio. Saben la cantidad que utilizamos todos los meses tanto en Bar—Khos como en cualquier otro lugar. ¡Pero si hasta saben cuándo una provisión de nuestra pólvora ha agotado su tiempo de vida útil! ¿Quién creéis que les informa? Mis reguladores trabajan duro para cortar su grifo de informantes. ¿Rebeldes y herejes, quizá? ¡Sí, por supuesto! Todas las semanas entregamos centenares de esos traidores a los monbarris de Cinimon cuando nosotros ya hemos acabado con ellos. Pero te diré una cosa: por lo menos la mitad de los informes que leo sólo hacen referencia a El-Mud. El Ala Nocturna tiene ojos y oídos en todas partes y todavía no hemos encontrado el modo de neutralizarlos.

El sumo sacerdote se detuvo cuando se percató del brillo iracundo en los ojos de

Kirkus. Al menos pareció caer en la cuenta de a quién estaba dirigiéndose, pues de repente se ruborizó, y la palidez cadavérica de su calva contrastaba con su rostro encendido. Lanzó una mirada hacia Sasheen y la pareja de guardaespaldas que la flanqueaban. Hizo una reverencia.

—Discúlpame —dijo, dirigiéndose a Kirkus—, Al parecer he bebido demasiado y he sermoneado a un hombre como si todavía fuera un niño.

Kirkus no apartó de él su intensa mirada; disfrutaba viéndolo muerto de vergüenza. Finalmente fue Cinimon quien rompió el silencio que los envolvía.

—Creo, Bushrali, que precisamente tú deberías ser el último en reconocer ese déficit en tus capacidades.

—Yo no suavizo la realidad, no como otros —replicó. Y en un tono más mesurado se dirigió de nuevo a Kirkus—: Después de mil años dedicados a la ocultación y el espionaje, esos hombres del desierto de Zanzahar han hecho un arte de ambas cosas. Seríamos unos ilusos si pensáramos que podemos mantenerlos engañados por mucho tiempo. Los agentes de El—Mud son los verdaderos responsables del monopolio de Zanzahar. Nunca podríamos planear una invasión del Califato sin que se enteraran. Tratar estos temas, incluso aquí, en esta sala ocupada únicamente por los súbditos más leales, ya es hablar demasiado.

—Por ese motivo esto no es más que pura cháchara —señaló suavemente la misma Sasheen—, No planeamos nada contra Zanzahar ni lo haremos.

Sus palabras sonaban sinceras, pero aun así Kirkus percibía que su madre no estaba diciendo toda la verdad, y su resoplido de incredulidad arrancó de Sasheen una fugaz mirada de amonestación. Kirkus inmediatamente borró la sonrisa de sus labios dando otro mordisco al parmadio.

—¿Acaso has olvidado las lecciones de historia que te impartí con tanto apasionamiento?—le reprochó su madre—. Ya te expliqué cómo se arruinó Markesh bajo el peso del embargo cuando acudió a las Islas del Cielo en busca de nuevos proveedores de pólvora.

Kirkus conocía perfectamente la historia, pero no tenía ninguna intención de morder el anzuelo y siguió masticando con los ojos fijos en su madre, quien a su vez no apartaba los suyos de él.

—Con sus cañones inutilizados, sus enemigos los engulleron en menos de una década. No deberías olvidarlo, hijo. Markesh no era para nada un Estado débil. Su imperio comercial era tan influyente que hoy en día todavía se utiliza su lengua franca en todo el Midéres. Si no hubiera sido por ellos, todavía estaríamos utilizando tubos de hierro como cañones y palos huecos como rifles. Y aun así sucumbieron. ¿De verdad crees que somos inmunes a correr la misma suerte?

—Nosotros somos el Imperio de Mann. Ellos no lo eran.

—Sí, somos el Imperio de Mann. Pero no somos invulnerables. Quizá durante tu

reciente Hecatombe Selectiva deberías haberlo tenido presente, ¿no crees?

Y ya no quiso continuar hablando, al menos delante de los demás.

Kirkus tiró el corazón del parmadio hacia un esclavo que pasaba por su lado y se limpió las manos en la túnica. La conversación derivó hacia otros temas y él ya no abrió la boca.

Su madre se había puesto furiosa al regreso de Kirkus, colérica hasta el punto de llegar a pegarle, cuando se enteró de que había asesinado a la portadora de un sello durante la Hecatombe Selectiva.

—¿Acaso crees que no lo perseguirán, incluso aquí? —había interrogado a su abuela.

—Disponemos de medidas para evitarlo, en el caso de que lo intenten —había oído que le respondía su abuela al otro lado de la puerta maciza a la que había pegado el oído—. Cálmate, cariño. No llegamos tan alto temiendo a gente como los roshuns. Ese tipo de preocupaciones son una muestra de debilidad. Tienes que librarte de ellas.

Tampoco Kirkus se había preocupado al principio. En cierto modo, la Hecatombe Selectiva lo había transformado. La arrogancia habitual que exhibía en el día a día había evolucionado hacia algo más profundo, de tal forma que se sentía asistido por la razón en todas sus acciones, de las más nimias a las más trascendentales. Cada roce de sus dedos le recordaba que con esas mismas manos había arrebatado vidas. Había doblegado su voluntad para cumplir esa tarea y, después de todo, no había resultado tan difícil. Le había llevado tiempo, pero por fin había experimentado, fugazmente, el placer de la carne divina.

A su llegada a su hogar en el templo después del fabuloso viaje, había esperado —sin poner muchas ilusiones en ello, bien es cierto— que Lara estuviera esperándole para ver con sus propios ojos a ese hombre nuevo y maduro, y que hubiera corrido hacia él para lanzarse a sus brazos, en una escena desbordante de arrepentimiento y lágrimas que lo habría colmado de satisfacción. Lo último que había esperado era una prolongación de sus antiguas hostilidades.

Herido por esa nueva manifestación de rechazo de Lara, Kirkus se recluía cada vez con más frecuencia en sus aposentos y rehuía a sus amigos más a menudo de lo que los buscaba. El sello colgado del cuello del cadáver de aquella muchacha se convirtió en una imagen recurrente en su cabeza. A sus oídos llegaban por casualidad historias sobre los roshuns y los mitos fabulosos que los envolvían. Empezó a sentir cada vez con más insistencia una opresión en el estómago causada por el miedo, y la sensación de omnipotencia recientemente adquirida fue desvaneciéndose.

Habría otras Hecatombes Selectivas y purgas; volvería a sentir esa superioridad y a ejercerla hasta que se convirtiera en algo inherente a él. Pero aun así pasaba las noches en vela, corroído por el desasosiego, prestando atención a las puertas que se cerraban en la lejanía y escuchando los silencios que en absoluto eran silencios, sino

una algarabía de ruidos demasiado sutiles para sus oídos.

Kirkus bajó la mirada hacia sus manos y la capa de sudor pegajoso que las cubría. Sus fosas nasales parecían obstruidas por el polvo que llegaba desde la arena.

«Tengo que lavarme», pensó.

Se volvió para disculparse por su marcha, pero vio que el sacerdote Heelas se acercaba desde el palco imperial; por un momento, cuando atravesó la luz neblinosa que bañaba el vano de entrada a la antecámara, las cortinas de encaje envolvieron su cuerpo como si fueran una mortaja.

—Santa Matriarca —anunció el consejero de su madre, haciendo una reverencia—, el pueblo os reclama.

Todas las conversaciones que tenían lugar en la sala fueron interrumpidas. De hecho, el griterío de la multitud se había intensificado y había adquirido la forma de un cántico que retumbaba como un tambor en el estómago de Kirkus.

—En ese caso salgamos y complazcámoslos —repuso Sasheen, con un fulgor efímero en su sonrisa.

Kirkus se limpió otra vez las manos en la túnica, suspiró y salió detrás de su madre, con los sumos sacerdotes tras de él.

La aparición de Sasheen fue celebrada con el rugido de cien mil voces repartidas por las gradas del monumental circo. La matriarca les correspondió levantando una mano. Kirkus olvidó por un momento sus desvelos personales, eclipsados por el repentino entusiasmo que le recorrió el cuerpo.

La temperatura era más agradable en el palco imperial reservado para la Santa Matriarca y sus sumos sacerdotes; por encima se extendía un cielo despejado y radiante. En el suelo de arena del Shay Madi se hacinaban gran cantidad de hombres y mujeres, desnudos y engrilletados, con el aspecto de refugiados de algún tipo de catástrofe natural. Eran herejes procedentes de todos los rincones del Imperio, detenidos por practicar el culto de viejas religiones —que si alguien persignándose furtivamente por mor de los dioses espirituales, que si rezando al Gran Necio— tras ser delatados por un vecino o incluso un familiar.

Entre ellos también había pobres: vagabundos y lisiados que no podían valerse por sí mismos y mucho menos prosperar en la vida. Estos eran vistos como seres defectuosos a los ojos de Mann, parásitos y carroña, el extremo opuesto a la carne divina.

Uno a uno eran marcados a fuego por los miembros de la orden Monbarri, los adustos inquisidores de Cinimon de sotanas blancas cuyos pesados adornos faciales mantenían su tono oscuro a la luz del sol. Algunos serían enviados directamente a las salinas de Alto Char, donde pasarían el resto de su corta vida atrafagados en una tarea inhumana. Por su parte, la gran mayoría se convertiría en esclavos que servirían en las ciudades del Imperio como peones o como trabajadores del sexo. Los inútiles se

emplearían en el divertimento de las multitudes congregadas en el circo.

La labor de marcarlos terminó enseguida. Sasheen se puso en pie y alzó los brazos. Los monbarri aguardaron sus palabras, aferrando en las manos las cuerdas y los hierros humeantes, sudorosos por el esfuerzo. El público guardó silencio.

Sasheen habló con una voz alta y clara que resonó en las gradas de la arena. Dijo a la multitud lo que deseaba oír de su Santa Matriarca: cómo su devoción los unía a Mann y cómo con su lealtad habían construido su inmenso imperio; declaró que en vida los seguidores de Mann eran los auténticos triunfadores, pues habían ayudado a propagar la verdadera fe, y que cuando la muerte se presentara ante ellos para llevárselos, seguirían siéndolo.

Aunque Kirkus sabía que todo eso eran patrañas, mientras paseaba la mirada por las masas hacinadas en la arena la fuerza del momento lo henchía de orgullo. Bajó la vista a la palestra y contempló con avidez los talles pálidos de los cuerpos femeninos apiñados en el centro, acurrucados y con la mirada sepultada en el regazo, como intentando ocultar su vergüenza y protegerse de las miradas de los que las rodeaban. Kirkus podía oír sus sollozos exhaustos y el lejano chillido estridente de las gaviotas en la bahía del Primer Puerto.

De repente se sobresaltó cuando su madre lo agarró de la muñeca, le levantó el brazo en el aire y gritó su nombre a las multitudes. Otro rugido estalló en las gradas.

A Kirkus se le humedecieron los ojos y se le puso la carne de gallina. De nuevo estaba imbuido de Mann y había recuperado esa sensación intermitente de suficiencia.

Su divinidad.

Capítulo 15

Inshasha

—¿Has informado al maestro Ash? —le preguntó Aléas.

Nico, con la horca en la mano, pinchó un pedazo de boñiga, la echó en un balde e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo he vuelto a ver desde que ocurrió.

—Quizá sea mejor que no se entere —repuso Aléas, también con una horca en la mano, alcanzado por un haz de rayos de sol que se colaba por las puertas abiertas de la cuadra.

Olson, el responsable de disciplina del monasterio, les había enviado allí debido al pobre comportamiento que habían exhibido en su tarea de limpieza de la cocina la noche anterior.

Los compartimentos estaban vacíos, y las mulas y el puñado de zels propiedad del monasterio pastaban en las suaves colinas de los alrededores. Su trabajo en la cuadra consistía en recoger las boñigas para utilizarlas luego como combustible. Aléas bostezó, tan cansado como Nico de la noche anterior, que habían pasado a cielo abierto mientras el resto de los aprendices se sucedían en los turnos de guardia habituales.

—Sólo conseguirías azuzar su enfrentamiento. Mi maestro jugó contigo, Nico, pero ya te advertí de lo que podía ocurrir. Podría haber sido peor.

—¡Pero si yo sólo hablé con ella... y no fue más que un momento!

Aléas estiró la espalda y le crujieron los huesos de la columna.

—Sí, claro. Y a ver si lo adivino... Cuando mi maestro os pilló, simplemente hablando, tú no estabas pegado a ella, con la lengua fuera, los ojos clavados en sus domingas y la polla dura como mi dedo meñique debajo de la túnica. Un hombre como Baracha, cuando se trata de su hija... se da cuenta de esas cosas. —Aléas arqueó las cejas con una solemnidad fingida y se volvió buscando algo que recoger con su horca.

Nico le echó una mano: volcó sobre su cabeza el montón de boñiga pinchada en su horca.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Ahora tendré que lavarme para quitarme toda esta mierda de encima!

—Lo siento, se me habrá resbalado el dedo meñique.

Aléas torció el gesto, se limpió las heces frescas de la túnica y arrojó un puñado de bosta a Nico, pero éste repelió buena parte de la pila de excrementos con su horca.

Llegados a este punto se enzarzaron en un duelo que se inició como algo poco serio, más bien como un combate en broma, entre risas, pues habían girado las horcas para luchar con los astiles. Pero a medida que lanzaban tajos y embestidas, ganando terreno el uno y retrocediendo el otro, el enfrentamiento fue adquiriendo un cariz más competitivo.

Incluso en el manejo de una simple horca, Aléas demostraba ser diez veces más diestro que su contrincante, quien, sin embargo, improvisaba como había aprendido a hacer en las calles de Bar-Khos. Nico arrojó un pegote pastoso de bosta a Aléas y cuando el joven manniano intentó esquivarlo, Nico se anticipó a su reacción y lanzó un golpe dirigido a la cabeza de su rival, con tan mala suerte que, debido tanto a su entusiasmo como a su falta de destreza, descargó su arma con una fuerza excesiva y demasiado poco tino: alcanzó a Aléas en la boca y le partió el labio superior. La sangre empezó a manar de la herida.

—¡Lo siento! —se disculpó Nico, levantando la mano que tenía libre.

—¿Lo siento?

Aléas hizo una pirueta, se agachó, y con la inercia del raudo movimiento embistió a Nico con el astil que aferraba, que impactó poderosamente en un costado de su cabeza.

Nico se balanceó hacia atrás, con la cabeza zumbándole.

Esta vez fue Aléas quien levantó la mano; luego arrojó la horca al suelo cubierto de paja y se dejó caer junto a ella. Se toqueteó el labio herido con un dedo; su sonrisa irónica sólo conseguía que le brotara más sangre.

—Espero no haberte golpeado demasiado fuerte —declaró, dándose dos palmaditas en un costado de la cabeza.

Nico también cayó desplomado sobre la paja, resollando. Las motas de polvo bailaron en la franja de luz que los separaba y fueron posándose lentamente en el suelo a medida que los dos aprendices recuperaban el aliento.

—¿Siempre habrán sido así? —inquirió Nico.

—¿Quiénes?

—El maestro Ash y el maestro Baracha, ¿quiénes van a ser?

Aléas se relamió la sangre.

—Los más veteranos dicen que sí. Pero yo creo que su relación empeoró tras lo de Masheen, sobre todo por culpa de mi maestro. No tolera una derrota.

—¿Ash lo venció? —El tono de sorpresa en la voz de Nico era evidente. La imagen que tenía de Ash era la de su cuerpo enclenque, su piel arrugada y sus constantes dolores de cabeza; la de Baracha, en cambio, era la de un hombre corpulento y ágil que siempre estaba practicando con su acero.

—No en ese sentido. —Aléas se encogió de hombros, se volvió a un lado y escupió sangre—. Ash cometió la temeridad de rescatar a mi maestro cuando Baracha

ya estaba perdido.

—¿Cómo? ¡Vamos, cuéntame más!

—Ponte cómodo. La historia es larga.

Seis años atrás, poco antes de la llegada de Aléas al monasterio para iniciar su formación, Baracha se había metido en el tipo de aprieto más temido por todos los roshuns en el transcurso de una misión: había sido capturado.

Baracha debía cumplir una *vendetta* en Masheen, o más precisamente en una zona montañosa conocida como el Gran Masheen, que rodeaba la metrópoli oriental que se había erigido sobre el ancho y lánguido delta del río Aral, donde el Midéres vierte el agua de los deshielos procedente de las praderas de Alto Pash.

Baracha estaba allí para matar al Rey Sol, un hombre que afirmaba ser la reencarnación de Ras —la deidad del sol en la religión nativa—, y que, por increíble que pudiera parecer, había ganado crédito entre los habitantes de las montañas, fanáticos supersticiosos como sólo pueden serlo los pueblos orientales, si no más.

Entre ellos se había extendido una profecía, según la cual, cuando la montaña se derrumbara y emergiera la Serpiente del

Mundo —que moraba enroscada en una guarida en sus entrañas pedregosas— aparecería un dios encarnado en un hombre procedente de la tierra del sol naciente que se pasearía entre ellos anunciando la llegada de una nueva era de esplendor. A pesar de que su religión vivía subyugada por el Imperio de Mann —que en décadas anteriores se había anexionado Masheen como la provincia más oriental de sus conquistas—, pervivía entre los nativos la creencia en esta profecía.

Ni siquiera sabían de qué montaña hablaba el vaticinio. Para ellos todas las montañas cobijaban el mal en su interior, de modo que había que moverse por ellas con cuidado. Sin embargo, se dio la circunstancia de que un violento terremoto derrumbó una cumbre, de la que únicamente quedó en pie una columna aislada que parecía señalar una tumba en un montón descomunal de escombros. De modo que, cuando poco después, del extremo Oriente llegó un hombre de piel dorada con un séquito de discípulos que proclamaban su divinidad, las gentes de Masheen se postraron a sus pies y le ofrecieron todo lo que poseían.

El palacio del Rey Sol estaba compuesto por varios edificios que se desparramaban sin orden ni concierto por la planicie más elevada de una montaña que dominaba la ciudad portuaria de Masheen. La Ciudad de las Nubes llamaban al complejo palaciego. Por la información que recabó en la ciudad portuaria durante su primera semana allí, Baracha llegó a la conclusión de que el Rey Sol ya era viejo y estaba en plena decadencia. Al parecer, esa nueva era de esplendor había operado pocos cambios en la población a excepción del aumento desmesurado de los impuestos. Inevitablemente, algunos sólo veían a un cínico en esa deidad arribada de

Oriente, que había prosperado gracias al esfuerzo de su pueblo y exigía los tributos propios de un vulgar tirano. El Rey Sol vivía entonces como un recluso y sólo recibía a aquellos en quienes confiaba ciegamente. Una vez al año realizaba una declaración de su Gloriosa y Suprema Sabiduría, que luego era transcrita con una hermosa caligrafía en miles de pergaminos que se repartían entre la población y cuyo contenido no era más que peroratas y amenazas.

Se rumoreaba que en la Ciudad de las Nubes no había semana que algún oficial o sacerdote no fuera escaldado hasta morir acusado de traición. El Rey Sol había prohibido llevar armas en el complejo palaciego delimitado por las murallas, con la única excepción de las que portaban las *hitees*, las Gloriosas Vírgenes. Estas mujeres constituían una escolta femenina, sus integrantes eran elegidas a temprana edad de entre las que conformaban el harén del rey, por el amor que le demostraban. Su paranoia le había llevado a prohibir también los sombreros e incluso las prendas con mangas. Se decía que su locura había alcanzado cotas tan altas que por la noche podían oírse desde todos los rincones del mar Midéres los aullidos que profería en las profundidades de su santuario interior.

Precisamente, Baracha había sido capturado cuando se colaba en ese santuario interior, que no era más que un palacio dentro del palacio que se levantaba sobre un peñasco aislado del resto de la Ciudad de las Nubes conocido como el Santuario Prohibido. Según parece, Baracha había subestimado el nivel de vigilancia de las *hitees*. Aun así iba fuertemente armado, y no fueron pocas las bajas entre la congregación de escoltas féminas antes de que el roshun sucumbiera a su mera superioridad numérica y se desplomara inconsciente sobre el suelo.

Arrojaron su cuerpo al interior de una celda de piedra en las entrañas del Santuario Prohibido, donde estuvieron torturándolo durante días sin el menor atisbo de piedad; querían saber quién era, de dónde venía... y, por supuesto, por qué quería asesinar a su dios.

Por la cuenta que le traía, Baracha no les dijo nada. Era evidente que desconocían por completo el secreto que culpabilizaba a su Rey Sol: su llamado dios había asesinado recientemente a su propio hijo de doce años, portador de un sello y cuya vida le había arrebatado en un momento de delirio incontrolado. El Rey Sol lo había hecho pasar por un misterioso accidente; sin embargo, los roshuns conocían la verdad.

Cuando se cumplía el quinto día de su captura, arrastraron a Baracha hasta una cámara revestida con paneles de madera y con una pantalla de encaje en el fondo. Le ataron las manos y el cuello con correas de cuero a una columna de madera y le arrancaron lo que todavía quedaba de su ropa. A continuación, volvieron tirando de un perro salvaje de las montañas, roñoso y pestilente y con un hambre voraz, que entró a regañadientes, arañando el suelo pulido. Dejaron a Baracha a solas con él. El

perro lo miró con recelo desde el otro lado de la cámara, agachó la cabeza y gruñó.

Baracha sabía qué era lo primero que buscaban los animales en la selva: los genitales tiernos de su presa. De repente, Baracha fue plenamente consciente de su desnudez.

El animal caminó cautelosamente, balanceando la cabeza a ras de suelo, olisqueando. Se acercó tanto que el roshun distinguió los pegotes secos de porquería que le cubrían el pelaje, apelmazados en mechones recorridos por piojos blancos. El can se detuvo a unos pasos y gruñó descubriendo su dentadura.

Baracha le respondió con otro gruñido.

Cuando la bestia se abalanzó sobre él, ya claramente con el único objetivo de su entrepierna, Baracha se encontró rodando por el suelo con el animal sin que mediara un período de transición, apretándole la garganta con los pulgares mientras el perro sacudía las patas y escarbaba en su cuerpo. El roshun no flaqueó a pesar de las heridas terribles que estaba infligiéndole el animal y pasó una eternidad funesta hasta que el perro murió entre sus manos.

Las convulsiones reflejas del animal cesaron y Baracha se serenó. El roshun se miró las correas hechas jirones en sus muñecas y la piel desgarrada debajo de ellas; de alguna manera se había soltado de ellas en el momento de pánico extremo. Aunque él no lo llamó así, sino el «momento de peligro».

De detrás de la pantalla de encaje llegó el ruido extraño de un gimoteo. Baracha sabía que el Rey Sol estaba observándolo... y que le aterraban los roshuns.

Ensangrentado y tambaleante, Baracha se encontró de nuevo rodeado por las hitees, que lo sacaron precipitadamente de la cámara, lo arrastraron por una escalera y varios tramos más de escalones y lo arrojaron de nuevo al agujero de piedra que era su celda. Le dijeron que al día siguiente tendrían otro perro para él y que esta vez se asegurarían de que las correas estuvieran bien apretadas.

Para entonces, el monasterio de Sato ya había sido alertado de la difícil situación en que se encontraba Baracha. El Vidente había tenido una revelación en sueños: Baracha estaba sufriendo un tormento prolongado e indescriptible. Se informó a Ash —que por casualidad estaba en la isla de Lagos en ese momento— por medio de un ave mensajera enviada al agente ubicado allí. Rápidamente el roshun viajó al continente, a Masheen, y desde allí emprendió la marcha hasta la Ciudad de las Nubes, disfrazado como uno de los numerosos devotos que peregrinaban al palacio para alabar a su dios, y urdió un plan tras varios días de reconocimiento del lugar.

Se iba a celebrar un banquete en el Santuario Prohibido para conmemorar el cumpleaños de la querida preferida de la deidad. Únicamente se permitiría la entrada al evento de los discípulos que gozaban de una confianza absoluta. La noche del banquete, estos privilegiados invitados cenaron los platos más exóticos: mariposas de fuego horneadas y langostinos de las arenas en miel, extrañas aves no voladoras que

no habían sido desplumadas, huevos de muala escalfados y grotescos ejemplares de pescado, tan grandes que no podían ser cocinados en las cocinas del Santuario Prohibido y tenían que ser preparados en otro lugar dentro del complejo palaciego y luego escoltados hasta el comedor donde se celebraba el banquete. Pero el plato estrella de aquella experiencia de descubrimientos culinarios era un gusano murmur. Cuarenta miembros del servicio de palacio entraron acarreado a la criatura y la extendieron en toda su longitud sobre una mesa que medía casi cinco metros de largo. El gusano tenía el grosor de un barril y era blanco como una larva, pues en su larga vida pasada entre grietas y cavernas en las profundidades del suelo nunca había estado expuesto a la luz del sol. Los invitados todavía no habían probado aquel manjar cuando el Rey Sol entró en el comedor flanqueado por sus siempre alerta *hitees*. Se hizo el silencio y los comensales se postraron en el suelo.

En primera instancia no se percataron de lo que brotaba del costado del gigantesco gusano. Parecía una más de las incisiones que los cocineros habían abierto en el cuerpo de la criatura para introducir el delicioso relleno. Pero entonces estalló un chillido —proferido ni más ni menos que por la querida homenajada del Rey Sol—, seguido del susurro de las cabezas que cortaron en el aire al girar justo a tiempo para ver cómo del cuerpo del gusano emergía un brazo. Al brazo siguió una cabeza, luego otro brazo, y finalmente el cuerpo entero de un hombre que se dejó caer en el suelo, jadeando. El intruso se irguió sin que nadie tratara de impedirselo, con la ropa empapada en los jugos internos del gusano.

En el otro extremo del comedor refulgía la figura del Rey Sol, totalmente desnudo y bañado en oro de pies a cabeza, incluidas la cabellera y las pestañas. El desconocido, por el contrario, iba sin adornos y no llevaba nada en las manos.

El recién llegado enfiló hacia el Rey Sol y la masa de discípulos fue abriéndose a su paso; eran muchos los suspiros ahogados que provocaba su piel negra como el carbón. Era como si la Serpiente del Mundo hubiera regresado encarnada en un hombre.

Tan atónitos habían quedado los presentes con aquella negrísima aparición —incluso las *hitees* contemplaban con los ojos desorbitados la figura que se aproximaba al monarca— que no movieron un músculo cuando el intruso subió a la tarima sobre la que estaba el Rey Sol y se inclinó hacia él como si fuera a besarlo.

El cuchillo fue lo que al cabo rompió el hechizo cuando apareció como de la nada y presionó la garganta del dios con la piel de oro.

—¡Atrás! —bramó Ash, y su grito detuvo a los súbditos que habían arrancado a correr para acudir en ayuda de su señor.

Después de todo, según parecía, no consideraban invencible a su Rey Sol. Observaron la hoja apretada contra la garganta del rey y observaron el rostro del desconocido y sus deslumbrantes ojos blancos y sus dientes también blancos.

Ash ordenó que se liberara a su camarada y lo trajeran ante él. Cuando vio que no se movía nadie, repitió la orden, esta vez dirigiéndose al Rey Sol:

—Hazlo —le apremió—, y no te mataré.

Lo creyera o no, el Rey Sol hizo un gesto tembloroso a sus acólitos.

Los convidados permanecieron inmóviles unos largos minutos mientras esperaban a que sacaran a Baracha de su agujero y lo llevaran allí y pasó el tiempo suficiente para que empezaran a revolverse con inquietud y a susurrar entre sí. Del cuerpo del Rey Sol emanaba un hedor a transpiración. La situación habría podido tornarse ridícula si no hubiera sido porque las *hitees* empezaban a impacientarse, y Ash era completamente consciente de que a pesar del riesgo que correría su dios, alguna de ellas podía decidir abalanzarse sobre él en cualquier momento.

Por fin se abrieron violentamente las puertas y Ash apenas fue capaz de reconocer a Baracha cuando lo introdujeron a rastras en el comedor. Cuando el prisionero levantó la mirada y vio con su ojo sano al viejo extranjero de tierras remotas allí en medio, barruntó que debía haber acudido para cumplir la *vendetta* y después morir junto a él, pues una vez que asesinara al Rey Sol no tendrían escapatoria.

—Ahora dime —dijo Ash, dirigiéndose al dios—, ¿Quién eres en realidad?

El Rey Sol parecía a punto de desmayarse; le caía el sudor a chorros. Incluso se había formado un charco de sudor alrededor de sus pies descalzos.

Con el primer burbujeo de sangre en la punta del cuchillo el farsante rompió a farfullar aterrado. Explicó a todos quién era en realidad; contó que había nacido en el seno de un clan de bribones errantes que se ganaba la vida con pequeños timos. Divagó sobre cómo se habían enterado de la ancestral profecía de la montaña y cómo se le había ocurrido la idea de hacerse pasar por un dios con su familia de oportunistas representando el papel de sus primeros discípulos. Bajó la voz hasta casi un susurro y confesó los asesinatos y los actos de traición cometidos durante los siguientes años: había dejado de confiar en ellos cuando se asentó su posición de preeminencia y los había ido eliminando de una u otra manera hasta que sólo quedó él.

Llegados a ese punto de su relato, las miradas alarmadas en torno a Ash y el Rey Sol se habían convertido en miradas iracundas tras un paso intermedio por la incredulidad.

—Por favor —suplicó—. No hay duda de que la mano de un dios real me guió hasta aquí. ¿Quién podría haber hecho lo que hice yo sin una pizca de ayuda divina, os pregunto yo? Si no soy un dios, entonces pensad por lo menos que soy el intermediario escogido por un dios.

—Entonces reúnete con tu dios —replicó Ash, y se alejó de él.

La multitud congregada no trató de detener al viejo roshun. Por el contrario, se volvieron al hombre desnudo, bañado en oro y tembloroso, plantado delante de

ellos... y se abalanzaron sobre él como una jauría de animales salvajes se abalanza sobre su presa.

—¿Y todo esto te lo han contado Baracha y Ash? ¿Ese par de parlanchines? —inquirió Nico, entornando los párpados deslumbrado por la luz que entraba en la cuadra.

—Bueno, puede que haya adornado un poco algunos pasajes. Lo confieso. Y he oído otras versiones de la historia. Pero lo que importa aquí es que mi maestro nunca agradeció al tuyo su intervención. De hecho, la sintió como una ofensa, y desde entonces no ha desaprovechado una oportunidad para medirse con su salvador o para cuchichear comentarios despectivos al oído de la gente. Lo que más desea en el mundo es un enfrentamiento cara a cara con Ash para demostrar que después de todo no está por debajo de él.

—Pero ¿tú crees que Ash ganaría ese duelo?

—¡Claro que lo ganaría! ¿Acaso no has estado escuchándome?

Aléas se hurgaba en el interior de su túnica, sacó dos prins secos y arrojó uno a Nico.

—Te diré otra cosa —continuó—. De cada cien *vendettas* que ejecuta cada miembro de la orden, noventa y nueve implican el asesinato de mercaderes avariciosos y amantes celosos. En el caso de Ash no es así; los roshuns tienen un nombre para él. Lo llaman *Inshasha*, que significa «el asesino de reyes».

Nico dio un mordisco al fruto seco y se recreó en el intenso sabor ahumado que le inundaba la boca. Tragó un trozo mientras meditaba sobre lo que acababa de oír.

—¿Y cómo llaman a Baracha? —inquirió al cabo.

Antes de que Aléas pudiera responderle una sombra cayó sobre sus regazos. Olson estaba plantado en la puerta con los brazos en jarras.

—¿Qué significa esta holgazanería? —gruñó, dirigiéndose a los dos aprendices repantigados en el suelo de la caballeriza. Y añadió, haciendo un gesto hacia el labio sangrante de Aléas—: ¡Y encima os habéis peleado! —Se precipitó hacia ellos, agarró a ambos de las orejas y tirando a la vez para levantarlos espetó—: ¡Arriba! ¡Vamos!

La repentina punzada de dolor bastó para que a Nico se le nublara la vista.

—¿Cómo llaman a Baracha? —balbuceó de todas maneras, contorsionándose con la oreja apesada entre los dedos de Olson.

Aléas, atragantado con una mezcla de risas y gemidos, se las arregló para farfullar:

—El Alhazií.

—¿Qué ocurre aquí? —rugió una voz desde el otro lado del patio interior cuando Olson apareció tirando de los aprendices, que caminaban a trompicones, procedente de la cuadra. Era Baracha, que interrumpió los ejercicios que realizaba con un enorme sable.

Los muchachos se enderezaron en cuanto Olson los soltó.

—Los he pillado haraganeando y comiendo comida robada. Y es evidente que se han peleado.

—¿Es cierto eso, Aléas?—interrogó el Alhazií a su aprendiz—. ¿Ahora te dedicas a las peleas de patio de colegio, como un niño?

—En absoluto —respondió Aléas, limpiándose los restos de sangre de la barbilla—. Sólo estábamos practicando nuestra destreza en las distancias cortas. Me temo que mi defensa fue un poco lenta.

—¿Sólo practicando? —El hombretón agarró a Aléas por la barbilla y le examinó la herida. Lo soltó, disgustado por lo que veía—. Te dije que te mantuvieras alejado de ése y ahora ya ves el porqué. Recuerda que estás formándote para ser un roshun. Nosotros no dirimimos nuestras diferencias como perros en una pelea callejera. Si tenéis un problema, tenéis que solventarlo de la manera adecuada.

Aléas y Nico se miraron con aprensión.

—Pero no hay ningún problema entre nosotros —repuso Aléas en un tono cauto.

—¿Cómo? ¡Pero si estás sangrando, muchacho!

—Sí... pero ha sido un accidente.

—¡Sigue siendo un agravio!

—Maestro —insistió Aléas—, no he sido agraviado. Sólo estábamos bromeando.

—¡Cállate, Aléas!

Abatido, el aprendiz clavó la mirada en el suelo.

—Tenemos que zanjar esto como es debido —repitió Baracha, intercambiando una mirada de complicidad con Olson—. Y lo haremos a la vieja usanza... ¿Os ha quedado claro a ambos?

«Oh, no», se lamentó Nico para sus adentros. No le gustaba nada como sonaba aquello.

—Buena idea —convino Olson, con un brillo renovado en los ojos—. Iré a buscar todo lo que necesitamos. —Y salió disparado hacia el ala norte.

—Vamos a pescar —dijo Aléas, suspirando, todavía con la mirada fija en el suelo.

«¿A pescar?», se preguntó Nico con incredulidad. Sabía que era mejor no abrir la boca y barruntó con un espanto creciente qué terrible experiencia se escondería detrás de una actividad tan inocente.

Capítulo 16

La pesca

—Mantienes las distancias con él. Me he dado cuenta —señaló Kosh en su honshu nativo.

—Mantengo las distancias con todos —repuso Ash, pasando a su viejo amigo la vasija de calabaza con fuego de Cheem.

Kosh le dio un trago y se la devolvió.

—Ya. Pero me refiero a que lo haces especialmente con el muchacho.

—Así es mejor para él.

—¿En serio? ¿Mejor para él o para ti?

Ash apoyó la espalda contra el árbol bajo junto al que se habían sentado en el borde de la arboleda de malis. Tomó otro trago y sintió como el líquido le abrasaba la garganta en su viaje hasta las profundidades de su estómago. El día era excepcionalmente caluroso para las montañas de Cheem, de modo que la sombra bajo las frondas de los malis proporcionaba un refugio agradable a los dos compatriotas llegados de su remota tierra. Los ruidos cotidianos del cercano monasterio se perdían en el silencio del fondo del valle que se extendía frente a ellos. El valle en sí se reducía a una minúscula y hermosa área delimitada por las escabrosas montañas que lo rodeaban: en la distancia se alzaban picos nevados, y más cerca, cumbres más bajas moteadas por las cabras monteses; encima, el azul intenso del cielo, surcado por nubes más delgadas que el papel.

Kosh eructó.

—Ya sabes que me encargué de enviar la carta que escribió a su madre —dijo con voz firme.

—¿La leíste?

Kosh meneó la cabeza.

—Ese muchacho parece poseer un alma sensible. He oído que a menudo busca la soledad.

—Quizá le gusta.

—Ya, como a su maestro. Sin embargo, me preguntaba... me preguntaba si estará preparado para todo esto.

Ash resopló.

—¿Y quién está preparado para esto?

—Nosotros lo estábamos —replicó Kosh.

—Nosotros éramos soldados. Ya habíamos matado antes.

—Soldados o no, ambos estábamos predestinados para esta vida. Sin embargo, cuando miro a tu muchacho no le veo eso en los ojos. Puede ser un luchador, sí, pero... ¿un cazador, un asesino?

—No dices más que tonterías. Llevas toda la vida diciendo tonterías. En este trabajo, e incluso en el mundo normal, sólo cuenta una cosa. Y eso es precisamente lo que sobresale en él.

—¿Tener una madre necesitada de diversión?

Ash alzó la barbilla.

—Tiene corazón —contestó.

Permanecieron un rato sentados, contemplando el valle luminoso en silencio. El sol reverberaba en la superficie encrespada del agua, convirtiendo el riachuelo en una ondulante y larguísima cinta plateada con visos dorados. Ash notaba que a Kosh todavía le rondaban algunas preguntas por la cabeza, unas preguntas que se reprimía formular desde el regreso de Ash al monasterio de Sato acompañado de un aprendiz.

—Es sólo que estoy sorprendido. Nada más —dijo por fin Kosh—. Después de todo este tiempo nunca creí que te vería con un aprendiz. Y se comenta que serías incapaz de enseñar trucos nuevos a un perro. —Su tono cambió, se suavizó un poco —, Al final el tiempo te ha curado, ¿eh?

Ash lo miró de soslayo con su respuesta en los ojos.

Kosh asintió y se volvió, con los párpados entrecerrados mirando al horizonte, quizá evocando sus propios recuerdos de ese día del que ninguno de los dos deseaba hablar.

Hacía tiempo que Ash había descubierto que no era capaz de perfilar el rostro de su hijo si no era rememorándolo en los instantes finales de la vida del muchacho. Ironías de la memoria, se decía: sólo recordar con todo detalle los momentos más dolorosos.

Ahora se le aparecían con claridad las facciones de su hijo, que tenía más de su madre que de él mismo. El muchacho, su escudero en el campo de batalla con sólo catorce años, incómodo enfundado en el coselete de cuero, cargado con las lanzas de repuesto y con los odres con agua colgados de los hombros. El muchacho, caminando hacia él a trompicones entre los cuerpos agonizantes y los cadáveres esparcidos por su posición en una loma en el extremo izquierdo de la línea de batalla principal, tropezando y cayendo cegado por el terror. Las palabras de Ash se perdían en el fragor de la lucha que se libraba a su alrededor. El rostro de su hijo se puso lívido de repente, cuando se volvió hacia la caballería envuelta en la neblina formada por el vaho que despedían los bufidos de las monturas que acababan de irrumpir por la retaguardia desmantelada de sus tropas. Los hombres del general Tu, sus propios camaradas del Ejército Popular, se habían pasado al bando de los tiranos a cambio de una fortuna en oro.

En ese momento, Ash se había dado cuenta de que la batalla estaba perdida. También había sabido que su hijo estaba muerto antes de que el jinete se inclinara sobre la silla, descargara la hoja contra su cuello y lo decapitara de un tajo... de forma que en un abrir y cerrar de ojos su hijo había pasado de estar allí a convertirse en un recuerdo atroz contra el que Ash tendría que luchar el resto de su vida, un cuerpo que se derrumbaba y se confundía entre el resto de los cadáveres que sembraban el campo de batalla.

Ash habría cometido una locura si Kosh y el escudero de éste no lo hubieran golpeado hasta dejarlo inconsciente y se lo hubieran llevado a rastras lejos del cuerpo del muchacho y de la refriega; todo el flanco izquierdo ya se dispersaba como polen arrastrado por el viento. Pese a que la derrota estaba siendo aplastante, en la posición del general Osho no hicieron caso de la orden de retirada y durante el repliegue por uno de los desfiladeros que atravesaban el campo de batalla, el general y su escolta interceptaron el paso del escuadrón de caballería principal que se había lanzado en su persecución y se enzarzaron en una lucha sin cuartel mientras el resto de sus hombres, unos tres mil, corrían sin pensar en nada más que en salvar el pellejo.

La mayoría se sintieron afortunados de haber escapado vivos ese día. Sin embargo, Ash nunca había compartido ese sentimiento.

Sonó una campana. Debía llevar sonando unos minutos cuando ambos repararon en el ruido.

Ash y Kosh se revolvieron y dirigieron la mirada hacia el monasterio.

—¿Es la hora del desayuno?

—Hace dos horas que desayunamos.

—¿Qué será entonces?

Ash ya se había puesto en pie e hizo un gesto con la cabeza a Kosh para que se levantara.

Nico escuchaba con una timidez creciente el clamor de las campanas mientras iban apareciendo en el patio los moradores del monasterio y se congregaban alrededor de ellos. Nadie, tampoco Baracaha ni Olson, había pedido que se tocara la campana, pero otro roshun —de nombre desconocido para Nico—, al ver lo que estaba cociéndose, se había sonreído y se había arrogado la tarea de invitar a todo el mundo a asistir al divertimento vespertino.

Daba la impresión de que todos los roshuns del monasterio habían acudido al patio. Como era el día del Necio, por tanto su día libre, charlaban y reían ociosos, y la temperatura tibia de finales de verano les arrancaba fácilmente una sonrisa.

A una decena de pasos de Nico aguardaba Aléas, con Baracha a su lado hablándole al oído; su colega aprendiz no parecía más feliz que Nico por las circunstancias que los envolvían.

En ese preciso momento apareció Ash a trancos por la puerta, acompañado de Kosh, ambos con los andares exageradamente prudentes de quien ya está algo achispado. «Genial —se dijo Nico—, Ahora voy a quedar en ridículo también delante del viejo.»

Ash se detuvo y examinó la escena que se desplegaba ante sus ojos; reparó en el labio inflamado de Aléas y su barbilla todavía manchada de sangre; en Baracha revoloteando alrededor del muchacho; en el gesto serio aunque con una expresión jocosa en los ojos de Olson y en el espacio despejado entre los dos aprendices sobre el que yacía una serie de objetos: dos rollos de hilo de pesca con un anzuelo y una lámina plateada retorcida en el extremo de cada uno junto con dos grandes redes lastradas.

Ash se acercó a su aprendiz, pero no dijo nada. Nico resolvió no dirigirse a su maestro si éste no le hablaba primero, de modo que permanecieron el uno pegado al otro como un par de mudos rodeados por los murmullos de los roshuns congregados en el patio. Aléas meneó la cabeza, pero Baracha torció el gesto y lo reprendió en voz baja, tiró de su aprendiz hacia el equipo desparramado en el suelo. La barbilla de Aléas volvía a sangrar.

—¡Esto es un disparate! —espetó Nico por fin a su maestro, y vio de reojo que el anciano asentía con la cabeza.

—Ya sé de qué va todo esto —repuso Ash.

Olson levantó los brazos para acallar al público reunido.

—Acercaos —dijo, dirigiéndose a los aprendices.

Los muchachos se aproximaron a los aparejos de pesca. Aléas los miró fijamente, o quizá lo que miraba era el suelo que se extendía debajo de ellos. Nico, por su parte, tenía la vista clavada en Aléas, sin embargo, éste no levantó los ojos.

—En Sato tenemos una forma de resolver las enemistades —anunció Olson—, Solucionaréis vuestras diferencias a la manera tradicional, pues ésta nació inspirada por la sabiduría. —Y continuó, señalando los aparejos—: Cada uno de vosotros elegirá uno de estos objetos. Una vez equipados, os dirigiréis a las charcas de la cima del valle, donde permaneceréis pescando hasta el mediodía; todas las capturas cuentan, da igual el tamaño. Regresaréis sin demora. Tenéis tres horas. Si no estáis aquí cuando suene la campana, seréis descalificados. Quien traiga el mayor número de peces al patio será declarado ganador y vuestra disputa habrá quedado zanjada. ¿Lo habéis entendido?

Aléas asintió de mala gana. Nico lo secundó inmediatamente.

—Perfecto. Ahora, escoged.

Nico se volvió al anciano buscando alguna indicación. Ash pestañeó, con el gesto impertérrito.

«¿Pescar? —pensó—. Quizá realmente sólo se trata de pescar.»

Pero, al mismo tiempo, sabía que tenía que haber gato encerrado; el interés del resto de los roshuns era una prueba evidente. El aprendiz era el reflejo del maestro, de modo que una competición entre ellos dos en el fondo era una competición pública entre Baracha y Ash.

Nico lamentó no poder decir en voz alta todo esto y pedir a los dos veteranos roshuns que resolvieran sus diferencias entre ellos y que a él lo dejaran al margen. Tuvo que morderse la lengua. «Después de todo —pensó—, quizá tengo una oportunidad de derrotar a Aléas.»

Con una concentración renovada, Nico paseó la mirada por los elementos dispuestos desordenadamente a sus pies. «¿Hilo y anzuelo o red?», ponderó. Capturaría más peces de una vez con la red, pero tenía aspecto de ser más pesada con todas las piedras ensartadas en los bordes para lastrarla. Primero tenía que ascender a la cima del valle cargado con ella a la espalda y luego emprender el regreso al monasterio antes para llegar sin demora. No, él no tenía tanta fuerza y perdería demasiado tiempo. Además, él entendía de pesca y sabía que una red de esas características ahuyentaría a los peces la primera vez que la arrojara al agua. Por tanto, se agachó y cogió el carrete de hilo.

Lanzó otra ojeada a Ash, quien le hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible con la cabeza.

Aléas también se decidió por fin, y Nico experimentó una sensación fugaz de alivio al ver que su contrincante elegía la pesada red.

—Recordad —dijo Olson—, Quien regrese a la hora convenida con el mayor número de capturas será el ganador. Ya podéis partir.

Los roshuns prorrumpieron en un coro de rechiflas y gritos. Aléas se echó la red por los hombros y salió disparado hacia la puerta. Tras un momento de vacilación, Nico salió tras él.

El calor incrementaba la dureza de la ascensión. Nico mantuvo el ritmo y siguió corriendo pese al dolor de piernas, animado porque enseguida adelantó a Aléas por el camino pedregoso; su compañero ya había aminorado el paso bajo el peso de la red que acarrea a la espalda.

—¡Te guardaré algunos peces! —le gritó por encima del hombro, pero Aléas no le respondió y continuó con la cabeza gacha; le palpitaban las piernas.

Nico se quitó sobre la marcha su pesada túnica. Se quedó sólo con la ropa interior gris que llevaba, y arrojó la túnica lejos, entre la hierba alta, para que Aléas no le copiara la idea.

Concentrado en el tramo de suelo que antecedió cada zancada, imprimió a su marcha un ritmo que confiaba poder mantener. Por su derecha discurría el cauce serpenteante del arroyo que descendía de las montañas, pero Nico se mantuvo alejado

de él para evitar sus márgenes pantanosos. El sol seguía escalando por el cielo, aunque hasta el valle se deslizaban desde cotas más altas nubes densas que impedían el paso de los rayos cálidos del sol, a las que siguió un viento que le azotaba la cabellera y peinaba con su fuerza constante la hierba del valle.

Nico rebasó la cabaña del Vidente, quien en ese momento se hallaba sentado fuera, pintando en un trozo cuadrado de pergamino; le saludó con un breve movimiento de la cabeza que el anciano monje le correspondió.

Se detuvo un instante para beber un trago de agua del arroyo cada vez más estrecho; echó un vistazo atrás y distinguió la figura de Aléas avanzando penosamente por el mismo sendero. Fue una imagen gratificante.

Media hora después ya había alcanzado la cima del valle y viró de nuevo hacia el arroyo y una serie de manantiales de los que manaba el agua a borbotones. Vio truchas deslizándose por las charcas formadas por las fuentes y rápidamente eligió el lugar que le pareció más propicio: una vasta laguna sobre la que se extendía una exuberante bóveda de vegetación y a la que se acercó en cuclillas.

Se apresuró a desenrollar el cordel mientras examinaba la laguna y los peces que nadaban en sus aguas cristalinas; luego sacudió el anzuelo y la fina lámina del cebo para asegurarse de que no estuvieran enredados. Se dio cuenta de que iba a necesitar un flotador, así que arrancó una ramita de un arbusto doblegado por el viento y lo ató al hilo de pesca. Exhaló un último suspiro profundo, lanzó el anzuelo al agua y esperó sentado en cuclillas.

Los peces estaban hambrientos y tan pronto como el cebo plateado destelló en el agua, una trucha se lanzó como una flecha hacia él y se tragó la lámina y el anzuelo de un bocado. Nico soltó un gañido de entusiasmo y rápidamente tiró del hilo. Era pequeño, pero el tamaño no importaba. Notó en los brazos el peso ligero de la captura mientras la sacaba con sumo cuidado del agua; el pez se sacudía en el extremo del cordel. Por fin lo tuvo entre sus manos, mojado, resbaladizo y real, pugnando por escapar de sus garras. Con la maña que había cultivado en su niñez, le extrajo el anzuelo y lo aporreó contra una roca hasta matarlo.

Inmediatamente arrojó de nuevo el anzuelo al agua, con el corazón martilleándole el pecho. No podía creer lo fácil que se le presentaba la jornada de pesca, y una sonrisa de felicidad le iluminó el rostro. «Por una vez, amiguitos —dijo, dirigiéndose a los peces que todavía no había pescado—, la fortuna se atreve a son— reírme.»

El tiempo pasaba lentamente. Nico andaba atareado con el anzuelo y el hilo de pescar. Había decidido seguir en la laguna hasta que le pareciera que le había sacado el rendimiento suficiente y luego trasladarse a probar suerte a una charca más baja.

La tarea era pura y placentera. Nico se sentía embargado por una tranquilidad reconfortante y sosegada como la de los ardientes rayos de sol que le acariciaban los brazos. Por el cauce que el curso de la corriente había excavado en la tierra se

deslizaba una brisa tan fresca que resultaba vigorizante. De vez en cuando se oía el reclamo de un pájaro que nunca se veía; el agua borboteaba y las moscas zumbaban trazando arcos en el aire, a veces tan cerca de él que le barritaban al oído.

No había vuelto a atisbar a Aléas, cosa que le pareció extraña. En un principio lo inquietó la posibilidad de que su amigo estuviera tramando alguna artimaña. Pero según pasaba el tiempo y el sol alcanzaba la altura del mediodía, se dejó llevar por el convencimiento de que Aléas había sufrido algún contratiempo; quizá una torcedura de tobillo, o quizá simplemente se había cansado de cargar con su pesada red y había decidido quedarse pescando más abajo.

Ya tenía veintidós truchas de pequeño tamaño desparramadas en la hierba, atadas a un trozo de cordel. Por el ángulo del sol en el cielo calculó que todavía debía de disponer de media hora antes de tener que emprender el camino de regreso. No quería salir con el tiempo justo.

Estaba tan absorto en sus cálculos que no se apercibió del ruido sutil que se acercaba por su espalda.

Un pájaro interrumpió bruscamente su canto y sonó el crujido de lo que parecía una mata aplastada por pisadas. Pero Nico tampoco se percató de ello. Sin embargo, se produjo un efímero cambio en la dirección del viento y un olor se introdujo por sus fosas nasales. Olfateó el aire casi de un modo inconsciente y el rincón de su cerebro donde residían la alerta y la cautela intentó identificar el repentino aroma arrastrado por la brisa, hasta que finalmente llegó a una conclusión: era el hedor a sudor humano.

Nico se dio la vuelta alarmado.

Demasiado tarde.

—Odio hacerte esto. Te lo aseguro. Pero en esta materia mi maestro no me deja elección. Así que ya ves.

«Una declaración fabulosa», pensó Nico, aunque sólo fuera por la firmeza de su voz, como si Aléas estuviera paseando, disfrutando del aire fresco, cuando en realidad descendía por la falda del valle cargado con el pescado de Nico ensartado en un largo trozo de hilo de pescar sobre un hombro y su colega aprendiz aprisionado en la red de pesca sobre el otro.

Nico parpadeó para limpiarse el sudor del ojo izquierdo. El otro ya lo tenía cerrado por la hinchazón de un puñetazo que había olvidado. Lo último que recordaba era darse la vuelta y vislumbrar un repentino movimiento delante de sus ojos. Lo siguiente que sabía era que allí estaba: en la situación más humillante que jamás había imaginado.

—Tus palabras —masculló Nico con los dientes apretados y sufriendo la fuerte presión que ejercía la red contra su rostro—, no son de ningún consuelo ahora mismo, Aléas.

Aléas gruñó, como confirmando que en efecto les había tocado vivir en un mundo ingrato y que él, más que nadie, tenía que padecer sus consecuencias.

—¿Por qué lo haces?—inquirió Nico, con la red metida entre los dientes—. ¿Tanto temes a tu maestro?

Aléas se detuvo un momento y se dio la vuelta para dirigirse a Nico como si éste viniera caminando detrás de él.

—No es miedo, Nico. Podría derrotarlo con cualquier arma que Baracha eligiera para un duelo, aunque eso sólo lo sabe él.

—Ah —exclamó Nico, ganando tiempo.

—Le debo la vida, Nico. ¿Qué alternativa hay cuando la deuda contraída con alguien es tan alta?

Aléas reemprendió la marcha. Nico iba botando al ritmo de las zancadas de su rival y cada paso de éste le provocaba una estremecedora punzada de dolor en sus apretujados miembros. Tenía todo el cuerpo entumecido salvo el brazo que había conseguido sacar de la red.

—Te resarciré de ésta —añadió Aléas, en un tono más relajado que el empleado anteriormente—. Te lo prometo.

Nico notó que el hilo de la red se deshilachaba entre sus dientes. Tiró con fuerza con su mano libre y rasgó otro tramo de la red, y luego otro, y, de repente, se precipitó por el agujero que acababa de abrir y se estrelló de espaldas contra el suelo.

Aléas se volvió inmediatamente, todavía con la red entre las manos, y observó, más con una expresión de divertida curiosidad que de sorpresa en el rostro, cómo se levantaba Nico a trompicones. Pero Nico le borró la sonrisa de los labios con un gancho de derecha. Aléas se tambaleó tratando de mantener el equilibrio y Nico le propinó una patada tan certera en la entrepierna que él mismo se estremeció con la brusquedad del impacto.

Aléas se puso blanco y se sentó con un cuidado extremo, resoplando y agarrándose la entrepierna.

—¡Santo cielo! —rezongó entre dientes—, ¿Era absolutamente necesario?

—Estas son las decisiones que nos vemos obligados a tomar en este lamentable mundo. Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Llegarán en cualquier momento —observó Kosh, pasando la vasija de calabaza a Ash.

—¿Crees en serio que puede ganar? —inquirió Osho, sin apartar la mirada de la entrada al patio.

Kosh se encogió de hombros.

—Siempre has dicho que nunca puede darse por segura una victoria, ni siquiera cuando se logra.

La respuesta de Kosh provocó la risa de Osho y alentó las esperanzas de Ash.

—Si tu chico gana —dijo Baracha, también con los ojos fijos en la entrada y dándose golpecitos en la pierna con nerviosismo—, prometo tragarme la lengua.

—Por favor —repuso Kosh—, preferiría que no lo hicieras.

En un rincón del patio, el hilito de agua del reloj caía ruidosamente en su cómputo del tiempo. Ash se sorprendió de sentir en el estómago el cosquilleo propio de quien está a la expectativa. Quizá sólo se había contagiado levemente de la tensión de Baracha, o quizá, después de todo, realmente le importaba derrotar al Alhazií en sus juegucitos.

Por lo menos, el muchacho sacaría algo de provecho. Una victoria ante los ojos de todos ayudaría a su adaptación y alimentaría su confianza en sí.

—Ya llegan —anunció Kosh el instante previo a que los aprendices aparecieran por el túnel del patio.

Algunos roshuns se pusieron en pie o emergieron del interior del monasterio dando voces.

—¡Aja!—exclamó Kosh—, Llegan juntos. ¡Y mirad, llevan las capturas entre ambos!

«Pero ¿qué es esto?», se preguntó Ash, desdibujando su gesto adusto con una sonrisa.

Baracha se cruzó de brazos, con las mandíbulas tiasas de cabo a rabo, como si verdaderamente estuviera tragándose la lengua.

Los dos muchachos llegaban cubiertos de mugre y sudor. Se detuvieron delante de los roshuns; en sus ojos podía leerse que habían puesto el punto final a aquel asunto independientemente de lo que tuviera que decir nadie al respecto. Al unísono arrojaron hacia sus maestros la red y las truchas muertas.

—Ya es suficiente —musitó Aléas, dirigiéndose a Baracha.

El hombretón alhazií inclinó la cabeza.

Los roshuns se apelotonaron alrededor de los aprendices y Kosh les felicitó con una palmada en la espalda. Aléas pasó sonriente el brazo por el hombro de Nico.

Osho fue el primero en advertir la llegada del Vidente. Ash se volvió a su prior cuando lo vio adelantándose un par de pasos con la mirada fija en la entrada, donde el anciano ermitaño aguardaba al sol.

El silencio se extendió entre el resto de los roshuns cuando repararon en su presencia. Osho y Ash se separaron del grupo y enfilaron hacia el Vidente.

—Algo va mal —observó Aléas, tirando de Nico.

—*Ken-dai* —dijo el anciano, dirigiéndose a Osho; el repentino silencio dio volumen a su voz queda.

—*Ken-dai* —respondió Osho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nico en un susurro.

Pero entonces el Vidente añadió:

—*Ramaji kana su.*

Aléas inclinó la cabeza sobre el oído de Nico.

—Dice que ha tenido un sueño —le tradujo.

—*San-ari san-re, su shido matasha.*

—Y que cree que el mundo no debe seguir girando sin que lo conozcamos.

—*An roshuntan-su... Antón, Kylos shi-Baso... tí an-yilicho. ¡Na-ga-su!*

Aléas dejó salir un largo suspiro, al igual que todos los roshuns congregados a su alrededor. En medio del silencio musitó:

—Nuestros camaradas roshuns, los tres que fueron enviados para matar al hijo de la matriarca... han sido asesinados en Q'os.

—*An Baso li naga-san, noji an-yilicho.*

—Baso prefirió suicidarse a la vieja usanza antes que caer en manos de los sacerdotes.

No se movía una hoja en el vasto patio. Los roshuns aguardaban expectantes a que el Vidente continuara, pero al parecer no tenía nada que añadir.

—*Hirakana. San-sri Dao, su budos* —dijo al fin, frotándose una vez las manos. Luego giró sobre los talones y se marchó; sus protuberantes orejas se sacudían mientras desaparecía por la puerta del patio.

—Eso es todo. Id con Dao, hermanos.

Todas las miradas se volvieron a Osho. Nico reparó en los puños apretados del anciano prior, si bien la expresión de su rostro era de absoluta calma.

El silencio se prolongó entre los roshuns congregados, que esperaban que su líder se dirigiera a ellos... con algún tipo de discurso, quizá, o con unas palabras para honrar la memoria de los camaradas muertos. Sin embargo, Osho no dijo nada. Poco a poco, el silencio fue tornándose en un vacío que pedía a gritos que lo llenaran.

Las manos del prior y sus dedos pálidos apretados con tensión seguían siendo el objeto de la atención de Nico. La atmósfera de inquietud fue en aumento y los roshuns más jóvenes se revolviéron con nerviosismo.

Ash inició el movimiento de dar un paso adelante. Baracha se percató de ello e inmediatamente lo secundó. Sus voces se confundieron.

—Iré yo —declaró Ash.

—Y yo —dijo Baracha.

Ambos se miraron con una evidente expresión de sorpresa.

A su espalda, Nico y Aléas los secundaron.

Capítulo 17

La guerra subterránea

Mahn pasó buena parte del día bajo tierra.

El general Creed lo había enviado al laberinto de túneles y cámaras que se extendía a través de la tierra y los escombros de los cimientos de la muralla exterior —la muralla de Kharnost—, donde los zapadores y el Cuerpo Especial trabajaban a destajo para impedir que el enemigo socavara el Escudo. Sus instrucciones habían sido de lo más simples: una evaluación independiente del estado de los hombres allí destinados.

«Parecen fantasmas», concluyó Bahn tras la primera hora en aquellas penumbrosas y frías galerías subterráneas donde se trabajaba duro y a veces se luchaba.

Los zapadores presentaban un aspecto harapiento y roñoso. La mayoría eran criminales que habían conmutado sus condenas por el aquel trabajo; aunque también servían voluntarios, buena parte de ellos antiguos mineros y trabajadores cualificados. Cualquier fragmento de su piel limpia de mugre resplandecía con una palidez enfermiza a la mortecina luz oscilante de las linternas. Cavaban en la tierra, transportaban escombros y apuntalaban techumbres con vigas alquitranadas en el silencio abyecto de un ataúd. Las jornadas de trabajo de los esclavos eran inhumanas y agotadoras, y se les concedía poco tiempo para dormir. Trabajaban en turnos de once horas, medio día —que en los túneles daba la sensación de ser el doble de tiempo—, tras las cuales salían a la superficie, se embebían de aire fresco y se frotaban los ojos bañados por el sol abrasador como quien regresa de la muerte.

El Cuerpo Especial era un mundo aparte. Sus miembros eran enjutos, tenían un aspecto feroz, embutidos en sus compactos coseletes de piel negros, y sus rostros solían estar surcados por cicatrices—. Se repartían en pelotones y ocupaban minúsculas cámaras con las dimensiones justas para acogerlos, donde jugaban a las cartas, remendaban su equipo o simplemente esperaban —con los ojos apagados por el aburrimiento— una repentina señal de alarma. Acostumbraban a llevar perros: animales fuertes y con la cara chata criados expresamente para las batidas subterráneas y con tantas cicatrices como sus amos. Éstos también iban enfundados en unos sencillos coseletes de piel y permanecían con las correas atadas a unos postes; de vez en cuando sacudían las orejas como reacción a los ladridos distantes de otros perros sepultados en los túneles. El aire allí abajo era viciado y apestaba a rancio. La escasa luz obligaba a mantener la vista continuamente forzada y la presión

del silencio palpitaba en los oídos, como preludiando un acontecimiento terrible.

Era la primera vez que Bahn visitaba los túneles. Como la mayoría de los soldados corrientes, se congratulaba de evitarlos y escuchaba los relatos de las batallas bajo tierra con una mezcla de horror por lo que pasaban aquellos hombres y de alivio por no encontrarse entre los destinados allí abajo. No podía evitar pensar en su hermano y en cómo debía haber matado el tiempo en aquellas galerías, sumido en el tedio más absoluto, durante sus turnos como voluntario del Cuerpo Especial, consciente de que en cualquier momento podía sonar la alarma que lo reclamaba para acometer una batalla desesperada y sórdida en algún túnel de una oscuridad impenetrable, no más alto ni más ancho que él mismo. Su hermano Colé había pasado dos años encerrado en aquellas galerías, hasta que había sucumbido a la tensión permanente con la que se cohabitaba ahí abajo y había desertado del ejército y abandonado a su familia y todo lo demás. Nunca había hablado de sus vivencias bajo tierra, ni siquiera con Bahn.

Bahn llegó al extremo de un túnel con el techo tan bajo que tuvo que agacharse para esquivar las vigas combadas y putrefactas. El túnel se prolongaba varios cientos de metros serpenteando bajo tierra, iluminado por unas linternas tan alejadas unas de otras que las luces que emitían nunca se solapaban; con una puerta maciza al final de cada tramo que un miembro del Cuerpo Especial se encargaba de abrir y cerrar a su paso, y con un suelo de tierra apisonada en declive que volvía a empinarse hasta los cimientos de la muralla Kharnost y luego continuaba hacia tierra de nadie.

En el extremo del túnel, con esa sensación de presión sobre la cabeza, como de un cielo de tierra, Bahn fue guiado hasta un taburete de madera en los confines fantasmagóricos de un puesto de escucha, una sala en la que apenas cabían el par de camastros, el escritorio, el balde para defecar y los dos miembros sudorosos del Cuerpo Especial apostados ahí. Se sentó un tanto titubeante y apretó la oreja contra la boca de un dispositivo cónico que semejava el cuerno de un toro, a su vez pegado a una sólida pared de tierra.

En el silencioso abismo de aquella sala, Bahn escuchó los alaridos apagados y frenéticos de un hombre.

—Imagino que será un zapador enemigo —señaló uno de los miembros del Cuerpo Especial—. Atrapado en un derrumbamiento.

Bahn levantó la mirada y reparó en la sonrisa del soldado.

—También debe de ser un novato, de lo contrario no gritaría de esa manera.

Su compañero alzó los ojos del trozo de madera que estaba tallando sentado.

—Siempre llevan una campanilla encima, de modo que si quedan atrapados, desatan el badajo y la hacen sonar para pedir ayuda. Así consumen menos oxígeno que gritando. —Apoyó la cabeza contra la pared—. Este, sin embargo, está sufriendo un ataque de pánico.

Bahn dejó a ambos en su lúgubre habitáculo y se marchó. Durante el viaje de vuelta, montado en la misma carreta de ruedas diminutas que se deslizaba por unos raíles metálicos tirado por una mula enana, se oyó la señal de alarma. Se encontraban en una encrucijada de túneles y por la galería de su izquierda llegaba el sonido de las campanas lo suficientemente alto como para asustar a la mula.

—Vamos, ya está —dijo el conductor, dirigiéndose al animal atemorizado en un intento de aplacarlo justo en el mismo momento en que un destacamento del Cuerpo Especial aparecía a la carrera, por la puerta del tramo que acababan de dejar atrás con los cuerpos encogidos y armados de dagas de empuje. La mula respingó inquieta y sacudió los cascos de las patas delanteras en el aire. La imposibilidad de liberarse de los arneses sólo acrecentó su pavor.

El conductor se inclinó hacia ella con los brazos extendidos para calmarla, chasqueando la lengua y hablándole con dulzura.

La mula le enseñó los dientes, puso los ojos en blanco, y empezó a cargar contra la pared, con arneses y todo, empotrándose contra ella, provocando con sus acometidas unos ruidos sordos como los de un puño poderoso aporreando el suelo. Bahn se bajó del vagón y acudió a echar una mano. Era evidente que tenían que apaciguar al animal antes de que se rompiera el cuello.

Pero el cuerpo del conductor le impedía acercarse, de modo que retrocedió, rodeó el vagón y enfiló por el otro lado del túnel. Se protegió la cara con una mano. Junto a él, la mula soltaba coces que astillaban la madera de la carreta y de paso sus propios cascos.

«Por aquí no conseguiremos nada —dijo para sí—. Hay que llegar hasta la cabeza.»

Bahn dio un salto hacia delante aprovechando que la mula había bajado las patas, pero el animal lo vio acercarse y lanzó una coz que lo alcanzó de lleno en un costado y lo dejó sin aire. Bahn salió rodando por el suelo y sintió cómo se le clavaban los raíles de hierro en la espalda. Permaneció tumbado, tratando desesperadamente de respirar.

No había forma de calmar al animal, y al cabo, el conductor, con el semblante adusto, tuvo que rebanarle la garganta con su cuchillo.

«Loco misericordioso», pensó Bahn tiempo después, todavía con la mano apoyada contra su costado maltrecho y apretando el paso de sus zancadas hacia los haces de los rayos del sol que descendían por el pozo de entrada al túnel como los dedos de la mano de un dios benévolo...

«Aquí perdió la cabeza mi hermano.»

Todavía presa de la agitación, Bahn no se sentía en condiciones de emprender la ascensión al ministerio y redactar inmediatamente su informe. Después de todo, su

jornada ya había acabado, de modo que resolvió postergar el informe hasta la mañana siguiente, detuvo una calesa de dos ruedas que vio pasar y le dio las señas de su casa al conductor mientras se encaramaba al angosto asiento y contemplaba maravillado el cielo esplendoroso que se desplegaba sobre su cabeza.

Las calles bullían con el habitual ajetreo de tráfico y tenderetes. La calesa serpenteaba entre la multitud con cierta dificultad, al trote lento del conductor, que tenía que dar voces para que le despejaran el paso. Enfilaron por el barrio del Barbero y pasaron por las calles que habían visto crecer al Bahn adolescente, por entonces un distrito humilde pero de vecinos muy unidos, con peluquerías, pequeños comercios y ruinosos edificios residenciales; sin embargo, ahora sus calles estaban ocupadas en su mayoría por los carritos de los mendigos y por prostitutas que chismorreaban, algo que antes del inicio de la guerra era impensable encontrarse a plena luz del día. Según las rebasaba subido a la calesa, a Bahn se le iban los ojos detrás de las chicas de la calle, cuya vestimenta apenas ocultaba un centímetro de su anatomía.

Ya era entrada la tarde cuando llegó a su casa, del barrio norte de la ciudad, ubicado en la zona más alejada del Escudo que podía encontrarse. Aliviado por dejar atrás una nueva jornada laboral, bajó de la calesa y puso el pie en la calle delante de su casa justo cuando su cuñada Reese subía a su carreta.

«Qué cosas más extrañas ocurren», pensó Bahn, viendo la mano del destino, o de Dao, en aquella coincidencia, todavía con el recuerdo fresco de su hermano dándole vueltas en la cabeza.

Reese lo abrazó y le dio un beso en la mejilla mientras entraban en la pequeña vivienda de dos pisos. Era más espaciosa que el primer hogar que había compartido con Marlee encima de los baños públicos, aunque el espacio seguía siendo reducido. La casa estaba vacía, lo que en un principio sorprendió a Bahn hasta que recordó que su esposa y sus hijos habían ido ese día a visitar a la hermana de Marlee.

Bahn y Reese tomaron chee y charlaron en la terraza de la planta superior. No se habían visto desde la última visita de su cuñada a la ciudad.

—¿Dónde está Los? —preguntó Bahn por educación, pues se sentía en la obligación de interesarse por la última pareja de su cuñada aunque sólo fuera por mantener las formas.

Reese se limitó a encogerse de hombros. Bahn sabía que Los podía desaparecer durante días sin dar noticias de su paradero. Para jugar e ir de putas, colegía Bahn a partir del vago contacto que había mantenido con él. Los estaba en edad de alistarse, lo que significaba que hacía oídos sordos al llamamiento o bien había comprado con éxito su exención.

Era una vergüenza, discurría Bahn, pues sin duda volvería junto a Reese en cuanto se quedara sin blanca y no tuviera otro lugar adonde ir.

—Ya se acerca la fecha del bautizo de vuestra hija, ¿no? —inquirió Reese,

forzando una sonrisa.

—Sí —respondió Bahn, intentando mantener una respiración superficial. Se había dado cuenta de que de ese modo su costado magullado no le dolía tanto.

—Estoy reservando algo de comida para la ceremonia. Algunas patatas para hacer pasteles y pimientos en aceite. Me temo que es todo lo que puedo reunir.

—Es un detalle —suspiró Bahn—, Marlee parece no creerme cuando le digo que no hay alimentos almacenados en ningún lugar aparte de los que se ven en el mercado.

Reese asintió con el gesto pensativo y la vista fija en su taza.

—Algo te preocupa, Reese —observó Bahn—. Sabes que siempre lo noto.

Su cuñada permaneció callada, pero él no se dio por vencido y, mientras rumiaba qué decir a continuación, de repente le asaltó la probable causa de su zozobra.

—Se trata de Nico, ¿verdad?

Apareció un temblor en los párpados de Reese, que desvió la mirada.

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Qué quieres decir? ¿Adónde ha ido?

De nuevo ese gesto encogiendo los hombros, como si ya no hubiera remedio para nada.

—Se ha marchado de la ciudad. Ha aceptado un puesto como... aprendiz.

—¿Qué?

Sintió una repentina punzada de dolor en el costado. Se esforzó en ralentizar el ritmo de su respiración mientras aguardaba la respuesta de Reese. Era evidente que su cuñada quería añadir algo, pero vacilaba, hasta que al cabo pareció darse por vencida, como si lo que tenía que decir fuera algo demasiado ridículo para pronunciarlo en voz alta.

—¿Has tenido noticias de él? ¿Se encuentra bien?

Al parecer Reese no sabía nada.

Normalmente, Reese no tenía problema en hablarle con franqueza; entre ellos existía una especie de confianza mutua, de complicidad, que se había acrecentado desde que Colé, hermano mediano de Bahn y padre de Nico, los había abandonado, como si esa pérdida común les permitiera compartir otra serie de intimidades y preocupaciones. A menudo hablaban de Colé y se comentaban hasta el rumor más insignificante que cualquiera de los dos hubiera oído por boca de los veteranos que se cruzaban en su camino o que les hubiera llevado noticias. De acuerdo con la información más reciente, el rastro de Colé se perdía en Pathia, donde se rumoreaba que había sido ahorcado acusado de robar en la vía pública. Si bien también había quien afirmaba que se había convertido en cazador, que cruzaba las montañas y se adentraba en el mundo del Gran Silencio, donde permanecía durante meses errando solo por la selva. Debía de estar seriamente trastornado, pensaba a menudo Bahn,

para abandonar a una mujer como aquélla e irse a vivir solo a la selva.

El dolor en el costado se le había extendido hasta la vejiga y sintió la necesidad imperiosa de aliviársela. Maldiciendo a su cuerpo por su particular sentido de la oportunidad, se disculpó y se levantó.

—¿Estás bien? —le preguntó Reese.

—Sí, sólo un par de costillas doloridas. —No quería mencionar los túneles, que inevitablemente evocarían el recuerdo de Colé.

Bahn bajó al piso inferior y enfiló hacia el retrete del patio trasero. Orinó sangre. Se levantó la túnica y la sujetó con los dientes para examinar los feos moratones del costado, también se palpó en busca de alguna costilla fracturada. Contento porque las halló intactas, se peinó el pelo hacia atrás, se alisó la túnica y emprendió el camino de vuelta arriba.

En cuanto estuvo de regreso en la terraza se preguntó si no habría sido un error dejar sola a su cuñada. Reese seguía sentada, con un brazo apoyado en la barandilla de madera y sujetando la taza de chee sobre el regazo con la mano del otro, pero ahora contemplaba con una mirada inquietante la calle y las hileras de árboles que la recorrían.

No pareció percatarse de que su cuñado volvía a sentarse con un cuidado extremo. Bahn habría catalogado aquel comportamiento en cualquier otra persona como una escena de autocompasión... pero no en Reese.

—¿En qué piensas? —le preguntó suavemente.

Reese se volvió a él. Algo de su sonrisa efímera parecía contener una disculpa. La taza de chee en su regazo parecía ahora haber caído en el olvido.

—Estaba pensando... sólo estaba pensando que Nico y Colé ya no están aquí.

Su voz tenía un tono quedo, contenido, que a Bahn le recordó los gritos apagados del hombre atrapado bajo tierra de aquella mañana, sin otra cosa para ver, sentir u oír que la oscuridad que lo envolvía.

Capítulo 18

Las hermanas de la pérdida y la añoranza

Las lunas gemelas brillaban en un cielo oscuro y salpicado de estrellas. Su luz de plenilunio —la de una, de un blanco matizado de gris, la de la otra, azul— obligaba a entornar los párpados. Surcaban el cielo siguiendo un curso que atravesaba parcialmente la Gran Rueda, el núcleo visible del universo, atenuando el brillo del vasto manto de luz de las estrellas. Sólo una vez al año las dos lunas se alzaban juntas en su fase de luna llena, anunciando el inicio del otoño. Quizá ése era el motivo del nombre que recibían: Hermanas de la Pérdida y la Añoranza.

Las dos figuras que ascendían la colina aparecían minúsculas e insignificantes bajo aquella bóveda celeste. La noche era lo suficientemente clara como para ver el terreno que se extendía delante de los caminantes, que andaban con la cabeza gacha, con la vista fija en sus pisadas y absortos en sus pensamientos. Por ello, casi supuso una sorpresa cuando se detuvieron ante la diminuta choza, que de repente emergió recortada contra la luz penumbrosa; el murmullo de la corriente del agua de fondo recordaba las crepitaciones de una hoguera lejana. Esa noche no había ningún fuego encendido en la pequeña cabaña salvo la llama de la lámpara que les daba la bienvenida y cuya lengua de luz amarillenta sobresalía del vano de la puerta. Sin vacilar, los visitantes se introdujeron en el interior de la choza.

El Vidente estaba sentado con las piernas cruzadas en una esterilla extendida en el suelo, con un libro abierto sobre el regazo que leía con los ojos entrecerrados tras unas gafas de gruesos cristales, mientras se rascaba distraídamente los picores causados por los piojos.

Pasaron unos minutos sin que diera muestras de haberse percatado de la presencia de los recién llegados. Nico empezaba a exasperarse, ansioso por que Ash se aclarara de una vez la garganta y reclamara la atención del anciano ermitaño.

El Vidente levantó al cabo la mirada en dirección a ellos, les sonrió y depositó cuidadosamente el libro sobre una pila de libros que se levantaba a su lado.

Ash hablaba y el anciano lo escuchaba atentamente y asentía, formulando de vez en cuando alguna pregunta. El Vidente hablaba con voz queda, respetuoso con el silencio de la noche que los envolvía. No parecía molesto por aquella intromisión a altas horas de la noche, más bien al contrario, parecía recibir con agrado la compañía. Era como si llevara toda la noche esperando la visita de un roshun.

Cuando la conversación entre él y Ash concluyó, el Vidente recogió de un rincón de la choza una caja hecha de astiles de plumas y la puso en el suelo frente a sí. Con

sus dedos trémulos fue extrayendo objetos de la caja que Nico escrutaba según los colocaba sobre la esterilla.

Dispuestos en el suelo quedaron una plancha de pizarra, un trozo de tiza y un haz de lo que parecían tallos de carrizo seco de la longitud de un pie. Los objetos permanecieron intactos sobre la esterilla unos minutos mientras el Vidente realizaba una serie de respiraciones con una concentración extrema. Después, comenzó a mover las manos con una velocidad sorprendente para alguien de su edad. Arrojó el haz de carrizo contra la esterilla y rápidamente dividió en dos la montañita de tallos que se había formado. Recogió el montón de la derecha y, con unos movimientos que escapaban a los ojos, se pasó uno a uno los tallos de carrizo de una mano a otra, deteniéndose cada vez que se quedaba con cuatro tallos o menos en la mano derecha; entonces sujetaba esos tallos entre dos dedos y reiniciaba el proceso ya sin el carrizo que había separado del manojo inicial.

Una vez que tuvo tallos de carrizo entre los cinco dedos de la mano derecha se paró a contar cuántos sumaban. El número resultante parecía entrañar algún tipo de significado. Hizo una marca con la tiza en la pizarra —una simple raya— y dejó caer el carrizo sobre la esterilla para empezar de nuevo.

El proceso era largo y tedioso, de vez en cuando el Vidente dibujaba rayas de tiza en la pizarra, en unas ocasiones gruesas y en otras pequeños guiones, que, una detrás de otra, iban componiendo varias series. Nico perdió la noción del tiempo y ya se le cerraban los párpados cuando el Vidente pareció llegar al final de su tarea; en la pizarra había dibujadas seis líneas.

El anciano estudió los resultados, musitando algo para sus adentros.

—*Ken-yoma no-shido* —dijo, dirigiéndose a Ash.

El roshun asintió con el semblante serio.

El Vidente explicó sucintamente sus vaticinios. Cuando se interrumpió para examinar de nuevo la pizarra, Nico pidió en un susurro a su maestro que le tradujera las palabras del anciano.

Ash se sintió fastidiado por la demanda de Nico, pero un vistazo a los ojos exhaustos del muchacho bastó para ablandarlo un poco, al menos lo suficiente para ofrecerle un breve resumen.

—Le he preguntado cómo saldremos parados de esta *vendetta*. Me ha hablado de truenos y de un contratiempo, de cómo un suceso inesperado nos obligará a tomar una decisión trascendental. Ahora cállate; viene la parte crucial.

—Después de ese contratiempo se presentarán ante vosotros dos caminos — declaró el Vidente en una inesperada y perfecta lengua franca, mirando fijamente a Nico antes de depositar de nuevo sus ojos intensos en Ash—, Si seguís uno de ellos, fracasaréis en vuestro cometido, aunque con el honor intacto y todavía con un futuro por delante lleno de oportunidades... Si tomáis el otro, saldréis victoriosos, pero

invadidos por la abyección y con un futuro aciago.

Ash meditó durante unos segundos los augurios expresados por el Vidente. Se aclaró la garganta.

—¿Eso es todo?

El ermitaño esbozó una sonrisa afable, pero no dijo nada.

Poco después, Nico y Ash hicieron una reverencia y enfilaron hacia la puerta de la choza. Nico ya le daba la espalda cuando oyó al anciano:

—¡Muchacho!

Nico se volvió. El Vidente se pasó la lengua por las encías y lo miró con los párpados entornados y trémulos.

—Tú no me has pedido ningún vaticinio. Esta noche tienes derecho a hacerlo.

—No sabría qué preguntarle.

El viejo ermitaño ladeó la cabeza.

—Tú no quieres embarcarte en esta aventura desquiciada.

Nico echó un vistazo buscando a Ash para comprobar si estaba escuchando, pero su maestro ya había abandonado la cabaña. Devolvió la mirada al Vidente, con la boca abierta pero sin decir nada.

—Temes no estar preparado para acompañar a tu maestro en esta vendetta. Sospechas que todavía eres demasiado inexperto.

Era cierto. Nico había pasado todo el día pugnando consigo mismo para conseguir enfrentarse a la idea de que a la mañana siguiente abandonaría aquel refugio recóndito que había empezado a sentir como un hogar. ¿Y para qué? Para atravesar el mar hasta la ciudad de Q'os, el corazón del Imperio, ni más ni menos que con el propósito de matar al hijo de la Santa Matriarca, cuando apenas era capaz de blandir una espada. ¡Por la dulce Eres! Sólo pensarlo le aceleraba el corazón.

—Así pues, ¿quieres escuchar mi consejo? —le preguntó el Vidente.

Nico se aclaró la garganta.

—Lo cierto es que no estoy muy seguro de creer en todas estas cosas de videntes y demás... Emplear sus dotes conmigo sería, por así decirlo, como malgastarlas.

—Has de saber una cosa, joven amigo mío: el germen de las cosas ya nos dice qué frutos podemos esperar de él.

Nico asintió, más por educación que por otra cosa.

—Cuando llegue el momento de que te separes de él, deberás seguir los dictados de tu corazón.

—¿Cómo?

El anciano sonrió y empezó a recoger la parafernalia diseminada sobre la esterilla delante de él.

Nico retrocedió lentamente hasta la puerta y salió de la choza. En el exterior reinaba la quietud de la noche, e incluso el rumor de la corriente del arroyo llegaba

apagado hasta sus oídos. Ash permanecía junto al riachuelo, contemplando en silencio el agua que se estancaba y discurría entre las rocas.

Emprendieron juntos el camino de regreso al monasterio por la penumbra clareada.

—Un tipo extraño —comentó Nico.

Ash se volvió bruscamente a su aprendiz.

—Ese hombre merece todo tu respeto —le reprendió.

Inmediatamente pareció arrepentirse de su arrebato e intentó añadir algo, una disculpa quizá. Sin embargo, no dio con las palabras adecuadas, de modo que devolvió la vista al frente y siguió caminando.

Ambos descendieron con parsimonia y enfrascados en sus pensamientos la ladera alumbrada por las Hermanas de la Pérdida y la Añoranza. Más abajo, las luces cálidas y acogedoras que despedían las ventanas del monasterio destacaban en medio del bosque de hojas plateadas.

Capítulo 19

El diplomático

El primer día de otoño, ya próximo el cincuentenario de la subida al poder de los seguidores de Mann, bajo un aguacero atronador cuyas gotas se estrellaban contra el suelo como un chaparrón de esquirlas de cristal, un hombre emergió apresuradamente de la entrada cubierta y penumbrosa del Templo de los Suspiros, cubriéndose la cabeza rasurada con la capucha, y avanzó con rapidez por los tablones del puente de madera. Su túnica sacerdotal blanca se sacudía a su espalda impelida por el viento que ella misma levantaba y el estrépito de sus pisadas se confundía con el bullicio de las aguas turbulentas que discurrían por el foso que se extendía debajo.

El sujeto no se detuvo cuando rebasó a los acólitos enmascarados de servicio que se guarecían en la garita de la entrada del puente. Tampoco levantó la vista del suelo cuando sus pies lo llevaron por las calles desiertas del distrito que se extendía alrededor del templo. La picazón continuaba ensañándose con él, así que se rascaba constantemente los brazos y la cara. Se cruzó con un par de colegas sacerdotes que marchaban con la cabeza sepultada bajo la capucha y agachada en señal de sumisión a los elementos. El agua borbollaba en la superficie sin reflejo de los charcos y un gato encogido en el umbral de una puerta contemplaba en silencio la calle.

A la espalda del hombre, cada vez más lejana, la figura imponente del Templo de los Suspiros se levantaba como un ser vivo entre las cortinas de lluvia, con los costados sembrados de tal cantidad de púas que parecía la coraza de un erizo. Una torre que más que una torre semejava una enorme columna retorcida levantada con pilares estriados y torrecillas envueltas y pandeadas por aparejos de piedra. El joven sacerdote sentía su presencia detrás de él, como un gigantesco centinela que lo vigilaba. Eso le rebajaba aún más el ánimo: esa sensación de confusión con la que había despertado la mañana de su vigésimo cuarto cumpleaños.

Según se alejaba del templo, las calles aparecían más concurridas. Delante de él se levantaba una algarabía de alaridos y gritos como procedentes de una exhibición de animales salvajes. La lluvia había amainado y ahora una llovizna persistente acompañaba al sacerdote cuando entró en la amplia plaza conocida como plaza de la Libertad, una explanada abierta con tres de sus cuatro costados delimitados por lejanos edificios de mármol, detrás de los cuales sobresalían torres secundarias: pálidas agujas en parte veladas por el manto de lluvia.

La adversa meteorología apenas había amilanado a la vasta multitud de devotos ya congregados en la plaza anticipándose al próximo festival de Augere el Mann,

para el que todavía faltaba casi un mes. La mayoría eran peregrinos llegados de todos los rincones del Imperio, en un número mayor del habitual dado que este año el Augere celebraba el quincuagésimo aniversario del gobierno de Mann. Entre ellos había hombres y mujeres en igual número, extranjeros que habían abrazado fervorosamente la religión de Mann pese a que muchos compatriotas suyos seguían renegando de ella y llamando a la insurrección. Todos iban ataviados con la vestimenta común para los devotos legos: una túnica de un vivo color rojo prácticamente hasta los pies. En la parte frontal de las prendas empapadas lucían la prueba de su conversión: la huella blanca de una mano abierta, descascarillada por el paso del tiempo, de tal modo que ahora no era más que un montón de manchas de color rosa.

A pesar de llevar varios años viviendo en la ciudad, el joven sacerdote Ché todavía no se había habituado a ver y oír a aquellas masas de devotos. Enfiló chapoteando por las losas de piedra del pavimento de la plaza, oteando en derredor desde el refugio de los pliegues de su capucha.

Algunos peregrinos correteaban enloquecidos por la plaza vociferando en lenguas desconocidas para él; otros escuchaban, con un brillo en los ojos, los sermones incendiarios que declamaban los sacerdotes encaramados a estrados protegidos por doseles, desde donde gritaban y gesticulaban con fervor a las multitudes, que respondían a sus palabras con gestos de asentimiento o con vítores. Otros se clavaban pinchos en el rostro sangrante, o desfilaban con el cuero cabelludo envuelto en llamas, o copulaban tirados en el suelo, o simplemente deambulaban por la plaza como turistas aturdidos, boquiabiertos ante el espectáculo que se desplegaba a su alrededor.

Ché bordeó una enorme muralla de nuevos conversos que prácticamente se extendía de un lado al otro de la plaza: diez mil personas permanecían de pie frente al Templo de los Susurros envuelto en el manto de lluvia, todos ellos vestidos con túnicas rojas todavía lisas y salmodiando ininterrumpidamente con los brazos alzados. En sus rostros seguía brillando el fervor que los había empujado hasta la sagrada Q'os para el ritual de conversión.

Todos ellos se arrodillaron al unísono sobre las losas; el roce de las diez mil túnicas sonó como el murmullo de una racha de viento. Inclinaron la cabeza hasta el suelo y volvieron a levantarse, únicamente para repetir el ritual. El joven sacerdote rebasó las filas de los conversos que esperaban su turno calados hasta los huesos para que un sacerdote ordenado de Q'os les estampara la mano cubierta de pintura blanca en el pecho. Ni siquiera entonces Ché aminoró el paso; los peregrinos se apartaban para despejarle el camino en cuanto reparaban en su túnica blanca. Pasó por debajo de las piernas abiertas de una estatua que chorreaba agua y que representaba a Sasheen, la Santa Matriarca, sentada a horcajadas sobre un zel rampante, y otra de

Nihilis, patriarca fundador de la orden con una expresión adusta y ancestral en su rostro de bronce.

Hacia el rincón oriental de la plaza, el gentío empezaba a ser más disperso y los peregrinos se mezclaban con los ciudadanos de a pie que se dirigían a sus quehaceres cotidianos. Ya se habían montado los habituales carritos de venta ambulante, con sus sencillos toldos combados, bajo los cuales los vendedores ofrecían tazas de papel con chee caliente, cuencos con comida e impermeables hechos un fardo. Otros vendían recuerdos a la intemperie: baratijas de latón que representaban a Sasheen, Mokabi o Nihilis. Todos ellos observaban sin interés alguno las prácticas que se desarrollaban a su alrededor, y de vez en cuando lanzaban una mirada furtiva a los reguladores vestidos de paisano desplegados por parejas alrededor de la multitud y que no perdían detalle de todo lo que acontecía.

Una pareja de guardias, a lomos de zels y con las ballestas sin encordar apoyadas en el regazo, se detuvo para ceder el paso a Ché, que no se molestó en agradecerse. El joven sacerdote salió de la plaza por el este, por la calle Dubusi, enseguida giró a la izquierda y rápidamente a la derecha, atajando por callejuelas secundarias; el bullicio de las multitudes se atenuaba a cada paso que se alejaba de la plaza. Sus sentidos se pusieron en alerta en busca de algún indicio de que estuvieran siguiéndolo.

Cuando llegó a las inmediaciones de uno de los pequeños campanarios, su túnica blanca empapada había adquirido un matiz gris por la lluvia constante. La tela se le pegaba a los brazos y las piernas y traslucía sus músculos duros y nervudos. Todavía le picaba horrores la cara, así que se detuvo antes de poner el pie en el puente de acceso a la pequeña torre, se quitó la capucha de la cabeza y contempló el cielo gris; hizo unos movimientos de rotación con el cuello y se concedió un minuto para disfrutar de la lluvia relajante. Luego escupió el agua acre acumulada en la boca y se limpió la lluvia de los ojos.

Una bandada de murciélagos descendía lentamente trazando círculos en el cielo. Eran más grandes que los que Ché estaba acostumbrado a ver sobrevolando la ciudad y que eran utilizados en labores de vigilancia o como mensajeros entre los distintos templos. Imaginó que debía de tratarse de los nuevos murciélagos de batalla que el Imperio había estado desarrollando durante los últimos años, supuestamente lo suficientemente resistentes como para transportar ordenanzas hasta el campo de batalla. Sus sospechas se confirmaron cuando la bandada viró abruptamente y sobrevoló la plaza de la Libertad: un desfile aéreo que pretendía deslumbrar a los peregrinos con las inagotables innovaciones de Mann.

Ché se adentró en el puente con paso lento. Al llegar a la entrada de la torre se detuvo junto a una maciza puerta metálica con una rejilla incrustada a la altura de la cabeza; estaba demasiado oscuro para ver los ojos que sabía que lo observaban desde

el otro lado. Se deslizó el postigo de una ventanita a la altura de su cintura y apareció un hueco negro que lo invitaba a presentarse. Ché se rascó el cuello de nuevo antes de introducir las dos manos en el hueco.

Una sucesión de golpetazos metálicos reveló la manipulación de los numerosos cerrojos de la puerta. El joven sacerdote recogió las manos y se abrió un portillo en la puerta mayor. La abertura era intencionadamente estrecha y baja para obligar al visitante a entrar inclinado y de costado; puesto que Ché ya era de corta estatura no tuvo que agacharse.

«Todo obstáculo es una bendición», pensó con sequedad. Ni siquiera allí, en el corazón del Sacro Imperio de Mann, encontraba extraño recordar ese viejo dicho roshun.

A esas horas en el Templo Sentiate reinaba la quietud. Su planta baja circular estaba sumida en una penumbra que debía de ser la habitual, pues no había ventanas y la única iluminación procedía de un puñado de lámparas de gas que chisporroteaban dispuestas a lo largo de los muros curvilíneos. Los dos acólitos de guardia observaron a Ché desde detrás de sus máscaras mientras éste se secaba la cabeza rapada como haría un perro y se escurría la túnica empapada.

—Está lloviendo —explicó en un tono que sonó a disculpa.

Los centinelas se preguntaron si no sería un imbécil, uno de esos privilegiados sacerdotes jóvenes que a veces se zafaban de las redes de los examinadores por medio del dinero y de la influencia familiar.

La cabeza del más alto de ellos se cernió sobre Ché como si fuera otra torre más desde donde lo vigilaban.

—Aquí sólo servimos a las castas más altas —dijo el guardia—. Exponed el motivo de vuestra presencia.

Ché arrugó el ceño.

—Me temo que básicamente es éste...

Los acólitos sólo tuvieron tiempo para poner los ojos como platos antes de que los dos puñales de empuje se hundieran en sus gargantas; se agitaron con convulsiones, con los pies pegados al suelo. Ché extrajo las dos hojas simultáneamente al tiempo que daba un paso lateral para evitar los chorros de sangre cuya dirección y trayectoria conocía de antemano. Bordeó el charco de sangre que se expandía por el suelo escudriñando en derredor en busca de testigos. Cuando devolvió la vista a los guardias, éstos hincaban las rodillas en el suelo de piedra; uno se desplomó de costado con el cuerpo encogido mientras el otro caía de culo y luego se derrumbaba de espaldas contra el suelo.

Ché no sintió nada.

Obró con rapidez a la hora de arrastrar los cuerpos para ocultarlos detrás de la

estatua de una celebridad del Imperio: el archigeneral Mokabi. Ya retirado, descubrió Ché cuando se tomó un momento para examinar la hornacina que la albergaba. Los charcos de sangre podrían delatar lo ocurrido, pero en medio de aquella penumbra eso sólo sucedería si alguien los pisaba por casualidad, de modo que pudo despreocuparse de ellos, ya que la tarea que lo había conducido al templo no le ocuparía demasiado tiempo.

Se agachó envuelto por la oscuridad y se valió de un cuchillo para despojar a uno de los acólitos de su túnica; de ella hizo un fardo que se colocó bajo el brazo.

La escalera norte consistía en una simple serie de peldaños fijados al espigón. Ché subió siete pisos por ella, actuando con naturalidad, como si realmente estuviera en su ambiente, y a ninguna de las personas con las que se cruzó se le ocurrió darle el alto.

Cuando llegó a la séptima planta de la torre, se detuvo ante un rellano que daba paso a una estancia amplia y fastuosa de mármol rosa, con una fuente en el centro rodeada de macetas con plantas. La fragancia embriagadora de los narcóticos del placer que flotaba en la atmósfera de la cámara producía un cosquilleo en la nariz. Tres eunucos con la cabeza afeitada y algo rellenitos estaban arrellanados en el borde de la fuente, ataviados con túnicas holgadas y armados de dagas. De vez en cuando se salpicaban agua unos a otros y lanzaban una mirada fugaz entre risitas tontas a una pareja de sacerdotes sentados en el borde opuesto de la fuente, el uno con el semblante rebotante de entusiasmo, el otro, de profundo aburrimiento. Del otro lado de las oscilantes colgaduras rojas de seda de una puerta en arco más allá de los sacerdotes, con mosaicos con escenas sensuales, llegaba el ruido de risas masculinas y femeninas mezcladas con la música de flautas y el tenue y monótono tamtam de tambores.

Ché, todavía vacilante en el borde del descansillo, echó un vistazo por el hueco de la escalera hacia el piso inferior y se rascó mecánicamente el brazo mientras rumiaba rápidamente sus opciones.

Descendió a la planta de abajo, al parecer vacía, aunque se oían los ronquidos constantes de varias personas.

Ché se sintió atraído por una ventana que arrojaba una luz pálida sobre el espacio penumbroso que se extendía ante él; la abrió hacia dentro y sacó la cabeza a la lluvia.

Miró hacia arriba y comprobó que sus sospechas se cumplían: una fachada de hormigón prácticamente vertical, salpicada de salientes ornamentales demasiado separados entre sí como para trepar por ellos. La siguiente ventana se encontraba cuatro pisos más arriba.

Ché se afanó. Lo primero que hizo fue ponerse unos finísimos guantes de piel, luego extrajo un tarro de arcilla de la bandolera donde guardaba su equipo que llevaba colgada bajo la túnica sacerdotal. El tarro estaba cerrado con un grueso tapón

de cera y tenía una correa atada a un alambre que daba varias vueltas alrededor del cuello del recipiente. Retiró el tapón de cera y el hedor a grasa animal y algas le asaltó las fosas nasales; comprobó con satisfacción que el contenido blanco y cremoso no se había solidificado. Se colgó la correa con el alambre del cuello, de modo que el tarro le quedó colgando a la altura de la cadera, y sacudió el fardo hecho con la túnica que había arrebatado al acólito, para desplegarlo. Empezó a cortar la tela a tiras con un cuchillo que extrajo de la bota. Sólo en una ocasión echó un vistazo atrás para examinar la cámara, y ni siquiera entonces interrumpió su tarea.

Se guardó los jirones de la túnica en un bolsillo, se encaramó al alféizar y se dio la vuelta para quedarse de espaldas a la lluvia. Mantenía un equilibrio preciso, como un funámbulo. Aun así le rondaba la amenaza de una caída al vacío.

Extrajo una tira de tela y la hizo un ovillo, la sumergió en el tarro y fijó la bola empapada en el muro de la fachada, junto al marco de la ventana, donde quedó adherida. Repitió la operación con otras tiras y en total pegó a la fachada seis bolas de tela, todas al alcance de su mano. Cuando terminó con la sexta, la primera bola, situada a menor altura, ya se había secado y se había convertido en un sólido punto de apoyo.

Ché se quitó las botas, las ligó por los cordones y se las echó sobre la nuca. Alargó vacilante una pierna hacia el jirón endurecido y comprobó su resistencia apoyando un pie descalzo. Se mantenía firme.

«Madre del Mundo, protege a los locos», musitó, y apoyó todo el peso de su cuerpo en el escalón de tela. No se atrevió a mirar abajo. Con el gesto torcido, emprendió la escalada.

Pese a su relativa juventud, Ché era un experto en escalada. Había descubierto que poseía una aptitud innata para ella, no sin cierta sorpresa, puesto que nunca había recibido ningún tipo de adiestramiento en la materia.

Eso iba rumiando mientras trepaba por el muro vertical de la torre, bajo la lluvia helada y a varias decenas de metros del suelo. Le temblaban los dedos del esfuerzo y le escocían los ojos por el agua. En su vida nunca le habían concedido la oportunidad de elegir.

Por ejemplo: sus años de infancia.

Ché había sido afortunado en su concepción. Había nacido en el seno de una familia adinerada —el clan de mercaderes Dolcci-Fedda— con almacenes repartidos por los puertos de media costa septentrional. A los trece años llevaba una vida feliz en una próspera zona residencial de las afueras orientales de la ciudad. — Como cualquier chico de su edad, había sido un crío de risa fácil y aventurero, a veces incluso temerario en exceso. Sin embargo, su vida había dado un vuelco dramático cuando se había metido en problemas que él mismo se había buscado, y de la peor

naturaleza, ya que estaba involucrada la hija de una familia de mercaderes rival de su familia. En resumen, Ché había dejado en cinta a su tesoro máspreciado.

Una tarde bochornosa, con negros nubarrones cerniéndose sobre la ciudad, Ché se había visto forzado a presenciar un duelo con aceros entre su padre y el padre de la muchacha, como era costumbre solventar las disputas de honor en Q'os. Aunque ambos salieron heridos del enfrentamiento, sobrevivieron, y sin un muerto el asunto no se zanjaba. Unos días después, una bala de cañón atravesó la pared exterior del dormitorio de Ché. Afortunadamente, él no se encontraba en la habitación en el momento que ocurrió.

El disparo se había realizado con una pieza de artillería instalada de manera furtiva en la azotea de una casa vecina, cuyos ocupantes se habían marchado de veraneo a los viñedos de Exanse. La primera reacción del padre de Ché había sido colérica, pero según se asentaba el polvo por toda la casa su ira fue amainando y cediendo su lugar a la intranquilidad.

Incluso en el ámbito militar la pólvora era el mayor de los lujos y, sin embargo, eso no había bastado para disuadir a sus enemigos. Como tampoco los había amedrentado el sello que Ché llevaba colgado desde que tenía diez años y cuya amenaza inapelable de *vendetta* servía para protegerlo. Ahora quedaba claro que sus enemigos no pararían hasta que se resolviera la disputa.

Ché era hijo único y llegaría un día en el que tomaría las riendas del imperio comercial de la familia. Rápidamente le comunicaron que debía marcharse por su propia seguridad. A su padre no se le ocurría otra manera de mantenerlo a salvo.

A la mañana siguiente, Ché fue conducido clandestinamente, en un carruaje encubierto, hasta la agente local de la orden Roshun. Una vez a salvo en el interior del edificio, con las puertas cerradas con llave, las ventanas con las contraventanas aseguradas ¡y la luz de las lámparas atenuada, su padre ofreció a la agente una pequeña fortuna en oro con el fin de persuadirla para que se llevaran a Ché y lo aceptaran como aprendiz de roshun. En un principio, la mujer se mostró reticente, pero el padre de Ché le suplicó y le rogó, diciéndole que la vida del muchacho estaba en sus manos.

Ché permaneció una semana escondido en el sótano de la agente hasta que finalmente partió. Alguien llegó para recogerlo, un roshun de mediana edad con las mejillas afiladas y unos feroces ojos de color violeta que lo delataban como oriundo de Alto Pash. El hombre gruñó su nombre, Shebec, y poco más habló en días sucesivos. Sin ninguna oportunidad de despedirse de su familia, Ché fue embarcado en secreto en una nave que zarpó en cuanto él subió a bordo. En poco más de una semana se hallaba en Cheem, y desde allí emprendió un viaje extraño y aterrador por el interior montañoso de la isla.

De esa manera, el niño mimado Ché pasó el resto de su adolescencia

formándose para convertirse en un asesino implacable capaz de matar con los medios que tuviera a mano en cada ocasión. Dejó de contar el tiempo por semanas y empezó a hacerlo por meses y después por años, hasta que un día cayó en la cuenta de que no echaba de menos a su familia ni la vida de lujos que había dejado atrás.

Ché siempre había tenido facilidad para absorber las enseñanzas, de modo que progresó a pasos agigantados como aprendiz de asesino. También hizo amigos enseguida y puso mucho cuidado en no granjearse enemigos. A pesar de todo, era un joven incómodo consigo mismo.

Por las noches, acostado en su camastro en el dormitorio que alojaba a todos los aprendices, Ché soñaba los sueños de otra persona.

Soñaba haber vivido una vida completamente distinta, una vida en la que los que creía su madre y su padre no eran sus verdaderos progenitores ni su hogar su hogar real. Aquellos sueños eran tan vividos, tan verosímiles y detallados, que por la mañana se despertaba como si fuera un extraño dentro de su propio cuerpo y pugnaba por discernir lo real de lo inventado. En ocasiones, Ché tenía la sensación —que no confesaba a nadie— de que estaba perdiendo la cabeza.

Según pasaron los años hizo todo lo que pudo para no desmoronarse y mantuvo esos sueños de una existencia alternativa en secreto.

Al cabo, el muchacho dio paso al hombre. Se convirtió en un roshun.

Hasta entonces el día había transcurrido como otro cualquiera, salvo que era la víspera de su vigésimo primer cumpleaños, lo que realmente no significaba nada para él. Su maestro Shebec se había hecho un lío con las fechas, como siempre, y había concluido que su cumpleaños era ese día, así que, con cierto alboroto, había preparado un pastel de miel relleno de nueces. Luego se habían sentado juntos y habían bebido un poco de vino. Ché no tuvo el valor de corregir la equivocación en la que había incurrido su maestro. Cuando se retiró a su dormitorio, lo embargaba una creciente e indefinible sensación de desasosiego.

Esa noche, por primera vez desde su llegada al monasterio, Ché no soñó nada. Durmió profundamente, sin balbucear en la oscuridad, y cuando despertó la mañana de su verdadero cumpleaños, descubrió con sorpresa que ya no era él.

De repente, como si estuviera asomado a una ventana contemplando un paisaje que siempre hubiera estado allí pero que nunca había reconocido, supo la verdad de su vida, y en la intimidad de su pequeña y ordenada celda, con la primera luz del día colándose por los resquicios de las contraventanas, Ché empezó a temblar, las risas y el llanto amargos se confundían, provocados por una mezcla de alivio, desesperación y el recuerdo de todo lo que había perdido.

No se despidió de su maestro. Reprimió el impulso de buscar a Shebec y ofrecerle una mínima despedida, por sutil que fuera, una sonrisa quizá. Temía que él advirtiera

sus intenciones. Cruzó las puertas del monasterio mientras el resto de la orden poco a poco despertaba a un nuevo día, dejando atrás todas sus pertenencias a excepción de una mochila de viaje cargada con alimentos secos.

No descendió hasta el fondo del valle, sino que enfiló a través de él en dirección a una montaña escarpada y de laderas grises que los roshuns llamaban el Anciano, y que se erguía sobre la falda escabrosa de un valle atravesado por un torrente de aguas rápidas. A la luz tenue del amanecer, Ché inició el ascenso de las pronunciadas pendientes de esquisto del Anciano. Sabía dónde se escondía el punto de observación del centinela roshun que vigilaba el camino, y se aseguró de seguir un sendero que pasaba por detrás de él. Cuando llegó a la cima, volvió la vista atrás hacia el monasterio de Sato, con el corazón hecho un lío.

Luego emprendió el descenso por la otra vertiente.

Tendría que atravesar muchos pasos montañosos en los días venideros. Siguió el rastro de las cabras monteses, abriéndose paso por senderos que se extendían por el filo de barrancos escarpados y profundos. En todo momento, Ché buscaba rutas que lo condujeran gradualmente hacia abajo y caminaba serpenteando por las montañas con la resolución del agua que busca su camino hasta el mar, y con su paso inquebrantable fue alejándose del corazón de la cordillera que se levantaba a su espalda.

Por fin dejó atrás las estribaciones y alcanzó la costa, hambriento y con la ropa hecha jirones, cuando se cumplían doce días desde que había partido de Sato. Compró comida a los colonos que se cruzaba esporádicamente y una mula en la primera ciudad portuaria a la que llegó, sobre cuyo lomo acometió el viaje por la carretera de la costa hasta Puerto Cheem.

Desde allí se embarcó en un raudo balandro que iba directo a Q'os.

Ya no regresó jamás.

Ahora, a una altura de muchos pisos, tres años después, Ché estaba colgado de la fachada de la torre a un dedo de una ventana abierta. Si por casualidad hubiera echado un vistazo abajo en ese preciso momento, habría visto una serie menguante de jirones solidificados que descendían en espiral por la superficie curvilínea de la fachada de la torre, pues no sólo había trepado en vertical sino también alrededor del edificio, fijando nuevos asideros y puntos de apoyo sobre la marcha. Sin embargo, Ché no bajó la vista.

Los sonidos del juego amatorio se precipitaban por el alféizar de la ventana abierta; eran ruiditos ahogados e imprudentes, y Ché aguardó sin pensar en nada a que acabaran. La espera no rué larga.

Un vistazo audaz al interior de la cámara le permitió ver un trasero masculino, rechoncho, pálido y poroso antes de que lo | cubrieran apresuradamente con una

túnica.

—Tenéis mi gratitud —musitó el obeso sacerdote, dirigiéndose a la mujer que yacía desnuda y despatarrada en el lecho desbaratado, antes de marcharse apresuradamente sin volver la vista atrás.

Ché no consiguió ver el rostro de la mujer, pero había algo en ella que inconscientemente lo estremeció y lo puso en alerta. Esperó fuera del alcance de su vista y oyó el roce de la seda cuando la mujer también se puso encima algo de ropa.

Ché afirmó el alambre para agarrotar entre los dientes y, venciendo la oposición de su cuerpo, saltó dentro.

Ya estaba en el interior de la habitación, tensando el alambre que asía en las manos, cuando la mujer se dio la vuelta y se llevó una mano a la boca, como para sofocar un grito.

Ché exhaló un suspiro, se dejó caer de espaldas contra el alféizar y lanzó el alambre sobre su regazo. La mujer bajó la mano.

—¿Es que no puedes usar la puerta como todo el mundo? —inquirió la mujer, haciendo un mohín.

—Hola, madre.

La mujer se puso a arreglar la habitación. Retiró la sábana de la cama y pulverizó en el aire una nube de un perfume empalagoso que olía a loto salvaje y raspaba la garganta. Por fin se interrumpió y se volvió de nuevo a él, con un gesto ceñudo que estropeaba sus hermosas facciones.

—¿Has venido a matarme? —inquirió, haciendo un gesto hacia el alambre para agarrotar.

—Claro que no —rezongó Ché—. Tenía instrucciones de simular un asalto y regresar al templo inmediatamente.

—De modo que estás aquí de prácticas. ¡Pero bueno! ¿Qué les habrá dado a esos para enviarte detrás de tu propia madre?

Ché mantuvo una apariencia de calma, como siempre, si bien en su interior empezaba a bullir una ira silenciosa.

—No lo sé —respondió—. ¿Tú no ocupas normalmente la planta encima de ésta?

—¡Ah! —dijo en apenas un susurro, como comprendiendo de repente la verdad de la afirmación—. Sí, claro. Me han trasladado aquí esta misma mañana.

Su madre se acercó y Ché advirtió el olor residual a almizcle. Le sonrió, casi de una manera seductora: la única sonrisa que parecía conocer.

—Me pregunto —musitó— qué habrías hecho si te hubieran ordenado que estrangularas a tu madre.

Ché frunció el ceño y escondió el alambre entre los pliegues de su túnica, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Y yo me pregunto si habrías disfrutado tanto haciendo el amor sabiendo que tu

único hijo estaba colgado de la ventana.

La mujer desvió la mirada al oír la observación de Ché, ciñéndose la túnica vaporosa al cuerpo.

—En ese caso no deberías provocarme —añadió Ché, dirigiéndose a la espalda rígida de su madre.

Ella cruzó la habitación hasta una mesa, vertió el agua de una jarra en un vaso de cristal, en cuya superficie quedaron flotando varias tiritas de peladura de naranja.

Su madre —aunque a Ché todavía le costaba utilizar ese término para referirse a ella— seguía siendo una mujer bella a pesar de la edad. Calculó que debía de tener cuarenta y un años, pese a que solía mentir sobre ese punto. Sin embargo, no tenía nada que ver con la mujer que aparecía como su madre en sus recuerdos de infancia, cuando vivían en el complejo residencial más exclusivo de Q'os, despreocupados del resto del mundo.

De hecho, esa madre de su infancia nunca había existido. Ni había tenido esa vida.

Lo que Ché había descubierto de repente, en el monasterio, la mañana de su vigésimo primer cumpleaños era lo siguiente: todos y cada uno de los recuerdos que conservaba de su vida anterior al exilio en Cheem eran falsos, habían sido implantados en su mente con la intención de que el joven Ché los tomara por reales.

Al despertarse aquella mañana, Ché lo había visto con total nitidez; también que su mente había sido programada de alguna manera para que le revelara la verdad en su vigésimo primer cumpleaños. Como una marea imparable sus auténticos recuerdos habían sepultado los anteriores cimientos de su vida y los había arrastrado como a unos restos flotantes inservibles. Ché había descubierto repentinamente que no era el descendiente de una acaudalada familia de mercaderes, sino un hijo bastardo de padre desconocido y cuya verdadera madre era una devota de Sentiante, tina de las innumerables sectas del amor que proliferaban al abrigo de la orden manniana y en cuyo seno Ché había sido criado para convertirse en un acólito; era un sacerdote en ciernes.

Anegado por la marea de recuerdos, Ché había tenido que bregar para mantenerse a flote, sin aliento, aferrado a una única resolución: abandonar Cheem y regresar a Q'os.

No había conocido los detalles de lo que habían hecho con él hasta que llegó a la capital. El Imperio lo había utilizado para sus propios propósitos. Según parecía, en el Imperio temía a los roshuns, así que habían juzgado prudente enviar a uno de sus novicios para que se formara como uno de esos herméticos asesinos, con la esperanza de recabar información sobre ellos, no sólo en lo referente a sus costumbres y métodos, sino algo que sería más importante aún en el caso de que tuvieran que combatirlos: su ubicación exacta.

Ché desconocía qué proceso de selección habían seguido para escogerlo precisamente a él. Quizá había sido algo totalmente aleatorio, o tal vez había demostrado alguna aptitud especial para la misión. Habían sometido a su yo de trece años a un intensivo régimen de manipulación mental que se había prolongado durante doce lunas y que había consistido en atiborrarlo de drogas mientras le hablaban con la intención de limpiar y reordenar su cerebro adolescente, de inhibir recuerdos cruciales e implantar y reafirmar otros.

Por supuesto, Ché se había quedado estupefacto al enterarse de todo esto. Todavía no había tenido tiempo para aclimatarse de nuevo a la ciudad —mucho menos para solventar la incertidumbre de su identidad—, cuando los reguladores imperiales lo sometieron durante toda una luna a un interrogatorio en el que utilizaron drogas de la verdad e hipnosis para sonsacarle hasta el más mínimo detalle. Satisfechos con la información que le extrajeron, ordenaron que le cortaran la punta de los dedos meñiques como parte del proceso de su iniciación en Mann y le hicieron saber lo encantados que estarían si decidía proseguir con su vocación como asesino, no como roshun, por supuesto, sino como uno de los suyos.

No le habían dejado elección.

—¿Quieres agua? —inquirió su madre, cruzando la habitación con el vaso en la mano.

Ché lo aceptó. Se bebió el agua de un trago y durante unos segundos permaneció sentado, sin moverse, saboreando el regusto del agua en la boca.

Sin embargo, en los momentos de quietud la esencia humana siempre nos importuna.

«Tengo que averiguar por qué me han enviado aquí para simular el asesinato de mi propia madre. ¡Por la dulce Eres! Pero vaya bruja cabeza hueca. Su devoción por ellos la hace creer que sólo están jugando con nosotros.»

Por un segundo deseó agarrarla por su talle esbelto y darle bofetadas para que despertara de todo aquello, de las vidas que ambos estaban viviendo. Por el contrario se aclaró la garganta y le preguntó:

—¿Cómo estás?

—¿Mmm? ¡Ah! Bien, gracias. —Se había sentado frente al espejo del tocador y estaba desenredándose los mechones rizados y dorados con un peine de finas cerdas hechas de hueso. Su cabellera era un lujo que le permitía su vocación como seguidora de Sentiata. Se interrumpió para contemplarse en el espejo—. En serio, estoy bien. Ha sido una buena temporada, con todo lo del festival y eso. —El peine se atoró con un nudo resistente y su madre separó un mechón de pelo y pasó el peine delicadamente para cardarlo—. ¡Me siento fenomenal! Como si fuera una jovencita otra vez. Me he convertido en el objeto del deseo de uno de los sumos sacerdotes de Sasheen. ¡Yo! ¿Te lo puedes creer?

—Sí, creo que he visto su culo hace un momento.

—¿Te refieres a Rainee? Oh, no, querido, ni por asomo. No. Él sólo es uno de mis visitantes habituales. Farando está hecho de un molde totalmente diferente. Lo cierto es que es un poco feo, pero es fuerte, poderoso, está bien posicionado y me agasaja con regalos y bonitas veladas por la ciudad. No podría pedir más... ¿Y tú?—inquirió, volviéndose a su hijo—. ¿Cómo estás?

Ché estaba rascándose el codo, y no de una manera distraída, sino con enjundia.

—Estoy bien —respondió. Y añadió para sus adentros: «Se ha olvidado de mi cumpleaños.»

—Tu piel tiene hoy mejor aspecto. ¿Te va bien la pomada?

Sí, le había dado otro ungüento para que probara, con la esperanza de que le calmara los sarpullidos escamosos que siempre lo habían acosado. Se encogió de hombros: un gesto medido, calculado, como todos sus movimientos.

—Ojalá recordara lo que te ponía cuando eras niño. —Sacudió la cabeza—. Lo he olvidado por completo. ¿Crees que estoy haciéndome vieja? ¿Mmm? —Examinó su reflejo en el espejo—. ¿Acaso mi rostro ha empezado a marchitarse... junto con mi memoria?

—Ya eres mayorcita para estos melodramas, sólo te diré eso. Me alegro de que estés bien, madre, pero ahora tengo que irme.

—¿Tan pronto?

—Están cronometrando el ejercicio. Y debo averiguar de qué va todo esto.

Ché se encaramó al alféizar de la ventana y se volvió para hacer una última observación:

—Hay algo raro en todo esto. Ten cuidado.

Cuando su madre abrió la boca para decirle unas palabras de despedida, Ché ya no estaba, y pronunció un simple «Oh». Se volvió hacia su reflejo, tarareando entre dientes mientras se peinaba los tirabuzones dorados, intentando no prestar atención a los crujidos rítmicos de la cama situada en el piso superior, justo encima de su cabeza.

—¿Has cumplido con la simulación del asalto según lo dispuesto?

—Sí —respondió Ché.

—Excelente. ¿Ha habido daños colaterales?

—Dos acólitos. Su muerte fue... necesaria.

—¿Dos? ¿No había algún medio de eludirlos?

—Me habría llevado más tiempo. Opté por el camino más corto.

—Siempre lo haces. Debe de ser el roshun que llevas dentro. Y dime, ¿cómo está tu madre?

Ché desvió un milímetro la mirada del panel de madera que tenía enfrente. Estaba

sentado en una hornacina, en una cámara oscura en algún lugar del intrincado laberinto de las plantas inferiores del Templo de los Suspiros. La hornacina estaba recubierta de paneles barnizados de madera de teca; en su parte posterior, a la altura de la cabeza de una persona sentada, había una pequeña celosía con los huecos del enrejado sumidos en penumbra, de modo que no pudiera saberse quiénes y qué había al otro lado. Si bien a través de la celosía llegaba un aire fresco y aromatizado, la ausencia de ruidos sugería que el espacio era reducido y privado.

—Mi madre parecía estar bastante bien —respondió en un tono cansino al interrogador invisible.

—Me alegro. Es una buena mujer.

Aquella voz tenía un timbre irritante y estridente, y daba la impresión de que su interlocutor se hallaba permanentemente al borde de un ataque de histeria. Ché conocía cuatro voces a través de la celosía y recibía instrucciones de las cuatro, aunque no tenía ni idea de a quién pertenecían. Ni tampoco, por cierto, quiénes eran sus colegas asesinos, pues todos eran adiestrados por separado y casi nunca se les permitía encontrarse.

Ché se inclinó hacia la rejilla a la espera de que le dijeran algo más.

—¿No tienes ninguna pregunta para mí, Ché? Como, por ejemplo, ¿por qué te enviamos allí hoy?

—¿Me respondería?

Sonó un leve chasquido de lengua.

—No. Pero conozco a alguien que lo hará, a su modo, con unos cuantos circunloquios. Le gustaría hablar contigo ahora, joven diplomático.

—¿A quién se refiere? —mantuvo la voz firme, aunque en su interior su corazón se había disparado.

—Dirígete a la Cámara de las Tormentas inmediatamente. Está esperándote allí.

Ché iba montado en la ruidosa cabina del elevador flanqueado por dos acólitos enmascarados que aferraban sus dagas desenvainadas, embadurnadas en veneno, adivinó él, pues era inconfundible el olor que impregnaba aquel espacio cerrado. El cubículo crujió y arrancó de una manera alarmante cuando el contrapeso del mecanismo se puso en movimiento e inició su lenta ascensión hacia la última planta de la torre. Cuando se detuvo, con una sacudida que hizo tambalearse a sus tres ocupantes, otro centinela que esperaba arriba abrió las puertas.

Las cámaras allí arriba eran amplias, pero carecían de ventanas, y sus pisadas retumbaron según avanzaba bajo los techos bajos adornados con rostros de yeso que expresaban todas las emociones concebibles. El suelo resplandeciente era de madera pulimentada y estaba cubierto con pieles de animales exóticos que, todavía con sus cabezas feroces, proferían gruñidos mudos a quienes se les acercaban. El mobiliario,

aunque escaso, destilaba un lujo primoroso y presentaba un magnífico acabado. El aire estaba cargado y la iluminación era débil.

Había acólitos apostados a las escasas puertas cerradas; desde el otro lado de ellas llegaban voces, lejanas y amortiguadas. Por todas partes flotaban nubes de humo, impregnadas del hedor de los narcóticos, que parecían congregarse alrededor de las esferas de luz de las lámparas de gas dispuestas a lo largo de los paneles que revestían las paredes.

La puerta de la Cámara de las Tormentas estaba precedida por un tramo ancho de escalinata de mármol con vetas de color rosa. En los extremos de cada escalón había un acólito con la hoja de acero desenfundada y posada con ceremonia sobre la parte interior del codo. En este punto, la pareja de escoltas de Ché se detuvo y le indicaron que continuara solo. Ché obedeció y subió la escalinata.

A pesar de sus máscaras, Ché advirtió que los guardias tenían los ojos vidriosos, como quien ha consumido narcóticos. Se mantenían inmóviles como estatuas, con una respiración tan superficial que no se percibía cómo se hinchaban sus pechos. Rezumaban aburrimiento por todos sus poros.

En la parte superior de la escalinata, una enorme puerta de hierro fundido le bloqueaba el paso. Una guardia apostada allí se dio la vuelta y la aporreó con un puño enguantado. Tras una breve dilación, la pesada puerta chirrió y se abrió hacia dentro. Una oleada de sonidos emergió de sopetón de la cámara: un gorjeo de pájaros, el rumor de una cascada, música y risas. Un sacerdote anciano apareció en la puerta e hizo una reverencia.

Ché entró, no muy seguro de lo que iba a encontrarse.

Las paredes de la cámara circular eran vidrieras del suelo hasta el techo; los cristales se levantaban ligeramente inclinados hacia dentro, de modo que proporcionaban una vista completa del cielo. Justo en ese momento, al otro lado de los ventanales se extendía el habitual manto de nubes blancas y chubascos de principios de otoño, y el agua resbalaba por la superficie transparente de cristal.

Ché paseó sus ojos titubeantes en derredor, reparando en todos los detalles de la Cámara de las Tormentas de una sola pasada, pues había sido entrenado para hacerlo así. La verdad era que había esperado encontrarse algo distinto, quizá algo más tenebroso, menos tentador. Más sagrado, en definitiva. Sin embargo, era un espacio diáfano y acogedor. El fuego crepitaba en una chimenea de piedra en el centro mismo de la estancia, bajo una campana metálica que atravesaba el suelo de una planta superior. Se trataba de una simple plataforma a la que se accedía por una escalera y se encontraba dividida por unas delgadas paredes de madera. Habitaciones de reposo, supuso, zonas privadas de relajación de donde todavía llegaba el canto de los pájaros.

A los pies del cálido hogar había varios sillones de felpa orientados hacia un caballete que mostraba un mapa del Imperio. Un grupo de sacerdotes estaba

repantigado en los sillones, con los pies apoyados en reposapiés, bebiendo licores y fumando cigarrillos de hazii, o simplemente conversando entre ellos. Los camareros revoloteaban a su alrededor con fuentes con frutas o marisco, o cuencos con narcóticos; Ché sabía de ellos que les habían cortado la lengua y perforado los tímpanos. En cuanto a los sacerdotes reunidos alrededor del fuego, los reconoció a todos.

Ché era un diplomático, un asesino imperial. Un aspecto importante de sus «negociaciones» guardaba relación con los personajes poderosos e influyentes del Imperio. Era su obligación conocer a esas personas por si llegaba el día en que recibía la orden de matar a alguna de ellas.

La mayoría tenía el rango de general, así que llevaban el rostro limpio de los ornamentos comunes entre los sacerdotes de Mann. La única excepción era una aguja de forma cónica que les perforaba la ceja izquierda a la manera militar; el propio Ché también la llevaba. Su atavío consistía en la discreta túnica ceremonial de la orden de los Acólitos, lo único sencillo que había en esos hombres.

Escudriñó uno a uno sus semblantes. Estaban el archigeneral Sparus, *el Aguilucho*, pequeño, callado y apasionado; no hacía mucho que había regresado de sofocar la insurrección de Lagos, donde había perdido su ojo izquierdo, por lo que ahora lucía en el rostro un parche negro. El general Ricktus, quien tenía el rostro y las manos cubiertos de quemaduras que daba reparo mirar; el pelo negro, que sólo le nacía en algunas zonas del cuero cabelludo, le caía en mechones sobre las deformes orejas. A su lado estaba el general Romano, todavía joven, casi un adolescente, si bien era el hombre más peligroso de los congregados allí y el que más codiciaba el trono. Y por último, el general Alero, el viejo veterano de las campañas de Ghazni; sólo el archigeneral Mokabi había conquistado más territorios que él para el Imperio; por lo que lamentaba haber abandonado esa labor cuando lo hizo.

Todos esos hombres eran potenciales aspirantes al trono, piezas clave en el sutil pero letal juego de las maniobras políticas que constituía el telón de fondo de todo lo que sucedía dentro de las fronteras del Imperio. Cada uno poseía el control de alguna facción. En términos relativos, el Sacro Imperio de Mann todavía era joven, y había quedado demostrado que cualquiera con la determinación necesaria podía abrirse camino hasta el trono. La matriarca era una prueba viviente de ello.

Había otras tres personas en la cámara. Una era el joven Kirkus, único hijo de la matriarca, repantigado en su sillón y con los ojos entornados por efecto de los narcóticos, si bien, por alguna razón, recuperaban su viveza cuando miraban a Romano. La segunda persona era la abuela de Kirkus y madre de Sasheen, profundamente dormida en su sillón, o al menos eso parecía. En torno a sus pies enfundados en sandalias se paseaba un puñado de lagartos escamosos con cadenas de oro alrededor del cuello. Por último, también se encontraba allí la matriarca Sasheen,

de pie frente al mapa. Sujetaba en la mano una copa con un líquido burbujeante e iba ataviada con un largo y holgado vestido de *chiffon* verde, abierto desde el cuello hasta los tobillos salvo en la cintura, donde un cinturón de la misma tela se lo ceñía al talle, de modo que traslucía toda su desnudez. Según se movía, un atisbo de su vientre flácido, de su vello púbico o el bamboleo de sus senos atraía los ojos, y las miradas se desviaban de su rostro poco agraciado. Tenía los ojos oscuros demasiado juntos y la nariz aguileña demasiado larga; sin embargo, había algo atractivo en aquella mujer. Quizá era la manera que tenía de exhibirse, como si el mundo le perteneciera y pudiera hacer con él lo que le viniera en gana. O tal vez se debía a su sonrisa, que aparecía con frecuencia en sus labios.

—Pero ¿se puede conseguir antes del invierno? —interrogó al viejo Alero, mientras seguía examinando los detalles del mapa.

El general Alero se encogió de hombros en su sillón.

—Sólo si nos ponemos manos a la obra ahora mismo y nos dejamos de discutir los pormenores. —El veterano oficial paseó su mirada evaluadora por los rostros de los generales más jóvenes que lo rodeaban, provocando la interrupción sus debates.

—¿Afirmas entonces que el éxito es posible?

El general escogió con cuidado sus palabras, como se elegirían las monedas de un puñado donde quedaran pocas de verdadero valor.

—Sí, todavía creo que es posible, aunque sólo si nos acompaña un poco la suerte. En el plan hay muchos elementos que pueden fallar y muy poco margen para la improvisación. Si funciona bien, nos conducirá a una victoria rotunda y decisiva. Los Puertos Libres serán nuestros. Si no funciona... —meneó la cabeza—, sufriremos otro Coros.

La lluvia resquebrajaba el silencio que envolvió al grupo. Ché permanecía inmóvil. Con el rabillo del ojo vio una bandada de pájaros radiantes que se elevaba en vertical por el espacio de la cámara. Un criado los seguía silenciosamente, limpiando sus excrementos con un trapo.

—Sigo diciendo que es una locura —espetó de repente Sparus *el Aguilucho*.

La felpa crepitó bajo los cuerpos de los generales, que se revolvieron en sus sillones para encararlo.

—Dos acciones navales por separado contra los Puertos Libres, por no mencionar ya el aspecto más importante del plan, la invasión por mar de Khos... y para entonces el invierno ya se nos echará encima. Eso suponiendo que las fuerzas terrestres alcancen intactas Khos (lo cual es por sí solo una apuesta muy arriesgada), que nuestras maniobras de divertimiento funcionen y que la flota encargada de la invasión no sea interceptada. Incluso entonces, si nuestras campañas por tierra flaquean en algún momento en el campo de batalla, estaremos irremediablemente comprometidos hasta la primavera. De ese modo, los mercianos dispondrán de tiempo para

recuperarse mientras que nuestra Fuerza Expedicionaria se encontrará en una trampa de la que no podrá salir. Eso sería aún peor que Coros. —Miró directamente a la matriarca; su ojo sano echaba chispas—. Sólo añadiré una cosa: si la campaña fracasa, la derrota te arrastrará fuera del trono.

—¿Eso es una amenaza? —inquirió en tono jocoso Romano.

Pero Sparus ignoró el comentario y mantuvo los ojos clavados en Sasheen. Lo que decía era cierto: la orden de Mann denostaba a los líderes que fracasaban en el campo de batalla o revelaban indicios de debilidad, y solía deshacerse de ellos sin demora.

La matriarca se deslizó hasta Sparus. Posó delicadamente una mano de uñas perfectas en el brazo del Aguilucho y regaló una sonrisa fugaz al pequeño general. Luego se volvió a los demás; la brusquedad del movimiento fue suficiente para que se le escapara un seno del vestido vaporoso.

—¿Y bien? —interrogó, mirando con el gesto ceñudo a los generales congregados.

La deforme boca de Ricktus se abrió para hablar.

—Sparus tiene razón —declaró con una voz tan rugosa como su piel calcinada—. El plan es una temeridad, y no creo que estemos tan desesperados como para tener que llevarlo a cabo. Mantengamos el asedio a los Puertos Libres. Si seguimos estrangulando sus rutas comerciales, al final caerán.

—No —repuso la matriarca, con la mano abierta alzada—. Tengo buenas razones para exigir soluciones al problema merciano y todavía siguen vigentes. Ya llevamos diez años estrangulando sus rutas comerciales y aporreando sus puertas. Y sin embargo, los Puertos Libres aguantan. Entretanto, hay otros territorios que se sienten alentados por su desafío. Tenemos que aplastar a esos mercianos, y de una manera definitiva, si queremos evitar dar una imagen de debilidad del Imperio. Por lo tanto, tenemos que hacernos con Khos. Sin ella, el resto de los Puertos Libres se rendirá o simplemente morirá de hambre.

Regresó junto al mapa, que Ché había estado estudiando mientras ella hablaba. Por todo él había líneas trazadas toscamente a lápiz que señalaban los movimientos de las flotas y las acciones terrestres. Distinguió los símbolos de dos flotas que debían invadir las islas occidentales de los Puertos Libres; una recorría todo el archipiélago y la otra se concentraba en Mino. Una tercera flota se mantenía separada de las demás, en el este, y una flecha trazada con fuerza a lápiz la llevaba desde Lagos hasta Khos. La matriarca clavó el dedo en ella.

—El VI Ejército permanece en Lagos por sugerencia de Mokabi. Están en forma tras su reciente intervención para sofocar a los insurrectos. Sería el elemento sorpresa perfecto, y Mokabi lo ve claro; siempre ha tenido un sexto sentido para estas cosas. Podríamos crear la I Fuerza Expedicionaria con el VI Ejército y unidades que haya

dispersas por ahí y embarcarlos en Lagos rumbo a Khos.

—Pero, matriarca —intervino Ricktus con su voz rasposa—, aunque consiguiéramos atraer a la flota oriental con nuestras dos campañas de divertimento en el oeste, las escuadras mercianas que defienden los convoyes que realizan la ruta de Zanzahar seguirían activas en la región. Nuestras naves fondeadas en Lagos son buques mercantes y de transporte, salvo las dos escuadras de buques de guerra. La flota con las fuerzas expedicionarias prácticamente carecerá de protección, tal como Sparus ya ha apuntado. Bastaría un puñado de escuadras para enviar todas nuestras tropas al fondo del Midéres.

El joven Romano, con una sonrisa en las comisuras de los labios, se incorporó, como si fuera a dar un salto, en el borde de su sillón.

—Sin embargo, no hay que olvidar que nuestras flotas de divertimento serán de unas dimensiones jamás vistas en lo que llevamos de guerra. Mercia tendrá problemas para igualarnos en número aun congregando todos los efectivos de su armada. Se verán obligados a trasladar su flota oriental para defender el flanco occidental.

—Y habló el experto en tácticas navales —comentó inopinadamente Kirkus, con los ojos clavados en Romano, que le respondió con una mirada fulminante.

—La flota con el ejército expedicionario no se detendrá para una batalla en alta mar, caballeros —declaró Sasheen—. Atravesará directamente cualquier escuadra que se cruce en su camino y los buques de guerra se sacrificarán, dado el caso, para que los navíos de transporte no se vean involucrados en una refriega. El objetivo último es que el ejército alcance la costa.

—Mokabi estará encantado de planificar campañas fabulosas y osadas sobre un pergamino —interpuso Sparus—, sentado en su villa de Palermo, como si todavía fuera el archigeneral. Llevarlo a buen término es una cosa completamente distinta.

—Ha accedido a regresar de su retiro si cuenta con nuestra aprobación —informó Sasheen.

—Sí, para ponerse a la cabeza de su estimadísimo IV Ejército acampado con toda tranquilidad y fuera del alcance del fuego enemigo frente a las murallas de Bar-Khos. Si la fuerza expedicionaria toma la ciudad desde detrás, sólo tendrá que esperar a que les abran las puertas para cruzarlas en un desfile triunfal. Si no, siempre puede culpar a otro por el fracaso y garantizarse un regreso seguro a su antigua posición.

—Mokabi está comprometido con esta acción —protestó Alero, un viejo camarada del general ausente—. Arriesgará el pellejo como todos nosotros.

—Ya, bueno. Se dice que no se ha ofrecido voluntario para liderar la fuerza expedicionaria. Y entiendo sus razones para no querer hacerlo, las haya expresado o no. Yo tampoco querría encabezar una campaña tan insensata.

Sasheen apuró su copa y la arrojó a un camarero que pasaba junto a ella.

—Es una pena, Sparus, pues esperaba que quisieras acompañarme.

—¿Matriarca?

—Yo misma iré con la fuerza expedicionaria.

La sorpresa se extendió por toda la reunión. Ché se atragantó; permanecía en un segundo plano, completamente ignorado.

—Como habéis señalado con gran acierto —continuó Sasheen, cuya mirada saltó fugazmente de Romano al obeso Alero y viceversa—, Mi trono depende del éxito de esta empresa. Por lo tanto, es conveniente que yo esté allí... empuñando una lanza, por así decirlo.

—Eso es una locura, matriarca. No podéis arriesgar vuestra vida de ese modo.

—Toda vida es una aventura sembrada de riesgos, Sparus. Y tú vendrás conmigo, si es que realmente deseas que tu matriarca salga de una pieza de esta campaña.

Romano se regocijó de la situación hasta el precioso momento elegido por Sasheen para brindarle una sonrisa.

—Y tú también, Romano. Sparus liderará la fuerza expedicionaria y tú serás su segundo al mando. —El joven general se hundió de pronto en el sillón, lo que provocó que la ceniza de su cigarrillo de hazii se precipitara sobre su regazo—. Alero, Ricktus, cada uno de vosotros se pondrá al frente de una flota de divertimento. Deberéis hacer todo el ruido que podáis allí abajo, ya que necesitaremos espacio para zafarnos de las escuadras enemigas. Así lo haremos.

Entonces, el joven Kirkus se inclinó hacia delante, con los ojos brillantes.

—¿Y yo, madre...? A mí también me gustaría acompañarte.

—Sin embargo, no lo harás —respondió con firmeza Sasheen—,

Tú tienes que quedarte aquí, en el templo, hasta que hayamos solucionado ese otro problema.

En ese momento miró a Ché por primera vez. El diplomático se puso firme y le sostuvo la mirada.

—Pero ¿quién sabe el tiempo que llevará? —refunfuñó Kirkus.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes, mi buen hijo, cuando te hallabas inmerso en la Hecatombe Selectiva y alardeando de los privilegios de tu posición.

La respuesta huraña del muchacho quedó sofocada por un repentino y estruendoso graznido procedente de un lado de la cámara. Todas las cabezas se volvieron hacia allí, incluida la de Ché. El esperaba encontrarse con un kemir domesticado, quizá, agachado en el suelo y desgarrando un trozo de carne. Sin embargo, el origen del ruido era Kira, la abuela de Kirkus, que seguía con los ojos completamente cerrados.

—El muchacho hizo lo correcto —señaló con la voz rasposa la anciana sacerdotisa—. Actuó puntualmente de acuerdo con los preceptos de Mann. No lo reprendas por ello, hija.

La matriarca soltó un largo resoplido.

—Puede que así sea —repuso—, pero de momento no pondrá un pie fuera de este templo bajo ningún concepto. —Cortó el aire con una mano abierta, atajando toda intención de protesta de Kirkus. Le fastidiaba que aquella discusión se llevara a cabo en público, e incluso Kirkus sabía que debía mantener la boca cerrada, aunque por dentro le hervía la sangre—. Ahora —continuó Sasheen—, si me disculpáis...

La matriarca abandonó la reunión y, con toda la intención del mundo, pasó a trancos por delante de Ché.

—Sígueme —espetó cuando ya lo había rebasado.

Ché siguió la estela de su perfume hasta los ventanales, cruzaron unas puertas correderas también de cristal y salieron a la terraza que circunvalaba la torre, con el filo interior poblado de tiestos con plantas que se peleaban con el viento. Sasheen deslizó las puertas para cerrarlas. La lluvia les roció los rostros, fría como las rachas de viento que la arrastraban.

—Estarás preguntándote por qué te he permitido asistir a las deliberaciones del Consejo de las Tormentas.

—No, Santa Matriarca —mintió Ché, siguiendo su instinto.

Sabía que no le convenía reconocer abiertamente la sospecha de una falta de confianza por parte de sus superiores hacia él.

Eso podría indicar un rasgo de culpabilidad en su mentalidad, una condición peligrosa en una orden donde la traición era casi una doctrina.

Sasheen escrutó su rostro tratando de desentrañar la sinceridad de su respuesta.

—Bien —dijo al fin—. Tus maestros son unánimes en cuanto a tu lealtad. Puede que incluso no se equivoquen.

Ché inclinó la cabeza a modo de reverencia, pero no dijo nada.

—Pero al menos te preguntarás por qué he pedido que vinieras, ¿verdad?

—Sí, matriarca —respondió, todavía con la cabeza agachada, y esta vez diciendo la verdad.

—Entonces no me andaré con rodeos. —Hizo un gesto con la barbilla hacia la Cámara de las Tormentas—, Mi hijo Kirkus, ese jovencito que ves allí, ha matado a una persona que portaba un sello.

Finalmente, Ché enderezó la cabeza para encarar a la matriarca. Como casi todo el mundo, Sasheen era más alta que él.

—En un alarde de su sapiencia, mi madre no hizo nada para impedírselo. Siempre ha considerado a los roshuns una amenaza insignificante para Mann. Yo, en cambio, tengo mis dudas.

Su vestido se abría inflado por las ráfagas de viento y las gotas de lluvia se deslizaban entre sus pechos y por su vientre y se perdían en el vello ralo de su pelvis.

—Hace algunos días interceptamos a tres roshuns que intentaban acercarse a mi

hijo. Atrapar a dos de ellos fue una mera distracción, pero el tercero estuvo cerca del éxito... aunque lo acorralamos a tiempo. He oído que él mismo se quitó la vida. Da igual, enviarán más.

—Entiendo —masculló Ché. Se le había acelerado el corazón. Notaba la sangre palpitando en las yemas de los dedos de sus manos y pies.

—¿En serio?

—Sí. Sabed que fui entrenado como un roshun, como un futuro agente preventivo para situaciones como ésta.

—Entonces ya sabes por qué te he llamado.

Ché sintió la necesidad de rascarse el cuello, pero reprimió el impulso. Levantó la cabeza hacia la lluvia y le escocieron los ojos con el agua, pero eso al menos le ayudó a aplacar los picores.

—Queréis que os conduzca al refugio de la orden Roshun para acabar con ellos antes de que ellos maten a vuestro hijo —repuso Ché; sus palabras fluían arrastradas por el viento.

—Exacto —respondió la matriarca, y Ché advirtió una sonrisa en su voz—. En estos momentos una compañía con mis mejores comandos está preparándose a la espera de tu llegada. Los llevarás a Cheem y utilizaréis esa planta que, según he oído, os guía hasta su monasterio.

—¿Están preparados para seguir a través de las montañas a un guía sumido en el delirio?

—Ellos ya saben de los conocimientos que tienes enterrados en la mente. Y están preparados para hacer cualquier cosa. Cuando encontréis el monasterio, matarán a toda alma viviente y lo reducirán a cenizas. Nadie sobrevivirá.

Ché exhaló un breve suspiro, intentando poner la mente en blanco.

La matriarca entrecerró los ojos y se inclinó hacia él.

—¿Acaso esta misión os inquieta?

—En absoluto.

—¿No será quizá que todavía perviven residuos de lealtad a tus amigos roshuns?

«¡Ah! Ahora todo empieza a cobrar sentido.»

—Santa Matriarca, sólo soy leal a Mann.

Sasheen sondeó las profundidades de sus ojos. Ché se dio cuenta entonces de que estaba rascándose el brazo, si bien no se atrevió a parar por temor a que su gesto pudiera revelar algo de sí.

La matriarca se enderezó de nuevo; su cabeza se alzaba por encima de Ché.

—Entiendo. Y, dime, ¿tu madre y tú estáis muy unidos?

Ché dejó de rascarse abruptamente. Se limpió las gotas de lluvia resplandecientes del rostro para ganar algo de tiempo.

—No demasiado. No. Estuvimos separados durante ocho años, el tiempo que pasé

en Cheem formándome con los roshuns.

—A pesar de ello, he oído que te tiene mucho cariño.

—Entonces sabéis más que yo.

—Por supuesto que sé más que tú. Después de todo, soy la Santa Matriarca. —
Sonrió—. Pero también soy madre —añadió en un tono más sincero—. Puedes estar seguro de que siente devoción por su único hijo.

Sasheen echó un vistazo al interior de la cámara, en dirección a su vástago. Cuando se volvió de nuevo a Ché, su mirada se había endurecido y había perdido cualquier atisbo de buen humor.

—Yo de ti cuidaré vuestra relación. Los lazos entre una madre y un hijo son un tesoro en este mundo. En ocasiones, nuestra lealtad es lo único que puede conservarlos.

Su amenaza apenas velada lo empujó a desviar la mirada. Se volvió hacia las plantas que crecían en las macetas dispuestas a lo largo del filo interior de la terraza, cuyas hojas azotaban ruidosamente los cristales de los ventanales, y fijó los ojos en ellas.

Sasheen siguió su mirada y alargó una mano sacudida por el viento. Acarició una hoja de uno de los ejemplares empapados, con brusquedad, como si fuera un animal doméstico.

—Entonces, ¿tenemos un acuerdo tú y yo?

Ché asintió inclinando la cabeza, con un nudo en la garganta.

—Perfecto. En ese caso no nos demoremos. Vuelve junto a tus maestros. Ya tendrán un informe completo listo para entregarte.

Ché la observó a través de las pestañas mientras ella daba media vuelta y abría las puertas.

Antes de completar el primer paso, Sasheen se volvió de nuevo hacia Ché y posó en él una mirada lánguida.

—Y, diplomático...

—¿Sí, matriarca?

—No vuelvas a mentirme.

Capítulo 20

Impresiones de Q'os

Lo último que nadie esperaba oír durante el ajetreo del desembarco era el disparo de un rifle. Cuando el estruendo estalló sobre sus cabezas, se hizo el silencio entre los pasajeros, que salieron a toda prisa hacia la barandilla de babor del raudo baladro *Madre Rosa*, como si de repente la cubierta de la nave hubiera dado un bandazo impelido por la tempestad.

La gente se apretujaba y se asomaba por encima de los hombros de las filas delanteras para conseguir una mejor vista de las aguas turbulentas del puerto. Junto al casco, una figura chapoteaba con la desalentadora determinación de alguien a punto de ahogarse.

—Hay un hombre en el agua —observó Nico, apoyado en la barandilla. Echó un vistazo hacia el muelle, donde vio la columna de humo que todavía despedía la boca del cañón de un rifle afirmado en las manos de un soldado con una coraza blanca.

—Sí —repuso Ash—, Ya lo veo.

Otro soldado llegó a la carrera hasta el tirador, que ya abría el arma para reemplazar el cartucho disparado. El recién llegado asía una ballesta, y todavía estaba cargándola cuando su compañero volvió a enderezar el rifle.

Nico vio la erupción de agua antes de oír el segundo disparo, al lado mismo de la cabeza del nadador, aunque el interesado no pareció enterarse.

—¿Qué hace? —preguntó Nico, fascinado.

—Es un esclavo —le explicó Ash—, En Q'os hay más esclavos que ciudadanos libres... casi un millón, dicen. Da la impresión de que ése pretendía escapar de la isla como polizón en un barco.

—Bueno, si ésa era su intención, lo ha hecho bastante mal.

Ash escrutó unos instantes a su joven aprendiz.

—Quizá deberías saltar por la borda y enseñarle cómo se hace.

Otro disparo. Nico buscó sin éxito la erupción de agua que señalara el lugar del impacto, hasta que su mirada se cruzó con el fugitivo, cuyo cuerpo giró lentamente en el agua rodeado por una mancha de sangre que manaba de su cabeza y quedó flotando a la deriva, con la cabeza completamente sumergida.

—¡Lo han matado! —exclamó Nico.

—Eso pretendían.

—Ya, pero...

—Se la jugó. No tuvo suerte —repuso con voz queda su maestro, y tirándole de la

manga añadió—: Venga. Desembarquemos antes de que el resto del pasaje se canse de mirar el cadáver.

Descendieron al muelle cargados con sus pesadas mochilas a la espalda. Nico caminaba tambaleante, algo aturdido.

Habían partido de Cheem hacía ocho días, y cuando el barco ya se acercaba al Primer Puerto de la enorme isla—ciudad, Nico se había quedado atónito contemplando la línea del horizonte de la metrópoli. Q'os era la ciudad más grande del orbe conocido, con más habitantes incluso que la ancestral Zanzahar, en el otro extremo del Midéres. Nunca antes Nico había visto edificios tan altos; sus moles se elevaban por el cielo con la misma densidad que la maleza del bosque, y sus legiones de ventanas aparecían oscuras a la luz débil del sol. Entre ellos, todavía más apretujados en el corazón de la ciudad, destacaban las agujas de las torres puntiagudas de los templos, que parecían perforar el vientre de las nubes bajas. Costaba creer que fuera físicamente posible lo que veían sus ojos, ni siquiera aceptando las explicaciones de Ash sobre estructuras de acero y una extraña forma de piedra líquida. Tampoco era capaz de asimilar las figuras que surcaban el aire entre los edificios: personas suspendidas de alas artificiales, le había dicho Ash con el semblante serio. Pero entonces, en aquel paisaje insólito al que la proa cabeceante de su barco se acercaba lentamente, nada de todo eso le había parecido posible.

Ahora, con un hombre muerto en el agua y un perro que chapoteaba arrastrando su cadáver apesado entre los dientes; con centenares de personas rezongando entremezcladas en el caos del muelle de un puerto que sólo era uno más de los muchos que había en la isla de Q'os, Nico se preguntó qué demonios estaba haciendo allí.

Se sentía como una hormiga en medio del ajeteo de las multitudes. Los edificios se erguían detrás de las hileras de almacenes que formaban la fachada oriental del puerto. En la distancia, montones de chimeneas arrojaban sus bocanadas de humo negro al cielo. Guiado por la mano de Ash posada en su hombro, Nico avanzó sin la más remota idea de adonde se dirigía. Pasaron por delante de un grupo de soldados repantigados sobre unas cajas cubiertas por una lona y avanzaron hacia una vasta construcción sin paredes, donde entraron. El espacio era amplio y con el techo alto e inclinado de cristal tiznado y vigas metálicas. El bullicio era tremendo, demasiado estruendo como para que maestro y aprendiz pudieran hablar. Nico lo observaba todo con los ojos como platos y en silencio cuando tuvo que detenerse ante un mostrador alto que le cortaba el paso.

—¡Siguiente! —bramó un oficial aburrido desde el otro lado del mostrador, agitando un brazo que apoyaba sobre la codera acolchada de su túnica blanca.

En la otra mano asía un trozo de tela, y cuando Ash se adelantó hasta el mostrador, el oficial procedió a sonarse la nariz enrojecida con él. El mostrador era

tan alto que el oficial tenía que mirarlos con la cabeza inclinada.

—¿Algo que declarar? —interrogó al sacerdote con voz nasal.

—No. Soy instructor de esgrima —respondió Ash, utilizando un tono afable y atento, mientras se pasaba la mano por la pesada túnica que llevaba bajo la capa para alisarse las arrugas producidas por el viaje—. Vengo para incorporarme como profesor a la academia de Ul Sun Juan, y éste es mi aprendiz.

Nico forzó una sonrisa para confirmar la declaración de su maestro.

—Vale, vale... —repuso finalmente el oficial. Su aspecto era el de quien sólo tiene en mente su cama y un plato de sopa caliente—, Hay un recargo de una maravilla para quien introduce armas en la isla. Dos más, una cada uno, por dejaros entrar. Más otra por cargos de administración... Eso hace un total de cuatro maravillas. —Extendió la mano abierta.

Ash depositó las monedas sobre su palma y el oficial hizo la comedia de morderlas para comprobar su autenticidad. Se guardó una en el bolsillo e introdujo el resto por una ranura que había en el mostrador. Luego garabateó algo en un trozo de papel y prácticamente lo tiró hacia Ash.

—Bienvenidos a Q'os —declaró, tirando de una palanca que abrió una reja chirriante por debajo de la altura del mostrador para dejarles vía libre—. ¡Siguiente!

Hacía frío en Q'os, con el sol oculto tras la densa capa de nubes. Ash y Nico no se alejaron de los muelles y recorrieron una calle tras otra zambullidos en la multitud. Era más frecuente el ladrillo que los bloques de piedra en los edificios que se levantaban a ambos lados de las calles. Allá donde se mirara se veía grúas y edificios nuevos en construcción, tanto en solares donde se habían derrumbado los viejos como superpuestos a antiguas estructuras todavía en pie. A lo largo de las calles ondeaban banderas con la mano roja de Mann y las serpentinas se desplegaban arrastradas por el viento; era como si estuvieran realizándose los preparativos para algún tipo de celebración. Una lona con el retrato pintado de la matriarca Sasheen cubría toda la fachada de un edificio, y había tiras de banderines con la palabra «Alegría» estampada suspendidas de un bloque a otro en las calles.

Nico siempre había considerado Bar-Khos una ciudad bulliciosa, sin embargo, no tenía nada que ver con aquella metrópoli. Las calles estaban tan concurridas que la gente apenas tenía espacio para avanzar por ellas. Las personas lucían todo tipo de atuendo: sedas vaporosas procedentes del otro extremo del mundo, pieles del norte, trajes confeccionados con la piel de franjas blanquinegras de zel, chubasqueros de lona impermeable, capas de plumas con unas capuchas enormes, las omnipresentes túnicas rojas... No obstante, lo que más abundaba eran esclavos, bronceados y engrilletados por el cuello, a menudo se los veía acarreando fardos y paquetes. En los bordes de las calzadas, los niños recogían las bostas humeantes de zel y las echaban

en cubos. Desde los balcones de las torres puntiagudas de los templos, los sacerdotes gritaban valiéndose de megáfonos para amplificar sus voces roncas. En el interior de una jaula enganchada a un poste en medio de una encrucijada había un delincuente desnudo, sentado con las piernas colgadas a través de los barrotes y arrojando sus heces a los incautos que se aventuraban a pasar cerca de él.

Se hallaban en la estación de las lluvias y, como para recordar a los habitantes de Q'os este hecho, se desencadenó un chaparrón. Al menos, el aguacero hizo que Nico y su maestro encontraran el camino más despejado, ya que la gente se dispersó apresuradamente en busca de un lugar donde guarecerse.

—Tengo la impresión de que estamos moviéndonos en círculo —protestó Nico, limpiándose en vano la lluvia de la cara.

—Eso hacemos. Así, si alguien nos sigue, acabará perdiéndonos.

—¿Si alguien nos sigue?

—Eso es. Q'os es una ciudad atenazada por la paranoia. La clase sacerdotal tiene su propia policía secreta, los llaman «reguladores». Arresta y encarcela a cualquiera sospechoso de deslealtad o herejía y paga a la gente para que informe sobre sus vecinos. Con la amenaza de la *vendetta* cerniéndose sobre Kirkus, que ya saben que es real tras nuestra primera intentona de acabar con su vida, los reguladores deben haber doblado la vigilancia. Podrían estar siguiendo a la gente recién llegada a la ciudad.

—¿Estamos en peligro incluso ahora?

—Estaremos en peligro cada segundo que pasemos aquí, Nico. Escúchame: mientras estemos en esta ciudad harás todo lo que yo te diga, sin rechistar y sin vacilar. Si nos metemos en un problema, tu única preocupación debe ser ponerte a salvo. Si me ocurre algo, vete, lárgate de aquí.

Esas palabras no ayudaron a la confianza de Nico. A medida que avanzaban, se daba la vuelta para mirar por encima del hombro, hasta que Ash le dijo que dejara de comportarse de una manera tan llamativa. Estaban calados hasta los huesos.

—Me escuecen los ojos por la lluvia —rezongó Nico, alcanzando a Ash después de esquivar un carro que se cruzó en su camino—, Y tengo un resabio asqueroso en la boca.

—La atmósfera de la ciudad está muy contaminada por la cantidad de carbón que se quema. Cuando no llueve con fuerza, la ciudad suele estar envuelta en una neblina hedionda. La llaman la Neblina de Baal, en recuerdo a un antiguo rey famoso por sus flatulencias. Se dice que con el tiempo uno acaba acostumbrándose.

Nico lo dudaba. Estuvo siguiendo al anciano roshun como un perrito faldero durante una hora, fijándose en los extraños espectáculos que le ofrecía la ciudad mientras intentaba ignorar los quejidos de su estómago vacío, pues todavía no habían desayunado.

Al fin se detuvieron frente a una pensión, un edificio achaparrado de desgastados ladrillos grises, con las ventanas cubiertas por una capa de mugre, los marcos podridos y la pintura descascarillada. En la fachada del edificio, a unos diez metros de altura, había un cartel de dimensiones desproporcionadas en el que podía leerse en lengua franca «PENSIÓN EL PARADISO» encima del dibujo de una cama.

—Esta servirá —señaló Ash. No era un lugar peor que cualquier otro del distrito.

Una vez dentro, se detuvieron, empapados, frente al mostrador y dieron nombres falsos. El recepcionista apenas levantó la mirada del periódico cuando Ash firmó en el libro de registros, y únicamente interrumpió su lectura el tiempo necesario para recitar:

—Todavía hay habitaciones disponibles en la cuarta planta. Probad allí. No se admiten visitas después de las nueve. No se puede cocinar en las habitaciones. Nada de encender fuego, ni siquiera velas. ¡Ah!—añadió, desviando por fin la mirada del periódico—, Nada de tirar las evacuaciones por la ventana. Hay un agujero para utilizar como retrete en cada planta. Éste es un establecimiento respetable y nos gustaría que siguiera siéndolo, ¿entendido?

—En ese caso nuestro comportamiento se ajustará al respeto que merece —repuso Ash, apretando el puño hasta que cayó agua sobre el libro de registros abierto, cuyas hojas quedaron cubiertas de manchas negruzcas.

El recepcionista lo cerró de sopetón para salvarlo de males mayores y dio por concluida la transacción con una sonora aspiración de la nariz; retomó la lectura de su periódico y Ash y Nico enfilaron por la escalera cargados con sus mochilas. En cuanto le dieron la espalda, el recepcionista los observó con el rabillo del ojo.

Dar con una habitación vacía consistía en encontrar una puerta cualquiera de cuya cerradura sobresaliera una llave. Se toparon con una en la cuarta planta, tal como les había dicho el recepcionista. Nico, que marchaba delante, apretó los dedos alrededor de la llave e intentó girarla, pero la llave no se movió.

—Aparta —dijo Ash.

De hecho, la cerradura no estaba fijada a la puerta, sino a una sólida caja metálica sujeta a su vez al marco de la puerta. Antes de poder girar la llave, Ash tuvo que introducir una moneda por una ranura en la caja metálica, una maravilla de plata nada menos, puesto que las monedas de cuarto, más pequeñas, salían devueltas por la parte inferior del artefacto.

Nico escuchó cómo se perdía el sonido metálico de la pesada moneda de una maravilla en el interior de la caja, traqueteando como si hubiera emprendido un descenso por la pared. Entonces se oyó un clic y la llave giró impelida por la mano de Ash. El roshun extrajo la llave de la cerradura y abrió la puerta de un empujón.

Llamar habitación a aquello era una ironía, ya que apenas tenía la longitud justa de una persona tumbada; disponía de dos camas plegables que bajaban de la pared,

una encima de la otra, y que en ese momento estaban cerradas. Ash introdujo otra moneda en una ranura que había en la bisagra de una de las camas y tiró de ella para desplegarla. Se sentó en ella, con la mochila en el regazo, a punto de desfallecer, y suspiró como el anciano que era.

Nico cerró la puerta y, con un par de zancadas, cruzó la habitación hasta la diminuta ventana y dejó la mochila apoyada contra la pared de yeso mugrienta bajo el alféizar. La habitación olía a grindelia, a sudor rancio y humedad, y necesitaba urgentemente que la ventilaran. Intentó abrir los postigos, pero éstos se negaron a moverse.

—Nico —dijo Ash, ofreciéndole con el gesto apenado un cuarto de maravilla.

Nico reparó en la ranura para monedas en el marco de la ventana. Incrédulo, introdujo la moneda y oyó el clic en el interior del mecanismo mientras la moneda descendía por sus entrañas. Cuando por fin abrió los postigos, sus ojos se toparon con un muro de ladrillo cubierto de hollín y excrementos de ave que se levantaba al otro lado de un callejón de poco más de dos metros de anchura.

Buena parte de las ventanas de la pared opuesta estaban abiertas y por ellas se veía a gente sentada de espaldas, rostros pálidos asomados, atisbos fugaces de movimiento, una discusión. .. El tufo del aire que impregnaba el callejón era peor que el del interior del cuartucho. El jaleo de la ciudad se colaba por la ventana y Nico se inclinó para examinar el callejón que se extendía varios metros por debajo, lleno de basura y charcos. Cuando se volvió a la izquierda, descubrió una larga serie de callejones similares que desembocaba directamente en la bahía del Primer Puerto.

Devolvió la mirada a las ventanas del edificio vecino mientras a su espalda su maestro sacaba sus cosas de la mochila. A través de la ventana que tenía justo enfrente vio a un hombre sentado en un taburete que construía algo con un montón de cerillas.

Nico se dio la vuelta y se apoyó en el alféizar. Se dio cuenta de que la débil luz que entraba de la calle únicamente servía para hacer más evidente el estado vergonzoso de la habitación.

—¿Cuándo nos reuniremos con Baracha y Aléas?

—Mañana —respondió Ash, depositando cuidadosamente su cepillo de dientes en su envoltorio y su pastilla de jabón junto al lavabo—. Aunque antes debemos encontrarnos con nuestro agente para asegurarnos de que han llegado sanos y salvos.

—Podemos ir ahora.

—No. Será mejor esperar a que anochezca.

«Genial», dijo Nico para sus adentros. No le seducía la idea de pasarse toda la tarde sentado sin hacer nada en aquel cuartucho.

—Usted ya había estado en Q'os. Podría enseñarme algunos lugares de interés.

—Ten —repuso Ash, alargando la mano con uno de los libros diminutos que

llevaba en su mochila—. Puedes matar el tiempo leyendo. Está escrito en lengua franca. Yo me echaré una siesta.

Nico se quedó mirando el libro que le ofrecía su maestro, pero no lo cogió. Poesía, supuso. Ash siempre estaba leyendo poesía.

—Para serle sincero, preferiría pasarme el día arrancándome las uñas.

Ash enarcó una ceja y dejó el libro en la cama. Durante el viaje había mostrado la misma reacción neutra cada vez que Nico declinaba su invitación a leer. Aunque esta vez añadió:

—No sabes leer, ¿verdad, muchacho?

Nico se puso rígido.

—Claro que sé leer. Es sólo que no quiero hacerlo.

—No. Quizá puedas leer alguna palabra suelta, pero no creo que tus conocimientos vayan más allá.

Nico agarró el libro de la cama.

—¿Quiere que lea algo? Escuche, aquí dice... —Examinó con los párpados entornados las palabras de la portada—. La... llamada... de... Heron —leyó, y abrió el libro para proseguir por la página de hermosos caracteres negros—. Una... anto... logía de las... medi... ta... ciones de... de...

Las palabras empezaron a mezclarse delante de sus ojos, como siempre le sucedía. Las letras se emborronaron y Nico entrecerró un poco más los ojos tratando de ver con mayor nitidez. Pero no funcionó. Furioso, tiró el libro a la cama.

—No es que nunca lo haya intentado —confesó—. Las palabras se confunden y empiezan a bailar por la página delante de mis ojos. Al menos en las representaciones teatrales puedo seguir la trama. En los libros no.

—Entiendo —repuso Ash—. Yo tengo el mismo problema.

—¡Pero usted siempre está leyendo!

—Ahora sí. Pero cuando era un muchacho sufrí una serie de contratiempos que me hicieron temer las palabras. Algunos nacemos así, Nico. Eso no debe impedirnos leer. Sólo nos añade una dificultad. Tienes que practicar y leer a tu ritmo. Ven, siéntate conmigo, te enseñaré.

Nico lo habría evitado de haber podido. Sin embargo, notaba la presión del alféizar en la espalda que le recordaba que no tenía adonde huir. Ash se sentó en la cama y apoyó el libro sobre el regazo. Advirtió la renuencia de Nico.

—Confía en mí, Nico. Saber leer resulta muy valioso en esta vida.

—Pero usted sólo tiene libros de poesía, y la poesía me aburre.

—Tonterías. La poesía es la vida que vivimos, el aire que respiramos. —Ash abrió el libro al azar. Se tomó unos momentos para examinar las páginas, se lamió el dedo pulgar y pasó la hoja—. Escucha: Este es un poema en el estilo habitual de Honshu. Es de Issea y refiere una noche que se encuentra sentada en soledad.

Leyó con suavidad:

Estanque de la montaña
que te bebes la luna,
que me bebes a mí.

Se volvió a Nico.

—¿Sientes la soledad que transmite?

—Quizá debería leerlo otra vez. Es muy corto y no me había enterado de que ya había empezado a leer.

Sin embargo, los versos habían conseguido llevarlo a sentarse junto a Ash y a que bajara la mirada hacia las palabras impresas.

Ash depositó el libro en el regazo de Nico.

—Intenta leerlo tú, a tu ritmo.

Nico leyó una a una las palabras con suma concentración, articulando con la boca. En cuanto empezaron a moverse y a mezclarse se obligó a calmarse. Cuando quería, podía leer; lo que odiaba era el esfuerzo agotador que le exigía y la frustración por su ineptitud. No obstante, con estos poemas breves resultaba más fácil; además el lenguaje era sencillo y había amplios márgenes blancos alrededor de las composiciones. Iba hojeando el volumen y eligiendo los poemas según aparecían ante sus ojos. De un modo inconsciente empezó a recitar uno en voz alta:

En la entrada,
el espacio
de un pájaro sobresaltado.

—¿Ves?—dijo Ash—, Lees muy bien. Es duro, pero no imposible.

—Estos poemas... o te llegan al instante o ya no lo hacen.

Ash asintió.

—Ten, quédatelo. Considéralo una parte de mis enseñanzas.

—Gracias. Nunca había tenido un libro. —Lo contempló detenidamente y paseó los dedos por la cubierta de piel. Se puso en pie, con el libro en la mano y preguntó —: Ahora, por favor, por lo que más quiera, ¿no podemos salir a la calle y hacer algo?

Capítulo 21

Una ciudad paradisíaca

Eran las tres de la tarde según el reloj instalado en la fachada rosada del templo manniano del barrio. Nico y Ash comieron en un restaurante de una calle lateral, sentados sobre unos taburetes altos junto a un hueco en la pared adonde se acercaba la clientela para hacer su pedido y a través del cual se veía a los cocineros, sudorosos y atrafagados en su diminuta cocina inundada de humo. El aprendiz y su maestro comían en silencio, entregados con entusiasmo a sus *noodles* con salsa picante y contemplando a los viandantes que pasaban a toda prisa ante ellos bajo la llovizna que descargaba un cielo bajo; las esquinas del toldo de lona que se extendía sobre sus cabezas chorreaban agua incesantemente. Ash permanecía alerta pese a su evidente fatiga. Nico ya lo conocía bien y podía afirmar sin riesgo a equivocarse que su maestro observaba con el rabillo del ojo a la gente a su alrededor, sin lugar a dudas buscando un indicio de si estaban siendo vigilados. También sabía que si descubría algo, no lo compartiría con él.

Le llamaba la atención el templo que se levantaba al otro lado de la calle; no ya el trasiego de gente que entraba y salía, sino su arquitectura, distinta de la de todos los templos que había visto antes. Básicamente se trataba de una aguja de piedra que se alzaba rodeada por los edificios achaparrados del vecindario; en el fondo, era una versión reducida de las altísimas torres repartidas por el resto de la ciudad. Volvió a preguntarse cómo sería posible que una simple combinación de acero y piedra líquida levantara aquellas estructuras, tan altas y delgadas.

—Estoy aquí sentado —musitó entre dientes—, comiendo unos *noodles* pasados en la mismísima Q'os, y me doy cuenta de que no sé nada de esta gente salvo que, como merciano que soy, son mis enemigos y, por lo tanto, debería temerlos.

Ash acabó de masticar con parsimonia y tragó.

—Son gente corriente —repuso—. Lo único que ocurre es que sus hábitos se han vuelto extremos y con ellos sus corazones, de modo que en cierta manera sólo están enfermos... enfermos del espíritu. —Ash sorbió ruidosamente los *noodles* mientras lanzaba un vistazo al templo por encima del hombro—. Si conocieras a sus sacerdotes, les tendrías más miedo.

Nico se preguntó si eso sería cierto. Sentado ahora en la esquina de una calle del corazón del Imperio, empezaba a parecer— le que las historias sobre los sacrificios humanos que perpetraban los sacerdotes de Mann y demás depravaciones cometidas por sus seguidores no eran más que mitos y patrañas. Permaneció un rato en silencio,

hasta que de nuevo se encontró reflexionando en voz alta:

—Quizá no tendríamos tantas guerras si no hubiera tantas religiones diferentes.

—Quizá —respondió Ash, lamiéndose los dedos—. Pero amplía un poco tus miras. ¿Realmente crees que no nos mataríamos unos a otros si compartiéramos la misma religión? ¿O aunque no existiera ninguna religión? —Ash meneó la cabeza, el gesto rezumaba una extraña tristeza—. La pretensión de que nuestras creencias lo significan todo para nosotros, Nico, es el fundamento de nuestra manera de estar en este mundo. Sin embargo, las guerras rara vez estallan por motivos religiosos. El germen de la guerra se encuentra en la ambición de territorios y botines, en las ansias de prestigio... en la estupidez humana. Se desencadenan porque uno de los bandos desea dominar al otro. Si encima ambas naciones tienen distintas religiones, pues una razón más para desviar la atención de todo lo que tienen en común. Sólo en casos excepcionales la religión juega un papel protagonista, y los mannianos no son una excepción, aunque pueda parecerlo. La dominación es el credo más arraigado entre ellos. En el fondo de sus corazones sólo ansían el poder absoluto sobre todas las cosas.

Al otro lado de la calle, el reloj del templo dio la campanada que señalaba el cambio de hora. Apareció un sacerdote en el balcón que había en lo alto de la torre y se dirigió a la gente congregada debajo a través de un megáfono. Se oían declamaciones similares procedentes de otros rincones de la ciudad. Su voz amortiguada provocó la escena más chocante que Nico había presenciado jamás: todos, absolutamente todos los ciudadanos, interrumpieron sus quehaceres y se arrodillaron en el suelo, con el rostro orientado hacia el Templo de los Suspiros y las manos levantadas con las palmas abiertas.

Nico notó un tirón en el brazo. Era Ash, que lo empujaba al suelo para que se arrodillara junto a él. Miró en derredor y advirtió que no era el único que se había demorado a la hora de postrarse en señal de respeto a Mann ni que parecía hacerlo de mala gana.

—La llamada diaria —le explicó su maestro, con un deje desdeñoso en la voz. Ash levantó las manos desnudas hacia el cielo y las expuso a la lluvia; las bocamangas se le deslizaron hasta los codos.

A regañadientes, Nico siguió su ejemplo, sin poder evitar sentirse como un idiota.

A las seis tomaron un tranvía, un largo carruaje impulsado por un tiro compuesto por una docena de esforzados zels cuyos pelajes de franjas blanquinegras despedían el vaho de la transpiración. En el letrero instalado sobre la puerta se leía: «CIUDAD PARADISO».

Ash introdujo una moneda de media maravilla en el torniquete situado en la parte trasera para acceder al vehículo. Nico hizo lo mismo. No había asientos libres, de

modo que el muchacho siguió el ejemplo de su maestro y se asió a la redecilla portaequipajes que recorría el tranvía de punta a punta y que estaba atestada con sacos de verduras, fardos de ropa e incluso una jaula con pollos vivos que miraban a Nico con sus ojos pequeños y vidriosos. Él y Ash llevaban puestas las capas de lluvia y se balanceaban con los bandazos del tranvía, que avanzaba entre el tráfico congestionado de última hora de la tarde. La apatía era el estado de ánimo general del pasaje, y en el interior del vehículo reinaba un extraño silencio sólo roto por el golpeteo constante de la lluvia contra las ventanas y el techo.

—Nadie habla con nadie —susurró Nico—. Ni siquiera se miran.

El maestro Ash esbozó una sonrisa mínima.

El carruaje se vaciaba a medida que iba bajando la gente en las paradas. Por fin quedaron libres algunos asientos y Ash y Nico se sentaron. Al punto, el anciano cerró los ojos.

Nico se fijó en el gesto de dolor de su maestro, que se apretó la sien con dedos trémulos, como para aligerar una presión repentina. Después sacó una de sus hojas y se la metió en la boca.

—Tiene mala cara —observó Nico.

—Este lugar no me sienta nada bien, Nico —respondió Ash, en un tono fatigado y sin abrir los ojos—. Despiértame cuando llegemos a la última parada. —Se ciñó la capa empapada al cuerpo y permaneció inmóvil.

En la isla de Q'os había un puerto en cada una de las cuatro ensenadas comprendidas por «los dedos» conocidos como las Cinco Ciudades. La bahía del Primer Puerto se extendía entre un montículo que equivaldría al pulgar y por una lengua de tierra que guardaba cierta semejanza con un dedo índice.

Ciudad Paradiso, también denominada la Primera Ciudad, era el mayor distrito de entretenimiento de Q'os, y ocupaba buena parte del terreno del dedo pulgar de la isla. Su calle principal seguía la costa y ofrecía vistas del Primer Puerto y de los muelles orientales, donde Ash y Nico habían alquilado la habitación. El recorrido por el distrito les permitió contemplar sin estorbos el conjunto de torres puntiagudas que envolvía la vasta estructura del Shay Madi, el mayor y último circo construido en la isla, que emergía como una loma por encima de los barrios que lo rodeaban. Ahí fue donde el tranvía realizó la última parada, a la sombra misma de la monumental mole de la arena.

Nico salió a la lluvia con el resto de los pasajeros que habían permanecido en el vehículo hasta el final del trayecto, boquiabierto ante la profusión de arcos y columnas de la gigantesca construcción. El tranvía partió; los zels parecían cansados, pero rápidamente tomaron velocidad liberados de la carga del pasaje y con el aliciente de la vuelta a la caballeriza. Si el reloj público no fallaba, el viaje les había

llevado casi una hora. Nico y Ash se alejaron rápidamente, protegidos del rigor de los elementos bajo la capucha de sus capas.

La gente acudía en manadas al circo. Eso ralentizaba el progreso de Ash y Nico por las calles de Paradiso pues ellos avanzaban en sentido opuesto a la arrebatada multitud. Al cabo se detuvieron en una tranquila calle lateral. Ya había prácticamente oscurecido cuando un hombre apareció ante ellos sobre unos ruidosos zancos, encendiendo una a una las farolas de la calle.

—Farolas de gas —dijo Ash justo cuando Nico abría la boca para preguntar—. La ciudad se asienta sobre una reserva de gas, de modo que lo utilizan en los lugares donde emerge a la superficie.

Nico intentó imaginar qué quería decir exactamente su maestro.

—Piensa en los efluvios que despiden el orificio trasero de un cerdo —se adelantó de nuevo el anciano—. Imagínate que pudieras embotellarlos o canalizarlos para utilizarlos como combustible cuando los necesitaras.

—¿Está diciéndome que embotellan los gases que expulsan los cerdos por el culo?

Ash suspiró.

—No, Nico. Era sólo un ejemplo. Pero se basa en el mismo principio.

—Ya me preguntaba yo por qué Q'os huele tan mal.

Ash se volvió para escrutar a su aprendiz, con el labio superior escondido bajo el inferior; poco a poco su boca fue recuperando su gesto habitual.

Un grupo de mujeres que iba charlando en un dialecto similar a la lengua franca, aunque con una pronunciación como sincopada, entró en los baños públicos que se levantaban delante de donde se habían detenido Nico y Ash. Un letrero colgado un poco más allá, junto a la entrada de los baños, saltó a los ojos de Nico; tenía pintado lo que parecía un sello de la orden Roshun.

Sin embargo, Ash no hizo caso de él y entraron en los baños detrás de las señoras.

Una vez en el interior, el maestro echó unas monedas en una ranura y consiguió dos toallas limpias. Se adentraron en la atmósfera húmeda de los vestuarios, donde en ese momento sólo había un puñado de hombres y mujeres charlando a la luz tenue de las lámparas del techo.

Nico se introdujo en un cubículo vacío siguiendo las instrucciones de su maestro y aguardó allí dentro solo mientras perdía de vista a Ash. Escuchó las conversaciones procedentes del exterior, pero apenas oía las voces y tampoco las comprendía.

Un estrépito repentino encima de él hizo que mirara hacia allí. Era su maestro, que lo observaba con los ojos entornados por el hueco que había abierto retirando una placa grande de madera. Ash alargó una mano y Nico la aferró y se dejó subir al espacio del falso techo, oscuro y polvoriento.

—Estos edificios comparten los altillos —le susurró Ash al oído—. Por aquí

podremos llegar hasta nuestra agente sin riesgo de que nos vean entrar directamente en el local. Sin duda estarán vigilando la puerta.

Ash marchó delante. Caminaba con cautela por las vigas en penumbra, evitando las delgadas placas de madera, con un brazo estirado con la espada para mantener el equilibrio. Nico se esforzaba para no estornudar con el polvo y se concentraba en no tropezar. No le costaba nada imaginarse perdiendo el equilibrio, cayendo de la viga y atravesando el techo para aterrizar en el regazo de un pobre bañista.

Ash se detuvo. Retiró otra placa y la depositó a un lado; escudriñó debajo. Después, se deslizó por el hueco del techo seguido con agilidad por Nico.

Aparecieron en una cámara diminuta; sus espaldas húmedas recibían el calor de una chimenea alimentada por carbón, que además era la única fuente de luz en toda la estancia. En un sillón de piel había sentada una mujer con un libro abierto sobre el regazo. Sin embargo, no fue su figura envuelta en sombras ni tampoco el libro lo que llamó la atención de Nico, sino la pistola enorme que empuñaba en una mano y que apuntaba con firmeza el pecho de Ash.

Por un momento, el único movimiento que se atisbaba en toda la cámara era el de las sombras que oscilaban en las paredes y en el sencillo mobiliario de madera. Pero entonces, el fuego crepitó y Nico dio una sacudida sobresaltado. La mujer levantó la mano que tenía libre y se llevó lentamente el dedo índice a los labios. Luego depositó la pistola en una mesita que había junto al sillón, e inmediatamente también el libro. Se puso en pie lentamente, se acercó a la estufa e hizo un gesto a Ash para que se aproximara a ella.

Nico siguió a su maestro y cuando la mujer se agachó, reparó en el sello que exhibía colgado del cuello. Ash apoyó la espada en el suelo y se arrodilló. Escudriñó con atención la llama de la chimenea; asintió, recogió la espada y se levantó cuando lo hizo la mujer, que de nuevo se deslizó con sigilo. Nico echó un vistazo fugaz a la chimenea y los siguió fuera de la cámara.

En un pequeño vestíbulo sin iluminación, la mujer, Ash y Nico dejaron a un lado la zona de la cocina y entraron en el cuarto del retrete. El espacio era reducidísimo y apenas cabían los tres juntos, y cuando la mujer cerró la puerta corredera, quedó sumido en una oscuridad total.

La mujer prendió una cerilla y encendió la mecha que sobresalía de un cuenco con aceite alojado en una hornacina cubierta de hollín. La llama fue creciendo poco a poco, despidiendo un aroma a madreselva que por lo menos ayudaba a combatir el hedor del cuarto.

Cuando ya se veían otra vez los rostros, la mujer abrió un grifo situado en otra hornacina con una pila. El ruido del agua corriente inundó el cuarto.

—Estamos en aprietos —dijo la mujer con una voz áspera y grave, moviéndose en torno a Ash para sentarse en el retrete y dejarles más espacio.

La llama de la lámpara alcanzó su plenitud y el espacio se iluminó. Nico abrió los ojos como platos al contemplar un rostro que había aparecido en sus sueños.

—¡Serése! —exclamó.

La joven se llevó un dedo a los labios.

—Aquí no estáis seguros —musitó—. Mantienen el edificio vigilado.

Ash asintió sin asomo de sorpresa.

—Tienes buen aspecto —observó el maestro roshun.

Nico también consideró que tenía buen aspecto; con el pelo recogido en coletas y el cuerpo esbelto embutido en un traje de cuero marrón.

—Sí, ya, pues no puedo decir lo mismo de ti —repuso la mu— chacha—. ¿Qué has estado haciendo? Tienes un aspecto terrible.

—Te agradezco la observación. Pero dime, ¿cuánto tiempo llevan con lo de las escuchas?

Serése se encogió de hombros.

—Di con el dispositivo de la chimenea cuando regresé a la ciudad. Había limpiado a conciencia antes de marcharme y a mi vuelta encontré la huella de un dedo manchado de hollín en un lugar en el que no tenía por qué estar. —Meneó la cabeza—. Por favor, escuchadme. Ahora mismo ése no es el problema. Mi padre hizo una batida por los alrededores anoche, ya sabes lo meticulado que es, y hay reguladores vigilando nuestra sede por sus cuatro costados.

—Entonces, ¿Baracha ya ha llegado a la ciudad?

—Sí, pero sigues sin escucharme. En vez de venir a verme en persona mi padre me envió una nota en la que me advertía que debía abandonar Q'os de inmediato. Sin embargo, me pareció conveniente esperarlos. Mi padre cree también que los reguladores vigilan los baños. No me preguntes cómo lo han averiguado, pero al parecer están al tanto del acceso a nuestras dependencias por el techo de los baños. Os habrán visto entrando en ellos.

Nico lanzó una mirada fulgurante al anciano. «Por la dulce Eres —dijo para sus adentros—, Ya deben saber que estamos aquí.»

Ash meditó un instante la información recibida, acariciando la funda de la espada con el dedo pulgar.

Serése se volvió en silencio hacia Nico y forzó una sonrisa efímera. Nico se dio cuenta de que estaba asustada y se alegró de descubrir que él no era el único. Por un instante, mirándola, recordó su breve encuentro en la lavandería de Sato y su cabello empapado por el vapor. Le costaba trabajo encontrar un vínculo entre aquella muchacha y la mujer que ahora tenía delante.

—¿Mencionaba tu padre algo sobre nuestra cita en su nota? —inquirió Ash.

—Sí, decía que se reuniría contigo según lo planeado.

—Perfecto. Entonces nos marchamos.

—Sí, claro —repuso Nico—. Simplemente salimos por la puerta como si nada y ellos se apartarán para dejarnos pasar, ¿no? No se me ocurre ningún pero a ese plan, la verdad. Ni uno solo.

—Saldremos por los baños. Esperaremos a que salga gente y nos mezclaremos con ella, eso los despistará. Es nuestra mejor opción.

Serése se mostró de acuerdo. Se puso en pie y se abrió paso entre ellos hasta el vestíbulo; por un momento su espalda ceñida al traje de cuero se apretó contra Nico. Éste y Ash la siguieron. Serése se envolvió en una oscura capa roja y agarró una mochila de lona que ya tenía preparada.

De nuevo en la diminuta cámara, Ash echó una miradita por una rendija en los postigos de la ventana. Nico tomó la iniciativa, empujó el sillón de piel hasta situarlo debajo del hueco y se encaramó al techo. Estiró una mano para ayudar a Serése, pero ésta la ignoró; en cambio, le arrojó la mochila y trepó por su cuenta. Ash subió en último lugar y volvió a colocar cuidadosamente la placa de madera.

El vestuario estaba en silencio cuando descendieron a un cubículo vacío. Permanecieron sentados y aguardando durante algunos minutos, apretujados en el banco de madera. Nico sentía el calor de la pierna de Serése apretada contra la suya e hizo todo lo posible por ignorarlo.

Ash se llevó una mano a la frente y empezó a masajearla.

—¿Tienes algún medio de conseguir información del templo? —preguntó el maestro, como intentando desterrar el dolor de su mente.

—Estuve vigilando los alrededores durante algunos días —musitó Serése—. Informé a Baso y a los demás de lo que vi. La verdad es que es imposible colarse en él.

—Baso lo hizo.

—Sí —dijo en un susurro—, ¿Y hasta dónde llegó?

Ash no respondió.

—Ni siquiera sabemos si Kirkus sigue dentro.

—El Vidente nos lo confirmó antes de nuestra partida de Sato. Así que sólo podemos suponer que sigue allí.

Guardaron silencio cuando un bañista entró en el vestuario, silbando a todo pulmón y al parecer solo. Enseguida entró más gente detrás de él, discutiendo sobre a qué burdel dirigirse al salir de allí. Ash se agachó para escudriñar por debajo de la puerta del cubículo.

—Escuchadme —dijo cuando se enderezó de nuevo en el banco—. Saldremos con ellos. Si nos abordan fuera, huid mientras yo intento entretenerlos. Nico sabe adónde ir.

—¿Ah, sí?

—Id a la pensión, Nico. Dirigíos a los muelles orientales y una vez allí cualquiera

sabrá indicaros.

Esperaron unos segundos, hasta que Ash les hizo una señal y los tres se cubrieron la cabeza con la capucha y se deslizaron fuera del vestidor, en la estela de los hombres que se dirigían hacia la calle. La noche ya se había instalado, pero al menos había cesado la lluvia. Casi de inmediato giraron y echaron a andar con aparente normalidad en el sentido opuesto al que tomaba el grupo que habían seguido.

Nico notaba los ojos que los observaban desde sus escondrijos; si bien no podía afirmar que la sensación realmente fuera fruto de su intuición. Serése empezó a hablar, ya fuera por puro nerviosismo o intencionadamente para corroborar su imagen de gente corriente. Sus palabras sonaban de un modo extraño en aquella calle tenebrosa apenas iluminada por las farolas de gas.

—Te llamabas Nico, ¿verdad?

—Sí. ¡Vaya, te acuerdas!

—Significa «astuto» en la lengua antigua, ¿no?

Nico tragó saliva; se le había secado la garganta mientras escrutaba una puerta penumbrosa que dejaban a su izquierda. Musitó que sí.

—¿Y lo eres?

—¿Si soy qué? —Habría jurado que acababa de ver cómo se movía una sombra.

—Astuto. ¿Eres capaz de desentrañar lo que esconde la gente?

—Eso me hizo creer mi madre. —Nico seguía examinando los alrededores con la cabeza oculta en la capucha, pugnando por no volverse atrás.

Ash pareció advertir su zozobra.

—No mires atrás —masculló entre dientes—. Continúa parloteando.

Nico hizo lo que pudo para retomar la conversación.

Les llegó el ruido de unas pisadas que cruzaban un charco a su espalda justo cuando Serése separaba los labios para hablar.

—Nos siguen —susurró la muchacha, cambiando sobre la marcha la frase que estaba a punto de salir de su boca.

Mientras Nico luchaba contra su impulso de echar a correr, Serése empezó a tararear entre dientes. Parecía una antigua canción para niños que Nico había oído de pequeño.

—Agárrame del brazo —le ordenó Ash a su lado.

—¿Por qué? —preguntó Nico.

—Porque apenas veo.

Ash no esperó una respuesta, cogió la mano de Nico y se la puso en el brazo. Los ojos del anciano bizqueaban como si estuviera esforzándose por ver lo que había más allá de una luz deslumbrante.

Un tranvía tirado por zels pasó traqueteando por su derecha, arrojando una débil luz amarilla a la calle. El carruaje iba prácticamente vacío, aunque alguna que otra

ventana enmarcaba el rostro inexpresivo y con la mirada perdida en la oscuridad de la calle de un pasajero absorto... El tranvía siguió su camino y detrás de él aparecieron dos figuras envueltas en capas que se dirigieron directamente hacia ellos para cortarles el paso.

—¿Qué pasa? —espetó Ash al sentir el apretón de Nico en el brazo.

—Dos tipos, delante de nosotros.

—Entonces vayamos por otro lado —gruñó el anciano.

Nico lo guió por una calle lateral. Serése guardaba silencio. Ash se aflojó la capa y deslizó la espada en su funda para tenerla más a mano. Nico hizo lo mismo, y se maravilló de su propia acción. Le temblaba todo el cuerpo y se le ocurrió concentrarse en su respiración.

La calle lateral recorría la parte trasera de un vasto edificio de mármol, cuya fachada estaba decorada con gárgolas de rostros grotescos. Desde las ventanas iluminadas llegaba música; una especie de ópera no muy distinta de la que Nico podría haber oído en Khos. Por encima de la música, apenas perceptible, se oía el estrépito de unas pisadas metálicas a su espalda. Nico echó un vistazo por encima del hombro y vio cinco individuos que avanzaban con brío detrás de ellos.

—Maestro... —musitó cuando apareció otro grupo caminando de frente directamente hacia ellos a no más de diez pasos. Sin duda reguladores.

Restalló el murmullo de aceros que cortaban el aire nocturno y las hojas destellaron.

—¡Alto!—ordenó una voz—. Estáis detenidos.

—Seguid caminando —dijo Ash, echándose la capa por encima de los hombros. Avanzaron en dirección a los reguladores que se acercaban de frente, los que llegaban por detrás acertaban rápidamente la distancia que los separaba—. Vais a tener que luchar. Prestad atención a vuestra respiración y cuando veáis un hueco, aprovechadlo, ¿entendido?

En opinión de Nico, eso para nada era un plan. Apretó los dedos alrededor de la empuñadura de piel de su espada como si eso le procurara cierta tranquilidad, listo para desenfundarla como le habían enseñado.

Uno de los reguladores los apuntó con una pistola. ¡Una pistola!

—¡Alto! —repitió el oficial.

—¿A qué distancia están? —preguntó Ash.

—A seis pasos.

Nico dio un respingo sobresaltado por algo que explotó junto a su cabeza. Delante de ellos el regulador de la pistola soltó un alarido y se tambaleó antes de derrumbarse de espaldas sobre el suelo.

Serése tiró la pistola y desenfundó un largo cuchillo de caza sin aminorar el paso. Nico se detuvo, contemplando hechizado a la muchacha... y entonces también Ash

entró en acción.

En un único movimiento ejecutado a la perfección el anciano desenvainó el acero, se agachó con una pierna flexionada delante y la otra estirada hacia atrás y rebanó el estómago de uno de los reguladores; y aún en la continuación de ese mismo movimiento detuvo la acometida de la hoja de otro regulador con la suya, la apartó y hundió la espada en su oponente.

Nico se perdió lo que ocurrió después, pues para entonces ya estaba metido de lleno en la escaramuza. Hizo un quiebro para eludir un tajo tal como había practicado miles de veces y sintió la ráfaga fría del aire cortado por el acero junto a su rostro. «Esto es real —le dijo una voz en su interior—. Estos hombres quieren matarme.»

Su cuerpo tomó el mando. Blandió la hoja y la descargó hacia delante, acompañando la acometida con un paso. Notó una resistencia inicial que rápidamente cedió y un rostro se desencajó a escasos centímetros de su cara. Era un hombre, un ser humano, empalado por su hoja. El regulador forcejeaba y Nico percibía sus movimientos desesperados en la vibración de su empuñadura. Lo habría soltado por puro asco si no hubiera sentido una repentina ligereza en la mano que aferraba la espada cuando su contrincante se liberó de la hoja, jadeando con alivio y se sentó en el suelo.

Nico retrocedió para alejarse de su víctima. Pero entonces, unos brazos le rodearon el cuello y tiraron hacia atrás de él con la intención de mandarlo al suelo. Se le escurrió la espada y dio con sus huesos en los adoquines, aplastado por el peso de un hombre que le echaba el aliento pestilente en la cara y de otro que le sujetaba las piernas. Al punto, Serése también cayó inmovilizada a su lado, maldiciendo y bregando.

Nico consiguió liberar la cabeza de las garras de sus captores y la alzó lo justo para atisbar a Ash.

Su maestro seguía en pie y, espada en mano ejecutaba una danza entre los hombres envueltos en capas que lo asediaban. Nico lo contempló con el mismo sobrecogimiento que los reguladores que lo mantenían apresado. Por un momento dio la impresión de que el anciano era imparable, sus movimientos eran tan rápidos que no había forma de contrarrestarlos y sus propias acciones parecían anticiparse a todo lo que ocurría en torno a él.

Pero el número de reguladores era excesivo y Ash estaba casi ciego. Falló una acometida y sufrió un corte en el brazo izquierdo, un repentino tajo que le habría amputado la extremidad si él no hubiera sentido quién sabe cómo que debía echarse a un lado. Reaccionó a la herida sufrida con un gruñido y un golpe defensivo con la espada. Un rocío negro empezó a gotear de la rasgadura de su manga a la luz tenue de la calle.

—¡Corred! —gritó el maestro, ignorando que sus compañeros habían sido

capturados.

La parte ancha de la hoja de otra espada impactó en la cabeza de Ash, que se tambaleó y rebotó contra la pared, soltó otro gruñido y lanzó una acometida con su acero, pero los reguladores dieron un salto atrás y esquivaron el golpe.

Uno de ellos sacó una pistola y apuntó escrupulosamente a Ash en la rodilla.

—¡Maestro Ash! —le alertó Nico, forcejeando para librarse de los reguladores que lo aprisionaban justo cuando el tipo de la pistola cerraba un ojo y apretaba el gatillo.

La pólvora de la carga tardó en prender una fracción de segundo... Pero entonces ocurrió algo completamente inesperado.

Un hombre de un tamaño descomunal irrumpió en la escena y de un solo golpe cercenó la coronilla del hombre que empuñaba la pistola; el trozo de carne le quedó colgando, prendido de un hilo de piel que actuaba como una bisagra en carne viva, y dando bandazos contra su mejilla. El disparo estalló cuando el regulador ya caía al suelo y la bala se perdió en el cielo. El gigantón recién llegado arremetió contra los hombres que inmovilizaban a Nico y a Serése.

Se trataba de Baracha, seguido por un Aléas con los ojos desorbitados. Igual que si estuviera cortando leña, Baracha descargaba y levantaba su hoja enorme mientras Aléas le cubría las espaldas, lanzando tajos a diestro y siniestro. Ash se unió a la refriega.

Nico, todavía aturcido por la impresión, vio a su espalda a los tres roshuns que repartían golpes entre sus adversarios en un silencio de resuelta indiferencia. En cuestión de segundos, todos los reguladores habían caído.

En el interior del teatro de la ópera se oía una salva de aplausos. La representación había llegado a su fin.

Nico no dejaba de temblar y se le revolvía el estómago contemplando los cadáveres que se desangraban sobre los adoquines, incapaz de reprimir las arcadas que le producía el hedor metálico. Sabía que su hombre estaba allí, el que había matado con su espada. Pero le resultó imposible identificarlo.

Oyó unas arcadas y cuando se volvió, vio a Serése vomitando arrimada a la pared. Esa imagen lo sorprendió.

Ash limpiaba su hoja en la capa de uno de los reguladores. Baracha simplemente estaba allí, respirando con pesadez y contemplando a su hija con un alivio evidente. Alrededor de ellos, sobre el húmedo suelo adoquinado, los hombres tosían, resollaban y pugnaban por moverse.

—Menudo estropicio —gruñó el Alhazií, dirigiéndose a Ash—, Menos mal que también nos decidimos nosotros a vigilar el edificio de nuestra sede. Temía que esto pudiera ocurrir cuando llegarais. No tomaste las precauciones adecuadas, abuelo. Ash enfundó la espada con un movimiento firme. —Yo también me alegro de verte,

Baracha. Desde la lejanía llegó un pitido estridente. —Quizá deberíamos dejar la cháchara para luego —observó Aléas.

Nico alargó la mano para recoger su hoja del suelo y la empuñadura se le resbaló varias veces entre los dedos hasta que reparó en la sangre que le embadurnaba la mano. Se limpió las palmas en la túnica, sin demasiado éxito, e intentó envainar la espada, pero no parecía que fuera capaz de hacerlo. Ash le posó una mano en el hombro. —Simplemente respira —le aconsejó el anciano. —Sí, maestro —respondió Nico, y deslizó la hoja en el interior de la funda.

—Entonces ¿mañana? —inquirió Ash, dirigiéndose a Baracha.

—Ajá, mañana... Y esta vez asegúrate de tomar las precauciones pertinentes.

Ash indicó en un susurro a su aprendiz que fuera delante y lo guiara.

La herida de Ash continuó sangrando en abundancia durante el camino de regreso a la pensión. Entre él y Nico intentaron cortar la hemorragia, pero la sangre seguía deslizándose por su mano y goteando desde las puntas brillantes de sus dedos. Ash se negó a tomar un tranvía, pues consideraba que la herida era demasiado llamativa. Se ató una tira de tela arrancada de su túnica alrededor del tajo que ya no se quitó en todo el tiempo que duró la caminata, que realizó sin quejarse ni una sola vez. Nico quiso detenerse un par de veces junto a charcos grandes e intentó con empeño limpiarse la sangre reseca de las manos.

—¿Todavía sigue ciego? —preguntó Nico, sacudiendo las manos para secárselas.

—Ya voy recuperando la vista.

—No lo entiendo. ¿Qué le pasa exactamente?

—No me pasa absolutamente nada. Ya te lo dije, sufro jaquecas. Cuando son muy severas, mi vista se resiente.

Nico prefirió no insistir, pues era evidente que su maestro seguía acuciado por el dolor.

Cuando por fin llegaron a la pensión, casi una hora después, estaban más que exhaustos. Pasaron junto al recepcionista somnoliento del turno de noche sin problema y subieron los cuatro tramos de escalera sin otra idea en la cabeza que dejarse caer sobre la cama.

Cerraron con llave la puerta de su lúgubre cuartucho echando una moneda de cuarto que cogieron del montón de calderilla que Ash había dejado en el lavabo para tenerla a mano. Luego echaron otra moneda de cuarto en la ranura situada en la parte inferior de la lámpara de gas y aún otra más para bajar la cama de Nico.

Antes de ponerse a dormir, no obstante, debían ocuparse de la herida de Ash. Nico utilizó otro cuarto de maravilla para abrir el grifo y llenar de agua el lavabo, todavía con las monedas restantes hundidas en la pila. Entretanto, Ash sacó el botiquín y hurgó en él buscando vendas esterilizadas, el frasco de alcohol puro y

aguja e hilo.

Vertió alcohol en la herida, resoplando entre dientes. El corte, que le recorría toda la parte superior del brazo, no era demasiado profundo, pero estaba abierto y sonrosado, y la carne de los bordes se había amoratado. Empapó las vendas en alcohol. Utilizó una cerilla para calentar la punta de la aguja hasta que se puso al rojo vivo y la enhebró con precisión pese a que le temblaban los dedos y la sangre se deslizaba libremente por su brazo. Luego alargó la mano con la aguja hacia Nico.

—Cóseme, muchacho.

Nico se estremeció y se lo quedó mirando con un gesto de sorpresa, pues ni siquiera era capaz de mantener los ojos abiertos. Su cuerpo sufría convulsiones por el agotamiento y estaba a un paso de caer desplomado. Sin embargo, no tenía alternativa, así que cogió la aguja y se sentó junto al anciano. Intentó fingir y aparentar que sabía lo que hacía; se convenció de que había prestado atención en las clases sobre cirugía de campaña en el monasterio y que no había estado haciendo el ganso con Aléas.

Juntó con sumo cuidado los bordes de la herida y empezó a dar puntadas mientras Ash observaba impasible la labor. En cierto modo, su agotamiento era una bendición, pues tenía la cabeza demasiado aturdida como para acordarse de sentir aprensión por lo que veía.

Al cabo, Ash hizo un gesto inclinando la cabeza.

—Así bastará —suspiró.

Nico cortó el hilo con un cuchillo y fijó el vendaje lo mejor que pudo alrededor del brazo. Luego quitó las botas a su maestro, le ayudó a subir los pies a la cama y se preocupó de que su cabeza reposara correctamente sobre la almohada.

Ash cerró los ojos. Su respiración era superficial.

Nico rememoró la danza de aquel anciano medio ciego entre los reguladores armados, blandiendo su espada con ligereza, y de pronto todo el encanto y el mito que lo envolvían confirmaron su veracidad.

—Creo que esta noche he matado a un hombre —comentó Nico en un hilo de voz, plantado junto al cuerpo inmóvil de su maestro.

Ash alzó una pizca la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Y cómo te sientes? —suspiró el anciano.

—Como un criminal. Como si me hubiera llevado algo que no tenía ningún derecho a llevarme. Como si me hubiera convertido en otra persona, en alguien reprobable.

—Eso está bien, ojalá siempre sea así. Sólo has de preocuparte cuando mates a alguien y no se te acelere el corazón ni sientas nada en absoluto.

Sin embargo, eso era precisamente lo que Nico ansiaba por encima de cualquier cosa: no sentir nada. ¿Cómo podría volver a casa junto a su madre y mirarla a los ojos

consciente de su crimen?

—A lo mejor tenía hijos... —repuso Nico—, Un hijo como yo.

Ash cerró los ojos y dejó que la cabeza se le hundiera en la almohada.

—Lo has hecho muy bien, Nico —masculló el anciano.

La aquiescencia de su maestro apenas si caló en Nico. El aprendiz de roshun se dejó las botas puestas y emprendió la escalada más dura de su vida, que tenía como objetivo la cama superior de la litera. Fue tenderse sobre el delgado colchón y su cuerpo se apagó, y se sumió en un profundo sueño.

Maestro y aprendiz yacían olvidados para el mundo, con sus cuerpos recubiertos de una fina y brillante capa de sudor y sangre seca, ajenos al alboroto de una pelea que se desarrollaba en el piso superior y al repiqueteo de las monedas en sus viajes interminables por los conductos de los cuartos adyacentes.

Entrada la noche, el silencio reinaba en las calles que rodeaban el teatro de la ópera. El propio edificio del teatro estaba sumergido en el silencio. Las representaciones de aquella noche habían llegado a su fin y hacía tiempo que los asistentes se habían marchado a casa o habían acudido a otros compromisos.

El carro dio una sacudida al recibir otro cadáver. La cuadrilla de limpieza trabajaba en un silencio sólo roto por algún gruñido esporádico, emitido bajo los pañuelos con que se tapaban la boca, o alguna imprecación suscitada por las evacuaciones nauseabundas de los cadáveres cuando recibían un pisotón. Dos figuras se mantenían aparte: un hombre y una mujer. Él daba caladas a un cigarrillo de hazii y ella permanecía inclinada contra un muro, con la capa ceñida al cuerpo.

—Por fin llega —dijo el hombre.

Otro carro tirado por un zel entró traqueteando en la calle lateral: un cajón macizo de madera con ruedas. El conductor dirigió un chasquido con la lengua al zel intentando hacer el menor ruido posible y tiró de las riendas cuando llegó a la altura de la pareja.

—Te lo has tomado con calma, ¿eh? —le reprochó la mujer, enderezándose.

El conductor se encogió de hombros.

—¿Cuánto hace? —preguntó justo antes de bajar del carro.

—Una hora... como mucho.

El conductor chasqueó la lengua y enfiló a trancos hacia la parte trasera del vehículo. Abrió las puertas y un par de sabuesos enjaulados le clavaron la mirada, meneando con furia la cola.

—Abajo, amorcitos míos. Es hora de que os ganéis la cena.

Abrió la jaula y antes de dejarlos bajar les enganchó unas gruesas correas a los collares. Los sabuesos tiraron con fuerza de él, ansiosos por iniciar la cacería. Bien adiestrados, el único ruido que escapaba de sus bocas era el de los resuellos.

—El rastro de sangre sigue por ahí —le indicó la mujer, con voluntad de ayudar y la mano estirada.

Pero los perros ya habían emprendido la marcha en esa dirección, siguiendo el olor y arrastrando a su amo, que a duras penas conseguía refrenarlos.

—Iremos rápido —les advirtió por encima del hombro, sin esperar a ver si lo seguían.

La pareja de reguladores intercambió una mirada rápida y salió tras ellos.

Capítulo 22

La pesca con guijarros

En cualquier otra ciudad portuaria del Midéres habrían sonado las alarmas con la llegada de un galeón de guerra sin más bandera visible que la negra de la neutralidad y cargado con una tropa visiblemente equipada para la batalla.

Pero se trataba de Cheem, y allí algo así era tan habitual como ver peces en el mar. Cuando el navío amarró en el muelle y los soldados desembarcaron con una disciplina marcial, un puñado de mendigos —la mayoría antiguos marineros lisiados o con el cuerpo cubierto de quemaduras— se volvió para valorar si valía la pena molestarse en pedirles una limosna y la conclusión inmediata fue que no. Sólo uno de ellos se entretuvo un rato contemplando a los guerreros, un cuarentón cuyo brazo izquierdo acababa en un muñón envuelto en un vendaje de cuero. En otro tiempo también había sido soldado en la legión imperial, y no estaba tan castigado por la edad y las drogas como para no advertir los tatuajes del ejército imperial en las muñecas y los brazos de los hombres que desembarcaban, así como el atuendo de camuflaje que exhibían bajo las capas lisas y sus semblantes presuntuosos.

«Comandos», concluyó el viejo drogadicto, que dio un paso atrás en el rellano de la puerta para fundirse con las sombras. Desde allí observó con detenimiento a un oficial de la tropa recién llegada que se acercaba a un miembro del cuerpo de guardia de la ciudad. Al parecer realizaron unas gestiones y enseguida llegaron más guardias con mulas. Entretanto, a bordo de la nave, los miembros de la tripulación habían descargado unos cofres tan pesados que bien podían contener oro y los ataron a las mulas. Concluida la tarea, el oficial, junto con un puñado de sus hombres y una escolta formada por agentes del cuerpo de guardia local, se adentró con la carga en la ciudad.

El resto de los hombres, alrededor de setenta, recibieron permiso para descansar y se dispersaron por las cercanías bajo el sol de primera hora de la mañana. Si bien de vez en cuando se oía refunfuñar a alguno que era seleccionado para realizar algún cometido y grupos de soldados se dirigían esporádicamente a la ciudad, llevando una bolsa con dinero e instrucciones de conseguir zels, mulas y suministros.

Desde el rellano, el viejo drogadicto, olvidando por un bendito momento el mono, observaba la escena con gesto ceñudo y una curiosa punzada de nostalgia, y se preguntaba quiénes habrían sido los idiotas desgraciados que habían desatado esta vez la ira del Imperio.

Un frío glacial entraba por la ventana abierta de la torre arrastrando el olor a lluvia. Osho se ciñó la gruesa manta alrededor del cuerpo mientras contemplaba el cielo del atardecer y se estremeció.

«Se acerca una tormenta —dijo para sus adentros, llevando la vista más allá de las montañas, hacia los nubarrones que se apiñaban en la distancia—, Y hace tan poco de la última... Este año el invierno se adelanta.»

La idea no le hacía ninguna gracia. Osho no recibía con agrado los inviernos en las cumbres. La humedad permanente del aire le producía artritis y cualquier movimiento le costaba un trabajo tremendo. La simple acción de levantarse todos los días de su cálido lecho se convertía en una batalla que cada año parecía exigirle un esfuerzo mayor. El invierno le recordaba que era un viejo y, en cierta manera, por eso le fastidiaba su llegada.

«La edad me ablanda —pensó—. En otra época no me habrían acosado las dudas como ahora.»

Debajo, Baso atravesó a la carrera el patio con la túnica agitada por el viento. Osho lo siguió con la mirada con la idea de llamar a su viejo amigo, pero de repente arrugó la frente.

No podía ser Baso. Baso estaba muerto.

Forzó la vista y descubrió que se trataba de Kosh, con las orejas enrojecidas y encorvado para protegerse del viento glacial. El roshun desapareció por la puerta de la cocina, sin duda a la caza de un desayuno por adelantado para aplacar su estómago insaciable.

La noticia de la desaparición de Baso había supuesto un duro golpe. A Osho se le había helado el corazón al oír por boca del Vidente, junto al resto de los roshuns congregados, que los hombres que habían enviado a Q'os habían fallecido. Osho se había quedado paralizado y sintió una opresión tal en el pecho que había tenido dificultades para respirar. Por un momento le cruzó por la mente la idea de que estaba sufriendo un ataque al corazón, si bien la terrible sensación pasó rápido. Por primera vez en su vida había sido incapaz de tomar la iniciativa delante de los hombres que estaban bajo su responsabilidad.

Sólo Ash, y luego Baracha, lo habían rescatado de la embarazosa situación recogiendo el testigo de la *vendetta* y permitiéndole regresar a sus aposentos y cerrar con firmeza la puerta a su espalda. Una vez a solas había llorado la pérdida de sus hombres.

Ahora, asomado a la ventana, le asaltó la imagen de un Baso riendo a mandíbula batiente recortado contra un cielo iluminado por un rayo ahorquillado. Osho se sonrió con el recuerdo. Hacía muchos años que no rememoraba esa imagen.

El recuerdo se remontaba al segundo día de huida de su vieja patria tras la derrota definitiva del Ejército Popular en la batalla de Hung. Osho era el único general que

había escapado de la trampa letal. Tras una retirada accidentada había alcanzado junto a los restos dispersos de su tropa los buques de la flota que aún se mantenían a flote fondeados en la costa, a treinta laqs. Sin suficientes provisiones y en medio de una desorganización absoluta, habían logrado zarpar con un viento mínimo en las velas, conscientes de que abandonaban para siempre su patria, y de que el exilio era su única esperanza, una esperanza exigua, por lo demás, ya que las escuadras de los tiranos aparecían ante su vista a toda vela.

Incapaces de dejarlas atrás, la flota de Osho se encontró atrapada entre la escabrosa costa que se extendía al oeste, la tempestad que se aproximaba desde mar adentro por el sur y los barcos enemigos cada vez más cercanos y que la superaban en número en una proporción de tres a uno.

En una apuesta a todo o nada, sólo concebible en unos hombres tan al borde de la desesperación como los comandados por Osho, la flota fugitiva puso rumbo a la tempestad.

Baso entonces no era más que un muchacho de apenas dieciséis años, todavía enfundado con orgullo en su armadura abolida y demasiado grande cuando el grueso de los guerreros del derrotado Ejército Popular se habían despojado de ellas por temor a morir ahogados lastrados por su peso. Durante aquellas tétricas horas todo parecía perdido. Con labios trémulos, los sollados musitaban oraciones dedicadas a los ancestros. Envueltos por el fragor de la tempestad caían jarcias y mástiles; las olas barrían las cubiertas y se llevaban a los hombres o volcaban naves. Nadie esperaba salir vivo de aquello. También Osho creía que ya eran hombres muertos; no a manos de sus perseguidores, pero sí víctimas de la ferocidad de la tormenta, si bien había guardado para sí sus temores en el momento de dar la orden de mantener el rumbo hacia el temporal, adoptando un papel de general bravucón por el bien de sus hombres cuando en realidad, en el fondo de su corazón, compartía su congoja.

Sin embargo, al ver a Baso con el rostro desencajado de la risa mientras el barco daba bandazos bajo sus pies y el cielo se resquebrajaba encima, tan vivo en aquel momento demencial y sin ningún temor ni preocupación por el pasado o por el futuro, ni siquiera por el presente... Esa imagen del muchacho le había hecho levantar ligeramente la cabeza y le había insuflado valor cuando más lo necesitaba.

Y ahora Baso ya no estaba, como tampoco muchos otros. Sólo quedaba un puñado de la gente que había estado con Osho desde el principio: Kosh, Shiki, Ch'eng, el Vidente Shin, Ash... Podía contarlos con los dedos de una mano. Ellos eran todo el vínculo que todavía le quedaba con su remota patria. Tenía la impresión de que a medida que morían más vulnerable se volvía, Y el desasosiego se apoderaba de él cuando conjeturaba quién sería el siguiente.

Sabía que sería Ash. Ash sería el siguiente, y la pérdida de su antiguo aprendiz sería la más dolorosa de todas.

Ash seguía en algún lugar allí fuera, en Q'os seguramente, en medio de una *vendetta*... a su edad, ¡por el amor de Dao! Sabía que nunca debía haberlo dejado ir. No a un hombre en su estado. Aun ¿sí, había estado tan sumido en su propio tormento que no se le había pasado por la cabeza intentar disuadirlo hasta que fue tarde. Ash ya había partido y él se había dado cuenta de que su viejo camarada no tenía ninguna posibilidad de regresar vivo; como tampoco la había tenido Baso.

Desconocía el porqué de la intensidad de su presentimiento, pues no había tenido trágicos sueños premonitorios ni había oído augurios desfavorables de boca del Vidente. Simplemente sentía una enorme pesadumbre cuando pensaba en su viejo amigo, como la certeza de que nunca volverían a verse.

Todo lo relacionado con el lamentable asunto de esta *vendetta* le hacía sentir así. No era capaz de concebir un desenlace sin terribles consecuencias para todos ellos.

Asomado a la ventana abierta, se rodeó el torso con los brazos para protegerse de otra ráfaga de viento. En algún lugar fuera del alcance de su vista, el postigo de otra ventana dio un golpetazo, y otro. Luego el silencio.

«La vejez me ha vuelto melancólico», pensó, pero enseguida dio un chasquido con la lengua reprendiéndose por su estupidez. Sabía que la edad no tenía nada que ver.

Cerró los postigos y dejó fuera la tormenta que se cernía a través de las montañas. Sintió otro escalofrío y regresó a sus libros y a la butaca enguatada junto al fuego acogedor de la chimenea.

Era la última hora de la tarde en Q'os. Como era habitual, la taberna Las Cinco Ciudades estaba a reborar de los operarios del puerto y de los vendedores callejeros que acababan su jornada, a los que se sumaba la acostumbrada mezcla heterogénea de forasteros que se hospedaban en las pensiones de la zona y que acudían atraídos por los buenos vinos y la comida de la taberna.

En un rincón, bajo la llama susurrante de una lámpara de gas alojada en una hornacina manchada de hollín, cinco individuos charlaban apiñados alrededor de una mesa. Los parroquianos del local apenas les prestaban atención y sólo la joven con el traje de cuero marrón atraía alguna mirada esporádica, pues era una imagen agradable para los cansados ojos de aquellos hombres, que habían estado ganándose el pan con el sudor de sus frentes desde el amanecer y que seguramente tenían que regresar a casa con unas esposas avejentadas por los continuos partos y los pesados quehaceres diarios.

—Eso es imposible —dijo Serése en un susurro, pese a que el bullicio de la taberna no le exigía bajar la voz.

Parecía no percatarse de las miradas que de vez en cuando le dirigían los clientes del bar. Quizá simplemente ya estaba acostumbrada a ese tipo de escrutinios y había

aprendido a ignorarlos.

—No creo que haya un lugar en todo el Midéres más fuertemente vigilado de lo que lo está ahora el Templo de los Suspiros. No veo un resquicio por donde podamos entrar —añadió la muchacha.

Baracha cavilaba con la mirada clavada en su vaso de rhulika y enarcó una ceja con incredulidad.

—Te lo aseguro, padre. Si hasta han llenado el foso que rodea La torre con unos peces diminutos ávidos de carne. El cuerpo de guardia de la ciudad ha empezado a arrojar a los delincuentes en sus aguas por pura diversión y atraen multitudes todos los días. Yo misma presencié el espectáculo hace tres días. Los peces se dieron un festín y cuando volvieron a sacar al hombre del agua, le habían dejado los huesos de las piernas pelados. ¿Cómo planeas superar un obstáculo como ése?

Nico, sentado cabizbajo y en silencio junto a su maestro, levantó la vista al escuchar aquello. Nunca había oído nada sobre peces carnívoros.

—Escuchadme —dijo Baracha, todavía escéptico—. Todavía no me he topado en mi vida con un lugar en el que no haya podido entrar con un poco de tiempo e inspiración. Si no podemos cruzar a nado el foso, lo haremos en balsa.

Serése suspiró exasperada.

—Eso si consigues burlar los barcos patrulla... y evitar a los ¿entinelas apostados en el interior de la torre. Por no hablar ya de Los soldados que vigilan la orilla.

—En ese caso nos hacemos pasar por un barco patrulla, cruzamos hasta la otra orilla y trepamos por la torre.

—Incluso de noche llamarías la atención. Han instalado luces en todos los pisos inferiores de la torre. Antes de que treparas tres metros ya te habría descubierto una patrulla o un agente volador.

—Entonces, olvidémonos del foso. Hagámonos con unas túnicas sacerdotales, crucemos el puente y entremos disfrazados por la puerta principal.

Tal como Baracha lo exponía sonaba fácil.

—Sí, salvo que no se permite el acceso de nadie que previamente no haya mostrado sus manos a través de una ventanita en la puerta. Comprueban que las puntas de los meñiques estén cortadas. De hecho, nadie pone el pie en el puente sin haber pasado antes ese control de identificación.

—Bueno, pues entonces la solución es obvia —repuso Aléas, atrayendo las miradas de sus compañeros. Una sonrisa generosa se dibujó en su rostro—. Nos cortamos todos las puntas de los meñiques, esperamos unas cuantas lunas y entramos tranquilamente.

—Cierra el pico, Aléas —le advirtió Baracha.

Aléas arqueó las cejas y lanzó una mirada a Nico. Sus ojos se encontraron, pero en esta ocasión Nico no lo secundó en su sonrisa distendida. Ese día estaba cansado,

había dormido poco y mal, acosado por pesadillas en las que revivía una y otra vez los sucesos de la noche anterior.

—La única manera de acceder al templo es por un medio que no hayan previsto todavía —declaró Serése.

Aléas ya estaba aburrido del tema.

—No puede permanecer encerrado en la torre el resto de su vida. Si no hay forma de entrar, esperaremos a que salga. Tal vez lo haga para el Augere. Quién sabe.

—¿Y si no lo hace?—inquirió Baracha—. Anoche casi nos liquidan. Y mientras nosotros estamos hablando ahora, ellos están barriendo la ciudad buscándonos. Todos somos extranjeros salvo tú. Sólo es una cuestión de tiempo que den con nosotros. Y esta ciudad no es el colmo de la hospitalidad, por si no te habías dado cuenta.

Sus palabras sumieron en el silencio a sus compañeros. Nico paseó distraídamente la mirada por la clientela del bar, atento a cualquier indicio de que estaban siendo vigilados.

¡Allí! Un hombre que esquivaba los ojos de Nico con una premura sospechosa. El joven aprendiz continuó observándolo unos momentos a la espera de que hiciera algo, pero el tipo pidió otra copa y siguió conversando con sus compañeros.

Nico respiró, intentando relajarse. Probablemente, aquel tipo estaba mirando a Serése; eso era todo. «Veo fantasmas por todas partes —se dijo—. Esta asquerosa ciudad está acabando conmigo. Ojalá pudiéramos marcharnos ahora mismo para no volver jamás.

Baracha se hundió en la silla y suspiró ruidosamente para dar a entender su desagrado.

—Deberíamos tomárnoslo como un cumplido —se consoló—. Están demostrando tenernos un enorme respeto.

Sin embargo, eso no era una solución para sus problemas, y a Baracha se le veía contrariado mientras se mesaba la larga barba de chivo.

Durante toda la conversación, Ash había permanecido sentado en silencio, con la vista fija en su copa y la mano del brazo herido apoyada en el regazo. Ya se prolongaba el silencio en la mesa cuando levantó la copa con el brazo sano, le dio un sorbo y volvió a dejarla.

—Estamos pasando por alto lo más obvio —señaló de pronto, sin alzar la mirada. Baracha se cruzó de brazos y suspiró.

—¿Y qué es eso tan obvio? ¿Eh, gran sabio?

—Esperan un ataque sigiloso, no abierto.

A Aléas se le pusieron los ojos como platos.

—¿Se refiere a asaltar las puertas?

Ash asintió, con un viso jocoso en las comisuras de sus labios.

—Una idea brillante —repuso Baracha—, Salvo, por supuesto, por el detalle de

que necesitaríamos un ejército.

Ash estudió uno a uno los semblantes de sus colegas. Tomó otro sorbo de vino y depositó la copa vacía en la mesa con un golpetazo de resolución.

—En ese caso, mis atribulados amigos, hemos de procurarnos un ejército.

En la calle, el sol resplandecía en un inusitado cielo despejado. Aun así, la luz que arrojaba no era ninguna bendición, pues simplemente resaltaba el carácter anodino y deslustrado de la ciudad, y según se filtraba por las calles estrechas como desfiladeros, Nico veía cómo se iba convirtiendo en algo apagado y sin fuerza.

—Sin ánimo de ofender, pero me temo que el maestro Ash ahora sí ha perdido el juicio por completo —observó Aléas, frente a la puerta de la taberna, acompañado de Nico y Serése mientras los dos maestros discutían algo en privado.

—Para empezar dudo que todavía lo conservara —repuso Nico con sequedad—, ¿De verdad creéis que vamos a salir de ésta? Sed sinceros.

Aléas caviló su respuesta mientras observaba a su maestro.

—Ambos están cortados por el mismo patrón —respondió, con un breve gesto de asentimiento con la cabeza—. Ahora que uno lo ha sugerido, el otro no tiene valor para echarse atrás. Lo harán, aunque con ello se jueguen la vida.

Aquello bastó para revolver el estómago a Nico. Levantó la vista hacia la lejana figura del Templo de los Suspiros, tan alta que incluso se divisaba desde los muelles orientales. No podía creer que estuvieran considerando seriamente asaltar aquella fortaleza. Pese a lo que pudiera pensar Aléas, no cabía duda de que era simple cháchara, y al cabo sus planes no desembocarían en nada concreto y se verían obligados a abandonar la ciudad sin consumir la vendetta. Según había oído decir, no sería la primera vez.

Sin embargo, había llegado a conocer muy bien a su maestro y sabía que estaba alimentando una falsa esperanza. Desvió la mirada de la torre y trató de pensar en otras cosas.

Serése lo observaba con atención.

—¿Cómo te encuentras hoy? —se interesó la muchacha.

—Un poco cansado —confesó Nico—. No he dormido bien. Creo que me alegraría marcharme de este lugar.

—No te gusta Q'os, ¿eh?

—No, nada. Demasiada gente y pocos sitios donde encontrar un poco de soledad. Aléas le palmeó la espalda.

—Palabra de verdadero granjero.

—¿Cuándo demonios te he dicho yo que fuera granjero?

—Nunca. Básicamente lo sé por tu olor.

Nico no estaba de humor para su habitual intercambio de bromas, y le habría

respondido con alguna insolencia si no hubiera advertido en ese preciso momento que Baracha echaba a andar. El Alhazií sacudió la cabeza en dirección a Aléas y su hija para que lo siguieran.

Aléas se despidió de Nico con un gesto.

—Cuídate —le dijo Serése cuando ya corría con Aléas en pos de su padre.

Ash se acercó a él con la cabeza gacha.

—Tengo que hacer unas averiguaciones. Vamos.

—Un momento.

Ash se volvió con impaciencia.

—Lo que ha propuesto... Me refiero a lo del asalto de la torre Me parece una locura.

La piel negra de su maestro parecía más fina a la luz del sol vespertino. Había perdido mucha sangre la noche anterior.

—Lo sé —aseveró; su voz sonaba fatigada—, Pero tú no te preocupes. Prometí a tu madre que te mantendría a salvo, ¿lo recuerdas?

—Me parece que el concepto de seguridad de mi madre y el suyo son dos cosas completamente distintas.

Ash asintió.

—Aun así, todavía tengo la intención de mantener mi promesa. Cuando entremos en la torre, tú no me acompañarás. Es demasiado peligroso. Todavía no estás preparado para algo así. Coincido contigo, Nico. Este plan es un poco loco, pero sospecho que para cumplir esta *vendetta* será necesaria esa pizca de locura. Mientras nosotros estemos dentro, tú te quedarás con Serése y nos ayudarás a escapar si es que conseguimos regresar.

—No sólo me preocupo por mí.

El rostro del anciano recuperó un poco el color.

—Lo entiendo, pero es nuestro trabajo, Nico. Son los riesgos que debemos asumir. —Acabó con toda posibilidad de proseguir la discusión encogiéndose de hombros—. Basta ya de cháchara. Vamos.

La casa era una más en una calle repleta de viviendas, todas ellas estructuras abandonadas por sus antiguos moradores, con las ventanas destrozadas o tapadas con tablones y el interior sembrado de escombros; algunas carbonizadas y otras derruidas. Sólo aquella casa seguía habitada, en medio de una hilera de casas adosadas en ruinas. Aun así, atendiendo a su aspecto, era tan poco habitable como las demás. Las ventanas estaban recubiertas de hollín y el interior quedaba oculto detrás de unas cortinas oscuras. La pintura, que en otro tiempo debía de haber sido de un alegre amarillo, se descascarillaba en el enladrillado de los muros. De los canalones del tejado colgaba suelta una veleta —con la forma de un hombre desnudo blandiendo un

rayo— que chirriaba mecida por la brisa suave.

Nico levantó la mirada y lo embargó una sensación de indefensión bajo aquella veleta oscilante que tenía toda la pinta de poder caer en cualquier momento, aunque seguramente llevaba meses, o incluso años, balanceándose de aquella manera. El golpeteo de Ash siguió resonando al otro lado de la puerta después de que el maestro roshun hubiera dejado caer la mano y dado un paso atrás para aguardar a que abrieran.

A su espalda yacían las ruinas de una extensa manzana de edificios que habían sido arrasados por el fuego muchos años atrás. Una enorme montaña de basura se levantaba desde el suelo cubierto de escombros y ocultaba gran parte del cielo. Las ratas se deslizaban por su superficie con descaro y correteaban por los desechos, que se agitaban como unas manos que suplicaran ayuda. El hedor a putrefacción era insoportable, y ni siquiera las ráfagas de viento lo disipaban, más bien al contrario, ya que revolvía todos los olores dando lugar a una fetidez que provocaba arcadas y hacía saltar las lágrimas.

Nico intentó contener la respiración y se volvió de nuevo a la puerta de madera maciza llena de arañazos de la casa que visitaban. A su lado, Ash tarareaba algo entre dientes. A Nico no le pareció una melodía, sino más bien como una sucesión de palabras pronunciadas con la boca cerrada.

—Así pues, ¿tu pueblo todavía no ha descubierto el arte de la música?

Ash dejó de tararear y se lo quedó mirando, y justo iba a decir algo cuando en el interior de la casa se oyó cómo una silla se estrellaba contra el suelo, o algo igual de estrepitoso. Alguien maldijo. Llegó un ruido metálico de cadenas. Un rayo rajó el cielo, y luego otro. La puerta giró sobre los goznes y se abrió hacia dentro arañando el suelo.

—¿Sí?

La mujer era bajita y con la espalda encorvada casi paralela al suelo. En una mano aferraba una lámpara, y en la otra, un bastón que soportó todo su peso cuando levantó la cabeza para mirar con fastidio a la pareja de desconocidos plantados delante de ella. Nico contempló con espanto su rostro mugriento; su cabellera lamida semejava el pelaje de un animal, y exhibía un bigote más hirsuto del que podría haberse dejado crecer él.

—Nos gustaría ver a Gamorrel —dijo Ash—. Dígale que ha venido el extranjero de tierras remotas.

—¿Qué? —inquirió la mujer.

Ash soltó un suspiro y se inclinó hacia el oído de la anciana.

—¡Avisé a su marido!—dijo, alzando la voz—, ¡Dígale que un viejo extranjero de tierras remotas quiere hablar con él!

—Oiga, que no estoy sorda —repuso la mujer—. Pasen, pasen.

El estado del interior de la casa no difería demasiado del exterior. Ash y Nico siguieron codo con codo a la anciana que enfilaba por el pasillo del vestíbulo arrastrando los pies, como en una procesión hacia las entrañas de un templo secreto; si bien un templo con las paredes de ladrillo enlucidas con yeso descascarillado y adornadas con cuadros hasta los que no llegaba luz titubeante de la lámpara que la mujer sostenía a la altura de la cintura. Delante de la comitiva se extendía un suelo de madera blanqueado por una gruesa capa de polvo y arenilla que raspaba la suela de sus botas. En el aire que los envolvía imperaba un hedor de mil demonios, como a col que hubiera estado hirviendo día y noche ininterrumpidamente. Una rata se deslizó entre sus pies; otro puñado de roedores correteaba por los márgenes del corredor.

Ascendieron una escalera que crujió bajo su peso como si estuviera a punto de derrumbarse. Sólo podían subir los peldaños de uno en uno y debían esperar a que la mujer dejara libre el siguiente para poner ellos el pie. Ash y Nico intercambiaron una mirada en silencio. Al cabo llegaron a una puerta que tenía un sigilo trazado con pintura roja —o quizá sangre— que representaba una estrella de siete puntas.

Entraron en un salón: una estancia iluminada por un puñado de lámparas humeantes dispuestas sobre una mesa repleta de estatuillas, amuletos, morteros de piedra, cuchillos, alfileres y otros objetos imposibles de identificar. El techo se escondía detrás de un mar de sábanas que caían combadas, como si fuera una tienda de campaña. Debajo, sentado en un sillón cerca de la ventana con cortinas, había un hombre de edad avanzada que llevaba puesto un chaleco. Tenía las manos apoyadas sobre el vientre y los ojos cerrados. En su regazo descansaban un puñado de ratas con las colas enroscadas que se volvieron hacia los recién llegados.

El hombre se despertó con el ruido de la puerta que se cerró detrás de Nico y Ash, se rascó y continuó roncando. Un mechón de pelo lacio le cruzaba el rostro.

—¡Gamorrel! —vociferó Ash, sacudiendo los pies del anciano y espantando de paso las ratas instaladas en su regazo.

Gamorrel no despertó sobresaltado, sino que abrió los párpados de un ojo lo imprescindible para ver con él, como reconociendo el terreno antes de decidirse a abandonar el refugio del sueño. Cuando reparó en Ash, hizo un mohín y se despabiló.

—Debería habérmelo imaginado —repuso con su voz castigada por el tiempo—. Sólo un roshun osaría despertar a un sharti.

—Levántate. Tenemos que hablar.

—¿Eh? Hablar de qué.

Una bolsa de piel llena de dinero aterrizó sobre su regazo, y su peso bastó para que el anciano se incorporara como un resorte, con una sonrisa de oreja a oreja bajo los bigotes, dejando al descubierto una dentadura parda como la cerveza.

—Interesante —babeó, y se levantó con agilidad del sillón—. Por favor,

acompañame a mi despacho.

Guió a Ash al interior de otra estancia y cerró la puerta a su espalda.

—Siéntate —dijo la mujer, empujando a Nico hasta uno de los sillones que había junto a la ventana—. ¿Chee, eh? ¿Quieres un poco de chee?

Nico sonrió e hizo un gesto negativo con la cabeza. Le asaltó la imagen de las ratas correteando por todas partes, la mugre y la basura que atiborraban la casa y la roña incrustada en las uñas amarillentas de la anciana.

—Sí, ¿verdad? —insistió la anciana, y antes de que Nico pudiera contradecirla ya se había adentrado renqueante en otra habitación, por cuya puerta abierta emanó una nube de vapor impregnada del tufillo húmedo de col.

Nico oyó que la anciana espantaba algo a gritos y luego el choque de las tazas.

Un reloj mecánico hacía tic tac en algún rincón del salón, aunque no conseguía verlo entre todos los cachivache que abarrotaban sin orden ni concierto las paredes. No estaba cómodo en el sillón, tenía la sensación de estar sentado sobre un suelo cubierto de gravilla, de modo que se levantó y sacudió las cagarrutas de rata esparcidas por el asiento. Volvió a sentarse con aprensión. Estuvo a punto de posar los brazos sobre los brazos del sillón, pero cambió de opinión y los dejó caer sobre su regazo.

La anciana regresó tambaleante, cargada con una bandeja que amenazaba con estrellarse contra el suelo en cualquier momento y sobre la que asomaban una tetera humeante de chee y dos tazas blancas de porcelana.

—Déjeme ayudarla —dijo Nico, levantándose; le cogió la bandeja de las manos y la posó sobre una mesita de café.

Ella sonrió y se sentó en un sillón enfrente de Nico, encorvada incluso sentada y con la mano todavía apoyada sobre el bastón. Contempló detenidamente al muchacho mientras éste servía el chee.

—Gracias —dijo Nico, con una sonrisa forzada, y se hundió en el sillón con la taza en la mano, si bien no le dio ni un sorbo.

La anciana le correspondió inclinando la cabeza sin dejar de escrutarlo. Nico se preguntó qué estaría viendo.

—Dime, ¿sueñas a menudo? —le preguntó la mujer.

Nico reflexionó unos segundos.

—Últimamente tengo muchos sueños —confesó el muchacho.

—Algunas personas sueñan más que otras, eso ya lo sabrás. Y algunas también ven mejor que otras. Puedo asegurarte que tú eres una de esas personas. Eres afortunado. Mi marido es igual.

Nico se quedó mirando la taza entre sus manos. El chee tenía un aspecto apetecible y la porcelana estaba limpia. Levantó un instante la mirada y sonrió; luego desvió los ojos en otra dirección y al fin vio el reloj sobre un pedestal apoyado contra

la pared de enfrente, junto a un perchero de pie del que colgaba un abrigo de amplios faldones y una chistera negra. Le incomodaba la mirada de la anciana, y la hedionda nube de vapor que seguía escapándose por la puerta abierta de la cocina empezaba a revolverle el estómago.

Nico se obligó a mirar a su anfitriona, cuya piel tenía el color de la grasa quemada incrustada en un fogón. Sus miradas se encontraron y el joven aprendiz vislumbró en sus ojos vidriosos un atisbo de vulnerabilidad, de sensibilidad sepultada bajo antiguas cicatrices. También leyó aburrimiento en ellos, revestido con la cortesía que exhibía con él.

La anciana hizo un gesto inclinando la cabeza, como si Nico acabara de regresar de algún lugar y estuviera saludándole.

—Por eso él es sharti, ¿sabes? Me refiero a mi marido. Conserva un gran poder en los ritos ancestrales. Mucha gente sigue acudiendo a él, gente desgraciada, desesperada... Son muchos los que aún solicitan sus servicios.

—Entonces, ¿ustedes no son mannianos?

—¿Eh? ¿Mannianos? No, muchacho. Si los mannianos se enteraran de a qué nos dedicamos, nos convertirían en esclavos.

Aquí practicamos los ritos ancestrales, los primigenios. Nos llaman herejes por ello. A nadie desprecian más los mannianos que a nosotros y a los pobres. —Hizo una pausa para coger su taza de la mesa y llevársela a los labios fruncidos. Sorbió ruidosamente, dos veces, y volvió a dejar la taza en la mesa—. No sabes a qué me refiero cuando hablo de los ritos ancestrales, ¿verdad?

Nico meditó un momento. Recordó que su madre se persignaba siempre que veía una pica sola, una costumbre que incluso le había pegado. También se acordó de que siempre dejaba una vela encendida sobre el alféizar de una ventana abierta las noches del solsticio de invierno.

—No estoy seguro. —Nico se encogió de hombros—. Esos ritos, ¿todavía se practican en algún lugar?

—Oh, se practican en todas partes, pero sólo a escondidas. En tradiciones donde perdieron su auténtico significado hace mucho tiempo y por aquellos que son lo suficientemente viejos como para acordarse de cómo eran nuestras vidas antes de Mann. Sólo en Alto Pash los ritos ancestrales conservan su auténtica esencia. E incluso más lejos aún, en las Islas del Cielo. Por eso sus vidas son eternas, ya sabes. Cuando uno de ellos muere, utilizan esos conocimientos ancestrales para resucitarlo. Sí, este tipo de cosas son las que los mannianos quieren que olvidemos.

Nico escuchaba a la anciana con un brillo de aparente interés en los ojos. Reprimió el impulso de rascarse los tobillos, donde notaba las picaduras y los saltitos de los piojos. Lanzó una mirada a la puerta cerrada preguntándose cuánto tardaría el maestro Ash en regresar. ¿Qué estarían haciendo allí dentro, por el amor de Dao?

La anciana aspiró profundamente y balanceó el bastón que sujetaba por la empuñadura con su mano atrofiada.

—Qué chico más educado. Te quedas ahí escuchando a una vieja cuando podrías estar en cualquier otro lugar. Bueno, creo que ya habrán acabado con sus asuntos.

Nico soltó la taza en la mesa en cuanto oyó que se abría la puerta y ya estaba de pie cuando Ash salió de la habitación seguido por el anciano.

—... hay que ser puntual, ¿de acuerdo? —decía Ash.

El maestro roshun reparó en la taza de chee en la mesita y se detuvo para cogerla. Le dio un trago largo y dirigió una sonrisa a la anciana antes de apurar el resto del contenido de la taza. Luego hizo un gesto sacudiendo la cabeza hacia Nico, para que lo siguiera, y enfiló a trancos hacia la escalera.

—Gracias por el chee —dijo Nico apresuradamente, y salió en pos de su maestro.

Cogieron un tranvía para regresar al distrito de los muelles orientales y se acomodaron en unos asientos de las filas traseras. Ash pasó un rato mirando por la ventana que tenía detrás.

—¿Cree que nos siguen?

Ash se volvió.

—Es difícil saberlo —masculló. No parecía demasiado preocupado.

El tranvía atravesó traqueteando una vasta plaza en tres de cuyos lados se levantaban edificios de mármol blanco y que estaba atestada por una masa arremolinada de miles y miles de individuos embutidos en túnicas rojas.

—Peregrinos —dijo Ash sin dar tiempo a su aprendiz a formular la pregunta.

—Tengo otra pregunta —repuso Nico, alzando la voz lo suficiente para que se le pudiera oír por encima del bullicio de la multitud—. ¿Consiguió lo que buscaba en la casa que hemos visitado?

—Eso espero.

—¿Y no va a contarme nada más sobre el tema?

—De momento, no.

Nico resopló con exasperación.

—Tiene usted un método fantástico de enseñanza: explicar lo mínimo a su aprendiz, incluso cuando le pregunta.

—Durante una misión siempre conviene resolver por uno mismo las dudas.

Nico soltó un gruñido.

—Una teoría muy oportuna. Así se ahorra responder mis preguntas.

—Además eso.

Un bache en la calzada hizo temblar las ventanas del tranvía. Ash giró el cuerpo para echar otro vistazo atrás. Cuando devolvió la vista al frente, empezó a acariciarse el dedo pulgar con el índice mientras meditaba.

Unos segundos después se levantó y se agarró a la redecilla portaequipajes para mantener el equilibrio.

—Regresa a la pensión y espérame en la habitación. Quédate allí hasta que yo vuelva.

Y sin esperar una respuesta enfiló hacia la salida abierta, saltó a la calle y se alejó rápidamente. Durante unos instantes siguió la misma ruta que el tranvía, hasta que Nico, con la cara apretada contra el cristal de la ventana, lo perdió de vista.

Un rato después, el tranvía llegó a los muelles orientales y Nico por fin empezó a reconocer los lugares que atravesaba. Contempló por la ventana las calles que iba dejando atrás y la vaga familiaridad de las vistas suponía una sensación reconfortante también vaga.

Una muchacha cruzó la calzada con paso enérgico y Nico reparó en su cabellera oscura. Se levantó dando un respingo, se adelantó hasta la puerta de salida y bajó.

—¡Serése! —gritó, pero la muchacha estaba demasiado lejos para oírlo.

La perdió de vista al llegar a la esquina de la siguiente manzana. Era ella, no había duda. Siguió caminando en la misma dirección, mirando a un lado y otro. Las calles estaban atestadas de gente como era habitual a última hora de la tarde. Los peatones se deslizaban apresuradamente por las aceras mientras los tranvías y los carros avanzaban con pesadez por la calzada. Un templo lejano dio la hora: dos campanadas y luego el silencio.

Enfiló por una calle de edificios idénticos con ventanas altas abiertas al aire de la ciudad y por donde escapaba el ruido de los trabajos industriales que se llevaban a cabo dentro. Se detuvo frente a una de las ventanas de la planta baja para echar un vistazo. Parecía un taller, aunque gigantesco; una nave amplia y polvorienta. Cientos de personas, la mayoría mujeres y niños, formaban filas sentadas sobre unas esterillas extendidas en el suelo, ajetreadas en una tarea repetitiva que al principio Nico no identificó. Otro grupo de niños barría los restos de tela del suelo, mientras que los hombres que allí trabajaban recorrían, empapados en sudor, los pasillos empujando carritos llenos de telas. Los trabajadores sentados en las esterillas arrojaban los productos terminados a los carritos según pasaban por su lado, mientras que otros los sacaban de ellos. Unos cuantos supervisores deambulaban entre los operarios, llamando la atención de vez en cuando a algún trabajador. Transcurrido un minuto, Nico no había visto ni rastro de Serése y dejó de mirar. Era evidente que la había perdido.

Por un momento pensó en regresar a la pensión, pero la perspectiva de pasarse el día metido allí, solo y dándole vueltas a los acontecimientos de la noche anterior, le resultaba deprimente. De modo que optó por dar un paseo pese a que las calles de la ciudad no eran mucho más acogedoras que su cuartucho de la pensión.

Fue a parar a un distrito de aspecto más refinado, con hileras de árboles a lo largo

de las avenidas, plazoletas con casas de chee o fuentes de aguas cristalinas, y una atmósfera tranquila muy distinta del ajetreo de los muelles orientales. No obstante, Nico sentía en el fondo de su corazón que aquella ciudad no era para él. Apenas encontraba nada con lo que sentirse identificado y era rara la ocasión en la que posaba los ojos en algo que le proporcionara la sensación reconfortante de lo conocido. Todo le resultaba intimidante, no sólo las proporciones de los edificios, sino también el comportamiento de la gente.

Por lo menos en Bar-Khos, los desconocidos hablaban entre sí y los tenderos siempre tenían una sonrisa en los labios. Si de pronto se producía una pelea o una discusión, la gente siempre intervenía para calmar los ánimos. Por muy castigada por la guerra que estuviera Bar-Khos, o quizá por eso mismo, entre su población asediada pervivía un sentimiento de comunidad, de que compartían unas vidas con un propósito común que trascendía cualquier credo, religión o ideología. En Q'os, sin embargo, el carácter de la gente tenía algo de avinagrado e individualista. Era como si les hubieran prometido de todo en sus vidas —sí, y lo habían obtenido todo también— y, sin embargo, allí seguían, más atribulados y descontentos que antes.

Tal vez lo que Nico necesitaba con urgencia era un vasto espacio verde para contrarrestar la presencia permanente y opresiva del hormigón y el ladrillo. Ni corto ni perezoso detuvo a un muchacho en medio de la calle y le preguntó cómo llegar al parque más cercano, con la esperanza de que el chico no lo mirara con ojos bizcos por la confusión y le respondiera que en Q'os no había ese tipo de cosas.

Por el contrario, el muchacho le dio unas indicaciones muy sencillas, pues sólo estaba a una manzana. Nico torció la esquina y se le iluminó la mirada. Era cierto, justo delante de él se extendía un pequeño parque cercado por una verja negra de hierro forjado. Apresuró el paso y enfiló hacia la entrada; la gravilla del sendero crujía bajo sus pies. Fue aminorando la marcha para embeberse del paisaje. El parque era interesante a su manera, y estaba prácticamente vacío, sólo se atisbaba alguna que otra figura solazándose sentada entre los arbustos y un puñado de borrachos arrellanados en la hierba alta y descuidada, como si alguien los hubiera plantado allí bajo el sol.

Nico eligió el lugar más apartado del resto de la gente y se sentó bajo un árbol. Con el rostro al sol de la tarde, casi empezaba a relajarse. Se le cerraron los ojos y se imaginó en otro lugar: en su casa de Khos, sentado en las colinas boscosas que se levantaban detrás de la pequeña granja de su madre.

En días como ése solía salir de excursión acompañado por *Boon* y con la mochila a la espalda, donde llevaba un trozo del keesh recién hecho por su madre, algo de queso, un frasco con agua, su reclamo de aves, unos anzuelos e hilo de pesca. Acometía la ascensión dejando atrás sus preocupaciones y avanzaba por las pendientes sudando y respirando trabajosamente, envuelto por el aire fresco y

vigorizante de los valles montañosos; su espíritu se aplacaba un poco más a cada paso mientras *Boon* correteaba de un lado a otro olfateando el suelo atento al rastro de conejos, ratones, o cualquier animal que pudiera cazar.

A veces, cuando *Boon* ya se había tranquilizado lo bastante como para tenderse en el suelo y aguantar quieto, Nico se dedicaba a la pesca en las charcas de las montañas y capturaba una trucha arco iris tras otra, que luego llevaría con orgullo a su madre para la cena. En otras ocasiones, cuando tenía un ánimo más contemplativo, buscaba una superficie llana entre las rocas desde donde se dominara algún estanque profundo y se dedicaba a lo que llamaba la pesca con guijarros: arrojaba piedrecitas que hacían un plaf sordo al impactar con el agua y las veía hundirse con nitidez. Si la suerte le sonreía, desde su escondrijo en el margen del lago salía disparada hacia el guijarro una trucha joven, que volvía a alejarse en cuanto descubría que no era nada comestible. El objetivo de Nico no era capturar peces, sino observarlos. Podía pasarse horas así, horas.

Si no se le había hecho tarde, Nico ascendía a la cumbre de la montaña más cercana sin importarle el hambre, el cansancio ni el dolor de pies, preguntándose si su padre alguna vez habría pisado el terreno por el que avanzaba cuando salía de caza o durante alguna de sus excursiones solitarias. Cuando coronaba el pico, se dejaba caer en el suelo junto a *Boon*—, resollando penosamente y embriagándose con las vistas de la vasta extensión de tierra a sus pies y el distante azul verdoso del mar. El salitre impregnaba el aire que corría allí arriba y que Nico aspiraba a bocanadas. Se le erizaba el vello con las suaves ráfagas de viento. Se sentía en paz con el mundo. Su vida encajaba en un contexto auténtico y sus problemas se le figuraban una nimiedad; se daba cuenta de que nada importaba de verdad, ni sus miedos ni sus inseguridades, ni sus esperanzas ni sus anhelos. Todo era pasajero y estaba en continuo movimiento, sólo parecía existir el momento presente, la conciencia de vivir en un instante concreto. Entonces miraba a *Boon* a los ojos y se daba cuenta de que el perro ya conocía ese estado del espíritu y envidiaba la simplicidad de su existencia.

—¡Eh! ¡Hola!

Al oír la voz Nico regresó de sus evocaciones y abrió los ojos. Poco a poco comenzó a distinguir los colores; en un principio únicamente vio una silueta verde que se levantaba delante de él recortada contra el cielo. Estiró el cuello y se protegió con la mano los ojos del sol.

Era Serése, con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—Me has quitado el sitio —espetó antes de que Nico pudiera hablar.

—¿Qué? —inquirió el muchacho, incorporándose.

—Que me has quitado el sitio —repitió Serése.

Nico esbozó una sonrisa, desconcertado, y paseó la mirada por los borrachos y los drogadictos diseminados por el pequeño parque.

—Ya entiendo. Vienes a menudo por aquí, ¿verdad?

Serése se sentó junto a él y lo empujó a un lado para tener más espacio junto al tronco del árbol. Nico notó el cálido cuerpo de la joven apretado contra el suyo y sintió un estremecimiento que le recorrió la espalda de arriba abajo.

—Nuestra pensión está aquí cerca —explicó Serése—. Mi padre se negó en redondo a que me quedara en el cuchitril de los muelles donde han estado alojados él y Aléas estos días, así que nos hemos trasladado a una pensión mejor. Ellos han regresado a la habitación para descansar y discutir el plan. A mí no se me ocurre nada más tedioso; preferí salir a dar un paseo y buscar un sitio donde sentarme al sol. —Miró en torno a sí, con la nariz arrugada—. Y me temo que eso es todo.

Sacó un cigarrillo marrón liado a mano del bolsillo y encendió una cerilla para prender la punta. Le dio una calada y soltó una bocanada de humo; el olor a hazii asaltó las fosas nasales de Nico.

—¿Fumas? —preguntó Serése, ofreciéndole el cigarrillo.

La madre de Nico afirmaba que el hazii era perjudicial para los pulmones, peor aún que la grindelia. Y debía ser cierto, porque ella misma sufría unos accesos de tos que parecía que iban a acabar con su vida después de una noche filmándolo. Nico estuvo a punto de declinar la invitación, pero entonces se dijo que por qué no y lo cogió con cautela. Aspiró un hilito de humo que le llegó hasta los pulmones y devolvió tosiendo el cigarrillo a Serése.

—¿He interrumpido algo? —preguntó la muchacha ante el silencio de Nico, que todavía no había regresado por completo de las colinas de Khos.

—No, sólo me había puesto a recordar.

—Bueno, pues en ese caso no te molesto más. —Se puso en pie con un solo movimiento elegante, como si fuera un gran gato.

—Por mí no te vayas —repuso rápidamente Nico.

Serése alargó la mano hacia el chico.

—Estaba tomándote el pelo. Si vamos a pasar la tarde juntos, preferiría no hacerlo aquí.

Nico no podía estar más de acuerdo, así que aceptó su mano y dejó que tirara de él para levantarlo.

—¿Y adonde sugieres que vayamos? —preguntó, todavía las manos de ambos entrelazadas.

Ella se encogió de hombros.

—Caminemos un rato.

Le soltó la mano y le tomó del brazo. El aire empezaba a soplar frío a medida que el sol se escondía tras los edificios de los alrededores. Por todas partes los envolvía el trajín de los peatones que recorrían apresuradamente las calles arriba y abajo; los esclavos con los cuellos apresados por los grilletes de hierro acarreaban pesadas

cargas que mantenían en equilibrio sobre sus cabezas. Pasaron por delante de varios restaurantes cuyas puertas abiertas despedían aroma a comida.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Nico, aunque él mismo no sentía ningún apetito.

Serése meneó la cabeza y su melena oscura se contoneó sobre sus hombros.

—Necesito un poco de aire fresco. ¿A veces no te gusta simplemente caminar?

—Por supuesto —respondió Nico al punto.

Serése le pasó otra vez el cigarrillo de hazii y en esta ocasión Nico le dio una buena calada.

—Parece que después de todo Aléas y tú os habéis hecho buenos amigos.

—Supongo. Aunque no es que Baracha... es decir, tu padre, lo apruebe del todo.

—Claro que no. Eres el aprendiz de Ash.

Nico se volvió a la muchacha con una mirada inquisitiva. Ella se encogió de hombros.

—El maestro Ash es el mejor roshun de la orden —reveló Serése—, y todo el mundo lo sabe. A veces eso molesta a mi padre, pues siempre ha albergado el deseo malsano de convertirse en el mejor. No soporta que no sea así. Pero no se lo tengas en cuenta. Mi madre me contó cosas sobre su infancia y sobre mi abuelo, que al parecer era un hombre violento y autoritario, además de estrecho de miras. Humillaba a su hijo a la menor ocasión y hasta el día que murió no le demostró otro sentimiento que no fuera desprecio. Eso modeló el carácter de mi padre, y no puede hacer nada para remediarlo.

Nico reflexionó un instante y trató de cotejar esa descripción con el alhazií autoritario que él había conocido.

Pasaron por delante de las cafeterías de las calles laterales, donde las conversaciones de los clientes se desarrollaban en un tono cada vez más enérgico y escandaloso. Las sombras empezaban a alargarse.

—En cierta manera a mi madre le ocurre lo mismo —dijo Nico tras un silencio—. Algo que le ocurrió en el pasado sigue perfilando su carácter.

—¿También sus padres?

—No. Mi padre.

Serése dijo algo, pero Nico no lo oyó. Su paso brioso fue debilitándose hasta que finalmente se detuvo en seco.

Justo delante de ellos algo rodaba por el suelo y Nico se quedó mirándolo con gesto sorprendido. Era una semilla de cicado; su verdor lozano contrastaba con el gris apagado de los adoquines. Alrededor de la semilla se extendía un manto de hojas quebradas y pisoteadas entre las que se atisbaban varias semillas similares, aunque de un tamaño menor del habitual. Nico alzó la vista y observó uno a uno los pisos del edificio junto al que caminaban. Por el filo del lejano tejado asomaban las ramas de

un árbol.

Serése siguió su mirada.

—Un jardín de azotea —explicó la muchacha—. A la gente rica le gusta tener uno. —Frunció fugazmente los labios—. Vamos —añadió, escabulléndose por un callejón que se extendía por un flanco del edificio.

Nico salió tras ellas y Serése se detuvo bajo una escalera fijada al enladrillado de la fachada: una salida contra incendios a la que se accedía desde una ventana en cada planta del edificio y que llegaba al tejado. Nico comprendió qué se proponía la muchacha y la excitación se apoderó de él.

Serése se encaramó a sus hombros para tomar impulso. A Nico se le dibujó una sonrisa; le temblaban las piernas bajo el peso de la muchacha, que flexionó las rodillas y dio un salto para aferrarse al primer peldaño de la escalera de madera; se impulsó hacia arriba y Nico se quedó admirando su figura ágil mientras ella tiraba del seguro que mantenía la escalera plegada.

La escalera corredera se abrió con estrépito y aterrizó justo a los pies de Nico.

—¿A qué esperas ahí boquiabierto? —le preguntó, jadeando.

El jardín de la azotea era pequeño, pero estaba bien cuidado. Una mano esmerada le había permitido desarrollarse con naturalidad sin llegar al punto de parecer un mero pedazo de selva. Hileras de árboles enanos plantados en tiestos de barro y espesos arbustos en arriates con la superficie cubierta de diminutas astillas definían su contorno, mientras que en el espacio interior crecía la hierba con total libertad, salpicada de flores azules y amarillas. Justo en el centro había una pequeña fuente. Sus aguas discurrían por un cauce artificial, construido con piedras lisas pero irregulares que pretendían darle la apariencia de un minúsculo arroyo de montaña.

Nico y Serése admiraron aquel reducto de naturaleza casi salvaje aislado por completo de los edificios de los alrededores; tenían la sensación de encontrarse en cualquier sitio menos en las entrañas de la metrópoli más grande del orbe. Al fondo del terrado había una caseta con una puerta, sin duda un acceso a la escalera del edificio. Serése intentó abrirla, pero descubrió complacida que estaba cerrada con llave. Se sentaron en un banco junto al arroyo y disfrutaron en silencio del regalo del jardín secreto. Hasta allí arriba el runrún de la ciudad llegaba como un zumbido apenas audible.

Serése encendió otro cigarrillo de hazii y arrojó una bocanada de humo a la luz mortecina.

—Estuviste muy bien —dijo la muchacha—. Me refiero a anoche.

Lo ocurrido la noche anterior era un tema que todavía no había mencionado ninguno de los dos.

—¿De verdad lo crees? Estaba tan asustado que me quedé paralizado por el

miedo.

—¿Y? No fuiste el único. Sin embargo, hiciste lo que tenías que hacer. Demostraste tu valentía.

Nico contempló con detenimiento a la muchacha sentada a su lado, mirándola como era debido y despojado de todo atisbo de timidez y formalidad. De repente reparó en algo que se escondía tras aquella máscara luminosa y bella. Serése tenía los nervios a flor de piel y reclamaba a gritos que alguien aliviara su soledad.

La muchacha dio otra calada profunda al cigarrillo y lo pasó a Nico.

—¿Valentía? —repitió el muchacho como si fuera la primera vez en su vida que pronunciaba la palabra.

El rostro del hombre que había matado se apareció fugazmente delante de él: su mirada resuelta hasta el mismo instante que Nico lo alcanzó con su acero, cuando adquirió un gesto de sorpresa que fue tornándose progresivamente en la mirada de un hombre que comprende que va a morir.

—No, no fue la valentía precisamente lo que me empujó a hundir la espada en el estómago de aquel hombre. Fue el miedo. No quería morir allí. No quería que me matara. De modo que yo lo maté antes.

Le sorprendió hablar con tanta franqueza de sus sentimientos más íntimos. Se preguntó si habría cambiado algo en su interior, si habría madurado desde la noche anterior. Tal vez sólo se trataba de los efectos desinhibidores del cigarrillo de hazii.

—Es curioso —continuó reflexionando en voz alta Nico—, Desde que me marché de Khos me he dado cuenta de unas cuantas cosas. Por ejemplo sobre mi padre. Fue el hombre más valiente que he conocido jamás, aunque en su momento no fui capaz de comprenderlo. Creo que en lo más profundo de mi interior, después de que lo abandonara todo y huyera, albergaba el temor de que en realidad fuera un cobarde. Cuando era más joven, tenía esos conceptos de valentía, del valor en el campo de batalla y de todas esas cosas que se cuentan en las historias, por supuesto. Pero ahora me hago una idea de lo que debió de pasar mi padre cada uno de los días que vivió bajo las murallas, y me pregunto cómo fue capaz de aguantar tanto tiempo de esa manera, levantándose todas las mañanas consciente del día que lo esperaba. Ahora entiendo por qué eligió cambiar de vida y alejarse de todo eso sin detenerse un momento a reflexionar sobre lo que podía depararle el futuro. Me conformaría con haber heredado la mitad de su entereza.

Nico dirigió la vista al cigarrillo que sujetaba entre los dedos; se había olvidado por completo de él y se había apagado. Se lo devolvió a Serése. La cabeza le daba vueltas.

—La valentía es algo de lo que no sé mucho, Serése... Desconozco de qué se trata. Cuando estoy en apuros, lo que siento sobre todo es miedo.

Serése prendió de nuevo el cigarrillo liado a mano. Estaba sentada con la barbilla

apoyada sobre un puño.

—Te entiendo —repuso con voz queda—. Anoche también fue mi primera vez. Creo que tampoco lo estoy llevando demasiado bien.

De repente, sus ojos se abrieron alarmados. Una sombra atrajo sus miradas hacia el cielo y vislumbraron un agente volador que pasaba por encima de ellos y remontaba el vuelo con sus alas de murciélago negras, impelido por las corrientes de aire caliente que se deslizaban sobre la ciudad. Un escalofrío sacudió el cuerpo de Serése.

—¿Estás bien?

—Sí —le tranquilizó, aunque el tono de su voz delataba su zozobra.

«Distráela», le sugirió una voz en su interior.

—Cuéntame algo de ti, Serése.

—¿Qué quieres saber?

—No sé... ¿Por qué no me hablas de tu madre?

Sacar ese tema fue un error, lo vio inmediatamente en los ojos de la muchacha. Aun así, ella hizo un esfuerzo.

—Mi madre murió hace algunos años. Así fue como me reuní :: n mi padre; apareció cuando mi madre enfermó. Vino a vernos t Minos y cuando ella falleció, me llevó con él a Cheem. Me quedé allí, en las montañas, con todos esos hombres entrenándose r ara convertirse en asesinos, hasta que cumplí los dieciséis.

—¿Nunca te planteaste seguir los pasos de tu padre?

—¿Yo? ¿Convertirme en roshun? No, odiaría llevar ese tipo de vida.

—¿Y cómo llegaste aquí?

Serése sonrió, si bien en su sonrisa torcida no había ni pizca Je regocijo.

—Acabé harta de todo aquello, estaba volviéndome loca. Intenté huir un par de veces. En una ocasión me enamoré y eso causó una gran conmoción en el monasterio. Entonces, el anciano Osho me propuso mudarme a Q'os. La agente destinada aquí empezaba a tener problemas de salud y necesitaba una ayudante. Así que no desaproveché la oportunidad. La señora Sar falleció de tisis a principios de año y yo acepté permanecer aquí hasta que encontraran a alguien para reemplazarla. —Fijó la mirada en d cigarrillo que había vuelto a apagarse en su mano. Lo arrojó lejos—. ¿Y qué me dices de ti, mi joven inquisidor? ¿Cómo acabaste tú mezclado en todo esto?

—Esa misma pregunta me hago yo últimamente.

—Lo dices como si te arrepintieras.

Nico se levantó y se acercó a la fuente, haciendo como que examinaba concienzudamente las líneas de la miniatura, aunque en realidad no les prestaba atención.

—No era mi intención ser indiscreta —se disculpó Serése a su espalda, intuyendo algo en la reacción de Nico—, He debido fumar demasiada hierba. —Vaciló unos

instantes, intentando encontrar una excusa mejor—. Tienes algo especial, Nico. Algo que invita a hablar.

La fuente parecía verdaderamente una charca de las montañas, y Nico casi esperaba ver una trucha en miniatura deslizándose por el agua.

—De todas formas tienes razón. Me arrepiento de algunas decisiones. Desde anoche no dejo de repetirme que nunca debí haberme ido de Bar-Khos. Ahora me doy cuenta de que todo esto —paseó la mirada a su alrededor sin fijarse en nada en particular—, que esto no es una forma de vida. Un asesino en ciernes... ¿Sabes? En el monasterio estaba tan preocupado por hacerlo bien que no era consciente de para qué estaba preparándome. Sin embargo, hoy lo tengo justo delante de los ojos.

Serése se acercó a él y Nico vio el reflejo de la muchacha en el agua. El joven aprendiz se pasó la mano por el rostro y resopló tapándose la boca con ella.

—Quizá me sienta mejor cuando deje esta ciudad —añadió, mirando a la muchacha y esforzándose por quitar gravedad al tono de su voz—, Dime, ¿tú te quedarás en Q'os cuando todo esto termine?

—No. Por seguridad tendré que marcharme.

—¿Y adonde irás?

—Con el dinero que tengo ahorrado pensaba... pensaba viajar un poco y volver a visitar Mercia antes de que pierda su independencia. Hace años que me marché de las islas y he oído que no son peligrosas para una mujer que viaja sola. —Había una sonrisa implícita en su voz—. Procuraré relajarme y tomarme la vida según venga, cargada únicamente con las cosas que me quepan en la mochila. Sola y sin preocupaciones. Ahora mismo me parece un plan perfecto.

—Y a mí —convino Nico, en un tono nostálgico del que él mismo se sorprendió. Sí, sonaba maravilloso: echarse una mochila a la espalda y recorrer las islas de los Puertos Libres.

Por un momento se recreó en la fantasía de emprender aquella aventura acompañado de una muchacha como Serése, disfrutando de cada nuevo día libres de miedos y amenazas. Su rostro se iluminó con el fuego interior que había prendido esa idea, por imposible que fuera.

—¡Entonces vente conmigo!—sugirió Serése, con una sonrisa en los labios—. Seríamos buenos compañeros de viaje. —Y añadió, todavía en un tono jocos—: Pondría la mano en el fuego.

—Pero si apenas nos conocemos.

—Pero nos llevamos bien, ¿no? Esas cosas se perciben nada más conocer a alguien.

—Por favor, basta.

—¡Ah! ¿No te gusta cómo suena la idea? —Hizo un mohín.

—Ahora mismo daría lo que fuera por poder hacer algo así.

La sonrisa se esfumó de los ojos de Serése. Nico sintió el tacto de la mano de la joven en su brazo.

—Entonces, ¿qué te ata a este lugar? Eres un aprendiz, no un esclavo.

—Estoy en deuda con el maestro Ash. Tenemos un... un trato, y no lo romperé.

—¿Crees que no te dejaría marchar si descubriera qué deseas en realidad?

—No sé lo que haría —respondió Nico—, Como mínimo se sentiría traicionado.

—Nico... —suspiró Serése—, Ash es un buen hombre, estás subestimándolo. Me he fijado en él cuando estáis juntos. Se preocupa por ti.

Nico se puso rígido y soltó el brazo de la mano de la muchacha.

—Tengo mis dudas. Me soporta, sí, pero me evita siempre que puede.

—Me extraña que un tipo de tu astucia lo haya pasado por alto —repuso Serése casi en un susurro.

Él no entendió a qué se refería.

—El maestro Ash es un hombre reservado. Guarda las distancias incluso con las personas que conoce desde hace más tiempo. Ha sufrido mucho a lo largo de su vida, Nico. Como todos los extranjeros procedentes de tierras remotas. Estoy segura, aunque él lo negaría, de que no soportaría otra pérdida.

Nico permaneció en silencio. El murmullo del agua al correr invadía el pequeño jardín. La temperatura había descendido notablemente desde que estaban allí y Nico había empezado a temblar. La humedad impregnaba la atmósfera y veía las nubes de vaho que formaba su aliento delante de él.

—Empieza a hacer frío.

—Está cayendo la niebla —repuso Serése.

—¿Niebla? ¿Ahora? El clima en esta ciudad es un poco extraño.

Llega desde las montañas del interior del continente. Será mejor que regresemos si no queremos morir congelados. Nico paseó sin prisa la mirada por el jardín una última vez antes de darle la espalda. Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—El maestro Ash tiene una historia a propósito de morir por congelamiento. Te la contaré durante el camino de vuelta.

La habitación recibió con indiferencia a Nico a su vuelta a la pensión. Había gastado la última moneda que llevaba encima en abrir la puerta, así que en medio de la oscuridad buscó a tientas algún cuarto de maravilla que todavía pudiera quedar en el fondo de la pila del lavabo. Por suerte encontró uno y lo utilizó para encender la lámpara de gas. Fue a sentarse en el catre, se envolvió con la delgada manta y se puso a pensar en esas últimas horas mientras su cuerpo entraba poco a poco en calor.

Ash regresó por la noche y parecía aún más fatigado que horas antes. Chocó contra la pila del lavabo como si no la hubiera visto.

«Otra vez el dolor de cabeza», barruntó Nico.

El anciano roshun le saludó con un simple gruñido mientras se tumbaba sobre la cama inferior de la litera. Nico se preguntó lo que habría estado haciendo su maestro durante todo el día y se planteó soltarle la pregunta a bocajarro; sin embargo, lo más probable era que Ash lo mandara callar. Además, tenía otras cuestiones más acuciantes que le exigían una respuesta.

—La noche es fría —observó el anciano al cabo.

—Gélida.

—¿Has cenado?

Nico cayó en la cuenta de que no había comido nada en horas.

—No, pero no tengo hambre. Este lugar me quita el apetito.

Ash se levantó penosamente de la cama, revolvió en el interior de su mochila y sacó una torta de avena envuelta en papel.

—Maestro Ash... —empezó Nico, y esperó a que el anciano se volviera a él.

Ash le tendió la torta.

—Come —le ordenó. Pero Nico la rechazó con un gesto de la cabeza.

—Maestro Ash, quería hablarle de una cosa.

—Pues habla.

Nico aspiró hondo, haciendo acopio de todo su valor.

—Verá, he estado dándole vueltas en la cabeza... y no estoy seguro de estar hecho para esto. Me refiero a lo de ser un roshun.

A Ash le bizquearon los ojos, como si tuviera problemas para ver con nitidez. Rompió el envoltorio de la torta y le dio un bocado sin apartar la mirada de Nico.

—No sé si doy la talla —las palabras salían como un torrente de la boca de Nico—. Este trabajo... es peor de lo que esperaba. Y anoche... —meneó la cabeza—. Ser soldado y luchar para defender mi patria es una cosa, pero esto otro no me convence.

—Nico —le interrumpió su anciano maestro, con las mejillas salpicadas de migas de la torta—, si quieres dejar de ser mi aprendiz, simplemente dímelo y ahora mismo me pongo a arreglar las cosas para que puedas volver a casa.

Nico se enderezó de un respingo.

—Pero ¿qué hay de nuestro trato?

—Lo has llevado de la mejor manera que has podido. Has trabajado duro y te has enfrentado al peligro. Sólo dime las palabras precisas e iremos al muelle ahora mismo y te encontraré un camarote en un barco. Puedes pasar la noche a bordo y por la mañana el buque zarpará y te llevará lejos. No te guardaré rencor. Yo mismo haría lo mismo si pudiera.

Nico se dio cuenta de que Serése tenía razón: Ash era un buen hombre.

El anciano envolvió el resto de la torta y se dio la vuelta para guardarla de nuevo con manos torpes en la mochila.

—Entonces, ¿quieres irte? —preguntó en un tono como distraído, todavía de

espaldas a Nico.

Nico contempló la figura del extranjero de tierras remotas desde lo alto de la litera. Esa noche el anciano parecía derrotado por la fatiga. La postura de su cuerpo, ligeramente encorvado sobre la mochila, inmóvil... Parecía que ni siquiera respiraba mientras esperaba la respuesta.

La pregunta de Ash había quedado flotando en el aire y parecía crecer como un globo que se interponía entre ambos y los alejaba; en ese momento eran unos completos extraños separados por sus caminos divergentes.

«Estás muriéndote», la idea brotó espontáneamente en la cabeza de Nico. Parpadeó sin dejar de mirar a su maestro mientras le daba vueltas en la cabeza a los dolores de cabeza del anciano, a la ingesta continua de hojas de stevia y a su necesidad apremiante de tomar a su cargo un aprendiz. Ash estaba enfermo y sabía que su estado ya sólo empeoraría. De repente, Nico se sintió sobrepasado por los acontecimientos. «Si me marchó ahora y dejo a este anciano solo en este horrible lugar, no pasará un solo día de mi vida que no me lo reproche.»

—No, maestro —se oyó responder Nico—, Es sólo que esta ciudad está acabando conmigo.

Ash permaneció por unos momentos de espaldas a Nico y sus hombros se alzaron al aspirar una bocanada de aire fresco.

Cuando se volvió, la distancia que los separaba había desaparecido y de nuevo retornaron a sus familiares papeles de maestro y discípulo.

—Deberías dormir un poco —sugirió Ash—. Mañana será un día largo. Si quieres, podemos retomar la conversación por la mañana.

Nico se tumbó con la cabeza apoyada en un brazo. Ash adoptó su habitual postura de meditación en el suelo y realizó sus ejercicios de respiración en silencio, con los ojos fijos en un punto de la puerta.

Nico contempló el techo, del que lo separaba poco más de medio metro, y examinó las grietas que recorrían el yeso, la luz cálida y titilante y las manchas oscuras de humedad. Oía el repiqueteo de las monedas que caían de vez en cuando desde las plantas superiores por los conductos de recogida que recorrían las paredes y que debían de desembocar en una cámara de seguridad instalada en el sótano de la pensión.

Se preguntó cuánto tiempo le quedaría a su maestro. Debía padecer algún tipo de enfermedad terminal. Había resuelto permanecer a su lado pese a las dudas que lo acuciaban, pese a que era consciente de que era una decisión en la que los sentimientos de lealtad y compasión sustituían el deseo sincero de quedarse.

Enseguida cayó dormido y soñó que enterraba a su maestro junto a *Boon*. Serése estaba allí con él y pronunció unas palabras junto a la tumba. Nico no habló, sino que depositó la espada de su maestro sobre la tierra allanada. Cuando Serése y él se

dieron la vuelta y se alejaron de la tumba, sentía una mezcla de tristeza y alivio. Era como si a cada paso que se distanciaba de donde yacía su maestro el nudo que tenía en el estómago se aflojara.

Serése y él llevaban mochilas a la espalda. Por un tiempo que le pareció una eternidad, Nico soñó que viajaban juntos, despreocupados y enamorados.

Capítulo 23

Atrapados

En Cheem el sol desaparecía rápidamente tras las montañas. A última hora de la tarde, las sombras que proyectaban las cumbres se fundían para componer una avanzadilla lúgubre del crepúsculo.

La columna de comandos montó el campamento junto a un arroyo de aguas cristalinas. Habían marchado durante buena parte del día, sobre todo a pie, pues habían dejado los zels junto con un puñado de hombres en las estribaciones de la costa. Las mulas que habían comprado en Puerto Cheem con dinero imperial eran unos animales más adecuados para moverse por las montañas que los purasangres que habían dejado atrás, y ellas acarreaban los elementos más pesados del equipo. Ahora los hombres las descargaban. Gran parte de la carga correspondía a las provisiones y a pequeñas piezas de artillería que llevaban con disimulo. Cuando era necesario transmitir órdenes, los oficiales —que sólo se distinguían del resto de la tropa por la insignia tatuada en las sienes— se limitaban a hacer gestos con las manos sin pronunciar una palabra.

Los *purdahs* fueron llegando uno a uno hasta que estuvieron todos de vuelta. Los *purdahs* constituían el cuerpo de exploradores de élite del ejército imperial y recibían su nombre por sus capas con capucha, con profusión de colores y cubiertas de manojos de hierba y follaje. Cada uno iba acompañado por un enorme perro lobo adiestrado desde cría para ese cometido. Los *purdahs* informaron de que los alrededores estaban despejados.

Aun así se emplazó un cordón doble de centinelas en torno al campamento, y hacían guardia ocultos en sus escondrijos improvisados. No se encendieron hogueras. Las tiendas de los hombres consistían en unas meras sábanas de lona moteada sostenidas por palos, de las dimensiones imprescindibles para que un soldado accediera a su interior a gatas y no se mojara en el caso de que lloviera.

Los comandos trabajaban con soltura y sin apenas supervisión de sus superiores. El coronel los contempló unos instantes desde el centro del campamento, mascando una bola de hojas de grindelia. Luego soltó un gruñido de satisfacción y dejó que sus soldados continuaran con su tarea mientras él enfilaba hacia el borde del campamento, en dirección a la figura arrodillada del diplomático.

—¿De modo que es esto? —inquirió con su voz áspera, arrodillándose junto al arbusto con bayas que el joven estaba examinando detenidamente.

Ché no desvió un ápice su mirada intensa del arbusto. Iba ataviado únicamente

con un coselete de cuero y una pesada capa de lana cenicienta.

—En efecto —respondió, ciñéndose la capa alrededor del cuerpo.

El coronel Cassus se acercó una baya al rostro sin arrancarla de la rama.

—Es increíble. Parecen calaveras pintadas —comentó el oficial respecto a las manchitas blancas en la superficie del fruto—. Yo no quisiera me atrevería a meterme esto en la boca.

—No me lo como. Tengo que prepararlo correctamente y aplicarme el jugo en la frente.

El coronel sostuvo la baya entre los dedos durante unos segundos y luego la soltó. El arbusto se agitó. Cassus se levantó y contempló al hombre agachado a su lado. Ché no levantó la mirada.

—¿Cuándo lo harás?

Un gesto apenas perceptible torció fugazmente el rostro del joven, que recuperó su expresión previa antes de que Cassus tuviera tiempo para interpretarlo. El oficial se preguntó de nuevo qué sería lo que inquietaba tanto al diplomático. Le gustaba considerarse un hombre perspicaz y sabía que a su guía le atormentaba algo; lo atenazaba una inquietud que no hacía más que crecer según se acercaban a su objetivo. «Preferiría no estar aquí haciendo esto», solía pensar Cassus.

—Mañana por la mañana —anunció Ché—. Hasta entonces los hombres necesitan descansar. No hay modo de predecir la velocidad ni la ruta de mi viaje.

—¿De verdad estarás delirando todo el tiempo?

Los labios de Ché se separaron dejando al descubierto sus dientes.

—Totalmente fuera de mí.

Al coronel no le hacía ninguna gracia eso y así se lo dijo. Pero ya se había quejado anteriormente de ese aspecto de la misión y el diplomático no podía hacer más de lo que ya había hecho por tranquilizarlo. Ché se mantuvo mudo: no era problema suyo.

Cassus se volvió y recorrió el campamento con la mirada. Los hombres casi habían terminado de montarlo y ya había algunos acucillados junto a sus cobertizos, preparados para hincarle el diente a sus raciones de comida seca o charlar tranquilamente con sus camaradas. Había otros que se habían desnudado para darse un chapuzón en el arroyo.

De Q'os había zarpado un regimiento formado por ochenta y dos hombres: el coronel y ocho escuadras de diez unidades, una compañía al completo; y se les había sumado el extraño diplomático que les habían enviado desde el Alto Mando. Dos hombres habían caído enfermos durante la travesía y no habían desembarcado, otros dos habían quedado encargados de los zels y uno más se había torcido un tobillo durante la caminata por las montañas. El número total de bajas era inferior a las expectativas iniciales del coronel, de modo que le quedaban setenta y siete hombres:

cerca de cuatro secciones.

Sin embargo, Cassus estaba intranquilo. Se sentía así desde antes incluso de que aquella misión preparada precipitadamente se pusiera en marcha. Se enfrentaban a no menos de medio centenar de roshuns, según les había informado el diplomático que llevaban como guía. Cincuenta roshuns que lucharían para defender sus vidas y su hogar en su propio terreno. Tal vez sus comandos fueran la fuerza de élite del ejército imperial, no obstante, seguía sin gustarle cómo se repartían las apuestas entre ambos bandos.

Todavía no entendía por qué la matriarca no había querido enviar un batallón del ejército para apoyar a sus hombres. Una misión como ésa debía acometerse sin prisas y con un ejército más numeroso e intimidatorio. Supuso que los reyes mendicantes de Puerto Cheem habrían obstaculizado el desembarco de un despliegue de ese tamaño y ni por todo el oro del mundo habrían dado su brazo a torcer.

Además, quizá los rumores que corrían por Q'os eran ciertos y en la capital estaba cociéndose algo. Estaban rearmándose compañías con los restos de otras y hasta Q'os habían llegado tropas emplazadas en los puestos avanzados más pacíficos. Los propagadores de rumores sólo daban una explicación a los acontecimientos y Cassus consideraba que no andaban desencaminados. Él ya había participado en más de una invasión.

Ché dio por finalizado el escrutinio del arbusto, se puso en pie y miró a los ojos al coronel. De nuevo, Cassus notó que se ponía rígido con la mirada fría y vacía del joven diplomático.

—Así pues, mañana por la mañana —afirmó el coronel, hablando con la bola de hojas de grindelia en la boca.

Ché asintió con la cabeza y se alejó.

Cassus se quedó mirando al joven mientras éste montaba su cobertizo aislado de los demás y arrojaba al interior su mochila. Luego Ché se sentó de cara al crepúsculo, a la puerta de su rudimentario refugio, con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas y los ojos cerrados. Parecía uno de esos monjes locos de Dao.

Unos cuantos soldados repararon en los ejercicios que realizaba, como ya había ocurrido a bordo del barco; se dieron codazos para llamarse la atención unos a otros y lo miraron con socarronería.

«Un tipo peligroso —concluyó Cassus—, No me gustaría cruzármelo en mi camino. —Se dio la vuelta lanzando un escupitajo a la hierba—. Bueno, dentro de nada tendremos que enfrentarnos a cincuenta como él.»

Se llenó los pulmones con el aire fresco de la montaña mientras examinaba los picos nevados que se levantaban alrededor del campamento. Sabía que los roshuns estaban en algún lugar de aquellas montañas, escondidos tras los muros de su monasterio en un valle perdido de las cumbres.

«El efecto sorpresa es crucial —dijo para sus adentros, otra vez dándole vueltas a las características de la misión—. Todo se reducirá a que los pillemos por sorpresa.»

Nico despertó sobresaltado.

Las sombras oscilaban en el cuartucho a la luz de la lámpara de gas. Ash continuaba sentado en el suelo, todavía inmerso en una profunda meditación y con los ojos fijos en el mismo lugar indeterminado de la puerta. Nico se frotó los ojos exhaustos. No tenía forma de averiguar el tiempo que había dormido. ¿Una hora, tal vez?

Se oyó un grito en el pasillo del otro lado de la puerta. Alguien protestaba profiriendo chillidos sin sentido como un borracho.

Ésa fue la única voz de alarma que los alertó.

La puerta se abrió violentamente hacia dentro y se estrelló contra la pared. El golpe provocó una lluvia de fragmentos de yeso. Nico reaccionó a la repentina irrupción encogiendo el cuerpo. Abrió la boca, quizá para gritar, o quizá sólo para resollar. Sin embargo, vivió una experiencia de lo más insólita: el tiempo se ralentizó para él justo en el filo de ese instante inicial.

Con el rabillo del ojo vio que Ash alargaba la mano hacia la espada que esperaba hallar a su lado, pero Nico sabía que sólo encontraría la nada, ya que el acero estaba escondido envuelto en un fardo de lona bajo la cama, donde su maestro la había colocado nada más regresar a la habitación. En el vano de la puerta vio la masa blanca de los acólitos que se precipitaban al unísono al interior del cuarto. Sus túnicas parecían fluctuar a una velocidad inusualmente lenta. Como en un cuadro, los pliegues de la tela parecían adquirir profundidad sobre el plano con sus sombras y sus reflejos, y los extraños dibujos bordados con seda hacían visos con la luz. Atisbo la larga hoja desnuda que blandía el cabecilla del grupo como si fuera una extensión de su brazo. Un brillo aceitoso recorría el acero, azul marino, amarillo como el cereal, marrón como el fango; la llama de la lámpara de gas destelló cerca de la empuñadura como un sol en miniatura. Nico vio la máscara del soldado y sus numerosas rendijas sumidas en la oscuridad salvo las ranuras que mostraban la blancura de las escleróticas de sus ojos, ahora clavados en el viejo extranjero de tierras remotas sentado en el suelo, a quien habían sorprendido desprevenido y desarmado.

Y de pronto, el tiempo recuperó su velocidad normal y alrededor de Nico reinaba el caos y un ruido estridente que le asaltaba los oídos y le inhibía los sentidos, y se dio cuenta de que era Ash quien había chillado y que, todavía postrado en el suelo, hacía lo único que podía hacer mientras el cabecilla acólito lo embestía con su espada: gritar.

Era un grito primitivo, distinto a todo lo que Nico había oído antes y a todo lo que creía posible que pudiera emitir una garganta humana. Era tan agudo y brotaba dirigido por una fuerza tan imponente, que el acólito se detuvo atónito por un

momento y dejó caer la espada como si de pronto le quemara en la mano.

Ash no necesitó más que ese instante para levantarse de un salto y agarrar el único mueble que no estaba fijado a la pared o al suelo del cuchitril: una silla que estampó con todas sus fuerzas en el rostro del soldado. Los huesos faciales del acólito crujieron bajo su máscara y el soldado se tambaleó hacia atrás y se estrelló contra el resto de los acólitos que pretendían entrar en la habitación. El maestro lo embistió y alejó de la puerta a la masa blanca de soldados aprovechando el empuje del cabecilla. De alguna manera consiguió cerrar la puerta pese a la presión que ejercían los acólitos y apretó la espalda contra ella para bloquearla.

—Nico —dijo Ash con una serenidad que más que tranquilizar a Nico lo espantó—, tírame una moneda, muchacho, rápido. —Hizo un gesto hacia la pila, que quedaba fuera de su alcance, donde amontonaban las monedas para cuando necesitaran alimentar las diversas ranuras de la habitación.

Nico bajó de la cama mientras Ash se afanaba con la puerta, que vibraba con violencia y amenazaba con venirse abajo en cualquier momento.

—¡Corre! —siseó Ash.

Nico llegó al lavabo y buscó a tientas una moneda. No encontró nada y de pronto lo horrorizó la posibilidad de haber utilizado la última... pero no, sus dedos tuvieron éxito donde sus ojos habían fracasado; agarró la moneda y se la lanzó a su maestro.

Ash la agarró con una mano, la hizo rodar entre los dedos y la introdujo por la ranura que había en el marco. Giró la llave y sólo se permitió un ligero relajamiento de los músculos cuando la cerradura hizo clic. El aporreamiento del otro lado contra la madera trémula era constante y Ash siguió ejerciendo presión contra la puerta con una desconfianza evidente en la resistencia de la cerradura.

Nico dio un paso hacia su maestro, pero de pronto giró y dio otro paso hacia la ventana cerrada. Se detuvo frente a ella, paralizado por su indecisión.

Ash lo miró con el ceño fruncido justo cuando la hoja de un hacha atravesaba la puerta junto a su cabeza y hacía saltar un puñado de astillas fulgurantes.

—¡La ventana, muchacho! ¡La ventana!

Nico no precisó que se lo repitiera, no tenían otra vía de escapatoria. Se apresuró a empujar los postigos... con el pequeño detalle de que no se abrieron y se negaban a dejarse mover por sus manos. Hacía falta otra moneda.

Nico maldecía mientras rebuscaba en la pila, pues ahora estaba seguro de que las habían gastado todas. Se volvió hacia Ash con la desesperación en los ojos, retorciéndose las manos, demasiado asustado como para pensar con claridad.

—¡El monedero!—le gritó Ash—. ¡Allí, en la cama!

Nico hurgó en el monedero abierto y en efecto encontró una moneda de cuarto mezclada entre las demás. La llevó hasta la ranura y trató de introducirla con sus dedos temblorosos, pero se le resbaló de la mano y tuvo que perseguirla en la carrera

que emprendió rodando por el suelo hasta los pies de Ash.

El maestro le gritó algo que no entendió. Nico recogió el cuarto y regresó junto al marco de la ventana. Esta vez tuvo mejor puntería y la moneda desapareció repicando por el conducto. Nico forcejeó con los postigos para abrirlos y aspiró una vigorosa bocanada de aire. Fuera estaba oscuro y flotaba una densa niebla. Nico asomó la cabeza para examinar el callejón que se extendía unas cuantas plantas por debajo de su habitación. No encontraba el medio para bajar, no había escalera de incendios ni pasaban caños de desagüe cerca.

—¡Estamos atrapados! —gritó y metió la cabeza en el cuarto en el mismo momento que algo hacía añicos el marco de la ventana. Se quedó mirando el astil quebrado de una flecha de ballesta que caía repiqueteando del alféizar. Estaban disparándole desde el tejado del edificio de enfrente.

Nico se alejó de la ventana.

Ash estaba gritando algo sobre saltar a la ventana del otro edificio. La ventana en cuestión estaba cerrada... y del edificio los separaban más de dos metros. Nico sabía que él nunca se habría planteado la posibilidad de ese salto.

—¡Nico! —rugió su maestro, y cuando el aprendiz se volvió, vio que el hacha seguía resquebrajando la puerta alrededor de Ash.

El muchacho se enderezó y descubrió con sorpresa que tenía la silla aferrada en las manos. Corrió hacia la ventana y arrojó la silla a la oscuridad. La niebla osciló en su estela y la silla se estrelló contra los postigos de la ventana del edificio de delante.

—Abierta —exclamó, acercándose con cautela a la ventana—, ¡Abierta!

Los postigos se habían separado lo justo para que un rostro escudriñara por la rendija abierta, y Nico vio que un hombre lo miraba con los párpados entrecerrados desde el otro lado. Era el mismo tipo que había visto el primer día construyendo cosas con cerillas.

—¡Por favor! —le gritó Nico, que agarró el monedero y lo lanzó al otro lado del callejón. La bolsa se coló por el resquicio entre los postigos y aterrizó en la estancia del desconocido—, ¡Se lo puede quedar!

Los postigos volvieron a cerrarse por completo. Nico estuvo a punto de romper a llorar, aunque en realidad había una parte en su interior que sentía alivio. Otro proyectil de ballesta impactó contra el marco de la ventana, a escasos centímetros de su mano. Nico echó un vistazo al interior de su habitación.

De repente se abrieron los postigos de la ventana de enfrente. El viejo apareció con una sonrisa de oreja a oreja que dejaba al descubierto su boca desdentada y le hizo señas con la mano. Luego se apartó para dejarles sitio.

A Nico se le aflojó el vientre. Rememoró su caída desde el tejado de la taberna en Bar—Khos. Lo que recordaba vívidamente no era la caída en sí, pues todavía permanecía como algo borroso en su memoria, sino el instante previo a la caída,

cuando se había deslizado por las tejas y se había quedado suspendido durante una fracción de segundo en el filo del tejado, buscando a tientas un asidero que nunca encontró.

Ahora ya podía ver las máscaras de los acólitos por los boquetes de la puerta, y a Ash, que arriesgaba el cuello en cada acometida del hacha.

—No puedo hacerlo —dijo Nico.

Ash no le respondió enseguida sino que frunció el ceño en un gesto que demostraba una profunda comprensión del ánimo de su aprendiz.

—¡Las espadas! ¡Arrójalas a la otra ventana!

Nico lo miró desconcertado, pero hizo lo que le ordenó. Le dio la espalda, se escabulló bajo la cama en busca de las armas y sacó el fardo de lona en el que estaban envueltas. Regresó a la ventana y las lanzó a la habitación del edificio de enfrente.

No se percató de que Ash se había acercado a él, pues el ruido ensordecedor de los golpes contra la puerta se lo impidió. Así que se llevó una sorpresa mayúscula cuando su maestro se lo llevó a rastras de la ventana en dirección a la puerta, o lo que quedaba de ella; y la sorpresa fue aún mayor cuando lo agarró por los fondillos del pantalón y por el pescuezo, farfulló unas palabras de ánimo en su lengua materna, salió disparado hacia la ventana y arrojó a Nico, que chillaba y agitaba los brazos, hacia el edificio de delante.

El muchacho surcó el aire que mediaba entre las ventanas y por un instante llegó a pensar que lo conseguiría. Pero no fue así. La ventana de enfrente desapareció por encima de su cabeza antes de que la alcanzara, y de repente volvía a hallarse viviendo la pesadilla que representaba su miedo más profundo: una caída libre hacia la muerte.

Esta vez, no obstante, como una bendición, sus manos extendidas se agarraron a algo y consiguió asirse; era el alféizar que sobresalía de la ventana. El cuerpo de Nico se balanceó y se estampó contra el muro, suspendido por las puntas de sus dedos, mientras sus pies descalzos tanteaban la fachada de ladrillo en busca de un punto de apoyo.

Entretanto vio de refilón a Ash, que cubría de un salto por encima de su cabeza el espacio entre las ventanas. La capa de su maestro se agitó y una flecha pasó muy cerca de él justo antes de que Ash entrara de cabeza en la estancia. Al instante siguiente reapareció en el alféizar para ayudar a Nico a trepar y a entrar en la habitación.

Nico se dejó caer jadeando en el suelo. El viejo aficionado a las cerillas le lanzó una mirada obscena, sus encías entrechocaban del entusiasmo. Estaba sentado en la cama, junto a la réplica de una hacienda erigida con cerillas... Ash lo ignoró por completo. Pateó el fardo de lona tirado en el suelo para desenrollarlo y luego se agachó para coger las dos espadas envainadas. Lanzó a Nico su acero mientras éste se levantaba trabajosamente del suelo y ya blandía el suyo cuando el primero de los

acólitos aterrizó desde la ventana a su espalda.

Ash empujó a Nico a un lado, se agachó para esquivar una rápida estocada dirigida a su cuello y hundió y extrajo en un abrir y cerrar de ojos su hoja de la barriga del acólito. Se lo quitó de en medio de una patada y arremetió contra otro soldado de túnica blanca que aparecía en ese momento por el alféizar. Este tuvo más fortuna y repelió la hoja de Ash con una mano, lo que obligó al anciano roshun a virar bruscamente para eludir un tajo en el rostro.

Se enzarzaron en un acelerado intercambio de golpes ofensivos y defensivos; las hojas chirriaban y crujían cuando chocaban y Nico y el viejo de las cerillas retrocedían espantados hacia la puerta del pequeño cuarto mientras los contendientes hacían añicos los muebles a su alrededor en su frenético duelo. Curiosamente, la réplica de la hacienda permanecía intacta.

Nico forcejeó con la puerta y logró abrirla. Necesitaba salir de allí.

Apareció a trompicones y con la espada aferrada en la mano en el oscuro pasillo. Ash atravesó caminando de espaldas el vano de la puerta todavía defendiéndose del acólito y chocó con él. Un vistazo rápido al interior de la habitación le reveló que continuaban entrando acólitos por la ventana. El anciano desdentado se había sentado aparte y daba palmas con regocijo.

Nico salió corriendo por el pasillo con Ash pisándole los talones. Un rostro desconcertado en una puerta; otra puerta que se cerraba de un portazo; una escalera que invitaba a subir y a bajar. Nico se lanzó escaleras abajo, salvando los escalones de tres en tres; se agarraba al pasamanos y daba un salto para girar en el aire y pasar de un ramal al siguiente de la escalera, hasta que llegó a la planta baja y ante él apareció la puerta principal del edificio al final de un largo corredor.

Ash lo agarró cuando emprendía su carrera en dirección a la puerta, tiró hacia atrás de él y lo empujó para que echara a correr en el sentido contrario, al tiempo que unos destellos blancos se precipitaban por la escalera que acababan de abandonar.

Entraron en los baños, con lavamanos sucios, tablas para lavar la ropa y un penetrante olor a almidón en el aire. Nico oía el estertor de su garganta al respirar y el chasqueo de las plantas de sus pies descalzos caminando de un lado a otro por el suelo embaldosado. Por un momento sintió euforia: una lámpara de gas en la pared que iluminaba la puerta trasera del edificio. Nico la cruzó y salió a la noche neblinosa... y a un repentino estruendo.

Por todas partes volaban esquirlas de piedra. Nico se quedó paralizado, sin comprender exactamente lo que estaba sucediendo ni por qué retiñía en sus oídos una rápida sucesión de crujidos ensordecedores. Pero entonces se dio cuenta de que era el blanco de un numeroso grupo de tiradores armados de rifles, tantos como nunca antes había visto juntos.

Habría acabado como un colador de no ser porque Ash le hizo la zancadilla para

tirlo desmañadamente al suelo. Maestro y aprendiz huyeron gateando por la densa niebla y se alejaron de la luz que escapaba por el vano de la puerta. La niebla los mantuvo ocultos mientras las balas surcaban el cielo justo encima de sus cogotes. A su espalda, los acólitos que los perseguían prefirieron no exponerse al fuego sostenido de sus colegas y no pasaron de la puerta del edificio. Ash y Nico siguieron arrastrándose por la calle. Nico ni siquiera notaba el dolor del roce de las rodillas y los codos con el suelo duro. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Ash tiró de su discípulo para levantarlo. A Nico le Saqueaban las piernas y Ash lo sujetó con firmeza por los brazos.

Continuaron a la carrera. No había farolas en los alrededores, pero aun así alguien los avistó y se oyeron gritos e inmediatamente el fragor de la persecución.

Una figura se encaró con ellos, pero se desplomó sin hacer ruido alcanzada por un tajo de la espada de Ash. Nico saltó por encima del cuerpo sin pensárselo dos veces. Aparecieron más figuras y Ash osciló de nuevo su acero sin aminorar el paso en ningún momento. Nico había perdido su espada en algún momento durante la huida, pero no le importaba. Un agente volador pasó sobre sus cabezas, a ras de los tejados; a pesar de su atuendo negro y de la niebla se distinguía su figura sobrevolando en círculos el distrito vecino.

Daba la impresión de que se había acordonado toda la zona y de que cualquier movimiento sería detectado en cuanto tomaran una calle con más luz. Se detuvieron cuando llegaron a un cruce profusamente iluminado en el que tenían que decidir si tomar el camino de la izquierda o de la derecha. Repararon en el ruido de los disparos y volvieron a tirarse al suelo. Comprobaron que las dos calles estaban bloqueadas.

Nico se encogió pegado a un muro con la esperanza de encontrar un hueco donde esconderse, y cada vez que sonaba un disparo sus músculos se contraían seguro de estar a punto de sentir una punzada de dolor. Ash tiró de él con rudeza para devolverlo a la calle y la cruzaron tan rápido y tan agachados como pudieron. Alaridos procedentes de las dos calles transversales revelaban las esporádicas bajas por fuego amigo entre las filas de acólitos.

Frente a ellos se levantaba un edificio achaparrado y más feo que la mayoría de las construcciones de la ciudad. Tenía una entrada sin puerta, negra como la noche. Se deslizaron por ella y emergieron en un lugar hediondo y sin luz. Las chispas y los fragmentos de piedra saltaban de la pared que rodeaba el vano de la entrada.

Se adentraron con paso vacilante en el edificio. En los muros apenas distinguibles se vislumbraban pintadas. Eran unos baños públicos, con una hilera de agujeros que funcionaban como letrinas en una pared.

Ash enfiló a trancos hacia el fondo de la pequeña construcción, donde había una serie de mugrientas ventanas angostas que casi llegaban hasta el techo. Destrozó el cristal de una con la empuñadura de su espada e hizo añicos los bordes puntiagudos

que quedaron alrededor del marco.

—Tenemos que separarnos, muchacho. Solo voy más rápido. Tú escóndete y yo los obligaré a seguirme y los alejaré.

Nico se quedó mirándolo.

—¿Que me esconda? ¿Dónde?

Ash paseó la mirada por la hilera de los retretes y el banco de madera que era el asiento común para todos los agujeros, cubierto de unas manchas sospechosas. El anciano roshun tiró de él hasta que logró arrancarlo de los soportes. El hedor que despedía el pozo negro bastaba para revolverle el estómago. Nico hizo arcadas a su lado.

Ash se volvió a él y Nico retrocedió horrorizado al ver la expresión del rostro de su maestro. Sabía lo que le proponía y meneó la cabeza lentamente, con determinación.

—¿Prefieres morir?

—Entonces no me deje solo. ¡Huiremos juntos!

—Estamos atrapados, Nico. Hay que echarle ingenio y encontrar el modo de salir de ésta. Al menos tú. Ahora métete ahí.

—No lo haré.

—Te lo pido por favor, Nico. Escucha. ¡Ya están aquí!

Era cierto. Se oía el estrépito de pisadas procedentes de la calle donde se encontraba al edificio de las letrinas públicas.

—¡Vamos! —bramó Ash, y el cuerpo de Nico, absolutamente en contra de su voluntad, se acercó al pozo negro.

Un fuerte empujón lo arrojó al depósito y Nico aterrizó de espaldas sobre un montículo húmedo y pestilente, de la consistencia del barro y que parecía tirar hacia sí de él. Volvió a sentir náuseas y esta vez acabó vomitando.

—¡Sssht! —le ordenó Ash desde arriba mientras volvía a colocar el banco en su sitio.

Nico se tapó la boca con una mano, haciendo arcadas y temblando en silencio.

—Dirígete a los muelles cuando el camino esté despejado. —Ash le daba las instrucciones por el orificio de un retrete—. Verás la estatua de un general... es imposible no verla. Si salgo de ésta, nos reuniremos allí al amanecer. En el caso de que no aparezca, Nico, márchate de la ciudad. Vuelve a casa con tu madre, disfruta de una larga vida y guarda un buen recuerdo de mí. —El anciano extranjero de tierras remotas le arrojó un monedero lleno de dinero que aterrizó con un tintineo amortiguado en las heces junto a Nico—. Adiós, muchacho.

—¡Maestro Ash! —exclamó Nico.

Pero Ash ya no estaba. Nico oyó cómo se escabullía por la ventana y luego las pisadas que se acumulaban en el suelo de la entrada. Alguien gritó y las pisadas se

alejaron en la dirección de la voz.

En el edificio permanecieron algunos soldados. La luz de las linternas fluctuaba a través de los orificios que Nico tenía encima. Pasaron sombras, se oyeron pasos de botas pesadas y el eco cercano de las órdenes bramadas en la estancia hedionda que se extendía justo encima de su cabeza. Nico cerró los ojos y trató de inspirar sin que le sobrevinieran arcadas. Intentó, con toda la fuerza de su voluntad, no pensar en lo que le harían si lo atrapaban.

La luz reverberó directamente en sus párpados, pero cuando reunió el valor necesario para levantar la mirada ya se atenuaba. Sus perseguidores se fueron y el interior de las letrinas públicas quedó sumido en la oscuridad y en el más absoluto silencio.

Nico esperó. Oyó otra descarga lejana de armas de fuego. Un grito. Gente gritando.

Nico perdió la noción del tiempo. Descubrió que la mejor manera de minimizar la sensación que le producía la inmundicia que le recubría el cuerpo era permaneciendo quieto, así se quedó, intentando no moverse casi ni para respirar.

Se preguntó qué suerte habría corrido Ash, aunque estaba seguro de que a pesar de aquel despliegue militar para capturarlos, su maestro encontraría la manera de zafarse de él. Al menos, eso le daba algo de esperanza.

Oyó ladrar a unos perros. Y otra vez voces. A Nico se le detuvo el corazón cuando volvió a escuchar las pisadas en la entrada de las letrinas.

—Ya han registrado este lugar —dijo una voz femenina.

—¿Esos idiotas? Quizá sean unos ases agitando la espada, pero yo pondría en tela de juicio su capacidad de observación.

De nuevo el ruido de botas recorriendo el suelo encima del pozo negro. La luz de una linterna parpadeó y aparecieron sombras.

—¿Dónde está Stano? ¿Lo has visto? —La voz femenina denotaba preocupación.

—Sí, el roshun lo pilló por sorpresa por culpa de la niebla y lo arrojó. Mala suerte.

—¿Está muerto?

—Aspecto de muerto tenía.

La mujer parecía contrariada.

—Cuando atrapemos a esos cabrones, quiero ser la primera en ponerles la mano encima.

—Serán todos tuyos.

Ahora la voz sonaba justo encima de Nico. La luz de la linterna iluminó el pozo negro. Nico retrocedió buscando la oscuridad.

Un rostro apareció en uno de los orificios y sus miradas se encontraron. De repente asomó el centelleo de una dentadura.

Capítulo 24

Esperando junto a Mokabi

Al amanecer, la niebla continuaba densa.

Cubría las calles como un manto vaporoso de nieve que ocultaba todo lo que quedaba por debajo y por encima de ella, incluido el sol, que apenas era un tenue resplandor que aún no despedía calor. Empezaba el día, que para los desdichados que ya tenían que estar en pie y dedicados a sus quehaceres a esas horas de la madrugada sólo era una leve luminiscencia que dotaba de formas al severo frío matinal. Los peatones caminaban con paso titubeante por las aceras y colisionaban entre sí; unos carros se cruzaban en el camino de otros y las mulas de tiro, inquietas, se miraban enseñándose los dientes apretados. La niebla apestaba: se incrustaba en la garganta y provocaba escozor en los ojos. Todo lo empapaba con su humedad, e incluso las banderas abatidas goteaban por las puntas.

Ash avanzaba apresuradamente por la calle. El viejo roshun tenía la capa, así como la ropa debajo de ella, caladas. Todavía llevaba la espada, si bien la mantenía oculta. Se le había reabierto la herida del brazo y en su mano se apreciaba una mancha de sangre seca. Caminaba con una leve cojera.

Delante de él, envuelto por la bruma, se erguía el monumento: una enorme aguja que se perdía en la penumbra del cielo. Una serie de figuras en actitud combativa jalonaban la superficie de la aguja, con sus expresiones agónicas plasmadas con habilidad en el bronce. Ash se detuvo junto al monumento; una estatua del general Mokabi mirando al frente, de tres veces su tamaño real, se erigía en la base de la aguja. Tenía una expresión triunfal, aunque de las arrugas de preocupación de su rostro se desprendía que había sido una victoria costosa. Tenía los brazos en jarras y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, como si estuviera deleitándose con la admiración que su proeza había despertado en los demás.

No había ni rastro de Nico.

Ash dejó escapar un suspiro y se sentó con pesadez en el pretil que cercaba el monumento. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo en cuanto liberó a sus pies del peso de su cuerpo.

La madrugada cedía paso a la mañana. Se apretó la capa al cuerpo pese a que la lana empapada lo calentaba poco. Aun así, ya no volvió a temblar. Transcurrido un tiempo parecía que se había mimetizado con el monumento. Cada vez había más tráfico en la plaza que albergaba la estatua y, sin embargo, nadie reparaba en el hombre que esperaba sentado.

Se acercaba el final de la mañana y Nico seguía sin dar señales de vida.

El anciano se puso en pie y deambuló un rato alrededor del monumento con el fin de que sus piernas entraran en calor. Mientras caminaba escudriñaba la niebla que se desplegaba en torno a él. En la lejanía un reloj dio la hora.

Recién caída la tarde, Ash volvió a sentarse con la espada sobre el regazo, lo que podía acarrearle problemas, pues portar armas a la vista en la ciudad iba contra la ley. Con el dedo pulgar acariciaba la cubierta de piel de la funda de su arma mientras, bajo la capucha, sus ojos miraban a todas partes. Se levantó una brisa procedente del mar, que se encontraba en algún lugar algo más lejos a su derecha. Las secas y quebradizas hojas otoñales caídas de árboles que Ash no veía se deslizaban por el suelo. La niebla ya se deslavazaba y dejaba algunos huecos de claridad, aunque todavía se negaba a disiparse por completo.

De nuevo sonó el reloj y Ash se levantó con lentitud.

—¡Nico! —gritó. Su voz iba apagándose, perdida en la niebla que lo envolvía.

La hojarasca se arremolinaba alrededor de sus tobillos y el anciano agachó la cabeza.

—Cuéntame exactamente qué ha pasado. —Baracha estaba empezando a perder la paciencia con su camarada.

Ash continuó en silencio unos segundos.

Las rocas en las que se habían sentado tenían la superficie resbaladiza y húmeda, lo que las dotaba de una apariencia de oscuras piedras volcánicas. En los orificios que jalonaban las rocas se formaban diminutos charcos en los que se reflejaba el crepúsculo y que de vez en cuando se desbordaban; entonces el agua se deslizaba en pequeños regueros que morían con un lento y monótono goteo. Próxima a ellos, una gaviota picoteaba sin demasiado entusiasmo el cadáver de un cangrejo.

—Le busqué un escondite y traté de atraerlos para que salieran en mi persecución. Fue un error.

—¿En serio? —exclamó sarcásticamente Baracha.

—Padre —le reprochó con brusquedad Serése.

Ash contemplaba con la cabeza gacha las olas minúsculas que rompían contra las rocas a sus pies. El mar se extendía en un lugar impreciso delante de ellos, invisible y silencioso salvo por esos flecos que llegaban hasta él.

Aléas quiso decir algo, pero de su boca sólo brotó una especie de graznido. Volvió a intentarlo:

—El maestro Ash no tiene la culpa de nada. Ya es un milagro que él haya escapado. —Baracha fulminó con la mirada a su aprendiz. Aun así Aléas prosiguió —: A nosotros también nos habrían capturado de no ser por la vista de lince de Serése.

Aléas fue el primero en exponer en voz alta lo que ya sabían todos: Nico había sido capturado.

—¿Qué os pasó? —preguntó Ash, levantando la mirada de la orilla.

—Cuando Serése regresó a la pensión, nos comentó sus sospechas de que nos estaban vigilando, así que nos escabullimos antes de que se lanzaran sobre nosotros. —Y buscó con la mirada los ojos de su maestro antes de añadir—: De lo contrario ahora estaríamos encerrados todos como gallinas en un corral.

Permanecieron un rato en silencio. No era la clase de silencio placentero compartido por un puñado de camaradas, más bien un estado de aislamiento individual en el que cada uno de ellos se hallaba enfrascado en sus propias preocupaciones. Las olas diminutas lamían la orilla. A su espalda, el murmullo de la ciudad, con sus ruidos atenuados y fantasmagóricos.

Baracha escudriñó al viejo roshun sentado en la roca y meneó la cabeza.

—Estás dándole vueltas a algo. Suéltalo.

—Mañana por la mañana deberíamos poner en práctica el plan.

—¿Deberíamos? ¿Hablas en serio? Me parece un poco precipitado, Ash.

—Esta niebla suele prolongarse durante días. Así que mañana debería continuar igual. Ya más adelante... ¿quién sabe?

Baracha se acarició la barba, de cuyas puntas estropeadas caían cuentas de agua.

—¿El plan? ¿Qué plan? —inquirió Serése.

—He hecho algunas gestiones que podrían ayudarnos a entrar en la torre —respondió Ash.

—Pero ¿qué pasa con Nico?—preguntó la muchacha—. ¿Es que no vamos a hacer nada para rescatarlo? ¡Por la dulce Eres, quién sabe los horrores que estará padeciendo en este preciso momento, mientras nosotros estamos aquí sentados cabizbajos y discutiendo!

—Soy plenamente consciente de lo que estará sufriendo, Serése —respondió Ash con voz queda—. No vamos a abandonarlo. A estas horas ya lo habrán conducido al Templo de los Susurros, pues allí tienen su base los reguladores. Así que para rescatar a Nico de todos modos tenemos que entrar ahí.

—¿Rescatarlo?—espetó Baracha, poniéndose en pie con toda su estatura—. ¡Ni hablar! El muchacho ya está perdido y eso es algo que todos sabemos. No podemos arriesgar más vidas a lo tonto. Si irrumpimos en el templo, es para eliminar a Kirkus. Ésa es nuestra única misión.

—Y nos ceñiremos a ella. Pero antes de matar a Kirkus nos dirá dónde encontrar a Nico. Luego podrás hacer lo que te plazca. Yo iré a buscar a mi aprendiz.

—Y yo —aseveró Aléas.

—Tú harás lo que yo diga, jovencito —le espetó el Alhazií—. En cuanto acabemos con nuestro cometido, te vendrás conmigo. Ya será un milagro que para

entonces sigas vivo, así que no tentaré de nuevo a la suerte. —Su franqueza dejó mudo al muchacho—. Y tú, hija mía, te lo digo ya: no vienes. No estoy dispuesto a poner en riesgo tu vida.

—No puedes impedírmelo, padre.

Baracha dio un paso en dirección a su hija con sus descomunales puños apretados. Era evidente el esfuerzo que le exigía dominarse.

—Sé que no puedo impedírtelo. Eso nadie lo pone en duda.

Serése se levantó, también con los puños apretados, y se encaró con la gigantesca mole de su padre.

—Si fuera tu aprendiz quien ha sido capturado, queridísimo padre, ¿acaso no intentarías rescatarlo?

—Quizá —respondió Baracha, evitando la mirada de Aléas—. En el caso de que existiera alguna probabilidad de éxito. Pero ¿desde cuándo debemos algo a ese chico? Ash debería haber sido más cuidadoso a la hora de protegerlo. Yo no tengo la culpa de que haya caído en las garras del enemigo.

Serése desvió la mirada irritada.

—Tu padre tiene razón, Serése —intervino Ash, alzando una mano abierta—. No puedes venir con nosotros. Necesitaremos a alguien en el exterior que nos proporcione los medios para escapar. Una cosa es entrar, pero tu padre ha dicho simple y llanamente la verdad: será un milagro que alguno de nosotros salga vivo. Y en caso de que eso suceda, necesitaremos otro milagro para escapar. Y para ello tú eres imprescindible.

Las palabras del anciano aplacaron una pizca el ánimo de Serése, que se dejó caer de nuevo sobre la roca.

—Hay que actuar con rapidez y conseguir todo lo que necesitamos —continuó Ash—, Me temo que los fondos con los que contamos no nos alcanzarán.

Serése examinó el rostro del anciano roshun.

—¿De verdad piensas que puedes rescatarlo?

Antes de que Ash pudiera responder, Baracha lanzó un escupitajo en el suelo de guijarros que mediaba entre ellos.

—¡No lo hacemos para salvar al chico! ¿Por qué no os metéis de una vez eso en la cabeza? Por lo que sabemos, ya debe de estar muerto.

De nuevo se sumergieron todos en sus propias cavilaciones. Ash dirigió la mirada hacia el mar y lo escudriñó no con los ojos sino con los oídos. Baracha agarró un guijarro y lo lanzó contra las rocas de las inmediaciones.

Un batir de alas atrajo la atención de Ash, que se volvió justo a tiempo para que su retina retuviera la imagen de una gaviota asustada que remontaba el vuelo dejando un vacío donde ahora miraba el anciano roshun. Ash levantó la vista y contempló cómo la gaviota planeaba en el cielo y se confundía con el manto blanquecino de la

niebla.

Una sonrisa franca apareció en sus facciones. Se quitó la capucha y respiró hondo.

—Sigue vivo —afirmó.

Baracha frunció el ceño. Aléas y Serése se volvieron a él con un gesto de expectación.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Baracha.

—Me lo dice mi intuición —respondió—. El muchacho sigue vivo. Y necesita nuestra ayuda.

Nico no tenía ni idea de dónde se encontraba.

En el momento de su captura le habían colocado grilletes en las muñecas y le habían cubierto la cabeza con una capucha. Había sido una experiencia aterradora: la falta de visión; la gruesa tela apretada contra el rostro, que le dificultaba la respiración; las manos rudas que le hurgaban el cuerpo y tiraban de él y lo empujaban de un lado a otro; las bofetadas; los gritos; la desorientación. A su alrededor se habían desatado los gritos de entusiasmo. Un jinete había partido para informar de la captura de un roshun y el chacoloteo de cascos había ido debilitándose según se alejaba por la calle. Luego lo habían arrojado a algún tipo de carro y, según traqueteaba por la calzada adoquinada, el hedor de su ropa embadurnada de heces le había producido náuseas. Habían cruzado un puente u otro tipo de estructura de madera. Cuando el vehículo lo hubo atravesado, avanzando sobre las llantas con pesadez, se paró a esperar que le abrieran una pesada puerta y después había continuado por un sendero de piedra y había vuelto a detenerse. Lo habían sacado del carro de mala manera y lo habían llevado a empellones por un suelo enlosado. Le habían hecho subir unos escalones y habían cruzado otra puerta.

Ahora estaba en algún tipo de cámara. Sabía que era amplia porque oía el eco de los ruidos a través de la gruesa tela de la capucha. Había una mujer gritando en algún lugar lejano y la algarabía de su diatriba concluyó con un estruendoso golpetazo.

El olor a cigarrillos de hazii impregnaba el aire. Por su izquierda le llegaba el rumor de un grupo de personas que conversaban en voz baja.

—Las llaves —demandó la voz masculina de un regulador junto a Nico.

—Necesitaré el impreso, si todavía lo tenéis... —dijo otra voz masculina que no había oído antes y que hablaba entrecortadamente, como si el aire procediera de los pulmones de un fumador empedernido.

Nico oyó cómo alguien desplegaba un papel junto a su oído.

—Sólo cazasteis uno, ¿eh?

—Ya es más de lo que nunca lograrás tú, Malsh —replicó una voz femenina.

El fumador se acercó al prisionero riendo entre dientes; el sonido recordaba a un

gato expectorando una bola de pelo. Nico oyó el ruido metálico de unas tijeras que se abrían y a continuación alguien empezó a recortarle la ropa sin más alboroto.

—También necesitaré un nombre para los trámites.

—En breve —respondió la voz femenina, arrastrando las sílabas y preñada de determinación.

Condujeron a Nico desnudo y todavía con la cabeza cubierta por la capucha por una serie de puertas de hierro que se abrían a su paso y se cerraban tras él, unas acciones siempre precedidas por el tintineo de llaves. El suelo de piedra parecía arenoso bajo sus pies.

De la dirección hacia donde llevaban a Nico llegaba la voz potente de un hombre que resonaba por todo el angosto pasillo. Recitaba los versos de algún tipo de poema en una lengua que mezclaba a partes iguales la lengua franca y otra desconocida para Nico. Según lo conducían a base de empujones y golpes, la voz sonaba más cercana, hasta que llegó un momento en que Nico tuvo la impresión de que estaba declamándole a la cara. Sin embargo, una vez que rebasó al recitador la voz fue atenuándose más rápidamente de lo que había esperar.

El pasillo continuaba por un largo tramo curvo hacia la derecha y después se convertía en una bajada, así que Nico se trastabillaba y estaba a punto de caer cada vez que daba un paso en falso.

Cesó el estrépito de pasos y los reguladores lo detuvieron y lo giraron.

Una puerta de hierro se abrió girando sobre los goznes con un chirrido que sonó como los chillidos de una niña aterrorizada.

Empujaron a Nico al otro lado de la puerta y el aprendiz de roshun entró agitando las manos esposadas y a punto de perder el equilibrio. La puerta se cerró con un golpe que retumbó en el interior de la celda.

Al principio, Nico pensó que lo habían dejado solo, pero entonces oyó el roce de unas botas con el suelo y a continuación un ruido similar procedente del lado opuesto. Notó la respiración de los reguladores que lo flanqueaban.

—Túmbate en el suelo —le ordenó el hombre.

—¿Qué?

—¡Que te tumbes en el suelo! —repitió la mujer.

Nico estaba temblando. Por absurdo que pudiera parecer, oía cómo le rechinaban los dientes.

Se le doblaron las rodillas y no tardó en caer. Yacía con la barbilla pegada al suelo y las costillas apretadas contra la dura superficie de piedra.

Oyó el roce del cuero con la piel y un crujido de falanges; cuatro veces la misma secuencia de sonidos.

La primera patada bastó para que se le vaciara la vejiga. Su cuerpo se enroscó, el

terrible dolor que se instaló en sus entrañas le cortó la respiración y sus alaridos salieron entrecortados.

—Ya se ha meado encima —observó la mujer.

Y entonces se ensañaron con él como mandan los cánones.

Nico trataba de escabullirse a gatas de los golpes. Oía su propia voz suplicándoles que pararan. Llegó un punto en el que estaba dispuesto a decirles lo que quisieran, pues no veía por qué podría valer la pena prolongar aquella situación; no sólo le habían despojado de su ropa, sino también de su dignidad, de su alma.

Sin embargo, los reguladores no lo interrogaban, simplemente se turnaban para golpearle las piernas, o aplastarle la cabeza contra el suelo, o patearle las costillas; no de un modo frenético, sino con parsimonia, metódicamente, como si aquello supusiera su trabajo rutinario diario y quisieran cumplir escrupulosamente con él.

Acabarían matándolo, Nico no tenía ninguna duda. Pero cuando su cabeza empezaba a sumirse en una neblina oscura, se oyó el chirrido de la puerta que se abría y los golpes cesaron de repente.

—Santa Matriarca —jadeó el regulador con una sorpresa evidente.

Se oyeron pasos y una túnica que se arremolinaba.

—Mostradme su cara —ordenó una voz femenina distinta de la que Nico había estado oyendo hasta entonces.

Le quitaron la capucha. Nico respiró trabajosamente y sus ojos bizquearon deslumbrados por la lámpara depositada en el suelo.

Abrió un ojo ensangrentado lo imprescindible para atisbar a los recién llegados. Los dos reguladores hacían una reverencia frente a una mujer de mediana edad y gran estatura, vestida con la habitual túnica blanca de la orden manniana. La acompañaba un joven aún más alto que ella, esbelto, de complejión atlética y también ataviado con la túnica blanca.

—¿Ya le habéis administrado la droga de la verdad? —preguntó la matriarca.

El cuerpo sangrante de Nico tirado en el frío suelo de piedra acaparaba todas las miradas.

—No, primero queríamos ablandarlo un poco.

—Está bien. Administrársela ahora.

Rápidamente se transmitieron unas órdenes a alguien que aguardaba en el exterior de la celda. Apareció un sacerdote entrado en años con un cucurucho de papel en la mano. El anciano se arrodilló junto a Nico y toqueteó con delicadeza el rostro del muchacho hasta que éste lo miró a los ojos. «Un curandero, tal vez», pensó Nico. El sacerdote abrió el cucurucho y sopló, y una nube de polvitos blancos impactó de lleno contra la cara del aprendiz de roshun.

Nico echó a toser y se frotó los ojos tratando de mitigar el escozor. Entonces se vio vencido por una fatiga terrible y su cuerpo quedó tendido sin fuerzas en el suelo.

El aturdimiento empezó a apoderarse de él, sumiéndolo en un estado de somnolencia. De vez en cuando brotaba en su cabeza una imagen onírica que rápidamente volvía a desaparecer sin dejar rastro.

De lo que ocurrió a partir de ese momento, más tarde Nico sólo pudo recordar algunos fragmentos.

—Dejadnos a solas —ordenó una voz femenina.

—Pero, matriarca...

—Quiero hablar con él.

—Como mandéis.

Nico caminaba por un sendero montañoso. Las cabras pacían en pastos poco densos que se extendían por encima de él y lo miraban con el rabillo del ojo según las rebasaba.

—¡Beee! —gritó, dirigiéndose a las cabras para hacerles saber que se había percatado de que lo observaban.

—¿A qué vendrá ese ruido que hace?

—Es la droga. Está delirando.

Estaba sediento y presentía que había agua un poco más adelante. Coronó una loma y divisó un riachuelo debajo; el agua corría a borbotones entre las rocas. Se le dibujó una sonrisa en los labios.

—¡Muchacho! —le espetó una voz procedente de algún lugar indeterminado encima de él.

Nico levantó la mirada y se topó con un rostro femenino poco agraciado, estropeado por los sentimientos que reflejaba. Le recordaba a un pájaro, alguna especie de ave negra y maléfica.

El rostro le hacía preguntas y él hablaba... hablaba sobre su maestro y sobre la ciudad, y sobre lo que habían ido a hacer allí. A su lado, un muchacho lo miraba con detenimiento. La expresión mezquina de esa cara juvenil, con los labios fruncidos, se tornaba más intensa según avanzaba Nico en su confesión. Era como un lobo listo para atacar.

La mujer en cambio lo contemplaba con unos ojos fríos como el hielo que ni siquiera parpadeaban. Nico tenía la impresión de que si seguía hablando, quizá dejaría de mirarle con esos ojos ávidos. No quería que lo miraran. Quería regresar a su espacio privado. Habló de Cheem y del monasterio en las montañas, de Aléas, de Baracha y del viejo Osho. Habló del anciano Vidente aislado en su cabaña, de cómo era capaz de rascarse las picaduras de los piojos y además hacer cosas que él todavía no entendía.

—¡No te vayas por las ramas! —le espetó la mujer, llevándose las garras al rostro.

La matriarca volvió a preguntarle sobre su maestro: sus planes. Nico le habló del

Templo de los Suspiros y de las estratagemas que habían considerado para introducirse en él, buscar a Kirkus y matarlo.

En ese momento, la mujer se enfureció con él, si bien Nico no alcanzaba a saber por qué. Quizá era porque había vuelto a olvidarse de hacer las tareas de la granja, o quizá porque había sostenido otra discusión a grito pelado con Los.

La mujer tensó con fuerza los músculos de la cara y se puso en pie.

—Quizá tu abuela tenía razón —dijo, dirigiéndose al muchacho que estaba junto a ella—. Si ésta es la clase de individuos que preparan hoy en día para convertirlos en roshuns no hay de qué preocuparse.

Se paseó alrededor de Nico. Una gota de saliva apareció entre sus labios finos y rojos como rubíes. La gota se transformó en un hilito que fue estirándose hasta caer sobre un ojo cerrado de Nico.

—Has venido para matar a mi hijo, roshun canijo. Así que voy a decirte una cosa: muy pronto tus amigos estarán muertos y tu orden destruida. En cuanto a ti —le dio un golpe con el dedo gordo del pie—, te utilizaremos para dar ejemplo.

El muchacho que la acompañaba respiraba con agitación. Estaba ansioso por ensañarse con Nico.

—Yo mismo acabaré con él ahora —gruñó.

—No. Diviértete con él un rato si quieres, pero déjalo con vida. Mañana se reanudan los juegos y lo enviaremos allí. ¿Me has oído, cachorrito mío? —La mujer golpeó de nuevo a Nico con el dedo gordo del pie—. Vamos a enviarte al Shay Madi y las multitudes presenciarán tu encuentro con la muerte. Así comprobarán la auténtica fiereza de los roshuns y por qué debemos echarnos a temblar en su presencia.

La mujer se dio la vuelta y su túnica se infló a su espalda.

El muchacho sonrió mostrando sus dientes afilados y descargó un pisotón tan salvaje en la mano de Nico que ésta crujió.

Nico soltó un alarido.

Capítulo 25

La bravura de los necios

Del Templo de los Suspiros partió una procesión. Se trataba de una procesión imperial, como evidenciaban sus proporciones, su magnificencia y los estandartes desplegados, los propios de la matriarca, que consistían en un cuervo sobre un fondo blanco. Desde la azotea, Aléas, Baracha y Ash observaron cómo cruzaba el puente que salvaba el foso y giraba para enfilarse con lentitud hacia el este, en dirección al Shay Madi, donde iban a celebrarse los juegos.

En las calles se apelotonaban cientos de devotos ataviados de rojo que querían presenciar aquel desfile inesperado de la Santa Matriarca, vitoreándola a pleno pulmón, como si hubieran perdido el juicio. Columnas de acólitos aparecían y desaparecían en la densa niebla como figuras espectrales; varios pelotones se encargaban de contener a los enfervorizados feligreses. Los palanquines portados por docenas de esclavos pasaban uno detrás de otro con sus ocupantes ocultos tras unas pesadas cortinas bordadas. Sacerdotes de menor rango aporreaban tambores, bailaban con un frenesí desbordado o se azotaban las espaldas desnudas con espinosas ramas de arbusto. Aléas observaba con atención y los iba contando según pasaban.

—El hecho de que tanta gente abandone el templo podría ayudarnos —comentó tenso Baracha.

Ash simplemente se encogió de hombros, luego se enderezó y empezó a vaciar el contenido de una bolsa de lona abierta sobre la azotea de cemento. Se vistió para la *vendetta*, secundado por sus compañeros: botas reforzadas, mallas de piel curtida con almohadillas en las rodillas, un cinturón, una túnica holgada sin mangas y brazales. Ash y Baracha, además, se pusieron encima una pesada túnica blanca que les caía hasta los pies. Los dos maestros se encontraron cara a cara mientras flexionaban brazos y piernas para habituarse al atavío recién puesto.

—Qué tela más dura —gruñó Ash.

—Es como llevar puesto un saco de lona —convino Baracha.

Los roshuns habían depositado todas sus esperanzas en aquellas túnicas sacerdotales, mucho más fáciles de falsificar que el uniforme completo de los acólitos.

Aléas había extraído otra túnica de su bolsa e hizo el ademán de pasar la cabeza por el orificio del cuello para ponérsela.

—No —lo detuvo Baracha—. Todavía no.

El gigantón alhazií sacó unos pesados arneses de cuero y los pasó por los

hombros de Aléas, de manera que quedaron ajustados a su torso formando una cruz, y él y Ash empezaron a enganchar a los arneses las herramientas propias de su gremio, o al menos las que habían conseguido reunir durante la noche anterior gracias a los estraperlistas que conocían en la ciudad: un juego de cuchillos arrojadizos con una serie de orificios a lo largo de las hojas para aligerarlos, una pequeña palanca, un garfio plegable y garras de escalada, bolsas con corteza de jupe molida mezclada con semillas de barris, bolsas con pólvora destellante, un hacha con varias piezas para prolongar el mango, flechas para ballesta, dos bolsas de abrojos, un botiquín, un rollo de cuerda delgada, un odre con agua y dos minúsculos barriletes de pólvora cerrados herméticamente con alquitrán —más difíciles de conseguir y más caros que el resto del equipo junto—. El peso total de la carga era inhumano y a Aléas no tardaron en Saquearle las piernas.

—Serás nuestra mula de carga —le explicó su maestro—. Lo que significa que no te separarás de nosotros bajo ningún concepto y cada vez que te pidamos algo nos lo pasarás sin perder un segundo.

Baracha levantó una pequeña ballesta de doble disparo.

—Y cuando no andes ocupado pasándonos las herramientas, más te vale estar disparando a alguien —espetó, arrojando el arma a su discípulo.

Aléas inclinó la cabeza, esforzándose en completar el gesto de asentimiento. La tensión empezaba a desbordarlo.

Ash le ayudó a colocarse la túnica encima de su figura repentinamente hinchada.

—Pareces la esposa preñada de un pescador —observó el anciano roshun, dándole una palmada en la espalda.

Aléas hizo un mohín con el ceño fruncido y dio un par de pasos exagerando los andares de un pato. Por la expresión de los maestros roshuns concluyó que no debía de tener un aspecto demasiado agradable.

La campana del templo dio las ocho en punto.

—Tu ejército se retrasa —observó Baracha.

—Ten fe. Llegaré.

Ash regresó al pretil de la azotea, apoyó un pie en la cornisa y descansó los brazos cruzados sobre la rodilla flexionada. La cola de la procesión pasó. Ash levantó la vista hacia la puntiaguda torre y así permaneció un rato, escudriñándola con todo detalle.

Se hallaban en la posición elevada más segura que habían encontrado: la azotea del edificio de un casino que se levantaba en una calle que se extendía en paralelo al perímetro del foso. El establecimiento debía de seguir abierto a pesar de la temprana hora de la mañana a juzgar por las luces y el bullicio que escapaban por un puñado de ventanas abiertas.

Aléas se movía alternando el pie de apoyo de todo su peso; temía que si se

sentaba, no podría volver a levantarse por sí solo. Se unió a Ash junto al pretil, echó un vistazo a la torre pero enseguida paseó la mirada por la ciudad, de la que no se atisbaba más que un contorno difuso apenas distinguible por culpa de la niebla.

«Quizá muera hoy», repetía una voz en su cabeza, como con desapego.

El estómago le ardía.

Oyó a su maestro a su espalda recitando la oración matinal. No necesitaba volverse para saber que Baracha estaba de rodillas, con los brazos cruzados en el pecho y el rostro orientado hacia el tenue resplandor que se intuía que debía ser el sol. Hoy demandaría valor en su plegaria y la bendición del verdadero profeta Zabrihm.

Ash también se arrodilló sobre el suelo de la azotea y adoptó una postura de meditación.

—Ven —dijo, dirigiéndose a Aléas—, Únete a mí. «Por qué no», se dijo Aléas, y tuvo que lidiar con la carga que llevaba encima hasta que consiguió ponerse de rodillas. Respiró hondo, buscando la quietud. Sin embargo, no le resultaría fácil alcanzarla, pues estaba agitado y tenso. En ocasiones como ésta era cuando anhelaba creer ciegamente en el poder de la oración. Sin embargo, recurrió a su propia letanía: su particular manera de implorar un sentido a sus actos.

«Hago esto por mi amigo —afirmó—. Porque merece mi lealtad y porque yo nací de Mann y tengo mucho que redimir del comportamiento de mi pueblo. Si muero, que sea siguiendo el buen camino. Si muero, yo...»

Se oyeron pisadas que recorrían la azotea.

—Tu ejército —anunció Baracha con sequedad, poniéndose en pie.

Aléas se volvió y de la niebla emergió un hombre que se dirigía hacia ellos y que puso los ojos como platos en cuanto reparó en el atuendo de los roshuns.

—Así que, puñado de locos, estáis decididos a seguir adelante, ¿eh?

—Llegas tarde —le recriminó Baracha.

El recién llegado se quitó la chistera andrajosa de la cabeza.

—Mis disculpas —dijo, haciendo una reverencia tan honda que el sombrero que aferraba en las manos casi rozó el suelo de cemento—, Las señas que me dio tu chica eran algo confusas. Pero ya estoy aquí y he traído lo que necesitáis.

Los roshuns se congregaron alrededor del hombre. El hedor que despedía el recién llegado asaltó la nariz de Aléas a pesar de que los separaban un par de metros. Su escaso cabello salpicado de caspa se precipitaba en finos mechones lacios desde su cogote, y su cuerpo esquelético se encorbaba de una manera muy poco atractiva enfundado en un gastado abrigo de amplios faldones. El tipo se rascó y Aléas reparó en la mugre incrustada bajo sus uñas; y cuando sonrió, sus dientes semejaban un pegote marrón.

El recién llegado exhalaba vaho mientras sacaba algo de un bolsillo sepultado en el interior de su abrigo. Se trataba de una rata, que se revolvió violentamente

suspendida en el aire mientras el hombre le agarraba por la cola. Era completamente blanca y tenía los ojos de color rosa.

De otro bolsillo extrajo un sobrecito de papel doblado. Lo abrió con una mano y apareció una pequeñísima cantidad de Polvo blanco que el hombre sopló hacia el rostro de la rata. La criatura se retorció y dejó escapar un sonido que bien podría haber sido un estornudo.

Fascinado, Aléas observó al hombre mientras hacía oscilar la rata adelante y atrás. El animal bregaba por zafarse de su mano. En un momento dado, el hombre amplió el ángulo del movimiento, la rata se elevó en el cielo, dio una vuelta completa y acabó en la boca abierta del recién llegado, que rápidamente cerró la boca, todavía con la cola sonrosada y flácida sobresaliendo entre sus labios.

De esa guisa, el hombre miró uno a uno a los roshuns y las expresiones de estupefacción que mostraban; todos salvo Ash, que sabía de antemano lo que iba a hacer. A continuación se puso a cuatro patas, con la barbilla a ras de suelo, tiró de la cola para sacarse la rata de la boca y la depositó sobre la superficie de cemento; parecía muerta. Entonces le sopló en la cara y la rata se agitó y movió los bigotes, y sus ojos se abrieron en dos rendijas. Giró sobre sí y se quedó mirando al hombre como hipnotizada. El tipo andrajoso la cogió con las dos manos y se levantó con sumo cuidado. Se acercó por turnos a los roshuns apretando cada vez el cuerpecito del animal para que expulsara un chorrito de orina en sus ropas. El hedor invadió las fosas nasales de Aléas.

Luego extrajo una bolsa de lona de otro bolsillo, dejó caer la rata en su interior y con extrema delicadeza se arrancó un pelo de la cabeza con el que la ató para cerrarla. La rata empezó a agitarse dentro y no parecía que la bolsa fuera a aguantar.

—Ten —dijo, ofreciendo la bolsa a Ash.

Ash lo miró con gesto de sorpresa, señaló a Baracha y el hombre ofreció la bolsa al Alhazií.

Baracha se mostró más reacio aún a aceptarla.

—El chico se ocupará —declaró.

De modo que Aléas se encontró con otro elemento que añadir a todas las cosas que ya acarrea: una bolsa con una rata revoltosa en su interior.

—Para las ratas es su rey —explicó el hombre, dirigiéndose a Aléas—, Cuando él las llame, acudirán en su ayuda.

—¿Y eso cuándo ocurrirá?

—Pues... ahora.

Aléas miró en derredor y no vio nada, por supuesto tampoco ninguna rata.

—Te estamos inmensamente agradecidos —dijo Ash con aspereza, alargando una bolsa llena de monedas.

El hombre hizo otra reverencia, esta vez menos afectada, y se dio un toquecito en

la copa de la chistera una vez que se la hubo encasquetado.

—Os desearía buena suerte, pero parece que eso sea un lujo en los tiempos que corren. Y de todos modos, no vale la pena desperdiciarla en unos majaretas como vosotros. Así que adiós, Ash. Espero que tengas un final glorioso.

Con esta bendición final, el hombre se marchó cojeando.

—Cuando dije que necesitábamos un ejército hablaba en el sentido literal de la palabra —masculló Baracha mientras cruzaban la calle en dirección al puente—. Ya sabes, hombres y ese tipo de cosas... hombres armados, armaduras, disciplina...

La visión periférica del trío captaba figuras que emergían y se dispersaban en la densa niebla. Las ratas ya estaban allí.

—Este ejército es mejor —repuso Ash.

Los roshuns se detuvieron ante la garita achaparrada de los centinelas que les bloqueaba el acceso al puente. Un acólito enmascarado salió de la caseta con la mano apoyada sobre la empuñadura de su espada. Empezó a hablar, pero su voz se apagó abruptamente cuando Ash le hundió un cuchillo que giró violentamente en su vientre empujándolo hacia arriba para perforarle el pulmón.

El anciano retiró el acero y el aire salió despedido de la herida con un silbido. El acólito se desplomó de costado, jadeando detrás de la máscara como un pez fuera del agua.

Baracha pasó por encima de él y se introdujo en la garita. Se oyó el fragor de una breve refriega y el Alhazií emergió de la caseta con el semblante adusto. El trío de roshuns enfiló por el puente.

Aléas todavía llevaba la bolsa de lona en la mano, aunque ya no le daba tirones, pues el rey rata había dejado de revolverse. Echó un vistazo por encima del hombro y atisbo una masa informe siguiéndolos. La torre se erguía delante de ellos; entre sus muros, ojos furtivos observaban su aproximación. Los tramos bajos del templo estaban recorridos por aspilleras que sobresalían de su fachada vertical para que los arqueros pudieran disparar hacia abajo. Aléas se las veía y se las deseaba para caminar con normalidad cargado como iba bajo la túnica.

Se detuvieron al pie de la torre, frente a la enorme puerta de hierro. Se abrió una ventanita a la altura de la cintura por la que sólo se veía oscuridad.

Aléas procedió según las instrucciones: abrió la bolsa rompiendo el pelo que la mantenía cerrada y arrojó el bicho por el agujero.

Casi de inmediato las ratas emergieron de la niebla y se precipitaron hacia la puerta. Los roshuns se echaron a un lado, apartándose a golpes del torrente de ratas que les trepaban por las piernas. Los animales fueron hacinándose contra la puerta como un montón de hojarasca hasta que consiguieron deslizarse por la ventanita abierta.

—¡Humo! —pidió Ash, agitando una mano abierta.

Aléas se hurgó en la túnica buscando una de las bolsitas con corteza de jupe y semillas de barris y la tiró hacia el maestro roshun.

Los gritos se propagaron por el interior de la torre. Se oyeron voces de alarma y sonó una campana tañida con ímpetu.

El anciano se agachó y prendió la mecha de la bolsita con una cerilla. La dejó caer en el suelo y de ella empezaron a emanar nubes de humo blanco que se sumaron al amparo natural que ya les proporcionaba la niebla. Una flecha se hizo añicos a los pies de Aléas, que sin pensárselo dos veces levantó su ballesta de doble disparo, apuntó a una aspiller a unos seis metros de altura y apretó el gatillo. Desde otra aspiller a un rifle escupió una nube de humo y una bala de plomo; ésta cortó el aire a toda velocidad y nadie tuvo noticia de ella hasta que repararon en la ruta sangrienta que había seguido a través de la oreja izquierda de Baracha.

—¡Aléas! —se desgañitó su maestro. Aléas se dio la vuelta y volvió a disparar.

Mientras él se hallaba ocupado en la tarea de responder a los disparos, Ash y Baracha se afanaban en sacarle uno de los dos minúsculos barriletes de pólvora que llevaba colgados bajo la túnica, Baracha ignorando la oreja destrozada que le colgaba en jirones sangrantes del costado de la cabeza.

—Eres como mi madre haciendo nudos —gruñó el Alhazií a Ash mientras ambos trataban de desatar con grandes dificultades el minúsculo barrilete del cuerpo de Aléas.

Los disparos no cesaban. El ruido era ensordecedor y saltaban astillas en torno a sus pies. Al fin se desprendió el barrilete.

Aléas recargó su ballesta y se acurrucó a un lado de la puerta, consciente de que en cualquier momento los alcanzarían con sus rifles, ya los envolviera el humo o no. No obstante, reparó en los gritos procedentes de las aspilleras y en los soldados que chillaban espantados: las ratas ya habían llegado hasta ellos.

—¡Necesitamos más! ¡Hay que usar los dos barriletes! —La voz áspera de su maestro se oyó por encima del estrépito de los disparos.

Sin embargo, Ash no le hizo caso y depositó el barrilete de madera pegado a la puerta, mojó la mecha con agua y se escabulló.

—¡Alejaos! —bramó Baracha, y el trío se arrojó desde el puente a los cimientos de hormigón que lo sostenían.

La mecha era corta, pero pareció pasar una eternidad mientras esperaban que el agua actuara. El barrilete de pólvora estaba hecho de una pieza de madera hueca con un orificio del diámetro de un dedo en la parte superior, sellado con un denso pegote de brea semisólida. La mecha asomaba por ese orificio y cuando succionara el agua que la empapaba y llegara al contenido del barrilete, éste detonaría al contacto repentino con el líquido.

De pronto, la explosión. Con un estruendo disonante se levantó un remolino de aire que estalló sobre sus cabezas, seguido por una nube de humo negro y pestilente y un breve chaparrón de astillas y ratas que se precipitaron sobre el agua del foso. Sin dejar de toser, los roshuns levantaron la cabeza. La puerta seguía intacta.

Baracha saltó al puente con un grito de desesperación y sacudió los brazos en dirección a la puerta. Una bala pasó rozándole la cabeza; sin embargo, el Alhazií no se amilanó, sino que se enderezó y levantó la vista con gesto ceñudo.

Ash también se encaramó de un brinco al puente y ayudó a Aléas a subir a lo que quedaba de la estructura de madera. El estallido todavía retiñía en sus oídos. Pero no había tiempo para pensar. A través del humo vio que los tablones del puente habían volado por los aires y apenas si quedaban los cimientos de hormigón, a la vista y fuliginosos; también la puerta estaba ennegrecida y con unas abolladuras tremendas, pero, por lo demás, seguía igual. Ash se adelantó, acariciando la funda de su espada, a Baracha y Aléas. Lanzó una mirada con las cejas enarcadas al aprendiz. Aléas se encorvó para recargar su ballesta.

Llegaron más disparos y una bala raspó el hombro del Alhazií antes de rebotar en el hormigón y pasar rozando la rodilla derecha de Aléas.

—¡Por lo más sagrado!—rugió Baracha con una ira desbordada—, ¿Es que no podéis apuntar a otro por una vez?

Arrebató la ballesta a Aléas y apuntó a una aspillera de la que todavía emanaba una nube de humo. Disparó dos flechas, se oyó un alarido de dolor y arrojó de vuelta el arma a su discípulo.

—¿Ahora qué?—inquirió Baracha, volviéndose a Ash—. Te dije que teníamos que usar los dos barriletes.

Ash se llevó un dedo a los labios para hacer callar al gigantón roshun. Luego atravesó la nube de humo que empezaba a disiparse, apoyó una mano contra el portillo combado y entreabierto de la puerta principal y empujó con todo el peso de su cuerpo.

La puerta se derrumbó hacia dentro y cayó desplomada sobre el suelo con un ruido seco.

Los maestros roshuns se deslizaron al interior con Aléas tras ellos, que caminaba renqueando por culpa de la carga. Dentro sólo encontraron humo y oscuridad. Un acólito se retorció tirado en el suelo, sumergido en un mar de ratas. Los roshuns lo bordearon sin mirarlo.

Los viles orificios de las aspilleras recorrían las paredes del amplio vestíbulo. Al fondo había otra puerta, pero ésta estaba abierta y daba a una gran cámara profusamente iluminada con lámparas de gas en la que encontraron varios zels con las riendas atadas a unos postes. Junto a ellos había un puñado de carros vacíos. Dos de las paredes estaban recorridas por sendos abrevaderos y, a juzgar por el olor, la

caballeriza no debía de andar lejos. De la cámara partían varios pasillos y los roshuns eligieron el que tenían justo enfrente. Ash marchaba en cabeza y Aléas en la cola.

El pasillo desembocaba en el santuario inferior del Templo de los Suspiros, la zona abierta más extensa que había en toda la torre. Las paredes eran de color carne; un altar para sacrificios hecho de piedra blanca se atisbaba al fondo de la sala, sumido en un círculo de luz de lámparas de gas atenuadas. Dos hileras de columnas de mármol rosa recorrían el santuario en toda su longitud; las columnas se elevaban hasta el penumbroso y alto techo abovedado con frisos que representaban escenas de Mann: imágenes que reflejaban buena parte del caos que en ese preciso momento reinaba debajo.

Un caos causado por el pánico y la desesperación por escapar del torrente de bichos enloquecidos que se apelotonaban sobre cualquier cosa que se moviera. Los acólitos, cubiertos de ratas, corrían por el santuario como envueltos en llamas. Algunos se tiraban rodando por el suelo intentando aplastar a sus agresores. Los roshuns, por su parte, observaban en medio del tumulto sin que nadie los molestara.

—No esperaba que fuera tan fácil —bromeó Baracha, algo que sólo a un alhazií se le ocurriría decir con una oreja desprendida de la cabeza.

Las ratas les despejaron un camino en medio del desconcierto. En cada rincón del templo había encajada una escalera de caracol: tres de ellas llevaban a pisos superiores. Sin embargo, la que tenían más próxima, a su derecha, conducía a un piso inferior. Los roshuns se movieron alrededor de ella, indecisos, escudriñando la penumbra de debajo.

—Los aposentos de los esclavos —dijo Ash.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el mal olor.

Los roshuns se reunieron en el fondo del santuario, en el borde de un estanque poco profundo que aislaba el altar del resto del templo. Se tomaron un momento para debatir la situación.

—¿Crees que Kirkus sigue en la Cámara de las Tormentas? —inquirió Baracha, justo cuando un acólito pasaba histérico por delante de él y se zambullía en el estanque. Los roshuns no le prestaron ninguna atención.

—No tenemos más remedio que confiar en ello.

—Debe haber un ascensor en algún lado —observó Baracha—, Todas estas torres tienen uno. ¿Lo veis?

—¡Allí! —exclamó Aléas, haciendo un gesto hacia una puerta que sólo se intuía en la pared que se levantaba detrás del altar.

—Entonces probaremos con el ascensor —repuso Baracha—. Si tenemos que abrirnos paso con las armas planta a planta, nunca llegaremos arriba.

—De acuerdo.

Ash enfiló por la pasarela que se desplegaba por encima del agua; todavía no había necesitado desenfundar la espada. A Baracha no le importó mojarse los pies y se metió directamente en el estanque. Aléas también eligió el puente.

La puerta de doble hoja del ascensor era pequeña, de hierro fundido, y permanecía firmemente cerrada. No se veía ningún orificio para una llave ni cualquier otro mecanismo de apertura. —Palanca —dijo Baracha, chasqueando los dedos con la mano extendida.

Aléas se puso a hurgar debajo de su túnica hasta que Baracha perdió la paciencia y le desgarró la prenda dejando al descubierto los arneses; arrancó la palanca de las correas y se dispuso a forzar la puerta.

Sin embargo, seguía sin abrirse.

—Hay que volarla —gruñó el Alhazií, devolviendo la palanca a su pupilo.

Ash asintió. Colocaron el segundo barrilete de pólvora apoyado contra la puerta y empaparon la mecha.

—¡Alejaos! —bramó Baracha.

Los roshuns se escabulleron en busca de cobijo, y esta vez tuvieron la sensatez de taparse los oídos.

Cuando el humo se disipó, la puerta destrozada dejó a la vista un hueco que se prolongaba hacia arriba sumido en penumbra. En un costado, un cable metálico tenso subía y se perdía en la oscuridad y junto a él una escalera vertical de hierro que ascendía por la pared del hueco.

—Esperaba subir en el ascensor —se lamentó Aléas con sequedad.

—Treparemos —repuso Baracha con su voz retumbante.

Aléas iba el último, apretando los dientes por el esfuerzo que le exigía pasar una mano de un peldaño de hierro al siguiente con todo el peso que llevaba encima. La luz que penetraba desde abajo por el vano de la puerta sólo iluminaba el tramo inicial del hueco del ascensor, de modo que el resto quedaba oculto por la oscuridad, y el aprendiz, que lastrado por la carga avanzaba más despacio que los maestros, ya había perdido de vista a Ash, que encabezaba la partida seguido a cierta distancia por Baracha. El hueco apestaba a grasa y estaba lleno de polvo, así que Aléas tenía que detenerse continuamente para estornudar.

Al cabo de un rato tuvo que parar para recuperar el aliento. El aire le irritaba la garganta y los pulmones le ardían. Se limpió la nariz con la manga, pasó un brazo alrededor de un peldaño y se cogió las manos para mantenerse sujeto. Aléas era fuerte y estaba en forma, pero dudaba de sus posibilidades para culminar aquella ascensión. Ash y Baracha ya estaban demasiado lejos para que les alcanzara la luz que entraba

por el hueco de la puerta que habían hecho volar por los aires. Sin embargo, sus ojos ya se habían habituado a la oscuridad y vislumbraba la figura menguante de su maestro sobre su cabeza.

No tenía otra opción que continuar, así que reemprendió la escalada.

Antes de alcanzar a su maestro tuvo que detenerse cuatro veces más para descansar, con un gran desgaste de fuerzas entremedias. Baracha se había detenido y lo esperaba suspendido de la escalera en medio de la oscuridad.

—¿Por qué vas tan lento? —siseó el maestro.

—Me he entretenido contemplando las vistas —respondió Aléas—, Y luego, por placer, me he puesto a charlar con una chica de Exanse, ¿o me dijo que era de Palo-Valetta? Bueno, ya sabe cómo son estas cosas, no lo recuerdo.

—Dame la palanca —espetó entre dientes el Alhazaií.

Aléas le entregó la palanca, lo que no fue una maniobra sencilla para ninguno de los dos, colgados peligrosamente de la escalera, y luego observó cómo su maestro la pasaba a Ash, que tenía el paso bloqueado por un objeto sólido que ocupaba toda la amplitud del hueco del ascensor. Enseguida empezó a caer una lluvia de astillas.

Un fragmento aterrizó en un ojo de Aléas, y éste maldijo mientras parpadeaba con insistencia para sacárselo. Por un momento, sus piernas se agitaron en el vacío.

—¡Aléas! —farfulló su maestro.

Un tablón se desprendió del obstáculo y cayó dando vueltas sin llegar a tocarles, rebotó en la pared y desapareció bajo sus pies. Otras dos tablas siguieron a la primera y a continuación Ash trepó por el agujero que había abierto con Baracha pegado a sus talones. Aléas, medio ciego, ascendió fatigosamente el último tramo de peldaños y se agarró al borde irregular del agujero que Ash había hecho en el suelo de la cabina del ascensor. Se frotó los ojos irritados, aunque eso sólo empeoró el escozor. Notaba la mugre incrustada en sus fosas nasales al respirar y el sudor que le corría por la piel.

La cabina tenía una puerta doble de hierro entre cuyas hojas no se atisbaba ni un resquicio, con unos tiradores curvados a cada lado que sin duda debían servir para deslizar las puertas. Al otro lado se oyeron amortiguados el tintineo de campanillas y una voz que bramaba órdenes.

La palanca volvió a fracasar en el intento de abrir la puerta.

—Está atrancada —jadeó Baracha.

Ash estaba examinando una palanca metálica que sobresalía de un lado del cubículo y se decidió a empujarla. El ascensor dio una sacudida que lo elevó un par de centímetros antes de frenarse con un golpetazo seco y recuperar su posición previa.

—Todavía no estamos en el último piso. El ascensor llega más arriba.

—Entonces, ¿por qué no se mueve?

Ash pasó la mano por una placa de latón instalada justo debajo de la palanca. Los

tres la examinaron con atención y descubrieron que tenía cuatro clavijas también de latón, cada una con una serie de dígitos grabados, que giraban como diminutas ruedas en un eje, dejando a la vista números diferentes cada vez que las movían.

—He oído hablar de estas cosas —gorjeó Aléas—. Es una cerradura numérica. Hay que combinar correctamente los números de las cuatro ruedas.

Ash les pasó el dedo por encima y sacudió la mano con desdén.

—Sería un milagro dar con la combinación correcta. Me temo que nos hemos metido en un callejón sin salida.

No había acabado de decir esto cuando las puertas se deslizaron y se abrieron.

Una docena de acólitos se quedaron petrificados y con las miradas atónitas clavadas en los roshuns, quienes a su vez les devolvían la mirada con el mismo grado de sorpresa.

Baracha soltó un gruñido, agarró al acólito que le quedaba más cerca y lo metió en el ascensor. Eso rompió el hechizo.

Ash y Aléas se abalanzaron sobre los tiradores y corrieron las puertas mientras el tumulto de acólitos bregaba para colarse por el espacio cada vez más estrecho entre las hojas de la puerta. Sobre la cabeza de Aléas se precipitaban puñetazos y manos que lo asían del cabello.

El aprendiz empujaba el tirador al tiempo que rechazaba a un acólito; los golpes llovían sobre su cabeza y vislumbraba dientes apretados y ojos desorbitados por la ira, con el telón de fondo de cabezas que se sacudían y aceros que buscaban una oportunidad para lanzar un tajo. La puerta ya casi estaba cerrada y únicamente la bloqueaban los hombros y las piernas de un acólito, que resoplaba por la nariz del esfuerzo, si bien no se daba por vencido.

—¡Sacad las armas! —espetó Ash, echando la cabeza hacia atrás y luego hacia delante para esquivar un puñetazo. El anciano desenvainó su espada al tiempo que ladeaba la cabeza para eludir la punta de una hoja y descargó la suya. Un chorro de sangre —irreal, espantosa, resplandeciente— regó el cubículo del ascensor.

Aléas había perdido algo de visión en su ojo izquierdo; sin duda la astilla que le había entrado le rozaba cada vez que parpadeaba, sin embargo, forcejeó con su acero hasta que consiguió desenfundarlo y arremetió con él contra nadie en particular.

—¡Dime los números! —gritaba Baracha a su prisionero detrás de él.

—¡Aprieta! —animó Ash al joven aprendiz, enfrascado en la refriega. Las hojas de la puerta se juntaron un poco más.

Aparecieron más manos que se aferraron a los bordes de las puertas. El acólito que las bloqueaba estaba muerto o acaso inconsciente, y los soldados a su espalda lo utilizaban como escudo y como palanca. Entretanto, Ash estaba causando estragos con su acero. La sangre se esparcía por el suelo y formaba charcos; Aléas resbaló en ella y a duras penas consiguió mantener aferrado el tirador, aunque eso le costó la

pérdida de su espada, que se le escurrió de la mano grasienta. Sintió un dolor abrasador en la mejilla y rápidamente ladeó la cabeza; notó algo húmedo en la cara. Apretó la mano alrededor del tirador y por puro instinto esquivó una hoja que ni siquiera había visto.

—¡Maestro! —gritó, volviéndose al Alhazií.

Baracha tenía agarrado al hombre que estaba interrogando y jadeaba trabajosamente a un milímetro de su rostro. El tipo no era un acólito, sino un anciano sacerdote completamente calvo que respiraba con dificultad y por cuyos orificios nasales asomaba un puñado de pelos blancos.

—¡No conseguirás nada de mí! ¡No te diré nada!

—¿Ah, no?—replicó Baracha, remangando la túnica del sacerdote y palpándole la entrepierna.

Ash se alejó tambaleante de la puerta.

Aléas soltó un alarido y lanzó la mano hacia el tirador que de repente había soltado Ash. Las puertas volvieron a abrirse y se apiñaron más hombros y brazos para hacer palanca. Aléas rugió reuniendo todas las fuerzas que le quedaban y las empleó para evitar que creciera la brecha que habían abierto los acólitos. «Es el fin —pensó, esperando que en cualquier momento se hundiera un cuchillo entre sus costillas—. Nunca tuvimos una oportunidad real.»

El sacerdote chocó con su espalda en su forcejeo con Baracha.

—¡Para, por favor! —gritaba el anciano calvo con un acento sincopado.

—¡Maestro! —repitió Aléas.

Un rostro lo insultó a tan escasa distancia del suyo que el aprendiz advirtió el olor a ajo del aliento. Encima de aquella cabeza atisbo un madero que se abría paso entre las puertas y que alguien utilizó a continuación como palanca para abrirlas.

Baracha ignoró a su discípulo.

—¡La combinación o te los arranco de cuajo!

Ash yacía en el suelo, seguía consciente, pero titubeaba como un borracho.

—¡No! —gritó el sacerdote en un tono que rayaba la histeria, dejando escapar inmediatamente un alarido atronador.

—¡La combinación! —gruñó Baracha.

—¡Cuatro, nueve, cuatro, uno! ¡Cuatro, nueve, cuatro, uno! —Los chillidos atroces del sacerdote retumbaron en el reducido espacio de la cabina y de pronto cesaron.

Aléas notó que el viejo se derrumbaba contra sus piernas. Baracha tiró algo informe y ensangrentado al suelo. La bilis se agolpó en la garganta del joven aprendiz que, sin embargo, no tenía tiempo para esas preocupaciones, pues un cuchillo ya revoloteaba en cerca de su estómago, intentando encontrar un camino hasta su cuerpo entre todas las herramientas que llevaba colgadas.

Baracha se inclinó sobre la placa de latón y giró las ruedas para introducir la combinación.

—¡Rápido! —balbuceó Aléas.

—¡No funciona! ¡El imbécil me ha mentido!

—¡Tire de la palanca! ¡Tiene que tirar de la palanca!

La cabina dio una sacudida y empezó a elevarse. Los gritos agónicos acompañaron la precipitada retirada de brazos del suelo del cubículo; las extremidades no subieron arrastradas por la cabina, sino que fueron desapareciendo por la brecha entre las hojas de la puerta a medida que ésta ascendía.

Aléas se dejó caer contra la pared. Estaba empapado en sudor. Respiró hondo tres veces antes de incorporarse y arrodillarse junto a Ash.

—¿Qué le pasa? —preguntó Baracha.

Aléas reparó en el cuchillo que sobresalía del muslo del anciano roshun y examinó el corte.

—Sólo es una herida superficial —respondió el aprendiz, que extrajo la hoja con sumo cuidado.

Ash dio un grito ahogado.

El Alhazií olfateó el acero.

—Veneno. Rápido, muchacho, el antídoto.

Aléas trató de serenarse, no era el momento de venirse abajo.

Se sacó el botiquín que llevaba colgado de la cadera.

—¿Cuál es?

—Usa todos.

Aléas extrajo los cuatro viales con antídotos y vertió unas gotas de cada uno de ellos entre los labios de Ash.

La cabina se detuvo con un traqueteo. Baracha se abalanzó sobre la puerta doble del piso en el que habían parado y asió los tiradores para mantenerla cerrada. Sin embargo, esta vez nadie intentó abrirlas.

Aléas se frotó el ojo inflamado. Echó mano del frasco con agua que llevaba encima e inclinó la cabeza hacia atrás para lavárselo. Parpadeó un par de veces y repitió la operación. Pareció funcionar. Luego bebió un trago largo de agua.

—Aceite de junco —farfulló Ash desde el suelo.

Aléas volvió junto a él. Sacó un pequeño tarro de arcilla del botiquín, le quitó la tapa de papel, se impregnó un dedo con la crema cerosa y la untó en los labios de Ash.

Los ojos del anciano roshun recuperaron rápidamente el brillo.

—Ayúdame a levantarme —le ordenó.

—Despacio —dijo Aléas, ayudándolo a ponerse en pie—. Lo acaban de envenenar.

—Lo sé, todavía lo noto.

Baracha tenía la oreja pegada a la puerta.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con voz calma, volviéndose hacia él.

Ash le respondió con un breve gesto de asentimiento.

—Creo que era semilla sagrada machacada —dijo Aléas, que se había acercado el acero ensangrentado a la nariz.

—Extraño —observó Ash.

—Y difícil de anular. Tendremos que realizarte una purga cuando salgamos de aquí.

—¿Estáis preparados? —inquirió Baracha.

Ash recogió su espada del suelo. Se despojó de la pesada túnica y limpió con ella la empuñadura y la hoja de acero curva. Parecía un granjero limpiando su guadaña.

Una punzada de dolor se ensañó con el anciano en cuanto terminó de limpiar la espada. Encorvó la espalda, se agarró un costado y aspiró una gran bocanada de aire. Era evidente que le costaba horrores enderezarse. Al cabo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Baracha corrió las puertas para abrirlas.

Capítulo 26

El asesinato

Kirkus tenía náuseas. Tenía el oído pegado a la pesada puerta acorazada y lo único que oía al otro lado era silencio.

Venían a por él y lo sabía, y esa certidumbre hacía brotar en su interior el impulso incontenible de huir. Pero ¿huir adonde? Estaba en la parte más alta de la puntiaguda torre, la única vía de escape era la que estaba usando la gente que subía con la intención de matarlo.

Sólo le restaba esperar que los guardias de la torre los detuvieran. Y los detendrían, por supuesto, de eso no le cabía duda, pues habían sido entrenados desde niños para ese cometido. Y sin embargo, volvió a atormentarle la misma pregunta: ¿cómo era posible que sus asesinos hubieran llegado tan lejos?

Se alejó de la puerta y se adentró de nuevo en la Cámara de las Tormentas. Empuñaba una espada corta; la sopesó y lanzó una estocada al aire y luego otra.

Se dijo que no la necesitaría. Nunca conseguirían entrar.

Manse, el anciano sacerdote, aguardaba de pie en el centro de la cámara con las manos sepultadas en las bocamangas de su túnica y la cabeza gacha. Una criada muda cuidaba el fuego, si bien de vez en cuando miraba de reojo a Kirkus.

—Vosotros dos, arrimaos a la puerta —les ordenó Kirkus—. Mantenedme informado de todo lo que ocurra.

El muchacho ignoró a la pareja cuando se deslizó junto a él de camino a la puerta. Deambuló un rato por la estancia y al cabo se detuvo frente a los ventanales. Apoyó la frente contra el cristal frío. Desde su posición elevada, la niebla se extendía por debajo de sus pies, produciendo la impresión de que la torre se erigía sobre un manto de nubes. Se divisaban otras torres aquí y allá que asomaban por encima del celaje como islas.

Incluso a través del grueso vidrio oyó el grito que escapaba por una ventana del piso inferior. De nuevo se le revolvió el estómago.

Sólo en una ocasión anterior había temido de verdad por su vida, y de eso hacía ya varios años, cuando experimentó su primera purga. Había abandonado en mitad del ritual, que se prolongaba durante toda una semana, incapaz de reunir el aplomo necesario para culminarlo. Entonces, su abuela se acercó a él con agua y le limpió las impurezas nauseabundas del rostro con una esponja húmeda. Al cabo, Kirkus dejó de temblar y su llanto cesó. Levantó los ojos hacia su abuela; todavía veía fantasmas. Se sabía al borde de la locura.

—¿Por qué la carne divina es tan fuerte? —le susurró al oído su abuela.

De su boca sólo brotó un graznido, aún le resultaba imposible hablar.

—¡Respóndeme! —le interpeló la anciana.

Kirkus sintió aquella voz como un latigazo.

—Porque... no conoce... la debilidad... —recitó en un murmullo apenas audible.

—Bien, ahora háblame de la debilidad.

Entonces, Kirkus se sintió como si estuviera narcotizado y su mente se negó a concentrarse. Pugnó por recuperar la serenidad aferrándose con fuerza a la pregunta de su abuela.

—La conciencia —farfulló.

—Bien, ¿y por qué consideramos la conciencia una debilidad?

Llegado a este punto Kirkus titubeó. Conocía la respuesta, pero su lamentable estado y su mente dispersa no le permitían reunir las palabras para contestar.

La vieja bruja sonrió.

—Porque, mi niño, la conciencia no forma parte de nuestra esencia. —Entonces la cabeza de Kirkus cayó desplomada y la sonrisa de la anciana se esfumó—. ¡Escucha! ¡Lo que voy a decirte es de una importancia capital!

Kirkus reunió las pocas fuerzas que le quedaban para levantar otra vez la cabeza.

—Hasta los daoístas lo saben. En el mundo no existen el bien ni el mal, no hay una justicia absoluta. ¿Una loba se siente culpable cuando se abalanza sobre un animal joven y vulnerable y lo devora? No, nunca, pues la empuja la necesidad de supervivencia y de alimentar a sus cachorros. La conciencia sólo está presente en el hombre. La gente enseña a sus hijos la noción de justicia para que aprendan a discernir el bien del mal, pero nadie nace con esos conceptos incorporados.

Kirkus arrugó la frente. Ya sabía todo eso, así que, ¿por qué malgastaba su abuela el poco tiempo de vida que le quedaba a su nieto hablándole de esas cosas?

—Ahora, dime, ¿por qué la gente inculca ideales como la conciencia en sus hijos?

—Porque son débiles —respondió Kirkus, recordando las palabras que necesitaba—. Necesitan reglas para protegerse de los fuertes.

—Exacto. Contemplan el mundo a su alrededor y se dan cuenta de la crueldad, de la muerte y la injusticia que lo pueblan, de la primacía del azar, de las luchas por la supervivencia y la dominación, de su propia mortalidad angustiante, y se echan a temblar. No pueden enfrentarse a la cruda realidad; si lo hicieran, se volverían locos... ellos, que se atreven a llamarnos locos a los seguidores de Mann. De modo que inventan fórmulas para protegerse de las realidades de la vida: la ley y la justicia, el bien y el mal, la Tierra Madre. Y buscan amparo en ellas, se acurrucan pegados unos a otros para protegerse del frío del mundo y se reconfortan al calor de sus propios errores. Pero nosotros somos Mann, Kirkus. Nosotros no adolecemos de esa debilidad. A ti y a mí, a todos los miembros de la orden de Mann, nos han inculcado

desde pequeños una serie de reglas ajustadas a la verdad. Se nos ha obligado a contemplar el mundo y a aceptarlo como es en realidad. Ahí radica nuestro poder. Tu poder. No lo olvides nunca, mi niño. Nunca olvides que eres poderoso, porque eres fuerte, cariño, muy fuerte. Ahora tienes que sobreponerte a esto. Convéncete de que puedes. Esfuérzate.

Entonces eso había bastado y él había superado la experiencia de la purga.

Ahora, Kirkus exhaló un suspiro y su aliento empañó el cristal y ocultó el manto de niebla que se extendía debajo. Le asaltó el recuerdo de Lara y se preguntó dónde estaría en ese momento, si tal vez habría ido a ver los juegos.

Sabía que Asam y Brice ya estarían allí. Se imaginó a sus tres amigos encontrándose en el palco imperial. La conversación entre ellos habría discurrido con facilidad tras tantos años de juegos y peleas compartidos —también con Kirkus— en los pasillos silenciosos y los recovecos oscuros del Templo de los Suspiros. Se imaginó el rostro menudo de Lara cuando los otros dos le anunciaran que Kirkus no acudiría y que debía permanecer recluido en el templo hasta nueva orden de su madre, y su parpadeo imperturbable cuando lo oyera; cambiaría el tema de conversación hacia algo completamente distinto, y no volvería a mencionar el nombre de Kirkus.

«Lara», susurró una voz en su interior.

Apartó la frente del ventanal y deambuló por la cámara con el firme propósito de concentrarse. Se detuvo ante uno de los cuencos humeantes y se inclinó para aspirar hondo. Sintió como los efectos del narcótico se propagaban rápidamente por su cuerpo; sus músculos adquirieron un vigor renovado y se enderezó. Lanzó otro par de estocadas con su espada corta y la hoja cortó el aire con un silbido.

Le habían adiestrado en el manejo del arma desde niño. Si sus asesinos conseguían llegar hasta él, los mataría uno a uno hasta que no quedara ninguno.

Los roshuns se extrañaron de no hallar un alma en la planta superior de la torre. Entraron en una cámara con el techo abovedado en la que convergían otro puñado de cámaras similares, todas ellas iluminadas tenuemente por lámparas de gas. La atmósfera era sofocantemente opresiva. Guirnaldas de humo se arremolinaban en los techos decorados. A izquierda y derecha las paredes estaban jalonadas de puertas, y del otro lado de ellas llegaba el murmullo amortiguado de voces salpicado por algún que otro alarido colérico.

Los roshuns cruzaron juntos la cámara alargada. Sus pisadas en el entarimado reluciente del suelo producían eco.

Un sacerdote ataviado con una túnica blanca se escabulló por un pasadizo

abovedado, miró de refilón a los intrusos pero no se detuvo. Sonó un portazo detrás de ellos y una llave que giraba en una cerradura. Los roshuns enfilaron por el mismo pasadizo y se toparon con un par de acólitos apostados a ambos lados de una puerta. Los soldados desenfundaron sus espadas en cuanto vieron a los roshuns, pero no se movieron de la puerta.

—¡Aléas! —espetó su maestro.

El aprendiz levantó su ballesta y su vacilación no duró más que una fracción de segundo. Dos veces disparó y en cada ocasión su proyectil se hundió en el pecho de un acólito. Los centinelas se desplomaron hechos un ovillo y dieron un grito ahogado con las manos aferradas a las flechas.

—Sigamos —sugirió Ash.

El trío se dirigió hacia la siguiente cámara y se encontró con un grupo de acólitos desplegados en abanico y armados de pistolas. Baracha y sus compañeros se pusieron a cubierto a ambos lados de la puerta en arco que daba paso a la estancia. El Alhazií se arrancó la túnica del cuerpo. Aléas se arrodilló para dejar la ballesta en el suelo y con mucho cuidado prendió una cerilla para encender un saquito de pólvora destellante. Algo goteaba en el suelo... sangre, advirtió Aléas, que manaba de su mejilla.

Arrojó la bolsita al interior de la cámara y se cubrió, taponándose los oídos con los dedos. En cuanto la pólvora explotó y produjo el destello cegador, Baracha y Ash se precipitaron dentro de la cámara, seguidos de cerca por Aléas con sus andares pesados.

Una docena de acólitos cegados daban tumbos tapándose las orejas con las manos.

Ash irrumpió entre ellos embistiéndolos con la espada por delante. Su acero zumbaba en el aire. En un principio dio la impresión de que erraba la acometida contra el acólito que le plantaba cara, pero entonces la cabeza de su contrincante se inclinó hacia atrás y cayó al suelo acompañada de sus manos, y los muñones del cuello y de las muñecas se convirtieron en surtidores de sangre que regaron todo lo que había a su alrededor. Sonó un disparo justo cuando Baracha abría en canal la barriga de otro acólito y la bocanada de humo fue desvaneciéndose dejando en el aire un tufillo acre. Los soldados de túnicas blancas cambiaron las pistolas por espadas que descargaban brutalmente en la dirección imprecisa de sus atacantes. Otro disparo, y el estallido se perdió en el fragor general de la refriega.

Ash se agachó, fintó, descargó tajos y derribó a otro acólito hasta que alcanzó el centro de la línea enemiga. Baracha no se separaba de él, cubriéndole los flancos y lanzando golpes con su espada a diestro y siniestro. Un sacerdote soldado arremetió con su acero el lado expuesto del Alhazií, donde tenía estampada una mano carmesí justo encima del corazón que ni hecha a propósito. Pero Aléas lo alcanzó antes y el

acólito cayó rodando por el suelo. Su maestro ni se enteró.

La lucha ganaba intensidad y Aléas divisó una pequeña escalinata al otro lado del tumulto, en cuya parte superior una mujer de mediana edad, también miembro del cuerpo de acólitos y con el rostro descubierto, estaba recargando su pistola en ese momento.

Aléas mantuvo la sangre fría, apuntó a su pecho y le disparó el segundo proyectil de la ballesta.

La cuerda del arma se partió justo cuando contactaba con la flecha y las dos mitades se sacudieron hacia atrás mientras el proyectil surcaba el aire y rebotaba inofensivamente en la pared de piedra detrás de su objetivo. La mujer desvió la mirada hacia Aléas y le regaló una sonrisa efímera que dejaba al descubierto sus dientes teñidos de rojo.

Aléas se apresuró a encordar el arma con la última cuerda de repuesto, atento con su vista periférica a los movimientos de la mujer que alzaba la pistola para apuntarle.

Primero vio el humo y luego la llama, y sintió un estacazo en un costado de la cabeza. Retrocedió tambaleándose y cayó desplomado. La sangre salía a borbotones de su cabeza. Aun tumbado de espaldas, temblando medio aturdido y con el aire fluyendo entre sus dientes con un silbido, Aléas consiguió encordar el arma.

Los acólitos, como recuperando la templanza, se centraron en Ash y Baracha y los acosaron en un contraataque organizado. Los movimientos de Ash eran demasiado raudos como para que lo rodearan; sin embargo, Baracha estaba pasándolo peor, ya que su espada era mucho más pesada, y recibió un tajo por detrás que le rajó el chaleco de piel y le dejó al aire la espalda.

Baracha soltó un grito en lengua alhazií, lanzó la espada hacia atrás sin volverse y su acero se hundió entre las costillas de su agresor, de tal modo que se vio obligado a detenerse por un instante para poder extraer la hoja del cuerpo del acólito. El roshun gigantón levantó la cabeza justo a tiempo para atisbar la espada de otro acólito que descendía directamente hacia él y que le atravesó la muñeca antes de clavarse en el suelo de madera.

Aléas se enjugó los ojos cuando colocó la vibrante cuerda en la ballesta. Su maestro aullaba con un dolor y una ira desbordados, todavía con los ojos clavados en su mano amputada tirada en el suelo; sin embargo, fue capaz de recoger la espada con la otra mano y rebanar la garganta del acólito. Y desde ese momento el frenesí se apoderó de él.

—¡Aeos, Toomes, flanqueadlos! —bramó la mujer de la escalinata, de nuevo afanándose en cargar su pistola—, ¡Rodeadlos y capturad al más joven!

Un par de acólitos abandonaron la refriega y se dirigieron hacia Aléas.

El aprendiz, todavía en el suelo, fue arrastrándose hacia atrás mientras se apresuraba a cargar una flecha en la cuerda nueva de la ballesta que acabó disparando

contra el estómago del acólito más próximo a él. El otro se abalanzó sobre él de un salto y de pronto Aléas se halló enfrascado en su batalla particular, deteniendo tajos con la ballesta descargada. Por un momento, cuando un golpe de espada le arrebató el arma de las manos, sucumbió al pánico; rodó por el suelo e intentó levantarse, pero el peso de todo el equipo que llevaba amarrado al cuerpo lo desequilibraba continuamente. Al cabo consiguió sacar la espada.

El acólito era diestro con la hoja, pero también lo era Aléas, a quien el instinto invitó a agacharse bajo una acometida inesperada de su contrincante, y cuando se irguió de nuevo, llevó la punta de su acero hacia el cuello del acólito, que a duras penas consiguió esquivarlo. Ambos resollaban con dificultad, uno lastrado por la armadura y el otro por el peso del equipo. Sin embargo, Aléas estaba en mejor forma física. El aprendiz eludió el tajo de réplica de su rival y dio un paso adelante, al más puro estilo *cali*, y su golpe de dentro afuera encontró el cuerpo del acólito. Giró la hoja y la extrajo para permitir que el acólito se desplomara en el suelo.

Echó un vistazo enfrente y comprobó que la escaramuza estaba inclinándose del lado de los roshuns. Sólo quedaban dos acólitos en pie, ambos enzarzados con Ash. Baracha avanzaba a grandes zancadas hacia la mujer apostada en lo alto de la escalinata, que gritaba tan alto que resultaba imposible entender qué decía. Disparó su pistola, pero erró el tiro. Arrojó lejos el arma para desenfundar su espada y se puso en posición en el escalón superior, con los pies muy separados.

—¡Acércate, gigante cabrón! —espetó al Alhazií.

Baracha subió seis escalones, sacudió el muñón en dirección a la mujer y la sangre roció el rostro de la sacerdotisa soldado.

Con su siguiente movimiento alojó su hoja en el abdomen de la mujer y acercó hacia sí su cuerpo arrastrándolo ensartado en su espada desde el escalón superior. Baracha la empujó con los pies para extraer la hoja y la mujer se precipitó ruidosamente por los escalones y quedó tendida inmóvil en el suelo.

Una sensación de calma se instaló en la cámara. Los últimos acólitos habían caído. Los gemidos, las toses y las arcadas resonaban en el alto techo abovedado.

Baracha hincó una rodilla en el suelo.

—¡Aléas! —gruñó.

El pupilo tuvo que sortear los cuerpos ensangrentados para acudir en ayuda de su maestro.

Baracha tenía la mirada clavada en la parte superior de la escalinata, que terminaba en una pesada puerta acorazada.

—Llévame arriba, muchacho. Vamos.

Juntos subieron renqueantes. La amenaza de resbalar era permanente, pues Baracha estaba perdiendo sangre a espuertas. Aléas le ayudó a sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la puerta. Desde allí arriba dominaban toda la cámara, de

modo que sería difícil que se les acercaran por sorpresa.

—Hazme un torniquete —masculló entre dientes su maestro. Se había quedado lívido y le empezaban a rechinar los dientes. Aléas abrió el botiquín sin perder un segundo y se puso manos a la obra.

Ash subió tambaleante la escalera y se dejó caer contra la puerta junto a Baracha. Estaba bañado en sangre de los pies a la cabeza, aunque por suerte parecía que la mayor parte no era suya.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, dirigiéndose al Alhazií.

Baracha bajó los ojos a su muñón. Con el torniquete terminado el flujo de sangre había disminuido, aunque seguía teniendo mal aspecto.

—He perdido la mano —fue todo lo pudo decir.

Aléas privó del habla a su maestro colocándole una tira de cuero entre los dientes. Rasgó la esquina de un saquito de pólvora destellante y la espolvoreó encima de la herida sin aviso previo. Baracha mordió el cuero, que crujió entre sus dientes. Aléas encendió con manos torpes una cerilla y pegó la llama al muñón. La pólvora se consumió emitiendo destellos y cauterizó al punto la herida. Baracha puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento mientras Aléas le vendaba el muñón.

Entretanto, Ash hurgó en el botiquín. Sacó el tarro de aceite de junco, se untó la crema en la lengua y sacudió la cabeza para disolverla y tragarla.

—Nuestra situación es preocupante, maestro Ash.

—¡Bueno!—exclamó el anciano roshun—, Yo ni siquiera esperaba que llegáramos tan lejos.

Aléas se acercó a la puerta.

—Hasta aquí hemos llegado. No creo que podamos atravesar esta puerta ni utilizando la pólvora.

—Tonterías —repuso Ash—, Todavía podemos recurrir al ingenio.

Sin levantarse, el roshun aporreó la puerta con la empuñadura de su espada. Esperó unos momentos y repitió la acción.

—¡Hemos acabado con ellos!—gritó, dirigiéndose al otro lado de la puerta—, ¡Está despejado! ¡Se acabó el peligro!

Aléas lo miró con el ceño fruncido.

—¿En serio espera que sean tan estúpidos? —inquirió con voz queda.

—Cuando el pánico nubla la mente, siempre espero que aflore la estupidez —respondió Ash en el mismo tono quedo.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz amortiguada desde el otro lado, como para demostrar la aseveración de Ash.

—¡Soy Toomes! —contestó Ash al punto.

No hubo respuesta. Los roshuns aguardaron unos segundos, pero no ocurrió nada.

Aléas se preguntó cómo iban a buscar ahora a Nico dado el estado en el que se

encontraban. Ni siquiera tenían una idea de dónde lo escondían. No había esperanza.

Se oyó un golpetazo al otro lado de la puerta, y luego otro, y la puerta empezó a abrirse.

Ash se apoyó en la espada, se levantó tambaleándose y recibió al anciano sacerdote con una sonrisa de oreja a oreja.

Antes de que el sacerdote tuviera tiempo para reaccionar, Ash se deslizó y, ya en el interior de la cámara, se topó con una mujer con los ojos como platos y que se tapaba la boca con ambas manos.

—Ni se os ocurra intentar algo —les advirtió Ash—, ¡Aléas! —gritó por encima del hombro.

Aléas estaba en ese momento tomando el pulso a su maestro. Le costó encontrarlo, pero ahí estaba... una leve pulsación contra su dedo. Bueno, se dijo, de todas formas de momento no podía hacer nada más por él. Así que siguió al anciano al interior de la cámara.

Los pájaros cantaban encerrados en jaulas de plata. La atmósfera estaba tan cargada del olor de los narcóticos que Aléas se mareó y tuvo que contener el impulso de romper a reír tontamente. En comparación con la penumbra que dejaban atrás, la cámara estaba inundada de luz gracias a los ventanales que hacían las veces de paredes. Allí arriba, por encima de la niebla, el cielo azul resplandecía y el sol brillaba con tanta intensidad que no se podía mirar directamente.

—¡Kirkus! —espetó Ash.

El anciano sacerdote agachó la cabeza. La muchacha, una criada, lanzó un vistazo fugaz hacia la planta superior.

Ash y Aléas pasaron junto a un fuego crepitante que ardía en el centro de la cámara y ascendieron rápidamente por la escalera de madera, que conducía a unas estancias separadas por delgados paneles. Las cuatro habitaciones que componían el piso superior estaban vacías.

Ash se detuvo un instante, levantó la nariz y olfateó el aire. Giró sobre los talones y regresó a la última habitación que habían inspeccionado. Se agachó junto a una cama enorme y alargó el brazo para palpar a tientas debajo de ella. Entonces empezó a tirar hasta que emergió una pierna, seguida de unas nalgas desnudas y finalmente un torso.

Se trataba de un sacerdote joven con el labio inferior adornado con púas incrustadas.

—¡Kirkus! —declaró Ash en tono triunfal, dirigiéndose al muchacho, que estaba aterrorizado y cuyos ojos tenían un aspecto vidrioso por el efecto de las drogas.

El joven levantó las manos como un niño que quisiera protegerse los ojos de la repentina luz matinal.

—¿Dónde está Nico? —le interrogó Ash.

Kirkus parpadeó repetidamente, intentando ver con nitidez el rostro del roshun. Ash soltó un gruñido que lo hizo temblar.

—¡No está aquí!—respondió Kirkus jadeando, acompañando sus palabras con un gesto infantil con el brazo—, ¡Se lo han llevado al Shay Madi!

Decía la verdad. Aléas lo veía en sus ojos.

Los roshuns dejaron caer la cabeza al oír la respuesta de Kirkus, una reacción que pareció insuflar fuerzas al joven sacerdote, que bajó los brazos y se apoyó en las palmas de las manos para impulsarse y ponerse en pie.

—Llegáis tarde. Vuestro amigo está acabado. Y vosotros también lo estaréis como me hagáis daño.

—Acabe con él —dijo Aléas con frialdad—. Quizá todavía estemos a tiempo de salvar a Nico.

Ash se movió ligeramente y apretó la espada contra la garganta pálida de Kirkus.

—¡Espera!—chilló el joven sacerdote—. Lo hacéis por dinero, ¿verdad? ¡Bueno, pues yo tengo dinero, mucho dinero, más del que podríais gastar en toda vuestra vida!

—Entonces, ¿para qué nos serviría? —replicó Ash, y con un movimiento casi delicado hundió la punta de su acero en la garganta de Kirkus.

El muchacho lo miró con los ojos desorbitados y con la lengua fuera, y se llevó una mano a la garganta como tratando de arreglar el estropicio. Un líquido carmesí se deslizó de repente entre sus dedos y la sangre siguió manando hasta ahogar lentamente a Kirkus.

Ash y Aléas se quedaron contemplando al hijo de la matriarca hasta que exhaló su último suspiro.

Cuando regresaron junto a Baracha, éste ya había vuelto en sí y estaba intentando levantarse. Aléas se maravilló de la capacidad de recuperación de su maestro.

—¿Ya está? —preguntó el imponente roshun mientras Aléas lo ayudaba a ponerse en pie.

El aprendiz asintió con la cabeza.

—¿Os ha dicho dónde está el chaval?

—En el Shay Madi —respondió Aléas con gravedad.

—Quizá nos haya mentido —sugirió Baracha, más dirigiéndose a Ash que a su discípulo.

Pero Ash ya descendía por la escalinata e ignoró el comentario. Para regresar abajo utilizaron el ascensor.

Capítulo 27

Un día de celebración

Bahn advirtió agradecido el aroma a incienso que flotaba en la penumbrosa atmósfera del templo interior. Permanecía de pie bajo el alto techo abovedado y sin vidrieras del edificio, en un silencio impregnado de los tenues murmullos de los monjes daoístas enfrascados en la liturgia. Se tambaleaba ligeramente embutido en la armadura que no se había quitado en las últimas doce horas y que ya empezaba a pesarle, como si llevara un hombre cargado sobre los hombros, con las piezas rígidas y curvas cubiertas por una fina capa grisácea de polvo surcada de sudor. Sentía picores en las zonas en que la parte interior de cuero de la armadura estaba en contacto con su piel, pegajosa por el sudor. Era consciente del hedor que despedía y que debía soportar la gente que lo rodeaba, pero casi que también lo agradecía, pues ayudaba a enmascarar el olor a sexo que todavía pudiera emanar de su cuerpo.

Su esposa parecía contenta por el simple hecho de que se encontrara allí, pese a que la ceremonia del bautizo de su hija había tenido que comenzar sin su presencia. Marlee sabía valorar las ocasiones que Bahn aprovechaba para regresar a casa desde el Escudo, y no en menor medida porque su vuelta implicara una tregua en la lucha.

Parte de la muralla de Kharnost se había derrumbado durante la semana anterior, lo que había desencadenado otra oleada de ofensivas de la infantería manniana para intentar beneficiarse del repentino debilitamiento de las defensas de la ciudad. Por su parte, los khosianos se habían afanado en contener a las tropas invasoras el tiempo necesario para reparar apresuradamente las brechas como habían podido. Bahn no había participado directamente en la batalla en toda la semana que había durado la defensa de la muralla; simplemente había asistido en calidad de asesor del general Creed, con el cometido de observar y mantenerse alejado de la lucha. Cuando los mannianos habían lanzado un nuevo ataque la noche anterior, Bahn no se había separado del alto mando posicionado en la segunda muralla, desde donde había contemplado a través del extenso manto de oscuridad cómo la refriega se acercaba y se alejaba de las inmediaciones de la última brecha y se desarrollaba en el parapeto exterior. Apenas vislumbraba la lucha, que tenía lugar a la luz de las hogueras y del fugaz resplandor de las bengalas que se abatían desde el cielo. La imagen le recordó un sueño que había tenido una vez en el que aparecían hombres deformes envueltos en llamas que caían de las estrellas dando volteretas en el aire.

Bahn no había hecho nada en toda la noche salvo observar en silencio y despachar con regularidad a los mensajeros con informes sobre el desarrollo de la

batalla para el Ministerio de la Guerra. De vez en cuando daba su opinión en respuesta a un comentario de alguno de los miembros del alto mando o esbozaba una sonrisa cuando alguien intentaba rebajar la tensión con un chiste de humor negro. Aun así, se trataba del sexto ataque en otras tantas noches, y Bahn estaba exhausto. Al despuntar el alba por encima de las murallas que protegían el flanco oriental del istmo de Lans, a la izquierda de los khosianos, el enemigo se había retirado acarreando los cuerpos de sus heridos y, como una bendición, por fin cesaron las hostilidades.

Un paisaje totalmente nuevo se desplegó entonces sobre el campo de batalla; en esta ocasión desordenado y caótico, salpicado por puntitos en movimiento, aunque en un movimiento irregular y sin vigor que no seguía una dirección general. Bahn observó a sus compatriotas, que regresaban tambaleantes, como borrachos —era probable que la mayoría lo estuvieran—, o se desplomaban sobre las rodillas en el barro o en las rocas resbaladizas cubiertas de sangre del parapeto. Algunos clamaban al cielo del amanecer, otros llamaban a sus compañeros o reían, simplemente reían. Una vez extinguido el fragor de la batalla, Bahn se sintió como si de pronto cesara una ráfaga de viento que hubiera estado azotándole el cuerpo durante todas esas largas horas de oscuridad y vigilia. Escuchó las gaviotas que chillaban en la distancia, quejándose de su permanente apetito. Se volvió a los rostros demacrados de los miembros del alto mando y correspondió sus miradas vacías con la suya.

Helado por fuera y entumecido por dentro, Bahn había ascendido el Monte de la Verdad con el informe para el general Creed. Encontró a su superior despierto y con cara de haber pasado la noche en vela en sus aposentos, todavía con las cortinas corridas y la luz de las lámparas de gas oscilando en los rincones. El parte de bajas que le presentó sumaba sesenta y un soldados; todavía había algunos desaparecidos y el número de heridos era enorme. Ya se habían reemprendido las labores de reconstrucción de la muralla, aunque todavía estaba por ver si podían sellar la brecha de una manera permanente.

«De acuerdo», le había respondido la voz fatigada de Creed, sentado de espaldas a Bahn en su envolvente sillón de piel.

Bahn sabía que se le hacía tarde, de modo que sólo permaneció en el ministerio el tiempo imprescindible para lavarse la cara y las manos cubiertas de mugre. También había suplicado en la cocina un mendrugo de pan y queso y se los había ido comiendo durante su apresurado descenso de la colina en dirección al barrio de los Barberos. Las calles bullían de actividad a la luz del amanecer; un ánimo casi festivo palpitaba en el ambiente, como era costumbre que ocurriera tras un ataque como el sufrido la noche anterior.

El templo que frecuentaba su familia —por la rama de Bahn— se encontraba en ese barrio, donde él había nacido y se había criado. Pasada la noche, las prostitutas

seguían en la calle Quince, con la esperanza de hacer negocios con los soldados que seguían llegando de las murallas, a quienes el alivio por seguir vivos y el derramamiento de sangre habían disparado la libido.

Según pasaba por delante de las meretrices, algunas —las más viejas, que lo conocían desde que era un niño— lo llamaban por su nombre. El las saludaba sin detenerse, inclinando ligeramente la cabeza y con una sonrisa tensa. En la esquina de la Quince con Abbot distinguió a una muchacha en particular y se le hizo un nudo en el estómago. Ella arqueó la espalda para realzar su discreto busto, lo observó con sus ojos de gruesas pestañas y también lo reconoció; y en su caso no era porque lo tuviera visto de toda la vida, sino porque se habían conocido sólo unos días atrás.

«Es tan joven», dijo Bahn para sus adentros, con un sentimiento rayano en la desesperación. Se había prometido que sería la primera y última vez, que no lo repetiría.

Bahn siguió caminando con paso brioso, con la intención de pasar de largo junto a la muchacha, y sólo se volvió para saludarla con un gesto de cabeza, pero justo entonces los labios de la joven se abrieron para hablar y Bahn no pudo evitar reparar en el pálido tono rojizo que los coloreaba. Se detuvo.

Si uno se fijaba en su rostro, podía advertir el enrojecimiento de la piel, irritada alrededor de sus orificios nasales debido a la inhalación de escoria y sus ojos hundidos de drogadicta. Parecía más delgada que la última vez.

—¿Cómo te va? —se interesó Bahn. Las palabras conservaban el tono afable pese a que su voz sonó tensa a causa de que el corazón le aporreaba el pecho.

—Bien —respondió la joven. Su mirada famélica se fundió con la de Bahn y despertó en el interior de él un apetito aletargado.

Los ojos de Bahn erraron por los hombros pálidos y la piel tersa del pecho de la joven bajo el minivestido. Por un momento, se imaginó saboreando esos pequeños senos.

Bahn se la llevó a un callejón detrás de los edificios de la calle lateral; de repente perdió la noción del tiempo, que se fragmentó en una serie de imágenes tan vibrantes y desconectadas entre sí como las que conservaba de la batalla. Lo consumía la necesidad acuciante de volcar en el interior de la muchacha su arrebatado lujurioso junto con una incipiente sensación de repugnancia hacia sí mismo —que sin duda aumentaría después—. Lo empujaba todo lo que había visto y oído y los olores que lo habían envuelto durante toda la atroz y maldita noche anterior y las precedentes; y también el sentimiento de culpa —de vergüenza incluso— por el papel que desempeñaba él en la guerra, por su instinto de supervivencia, que se le hacía evidente cuando miraba a los hombres —a sus camaradas— un día tras otro, y ellos iban muriendo y él no hacía nada más que observar.

Se había liberado de todo eso en esos preciados momentos de dispersión, y

después, vencido por un agotamiento vacuo, había apretado la bolsa que contenía todo el dinero que llevaba encima en la mano abierta de la muchacha. Bahn quiso decirle algo más y ella le regaló una sonrisa fugaz, concedora del mecanismo que rige a los hombres. Por un instante, Bahn había vuelto a sentirse un jovencuelo.

Ahora, en el templo interior, mientras los monjes continuaban salmodiando sus plegarias y todavía con el recuerdo fresco del cuerpo de la chica apretado contra el suyo, Bahn se dio cuenta de que había empezado a temblar. Quizá su cuerpo revivía los estremecimientos experimentados la noche anterior, o tal vez se debiera a una reacción a acontecimientos más recientes. Estaba temblando acuciado por una sensación parecida al pánico, envuelto por el aire cargado del templo junto a su esposa, su hijo y el resto de los miembros de la familia que asistían a la ceremonia en la que se concedería un nombre a su hija. «Gran Necio misericordioso, ¿en qué estaba pensando?»

Había ocurrido a plena luz del día, en una zona donde era conocido por los vecinos. Cualquiera podía haberlo visto marchándose con la chica, cualquiera que también conociera a Marlee. ¿Qué haría si la chica le había contagiado una enfermedad? ¿Qué explicación daría?

«Estoy en las garras del mal», se lamentó Bahn para sus adentros. Paseó la vista a su alrededor, como sobresaltado por ese pensamiento, y atisbo al otro lado de la sala, en una hornacina en sombras de la pared opuesta, una estatua de oro del Gran Necio meditando arrodillado, con su figura enjuta y calva y de hermosas facciones mirándolo con una sonrisa de oreja a oreja.

Bahn aspiró una bocanada del aire acre de la atmósfera; su temblor tardaba en aplacarse. «Nunca más», se juró, y la intención franca que puso en esa resolución atemperó su pulso.

«Es la guerra —se dijo—. Corrompe mi espíritu del mismo modo que corrompe todo lo que toca.»

Como en cumplimiento de un acuerdo tácito, los cañones del Escudo abrieron fuego en ese preciso instante provocando una sucesión de lejanas sacudidas. Un puñado de niños volvieron la vista atrás con interés, el resto de la gente congregada permaneció inmóvil. Tal vez los cañones anunciaban otro ataque manniano tras un breve respiro. O quizá sólo significaba la reanudación de la rutina diaria en el Escudo. Bahn no tenía ganas de preocuparse de ello en ese momento. No era probable que su presencia fuera imprescindible en las murallas.

Enfrente de su familia, tres monjes se habían situado en el borde de un hoyo perforado en el suelo de piedra en cuyo interior ardía un fuego. Era una hoguera pequeña, con un puñado de piezas de carbón y unos vientres blandos de color rojizo que apenas despedía humo. Sobre el carbón se había depositado un montón de hojas de mymar, amarillas y con los bordes dentados doblados hacia dentro. El humo que

desprendían tenía un tono azul y ascendía en volutas alrededor de la figura arrebujaada de su hija. Los monjes la sostenían encima del fuego, cantando y trazando círculos en el aire con el cuerpo de la pequeña, envuelta en un manto de lino. «No llora», observó Bahn, y su hija tosió produciendo apenas con un ruidito, y miró con ojos curiosos al más anciano de los monjes —el viejo Jerv, que llevaba allí desde que Bahn era un crío—, examinándole los mechones blancos de la barba que le poblaba el mentón.

La niña ya había superado el primer año y gozaba de buena salud. Para los mercianos era un motivo de celebración y el momento en que al fin se le concedía un nombre. Su hija, que desde que había empezado a gatear se escurría por todas partes con una velocidad endiablada, recibiría el nombre de Ariale en honor al legendario caballo con cascos alados. La idea había sido de Marlee, que sostenía que el nombre le iba que ni pintado, pero Marlee era una de esas personas que piensan que en la vida todo lo que rezuma buen humor es acertado y conveniente. Sin embargo, a él le había llevado algún tiempo aceptar la idea de que su hija llevara el nombre de un caballo.

Ariale Calvone. Sonaba bien, concluyó Bahn ahora, sonriendo, y esa sonrisa contenía una conciencia de sí mismo más intensa de la que había tenido en mucho tiempo.

Los invitados eran en su mayoría familia de Marlee; su madre, sus tías y tíos, casi todos tenderos y militares. Algunos de ellos, gente a la que Bahn apenas conocía y a la que no había vuelto a ver desde que él y Marlee se comprometieron. En conjunto exhibían un aspecto elegante, ataviados con sus trajes de exquisita confección, con sus portes dignos y con la espalda erguida; también Marlee.

En comparación con ellos los parientes de Bahn parecían pocos, y sus desgastados trajes para el templo desentonaban con la imagen pulcra de la familia de su esposa. Su madre no había acudido; sin duda todavía debía andar atareada remendando zapatos y demás artículos de piel en un pequeño taller vivienda de la calle Adobe, de hecho no muy lejos del templo. Su ausencia no le sorprendió. Ella no había tenido nada que ver en el hecho de que hubieran elegido celebrar la ceremonia en el templo que su familia había frecuentado cuando él era niño, pues el único motivo por el que se encontraban allí era que su templo en el norte de la ciudad, tenía una larga lista de espera.

Sin embargo, su tía Vicha —con su alborotada melena negra apenas domesticada para la ocasión— sí se encontraba presente, y también sus dos hijas, Alexa y Maureen, ambas de un rubio tan intenso como azabache era la cabellera de su madre. Oficialmente las tres seguían de luto por la muerte de Hecelos, marido, padre y maestro carpintero, desaparecido en el mar cuando el convoy que escoltaba el buque cargado de cereales —el mismo que los astilleros de Al-Khos se afanaban en reemplazar— se había hundido durante la travesía de regreso desde Zanzahar, cinco meses atrás. Bahn siempre lo había considerado un buen hombre.

También Reese asistía a la ceremonia, arrebatadoramente hermosa con su cabellera pelirroja, si bien exhibía unos cercos oscuros alrededor de los ojos que delataban que no debía de haber dormido muy bien. Gracias a Eres, Los no la había acompañado.

Un monje joven emergió de las sombras y se paseó arrastrando los pies entre los miembros de la familia con un cepillo en la mano; dejaba que la aldaba se abriera y luego, con un giro de muñeca, hacía que las dos tablitas se cerraran como unas mandíbulas; y esa operación la repetía una y otra vez con una cadencia lenta y perturbadora. En la otra mano llevaba un sencillo platillo de limosnas con el que recolectaba dádivas en agradecimiento al servicio que estaban celebrando. Con el semblante adusto, los asistentes iban soltando monedas en el platillo según se les acercaba.

Cuando el monje llegó junto a Bahn, éste se dio cuenta de que había entregado todo su dinero a la prostituta y se había quedado sin monedas, de modo que se vio obligado a mascullar una disculpa al muchacho con la cabeza afeitada. Aun así le fastidió esa interrupción innecesaria de la ceremonia. Cuando él era joven, uno tenía la libertad de dejar lo que considerara oportuno a la salida una vez finalizado el servicio. Al parecer, también para el templo los tiempos habían cambiado.

Marlee sacó una moneda de su monedero y la echó en el platillo, y miró a su marido como preguntándole si se encontraba bien, pues percibía la tensión que lo atenazaba. Él le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza, le posó la palma de la mano en la espalda y la acercó a sí.

Los mojes levantaron en el aire a la hija de la pareja. Recitaban sus oraciones en khosiano antiguo y sus voces brotaban de sus bocas con la suavidad y la fluidez del agua que se desliza por las rocas. Repitieron el nombre que sus padres le habían dado y rezaron por que recibiera las Nueve Liberaciones a lo largo de una vida larga y fructífera de buenas obras. La pequeña Ariale rompió a reír y a patear envuelta en su manto de lino cuando volvieron a bajarla. El anciano monje Jerv le correspondió con una sonrisa.

En otra vida, Bahn podría haber realizado aquella misma ceremonia para la hija de otro. Como el menor de tres hermanos, su madre siempre había anhelado que se hiciera monje. El mayor, Teech, había seguido la tradición del oficio de zapatero, y el mediano, Colé, se había alistado aún joven en el ejército en contra de la voluntad de la madre.

Tal vez habría llegado a ser un buen monje, pues era bueno de corazón; a causa de un exceso de mimos, como solía decir su padre con su particular manera pausada de hablar. No obstante, el amor por Marlee lo había apartado de ese camino.

Durante los años posteriores, su hermano mayor había fallecido por causas desconocidas: de repente había caído desplomado sin vida mientras cenaba. «Una

anomalía cardíaca», había barruntado el curandero local. Poco después su otro hermano, Colé, el marido de Reese, había desertado y abandonado simultáneamente a su familia y la causa de Bar—Khos. Con dos hijos desaparecidos demasiado pronto, la tristeza había ido consumiéndose a su padre hasta acabar con él transcurrido menos de un año. A su madre le había costado mucho trabajo reponerse de las adversidades; el resentimiento hacia Bahn —el único hijo que le quedaba vivo—, que había arraigado silenciosamente en su interior, fue tornándose con el paso de los meses en una animadversión palmaria. A menudo lo hostigaba con comentarios que buscaban intencionadamente provocarle un sentimiento de culpa y lo comparaba con sus hijos desaparecidos. Daba la impresión de que en cierta manera lo consideraba responsable de las desgracias de sus hermanos, y de haber atraído hacia su familia las injusticias del destino con su negativa a tomar el hábito.

«¿Y qué soy ahora?—se preguntó Bahn—. Un soldado, sí, pero no un guerrero.»

Sólo la familia que formaba con su esposa y sus hijos le brindaba la sensación de haber logrado algo en el camino que había elegido seguir junto a Marlee. Se esforzaba en ser un buen marido y un buen padre, de modo que le dolía más cuando fallaba a su familia de lo que nunca le habían herido los reproches de su madre.

«Bueno, basta —se dijo—. Mantendré unida esta familia cueste lo que cueste.»

La ceremonia llegó a su fin y la niña regresó a los brazos de sus padres con las mejillas arreboladas de la agitación y su fino cabello todavía impregnado del olor del humo. La familia se congregó en una pequeña plaza en el exterior del templo, bajo la luz radiante del sol que casi habían olvidado durante el tiempo que habían pasado en el interior. Desde allí se dirigieron a la casa de su tía, de la que sólo distaban un par de calles, donde se celebraría una recepción con comida aportada por todos los parientes, cada uno en la medida de sus posibilidades.

Reese caminaba junto a Bahn y su familia. Hizo carantoñas a Ariale y Juno con idéntica jovialidad y charló con Marlee sobre la ceremonia y otros asuntos intrascendentes, con el ruido de fondo de los cañones, que rugían al sur. La constancia y regularidad de su sonido permitió a Bahn colegir que sólo era el rutinario fuego cruzado. «Tal vez los mannianos se han dado por vencidos esta vez», pensó Bahn, y deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

Marlee y él caminaban cogidos del brazo mientras que Reese llevaba a la niña. Juno los seguía. Marlee miró a su marido como diciéndole: «Bueno, venga, pregúntale.» Bahn le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Todavía no has recibido noticias de Nico? —preguntó a su cuñada.

Ésta dio un empujón hacia arriba a la pequeña Ariale para afirmarla sobre su cadera antes de responder:

—La semana pasada llegó una carta que, a juzgar por su aspecto, debió darse un

chapuzón en el mar. No entendí nada de lo que decía, pero sí, era de Nico. Eso es todo lo que pude descifrar de su letra terrible.

—Por fin buenas noticias —repuso Marlee—. Aunque no hayas podido leerla. Estoy segura de que las cosas le irán muy bien... dondequiera que esté. —Marlee dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire con la esperanza de que Reese las recogiera y les contara algo más sobre el paradero del chico, pero ésta no lo hizo.

Según abandonaban la plaza vieron a un monje menesteroso de mediana edad sentado en el suelo con un platillo frente a sí. En cuanto el monje reparó en que el grupo se acercaba, se levantó y se abalanzó sobre ellos ofreciéndoles bendiciones y agitando su platillo. Salvo por la túnica mugrienta no tenía ningún aspecto de monje. Una cicatriz amoratada le recorría el rostro desde la frente hasta la barbilla y no se había afeitado la cabeza en días.

Bahn se dio cuenta enseguida de que no era más que un impostor. Desde que el ayuntamiento había prohibido la mendicidad salvo a los religiosos, habían proliferado los hombres que se ponían encima una túnica y se afeitaban la cabeza para hacerse pasar por monjes.

«Menudo farsante», se dijo Bahn, a punto de estallar de ira.

—Dios os bendiga —dijo el hombre de la túnica negra con extrema amabilidad cuando un par de monedas repiquetearon en su platillo.

Para quitárselo de en medio, Bahn le dio un empujón, pero lo hizo con más fuerza de la que era su intención. El farsante dio un grito de sorpresa, su platillo se estrelló contra el suelo y las monedas resplandecientes salieron rodando en todas direcciones.

Todos los familiares se detuvieron y fulminaron a Bahn con la mirada. Incluso su hijo Juno lo observó con perplejidad.

«Lo siento —se imaginó disculpándose ante todos ellos—. Anoche contemplé cómo morían nuestros hombres mientras vosotros dormíais plácidamente gracias a ellos. Y luego, esta mañana, me he tirado a una puta que seguramente estaba plagada de infecciones, condenada a esa vida mísera por culpa de la pobreza y de las necesidades retorcidas de maridos caprichosos como yo.»

Sin embargo, no dijo nada. En cambio, esbozó la sonrisa de disculpa del buen marido y del buen padre, cogió a su hijo de la mano y siguió caminando.

Capítulo 28

Shay Madi

El encargado del azote disfrutaba con su trabajo. Al menos eso le parecía a Nico mientras el bajo y fornido manniano lo sacaba a rastras del redil de confinamiento situado en las profundidades del circo, escupiendo de vez en cuando la palabra «roshun» por sus labios carnosos y sucios como si fuera el peor de los insultos. Dos veces descargó su azote en la espalda de Nico, si bien éste apenas lo sintió, pues sólo era un dolor más que añadir a la larga lista de los que ya padecía.

—¡Entra ahí! —gruñó el manniano, empujando a Nico al otro lado de una herrumbrosa puerta con barrotes.

Nico entró tambaleándose en una estrecha jaula y vio que era un pasillo de un par de metros que conducía a otra puerta que en ese momento estaban abriendo desde fuera.

Un guardia lo agujoneaba a través de los barrotes con una vara puntiaguda, que pese a no ser muy afilada hacía daño, para obligar a Nico a adentrarse en la jaula.

Tropezó con un cuerpo tendido boca abajo y dio con sus huesos contra el suelo. Soltó un grito provocado por un dolor renovado en su mano maltrecha.

Le dolía todo el cuerpo y la fiebre no dejaba de subirle. No podía abrir el ojo de la hinchazón; ni siquiera podía afirmar que conservara el globo ocular. Sus labios eran una masa abultada y había perdido o tenía partidos buena parte de los dientes delanteros. Hasta respirar le suponía un suplicio.

Un guardia cerró de un golpetazo la puerta a su espalda. Entretanto, el encargado del azote gritaba en un tono jocosos al resto de los desgraciados confinados en la jaula:

—¡Haced sitio al todopoderoso roshun! ¡Si sois amables con él, quizá os salve!

Nico se encogió y se quedó temblando en el suelo. Distinguía su propio hedor entre el que emanaba de los demás. La jaula estaba atestada de hombres y mujeres que aguardaban para morir. Notó una mano en el hombro, levantó la mirada y con el ojo sano atisbo el rostro de un hombre que lo miraba con gesto preocupado.

—Ten —le dijo con voz queda, ofreciéndole un cazo con agua.

Nico sorbió y al punto se atragantó.

—Espacio —le susurró el hombre.

Nico bebió un poco más. Intentó incorporarse con extremo cuidado, aunque sólo fuera para facilitarse la acción de respirar. Casi inmediatamente sintió un calor abrasador en las costillas y soltó un grito ahogado.

El desconocido lo ayudó y un par de personas se apartaron para que Nico pudiera

apoyar la espalda contra los barrotes de la jaula. Se fijó en que el hombre que lo ayudaba tenía la cabeza afeitada y vestía una túnica blanca.

—Sí, soy monje —dijo el hombre, respondiendo a la expresión de sorpresa de Nico.

El joven aprendiz de roshun hizo un sencillo gesto inclinando la cabeza hacia delante. Era la única fórmula de agradecimiento que podía brindarle. Recorrió con la mirada el entorno cerrado que lo acogía y descubrió que todo el mundo tenía los ojos clavados en él. Desvió la mirada al suelo de tierra cubierto de paja.

A través de una puerta maciza que había al final de otro pasillo enrejado llegó amortiguado un rugido atronador procedente de la arena. Una mujer que yacía en el suelo rompió a gimotear con la cara pegada a la tierra.

—Que Dao esté contigo —dijo el monje, dirigiéndose a Nico, dándole otra palmadita en el brazo.

El contacto con su mano resultaba reconfortante. El moje dio media vuelta y se dirigió a la mujer para ofrecerle todo el consuelo, por poco que fuera.

Nico se rodeó el cuerpo con los brazos y trató de concentrarse en su respiración. Cada vez que espiraba se imaginaba que el dolor abandonaba su cuerpo, y cuando inspiraba pensaba en la quietud.

Transcurrido un rato pareció dar sus frutos, o al menos le permitió serenarse. Los pensamientos que lo asaltaban eran agradables y lo transportaban fuera de aquel lugar. De modo que dejó que su mente discurriera con libertad. Vio la soleada Khos, la granja, a su madre. Deseaba que ella pudiera verlo en ese preciso instante más que cualquier otra cosa en el mundo.

El tiempo pasó sin que Nico se diera cuenta. Los barrotes de la jaula resonaron en su nuca. Otra vez el encargado del azote.

—¡Tú! ¡Serás la siguiente!—anunció el hombre, señalando a la mujer consolada por el monje—, ¡Y tú, el monje, tú también!

Otro puñado de guardias golpearon a los elegidos con sus varas puntiagudas, si bien se mantenían a cierta distancia de ellos.

—¡Arriba! ¡Arriba! —bramaron.

El monje ayudó a la mujer a ponerse en pie y no se despegó de ella. Una puerta corredera exterior se abrió y el hombre y la mujer se adentraron por un pasillo que desembocaba en la puerta.

—¡Alto! —espetó el jefe de los guardias.

Los guardias se acercaron a la verja del pasillo y metieron sus manos enfundadas en guantes de piel por entre los barrotes; tiraron de la ropa de la mujer hasta que la dejaron desnuda. Tenía la piel cubierta de moratones, también de marcas de mordeduras. Al monje, en cambio, le permitieron conservar su atavío para que el público supiera qué era.

Entregaron al monje una espada y luego un escudo redondo. Él dejó caer ambos en el suelo.

—No lucharé —afirmó con rotundidad.

Los guardas maldijeron y le propinaron otra somanta con sus varas. Aun así, el monje se negó a coger el arma y el escudo. Al otro lado de la puerta, la multitud rugía implacablemente. Los guardias desistieron de persuadirlo y le ataron la espada y el escudo a las muñecas; el monje dejó que las armas colgaran de sus brazos caídos. Le temblaban las manos, pese a que mantenía la compostura.

Se abrió otra puerta y la luz se desparramó por el interior. Nico no veía nada de lo que había fuera, cegado por el repentino resplandor.

Instigaron con las varas al monje y a la mujer para que salieran. La puerta se cerró a sus espaldas y las gradas enloquecieron.

Nico sentía las vibraciones de la algarabía en el estómago y a punto estuvo de orinarse encima. Apretó el vientre hacia dentro para contener el apremio de vaciar la vejiga y, afortunadamente, la sensación desapareció enseguida.

—¿Qué les va a ocurrir? —inquirió un muchacho con la voz debilitada por la turbación. Su pregunta no iba dirigida a nadie en particular, sino que quedó suspendida en el aire.

—Van a morir —respondió un hombre de mediana edad sentado junto a otros tres, todos ellos soldados a juzgar por las cicatrices y tatuajes que exhibían y por la impasibilidad de sus gestos, como si fuera la enésima vez que esperaban juntos el encuentro con la muerte.

Parecían khosianos.

Del Cuerpo Especial, supuso Nico. Sabía, por las historias que le había contado su padre, que a menudo los soldados apostados bajo las murallas eran capturados cuando los túneles se les derrumbaban encima.

No había un atisbo de compasión en los ojos con los que el soldado miraba al muchacho sentado enfrente de él.

—Hombres armados de aceros los matarán como si fueran ganado. O quizá los devoren bestias que han sido privadas de la comida hasta hacerlas enloquecer.

El muchacho desvió la mirada, mordiéndose el labio inferior.

—Siempre hay una oportunidad —añadió una mujer con antiguas cicatrices del hierro de marcar en ambas mejillas—. Si al público le gusta tu forma de luchar, te perdonará la vida.

El soldado resopló. A Nico se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva. Se imaginó a la joven mujer —no debía de tener más de veinte años— ahí fuera, muerta de miedo. Perfectamente podría haber sido Serése o cualquier otra chica de las que había conocido en Bar—Khos. ¿Qué clase de mundo es éste, habitado por gente ávida de divertirse viendo cómo descuartizan a seres humanos?

Un alarido llegó desde el exterior. La mujer. El circo enmudeció.

Los gimoteos de la joven suplicando piedad resonaron en la jaula hasta que cesaron de manera abrupta. Los cautivos, hasta el soldado más aguerrido, mantenían los ojos clavados en el suelo para evitar encontrarse con las miradas de sus compañeros.

El monje estaba gritando algo. Nico no conseguía entenderlo, aunque su voz sonaba furiosa y apasionada. A continuación sonó un ruido, como el de la parada de la carnicería del mercado, que se repitió. Esta vez la multitud no rugió.

Nico se cubrió la cabeza con un brazo y se encogió. Cada latido de su corazón le provocaba una punzada de dolor en las heridas. De nuevo buscó algo con lo que entretener la mente. Pensó en Ash y en que su maestro no había aparecido para rescatarlo. O quizá sí lo había hecho, se dijo Nico, y había muerto en el intento.

Pero se negaba a creer eso. En realidad consideraba a su viejo maestro un ser invencible, una fuerza de la naturaleza... y no se puede matar a una fuerza de la naturaleza; sólo cabe esperar a que fallezca de viejo. «Entonces, ¿dónde está, maestro Ash?», lo interrogó mentalmente.

Tal vez ni siquiera había tratado de salvarlo. A lo mejor había una regla en el código roshun que le impedía acometer una operación de rescate. El código prohibía las acciones de venganza personal, de modo que, quizá, también prohibía acciones de rescate personal, sobre todo cuando las exigencias de una *vendetta* en marcha eran más acuciantes.

«Debería haberlo abandonado cuando todavía podía, maestro Ash —se lamentó ahora Nico—, Debería haber aprovechado la ocasión y regresar a Khos con mi madre.»

Por un instante maldijo el día que Ash se había cruzado en su vida. Aunque en el fondo sólo era una rabieta superficial y enseguida se le pasó. Ahora que se hallaba tan cerca del final no quería amargarse con ese tipo de cosas. Ash había sido un acontecimiento positivo en su vida, y sólo debía culparse a sí mismo por haber permitido que las cosas hubieran llegado tan lejos.

Le vino a la cabeza el recuerdo de Serése. Nunca la habría conocido de no ser por su maestro. Pero otra vez se le enturbiaron los pensamientos y se imaginó a su amigo Aléas seduciéndola, y a ella cayendo rendida a sus pies ahora que Nico ya no estaba. Se imaginó cómo recordarían al pobre Nico: un amigo que habían tenido hacía mucho tiempo, un chico raro, pero de buen corazón; y cómo aún entonces se estremecerían al recordar la forma tan terrible en que había muerto. «Deberíamos haber hecho algo más para rescatarlo», se los imaginaba comentándose en el futuro antes de meterse en su comfortable cama y eliminar sus remordimientos con el sudor.

Más amargura, se reprochó Nico. Él no era así; o al menos eso había pensado siempre. Sin embargo, su madre sí que podía llegar a ser así a veces. Quizá era cierto

lo que se decía y los hijos siempre acababan siendo como los padres.

En la arena, una voz femenina, poderosa y solemne, se dirigía a la gradas. Al parecer pertenecía a la matriarca y estaba diciendo algo sobre la orden Roshun. Nico comprendió que estaba hablándoles de él.

¡Por la dulce Eres, todavía no estaba preparado! Aunque se preguntó si alguna vez llegaría a estarlo. Un guardia se acercó a él y lo aguijoneó en sus doloridas costillas. El pinchazo le produjo un estremecimiento; seguía encogido con el brazo alrededor de la cabeza. Otro guardia le clavó la vara en la espalda.

—¡Vale! —espetó Nico, poniéndose en pie renqueante.

Lo empujaron por el pasillo y una túnica negra aterrizó a sus pies. Lo obligaron a ponérsela y el esfuerzo de enfundarse la prenda casi le hizo perder el conocimiento.

A continuación le entregaron una espada corta y un escudo. Un guardia le abrochó el escudo al antebrazo de la mano que tenía inutilizable. Los hombres trabajaban con profesionalidad y en silencio, como arrieros jubilosos por la proximidad del final de la jornada. Nico se percató de que no lo miraban a los ojos.

—No opongas demasiada resistencia en la lucha —le aconsejó en el oído uno de los guardias—. Déjalos que acaben rápido.

La puerta se abrió ante él y la entrada se sumergió en la luz fulgurante del sol. Nico se protegió los ojos deslumbrados. La incertidumbre lo paralizó y sintió cómo se apoderaba del él un miedo atroz. Los guardias lo empujaron hacia la luz con sus varas.

El sol resplandecía en el cielo, atenuado por un delgado celaje. La niebla que había vislumbrado de camino al Shay Madi se había disipado, si bien la arena seguía húmeda bajo sus pies descalzos. En el aire flotaba pesado un olor a carnicería que se le pegó a la lengua y a la parte posterior de la garganta. Reparó en los regueros de sangre que estriaban la arena en dirección a las distintas entradas que jalonaban las paredes.

Nico paseó la mirada en derredor, por los millares de rostros que lo contemplaban con expectación desde las gradas. Por un momento que lo dejó sin aliento, se sintió devorado por los ojos de esas caras. Sonó una risa que fue propagándose entre los espectadores y acabó convertida en un horrible coro de aullidos, como una espantosa pesadilla hecha realidad. La vergüenza sepultó el terror que lo había atenazado.

—¡Has venido aquí para matarnos, roshun canijo! —bramó una voz. Nico se volvió hacia ella y se topó con que era la mismísima matriarca quien le hablaba, de pie en el palco imperial, flanqueada por una miríada de acólitos y sacerdotes—, ¡Ahora pagarás las consecuencias de tu fracaso!

El silencio se extendió por el vasto graderío del circo. Unas sombras atravesaron la superficie de la palestra: unos pájaros —cuervos negríssimos— sobrevolaban en

círculo la arena.

Enfrente de Nico, una puerta empezó a abrirse muy lentamente. Se oyó la explosión de petardos y unos destellos iluminaron el interior penumbroso que había permanecido sepultado tras la puerta.

Una manada de lobos emergió precipitadamente a la arena.

Nico dio un paso atrás de manera inconsciente.

Había soldados apostados a lo largo de las paredes —demasiado altas como para saltarlas— que delimitaban la palestra. Y la puerta de la que habían salido los lobos volvía a estar cerrada a cal y canto.

Nico contó seis animales. Salieron confundidos, pero enseguida repararon en él y empezaron a deambular por la parte externa de la arena, aunque acortando las distancias que los separaban de Nico. Éste apretó la mano alrededor de la empuñadura de la espada corta y sopesó la hoja para comprobar su equilibrio. Era un arma para cortar, pues el peso recaía en la punta. Baracha les había hecho entrenar alguna vez con ese tipo de armas vulgares.

Advirtió un movimiento con el rabillo del ojo y cuando se volvió, atisbo un lobo que corría directo hacia él, levantando arena con sus pezuñas y con la lengua colgándole fuera de la boca.

No había ningún lugar adonde huir, de modo que Nico separó las piernas para adoptar una posición equilibrada y levantó el escudo. Tuvo que hacer acopio de todo su valor para mantenerse firme y plantar cara al lobo que lo embestía; muy posiblemente, en toda su vida no había acometido una acción con tanta determinación.

Descargó la hoja y a punto estuvo de desequilibrarse por la fuerza del movimiento. El lobo entrechocó los dientes y se alejó como una flecha dejando una estela de su tufo animal.

Otra bestia se lanzó hacia él por su derecha. De nuevo a la desesperada, Nico lanzó un tajo, pero el lobo se apartó fuera del alcance de la espada.

Tres lobos se dirigían ahora lentamente hacia él de frente. Nico empezaba a sudar a mares, como si alguien le hubiera vaciado encima un balde lleno de agua tibia. Apoyó la espalda contra la puerta cerrada. La multitud empezó a rugir entusiasmada por lo que intuía que iba a ocurrir.

En un rincón de la mente de Nico brotó de repente de un lugar plácido, un refugio donde distanciarse de la realidad en el que se cobijó sin vacilar. Respiró mentalmente y eso le procuró la serenidad necesaria para que pudiera plantearse la cuestión de qué ganaba toda aquella gente con una carnicería como ésa.

El eco de las risas del público seguía instalado en su mente. Evocó los recuerdos amargos de sus días de infancia en la escuela, cuando los niños se reían de las desgracias de sus compañeros con una risa cruel, hiriente, inmisericorde; él también

había participado en esas burlas en alguna ocasión.

Pensó también en el monje que sólo unos minutos antes había gritado con furia a aquella multitud. Tantos miles de personas y ese hombre había sido el único en su sano juicio entre todas ellas.

Así era, y según iba convenciéndose de ello el bochorno que le hacían sentir las burlas de los espectadores se transformaba en vergüenza ajena; de modo que comenzó a sentir vergüenza del deseo de aquella multitud de presenciar otro asesinato y deleitarse con él.

«En el fondo todos somos unos chiquillos crueles», concluyó.

Se le encendieron las mejillas. Apretó las mandíbulas y sus dientes destrozados le causaron punzadas de dolor. Entonces le asaltó la idea de que afrontar aterrizado aquella situación, dejarse subyugar por ella, no era más que una forma de regalarle la victoria. Era mejor desafiarla con ira. Plantarle cara.

Los seis lobos emprendieron la carga.

Nico vaciló un momento, pero ocurrió algo en su interior: las habilidades que había adquirido mediante el entrenamiento se aliaron con su desesperación.

Tomó impulso y, con un gruñido, se apartó de la puerta y avanzó tambaleante al encuentro de los animales que corrían hacia él, tal como habría hecho Ash.

Uno de los animales se acercaba hacia él por su izquierda, tan rápido que bajo sus pisadas la arena salía despedida trazando arcos en el aire. Nico le estampó el escudo contra el hocico y hombre y lobo salieron rebotados por el impacto. Nico sacó fuerzas del dolor que le abrasaba la mano rota. Jadeante, descargó la espada contra otra bestia que se abalanzaba sobre él por la derecha y le rebanó el cogote.

Según se aproximaba al trío de lobos, alargó la zancada, soltó una patada al suelo hundiendo el pie en la arena y levantó una nube arenosa que chocó contra los ojos de los animales. Cegados, los lobos vacilaron unos instantes, sacudiendo las cabezas, y en un abrir y cerrar de ojos Nico ya estaba entre ellos, lanzando tajos, hundiendo su hoja y aplastándolos con el escudo; gracias a Dao, él no sentía los mordiscos y los zarpazos que le propinaban sus contrincantes.

Sumido en un frenesí exacerbado, Nico apenas se enteró de lo que ocurrió a partir de entonces. Sí fue consciente de que detenía en seco la carrera de un lobo con un aullido salvaje; de que trinchaba con su hoja a otro; de que recibía un mordisco profundo en el muslo y de que él mismo hincaba los dientes en su agresor con la misma furia, sin dejar de apuñalarle con la espada corta.

Entonces, Nico se encontró arrodillado en la arena, resollando penosamente, exhausto y con las fuerzas agotadas.

Esparcidos a su alrededor yacían los cuerpos sin vida o agonizantes de los lobos.

No se oía una mosca en todo el circo salvo los jadeos de Nico y los de un animal tirado junto a él. Una imagen de la muerte cruzó fugazmente la cabeza del joven

aprendiz.

Dando la impresión de que no se había apercebido de sus heridas, levantó la vista y se topó con la mirada de la matriarca clavada en él. A pesar de la distancia que los separaba advirtió su expresión de estupefacción.

Un cántico brotó de las gradas. Nico no tenía ni idea de lo que significaba.

Atisbo a un acólito que se abría paso entre la multitud en dirección al palco de la matriarca. El soldado le gritó algo al oído y la matriarca lanzó una mirada fulminante a Nico; sacó un cuchillo con la hoja curva del cinturón y ante los ojos de Nico lo hundió hasta el fondo en el vientre del mensajero, y con una parsimonia lóbrega se volvió para encarar la arena.

—¡Quemadlo! —bramó—. ¡Quemadlo vivo!

Una estruendosa oleada de protestas se extendió por el graderío. La matriarca aguantó firme el abucheo.

De las distintas puertas que jalonaban las paredes que circundaban la arena emergieron tropas de acólitos que convergieron en Nico, con las espadas caladas hacia él para disuadirlo de que se moviera.

La verdad era que no habría podido moverse aunque hubiera querido. Dejó caer su espada corta y se tambaleó sobre la arena. Apoyó el rostro contra las rodillas y resolló. No podía pensar en otra cosa que no fuera respirar.

Cuando volvió a levantar la cabeza, había un grupo de hombres atrafagados en el montaje de una pira en el centro de la vasta arena. Guardias y soldados se turnaban para descargar montones de tablas y maderos. El público seguía expresando a pleno pulmón su disconformidad con la decisión de la matriarca y se apelotonaba alrededor del cordón de seguridad que protegía el palco imperial; algunos espectadores incluso arrojaban objetos a los soldados que lo componían.

La hoguera seguía tomando forma.

Capítulo 29

Tormenta en las montañas

Ché despertó con el resabio repugnante en la boca y el dolor de cabeza de quien había estado abusando del alcohol, aunque él no lo había hecho. Eran los efectos de la papilla de bayas que se había untado en la frente varios días atrás.

Oyó un chasquido seco en la distancia, seguido de otro: disparos de rifles. Abrió los ojos. Ya atardecía, las estrellas tempraneras ya refulgían en el cielo.

Soltó un gruñido y se obligó a levantarse. Se puso en pie tambaleante, tropezó y se estrelló de espaldas contra el suelo. Soltó otro gruñido y paseó la vista a su alrededor. El entorno le resultaba familiar.

Se encontraba en el fondo de un valle montañoso. La brisa mecía un arbusto que crecía a su lado preñado de suntuosas bayas. Ché pestañeó para desempañarse los ojos. El día declinaba a marchas forzadas, aun así todavía vislumbraba el ancho arroyo que ascendía tortuosamente por el fondo del valle. Siguió su curso con la mirada al tiempo que olfateaba la brisa y advertía el olor a pólvora y madera quemada. Sabía con qué se iban a topar sus ojos: el monasterio rodeado por el bosque de malis.

El edificio estaba ardiendo.

Mientras Ché lo contemplaba, unos destellos llameantes surcaron a toda velocidad el cielo en dirección al monasterio, procedentes de distintos lugares. Eran proyectiles de artillería que rajaban la penumbra vespertina para impactar contra los muros del edificio, que saltaban por los aires en una lluvia de fuego y escombros; también había francotiradores disparando sus rifles de cañón largo apostados sobre elevados riscos al oeste.

Las llamas se extendían rápidamente. Recortadas contra el fuego se atisbaban las figuras de los comandos, que se adentraban repartidos en secciones por el bosque de malis. Una campana repicaba.

El estómago vacío de Ché rugió estimulado por el recuerdo de sus días en el monasterio: la misma campana que ahora sonaba era la que convocaba a los roshuns para la cena.

Las nubes se deslizaban por las cimas de las montañas, ocultando una a una las estrellas.

Ché se detuvo en el filo del bosque de malis y observó el panorama que se desplegaba frente a él.

Bajo la sombra de los árboles se había desatado una lucha encarnizada. Las

llamas rielaban en los aceros. Una figura envuelta en una túnica negra se abría paso a machetazos por una línea de comandos cuyo teniente bramaba que se agruparan y que acabaran con él. A la izquierda de Ché, en dirección a donde creía él que se encontraba la puerta principal, oyó el fragor de una escaramuza. El estruendo metálico del choque de aceros se superponía al chasquido más perturbador de los disparos de los rifles. Los hombres chillaban.

Se produjo una explosión descomunal que destelló en la media luz crepuscular. Ché se estremeció y levantó la vista justo cuando la parte superior de la torre —donde sabía que se encontraban los aposentos de Osho— se desintegró en una nube de polvo. Se oyó un grito en la distancia, aunque Ché no pudo discernir si era un alarido de dolor o ira. Se alejó del borde del bosque; sus ojos se negaban a seguir contemplando aquella devastación y se fijaron en el suelo que se extendía bajo sus pies, adonde a veces llegaba la luz necesaria para hacer visible la hierba estriada de sombras. Rodeó el contorno del bosque y enfiló de nuevo hacia el arroyo.

Cuando llegó a él, lo siguió curso arriba, dejando el monasterio a su espalda.

No tardó en divisarla: ahí estaba la choza del Vidente.

—Hola, Ché —le saludó el ermitaño en lengua franca, sentado en cuclillas delante de la vivienda.

Ché se alegró de que en medio de todas las mentiras que habían rodeado su estancia allí, al menos se le hubiera permitido conservar su nombre real.

Se detuvo. Escudriñó al anciano en busca de armas y luego rastreó la presencia de roshuns en el interior de la choza.

—¿Cómo estás? —le preguntó en tono afable el Vidente.

El estruendo de una nueva descarga de artillería llegó desde abajo y el suelo tembló bajo sus pies. Eso lo agitó y respondió al anciano con un simple gesto con los hombros. No sabía cómo estaba exactamente.

El anciano le hizo una indicación con la cabeza y dio unas palmadas en la hierba a su lado. Ché vaciló, como si temiera que la hierba ocultara algún agente peligroso, pero al cabo se sentó junto al Vidente y juntos contemplaron la batalla que se libraba abajo.

—Nos preguntábamos dónde te habrías metido —comentó el anciano con su voz débil—. Ahora ya lo sabemos.

Ché sintió una opresión en el pecho.

—No fue elección mía —repuso el joven.

—Ya lo sé. Si hubieras sido una persona inclinada a la traición, lo habría visto en tu interior.

Ché bajó la mirada.

—No te juzgo —continuó el Vidente, dándole unas palmaditas en la mano—. Hacemos lo que tenemos que hacer. Pero, cuéntame, por favor... ¿cómo te ha ido en

todo el tiempo que ha pasado desde que tú y yo hablamos así por última vez?

Ché se rascó el cuello. Meditó la respuesta para el hombre que tan bien había conocido en otra vida. Se preguntó por un momento qué estaba haciendo allí, charlando con él con ese desenfado, como un par de amigos. Entonces reparó en el chasquido de los disparos procedentes del monasterio y recordó por qué había subido a la choza en vez de permanecer allí abajo.

—Cuando vivía aquí, todas las noches soñaba que era una persona diferente. Ahora soy esa otra persona y todas las noches sueño que soy quien era antes. Estoy partido en dos por mi pasado y no puedo escapar de él por mucho que me empeñe.

—Te equivocas en el planteamiento, Ché —repuso el Vidente—. Nadie puede escapar de su pasado. —El anciano se inclinó para acercarse al muchacho y a Ché le llegó su aliento pestilente—. Lo único que puedes hacer es permanecer sentado hasta alcanzar la quietud y esperar a que el pasado te abandone.

—Ya lo intento —suspiró Ché—. Suelo meditar como me enseñaron a hacerlo aquí, pero sigo dividido en dos.

—¿Qué me dices de tu *Chan*?—le interrogó el anciano, como si fuera una cuestión relevante—, ¿Sigue tan fuerte como lo recuerdo?

—¿Mi *Chan*?—la voz de Ché brotó cargada de indignación—. Si alguna vez tuve algo así, hace tiempo que lo destruí con mis propias manos. No soy quien tú crees que soy.

—Sé quién eres —aseveró el Vidente con rotundidad.

—Entonces, dímelo —replicó Ché.

—En el fondo eres risa.

—Esta noche no tengo tiempo para acertijos.

Las comisuras de los labios del Vidente se fruncieron. Paseó la mirada por el monasterio envuelto en llamas y apretó los labios.

—Cuando te trajeron aquí por primera vez, tu llegada me pasó desapercibida. Yo entonces no prestaba atención a esas cosas, pues los jóvenes sois como las mariposas en primavera, vais y venís continuamente. Pero había días, cuando el aire estaba quieto o el viento soplaba en la dirección adecuada, que hasta mí llegaban unas risas entrecortadas procedentes del monasterio. Verás, la mayoría de las risas que me llegan desde allí son contenidas o intencionadas. Sin embargo, la tuya era distinta y siempre me detenía a escucharla. Era... ¿cómo lo decís en vuestra lengua?... Tan natural, tan absolutamente espontánea. Como la de un niño alegre.

El Vidente asintió con la cabeza, como dando a entender que estaba de acuerdo consigo mismo.

—Entonces me pregunté... me pregunté quién sería esa persona cuya risa destacaba entre todas. Y pasé lista mentalmente de todos los roshuns y toda gente que conocía, y no encontré una respuesta. Así que esperé. Las respuestas siempre llegan

si les concedes tiempo, ¿te habías dado cuenta? Y al cabo, la respuesta llegó. Un día tu maestro te trajo a mí para que mirara en el fondo de tu corazón y le dijera lo que veía. Inmediatamente supe que tú eras el responsable de esas risas. Tenías una alegría en tu interior, Ché, que ridiculizaba tus demonios.

Las llamas prendieron ahora en el tejado del ala norte del edificio. El fuego estaba calcinando el monasterio y Ché pensó en la infinidad de veces que había comido allí, charlando con sus compañeros.

—¿Cómo está mi maestro? —preguntó en un hilo de voz.

—¿Shebec? Murió.

Ché se puso rígido y notó el cuerpo entumecido por el frío.

El fuego se propagaba con celeridad y las llamas chisporroteaban salvajemente. El puñado de malis que crecía en el centro del patio interior empezó a arder. Desde la choza, Ché y el Vidente podían ver las ramas más altas de los árboles envueltas por el humo; los troncos se balanceaban impelidos por la fuerza del fuego.

—¿Ganarán los tuyos?—inquirió el Vidente—, Apenas veo con estos ojos cansados.

—Tú eres el vidente aquí.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios del ermitaño de piel negra.

—Los roshuns no se lo están poniendo fácil —añadió Ché.

—Eso está bien.

—¿No vas a sumarte a ellos?

—¿Yo? Soy demasiado viejo para luchar.

Guardaron silencio. Ché contempló con ojos vidriosos el reflejo de las llamas en el vientre de las nubes bajas. «Este fue en otro tiempo mi hogar —pensó—, y creo que ha sido el único hogar verdadero que he conocido jamás.»

—Te matarán si te quedas —advirtió al anciano.

—Lo sé.

Parte del tejado se derrumbó y las llamas se avivaron.

—Y si ganan los míos, te matarán a ti —añadió el anciano.

—No sería una sorpresa —repuso Ché.

El anciano Vidente dio un chasquido seco con la lengua.

—Entonces quédate un rato más sentado aquí conmigo —dijo, dándole otra vez unas palmaditas en la mano—, y veamos qué sucede.

Llegaba demasiado tarde y lo sabía.

Ash siguió escalando, alejándose de la última hilera de asientos abarrotados, la que estaba en la posición más elevada y más alejada de la arena. Subía por una escalera de hierro oxidado fijada con pernos al muro exterior del circo y que atravesaba gárgolas cubiertas de cagarrutas de aves y estatuas de personajes célebres

del Imperio. Hasta hacía unos segundos había habido soldados apostados allí abajo, pero habían tenido que sumarse a las fuerzas que trataban de controlar a las masas más enardecidas, que habían empezado a arrojar objetos y a exigir que se cumpliera a sus demandas de clemencia.

Debilitado por los mareos y sacando fuerzas de flaqueza, Ash siguió trepando, empujado por su terrible sentido del deber. Sólo había una cosa que podía hacer por el muchacho, y esa certidumbre le pesaba como una losa en las entrañas.

Nico había peleado con garra. Ash había llegado justo a tiempo para presenciar la lucha con los lobos. Al mismo tiempo había examinado el circo en busca de un elemento que le azuzara el ingenio y le revelara la manera de rescatar a su joven aprendiz. Sin embargo, no se le había ocurrido nada.

La esperanza había aflorado cuando Nico, en contra de todas las expectativas, se había ganado el favor del público tras luchar con los lobos. Pero de nuevo la situación había dado un vuelco y se había tornado desesperada. Era evidente que la matriarca ya se había enterado del asesinato de su hijo y quería descargar su venganza en el muchacho ante los ojos de todo el mundo. Ésa era su manera de llorarlo, las consecuencias de la violencia. Ash se culpaba de ello; él había arrojado al muchacho a ese destino.

Debajo, en la arena del circo, se había instalado un poste sobre la pira y ahora estaban atando a Nico a él. El chico tenía la cabeza levantada hacia el cielo y parecía ajeno a lo que hacían con él. Se habían enroscado tres largas cadenas por un extremo a la parte superior del poste, mientras que el otro extremo lo sujetaban unos acólitos con las manos envueltas en trapos de tela. Entretanto, otro grupo de soldados rociaba de aceite la pira.

Ash sabía cómo se las gastaban los mannianos en estos temas. La cantidad de aceite que habían vertido provocaría que el fuego prendiera rápidamente y no concediera ninguna oportunidad a la víctima de morir por la inhalación del humo. Lo freirían vivo y lo sacarían en cuanto dejara de gritar. Si acertaban con el momento preciso de sacarlo de las llamas —y esto se consideraba una forma de arte en Q'os, tal era la naturaleza de ese lugar—, la víctima seguiría con vida y con su cuerpo en carne viva. A continuación lo empalarían para exponerlo públicamente y abandonarlo a una muerte terriblemente dolorosa.

Ash no podía permitir que eso sucediera.

Aparecieron más acólitos alrededor de la pira, portando hierros de marcar fríos, y los pusieron a calentar mientras los soldados emplazados alrededor de los muros se afanaban en contener a la multitud enfervorizada.

El anciano llegó por fin al borde superior del muro y se tomó un respiro. Se sentía como si tuviera la cabeza atrapada en un torno y sentía náuseas. Se le había reabierto la herida de la pierna y notaba cómo se le escapaban por ella las fuerzas, que se

deslizaban hasta su pie, se filtraban por la bota de piel y se esfumaban. Hurgó en su bolsillo y sacó una bolsita. Extrajo algunas hojas de stevia, se las metió en la boca y apoyó la cabeza contra la pared de piedra. Esperó inmóvil a que se le pasaran las náuseas.

Desde que tenía memoria, Ash llevaba oyendo a la gente quejarse de que la vida era demasiado corta; siempre le había llamado la atención, porque hacía años que tenía la sensación de que su vida se estaba alargando demasiado. Tal vez se debía simplemente a que él había experimentado más encarnaciones que la mayoría de la gente —según las creencias que algunos monjes daoístas querían inculcar en las personas—, y él ya había perdido lustre en ese juego que era la vida, de modo que ahora le resultaba sencillo ver lo que había más allá. Quizá ya había llegado el momento de abandonar —hablando en los términos de esos mismos monjes daoístas— de la rueda de la vida para siempre.

El espíritu crítico de Ash le ponía en un serio aprieto a la hora de creer en todo eso. ¿Cómo podía nadie saber si era cierto?

Sin embargo, él sabía, y ahora más que nunca, que mucho tiempo atrás debería haberse retirado de la orden y huido a una montaña remota, donde habría construido una cabaña para vivir en ella el resto de su vida, apartado y con sencillez. Eso no le habría procurado la felicidad —a fin de cuentas la felicidad formaba parte del juego de la vida—, pero, tal vez, el hecho de abandonarlo todo habría acabado por proporcionarle paz.

Ash tenía los ojos cerrados y la mejilla pegada al cemento frío. Todavía estaba a tiempo de olvidarse de todo y no afrontar lo que se le exigiría de un momento a otro.

«El muchacho ha luchado como un guerrero.»

Se ayudó de la espada envainada para levantarse. Se tambaleó y parpadeó un poco para desempañarse los ojos. Se volvió hacia la palestra, tan lejana desde allí arriba que no parecía real.

Ya se elevaban volutas de humo de la base de la pira, rodeada por acólitos que la atizaban con sus hierros de marcar al rojo vivo. El muchacho empezaba a revolverse apesado por las cadenas.

Ash levantó la ballesta que le había dejado Aléas y, con sumo cuidado, encajó en los canales el par de flechas que llevaba. Se trataba de un arma para distancias cortas, pero los proyectiles eran pesados y desde aquella altura podría servir.

Echó otro vistazo a Nico, levantó el arma y apuntó. Respiró hondo, concentrándose en el recorrido del flujo de aire por sus pulmones. Poco a poco fue relajándose.

Llegó el momento. Después de tantos años todavía recibía con extrañeza ese instante en el que sentía que él ya no era quien respiraba sino lo que era respirado. Soltó el aire muy despacio y notó la presión del dedo contra el gatillo.

El proyectil salió disparado a una velocidad imposible de seguir con la vista. Ash permaneció en la misma postura mientras sus ojos buscaban la flecha oscura, que trazaba un arco en el cielo durante su viaje a la arena.

El proyectil impactó contra el poste justo encima de la cabeza de Nico. Ash parpadeó para enjugarse el sudor de los ojos; su transpiración manaba de su cuero cabelludo como la sangre de una herida abierta y se deslizaba por su rostro arrastrando las lágrimas.

Las llamas oscilaban a los pies de su aprendiz y las columnas de humo se elevaban a su alrededor. Estaba ahogándose y forcejeaba para zafarse de las cadenas.

Ash tomó aire y bajó una pizca el ángulo de inclinación de la ballesta. Soltó el aire.

Disparó.

Cuanto más se esforzaba por respirar, más le ardían los pulmones. Nico tosió y se revolvió para romper las cadenas que lo ataban al poste. Empezaba a sentirse mareado por el humo y los pies se le encogían al contacto con las llamas. Por un momento se retrotrajo a Bar—Khos y a las tejas abrasadoras del tejado de la taberna, con Lena a su espalda, engatusándolo. Era como si toda su vida girara alrededor de ese error. Si le hubieran concedido otra oportunidad, lo habría hecho todo de otro modo.

Ahora estaba a punto de morir. Le parecía extraña la intensidad con que percibía la vida ahora que se acercaba su final. Los colores se mostraban con unas tonalidades que nunca había advertido; incluso el ocre de la arena era una variación infinita de luz y oscuridad que le cautivaba los ojos. Olía aromas que estaban más allá de lo agradable o lo repugnante. Distinguía las voces que emitía cada una de las personas que conformaban la bulliciosa multitud, incluso sus palabras y su tono. ¿Por qué no había sido siempre así, tan rico y vibrante? Podría haberse pasado días enteros sentado deleitándose con todo ese caudal sensitivo. Quizá, dijo para sus adentros, así es como percibimos el mundo cuando nacemos.

Qué lástima perderse toda esa riqueza que ofrece la vida hasta el momento previo a morir. Ahora comprendía que aquello era de lo que siempre hablaban los daoístas. Su maestro también le había hablado de ello: el mundo se sume en la quietud cuando uno alcanza la quietud, de modo que al cabo puedes verlo, sentirlo, capturarlo en su plenitud, real y fluido hasta el infinito.

Oyó que algo golpeaba el poste de madera encima de su cabeza. Nico no le prestó atención y bajó la mirada hacia sus pies. Las llamas crecían a su alrededor. Una sensación abrasadora le recorrió el cuerpo, como si hubieran vertido sobre él un cubo de agua hirviendo. Iba a morir carbonizado. Las llamas lo engullirían vivo.

Nico había oído una vez una historia ocurrida durante la invasión por parte de los

maníanos de las tierras de Nathal. Un monje de la ciudad de Maroot se había sentado en la calle, frente a la casa solariega del sumo sacerdote, se había rociado de aceite y se había prendido fuego. Se había dejado matar por las llamas sin mover un músculo como protesta por los crímenes que los mannianos estaban perpetrando contra sus compatriotas.

Nico se preguntó cómo había sido capaz de hacer algo así. ¿Cómo habría alcanzado tal grado de quietud?

El calor abrasador estaba acabando con él. Entornó los párpados tratando de ver algo. Aquello era demasiado real. Había una parte de él que se negaba a creer que fuera cierto. Si bien no era ésa la parte que importaba... no era la parte que se retorció con las llamas ni la que se ahogaba con el humo y el olor a carne chamuscada, ni la que rompía a gritar y a revolverse con un pánico atroz.

Puso los ojos en blanco, buscando desesperadamente en su mente un pensamiento al que aferrarse. Los acólitos lo observaban con sus hierros de marcar, con los ojos entrecerrados tras sus máscaras sin facciones por culpa del humo que se arremolinaba alrededor de la hoguera.

El dolor que se extendía rápidamente por su cuerpo desde los pies era tan espantoso que dudaba que pudiera soportarlo. El humo lo ocultaba todo en torno a él.

Inclinó la cabeza hacia atrás para tratar de coger aire. El cielo estaba azul, las nubes se deslavazaban en el este, arañadas por la luz del sol. Recortado contra ellas y entre los resquicios de las columnas de humo, atisbo de repente un objeto oscuro que surcaba el aire. Algo caía del cielo directo hacia él.

Se quedó mirándolo, fascinado por su vuelo y su movimiento rotatorio.

Un impacto súbito lo sobresaltó y a sus dificultades para respirar se sumó un intenso sabor a sangre en la boca. Se le nubló la vista, fija en la figura borrosa del sol o de algo igual de brillante, hasta que llegó un momento en que también ese resplandor desapareció y ya no vio nada.

Capítulo 30

Ritos de paso

Los ronquidos la despertaron de madrugada. La luz que se colaba por entre las cortinas de la ventanita del dormitorio todavía era de un tono grisáceo. No corría una pizca de aire en la habitación inundada por el hedor a sexo. Reese permaneció en la cama envuelta por la luz penumbrosa, observando a Los mientras éste dormía: las delgadas estrías de su mejilla apretada contra la almohada, el gesto infantil de sus labios abiertos mientras respiraba, sus pestañas rubias. Se planteó la posibilidad de despertarlo posando una mano intrépida en su entrepierna; quizá unos juegos amatorios mitigarían la opresión que sentía en el pecho y la sensación de angustia que le recorría el cuerpo.

Pero permaneció quieta y se dedicó a contemplar las vigas del techo mientras trataba de dar sentido a los sueños que había tenido, en los que aparecía su hijo. Cuando los tonos cálidos del sol empezaron a penetrar en el dormitorio a través de la cortina, se levantó en silencio.

Abrió la puerta trasera y dejó entrar a los gatos en la cocina llevada únicamente por el deseo de que hubiera un poco de vida en la casa, y se fingió fastidiada cuando los animales se arremolinaron alrededor de sus tobillos desnudos mientras se lavaba y se acicalaba para el día que se le presentaba por delante. Ahora que ella se había levantado y se había puesto en marcha, Los había dejado de roncar. Recogió la ropa del día anterior —que apestaba a vino, perfume y humo—, salió al patio y la arrojó al interior de la tina de madera junto a la enorme pila de piedra llena de agua de lluvia que luego emplearía para lavarla.

Las melodías de los pájaros se superponían al cacareo sordo de las gallinas. Por el este, un abanico de luz se desplegaba sobre el cielo azul por encima de los árboles y de los mantos de cañas que permanecían inmóviles por la ausencia de viento. Reese contempló el paisaje con un brazo flexionado y el puño apoyado en la cadera. Intentó no pensar en nada; únicamente anhelaba embeberse de la luminosidad del mundo que despertaba del sueño de la noche, y con esa luminosidad disipar el indescriptible desasosiego que la había acosado en forma de sueños. Estaba tensa, y si se lo hubiera permitido, habría roto a llorar.

De nuevo dentro de la casa, Reese se entretuvo con las faenas cotidianas hasta que llegó a la habitación de Nico. Abrió la puerta destartalada cubierta por pálidos arañosos a la altura de la cintura y paseó los ojos por el suelo del cuarto vacío buscando algo que recoger u ordenar, hasta que detuvo su mirada y de nuevo con un

puño apoyado a la cadera se preguntó qué demonios estaba haciendo.

«Me he convertido en la madre de Colé —pensó con fastidio—. Me paso las noches aporreando las paredes con un palo para espantar unos ratones que nadie oye ni atisba.»

Reese no pudo recordar cuándo había entrado por última vez en la habitación de Nico. Nunca había sabido qué hacer con ella cuando el chico huyó a la ciudad, si dejarla intacta y alimentar la esperanza de que algún día regresara, aunque sólo fuera para una breve visita, o aceptar la realidad más dura, que Los afirmaba abiertamente —y al parecer ahora también sus sueños: que su único hijo se había ido para siempre.

En la habitación sólo quedaba la ausencia de las pertenencias de Nico. Nunca había estado tan limpia y ordenada cuando él la habitaba, aunque había que decir en su descargo que siempre había sido un chico ordenado. Quedaban muy pocas cosas de Nico: su reclamo de aves sobre el alféizar de la ventana —que el muchacho había perdido y que ella encontró cuando ya se había marchado— y, junto a él, un puñado de cantos suaves y veteados recogidos del lecho del arroyo; su caña de pescar y los aparejos envueltos en la funda de lona apoyados en un rincón. La cama seguía como Nico la había dejado antes de marcharse hacía ya tanto tiempo, con la almohada envuelta por la sábana y los bordes de ésta metidos bajo el jergón.

Aun así, ahora que miraba el cuarto con atención veía polvo por todas partes.

Reese salió apresuradamente, llenó un balde con agua y vinagre, regresó a la habitación y se puso a limpiarlo todo. Ya no paró hasta que tuvo la frente empapada en sudor y vio el sol encima de los árboles al otro lado de los cristales desvaídos de la ventana. De vez en cuando le sobrevenían unas ganas irrefrenables de llorar y entonces ponía más empeño en el trabajo hasta que se le pasaban. Le dolían las rodillas de fregar el entarimado del suelo y su espalda protestó cuando se estiró para alcanzar las vigas del techo bajo. Barrer lo dejó para el final, y cuando levantó los escasos objetos de Nico para limpiar debajo tuvo mucho cuidado en volver a ponerlos exactamente igual que habían estado antes.

Una vez hubo terminado, Reese se enderezó y se limpió con el reverso de la mano los chorretones de sudor que se deslizaban por su rostro. Paseó una mirada escudriñadora por la habitación reluciente y comprobó con satisfacción que ahora estaba limpia como era debido.

Frente a ella, la luz del sol se desparramaba por la ventana.

Descorrió el pestillo y la abrió, y retrocedió con las manos entrelazadas como esperando que alguien entrara. Pasaron unos instantes y una brisa repentina se coló en la habitación. Reese respiró hondo, dejándose acariciar la tez por el viento matinal y llenándose los pulmones con el esplendor del mundo que se extendía al otro lado de la ventana.

—Hijo mío —masculló, mientras las lágrimas se deslizaban inexplicablemente

por su rostro.

Un cuerpo desnudo yacía sobre el altar de mármol, con los brazos delicadamente cruzados sobre el pecho y con los ojos cerrados.

Los silenciosos y adustos sacerdotes de la Mortatus, la hermética secta de la muerte de la orden de Mann, habían limpiado el cuerpo cumpliendo con el ritual. Durante una hora habían frotado el cadáver con paños blanqueados con la bilis de anguilas de las arenas vivas, la misma sustancia que empleaban para blanquear sus túnicas sacerdotales, sus máscaras rígidas y los estandartes de Mann que colgaban de las paredes a su alrededor.

Rodeados por el silencio del templo, los sacerdotes habían sumergido los paños en un balde con agua a la temperatura de la sangre, y los pétalos que flotaban en la superficie del cubo se habían agitado en los bordes con las ondas del agua. Luego los habían escurrido con sus manos hasta dejarlos prácticamente secos y, acompañados por el susurro de las oraciones del ritual, los habían pasado por la piel del cuerpo sin vida.

Finalizada su labor, los monjes de la Mortatus abandonaron la cámara en una procesión envuelta en el murmullo de cánticos y de roces de túnicas. Del cadáver emanaba un aroma a loto silvestre. Le habían cosido la herida que le cruzaba el cuello y, después de las aplicaciones de ungüentos y polvos, en su lugar apenas se apreciaba una línea oscura. Sin embargo, los monjes nada habían podido hacer para cambiar para la expresión en el rostro del muerto.

Y éste era el aspecto que más costaba digerir a Sasheen.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones, matriarca? —inquirió una voz a su espalda.

El sacerdote Heelas, su asistente personal, aguardaba a unos cuatro metros del altar, con la cabeza gacha y los ojos clavados en el suelo de mármol, como si evitara a toda costa mirar a la figura postrada de su matriarca y a su madre, sentada a su lado en un taburete de madera.

En un principio, Sasheen no lo oyó. Sin embargo, su voz siguió resonando en las paredes hasta que al fin el eco apagado penetró el velo de profunda pena que envolvía a la matriarca.

—¿Cómo? —inquirió a media voz.

—Me habéis mandado llamar, matriarca.

Sasheen se enjugó los ojos y por un momento pudo ver con nitidez. Contempló el cuerpo inmóvil de su hijo como si lo viera por primera vez; ya no era más que un caparazón, hueco y obsoleto. Sólo por un instante fue capaz de posar la mirada en su rostro, con el gesto desencajado por el espanto.

Algo se agitó en el interior de la matriarca y pudo apreciarse cómo se le ponía rígida la espalda.

—Que se pare todo —ordenó en un suspiro gélido.

—¿Todo, matriarca?

—He dicho todo —repitió, y en su voz se advirtió un vigor creciente, una fuerza implacable que chocaba con la debilidad que daban a entender sus lágrimas—. Los puentes, los transportes, las fuentes, los templos, los espectáculos de ocio, los comercios... Si un mísero mendigo extiende su brazo para pedir limosna, cortadle las manos. Quiero que se detenga todo, ¿me has entendido?

Sasheen inspiró entrecortadamente el aire impregnado del aroma a loto que flotaba en el aire.

—Ha muerto mi hijo —añadió—, y quiero que todo el mundo le muestre sus respetos.

El asistente personal Heelas se cogió las manos y dejó pasar unos segundos antes de hablar.

—¿Qué hacemos con el Augere, matriarca? —preguntó con cautela.

Sasheen había olvidado por completo la semana de celebraciones que estaba a la vuelta de la esquina.

—El Augere también —respondió con voz apagada—. Todo. Conmemoraremos el Augere en unas fechas más adecuadas.

El asistente personal se quedó mudo de la estupefacción. Sin embargo, no perdió la compostura e hizo una reverencia inclinado su rostro rojo como la grana.

—¿Eso es... todo?

—¿Si eso es todo? ¡Oh, no, Heelas, eso no es todo! Quiero que se ponga patas arriba la ciudad y que se me traiga a esas personas vivas. Déjale claro a Bushrali que si los reguladores no cumplen al pie de la letra mis órdenes, ya puede prepararse para su nuevo destino... como eunuco en alguno de los harenes de Sentiata. ¿He hablado claro?

—Clarísimamente, matriarca.

—Ahora márchate.

El asistente se alejó con una presteza inusitada.

Sasheen reparó en el temblor de sus puños y los apretó con fuerza.

—Cálmate, cariño. Tranquilízate.

La matriarca se volvió a su madre.

—¿Que me calme? ¿Mi hijo acaba de morir y me dices que me calme? Debería hacer que te sacaran a rastras de aquí y te quemaran viva por ello.

La vieja bruja estaba sentada en un sencillo taburete de madera, con sus manos translúcidas entrelazadas.

—Si eso va a hacer que te sientas mejor, mi hija queridísima, entonces que así sea.

Durante una fracción de segundo, Sasheen se planteó seriamente la posibilidad.

Dejó caer la mano sin fuerza en el costado y se volvió de nuevo a su hijo, tumbado sobre el altar a escasos centímetros de ella, su lugar de reposo previo a su inhumación en la adusta cripta del Hipermorum.

Algo en el pecho del muchacho llamó la atención de Sasheen. La matriarca alargó la mano y sus dedos de largas uñas vacilaron un momento en el aire. Con suma delicadeza cogió lo que había visto sobre la piel desnuda del cuerpo llevándose también uno de los pelos ralos del pecho. Examinó lo que sostenía sobre la yema del dedo. Se trataba de una pestaña, que se agitó impelida por la espiración de la matriarca y se perdió fluctuando en el aire.

«Mi hijo está muerto», se repitió Sasheen.

Nunca había experimentado un dolor igual. Era una especie de locura, como la opresión en el estómago cuando uno cae en la cuenta de que ha olvidado algo trascendental demasiado tarde para enmendar el error; con la única diferencia de que ahora sentía esa sensación de una manera prolongada y constante, de modo que la consumía a cada segundo de vigilia y también de sueño; un terror atroz, desgarrador e inhumano que amenazaba con asfixiarla si no encontraba la manera de aliviarlo.

Sintió algo húmedo en las palmas de las manos; había apretado tanto los puños que se había clavado las uñas y ahora le sangraban.

—Tranquilízate, cariño —repitió la voz de la vieja bruja a su lado—. Eres la matriarca. Eres el símbolo de la excelencia de Mann. No puedes permitir que te vean en este estado.

Sasheen sacudió el hombro para quitarse de encima la mano mustia que Kira había apoyado en él.

—Era mi hijo. Mi único hijo.

—Era débil.

Esas palabras la hirieron profundamente.

—Hija —dijo quedamente la anciana. El tono de su voz podría haberse interpretado erróneamente como de quien se disculpa—. Vamos, siéntate conmigo un momento.

Sasheen paseó la vista por la cámara. No había nadie salvo los centinelas acólitos apostados en la lejana entrada, todos ellos de espaldas al altar.

Sasheen se dio la vuelta arrastrando los pies y se sentó frente a su madre.

—Yo también lo amaba —dijo Kira—, Era mi nieto, sangre de mi sangre. Pero no es por Kirkus por quien lloras, Sasheen. Él tuvo una muerte rápida y ya no sufre. Estás llorando por ti misma.

Sasheen tenía la mirada clavada en sus puños apretados; no conseguía aflojar los dedos.

Kira frunció el ceño.

—Debes aceptar su pérdida. Hasta los animales salvajes lloran la muerte de sus

crías. Pero igual que ellos, tú debes aceptarlo y seguir adelante con tu vida. Todavía puedes tener otro hijo. Ten la certeza de que esta pena que te embarga ahora sólo es un acceso de debilidad pasajera. Debes aferrarte a la persona que eres en realidad.

—Mi hijo no era débil.

—Lo era, Sasheen. Lo era. Si no, ¿cómo explicas que se dejara matar sin oponer resistencia? Lo mimamos demasiado, tú y yo. Todos estos años pensábamos que estábamos enseñándole a ser fuerte cuando en realidad lo único que aprendía era a ocultarnos sus carencias. Si no hubiéramos estado tan cegadas por el amor que le profesábamos, nos habríamos dado cuenta y tal vez habríamos podido corregirlo. —Levantó la mano antes de que la matriarca pudiera protestar—. Debemos aprender de esta lección. A nuestro modo, ambas nos hemos convertido en unas consentidas, hija. Después de todo, tenemos el mundo en nuestras manos. Sin embargo, por nuestro propio bien, debemos considerar esto una advertencia. Estamos rodeadas de enemigos continuamente, y caeremos a manos de ellos del mismo modo, con un tajo en el cuello o envenenadas, si descubren un resquicio en nuestra fortaleza. ¿Acaso quieres morir como tu hijo, eh?

Un silencio inundó la cámara. Sasheen tenía los ojos clavados en el suelo.

—No. Ya lo imaginaba. Por lo tanto, permíteme una sugerencia: pediremos a Cinimon que realice los preparativos de una purga, para nosotras, para toda la orden. Nos limpiaremos todas las impurezas y al mismo tiempo nos libraremos de los sujetos que no merecen seguir la llamada de Mann. Tal vez esto, de alguna manera, te ayudará a superar la pérdida.

Sasheen pestañeó. Tenía los ojos empañados y apenas veía.

—Quizá —respondió en un hilo de voz. Y en cierta manera le supuso un ligero alivio someter su voluntad a la de su madre, aunque sólo fuera de manera temporal—. Quizá —suspiró de nuevo. Se encogió sobre las frías losas del suelo y rompió a llorar.

La anciana se levantó. Se quitó una pesada capa que llevaba encima de la túnica y con sus miembros entumecidos se arrodilló junto a su hija como con la intención de consolarla. Sin embargo, lo único que hizo fue cubrirle la cabeza y el cuerpo con la capa, de modo que Sasheen semejaba un montículo que se agitaba sobre el suelo.

Kira frunció el ceño.

Eran las cuatro de la madrugada según la campana del templo manniano situado en el lado sur de la vasta plaza. Como era previsible, una patrulla del cuerpo de guardia de la ciudad se adentró en la plaza portando faroles y largas porras tachonadas. El capitán de la patrulla examinó la plaza atento a cualquier indicio de disturbio, pero tan avanzada la hora del toque de queda la plaza de los Castigos estaba desierta. Sólo el ladrido lejano de un perro rompía el silencio que reinaba en la explanada.

Una sombra retrocedió para regresar a la penumbra del callejón y aguardó a que la patrulla se marchara. Se produjo un leve movimiento: la mano de la sombra hacía señas a alguien que tenía detrás para que se acercara. Las dos figuras abandonaron juntas la oscuridad y enfilaron sigilosamente por la plaza.

Descalzos, se deslizaron raudos por las losas de mármol del suelo, sin apenas hacer ruido. Se detuvieron en el centro mismo de la plaza y levantaron la mirada para contemplar la escena atroz: un cuerpo calcinado clavado a un cadalso. Tenía una tabla alrededor del cuello con una inscripción; sólo una palabra, aunque estaba demasiado oscuro como para distinguir las letras. Sin embargo, sabían lo que ponía: «Roshun.»

Sin perder un segundo, una de las figuras ayudó a la otra a encaramarse al cadalso y rápidamente ésta se puso manos a la obra con su cuchillo. El cuerpo descendió un par de centímetros; otra maniobra con el acero y el cadáver se soltó y se estrelló contra el suelo de la plaza.

—¡Maldita sea!—siseó Aléas, todavía balanceándose para mantener el equilibrio y no caer del cadalso—. ¿Es que no podías cogerlo?

Serése levantó la mirada del cadáver con el gesto torcido.

—Esto me resulta un poco difícil, ¿vale?

—Ya —repuso Aléas, saltando del cadalso—, Y para mí es lo más sencillo del mundo.

El aprendiz se agachó, retiró la tabla del cuello y envolvió el cuerpo en un trozo de gruesa arpillera. Con un gruñido se lo echó a la espalda y ambos huyeron a toda velocidad de la plaza.

Había patrullas por todas partes. Se había declarado el toque de queda y no se podía poner un pie en la calle a partir de la medianoche. Un poco antes habían oído que se habían cerrado los puertos. Nadie podía salir de la ciudad.

Les llevó una hora cruzar Q'os hasta la zona industrial de la costa sureste, donde debían reunirse con Ash y Baracha. Aquel lugar era prácticamente un páramo. Enormes almacenes yacían semiderruidos bajo la débil luz de las estrellas y su aspecto siniestro les recordó las tenebrosas entradas de las cavernas. Aléas y Serése evitaron la zona de almacenes y atravesaron una franja de marismas, a veces hundidos hasta las rodillas en el agua gélida. Más adelante tuvieron que ascender por una duna cubierta de hollín.

El mar nocturno destellaba ante ellos. La brisa fresca y salada les golpeaba de cara. Aléas resollaba; el cuerpo de Nico se había convertido en una carga pesadísima que ya apenas tenía fuerzas para acarrear. Serése no se ofreció a ayudarlo en ningún momento.

Descendieron por la vertiente opuesta de la duna y continuaron por una cala recóndita. En ella encontraron a Baracha junto a una pequeña hoguera, mascando

hojas de grindelia y examinándose el muñón vendado de su brazo izquierdo. Con la otra mano agarró la espada cuando vio acercarse a su hija y a su discípulo.

—Venimos solos —anunció Aléas, y Baracha se relajó y volvió a depositar la espada sobre el regazo.

Una oscura figura recostada al otro lado del fuego se movió para saludarlos. Era Ash, que se había tumbado en la arena con la cabeza apoyada sobre la mochila. El anciano roshun se incorporó trabajosamente con un gruñido.

Habían pasado todo el día —al menos Aléas y Serése, pues los dos maestros apenas podían moverse— recuperando maderas del mar y apilándolas en la diminuta playa. Ahora, con sumo cuidado, Aléas colocó el cuerpo de Nico encima de los tablones alisados por el agua; el montón se tambaleó bajo el peso del cadáver y se desprendieron algunos maderos. Ash se acercó con paso vacilante y se puso a desenvolver con manos torpes el cadáver.

—Tal vez sea mejor dejarlo así —sugirió Aléas, posando una mano en el hombro de Ash.

El maestro sacudió el hombro para liberarse de la mano del aprendiz y sólo paró cuando dejó al descubierto el cadáver de su aprendiz y pudo contemplarlo a la luz de la hoguera. Inspiró con brusquedad y se tambaleó ligeramente, lo suficiente para que Aléas juzgara conveniente sujetarlo.

Los dedos de Ash acariciaron delicadamente la carne chamuscada, tropezaron con el extremo del astil de la flecha de ballesta hundida en el pecho. El anciano permaneció unos minutos inmóvil junto al cadáver.

Baracha se acercó renqueando con un leño llameante y sin solemnidad alguna lo encajó en las entrañas de la montaña de maderos y lo soltó como si alimentara un fuego ya encendido. La pira empezó a despedir humo. Los roshuns retrocedieron y unos instantes después atisbaron la primera llama.

El grandullón alhazií cogió un puñado de arena y lo arrojó a las llamas incipientes recitando una plegaria entre dientes. Aléas consoló a Serése y ambos lloraron, dando rienda suelta a su llanto por primera vez en todo el día. Las llamas crepitaron en su escalada oscilante hacia el cielo, retorciéndose al atravesar el entramado de madera que sostenía el cuerpo en la parte superior de la pira y exhibiendo una extensa paleta de colores: intensos azules, amarillos y verdes de los minerales marinos que impregnaban la madera. La hoguera escupía grasa y el hedor a carne quemada se propagaba en las ráfagas de brisa.

La pira sólo tardó unos minutos en derrumbarse y engullir a Nico.

En la distancia, muy lejos de la costa, el primer rayo de sol despuntaba en el cielo previo al alba, y las sombras de nubes todavía invisibles se deslizaban por el horizonte.

Ash recitó unas palabras en su lengua de Honshu que luego repitió en la lengua

franca, quizá en un gesto hacia su joven aprendiz. Sus ojos, aunque sumidos en la oscuridad, brillaban con el reflejo de las llamas.

—Aun si este mundo fuera algo más que una gota de rocío... aun si... aun si... — entonó.

Ash les había pedido que buscaran un tarro de arcilla revestido de piel para guardar las cenizas. Con movimientos lentos y concienzudos fue barriendo la ceniza y acumulándola en un montoncito plano sobre la arena tiznada. Se quedó unos instantes mirando las partículas de polvo revoloteando alrededor de los rescoldos.

«Para su madre», pensó mientras recogía las cenizas ayudándose de un palo y las echaba en el interior del tarro. Entre el polvillo gris todavía quedaban algunos fragmentos de hueso, y sólo metió en el bote los más pequeños. Cuando el tarro estuvo lleno, lo cerró y lo guardó en su mochila de lona.

Ash tenía además otro tarro más pequeño —en realidad era un vial de arcilla de la longitud y la anchura de un dedo pulgar— con una cinta de cuero. También lo llenó con cenizas, le puso el tapón de madera y se lo colgó del cuello, de modo que le quedó suspendido como un sello a la altura del pecho; notaba en la piel el calor que todavía desprendía.

Cuando se irguió, una punzada de dolor le atravesó la cabeza y titubeó. Alguien le hablaba, pero él no veía de quién era la voz. Dio unos pasos tambaleándose hacia atrás y se desplomó.

Quedó tendido en el suelo, despatarrado, casi sin poder respirar. Unas manos lo agarraron y tiraron de él y la voz le preguntó si se encontraba bien y si podía oír. De nuevo un dolor pungente, esta vez más intenso que nunca: Ash apretó los dientes y chilló en la áspera lengua de Honshu justo antes de desvanecerse.

Capítulo 31

Las secuelas

No había escapatoria.

Todos los puertos se habían cerrado tras la muerte del único hijo de la matriarca Sasheen y había controles en las principales vías de la ciudad y en la mayoría de las calles secundarias. El cuerpo de guardia metropolitana comparaba los rostros de los viandantes con retratos robot. Por Q'os había corrido el rumor de que habían llegado roshuns —uno de ellos un extranjero de tierras remotas—, que habían matado al hijo de la matriarca y que todavía se hallaban en la ciudad. Había quien afirmaba que se trataba de un acto de venganza por la muerte en la hoguera del joven roshun en el Shay Madi.

Las patrullas deambulaban por todos los rincones de la metrópoli. Por la noche, el toque de queda era de obligado cumplimiento bajo pena de muerte. Secciones de soldados, encabezados por reguladores de semblante severo, irrumpían en los cuartos de las pensiones o registraban ilegalmente tabernas, burdeles y viviendas privadas; usaban la fuerza en los interrogatorios y se llevaban a rastras a los sospechosos, siempre a la caza de los roshuns.

Como si eso no bastara para alterar la vida cotidiana de la ciudad, las especulaciones sobre una inminente campaña militar empezaron a circular entre la población. El flujo de soldados que llegaban a la ciudad era constante desde hacía semanas y en los márgenes oriental y septentrional de Q'os habían proliferado los campamentos militares, y junto a ellos, apretujadas a su alrededor, las casuchas de sus inseparables parásitos: mercachifles, prostitutas, artesanos y vagabundos. En el Primer Puerto estaba congregándose una flota enorme, de unas dimensiones que no recordaban ni los más viejos del lugar; en su mayoría buques de guerra, aunque también había baladras y naves de transporte.

Se decía que la flota tenía como destino Lagos, donde reemplazaría al VI Ejército; pero cuando alguien afirmaba esto, se le tachaba inmediatamente de idiota y se le mandaba callar, pues todo el mundo sabía que en esa isla simplemente se necesitaba una guarnición simbólica. «Lagos» era una palabra que en ese momento sólo se pronunciaba en un susurro. Tras su fallida insurrección, la matriarca Sasheen había dado directamente la orden de arrasarla. Las historias que llegaban de la isla hablaban de un desolado campo de batalla sin un atisbo de vida, salpicado por gigantescas piras funerarias donde antes se habían alzado ciudades y pueblos; todo hombre, mujer y niño había sido quemado vivo. En las ciudades del Imperio se

ofrecían parcelas de terreno en la isla para nuevos colonos, y ya habían sido miles los que se habían trasladado allí.

Las mentes más lúcidas consideraban que Cheem era un objetivo más probable para la próxima invasión. Tal vez la matriarca ya se había hartado de que las flotas comerciales sucumbieran a las acciones de los piratas que se cobijaban en esa isla. Una opción menos probable eran los Puertos Libres: se trataría, en ese caso, de una empresa arriesgada, pues su armada seguía siendo la más importante del orbe, como demostraban los diez años que llevaban resistiendo a la Armada del Imperio pese a su inferioridad numérica.

Entonces quizá se disponían a atacar Zanzahar, sugerían los inevitables graciosos que participaban en los corrillos. Esta posibilidad era objeto de bromas porque se trataba de la opción más delirante de todas.

Por lo tanto, Q'os era una ciudad que bullía de incertidumbre y, si bien aún era segura para quienes podían afirmar que habían nacido en ella, sus calles eran peligrosas para los que no podían decir lo mismo. Baracha, su aprendiz, su hija y Ash (aunque este último ahora se encontraba inconsciente), sabían perfectamente que se había desatado una cacería para atraparlos. Era vital que salieran de la ciudad sin demora.

No obstante, los puertos permanecían cerrados.

Sin otra alternativa, los roshuns buscaron un lugar donde esconderse. Decidieron esperar a que se restableciera el tráfico marítimo, lo que no podía retrasarse más allá de unas cuantas semanas. Después de todo, la supervivencia de la ciudad dependía del comercio por mar, así que no se podía prolongar indefinidamente el cese del trasvase de mercancías.

Los roshuns encontraron un almacén abandonado no muy lejos de la cala en la que habían incinerado el cuerpo de Nico. Tenía parte del armazón de madera calcinado por un incendio que había arrasado casi por completo sus fachadas norte y oeste; sin embargo, en los costados que daban al mar todavía aguantaba en pie el tejado. En los rincones de las ruinas carbonizadas encontraron algunas oficinas que permanecían relativamente intactas, y en ellas se ocultaron y esperaron, cuidando de Ash lo mejor que sabían.

El anciano roshun se había sumido en algún tipo de estado de inconsciencia prolongada. Su respiración era superficial pero regular, y no emitía ningún sonido ni se movía. De vez en cuando le temblaban los párpados, como si estuviera soñando.

Casi todos los días, Baracha permanecía sentado en el interior del almacén, oteando el exterior por una de las ventanas que daban al mar. A veces deambulaba por el espacio cerrado de la estancia maldiciendo entre dientes la pérdida de la mano. Cualesquiera que fueran los dolores que lo acosaban —que debían de ser atroces—, los guardaba para sí al más puro estilo alhazií. Al menos el muñón parecía cicatrizar

bien.

Apenas si dirigía alguna mirada a Ash, cuya figura descarnada e inmóvil yacía sobre un camastro. Daba la impresión de que evitaba posar sus ojos en el anciano mientras continuara en ese estado de letargo, como si de alguna manera lo horrorizara.

—Espero no ponerme nunca enferma cuando sólo estés tú para cuidarme —le reprochó Serése una mañana, advertida de la falta de interés de su padre, que permanecía junto a la ventana en el lado opuesto de la estancia donde yacía Ash.

La muchacha estaba escurriendo el agua de un trapo empapado sobre la boca abierta del anciano, así que no vio cómo Baracha se volvía hacia ella y la miraba con los ojos hundidos en un gesto ceñudo.

«Quizá entonces era demasiado pequeña —se dijo Baracha—, y no recuerda que su madre permaneció postrada inconsciente, como ahora Ash, durante toda una semana antes de morir o quizá lo recuerda demasiado bien y simplemente ocurre que es más fuerte que yo.»

Baracha se dio cuenta de que así era. La aceptación de esta verdad lo afligió y el Alhazií desvió la mirada.

Los días se convirtieron en semanas. Los roshuns estaban agotados e inquietos, y vencidos por la congoja, que cada uno sufría a su manera. Enseguida empezaron las discusiones y a menudo tenían que interrumpir sus bruscas disputas por miedo a revelar su presencia. Reñían sobre quién había comido más o bebido más agua, sobre quién debía vaciar el balde con las deposiciones por la noche, o hacer guardia, o cocinar, o lavar, o dónde debía dormir cada uno. Incluso se peleaban en las partidas de cartas de rash, en las que apostaban tareas y comida en vez de monedas, y a veces se lanzaban acusaciones de trampas y pactos y estaban a punto de llegar a las manos; al final acababan todos enfurruñados y el perdedor, enrabiado, se aislaba en un rincón.

En mitad de una de esas riñas acaloradas en las que se chillaban con los rostros encendidos, justo cuando hacía dos semanas que se ocultaban en el almacén, procedente del otro rincón de la estancia llegó hasta ellos una voz que les pedía amablemente que se callaran.

Pertenecía a Ash, que se incorporó en el camastro con los ojos entornados con gesto de fastidio.

—¡Maestro Ash! —exclamó Aléas.

—Sí —respondió el anciano, como decidiendo que, en efecto, era él.

Con los puertos todavía cerrados y vigente el decreto que prohibía que zarparan los barcos amarrados en sus muelles, eran pocos los capitanes dispuestos a acercarse a Q'os con sus mercancías, y quienes lo hacían vendían inevitablemente sus

productos por unos importes exorbitados.

En consecuencia, el precio de los alimentos alcanzó unas cotas que sólo podían permitirse las clases pudientes. El decimoquinto día del bloqueo autoimpuesto estallaron los primeros disturbios, provocados por la desesperación dada la escasez de víveres. Todo un distrito de almacenes en el norte de la ciudad quedó arrasado. Las hogueras crepitaban por todas partes y levantaron barricadas en las calles. En la plaza de los Castigos un escuadrón de caballería cargó contra un par de centenares de personas que pedían pan, la mayoría de ellas mujeres y niños hambrientos.

Al día siguiente se reabrieron los puertos.

Ese día en el Templo de Sentiante no había nadie más que sus moradores, pues se había clausurado igual que todos los centros de ocio de Q'os hasta que concluyeran los días de luto por el hijo de la matriarca.

Ché, por su parte, no consideraba la muerte de Kirkus una pérdida irreparable. Conocía perfectamente el carácter del joven sacerdote y sabía que los delirios de grandeza lo habían convertido en un patán que, mientras esperaba que su madre se quitara de en medio y le cediera el trono, causaba estragos allá por donde pasaba. ¿Quién sabía qué tipo de monstruosidades habría llevado a cabo si alguna vez hubiera alcanzado el estatus de Santo Patriarca? Si hubiera vivido lo suficiente para subir al trono, habría sido el primer patriarca nacido y criado para tal papel, pues todos los gobernantes anteriores habían trepado hasta el poder y se habían aferrado a él con uñas y dientes, pero ninguno de ellos había permanecido lo bastante como para entregar el testigo a su descendiente. Así de encarnizada era la lucha por el trono.

Ché había recibido con asombro la noticia de la muerte del joven a su regreso a Q'os. En realidad, lo que le había sorprendido no era que Kirkus hubiera muerto, sino la proeza de los roshuns de matarlo. Desde el punto de vista de un colega de profesión, sintió una tremenda admiración. ¡Un ataque directo y frontal al templo! Se había maravillado de su audacia al oír los informes sobre el asalto. Nadie había previsto una acción así, por supuesto tampoco él. Los diplomáticos imperiales eran adiestrados en métodos más sutiles; nunca se planteaban sus actuaciones en términos tan directos.

En el Templo de Sentiante, la madre de Ché había caído presa del pánico por lo que juzgaba una tragedia para el Imperio. Por extraño que pudiera parecer, se consideraba una persona que participaba activamente de los asuntos del Templo de los Suspiros, sobre todo en los que atañían directamente a la matriarca. Sin duda, como resultado de las charlas íntimas que mantenía a menudo con sus amantes sacerdotes del templo. Ché sabía que atraía a una clientela de una clase superior a la

de la mayoría de sus compañeras.

—Tu piel tiene muy mal aspecto hoy —le reprendió cuando se sentaron junto a la fuente de la séptima planta del Templo de Sentiate.

—Gracias por recordármelo, madre.

—No te cuidas nada. Pareces agotado.

Ché apartó la cara para que su madre dejara de hacerle carantoñas.

—He pasado un tiempo fuera, ocupándome de asuntos de diplomacia. Ha sido complicado.

—Pero ya hace días que regresaste. Tengo mis informadores, ¿sabes? Ya deberías estar descansado y haberte recuperado.

Las suaves cascadas de la fuente enfriaban la atmósfera de la cámara. Ché vio su reflejo en la superficie del estanque; sin embargo, estaba poco iluminado, sombrío, y no se apreciaban los detalles de sus facciones. Agitó el agua con las yemas de los dedos para deshacerlo.

—Últimamente no duermo bien —confesó.

La mujer contempló con detenimiento a su hijo. A Ché le incomodó su mirada y evitó que sus ojos se encontraran.

—¿Te preocupa algo?

Ché levantó la vista. Al otro lado de la cámara había sentado un grupo de eunucos cuchicheando. El murmullo de la fuente apenas le permitía oír lo que decían; aun así, él bajó la voz.

—Madre... —empezó, pero se interrumpió esforzándose por encontrar las palabras precisas para decir lo que quería expresar—, ¿Alguna vez te has planteado dejar todo esto?

—¿Dejar el templo? —exclamó, con un gesto de sorpresa.

—Me refiero a Q'os, madre, a la orden de Mann. ¿No has pensado nunca que quizá podríamos irnos de aquí y vivir nuestras vidas como quisiéramos?

La mujer echó un vistazo fulgurante a los eunucos.

—¿Te has vuelto loco?—repuso en un hilo de voz, inclinándose hacia él—, ¿Dejar la orden? ¿Qué te ha dado para que te plantees algo así? ¿Por qué querría yo abandonar mi hogar y a mis amistades?

Ché desvió la mirada de los ojos brillantes de indignación de su madre. La mujer se tranquilizó.

—Hijo, te guste o no, ésta es la mejor vida para mí. Aquí me siento segura. Puedo conseguir todo lo que quiera, y a cambio apporto mi granito de arena a la grandeza de Mann. Aquí me necesitan. Se me valora.

—¡Eres una puta! —le espetó Ché antes de poder contenerse.

El joven se dolió del cachetazo abrasador en la mejilla. Los eunucos interrumpieron su cháchara y se los quedaron mirando desde el otro lado de la fuente

burbujeante.

—¡Meteos en vuestros asuntos!—les amenazó Ché, y los eunucos apartaron rápidamente la mirada—. Madre —insistió, esta vez en apenas un susurro—, aquí corres peligro. Seguro que tú ya lo sabes. Te utilizan para mantenerme atado.

—Tonterías. En estos años he hecho amigos, Ché... gente importante. Saben de mi lealtad a Mann. Nunca permitirían que me ocurriera algo malo. —Hizo una pausa y entornó los párpados—, Pero ¿por qué iban a hacerme daño? ¿Acaso planeas algo que pudiera enfadar a tus superiores?

Ché se dio cuenta de que estaba pisando terreno pantanoso y se mordió la lengua. Cogió agua de la fuente con la mano y se la echó por el rostro; se despabiló un poco, aunque le dejó un extraño regusto amargo en los labios.

—Sólo estoy un poco tenso —dijo al cabo—. Quizá debería buscar un trabajo más tranquilo.

Se puso en pie todavía con el agua goteándole de la barbilla.

—Ahora tengo que irme.

Cualquier indicio de suspicacia se borró de las facciones de su madre.

—¿Tan pronto? ¡Pero si acabas de llegar!

Ché asintió. Por un momento se le pasó por la cabeza alargar una mano y posarla en la mejilla de su madre... tocarla, conectar con ella, sentirse cercano a esa mujer que después de tanto tiempo continuaba siendo una desconocida para él. Pero sabía que ella encontraría extraño ese gesto y que sólo contribuiría a delatarlo.

—Volveré pronto a verte. Cuídate.

Hoy la voz apestaba a especias. No era la estridente e histérica que le había hablado justo antes de su partida hacia Cheem, ni la brusca de barítono a la que había relatado su informe a su regreso. Esta era una voz femenina, y la menos habitual de todas.

No le gustaba esa voz. No le gustaba ninguna, pero especialmente ésa. Ché siempre se azoraba cuando la oía empezar a hablar desde el otro lado de la celosía que cubría aquel hueco en sombras; el efecto amortiguado la hacía sonar tétrica y ancestral, como de ultratumba.

—Tengo una nueva misión para ti.

—Ya lo imaginaba.

Se oyó un resuello, seco como la yesca.

—Contrólate, diplomático. Refrena esa arrogancia o haré que te la arranquen.

«Confunde el resentimiento con la arrogancia —pensó Ché—. Qué gente tan previsible.»

Ché recobró la compostura, lo suficiente al menos para mascullar una disculpa.

—Está bien —dijo la voz—. Hablemos de tu misión. La Santa Matriarca partirá

de Q'os en breve. Como es habitual, ha solicitado que la acompañe un diplomático en la campaña que está a punto de emprender, por si necesitara realizar gestiones diplomáticas entre las filas de su ejército.

«En otras palabras —pensó Ché—, por si alguno de los generales desobedece sus órdenes o trata de arrebatarse el mando.» Ché iba a convertirse en el matón de la matriarca, la amenaza que mantendría a todo el mundo a raya durante la campaña.

—Entonces, ¿la invasión sigue adelante?

—Por supuesto, la matriarca ha visto debilitado su poder político por la muerte de su hijo. Una victoria en el campo de batalla ayudaría a reforzar su posición.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—¡Ah! A veces olvido que vuestros instructores sólo os informan de lo imprescindible... Quizá sea la edad, empiezo a perder facultades. —De nuevo se oyó un resuello áspero. Ché de pronto cayó en la cuenta de que era un chasquido que su interlocutora hacía con la lengua—. Te explicaré. Verás, tenemos una tradición en la orden... una tradición que se remonta a los primeros días del Imperio. Cuando un patriarca o una matriarca marchan al campo de batalla se escoge a un diplomático para que la acompañe.

—¿Por qué yo? —preguntó Ché sin andarse con rodeos.

—Nunca habías hecho esa pregunta —murmuró la voz.

Ché se mordió la lengua. Empezaba a preocuparle que se le escaparan las palabras sin pensar. Su máscara empezaba a resquebrajarse y, peor aún, tenía la sensación de que no podía detenerlo.

—Se te ha elegido porque la mayoría de tus colegas diplomáticos ya han partido hacia Minos para entablar las primeras rondas de negociaciones... y también para reforzar la creencia de que Minos y no Khos es nuestro objetivo real. Tú, Ché, eres el mejor de entre los que aún siguen aquí.

Era una respuesta sincera.

—¿Cuáles son mis instrucciones?

—Muy simples. Sólo has de obedecer en todo momento a la matriarca.

—¿Eso es todo?

—Hay algo más.

Ché esperó. Ya había aprendido que a sus instructores les gustaba dejar para el final el aspecto más importante de las misiones.

—La vida de la matriarca Sasheen corre un gran peligro en esta campaña —continuó la voz, aunque entonces titubeó un momento, como reafirmando su voluntad de decir lo que dijo a continuación—: Si se da una situación que no deje lugar a dudas de que va a caer en manos del enemigo... o, de la misma manera, si resuelve que todo está perdido e intenta huir... entonces, joven diplomático, debes matarla.

—¿Matarla?

—Matarla.

Ché echó un vistazo por encima del hombro, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—¿Es esto una prueba?

—No, es una orden. No podemos arriesgarnos a que la Santa Matriarca de Mann caiga en manos de los mercianos. Ni tampoco a que vuelva con el rabo entre las piernas. El prestigio del Imperio se resentiría en cualquiera de los casos. Debe regresar victoriosa o morir como una mártir. ¿Ha quedado claro?

A Ché se le hizo un nudo en la garganta. Se preguntó cuántos diplomáticos habrían acompañado anteriormente al líder del Imperio al campo de batalla con las mismas instrucciones, y comprendió que seguramente todos, pues ninguno de los patriarcas había caído nunca en manos del enemigo o, en su defecto, huido de la batalla.

De repente, todo lo que Ché creía saber sobre la estructura del poder del Imperio —y sobre quién ejercía verdaderamente ese poder— se derrumbó. —Sí, ha quedado claro.

—Perfecto. Entonces, ya te puedes ir, mi niño.

Capítulo 32

El Ministerio

La sede del Ministerio de la Guerra era enorme, tanto que sus corredores y salones, la mayor parte del tiempo desiertos, hacían pensar que el edificio estaba abandonado, pues uno podía recorrerlos sin llegar a cruzarse nunca con un alma. Además reinaba un silencio similar al de un museo o una biblioteca; de vez en cuando podía oírse un murmullo de voces al otro lado de las macizas puertas de tiquy, en los salones, el continuo y pesado tictac de los relojes. Del parque que lo rodeaba llegaban los ladridos de los perros y los gritos de los niños, si bien atenuados por los centenares de ventanas de marcos blancos que inundaban de luz el interior del edificio, y cuyos vidrios vibraban ahora con el distante estallido de los cañones.

En las zonas críticas del ministerio había apostados centinelas que permanecían quietos como estatuas y apenas aportaban su presencia, y que observaban con mirada perdida a los escasos funcionarios que diariamente pasaban por delante de ellos.

Eso mismo hacía la pareja de soldados que veía a un hombre a buen paso a la cámara del general, cuya puerta custodiaban. Ya lo conocían, pues era el asesor jefe de Creed y solía visitar el despacho del general varias veces a lo largo de la jornada. Sin embargo, advirtieron que ese día su rostro estaba más pálido de lo habitual y sus pisadas aporreaban el suelo con el ritmo estrepitoso de un corazón acelerado. Según se aproximaba, también repararon en los trocitos cuadrados y verdes de hoja de graf pegados en el rostro para cubrir los cortes que se había hecho al afeitarse y en que llevaba su negra cabellera despeinada.

El secretario personal del general, el joven Hist, levantó la mirada cuando el hombre pasó como una exhalación junto a su escritorio pulcramente ordenado y abrió la boca para decir algo. Sin embargo, los centinelas apostados en la puerta se le adelantaron.

—¿Asunto, teniente Calvone? —entonó uno de los guardias cuando el hombre se detuvo respirando entrecortadamente frente a ellos.

—No tengo tiempo —espetó Bahn, que se abalanzó sobre la puerta sin dar tiempo a los centinelas a apartarse.

—¡Despacho urgente, general! —anunció Bahn, irrumpiendo en la cámara con un trozo de papel aferrado en la mano.

El general Creed, Señor Protector de Khos, no dijo nada. Estaba sentado con los ojos cerrados en una silla abatible de piel mientras su anciano conserje, Gollanese, se dedicaba a la tarea diaria de recogerle en trenzas su larga cabellera.

—General —insistió Bahn, y como continuó sin obtener respuesta de Creed suspiró y pensó para sí: «No hay forma de alterar a este hombre.»

Gollanse tarareaba de una manera poco melodiosa mientras acababa de arreglar el pelo del general, que a la luz del sol parecía el plumaje de un cuervo, apenas con visos canos a la altura de las sienes. El general se enorgullecía de su melena, y durante la batalla la dejaba suelta, pues sabía que daba un aire juvenil a su rostro ajado.

Creed exhaló un suspiro cuando Gollanse le dio unas palma— ditas en la espalda para indicarle que ya había terminado.

El general se levantó de la silla y miró a Bahn por primera vez desde que su asesor había entrado en el despacho.

—Traigo un informe —dijo Bahn desde el otro lado de la cámara—, Es de Minos, señor. Lo envía uno de sus agentes destinados en Lagos.

—Léemelo.

Bahn se aclaró la garganta.

—«Ministerio de Inteligencia, Al-Minos, Sección Exterior. General Creed, le informamos de que uno de nuestros agentes destinados en la vecina Lagos ha interceptado un mensaje imperial. En este mensaje se felicita al almirante Quernmore por su aportación en la extinción de la reciente revuelta que se produjo en la isla. Además se le revocan las disposiciones previas de regresar inmediatamente con la Tercera Flota a Q'os y se le ordena permanecer en Lagos por tiempo indefinido a la espera de nuevas instrucciones. Creemos que todo esto puede implicar algún tipo de acción contra los Puertos Libres.»

Bahn ya había leído y releído varias veces la nota y, sin embargo, volvieron a temblarle las manos. «Vamos, hombre, tranquilízate. Quizá no signifique nada.»

—Fue enviado con un pájaro mensajero hace cuatro días, señor. Lo recibimos esta mañana.

El general Creed no reveló ninguna muestra de alarma, si bien Bahn ya esperaba esa reacción serena de su superior. Desde el fallecimiento de su esposa, tres años atrás, el general había dejado de alterarse por lo que acontecía en aquella guerra interminable contra los mannianos; era como si nada pudiera ser peor que las noticias que había recibido el día aciago de su fallecimiento.

—Ya me extrañaba a mí que estuvieran tan tranquilos últimamente —masculló el general Creed desde el otro lado de la habitación. Se había dado la vuelta con las manos cogidas a la espalda para asomarse a la ventana, desde donde se dominaba el Escudo.

Pese al significado implícito de sus palabras, el tono tranquilo del general de algún modo calmó a Bahn, que una vez más se dio cuenta de la confianza ciega que tenía en la capacidad de liderazgo de ese anciano.

«Se ha convertido en un padre para mí —discurrió Bahn—, y yo soy como su hijo adolescente.»

Bahn tiró de una de las dos sillas de madera que había frente al escritorio y se dejó caer en ella. Él estaba hecho de una pasta muy distinta a la del general. Esa mañana, poco antes del amanecer, Hanlow —del servicio de inteligencia khosiano— lo había arrancado de la larga noche en vela que había pasado dándole vueltas a la cabeza. Lo había ido a visitar de buena mañana y en el recibidor de su casa le había entregado el despacho, el original con la versión ya descifrada garabateada en el margen. Hanlow le había dicho que el general todavía debía de estar durmiendo y que no quería dejarlo sin más encima del escritorio. Cuando hubo leído la nota, Bahn levantó los ojos para encontrarse con los de Hanlow y carraspeó. «De acuerdo», le dijo. Él se encargaría de entregarlo personalmente a Creed.

Cuando el mensajero se fue, convirtió la simple tarea de encontrar la bota del pie izquierdo en una discusión con su esposa. La paciencia de Marlee sólo había conseguido aumentar su repentino mal humor, y había recorrido la casa hecho una furia, arrojando por los aires todo lo que caía en sus manos durante la búsqueda de la bota perdida, con una ira frenética creciendo en su interior, un sentimiento nuevo para él y totalmente ajeno a su naturaleza.

Se había vuelto para encarar a Marlee y le había gritado en un arrebato tan insólito como si le hubiera pegado. Su hijo había huido de la habitación y Ariele había roto a llorar en el dormitorio del piso superior.

Marlee lo perseguía habiéndole con voz queda, sin dejarle espacio para respirar. Entonces, de pronto, se vio a sí mismo como a un extraño que se había apoderado de su cuerpo. Tomó conciencia de su voz, que retumbaba en todas las habitaciones de la casa —que empezaban a recibir la luz del sol—, atónito por las cosas que oía decir a su mujer y a sí misma por culpa de la cólera que lo corroía sin ningún motivo.

Finalmente, Marlee lo había agarrado con fuerza del brazo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con un hilo de voz.

Bahn se obligó a mirarla a los ojos y pareció volver en sí.

«Pero ¿qué estoy haciendo?», se había preguntado, recuperando su habitual carácter.

Exhaló un largo suspiro y acarició el brazo de su esposa como disculpándose.

—Puede que nada —respondió suavemente.

Y tiró de Marlee para acercársela y sepultó el rostro en su cabellera impregnada del aroma de bayas, agarrando a su esposa por su talle esbelto para apretarla contra sí. Y durante ese abrazo sintió cómo toda la fatiga acumulada durante la guerra caía sobre él, como si de pronto un anciano se quitara de encima todos sus años de vejez y se los endilgara a un muchacho sin culpa alguna. Y pensó de nuevo, temblando: «¿Qué estoy haciendo?» Pues la respuesta a esa pregunta parecía contener todo lo que

había amado o se había propuesto en su vida.

Marlee sujetaba en una mano la bota perdida, que acababa de encontrar. Ambos apoyaban la frente en la del otro y sus ojos relumbraban. Bahn besó el rostro de su esposa, todavía con el papel del despacho apretado en la mano.

—¿Cuál es su opinión, señor?—preguntó ahora Bahn, humedeciéndose los labios resecos con la lengua—. A mi juicio, planean una invasión.

El veterano guerrero estaba lo suficientemente cerca del cristal de la ventana como para empañarlo con su aliento. Limpió el vaho del vidrio de una pasada con la manga.

—Sí, ¿verdad?

—¿De Khos?

El general meditó unos instantes antes de responder.

—Tal vez... no me sorprendería.

Ese puñado de palabras bastó para dejar lívido a Bahn.

—Por lo más sagrado, rezo por que el destino no nos tenga preparado algo así.

Creed permaneció un momento en silencio, entornando los párpados mientras contemplaba el Escudo, que se extendía debajo.

—También yo —masculló—. Debemos informar al gabinete.

Bahn observó detenidamente el perfil del general, vagamente recortado contra la luz que entraba por la ventana. Por un momento que apenas si duró un segundo, o a lo sumo dos, la mandíbula de Creed tembló.

Capítulo 33

El extranjero de tierras remotas

Fin

Nuestro trabajo aquí ha terminado —dijo Serése, contemplando por la ventanilla del carruaje la devastación que se desplegaba a su paso, las calles teñidas de sangre y los edificios carbonizados todavía humeantes.

Baracha se volvió perplejo hacia ella. No entendía el comportamiento de los últimos días su hija. A su lado, Ash parecía absorto en su mundo, apenas si había hablado desde su aparente recuperación.

El carruaje torció hacia el este y enfiló en dirección al Primer Puerto por la amplia vía conocida como la Serpentina. Ash iba acariciando el frasquito de cenizas que le colgaba del cuello, al parecer de un modo inconsciente, mientras reflexionaba.

Habían considerado demasiado arriesgado reservar los pasajes para un barco que se dirigiera directamente a Cheem; los reguladores debían de estar vigilando los puertos, ahora que se habían reabierto con la esperanza de que los roshuns abandonaran sus escondrijos e intentaran abandonar la ciudad. De modo que habían contactado con un contrabandista alhazií conocido de Baracha y le habían ofrecido una importante suma de dinero por una litera en su veloz baladro. El contrabandista tenía intención de entregar un cargamento de escoria en Palo—Fortuna, donde los roshuns no tendrían problema en encontrar a alguien que los llevara de regreso a Cheem. Era una opción más segura. Para evitar el control de aduanas, una embarcación de remo estaría esperándolos en el embarcadero de un almacén privado y los conduciría hasta el barco.

El conductor tiró de los zels para detener el carruaje. A la derecha del vehículo se hallaba el embarcadero que daba paso a la bahía abierta donde estaba fondeada la flota. El carruaje se balanceó sobre sus suspensiones cuando las cuatro figuras encapuchadas y envueltas en capas se bajaron de él por ambos lados. Baracha pagó al hombre y salió en pos de sus compañeros, que ya enfilaban hacia el embarcadero, donde una enorme embarcación de remo cabeceaba en el agua. Seis marineros barbados estaban sentados a los remos, paseando sus miradas inquietas en todas direcciones y sujetando los remos en vertical fuera del agua.

Los roshuns se detuvieron un instante para contemplar la extraordinaria flota anclada en la bahía.

—¿Adonde se dirigirá? —se preguntó Baracha en voz alta.

—Adondequiera que sea, lo siento por ellos —dijo Aléas.

Los marineros empezaban a impacientarse. No les hacía ninguna gracia entretenerse más tiempo de la cuenta con el barco cargado y listo para zarpar.

—Recordad —dijo Baracha en un susurro, dirigiéndose a su hija y a Aléas—, somos esclavos fugitivos y Ash es un monje que nos escolta hasta su misión en Minos. No habléis a menos que os pregunten y que no se os vea el pelo más que lo imprescindible.

Aléas y Serése fueron los primeros en subir a la embarcación. El único saludo que recibieron de los marineros fue la orden expresada con sequedad de que se quitaran de en medio y se sentaran inmediatamente. Ash retrocedió, todavía paseando los dedos por el frasquito que colgaba en su cuello.

Baracha ya había iniciado la maniobra para subir a la embarcación detrás de su hija y su aprendiz pero se detuvo, todavía con un pie en el embarcadero. Masculló entre dientes lo que parecía una maldición y se volvió hacia Ash.

—¿Es que no vienes con nosotros?

—No, creo que no.

El Alhazií devolvió el otro pie al embarcadero y se alejó a trancos de la embarcación. Ash lo siguió con pasos lánguidos.

Ambos se detuvieron bajo el pálido sol matinal.

—No puedes quedarte aquí —dijo Baracha.

—Debo hacerlo.

—A mí háblame claro, viejo chiflado. Lo que quieres es vengarte por el muchacho. Quieres volver y matar a la matriarca, ¿no es eso?

Ash no lo negó.

Baracha bajó la voz, si bien sus palabras salían escupidas con fuerza de su boca:

—¿Y qué ejemplo vas a dar con ello, eh? Nuestro roshun más veterano correteando por ahí en busca de venganza.

—Lo que busco es justicia. Es lo menos que merece el muchacho y lo único que puedo darle.

Baracha soltó un gruñido.

—No trates de disfrazarlo con otras palabras. Si sigues adelante, estarás quebrantando el código que rige nuestras vidas. Lo que te propones es una *vendetta* personal, y eso atenta contra todos los principios de los roshuns. Hasta yo me doy cuenta de eso.

—Entonces a partir de ahora dejo de ser un roshun —repuso impasible Ash—, así sólo romperé mi propio código, no el de la orden.

Baracha lo agarró del brazo. El anciano extranjero de tierras remotas bajó la mirada a la mano del Alhazií y luego la levantó hacia sus ojos coléricos.

—Roshun o no, tu comportamiento sentará un precedente entre nosotros. La pena te ha hecho perder el juicio, sólo eso.

—No. He pasado dos semanas empapado en el sudor de mis pesadillas. Cuando ayer por la mañana desperté, descubrí que esas pesadillas eran reales. —Llevó su mano a la de Baracha aferrada a su brazo y la retiró sin esfuerzo—. Alhazií... ya no sé nada aparte de que no puedo seguir conviviendo conmigo ni un segundo más si no acabo esto.

Por un momento, Baracha tembló, al borde de un ataque de ira. Apretó los puños y la sangre le subió al rostro; siempre le sucedía lo mismo cuando no conseguía salirse con la suya. De una manera bastante inesperada le vinieron a la mente las palabras del Bendito Profeta: «No juzgues al hombre por el camino que toma. A no ser que tú ya hayas recorrido ese mismo camino de principio a fin, no puedes saber hacia dónde se dirige él ni qué deja atrás.»

Baracha levantó la vista al cielo y luego la bajó al suelo antes de mirar de nuevo al marchito extranjero de tierras remotas abatido por el dolor. Resopló expulsando toda su frustración.

—Entonces que Zabrihm te bendiga, viejo chiflado. —Le tendió una mano y Ash se quedó mirándola un momento, con los ojos entornados, antes de estrecharla.

Baracha se dirigió a grandes zancadas de vuelta a la embarcación, meneando la cabeza.

—¡Baracha! —espetó Ash.

El grandullón alhazií se volvió. Ash sacó el tarro grande de cenizas de su mochila y se acercó a él para entregárselo.

—Guárdalo hasta mi regreso. Si no lo consigo, intenta que llegue a su madre. Aléas sabrá algo sobre ella.

Baracha asintió, y con el tarro en la mano saltó a la embarcación. Los marineros impulsaron la barca para alejarla del embarcadero y empezaron a batir los remos en el agua salada.

La embarcación se deslizó por el mar en dirección al barco que aguardaba su llegada para levar anclas, acompañada por el estrépito del oleaje que rompía en sus costados. Baracha se revolvió sobre el tablón en el que se había sentado y echó la vista atrás, con la idea, tal vez, de despedirse por última vez de Ash, pues sabía que probablemente ya nunca volverían a verse. Sin embargo, el anciano roshun ya le daba la espalda y enfilaba hacia la ciudad.

FIN